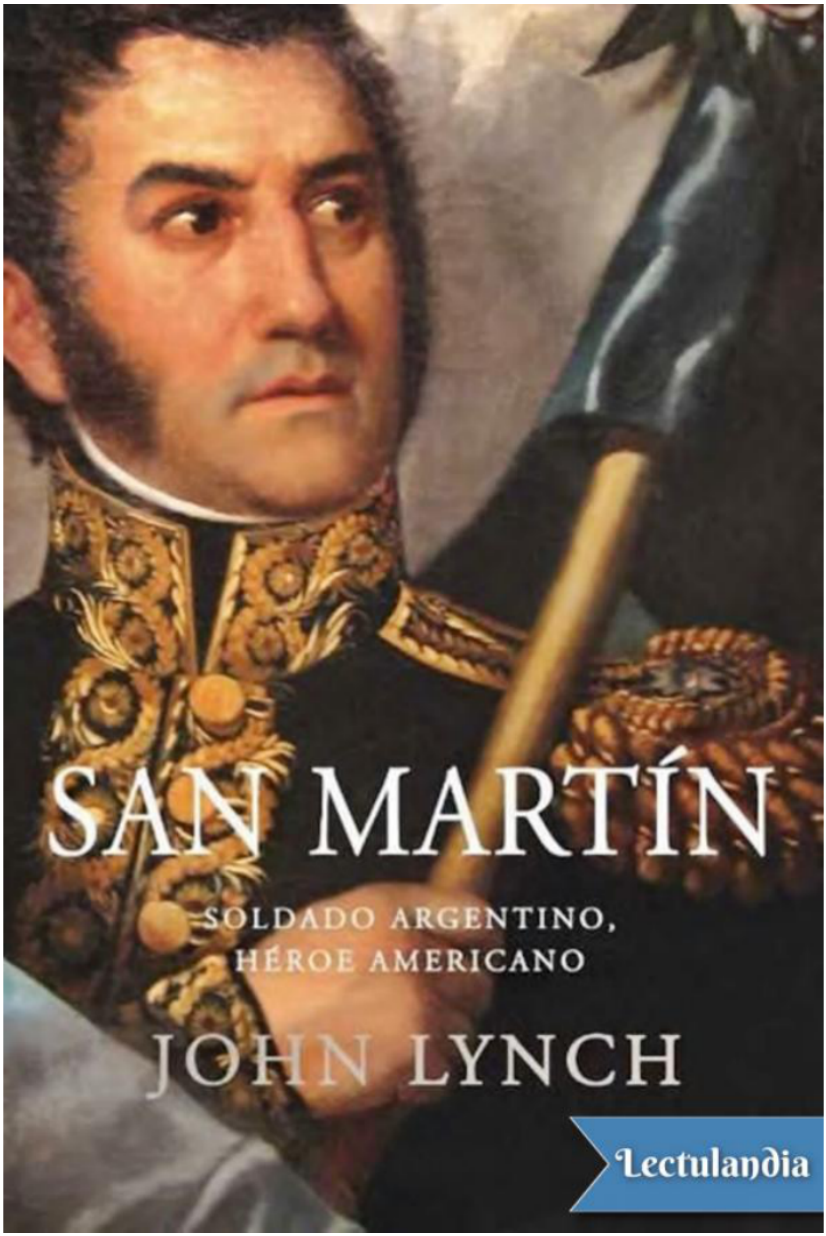

SAN MARTÍN
SOLDADO ARGENTINO,
HÉROE AMERICANO
JOHN LYNCH
Lectulandia

José de San Martín, héroe de la independencia americana, soldado e intelectual a la vez, es una figura enigmática y atractiva. Tras veintidós años en el ejército español, pasó en 1812 a Argentina, desde donde cruzó los Andes en durísimas condiciones para liberar Chile y Perú. Carente de ambiciones personales, cedió la iniciativa a un Bolívar ansioso de gloria y, decepcionado ante la política de los nuevos países, embarcó para Europa, para dedicarse ante todo a la educación de su hija. Tras su magistral biografía de Bolívar, John Lynch nos ofrece ahora el retrato humano de un personaje singular e ilumina con este libro el complejo contexto de las revoluciones hispanoamericanas.

John Lynch

San Martín. Soldado argentino, héroe americano

ePub r1.0
Titivillus 21.04.2022

Título original: *San Martín. Argentine Soldier, American Hero*
John Lynch, 2009
Traducción: Alejandra Chaparro
Ilustración de la cubierta retrato de San Martín (imagen de dominio público)
Diseño de cubierta: Jaime Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para George, Olivia,
Edward, Kento y Rui

ÍNDICE

Prefacio

Mapas

Capítulo 1
Soldado de España…

Capítulo 2
La llamada de la revolución…

Capítulo 3
Una estrategia continental…

Capítulo 4
La base de poder de la revolución…

Capítulo 5
Al otro lado de los Andes…

Capítulo 6
Perú, el Cartago de San Martín…

Capítulo 7
Un monárquico en un mundo de repúblicas…

Capítulo 8
Un liberal en una sociedad conservadora…

Capítulo 9
Última oportunidad en Guayaquil…

Capítulo 10
Exilio…

Bibliografía

Ilustraciones

Indice analítico

Notas

PREFACIO

En la era de las revoluciones y la época de la liberación José de San Martín destacó por la brillantez de su estrategia y la intensidad de su liderazgo. La historia le conoce como «el hombre necesario» de la revolución suramericana. No obstante, San Martín pasó más de dos terceras partes de su vida en Europa. Su carrera como libertador estuvo marcada por una cronología curiosa: treinta y cuatro años de preparación, diez años de acción, veintiocho años de exilio. Su carrera americana se concentró en una década breve, desde el momento en que llegó a Buenos Aires el 9 de marzo de 1812 hasta su retirada de Perú el 20 de septiembre de 1822. El aprendizaje fue importante. A lo largo de sus veintidós años en el ejército español, en el curso de los cuales ascendió a teniente de infantería y teniente coronel de caballería, sirvió en numerosos frentes en el norte de África y España, y durante los últimos tres años combatió a los invasores franceses de la Península. En esos años, San Martín adquirió una combinación de talentos única entre los libertadores: destreza militar en los ámbitos de la estrategia y la táctica, un conocimiento de las ideas ilustradas y, quizá por encima de todo, una autoridad nacida de su participación en algunos de los acontecimientos cruciales de la historia moderna.

La grandeza de San Martín consistió en su habilidad para inspirar a los pueblos de Suramérica a seguir a sus ejércitos y aceptar sus estrategias, lo que le permitió llevar la independencia más allá de las fronteras y los intereses nacionales y darle una identidad americana. Hasta donde podemos juzgar, su vocación no respondía a ningún interés particular, social o económico, ni a la preocupación por el poder y la gloria. La guerra y la paz fueron sus prioridades. Los objetivos militares, pensaba, eran más fáciles de alcanzar que los políticos. San Martín siempre sostuvo que la gran prueba de América llegaría no en la lucha por la independencia sino en la posterior defensa de la libertad en unas sociedades que no estaban preparadas para esa tarea. El historiador ha de decidir si las cualidades de San Martín como líder (experiencia profesional, juicio estratégico, claridad de propósito y fuerza de voluntad) se manifestaron mejor al hacerla revolución que al hacer la paz.

Además, debemos juzgarle por sus propios méritos, no mediante comparaciones constantes con el otro gran líder de la independencia suramericana, Simón Bolívar. Las comparaciones son odiosas pero inevitables. Escribir una vida de Bolívar no es difícil. De hecho, si se le da la oportunidad, él la escribirá por usted. El historiador tiene que defenderse de Bolívar y proteger su propia versión de la independencia contra el torrente de palabras con el que el libertador busca explicarse y convencer. San Martín es diferente. No poseía el estilo y la desenvoltura del general venezolano, su sentido de la decencia le hacía reticente a hablar de su vida privada y mantuvo una reserva natural acerca de su papel en las guerras independentistas. San Martín constituye un desafío para el historiador, que tiene que descubrir al hombre detrás del silencio. De los dos libertadores, San Martín fue en muchos sentidos el pionero que allanó el camino para la conclusión bolivariana, de la que su estrategia y métodos fueron prerrequisitos. San Martín no sufrió el destino final de Bolívar ni se dejó apropiar por ningún régimen particular, pero pese a ello no escapó por completo a los polemistas. En Argentina, los historiadores, escritores y políticos siguen peleando las guerras de la independencia y manteniendo vivas las controversias sobre la carrera del héroe, en especial alrededor de los tres momentos cruciales de su vida: la decisión de dejar España para viajar a Argentina en 1812, su adopción de la estrategia transandina en 1816 y su abandono del mando en Perú en 1822. Y mientras un historiador argentino descubre a un autor británico para su gran estrategia, otro denuncia que era un espía de Gran Bretaña, el heraldo de una tercera invasión británica.

San Martín era un soldado profesional, taciturno en público pero capaz de expresarse con fluidez en la causa libertadora, que estaba convencido de que su misión era cambiar el mundo hispánico. Fue una figura enigmática, austera, estoica y profundamente comprometida con la independencia americana. Guardaba sus emociones para sí mismo, y se mantuvo alejado de los gestos extravagantes. La disciplina era la clave de su conducta, dentro y fuera del campo de batalla. Era exigente con sus ejércitos, pero la preocupación que siempre mostró por sus hombres le valió el respeto de la tropa. Como soldado, San Martín tuvo dos aptitudes sublimes, la capacidad para pensar en grande y un auténtico talento

para la organización. Su estrategia se basó en la idea de que la revolución suramericana no estaría completa hasta que la base del poder español en Perú fuera destruida; de que la ruta septentrional desde Argentina hasta Perú era impracticable debido a la hostilidad de los hombres y la naturaleza, y de que la única forma de avanzar era realizar un vasto movimiento de flanqueo, cruzar Jos Andes hasta Chile y luego invadir el país por mar desde el Pacífico. San Martín tuvo que vender esta idea extraordinaria a aliados y críticos por igual, y, como si ello no fuera suficiente, coronarla con su noción de revolución sin guerra, que se convertiría en su prueba más dura y le llevaría a su desilusión más grande.

Los estudios sobre San Martín son escasos en el mundo anglosajón. Los pocos que existen tienen ya muchos años y en la actualidad no hay una biografía moderna del libertador. De él se han ocupado casi exclusivamente los estudiosos argentinos, entre los que destacan Ricardo Piccirilli (1957), A. J. Pérez Amuchástegui (1966 y 1976) y, en años más recientes, Patricia Pasquali (1999), cuya excelente biografía es una digna sucesora de la obra clásica de Bartolomé Mitre (1887). Además, los historiadores argentinos llevan más de un siglo publicando las fuentes manuscritas de la vida y obra de San Martín, a quien han anclado firmemente en la documentación de la independencia. Esas fuentes primarias, complementadas por las investigaciones modernas, constituyen la base de este libro.

La carrera revolucionaria de San Martín es significativa en varios niveles: primero, como manifestación de una estrategia de guerra magistral que se tradujo en grandiosas hazañas militares en los Andes y el Pacífico, comparables a cualquiera de las que tuvieron lugar en Europa durante la era napoleónica; luego, como colección de escenas dramáticas, desde la confrontación con lord Cochrane en Perú hasta el punto muerto con Bolívar en Guayaquil, un encuentro que ensombrecería los últimos días de San Martín en Suramérica; finalmente, como estudio sobre la forja y perdición de un líder. Éstos y otros acontecimientos de las guerras de independencia hispanoamericanas han estado siempre rodeados de polémica, y son una invitación a las revaluaciones y las revisiones. A lo largo de un hilo narrativo central en el que San Martín desarrolla sus políticas y dirige a sus ejércitos en busca de la

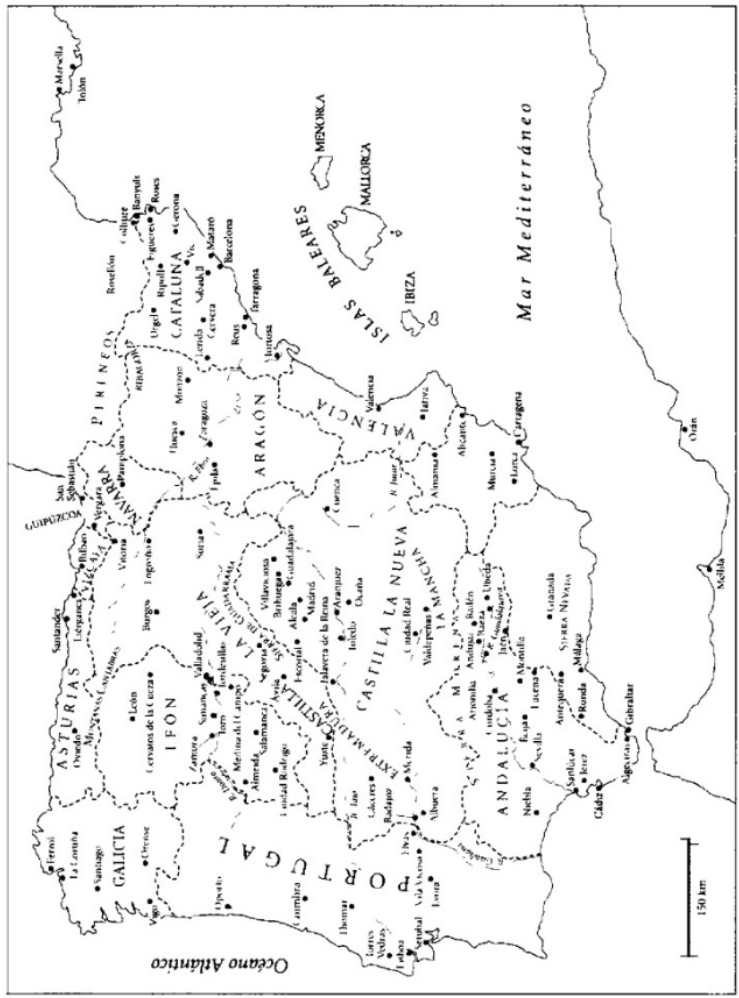
liberación, nuestro método ha de variar. El historiador tiene que alternar el movimiento con la inmovilidad con el fin de ocuparse de las condiciones en las que el libertador operó; por tanto, el análisis acompaña el relato, lo que quizá permita al lector escapar del laberinto de los acontecimientos simultáneos.

La carrera de San Martín constituye un comentario sobre las revoluciones hispanoamericanas, a las que es imposible concebir ya como acontecimientos puramente políticos y militares. Los historiadores han estado explorando durante mucho tiempo las dimensiones económicas y sociales de la independencia; han buscado sus orígenes ideológicos, examinado su influencia en la formación de las identidades nacionales y considerado su significado para las relaciones raciales. Como soldado y estadista que dirigía desde el frente, San Martín tenía que concentrarse en ganar la guerra; pero tenía que encontrar recursos para librarla y obtener suministros militares y navales en tres países suramericanos diferentes, así como en el extranjero. Tenía que conocer y organizar sus bases económicas en Mendoza, Santiago y Lima, y presionar a diferentes sectores de la sociedad hispanoamericana. Esto conllevó nuevas pruebas a su liderazgo. Las clases dirigentes no fueron aliadas naturales de San Martín y el pueblo no aceptó automáticamente el costo de la revolución. Los argentinos terminaron viendo con recelo al general que había llevado su ejército más allá de las fronteras nacionales; los chilenos se hastiaron de la carga de una guerra extranjera; y las élites peruanas fueron distantes. Su instinto liberal respecto a la esclavitud y la compasión que sentía por los indios le valieron la hostilidad de los hacendados y propietarios de esclavos, cuyos intereses se veían afectados por sus políticas sociales. Asimismo, sus ideas políticas pusieron sobre aviso a sus contemporáneos y suscitaron un buen número de opiniones encontradas. Su repudio de España y la decisión de abandonar Europa en favor de Suramérica revelaban una percepción de su identidad argentina, pese a lo cual no compartía el nacionalismo exclusivista de sus compatriotas ni recibió el apoyo sin reservas de éstos. Mientras que la guerra contra España lo convertía en un revolucionario, no era precisamente un abanderado del republicanismo; sus ideas constitucionales eran tradicionales y consideraba que una monarquía fuerte era la mejor

forma de gobierno para Suramérica, una concepción que no sintonizaba con el espíritu de la época.

Para terminar, he de agradecer a la Yale University Press, y en particular a Robert Baldock, por haberme propuesto este libro, y al equipo editorial de Yale por haberme ayudado a producirlo. También estoy en deuda con Peter Blanchard por su orientación en el tema de los esclavos y la esclavitud durante las guerras de independencia, y por dejarme conocer el manuscrito de su libro antes de su publicación. Margarita Suárez fue muy amable al aconsejarme en materia de bibliografía sobre la independencia peruana. Quiero asimismo agradecer a Samuel Amaral su gran ayuda en la obtención de las ilustraciones del Museo Histórico Nacional en Buenos Aires, así como al director de esa institución haber tenido la gentileza de autorizarme a reproducirlas aquí. Mi nieto George Archer me permitió valerme de su habilidad con los ordenadores siempre que lo necesité. La búsqueda de material para esta obra contó en Londres con la colaboración indispensable de los Archivos Nacionales (Public Record Office), la Biblioteca Británica, el Instituto de Investigación Histórica y la Biblioteca del University College de Londres.

Por último quiero expresar mi agradecimiento ante todo a mi esposa Wendy, que siempre ha sabido proporcionarme la palabra o la frase apropiadas, y cuyo apoyo y aliento han sido, de forma constante, mi principal sostén a lo largo de muchos años.



España, *c* 1800.

Suramérica, 1800-1830.

Zona meridional de Suramérica.

Capítulo 1

SOLDADO DE ESPAÑA

El camino desde Yapeyú

Yapeyú, un pueblo gris situado en la orilla occidental del río Uruguay, otrora una próspera comunidad en el corazón de una sociedad estable y ahora, en 1778, una estación remota en los márgenes del mundo hispánico, se esforzaba por sobrevivir. La localidad había sido víctima de dos desastres recientes. En 1770, una violenta epidemia de viruela había reducido su población de ocho mil a tres mil habitantes en un lapso de dos años y devuelto su economía a un estado apenas por encima de la subsistencia. Antes, sin embargo, otro acontecimiento había puesto fin a su prosperidad, una decisión adoptada en el palacio real en Madrid y aplicada en esta frontera distante en una acción única y dramática. Estamos en lo que anteriormente era territorio jesuita; en tiempos que todavía estaban en el recuerdo de los locales, Yapeyú había formado parte de las extensas misiones guaraníes, que protegían a unos indígenas que se habían convertido en blanco tanto de los cazadores portugueses de esclavos como de los colonos españoles. Las fronteras eran vulnerables y España necesitaba defenderlas después de que sus defensores tradicionales, los padres jesuitas, hubieran sido expulsados de España y su Imperio en 1767. Su expulsión fue una operación implacable, característica del Estado borbónico, y con escasos precedentes en la historia imperial. Víctimas de un acto despótico, los jesuitas fueron reemplazados por funcionarios coloniales, y lo que antes había sido una gestión benevolente de personas y recursos se había convertido en una pesadilla de negligencia e incompetencia. En 1778 el Estado borbónico estaba representado en Yapeyú por Juan de San Martín, un oficial militar, cuya modesta carrera en el ejército español alcanzó su cima americana en esta provincia distante. El 25 de febrero de 1778, nació allí su hijo menor, a quien al día siguiente se bautizó con el nombre de José Francisco de San Martín. [1] He aquí una curiosa ironía: en un rincón remoto del mundo hispánico un defensor leal

del Imperio había engendrado a su Némesis.

La sociedad colonial era muy sensible a las cuestiones raciales y todo aquel que naciera en territorio indio podía esperar que sus orígenes fueran objeto de escrutinio. Juan Bautista Alberdi, el teórico político más destacado de Argentina en su época, entrevistó a San Martín en Francia en 1843: «Yo le creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno». [2] En 1816, durante un parlamento con los caciques indios en el que se burló de los españoles que, dijo, se disponían a cruzar los Andes para matarlos y robarles a sus mujeres e hijos, el mismo San Martín había declarado: «Yo también soy indio», un adorno retórico que no debe interpretarse literalmente. [3] En su historia clásica de San Martín, Bartolomé Mitre refirió la que se considera la versión autorizada sobre su nacimiento: José Francisco de San Martín nació en Yapeyú el 25 de febrero de 1778, era el quinto hijo del capitán Juan de San Martín. El historiador menciona la piel oscura de San Martín y cuenta la anécdota de su encuentro con el general español Marcó del Pont, que se había referido con desprecio a la mano «negra» de deslealtad de su enemigo y a quien luego, tras haber sido derrotado, el héroe argentino invitó a saludarle con ironía con un: «¡Venga esa blanca mano!». [4] No existe registro de su bautizo, un vacío que posiblemente se explique por la destrucción de Yapeyú a manos de los soldados portugueses en 1817. Sin embargo, existen otros testimonios, en particular los que nos proporcionan su certificado de muerte, expedido el 18 de agosto de 1850 por el ayuntamiento de Boulogne-sur-Mer, donde San Martín falleció, en el que se declara: «nacido en Yapeyú, provincia de Misiones (Confederación Argentina), de setenta y dos años, cinco meses y veintitrés días», y su certificado de inhumación, elaborado por el párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Boulogne, en el que se especifica la fecha del 25 de febrero de 1778 y se mencionan como padres a Juan de San Martín y Gregoria de Matorras.

Muchos testigos mencionan la piel oscura de San Martín. Su amigo de la marina inglesa, el comodoro William Bowles, le describe cuando rondaba los cuarenta y cinco años como un hombre «alto, de constitución fuerte, tez oscura y porte notable». [5] No obstante, los revisionistas argentinos van mucho más lejos.

Aseguran que la madre de San Martín fue en realidad una mujer guaraní y, por tanto, le consideran un hombre de dos mundos, el hijo mestizo de un oficial español y una mujer indígena que había de regresar a Suramérica en búsqueda de sus raíces para luchar contra la dominación imperial. Ahora bien, aunque es verdad que los españoles aislados en esta frontera remota con frecuencia hallaban solaz en las muchachas guaraníes, y que los frutos de esas uniones se sumaban a las filas de los mestizos que poblaban las partes septentrionales del Río de la Plata, lo cierto es que no hay pruebas de que Juan de San Martín hubiera tenido alguna vez una amante india, un hecho que no ha impedido las especulaciones de los historiadores argentinos sobre la raza del menor de sus hijos. **[6]**

Los San Martín provenían de la comarca de Toro en Castilla la Vieja. Juan de San Martín, el padre de José, nació el 3 de febrero de 1728 en el pueblo de Cervatos de la Cueza, hijo de Andrés de San Martín e Isidora Gómez. **[7]** No lejos de allí, en Paredes de Navas, nació Gregoria Matorras el 12 de marzo de 1738, hija de Domingo Matorras y María Del Ser. Juan y Gregoria se conocieron, no en España, sino en América, adonde habían llegado buscando algo más que la vida rutinaria de los llanos de Castilla, una tierra de cielos azules en verano e inviernos grises, calurosa y polvorienta la mitad del año y fría y húmeda el resto. Sus lugares de nacimiento eran poblaciones pequeñas, típicas de la Castilla rural, uno de los principales territorios de la emigración hacia las colonias, donde una agricultura primitiva apenas generaba un conjunto reducido de productos para el comercio local. Cervatos de la Cueza, una población cercana al Camino de Santiago, era el hogar de labradores, jornaleros y pastores, y acaso de unos cuantos comerciantes. **[8]** Los San Martín eran unos aldeanos de recursos modestos, minifundistas con casa y tierra, plebeyos en una sociedad dominada por los nobles. Juan de San Martín, quien al parecer había quedado huérfano siendo joven, dejó su pueblo para emprender una carrera militar, aunque no la preferida por la élite; el 18 de diciembre de 1746, a la edad de dieciocho años, se alistó en el Regimiento de Lisboa y en 1753 fue ascendido a sargento. Se le destinó inicialmente a Melilla, en Marruecos, y a Orán, en Argelia, lugares en los que las oportunidades de ascender con rapidez eran escasas y luego, por fin, en 1764, a América, si bien no

a uno de los grandes virreinatos, como México o Perú, sino a los confines del Imperio, el Río de la Plata.

No obstante, España estaba entonces reorganizando sus prioridades imperiales en el hemisferio sur: pronto el Río de la Plata iba a convertirse en un importante centro para los intereses españoles y Buenos Aires, en una capital virreinal a la vanguardia del Imperio. La Península estaba alerta debido al creciente poder de Gran Bretaña en las Américas, su intromisión en posiciones territoriales y comerciales españolas, y su reciente interés en los mares meridionales. La expedición española que en 1776 consiguió arrebatar Colonia a los portugueses, no sólo dio a España un dominio indiscutible sobre la región, sino que condujo directamente a la creación del virreinato del Río de la Plata en 1778 y la reorientación de la estrategia imperial hispánica en Suramérica. Pedro de Cevallos, el primer virrey, insistía en que el Río de la Plata era «el verdadero y único antemural de esta América a cuyo fomento se ha de orientar todo el empeño», pues constituía «el único punto donde subsistirá o por donde deberá perderse la América meridional». [9] El cambio geopolítico implicó acciones en la costa oriental del Río de la Plata, donde España adoptó medidas para fortalecer su presencia en la Banda Oriental y establecer la paz con los portugueses. Esto dio a Juan de San Martín su primera oportunidad real de progresar en su carrera, pues se lo ascendió a teniente en el batallón de voluntarios españoles de Buenos Aires. La segunda oportunidad llegó como consecuencia de la expulsión de los jesuitas en 1767, en forma de un nombramiento para administrar una de sus grandes estancias, Las Caleras de las Vacas. Entre tanto, Gregoria Matorras, que a los veintinueve años todavía seguía soltera, llegó a Buenos Aires en compañía de un primo. En la colonia, las muchachas españolas no abundaban y se las tenía en gran estima, por lo que no es de extrañar que tras conocer a su compatriota tan lejos de su patria, Juan de San Martín no tardara en proponerle matrimonio. Juan, para entonces ayudante mayor del batallón de voluntarios españoles, estaba estacionado al otro lado del Río de la Plata, y se casó con Gregoria mediante poderes el 1 de octubre de 1770.

Al poco tiempo la pareja se trasladó temporalmente a la estancia que había pertenecido a los jesuitas, de la que Juan todavía era

administrador. Allí, entre 1771 y 1774, tuvieron una hija, María Helena, y dos hijos, Manuel Tadeo y Juan Fermín Rafael; un tercer hijo, Justo Rufino, llegaría en 1776. Entre tanto, el padre presionaba con insistencia para que se le concediera un destino con obligaciones militares que le permitiera ascender en el ejército, pero en este caso su buen historial estaba en su contra: los informes sobre la excelente administración de las propiedades a su cargo y su capacidad para mantener la ley y el orden lo condenaban a seguir desempeñando labores civiles, mientras que su carrera militar se estancaba. Finalmente, en 1775, aceptó un nuevo destino como teniente gobernador de Yapeyú, con jurisdicción sobre un extenso territorio que tras haber sido gestionado por los jesuitas había caído recientemente en manos de funcionarios seculares muchísimo menos hábiles y volvía a verse amenazado por las incursiones de los temidos paulistas, los bandidos y cazadores de esclavos procedentes de Sao Paulo, en el Brasil portugués. A pesar de su potencial para la agricultura y la ganadería, así como para el comercio de cuero y carne río abajo, las antiguas misiones languidecían en la belleza de su escenario tropical y continuaban su declive, lejos ya de su anterior esplendor, con unos niveles de población y producción inferiores a los que habían conocido en tiempos de los jesuitas. No obstante, los edificios construidos por los religiosos seguían en pie, casas de verdad para los indígenas, en lugar de simples chozas de adobe, y Juan de San Martín tomó como residencia el antiguo colegio, una estructura completamente equipada que contaba con una amplia biblioteca y que se encontraba situada en la plaza principal de Yapeyú, justo al lado de la iglesia. El nuevo teniente gobernador pronto se puso manos a la obra: reunió un ejército para hacer frente a las incursiones portuguesas, rechazó los asaltos contra las estancias y los indios e inició los trabajos de reconstrucción.

La política de confrontación de San Martín en relación a los indios minuanes, aliados de los portugueses, se tradujo en una investigación por haberse excedido en su cometido, pero fue absuelto y en 1779 se le ascendió a capitán. Entre tanto, el 25 de febrero de 1778, durante el período de servicio de su padre en Yapeyú, nació José Francisco de San Martín, el quinto y último hijo de Juan y Gregoria. Su bautismo, llevado a cabo por el párroco de

la población, un fraile dominico llamado Francisco de la Pera, fue un acontecimiento feliz para la pequeñísima comunidad española de este paraje distante en medio de una multitud de indios guaraníes, un escenario inusual que acabaría teniendo un significado extraordinario para Argentina, para la vida de José Francisco y para el trabajo de historiadores futuros. El nombramiento de Juan de San Martín en Yapeyú terminó en 1781, cuando partió con su familia hacia Buenos Aires; dos años más tarde, su servicio en América también llegaría a su fin, cuando junto a otras unidades militares se le destine para regresar a España. Los San Martín zarparon de Buenos Aires a finales de 1783 en la fragata *Santa Balbina* y llegaron a Cádiz el 23 de marzo de 1784; habían cambiado el caluroso verano bonaerense por la primavera andaluza y una colonia en desarrollo por una metrópoli en decadencia. Fue así como a la edad de cinco años el pequeño José dejó su tierra natal por una nueva patria, España, a la que sería fiel a lo largo de las tres décadas siguientes.

La forja de un español

La España a la que Juan de San Martín regresó con su familia era un país que estaba representando su propia versión del *ancien régime*. Parecía que el poderío imperial español nunca había sido más grande. El comercio americano era libre y estaba protegido, los ingresos eran elevados, las defensas, seguras. En la península Ibérica las exportaciones agrícolas desde Andalucía, Cataluña e incluso Castilla generaban beneficios para sus productores e ingresos para España. Las obras públicas, la industria de la construcción y las factorías textiles eran, junto con otras empresas, signos visibles del progreso y la prosperidad materiales. Mientras que los ministros, arquitectos y planificadores trabajaban para mejorar el rostro de la España borbónica, los burócratas de Madrid, los armadores de Cádiz y los comerciantes de Barcelona podían todos mirar hacia el futuro con confianza en el país y sus recursos. La vida en Madrid y en las capitales provinciales era superior a cualquier cosa que la familia San Martín hubiera conocido en el Río de la Plata, y un soldado perteneciente a los grados más bajos del cuerpo de oficiales sólo podía maravillarse de la ostentación de los ricos y el abismo que

existía entre éstos y la masa que formaba el grueso de la población. Y a pesar de las apariencias difícilmente podía ser ciego a la recesión subyacente que España padecería en la última década del siglo XVIII.

El reinado de Carlos III terminó en 1788 sin que hubiera podido alcanzar sus dos objetivos políticos: la modernización y engrandecimiento de España. En los siguientes años, ambos se hicieron todavía más difíciles de lograr, el primero debido a la penetración de las ideas revolucionarias procedentes de Francia, el segundo por la invasión de los ejércitos franceses en 1793-1795.

Estos golpes extraordinarios se produjeron en un contexto de empeoramiento de las condiciones económicas y el encargado de hacerles frente fue un gobierno que carecía de la habilidad y los recursos necesarios para semejante tarea. La moderada prosperidad económica que el país había experimentado en las décadas intermedias del siglo estaba llegando a su fin, pues el crecimiento demográfico, la expansión agraria y la producción industrial habían tocado techo y empezaban a retroceder. El país se tambaleaba en medio de una serie de crisis de subsistencia, peores que cualquiera de las que había conocido hasta entonces, que escapaban por completo al control de un régimen lastado por las instituciones más desacreditadas de la España borbónica: la Inquisición, los ayuntamientos controlados por la oligarquía, la jurisdicción señorial, el vínculo, los fueros y, en general, toda la panoplia del privilegio. Los problemas que padeció España hubieran constituido una dura prueba para cualquier régimen, pero el suyo era especial. En un lapso de unos pocos años el gobierno de Carlos III, que había proporcionado al país estabilidad y cierto crecimiento económico, fue reemplazado por el de Carlos IV, un monarca celebre por la benevolencia vacua que tan bien supo captar Francisco de Goya, una actitud que caracterizaba incluso sus posiciones políticas y que, como recordaba su primer ministro Manuel Godoy, le llevaba cada noche a preguntarle: «¿Qué se ha hecho hoy por mis vasallos?». **[10]** La reina María Luisa de Parma, cuya función en la familia real era producir un heredero al trono y una buena cantidad de hijos de reserva en caso de que se llegaran a necesitar, era una mujer de carácter, pero no del gusto de los españoles, que le atribuyeron

numerosos amantes antes y después de Godoy, al que había conocido siendo un joven oficial de la guardia de corps y cuya sorprendente carrera fomentó. Fuera cual fuera la verdad, la reina sabía lo que estaba haciendo al escoger a Godoy y prepararlo para el cargo de primer ministro, una criatura de la monarquía, un asesor y consejero en un mundo incierto, cuya antesala estaba invariablemente llena de mujeres jóvenes enviadas por sus familias en busca de favores.

Se esperaba que Godoy defendiera con firmeza los intereses de España frente a Francia, pero su respuesta a la invasión francesa fue conducir a España, primero, a una guerra funesta con el país vecino y, después, a una paz costosa, cuando firmó el tratado de San Ildefonso (18 de agosto de 1796) y entregó el país a Francia al convertirlo en un aliado en su lucha contra Gran Bretaña. La España en la que San Martín pasó sus años de formación era, por tanto, un satélite de Francia y un enemigo de Gran Bretaña, un dilema fatal del que sólo conseguiría escapar después de una década de destrucción.

La familia San Martín había regresado a España en 1784 en situación de pobreza relativa y se vio obligada a vivir con la media pensión otorgada a los oficiales retirados, un dinero que con frecuencia llegaba con retraso y que el padre no tenía posibilidades de incrementar mediante un ascenso, algo que después de treinta y ocho años de servicio se le denegó con firmeza. En 1785 se le destinó como capitán de infantería retirado a un regimiento en Málaga con una paga de teniente de trescientos reales al mes. [11] La situación de la familia era precaria y los magros ahorros hechos en América difícilmente servían para aliviarla, por lo que los padres tuvieron que hacer grandes esfuerzos para educar y mantener a sus hijos; esto, sin embargo, no engendró resentimientos en San Martín, quien no permitió que las dificultades que había vivido lastraran su carrera.

Málaga no era la vanguardia de las ambiciones borbónicas, pero era un puerto de una prosperidad moderada, entre el Mediterráneo y las montañas del interior, famoso por su clima subtropical y sus excelentes vinos moscateles. El viajero inglés Joseph Townsend mencionó con horror «la multitud de mendigos» que infestaban sus calles y señaló que el atraco era común, la industria, escasa y la

higiene, inexistente. La gente permanecía dentro de sus viviendas durante el día para evitar el calor, que era abrumador; en el frescor de la tarde, los jóvenes salían para nadar en el mar durante horas, si bien había una separación de sexos estricta y «el lugar reservado a las damas lo vigilan centinelas con mosquetes cargados». [12] En Málaga, José recibió su educación primaria en una escuela pública gratuita, un colegio que antes había pertenecido a los jesuitas, hasta la edad de trece años. Las escuelas de los jesuitas se habían convertido por la fuerza en instituciones del Estado después de la expulsión de la comunidad en 1767 y sus estándares no eran ya los más elevados. En este sentido, la educación de José fue bastante básica. Aprendió gramática latina, matemáticas y dibujo, y tenía algún talento para la guitarra, que más tarde mejoraría gracias a las lecciones del destacado compositor Fernando Sor. Dadas las circunstancias de la familia (un pasado militar, unas perspectivas marcadas por la pobreza y una educación modesta), San Martín y sus herma nos no tenían prácticamente otra posibilidad de hacer una carrera respetable que seguir los pasos de su padre e ingresar al ejército, y ésta fue la decisión que su progenitor tomó por ellos. En el ejército, José, que carecía de cualquier privilegio de cuna, se abriría camino gracias a sus propios méritos y carácter. ¿Cómo era el ejército del que entró a formar parte?

Obsesionados por la política exterior e imperial, Carlos III y sus ministros actuaron con determinación para dar a España las fuerzas armadas de una potencia mundial. La derrota en la guerra de los Siete Años
(1756-1763)
exigía una reorganización radical. El rearme, por ende, vino acompañado de una reforma militar que tuvo como modelo preferente a Prusia. Impresionado por las victorias de Federico el Grande, Carlos III envió allí varios equipos de oficiales para que estudiaran su sistema militar y regresaran al país a enseñar las tácticas prusianas al ejército español; y aunque España no contaba con una academia militar central para la formación de sus oficiales, creó una academia en Avila para la infantería, la caballería y los ingenieros, y otra en Segovia para la artillería. Con estos precedentes, el ejército español adoptó una táctica de infantería basada en una línea de tres filas de profundidad; esto permitía una

potencia de fuego elevada, pero dependía de una disciplina estricta, de cuya implantación se encargaba un cuerpo de oficiales implacable. Aunque los dragones mantuvieron su función original como cuerpo de infantería montada, la caballería también adoptó los métodos prusianos para realizar cargas decisivas mediante el uso de formaciones nutridas de caballería pesada lanzadas hacia la muerte o la gloria. Un problema permanente era el reclutamiento de tropas. El servicio militar era impopular y el gobierno, que era sensible a la resistencia de los soldados potenciales, prefería en su lugar reclutar voluntarios y extranjeros y recurrir a la leva, un mecanismo que facultaba a los magistrados para enviar al ejército a delincuentes convictos, mendigos y vagabundos. Esto significa que el ejército, o al menos la infantería, estaba conformado no por la hez de la sociedad, como en ocasiones se ha dicho, sino por los campesinos que carecían de medios para librarse de él.

Si el reclutamiento era deficiente, la dirección del ejército no era mucho mejor. El cuerpo de oficiales, al que San Martín aspiraba a ingresar, no era un órgano cohesionado sino uno dividido por los orígenes sociales y las perspectivas de hacer carrera.[13] Los miembros de la nobleza española gozaban de un acceso privilegiado al cuerpo de oficiales, en especial a los grados superiores, y la Corona los consideraba sus líderes naturales. Sólo los nobles podían convertirse en cadetes, si bien la nobleza era un concepto amplio en el país de los hidalgos. No obstante, aunque tanto en la infantería como en la caballería dos tercios de los oficiales provenían de la nobleza, el tercio restante podía componerse de soldados que habían ascendido desde la tropa; esta concesión más tarde incluiría a los hidalgos, los hijos de oficiales y los sargentos cualificados. El padre de San Martín, que había entrado en el ejército como soldado en la tropa, nunca recibiría un ascenso más allá del grado de capitán, y aunque San Martín mismo ingresó como cadete sus perspectivas de ascenso también se verían afectadas por el sistema existente. Los hidalgos y los plebeyos tendían a mantenerse en la parte baja de la jerarquía, mientras que la parte más alta estaba dominada por los representantes de la alta nobleza, que con frecuencia llegaban directamente a la cúspide gracias a su riqueza y capacidad de influencia en la corte. En 1788, los dos hermanos mayores de José, Manuel Tadeo y Juan Fermín Rafael ingresaron en

el regimiento de infantería de Soria como cadetes. Y el 21 de julio de 1789, a la edad de once años, José fue admitido como cadete en el regimiento de infantería de Murcia, cuyo cuartel estaba en Málaga, donde su padre tenía que contribuir para su mantenimiento. Un factor que exacerbaba la difícil situación de los oficiales menos privilegiados era el rezago de los salarios militares respecto de la inflación, en especial en el período de
1780-1798;
los salarios de los oficiales se mantuvieron estancados en el nivel alcanzado en 1768 hasta 1791, cuando tuvieron un aumento de, por término medio, un 16,5 por 100; cinco años más tarde, las graves dificultades financieras del gobierno de Carlos IV obligaron a reducir los sueldos de los oficiales en un 21 por 100 aproximadamente. Por otro lado, los oficiales se beneficiaban de la posesión del fuero militar, que les daba privilegios fiscales y jurídicos de los que no gozaba el resto de la población. El cuerpo de oficiales continuaba estando dividido entre una minoría privilegiada proveniente de la alta nobleza, con capacidad para influir en la corte y buenas perspectivas de ascenso, y la masa formada por los oficiales de menor graduación, que vivían sumidos en el tedio y la pobreza y tenían escasas posibilidades de progresar en sus carreras. El secretario de la embajada francesa en Madrid no estaba muy lejos de la verdad cuando anotaba:

> Permítasenos añadir, a modo de disculpa de los oficiales españoles, que la vida que llevan es suficiente para embotar todas sus facultades. La mayoría de sus cuarteles son lugares solitarios carentes de recursos bien sea para la instrucción o las diversiones gentiles. Privados por completo de licencias, rara vez obtienen permisos para atender sus asuntos… la vida oscura y monótona que llevan, sin participar en maniobras a gran escala y sin revistas de ningún tipo, mata a la larga toda actividad. **[14]**

Con todo, el ejército español podía luchar de forma impresionante cuando estaba bien dirigido y equipado. La expedición a Argelia de 1775 fue un modelo de incompetencia militar, pero en un lapso de seis años un ejército procedente de Cuba, compuesto principalmente por europeos, coronó una campaña triunfal contra los británicos con la captura de Pensacola, en la Florida, superando dificultades logísticas, militares y de

planificación muy superiores a cualesquiera que esos mismos hombres hubieran podido conocer en el Mediterráneo.

San Martín recibió su adiestramiento militar en su propio regimiento en Málaga. Fue el suyo un adiestramiento práctico, con poco contenido teórico, si bien incluía el estudio de ciertos textos, en particular las *Ordenanzas militares* de 1768, el reglamento básico del ejército español que se esperaba que aprendieran todos los aspirantes a oficiales, y la breve *Instrucción militar cristiana para el Ejército y Armada de su Majestad*, un catecismo militar que desde hacía tiempo los cadetes estaban obligados a conocer y en el que, además de consejos estrictamente militares, encontraban un modelo del «soldado cristiano», con oraciones católicas e invitaciones al comportamiento moral. La formación se completaba con estudios de aritmética y geometría y sesiones de táctica y maniobras que permitieron al joven San Martín aprender los aspectos básicos del oficio del soldado y adquirir experiencia práctica en cuestiones de disciplina y mando.

Siendo todavía jovencísimo, San Martín tuvo su primera experiencia militar en el norte de África, donde España tenía varios enclaves fortificados (Ceuta y Melilla, en Marruecos, y Orán, en Argelia) que consideraba esenciales tanto por razones de seguridad en su confrontación con el islam como para reforzar la presencia española en el Mediterráneo occidental. Marruecos era más un blanco de la diplomacia española que de la fuerza, pues tenía algún interés económico para la Península y era una fuente útil de cereales para Andalucía en tiempos de escasez. Los argelinos, en cambio, eran más recalcitrantes y las expediciones más recientes contra ellos habían sido fracasos absolutos. En 1790, Orán, una base fortificada compuesta por la ciudadela, algunos palacios, un mercado y una iglesia, había sido golpeada por un grave terremoto que además de acabar con la vida del gobernador español y miles de sus habitantes había hecho añicos muchos de sus edificios; la crítica situación propició las hostilidades de los piratas argelinos y bereberes y, como de costumbre, no dejó de ser aprovechada por los enemigos marítimos de España, que decidió actuar, si puede describirse así la reacción a trompicones de los planificadores militares. En abril de 1791, después de una breve estancia en Melilla, la compañía de San Martín fue destinada a Orán; pero luego

el deseo de no incitar un ataque musulmán hizo que se ordenara su retirada a Málaga. Un cambio de táctica posterior llevó de nuevo al regimiento Murcia a Orán, que estaba siendo sitiada por los musulmanes, y San Martín pasó allí diecisiete días antes de que las negociaciones volvieran a interrumpir las operaciones; esta pausa fue sólo temporal, pues en junio de 1791 su unidad sería enviada una vez más a hacer frente a los sitiadores. El batallón de San Martín entró en acción el 28 de junio, y a partir de esa fecha participó en una serie de enfrentamientos sangrientos en los que el cadete de apenas trece años recibió su bautismo de fuego; la campaña fue dura: treinta y tres días de combates cuerpo a cuerpo en los que el joven San Martín halló estimulante la dirección del oficial de su compañía y auténtica la camaradería de sus compañeros. El gobierno español, sin embargo, no estaba tan impresionado. Tras haber alardeado de que España iba a enseñarle a Europa cómo tratar a los bárbaros, el gobierno pasó a considerar que Orán era una fuente de conflictos más que de beneficios y el 12 de septiembre de 1791, mediante la Convención de Argel, renunció a Orán e inició la evacuación de la otrora famosa conquista del cardenal Jiménez de Cisneros. San Martín, que estaba en la retaguardia, fue uno de los últimos en abandonar la ciudad en febrero de 1792, y mientras veía al ejército embarcarse, con sus banderas desplegadas pero no precisamente victorioso, sólo pudo concluir que su primera experiencia de servicio activo no le dejaba gran cosa de la que jactarse. **[15]**

Tras dejar Orán, San Martín estuvo apostado con su regimiento en Cartagena, donde tuvo tiempo para reflexionar sobre su experiencia norteafricana. En términos personales, haber servido allí como cadete, y por tanto, es de suponer, como voluntario, no afectaba sus perspectivas, y la valentía que había demostrado en combate fue la primera marca de distinción en su historial militar. Aunque sus credenciales estaban mejorando, su progreso se vio frenado justo cuando la amenaza de una guerra con Francia había creado vacantes en el cuerpo de oficiales. Lo que impidió su ascenso fue un informe malintencionado de su coronel, que quería favorecer a otro candidato. No obstante, el inspector de infantería anuló la decisión tras descubrir que el comportamiento de San Martín en Orán había sido ejemplar: había cumplido con su deber con calma y

valentía en la lucha contra los moros y su dedicación, habilidad y conducta en 1791 se habían calificado como buenas. Por tanto, se le concedió un ascenso acelerado al rango de segundo subteniente (19 de julio de 1793) y pudo cambiar la bayoneta por la espada de oficial. Por otro lado, en términos de la credibilidad de España su primera experiencia de combate fue decepcionante, una temprana sombra en su carrera al servicio de la Península. La larga serie de órdenes y contraórdenes, los desplazamientos inútiles por el Mediterráneo occidental, las dudas sobre el propósito de esas fortalezas aisladas en África y la rendición final sin ninguna derrota militar que la justificara provocaron en las filas de su regimiento una sensación de inutilidad y supusieron un primer reto para la moral del joven soldado.

Bautismo de fuego

San Martín pronto tuvo que enfrentar un desafío más serio y participar en una respuesta militar que podía compartir con el gobierno y el pueblo por igual. El expansionismo revolucionario de Francia y sus ambiciones imperiales la estaban convirtiendo en un vecino difícil, y la nueva Convención Nacional (septiembre de 1792) declaró la guerra a España el 7 de marzo de 1793 con el fin de destronar a otro Borbón y llevar la revolución al pueblo español. El pueblo español, sin embargo, no quería la revolución, y la agresión francesa provocó una de las campañas de apoyo al ejército más espontáneas de la historia del país. Los sacerdotes la promovieron desde sus púlpitos. El gobierno recibió un alud de donaciones. Los voluntarios se presentaron más rápido de lo que el ejército podía armarlos. La tradicional pasión del pueblo español por su religión y su monarquía se reafirmó y los españoles rechazaron la revolución con un fervor que no tardó en verse reflejado en el avance de sus fuerzas armadas. Para sorpresa de los revolucionarios, un ejército español dirigido por el general Antonio Ricardos invadió en abril el Rosellón, en el sureste de Francia, un éxito prematuro sin duda, pero durante el resto de 1793 el ejército francés de los Pirineos orientales tuvo que dedicarse a repeler la invasión española. Entre los invasores se encontraba San Martín. Había alcanzado el frente con el regimiento Murcia, tras llegar en

barco al puerto de Los Alfaques, marchar desde allí hasta Zaragoza y, finalmente, a los valles de Arán y Tena, en los Pirineos, una brusca introducción a las marchas prolongadas y el terreno montañoso.

Se trataba de una guerra por Dios, el rey y la patria, pero la Iglesia era incapaz, el rey poco estimulante y el país vulnerable. Lo cierto, además, es que el ejército no estaba preparado para una confrontación semejante. Las fuerzas españolas siempre fueron inferiores al enemigo en número de efectivos. En abril-mayo de 1794, cuando los franceses contraatacaron en el Rosellón, lo hicieron con cuarenta mil hombres contra los apenas doce mil españoles del frente catalán; en octubre de ese mismo año, los franceses tenían a cincuenta mil hombres en Navarra y Guipúzcoa, mientras que los españoles sólo contaban con veintitrés mil para defender Pamplona. Un generalato ineficaz contribuyó a la derrota de España. La habilidad militar del alto mando estaba muy lejos de lo que la situación requería, y ello hablaba muy mal de la aristocracia española; en el Rosellón la inmovilidad de los generales fue increíble. Y el mismo Godoy reveló su incapacidad, un soldado decorativo disfrazado de ministro de Guerra. La campaña en sí se llevó a cabo con una ineptitud asombrosa y los dirigentes españoles no consiguieron estar a la altura del prodigioso esfuerzo realizado por el pueblo para apoyar al ejército.

La campaña empezó en abril de 1973 con las fuerzas españolas desperdigadas a lo largo de la frontera en una línea débil. La ofensiva en el Rosellón, dirigida por el impetuoso general Ricardos, que desplegó sus tropas entre Boulou, a los pies de los Pirineos, y Banyuls, en la costa, no fue lo bastante fuerte y profunda, y después de unas cuantas operaciones ofensivas como los ataques contra Mont-Boulou, Tour de Batére y Banyuls, en todos los cuales peleó San Martín con su regimiento, el avance llegó a su fin en una infructuosa operación de bloqueo. Esto permitió a los franceses recuperarse y contraatacar desde abril de 1794. De un lado a otro de los Pirineos los españoles fueron rechazados y pronto una gran parte del norte de Cataluña quedó en manos de los franceses. Un desarrollo de acontecimientos similar tuvo lugar en las provincias vascas, y para abril de 1795 el esfuerzo bélico español parecía haberse quebrado y la voluntad de alcanzar la victoria había dejado

de ser visible a medida que el ejército francés continuaba avanzando. En este punto Godoy y sus colegas se acobardaron y decidieron limitar las pérdidas. La Paz de Basilea puso fin a la guerra el 22 de julio de 1795. España tuvo entonces la suerte de recuperar todos los territorios que había perdido en la Península, pero la alianza a la que la paz dio lugar posteriormente la obligó a poner a disposición de Francia soldados, embarcaciones y dinero, con lo que de hecho se convirtió en un satélite de los franceses durante el resto del siglo y aún más.

Los acontecimientos de los años 1793-1795 evidenciaron que España no estaba en absoluto preparada para la guerra total y dejaron una impresión perdurable en San Martín. El ejército estaba mal equipado para hacer frente a un conflicto de esta clase y un enemigo de este tipo, un ejército dieciochesco contra una nación en armas, una causa dinástica contra una lucha revolucionaria. En marzo de 1794 algunos de estos argumentos habían sido mencionados por el conde de Aranda, uno de los pocos disidentes de la clase dirigente española, durante una confrontación con Godoy en el Consejo de Estado. Aranda sostuvo que la guerra con Francia era injusta y un error político, estaba más allá de los recursos de España y constituía un riesgo para la monarquía. A diferencia de las fuerzas peninsulares, los franceses estaban luchando por la libertad y la independencia, y su causa, por tanto, era superior a la de España. **[16]** Este tipo de ideas (el poder de la causa nacional, lo irresistible de un ejército que representa al pueblo en armas) prefiguran el pensamiento futuro de San Martín cuando, en los años posteriores a 1810, considere las perspectivas de Hispanoamérica.

Mientras la ofensiva española en el Rosellón llegaba a su fin, la capitulación de las tropas sitiadas cerca de allí en la ciudad costera de Colliure (27 de mayo de 1794), a cuyo rescate ninguna flota acudió, convirtió a San Martín y sus camaradas en prisioneros de guerra; los prisioneros fueron intercambiados y repatriados a Barcelona con la condición de que no participaran en nuevas acciones contra Francia, una práctica común en la época. En esa ciudad, en julio de 1794, San Martín fue ascendido a primer subteniente. La campaña en el Rosellón no había sido una pérdida de tiempo para él. Había adquirido experiencia adicional en

maniobras y combate, específicamente en las tácticas de la infantería ligera, un arma más móvil y menos rutinaria que la infantería regular, y había peleado tanto en las montañas como en los llanos, terrenos de combate que recreaban las condiciones que le esperaban en Suramérica.

La alianza de España con Francia, sellada en el Tratado de San Ildefonso el 18 de agosto de 1796, fue un preludio de la influencia ideológica de los franceses en la Península en forma de libros y literatura revolucionaria. En Cartagena, en el sureste de España, donde estaba ahora estacionado, San Martín entró en contacto con la cultura francesa, adquirió numerosos libros franceses y algún conocimiento del idioma. A la alianza le siguió también la guerra con Gran Bretaña y la exposición al poderío naval de los británicos, dominante a partir de la batalla del cabo San Vicente en 1797. Para mejorar la seguridad del país ante la amenaza británica, resistir a los corsarios enemigos y mantener abiertas las rutas marítimas, España desplegó en el Mediterráneo occidental una flota de fragatas veloces. San Martín se ofreció como voluntario para prestar servicio como infante de marina y se le destinó a la *Santa Dorotea*, una fragata de cuarenta cañones que desde mediados de 1797 operaba desde el puerto de Cartagena. San Martín permaneció a bordo durante más de un año, un período durante el cual la embarcación escoltó barcos mercantes, transportó armas y suministros, persiguió corsarios y entró en combate con el enemigo. En mayo de 1798 se encontraba en Toulon cuando la expedición francesa dirigida por Napoleón se preparaba para zarpar hacia Egipto. De acuerdo con la tradición, durante una inspección en una revista naval, el general francés se detuvo en frente de San Martín, cuyo uniforme había llamado su atención por ser diferente del resto, y leyó en voz alta el nombre del regimiento Murcia de un botón de su casaca. En julio de 1798 la *Santa Dorotea* partió de Cartagena a Argel en la que sería su última misión. De regreso a su base, la embarcación resultó dañada por una tormenta repentina en la que perdió el mastelero de velacho y el juanete mayor. El 15 de julio se encontró con un buque británico de setenta y cuatro cañones, el *Lion*, que atacó la debilitada embarcación y lanzó una operación de abordaje que duró dos horas.[17] La nave española, con treinta miembros de su tripulación muertos en combate y treinta y dos más gravemente

heridos, se vio obligada a rendirse después de ofrecer una enérgica resistencia; los sobrevivientes fueron trasladados a un barco neutral y enviados primero a Mahón y después, el 9 de agosto, a Cartagena, con el compromiso de no luchar contra los británicos hasta que no hubiera un intercambio de prisioneros, lo que impediría a San Martín volver al servicio activo hasta 1801. Una vez más, la experiencia fue enriquecedora; el servicio naval era infrecuente entre los oficiales de infantería y su estancia a bordo de la *Santa Dorotea* hizo que no fuera un completo novato en asuntos marítimos cuando llegó el momento de lanzar la invasión de Perú desde el Pacífico.

España tenía que satisfacer su alianza con Francia, en parte, proporcionándole subsidios y, en parte, colaboración militar. En 1801 se le exigió avanzar contra Portugal para obligar al país a abandonar su alianza con Gran Bretaña y cerrar sus puertos al comercio e influencia británicos. Godoy consideraba que Napoleón era un hombre «cuya lealtad y buena fe no eran obvias a la luz de su historial previo», y buscó adelantarse a la invasión proyectada por los franceses con un ataque preventivo que le permitiera vencer a los portugueses sin la intrusión de Francia. Por tanto, actuó con rapidez. Los generales españoles no eran célebres por su disposición a ofrecerse voluntariamente y varios se excusaron o se negaron de plano a dirigir esta operación; ante esto Carlos IV nombró al mismísimo Godoy como comandante supremo del ejército invasor. Las divisiones dirigidas por el marqués de Castelar tomaron la iniciativa en el primer asalto contra las fortalezas de Olivenza y Jurumeña, acciones en las que participó San Martín. Portugal solicitó la paz, que se firmó en Badajoz el 6 de julio de 1801, y acordó cerrar sus puertos a las embarcaciones británicas. Esto puso fin a la denominada «guerra de las naranjas», llamada así en alusión a las frutas tomadas como trofeo en la fortaleza de Elvas, que Godoy envió a la reina María Luisa. San Martín salió ileso de esta guerra deshonrosa, pero no de lo que vino a continuación. A finales de 1801 una de sus tareas era llevar a los voluntarios que había reclutado en Castilla la Vieja como refuerzos para el regimiento Murcia. La falta de caballos en una de las aldeas por las que pasó le separó del resto de su unidad, pero una vez montado de nuevo se apresuró a alcanzar a sus hombres. En el camino de Valladolid a

Salamanca cuatro bandidos le atacaron; San Martín desenfundó su espada y les opuso resistencia. Recibió dos heridas: una en el pecho, bastante seria, y otra en la mano derecha; y fue despojado tanto de su equipaje como del dinero que aún le quedaba para completar su misión. Dos viajeros que pasaban por allí le recogieron herido y sangrando y le llevaron a la aldea de Cubo de la Tierra del Vino. Sus superiores militares aprobaron su conducta y se le exoneró por la pérdida de tres mil trescientos cincuenta reales. Hasta aquí, muy poco: después de un comienzo en falso en los Pirineos y una breve campaña en Portugal la carrera militar de San Martín se estancó en los años posteriores a 1800; continuó siendo un segundo teniente, sin posibilidades de ascenso, en una situación internacional en la que las perspectivas de España no era las mejores.

En 1802, aprovechando el respiro ofrecido por la Paz de Amiens, Godoy se interesó por el endeble ejército de España; sus reformas implicaron ajustes a los regimientos existentes y la creación de nuevas unidades. En marzo de 1803 se formó en Sevilla un batallón de infantería ligera, los Voluntarios de Campo Mayor, y San Martín fue nombrado segundo ayudante; aunque en términos de rango no había en ello ningún avance, la experiencia era para él novedosa y le permitió aprender cómo se organizaba, equipaba y adiestraba una nueva unidad. A finales de 1803 los Voluntarios de Campo Mayor fueron trasladados a Cádiz, una ciudad que siempre tendría un significado especial para San Martín. Cádiz era entonces el puerto más importante de España, un promontorio en el extremo de la Península, unido a la Isla de León mediante un paso elevado. Defendido por murallas marinas, enriquecido por el comercio con América, el puerto concentraba a gran cantidad de barcos mercantes y militares, muchos de las cuales habían sido construidos en sus propios astilleros. La población de la ciudad estaba dividida entre quienes se habían enriquecido con el comercio y los marginados debido a su pobreza, a los que el hospicio local, un gran asilo para los pobres, los desamparados y los huérfanos, ofrecía algún auxilio.[18] La ciudad pronto se volvería famosa por su defensa de la independencia de España y sus debates sobre una constitución liberal. La función imperial de Cádiz hacía que para los americanos la ciudad fuera un centro fundamental para mantener el vínculo con sus patrias, pero también un obstáculo para su

liberación. Cádiz se convirtió en un faro en la vida de San Martín, y al mismo tiempo que le daba la bienvenida, el puerto le señalaba el camino hacia América. En Cádiz, San Martín trabó amistad con un colega de mayor rango que dejó en él una impresión perdurable. El teniente general Francisco María Solano, marqués del Socorro, capitán general de Andalucía y gobernador civil y militar de Cádiz, había nacido en Caracas y era un talento poco frecuente en la jerarquía militar de la España borbónica. Había participado en las campañas más importantes de la época, lo que incluía un período de servicio en el ejército francés del Rin, y luego se había dedicado a introducir las tácticas francesas en el ejército español, una labor que, por supuesto, continuó en los Voluntarios de Campo Mayor, una unidad que se convirtió en un modelo en términos de instrucción. Bajo la influencia de un experto al que respetaba, San Martín adquirió en este período una pericia especial en los métodos de adiestramiento de tropas. En Cádiz, además, tuvo que soportar la terrible experiencia que supuso la epidemia de fiebre amarilla que diezmó las filas de los Voluntarios; su conducta ejemplar en tales circunstancias se consideró como un servicio de guerra y le permitió, en noviembre de 1804, ascender a capitán segundo de la segunda compañía de los Voluntarios, una posición que le colocaría en la línea de frente de cualquier acción en la que participara. Por el momento, sin embargo, el servicio activo consistía en llevar a cabo las labores de cuartel rutinarias y efectuar patrullas contra los contrabandistas y delincuentes que entonces pululaban en Andalucía. Con todo, San Martín se distinguiría también como edecán del teniente general Solano.

La predecible renovación de la guerra con Gran Bretaña volvería a llamar la atención sobre los fallos de la política y la planeación militar españolas que los intermitentes intentos de modernización poco habían hecho por subsanar. La oposición conservadora impidió a Godoy la introducción de las nuevas tácticas francesas, y el sistema de abastecimiento del ejército continuó estando desatendido. Godoy, un favorito dedicado a engendrar favoritos, nombró a demasiados generales (una forma corrupta de patrocinio) y reclutó muy pocos soldados. En mayo de 1803, una vez reanudada la guerra entre Gran Bretaña y Francia, los cargamentos de metales preciosos volvieron a estar en peligro, pese a lo cual

Godoy nunca se cuestionó su elección de los franceses como aliados (o el temor que le inspiraban). El gobierno español se había situado en una posición en la que su debilidad no podía ser mayor. Las defensas de la Península no había sido mejoradas desde 1783; el comercio con las colonias estaba a merced de Gran Bretaña; y los ingresos del tesoro estaban sometidos a la sangría mensual que suponían los seis millones de libras que España pagaba como subsidio a Francia.

Por esta época, España perdió los últimos jirones de su anterior poderío marítimo. En octubre de 1804, previendo una guerra formal, una escuadra británica interceptó un gran cargamento de metales preciosos procedente de Callao y Buenos Aires, hundió una embarcación y capturó otras tres, las cuales transportaban 4,7 millones de pesos, 1,3 millones de los cuales eran para la Corona. [19] Entre los supervivientes se encontraban el capitán Diego de Alvear y su hijo Carlos, entonces un quinceañero, futuro amigo y, más tarde, adversario de San Martín, pero el resto de la familia Alvear pereció. El 12 de diciembre España declaró la guerra a Gran Bretaña y el 4 de enero de 1805 firmó una alianza marítima con Francia. Diez meses después España sufriría el desastre de Trafalgar, cuyos preparativos y consecuencias San Martín tuvo ocasión de ver desde el puerto de Cádiz. A partir de entonces España se adentró en un territorio que le era desconocido: una potencia imperial sin flota, unas colonias sin metrópoli.

Y San Martín pronto tendría noticias de un nuevo golpe al Imperio español. En 1806 una fuerza expedicionaria británica que había partido del cabo de Buena Esperanza cruzó el Atlántico sur, entró en el Río de la Plata y ocupó Buenos Aires. Los invasores eran expertos en operaciones combinadas, pero subestimaron la voluntad y la capacidad del pueblo bonaerense para defenderse a sí mismo. Mientras el virrey español, el marqués de Sobremonte, huía al interior del país y los ciudadanos adinerados se refugiaban en sus casas de campo, las clases bajas y muchos miembros de la generación más joven se tomaron las calles para desafiar y confrontar a los británicos. Fueron los criollos, más que los españoles, quienes crearon el ejército de voluntarios que derrotó a las fuerzas invasoras y capturó a su comandante y mil doscientos soldados. La iniciativa de los criollos volvió a ser patente al año

siguiente, 1807, cuando depusieron al virrey y consiguieron superar y obligar a rendirse a los refuerzos llegados de Gran Bretaña.

Las invasiones británicas del Río de la Plata enseñaron varias lecciones al americano San Martín. Lo sucedido le demostró que sus compatriotas no estaban dispuestos a cambiar un señor imperial por otro. Asimismo, las invasiones dejaron al descubierto los agujeros del Imperio español en el hemisferio sur, la fragilidad de su administración, la debilidad de sus defensas. Fueron los locales, no España, quienes se encargaron de defender la colonia; los criollos habían descubierto su fortaleza y adquirido un sentido de identidad. Cornelio de Saavedra, el líder de la milicia criolla, no dejó de mencionar «el mérito de los que nacimos en las Indias… no inferiores a los europeos españoles», y subrayó que «Buenos Aires con sólo sus hijos y su vecindario hizo esta memorable defensa y se llenó de gloria». [20] San Martín, un soldado oriundo de las Indias que vivía rodeado de españoles europeos, tenía mucho que pensar al respecto.

La guerra de Independencia española

Napoleón estaba decidido a poner a la península Ibérica bajo control de Francia, cerrar sus puertos al comercio con Gran Bretaña e imponer a sus propios gobernantes. Sin embargo, las invasiones francesas de Portugal y España en
1807-1808
tuvieron resultados desiguales. La familia real portuguesa, junto con una multitud de cortesanos, burócratas y miembros de la élite, se embarcó en el Tajo para refugiarse en Brasil, llevándose consigo una gran cantidad de riquezas y a la mayor parte de la comunidad de comerciantes británicos. Fuera de Lisboa, los buques de guerra británicos esperaban a los reyes y sus acompañantes para escoltarlos sanos y salvos a Brasil. Si la clase dirigente portuguesa consiguió escapar de Napoleón, la respuesta de los españoles no fue tan diestra. Mientras los ejércitos franceses cruzaban el país para hacerse con el control de Portugal, se exigió que España también invadiera a su vecino. Sin embargo, el ejército español no estaba preparado para la guerra. Sus deficiencias eran predecibles: no había un plan de avance ni enlaces con su aliado ni reservas de

hombres o recursos preparadas. En 1807 se encargó a un receloso general Solano la dirección de la invasión de la frontera sur con una división de seis mil hombres, que tuvieron la suerte de encontrar poca oposición. San Martín participó en esta destartalada expedición como «capitán de guías», función para la que había sido nombrado personalmente por Solano. Alentejo y Extremadura fueron ocupadas sin necesidad de combatir en diciembre de 1807, y las fuerzas de Solano acamparon en Setúbal, mientras que el ejército del general francés Jean-Andoche Junot ocupó Lisboa el 30 de noviembre. La campaña fue breve, un mero pretexto para que un ejército francés de dimensiones considerables ocupara España. En reacción a la duplicidad de los franceses, Godoy ordenó el regreso al país de las tropas españolas que se encontraban en Portugal. Para entonces, sin embargo, a su gobierno se le estaba agotando el tiempo.

En la noche del 17 de marzo de 1808, una turba de soldados, campesinos y trabajadores de palacio protagonizó un motín en Aranjuez. Godoy, cuya residencia había estado fuertemente custodiada durante años, se encontró de repente sin protección; envuelto en una alfombra, el ministro se escondió en la buhardilla, de donde salió hambriento y sediento para afrontar un futuro sombrío, que empezó con su arresto. Mientras que a Godoy le aguardaban el perdón y, finalmente, el exilio, su protector real, Carlos IV, fue obligado a abdicar a favor de su hijo y heredero Fernando VII. Lo ocurrido no fue en realidad una rebelión «popular». Aunque el ejército y la turba se habían encargado de implementarla, a la cabeza de la rebelión estaban Fernando y sus partidarios y de su organización se habían encargado los grandes y la nobleza de título: era la causa de un gobierno aristocrático contra uno de favoritos y burócratas. ¡Pobre del país con semejantes alternativas! Poco después de que Carlos IV y María Luisa fueran enviados a Francia, los *fernandistas* descubrieron que habían cometido un error de cálculo. Napoleón no había enviado a sus soldados para librarles de Godoy sino para robarles a Fernando, a quien también se envió a Francia. El 10 de mayo, en Bayona, en una parodia grotesca de realeza, los borbones españoles se vieron obligados a abdicar en favor del candidato del emperador, su hermano José Bonaparte. Con todo, Napoleón tampoco ganó.

En un primer momento, los españoles culparon de todo a Godoy. Sin embargo, no tardaron en descubrir que la situación no era tan sencilla y que el país tenía muchos problemas, algunos que España misma se había buscado y otros procedentes del otro lado de los Pirineos. El pueblo se alzó contra los franceses. El levantamiento del 2 de mayo de 1808 en Madrid, caótico, carente de planeación y de armas, fue aplastado con facilidad por la Guardia Imperial, que recorrió las calles disparando, matando e impartiendo justicia sumaria. *Los fusilamientos del tres de mayo*, el famoso cuadro de Goya, recoge una de las escenas que se vivieron esa noche: un grupo de hombres arrodillados, entre los que destaca uno con sus brazos en alto y la boca abierta, delante de un pelotón de fusilamiento con los mosquetes preparados. Poco a poco, la rebelión se fue haciendo más organizada a medida que el ejército español fue aceptando entre sus filas a los voluntarios; se reclutaron guerrilleros, las juntas provinciales organizaron la resistencia y una Junta Central intentó desempeñar el papel del gobierno central. A partir del ejército regular y los nuevos reclutas, la resistencia española adquirió una estructura militar rudimentaria en forma de ejércitos de campo con sede en Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, el Levante y Cataluña. Dos de las juntas regionales, primero la de Asturias y luego la de La Coruña, contactaron con Londres. Las alianzas se invirtieron: España se unió a los británicos y reconstruyó, con mayor confianza, intereses más fuertes y, finalmente, con más éxito, la alianza de 1793. El escenario estaba dispuesto para el conflicto que los españoles conocen como su guerra de Independencia.

San Martín no fue un espectador pasivo de estos acontecimientos. Su observación crítica de la decadencia española se convirtió ahora en fuente de una desilusión profunda, y la alianza con los ingleses pronto le afectaría de forma personal. Solano regresó de Portugal y en un ejercicio fútil intentó reunir en Badajoz un ejército contra los invasores franceses. No obstante, el ejército español no estaba en condiciones de resistir y el general decidió que la discreción era el mejor componente del valor; por desgracia, se había convertido en un hombre señalado para quienes querían resistir, a saber, la Junta de Sevilla, que al comienzo del levantamiento se había autoproclamado «Suprema Junta de España

y las Indias» y se disputaba el papel de gobierno central con la Junta Central, que se había visto obligada a desplazarse a Sevilla. La Junta de Sevilla envió emisarios con el fin de fomentar la insurrección en Cádiz, donde la turba estaba soliviantada. Solano tuvo entonces que hacer frente a un dilema doloroso. ¿Debía unirse al movimiento contra los franceses, que ahora la Junta de Sevilla se encargaba de «organizar», o, por el contrario, esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos? Al igual que otros generales, Solano quería contener a los españoles dentro de las instituciones militares existentes y en consecuencia los animaba a unirse al ejército o, en caso contrario, permanecer en sus hogares. Esto, sin embargo, no satisfizo a los insurgentes gaditanos, que empujados por la Junta de Sevilla asaltaron la casa del gobernador para prender al general, a quien consideraban un partidario de los franceses. Y el dilema de Solano se convirtió también en el dilema de San Martín.

El oficial a cargo de la guardia organizó posiciones defensivas para bloquear la vía y ordenó realizar dos descargas al aire. ¿Era ese oficial San Martín? Es posible. San Martín despreciaba al «populacho» y hubiera sido sorprendente que no apoyara a Solano, de modo que es verosímil que temiendo por la vida de su amigo hubiera confrontado a los insurgentes empleando su autoridad sobre los Voluntarios de Campo Mayor para darle una oportunidad de escapar. Los insurgentes derribaron la puerta de la casa del gobernador y la tomaron por asalto. Solano escapó por el techo a la vivienda de al lado, que pertenecía a una dama irlandesa, pero luego salió de su escondite para salvar a los vecinos y enfrentarse a la turba; herido, consiguió llegar tambaleándose hasta la plaza de San Juan de Dios, donde murió de una estocada. Frustrado en su esfuerzo de salvar a Solano, San Martín habría buscado refugio en la casa de un amigo hasta que pudo escapar a Sevilla. **[21]**

Otras fuentes, sin embargo, cuentan una historia diferente. Según esta versión, San Martín llegó de la Isla de León, donde estaba prestando servicio, para hallar que la turba acababa de matar a Solano. Con esfuerzo se abrió paso entre la multitud hasta el cuerpo de su amigo, pero pronto la masa lo rodeó y se vio obligado a huir en medio de los gritos de «¡Matadle!» que proferían algunos que le habían tomado por Solano. Aunque su espada se

rompió en la lucha, San Martín resistió el avance de sus atacantes y corrió en dirección al puerto. Se refugió en la iglesia de los Capuchinos, donde un fraile, alzando un crucifijo, se interpuso entre él y la multitud, a la que informó de que a quien perseguían no era Solano sino San Martín y de que él no iba a permitir que nada le pasara. Fue gracias a este religioso que San Martín consiguió escapar ese día; antes de salir corriendo de nuevo, San Martín le tomó la mano para decirle: «No me olvidaré». [22] Y, de hecho, fue un día aciago que nunca olvidó.

En los siguientes días, mientas los compañeros de San Martín eran perseguidos, el teniente coronel Juan de la Cruz Murgeón le escondió en su casa hasta que pudo partir hacia Sevilla, desde donde consiguió reunirse con su unidad, los Voluntarios de Campo Mayor, para entonces estacionados en Ronda. Después de lo ocurrido, San Martín abandonó su política de «esperar y ver» y decidió unirse al levantamiento contra los franceses. Esta no fue una decisión desprovista de dificultades. El recuerdo del populacho nunca le abandonó, y se tradujo en un odio permanente al extremismo político y el poder de las masas.

A comienzos de junio de 1808 la Junta de Sevilla nombró a San Martín mayor general en las fuerzas dirigidas por el coronel Francisco Torres en Jaén. Sin embargo, antes de que pudiera ocupar ese puesto, se le destinó junto con su regimiento, los Voluntarios de Campo Mayor, al ejército de Andalucía que dirigía el general Francisco Javier Castaños, que estaba reclutando, organizando y adiestrando a los sol dados españoles en Utrera. Allí se integró en una fuerza de choque a órdenes de Murgeón, la Agrupación de Montaña Volante, cuya vanguardia se encargó de dirigir. El 23 de junio, en los alrededores de Arjonilla, San Martín estaba dirigiendo una pequeña fuerza conjunta de caballería e infantería que hacía las veces de avanzada, cuando se topó con una unidad de reconocimiento enemiga. Murgeón ordenó atacar a los franceses, pero éstos consiguieron escapar. Con el fin de interceptarlos, San Martín tomó un atajo y, aunque era visible que el enemigo superaba en número sus fuerzas, dirigió de forma enérgica el ataque que acabó con la vida de una veintena de dragones franceses. Aunque los sobrevivientes emprendieron la huida, San Martín hubiera continuado persiguiéndolos si Murgeón, que tenía información de

que los franceses contaban con un centenar de refuerzos de caballería, no hubiera ordenado la retirada. El que se hubiera dejado escapar al resto del destacamento enemigo y su oficial al mando decepcionó a San Martín, pero, como señala con claridad el informe oficial, prefirió «la obediencia a su ambición de gloria» y retrocedió como se le mandaba. [23] Aunque lo ocurrido apenas había sido una escaramuza, para la fecha era una de las pocas acciones victoriosas que España tenía su haber, y San Martín había dado muestras de poseer dos características claves del soldado profesional: valor y disciplina. El 27 de junio se le ascendió a primer ayudante de su regimiento, y luego se le nombró ayudante de campo del marqués de Coupigny, uno de los principales jefes del ejército español; y adquirió aún más prestigio (el 6 de julio) como capitán agregado en el Regimiento de Caballería de Borbón. [24]

En un esfuerzo vano por subyugar Andalucía, Pierre Dupont, el jefe del ejército francés, abandonó Córdoba e inexplicablemente estacionó sus fuerzas en Andújar, donde sus diecisiete mil soldados se enfrentaban a un ejército español mucho más grande. [25] A finales de junio de 1808 el ejército de Francisco Castaños dejó Utrera y avanzó hacia Córdoba siguiendo el curso del río Guadalquivir. Para ello se le unieron las fuerzas procedentes del Granada al mando de Teodoro Reding, un oficial suizo al servicio de España. Con estos refuerzos, Castaños pasó a tener un contingente de por lo menos treinta y tres mil soldados, además de los numerosos voluntarios reclutados por las distintas juntas. El general reorganizó su ejército separándolo en cuatro divisiones. La primera, a su mando, se desplegó para amenazar la fuerza principal de Dupont e inmovilizarlo en Andújar; otro grupo, conformado por las divisiones de Reding y del marqués de Coupigny, realizó un desvío al otro lado del Guadalquivir para después reunirse en Bailén, donde debía derrotar a los franceses y luego regresar en dirección a Andújar para tomar posiciones con el fin de atacar al enemigo desde la retaguardia y rodearlo. Una cuarta división atacaría a Dupont desde el norte. Dividir el ataque de esta manera no era la mejor estrategia, ya que se corría el riesgo de exponer cada componente de las fuerzas españolas a una destrucción gradual a manos de un ejército francés unido. Al final, los españoles tuvieron suerte. Por coincidencia o buen juicio, las confusas operaciones que

empezaron el 14 de julio favorecieron el que Dupont y sus oficiales cometieran una serie de errores, al desplazar sus tropas para contrarrestar amenazas inexistentes y dividir su propia posición estratégica. La superioridad de la artillería española sobre la francesa se hizo evidente y, de forma consistente, sobrepasó en potencia de fuego a su enemigo. Ambas fuerzas padecieron las inclemencias del clima, el calor opresivo en un paisaje reseco en el que los únicos lugares que ofrecían algún alivio eran los ocasionales olivares y las ruinas de las bases moriscas.

La división de Coupigny, en la que San Martín prestaba servicio como ayudante de campo del general, derrotó a los batallones franceses en la batalla de Villanueva de la Reina. Después de cruzar el Guadalquivir y reunirse con las fuerzas de Reding, ambas divisiones marcharon hacia Bailén y desde allí en dirección oeste hacia Andújar para atacar el cuartel general de Dupont y obligarle a evacuar su centro y, finalmente, retroceder a Bailén. El 19 de julio, al alba, la vanguardia francesa se encontró con las tropas de avanzada de Reding y Coupigny, y durante las nueve horas siguiente libraron una dura batalla bajo un sol ardiente entre los olivares y las encinas; Coupigny y sus hombres realizaron la mayor parte del trabajo, como reconoció Reding, y forzaron la rendición de casi dieciocho mil soldados franceses. «Así terminó un día de confusión y muerte». Al entregar su espada a Castaños, Dupont comentó: «Puede sentirse muy orgulloso de este día, general; es extraordinario porque yo nunca había perdido una batalla campal hasta ahora y he participado en más de veinte». La respuesta de Castaños fue irónica: «Es todavía más extraordinario pues nunca antes en mi vida había yo participado en una». [26] Mientras España se regocijaba, Napoleón estaba furioso: «En toda la historia del mundo nunca ha habido nada tan estúpido, tan inepto o tan cobarde». Por su activa participación en la batalla. San Martín fue ascendido a teniente coronel de caballería y la Junta de Sevilla le condecoró con la medalla de Bailén. Coupigny le felicitó y se lamentó por los problemas de salud que entonces estaba padeciendo. [27] Su problema era una afección pulmonar que le obligó a dejar la acción y trasladarse a Sevilla para buscar una cura; y Castaños lo empleó en el cuerpo de inspectores del ejército.

Bailen acabó con el mito de la imbatibilidad de los ejércitos

franceses. Asimismo, fue un golpe de propaganda para los españoles, que le atribuyeron más importancia de la que merecía. Sir Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, pensaba que «nadie estaba más sorprendido por el resultado de Bailen que el mismo Castaños». **[28]** Pero José Bonaparte, la necia víctima del favoritismo de su hermano y el escarnio de los españoles, se apresuró a dejar Madrid para buscar un refugio más seguro primero en Burgos y después en Vitoria, y los franceses abandonaron el sitio de Zaragoza. El 23 de agosto, mientras que José era blanco de las burlas por su falta de temple (y su supuesta afición a la bebida), Castaños hacía su entrada triunfal en Madrid. Con Wellington y sir John Moore en Portugal, Inglaterra estaba entonces entrando en la contienda. Y tres ejércitos españoles (los de Galicia, Andalucía y Aragón) sumaron más voluntarios a la lucha. No obstante, Francia pronto contraatacó y antes de fin de año la Junta Central se había apresurado a retirarse a Sevilla. Napoleón se hizo cargo de la situación y con sus mejores mariscales y un ejército de doscientos mil hombres estuvo personalmente, aunque por breve tiempo, al mando de sus fuerzas en España. Los ejércitos españoles fueron derrotados en numerosos frentes, y el 3 de diciembre Napoleón entró en Madrid victorioso. Un mes después, cuando abandonó la ciudad, el poder de Francia sobre la Península estaba firmemente consolidado.

San Martín todavía estaba recuperándose de su afección pulmonar cuando Coupigny le pidió que lo acompañara en su nuevo nombramiento al frente del ejército de Cataluña, donde estando a sus órdenes directas podría «avanzar en su carrera». **[29]** En mayo de 1809 San Martín estaba suficientemente recuperado como para aceptar el ofrecimiento y buscar la autorización de la Junta Central. Tras obtener el consentimiento, permaneció en su nuevo cargo durante seis meses en los que trabajó en logística, adiestramiento de tropas de caballería y organización de las *somatenes*, las guerrillas de la región, al menos hasta donde era posible organizar a esas hordas indomables.

Sin embargo, la crisis de los ejércitos españoles empeoró. La caída de Madrid en manos de los franceses a finales de 1808 fue el preludio del colapso de la posición española en el centro del país. Joaquín Blake, el nieto de un jacobita escocés, sufrió derrotas

sucesivas. La retirada del ejército de sir John Moore hacia el oeste a La Coruña, donde el mismo Moore resultó herido de muerte, fue un desastre aplastante, un golpe tanto para el prestigio de los británicos como para la moral española, que sólo la elegía de Charles Wolfe consiguió revestir de gloria:

> *Not a drum was heard, not a funeral note,*
> *As his corse to the rampart we hurried.*
> *Not a soldier discharged his farewell shot*
> *O'er the grave where our hero we buried.* **[*]**

También quedaron enterradas entonces las esperanzas de que la guerra tuviera un pronto final. Los franceses ocuparon Zaragoza, y en noviembre de 1809 la victoria del mariscal Soult en Ocaña abrió Andalucía a los invasores. La España patriótica estaba en retirada total. La Junta Central había sido arrinconada; habiendo tenido que abandonar Sevilla, se trasladó a Cádiz y, por último, a la Isla de León; finalmente, en enero de 1810, se disolvió dejando en su lugar un Consejo de Regencia, un organismo en extremo conservador, heredero espiritual del antiguo régimen, que fue el responsable de convocar las Cortes en las que los liberales tenían puestas sus esperanzas. En Extremadura el marqués de La Romana dirigió al ejército de la izquierda hasta la frontera con Portugal, y Coupigny, seguido por su ayudante de campo, San Martín, se le unió en enero de 1810. Allí, sin embargo, sólo pudo ser testigo de nuevas derrotas, cuando Ciudad Rodrigo y Almeida se vieron obligadas a capitular en agosto de 1810. En octubre, San Martín se unió a las líneas de Torres Vedras que Wellington había mandado construir para bloquear el avance de los franceses sobre Lisboa; allí pudo observar la estrategia de los ingleses en la práctica, así como el uso de fortificaciones y trincheras en combinación con ataques guerrilleros para crear un sistema de defensa impenetrable.

En febrero de 1811 volvemos a encontrar a San Martín en Cádiz, junto a Coupigny. Cádiz, sitiada por el mariscal Victor, el duque de Belluno, era el último bastión de la independencia de España y su gobierno, al que San Martín pudo por fin cobrar, y conseguir que se le pagaran, sus pagas atrasadas. Allí recibió instrucciones de acompañar a Coupigny, ahora general en jefe del segundo ejército en Valencia. Sin embargo, esas órdenes pronto cambiaron, y

después de la batalla de Chiclana, el 5 de marzo, se puso a Coupigny al mando del cuarto ejército, que se encargaba de la defensa de Cádiz. Las disputas entre sir Thomas Graham, el general al frente de la división anglo-portuguesa, y el incompetente general español Manuel de Lapeña (al que incluso sus compatriotas conocían como Doña Manolita), quien había tomado la desacertada decisión de retroceder a la Isla de León, permitieron a los sitiadores franceses hacerse con una victoria que no merecían y Lapeña fue con razón reemplazado. [30] San Martín permaneció al lado de Coupigny, incluso después de su propio nombramiento (26 de julio de 1811) como comandante del regimiento de dragones de Sagunto. Para entonces ya había tomado una decisión sobre su futuro.

Su verdadera identidad, durante tanto tiempo dormida, revivió en un momento marcado por la debilidad de España y la ocasión de América. La combinación de dos factores, un Estado arruinado en el Viejo Mundo y la perspectiva de los nacientes Estados que estaban surgiendo en el Nuevo, insuflaron nueva vida a los rescoldos de su consciencia americana. Para San Martín, que era consciente de que los americanos normalmente no podían satisfacer sus ambiciones más elevadas en la madre patria, ésta era una oportunidad. En 1808, cuando los invasores franceses cortaron los lazos entre la metrópoli y sus colonias, se produjo una crisis de autoridad. ¿Quién gobernaba en América? ¿A quién había que obedecer? En un momento en que la legitimidad y la lealtad estaban en discusión, San Martín tenía todos los motivos para cuestionarse su propia posición. Los liberales españoles no eran menos imperialistas que los conservadores. En Cádiz, las Cortes estaban fraguando una nueva constitución, una que declararía que España y América eran una única nación. No obstante, aunque se permitió la participación de los americanos, se les negó una representación en igualdad de condiciones, y aunque se les prometieron reformas, se les negó la libertad de comercio que pedían.

El momento de la decisión

Estos años pusieron a San Martín en contacto con un buen número de hispanoamericanos que se encontraban en la Península por diversas razones y eran emisarios, o quizá exponentes, de ideas

políticas nuevas, más o menos influenciadas por el liberalismo de la época y la oposición al absolutismo, y a los que preocupaba de forma muy clara la libertad de sus propios países. Los grupos de disidentes americanos, algunos de ellos relacionados con Francisco de Miranda, el precursor de la independencia venezolana, celebraron reuniones en Madrid, Sevilla y Cádiz en los años 1807-1811, y tras la invasión napoleónica muchos regresaron a América pensando que había llegado el momento de actuar. Se sabe que durante la temporada que pasó en Cádiz desde febrero de 1811 San Martín participó en los encuentros de un grupo americano, que volvía a reunirse después de haberse dispersado al dejar Sevilla, al que en ocasiones se conoce como la «Sociedad de los Caballeros Racionales»; algunos historiadores posteriores consideran que ésta era una sociedad secreta ligada indirectamente con la masonería, que profesaba principios liberales e ilustrados y que empleaba ritos, códigos y rituales de iniciación. Las pruebas de su identidad masónica son escasas y, dado su carácter secreto, imposibles de obtener, aunque es probable que algunos de sus miembros pertenecían a logias masónicas fuera del ámbito de sus actividades pro americanas. La función de la agrupación era básicamente política: reclutar a los futuros líderes de la independencia y mantener viva la causa. Uno de los antiguos compañeros de San Martín en Cádiz, el general José Rivadeneira, volvería a encontrarse con él en Huaura en 1821: «me estrechó en sus brazos, recordó nuestra amistad antigua, nuestros trabajos en la sociedad de Cádiz, para que se hiciese la América independiente». [31] San Martín conocía por lo menos la existencia de una logia en Cádiz de la que era miembro Carlos de Alvear, pero no existen pruebas de que él llegara realmente a formar parte de ella. [32]

En 1810, San Martín estaba en servicio activo en Portugal cuando llegaron las primeras noticias de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Hispanoamérica, donde la población se había rebelado contra las autoridades coloniales y rechazado a los funcionarios españoles. En febrero de 1811, al regresar a Cádiz, pudo enterarse mejor de lo sucedido en Buenos Aires y es posible que entrara en contacto con personalidades dispuestas a participar en la rebelión y que se inscribiera en la Sociedad de los Caballeros

Racionales. Si miraba más allá de Cádiz, le resultaba imposible ignorar el avance imparable de las tropas francesas en la Península y la impotencia de las autoridades españolas. Su dilema parecía irresoluble. Por un lado, sus perspectivas personales estaban empeorando con consecuencias difíciles de prever, y España no era generosa con los americanos de cuna humilde. ¿Qué esperanza podía tener en una España fallida? Por otro, tenía ante sí una Francia moderna que aunque todavía poseía algún atractivo a ojos de los liberales, básicamente era un enemigo invasor interesado en la conquista y el dominio. San Martín estaba de parte de la resistencia a los invasores, pero no tenía mucha fe en las juntas desordenadas e incompetentes y menos aún en una regencia de cinco miembros, un organismo cuya legitimidad era dudosa y que, además, estaba ligado a los intereses de los comerciantes de Cádiz, para quienes las colonias americanas eran un mercado cautivo. Las Cortes, por su parte, estaban debatiendo una constitución para un Estado inexistente y una sociedad en la que los privilegios y las jerarquías estaban profundamente arraigados. Desaparecida la monarquía española, ¿dónde quedaba la lealtad al rey? Aunque el populismo y la demagogia le horrorizaban, las convicciones de San Martín eran de corte liberal y el absolutismo le inspiraba aversión.

Tras veintidós años de servicio en España no podía identificarse con ninguna filiación. Las juntas, los absolutistas, los franceses, todos le resultaban repugnantes, mientras que el ejército español había dejado de ser una profesión para un hombre con ambiciones. No podía negar que la guerra de Independencia española era una causa noble. Pero no se estaba peleando con brillantez. Tanto 1810 como 1811 fueron años desesperados para el ejército español. La guerra en la Península parecía estar escapando al control de los patriotas. La caída de Ciudad Rodrigo el 9 de Julio de 1810 después de un bombardeo implacable y la rendición innecesariamente apresurada de Badajoz en marzo de 1811 cancelaron el triunfo de Wellington en Portugal, y dejaron a los españoles culpando a los británicos y a los británicos furiosos con los españoles. [33] El ejército español supo redimirse en la sangrienta batalla de Albuera (16 de mayo de 1811), el «glorioso campo del dolor» de Byron en las planicies áridas de Extremadura, un enfrentamiento que demostró que la cooperación anglo-española podía al menos

contener a los franceses. El camino hacia victorias aún mayores en 1812 había quedado abierto. A la recuperación de Ciudad Rodrigo (en enero de 1812), donde Wellington lanzó a su ejército por entre las brechas y los guerrilleros de Julián Sánchez acosaron a los franceses en todas partes, le siguió el sitio de Badajoz, que cayó en marzo. Wellington podía ahora marchar libremente sobre Salamanca. Allí, mientras observaba a los franceses a través de su telescopio, advirtió el error táctico que sus adversarios estaban cometiendo al marchar a lo largo de su frente en una línea extendida al máximo y, tirando el muslo de pollo que estaba comiendo, gritó: «¡Por Dios, eso servirá!». El general saltó de inmediato sobre su caballo para dirigir una victoria legendaria el 22 de julio de 1812, la «obra maestra de Wellington». [34] Ahora el nombramiento de Wellington como comandante en jefe del ejército (una decisión polémica a ojos de los españoles) apareció como una medida realista, y los españoles por fin pudieron empezar a creer que podían ganar su guerra de Independencia.

¿Compartía esta creencia San Martín? Si fue así, no lo dijo. La guerra de Independencia española constituía una paradoja. Lo que desde el punto de vista español era una guerra de liberación, a ojos de San Martín era un conflicto imperial que España estaba librando tanto para recuperar su independencia en Europa como para restaurar su poder en América. La experiencia le obligó a reexaminar su lealtad hacia España. América le mostraba otro camino. En Buenos Aires los americanos habían resistido y rechazado a los invasores británicos, luego se habían mostrado indiferentes ante los emisarios de Napoleón y finalmente se habían rebelado contra las autoridades coloniales. Con todo, el caso de San Martín no era igual al de otros americanos en España y Europa, y difería también del de los revolucionarios de Buenos Aires. El era un oficial de España, con veintidós años de servicio, un historial que no le resultaba fácil desconocer. Por tanto, su siguiente decisión era especialmente difícil. Necesitaba una causa todavía más fuerte que le convenciera y le proporcionara una filiación alternativa: una causa nacional propia. Hacia mediados de 1811, el grupo americano de Cádiz, que conocía tanto lo que había ocurrido en Buenos Aires desde 1808 como la reacción hostil de España y era consciente del interés de Napoleón, preparó en secreto el regreso de los patriotas

al Río de la Plata. San Martín, sin embargo, tuvo que planear su propia ruta.

Posteriormente daría tres versiones sobre su decisión de cambiar de bandera. [35] La primera en 1819, cuando envió su renuncia al mando del Ejército de los Andes al director supremo en Buenos Aires: «Hallábame al servicio de la España el año de 1811 con el empleo de Comandante de Escuadrón del Regimiento de Caballería de Borbón, cuando tuve las primeras noticias del movimiento general de ambas Américas, y que su objeto primitivo era su emancipación del Gobierno Tiránico de la Península. Desde este momento me decidí a emplear mis cortos servicios a cualquiera de los puntos que se hallaban insurreccionados: preferí venirme a mi País nativo, en el que me he empleado en cuanto ha estado a mis alcances: mi Patria ha recompensado mis cortos Servicios colmándome de honores que no merezco». [36] La segunda, en abril-mayo de 1827, cuando respondió, usando la tercera persona, a varias cuestiones de detalle que le planteó el general William Miller durante la preparación de sus memorias: «El General San Martín no tuvo otro objeto en su ida a América que el de ofrecer sus servicios al Gobierno de Buenos Aires: un alto personaje inglés residente en aquella época en Cádiz y amigo del General, a quien confió su resolución de pasar a América, le proporcionó por su recomendación pasaje en un Bergantín de guerra Inglés hasta Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios que aunque no fueron aceptados, no dejaron siempre de ser reconocidos». La tercera, una explicación citada con mucha más frecuencia, la escribió en 1848, hacia el final de su vida, en una carta dirigida al estadista peruano, general Ramón Castilla, un texto que es lo más cercano a una *apologia pro vita sua* que San Martín llegó a escribir: «Como usted, yo serví en el ejército español, en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, que calculábamos se había de empeñar». [37] Para San Martín esto significaba regresar a Argentina, y sus explicaciones fueron sencillas y coherentes.

Hasta este punto la vida de San Martín había sido la de un oficial español con una carrera ejemplar, aunque convencional, que nunca había manifestado ninguna disconformidad, criticado una política, cuestionado una orden o abandonado la austeridad que parecía ser el sello distintivo de su carácter. Sin embargo, bajo este velo de corrección, había una mente y una voluntad capaces de alzarse más allá de sus actuales quejas. San Martín poseía ya entonces una idea de su destino. Preferir su tierra natal fue una decisión calculada, fundada en un deseo interior que prácticamente excluía cualquier otra opción. Algunos años más tarde, confesaría que había tenido que aceptar «la desgracia de ser un hombre público; sí amigo mío, la desgracia, porque estoy convencido de que serás lo que hay que ser, si no, eres nada». [38] San Martín parece estar sosteniendo aquí que cada quien ha de tomar sus decisiones sin temer a las consecuencias personales, empujado por una estricta necesidad; más aún, que cada quien ha de aceptar y preservar su propia identidad. En 1811 el futuro libertador vio lo que tenía que hacer: si permanecía en España, no sería nada. Si regresaba a Argentina, podría lograr grandes cosas en una causa más grande.

Lo que motivó a San Martín no parece haber sido su ambición personal, sino sus ideas políticas liberales, su desilusión con España y una idea de identidad personal y nacional. En el mundo hispánico el lugar de nacimiento era una cuestión decisiva en términos de identidad. En teoría, los españoles nacidos en el Nuevo Mundo no eran menos españoles que los nacidos en la Península. Sin embargo, se los conocía como «criollos» para distinguirlos de los «peninsulares», y en la práctica la sociedad los discriminaba y, tanto en España como en América, difícilmente podían aspirar a un nombramiento de alto nivel en la Iglesia y el Estado. San Martín reconocía que su condición de «indiano» (en el sentido de americano) no había perjudicado su carrera militar en España: «veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano; supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, solo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria». [39] No obstante, la consciencia criolla de la patria era tan fuerte que estaba por encima de sus vínculos con la causa española y el régimen borbónico. Con todo, San Martín quería una

plataforma de lanzamiento más firme que una metrópoli decrépita que a pesar de estar luchando para liberarse de Francia seguía oponiéndose a la libertad de Hispanoamérica respecto de España. Quería la experiencia, los contactos y el prestigio que sólo podía conseguir visitando Inglaterra.

Decidió renunciar al ejército español, y para ello ofreció a las autoridades una pista falsa que le garantizara una respuesta favorable. En su solicitud a la Regencia (26 de agosto de 1811) declaró que tenía que viajar a Lima para ocuparse de sus intereses financieros, últimamente faltos de atención; su viaje mejoraría sus ingresos y, dada su condición de contribuyente, los del tesoro. San Martín hizo muy bien en especificar que se dirigía a Lima, entonces un baluarte de la causa realista en América, algo que servía para tranquilizar a las autoridades en Cádiz; asimismo mencionó los intereses de dos de sus hermanos, todavía en servicio activo en la Península, para apelar a la lealtad familiar. San Martín no solicitó una pensión, sólo el uso de su uniforme y la protección del fuero militar. Emplear semejante argumento en tiempos de guerra, a saber, que el gobierno se ahorraría el salario de un oficial, evidenciaba cierto desprecio por la Regencia. **[40]** Las autoridades aceptaron que después de veintidós años de servicio su historial bélico merecía consideración; aceptaron también sus motivos para retirarse: atender en Lima asuntos descuidados. Su solicitud fue por tanto aprobada y se le concedió permiso para renunciar. Con ello la Regencia se ahorró el salario de un oficial y Suramérica ganó un libertador.

San Martín dejó Cádiz hacia finales de septiembre, pero su destino no era Lima, sino Londres. En Cádiz, los agentes británicos conocían ya a los miembros del grupo americano y los motivos que los animaban. Las ideas políticas de ambas partes estaban muy alejadas. Mientras que los americanos querían la liberación de sus países, y algunos, de hecho, buscaban el respaldo de Gran Bretaña, el gobierno británico había aclarado en 1808 que su prioridad no era la independencia de Hispanoamérica respecto de España sino la independencia de España respecto de Francia: la fuerza expedicionaria reunida en Cork al mando de sir Arthur Wellesley había zarpado no hacia América sino rumbo a la península Ibérica.

Estas diferencias no inquietaban a San Martín. En Cádiz tenía a

un valioso amigo británico en la persona de James Duff, un oficial del ejército egresado de Oxford, cuya esposa había muerto de rabia a una edad temprana en Edimburgo. Para aliviar su pérdida, Duff se había ofrecido como voluntario para ayudar a los españoles en su guerra contra Napoleón; convertido en oficial del Estado Mayor, había peleado en la batalla de Talavera y el sitio de Cádiz, donde había resultado gravemente herido. En 1811 se convirtió en el cuarto conde de Fife y regresó a Inglaterra. **[41]** Para San Martín, Duff se convirtió en un puente entre España e Inglaterra. El británico tenía buenos recuerdos de San Martín y años después escribiría desde Edimburgo: «He tenido siempre una gran amistad por usted — y desde mi llegada de España he estado siempre diciendo a mis compatriotas — paciencia — un hombre por allá sorprenderá a todos. Estuve yo seguro que un golpe sería dado por su brazo. No entraré por ahora en la historia política de sus asuntos — ni de los motivos — solamente puede usted contar en mí, como un buen amigo — sumamente interesado por el bien de San Martín». La respuesta de San Martín, en la que se refiere a su campaña chilena, incluía los típicos descargos: «Mi más caluroso agradecimiento por sus felicitaciones por la exitosa expedición a Chile, la cual, pese a que debe atribuirse únicamente a la valentía de los soldados y no a cualquier modesta habilidad que yo pueda poseer, Su Señoría atribuye a ésta última debido a los sentimientos de amistad que siempre ha abrigado hacia mí y de los cuales me ha dado tantísimas pruebas». **[42]**

Resulta fácil conjeturar que fue Duff quien sugirió a San Martín la estrategia y los términos de su renuncia, si no la idea básica. A través de los buenos servicios de sir Charles Stuart, ministro británico en Lisboa y miembro del consejo de regencia portugués, Duff consiguió que San Martín embarcara el 14 de septiembre de 1811 en un buque de guerra británico hacia Lisboa y de allí a Londres. El futuro libertador abandonó España durante una pausa en la guerra de Independencia peninsular, cuando Wellington todavía se encontraba encerrado en la frontera portuguesa y los franceses seguían ocupando con éxito el oeste de España. San Martín no sufrió ninguna crisis de consciencia. Un soldado de su graduación y antigüedad no podía esperar marcar la diferencia en la estrategia de la guerra; eso era algo que dependía de Gran Bretaña,

el principal aliado, no de España. El ejército español como carrera no podía garantizarle nada; una victoria, además, no le reportaría ninguna satisfacción, y era sabido que la oposición liberal no era favorable al ejército.[43] En cualquier caso, su lealtad estaba ahora en otra parte, y sus nuevos amigos respetaban ese hecho. San Martín gozaba de buena consideración entre los oficiales del ejército y la marina británicos. El comodoro William Bowles, por consiguiente, le proporcionó excelentes referencias: «Tengo entendido que se le consideraba poseedor de un talento militar formidable y que pertenecía al Estado Mayor del general Castaños cuando éste venció a Dussault [Dupont], y después de ello estuvo a las órdenes del marqués de La Romana y el general Peña, una situación en la que debieron conocerle muchos oficiales británicos. Es en extremo amistoso con los ingleses, y tengo razones de todo tipo para creer que abriga una sincera antipatía por los franceses, cuyas crueldades y enormidades en España le he oído con frecuencia relatar y ampliar en público».[44] Al partir de España San Martín no sólo dejaba al ejército español y sus compañeros de armas sino también a su familia. Con la excepción de su padre, que había muerto en Málaga el 4 de diciembre de 1796, todos los demás miembros de su familia que habían llegado con él a la Península seguían vivos. Dos hermanos, Manuel Tadeo y Justo Rufino, continuaban luchando al servicio de España, mientras que Juan Fermín había sido destinado a Manila. Su madre, doña Gregoria, que para entonces tenía setenta y tres años, vivía en Orense, Galicia, al cuidado de su hija, María Helena, que estuvo a su lado hasta el 28 de marzo de 1813, cuando falleció.

San Martín permaneció en Londres durante cuatro meses, desde septiembre de 1811 hasta el 19 de enero de 1812, demasiado tarde para conocer a los venezolanos Simón Bolívar y Francisco de Miranda, pero lo suficiente como para conversar con sus colegas Andrés Bello y Luis López Méndez, con el mexicano Fray Servando Teresa de Mier y con los argentinos Carlos de Alvear y José Matías Zapiola, a todos los cuales conoció en casa de la esperanza de Miranda en Grafton Street, donde la presencia del Precursor todavía resultaba perceptible. Miranda, un hombre ilustrado y masón desde la época que pasó en Francia en la década de 1790, suscribía los ideales de fraternidad, justicia, tolerancia y libertad del

movimiento, y se sentía atraído por su organización y carácter secreto, lo que lo hacía ideal para la planeación y la disidencia. En Londres, fundó una logia hispanoamericana conocida como la Gran Reunión Americana o la Sociedad de los Caballeros Racionales, una de las redes de logias pseudo-masónicas que los hispanoamericanos crearon en Europa y América para tramar la independencia de sus países y que funcionaban más como sociedades políticas secretas y fachadas para la planeación revolucionaria que como filiales de la masonería pura. La logia hispanoamericana en el exilio de Miranda, cuyos miembros juraban fomentar la independencia de América y el movimiento republicano, atrajo a muchos de los futuros libertadores, que posteriormente se convirtieron en líderes de sociedades filiales en Hispanoamérica. **[45]**

En Londres San Martín no desempeñó el papel o tuvo la resonancia de Miranda. Ese no era su estilo y no formaba parte de su carácter ir por delante de sus posibilidades, que en esa época, sabía, eran modestas e impredecibles. Mientras esperaba la oportunidad de partir hacia Buenos Aires, es posible que considerara sus perspectivas. Aún tenía que abrirse camino en Argentina. A la edad de treinta y cuatro años, era un oficial español que se disponía a regresar al puerto del que había partido cuando aún no tenía seis. El suyo, por consiguiente, no era tanto un regreso como un viaje a un mundo nuevo. No obstante, pensaba que su presencia en Gran Bretaña, la mayor potencia naval del mundo, la defensora de la libertad contra los déspotas y el hogar de las ideas liberales, seguida por su regreso a Buenos Aires con contactos importantes, aunque informales, le proporcionarían suficientes credenciales y legitimidad como líder revolucionario como para permitirle superar su pasado hispánico y ocupar de inmediato una posición de autoridad en la revolución contra España.

Capítulo 2

LA LLAMADA DE LA REVOLUCIÓN

DECADENCIA Y CAÍDA DE UN IMPERIO

La vida de San Martín se desarrolló en medio de la confusión que por entonces imperaba en el mundo hispánico. España gobernaba en América por derecho de conquista. Pero conquistar no era lo mismo que controlar: desde el comienzo del Imperio las conquistas habían superado la capacidad de la Península para hacerlas efectivas y España siempre había sentido que corría el riesgo de ir más allá de sus posibilidades. Durante tres siglos España había compensado su debilidad militar en América aprovechando a los locales en labores de administración y defensa. Sin embargo, tras haber perdido ante Gran Bretaña su poderío en el Atlántico y con él la ruta hacia sus propias posesiones, España no estaba en condiciones de garantizar el comercio y la lealtad de sus súbditos coloniales. San Martín pudo ver que la caída de los Borbones había dejado al gobierno en un desorden terminal. Una vez que la metrópoli perdió su autoridad, él y otros americanos se preguntaron quién era su soberano en América y a quién debían obedecer. Cuando la legitimidad y la lealtad fueron puestas en duda, la discusión dio paso a la violencia y la resistencia se transformó en revolución. No obstante, aunque la guerra de independencia americana estalló de forma súbita y en apariencia sin premeditación, lo cierto es que tenía una larga prehistoria durante la cual las sociedades coloniales adquirieron una identidad propia, sus economías se desarrollaron y las ideas avanzaron hacia nuevas posiciones. Por la misma época en que la amenaza de Francia se cernía sobre la metrópoli, las colonias estaban exigiendo instituciones autónomas y libertad económica.

La mayoría de los movimientos independentistas empezaron como la revuelta de una minoría contra una minoría aún más pequeña, a saber, la de los criollos (los españoles nacidos en América) contra los peninsulares (los españoles nacidos en España); algunos criollos, sin embargo, eran realistas y el conflicto a menudo

adoptó la apariencia de una guerra civil; con todo, fueron muchos los que sencillamente optaron por quedarse en casa y esperar los resultados. Hacia 1800, de una población total de 16,9 millones de habitantes, había 3,2 millones de blancos, de los que apenas unos treinta mil eran peninsulares. En términos demográficos, el cambio político no fue un accidente de 1808 sino una necesidad durante mucho tiempo insatisfecha. La meta de los revolucionarios era conseguir la autonomía para los criollos, no necesariamente para los indios, los negros o los mestizos, que componían en conjunto más del 80 por 100 de la población de Hispanoamérica. El desequilibro se reflejaba en la distribución de la riqueza y el poder. Los grupos criollos de finales del período colonial, con su consciencia recién adquirida, resultaban indispensables para la independencia, la administración de sus instituciones, la defensa de sus conquistas y la dirección de su comercio.

El Imperio español no era un imperio malvado. En su haber tenía el desarrollo de instituciones, la organización de la economía, la incorporación de los grupos sociales, la evangelización y la educación de los pueblos y la exploración del entorno. En este sentido, el descontento de los criollos no era consecuencia de tres siglos de opresión, sino una reacción a la política reciente de España. A finales del siglo XVIII, los criollos eran los herederos de una tradición particular y recordaban una época, de 1650 a 1750 aproximadamente, en la que sus familias habían conseguido penetrar las barreras imperiales, ganado acceso a la burocracia, negociado sobre cuestiones fiscales y eludido el monopolio comercial español. La delegación de poderes estuvo acompañada de autonomía económica: América había desarrollado un fuerte mercado interno, cultivaba productos agrícolas y fabricaba bienes manufacturados y los vendía de una región a otra en una demostración vital de autosuficiencia. De esta forma el gobierno imperial y las relaciones comerciales avanzaron mediante arreglos, y los americanos alzaron un cierto consenso colonial con su metrópoli. A medida que su progreso en la oligarquía regional los convirtió en socios relevantes en el pacto colonial, los criollos eran la prueba viviente del dictamen del barón de Montesquieu según el cual las Indias y España eran dos potencias bajo un mismo señor: «las Indias son la principal, mientras que España es sólo la

secundaria». [1] Así era el primer Imperio español, un imperio de consenso, que pronto sería sobrepasado por un segundo Imperio, uno de coacción.

Encabezados por José de Gálvez, el ministro de Indias, los estadistas borbónicos decidieron poner fin a la era criolla y retroceder el tiempo hasta una época políticamente más primitiva. El objetivo de las mal llamadas «reformas borbónicas» de 1765 fue devolver a España su grandeza imperial y recuperar las colonias para la metrópoli. Sin embargo, esta política se volvió en contra del gobierno español y contribuyó a distanciar a las colonias de forma irrevocable. Manuel Godoy, que usualmente tenía su mente ocupada en asuntos diferentes de América, se burló de las medidas de Gálvez, que escasamente había pensado en algo distinto. No debía privarse a los americanos de los logros que ya habían alcanzado, sostuvo: «No era dable volver atrás, aun cuando hubiera convenido; los pueblos llevan con paciencia la falta de los bienes que no han gozado todavía; pero, dados que les han sido, adquirido el derecho, y tomado el sabor de ellos, no consienten que se les quiten». [2] En ningún lugar fueron más visibles la dureza de la política imperial y la respuesta decidida de las colonias que en el Río de la Plata, la cuna de San Martín.

El Río de la Plata conoció su primer desarrollo económico en el siglo XVIII, cuando en respuesta al comercio libre surgió una incipiente industria ganadera, lista a expandirse para exportar cuero a Europa y cecina a Brasil y Cuba. Desde 1778 las casas comerciales de Cádiz con capital y contactos se hicieron con un firme control del comercio bonaerense y se interpusieron entre el Río de la Plata y Europa. Sin embargo, en la década de 1790 tuvieron que hacer frente al desafío planteado por los comerciantes porteños independientes, que obtuvieron concesiones de trata de esclavos y con ellas la autorización para exportar cueros. Los criollos empleaban capitales y barcos propios y ofrecían mejores precios por el cuero que los comerciantes gaditanos, lo que liberó a los estancieros de las garras del monopolio. [3] La estancia normal era de tamaño pequeño o mediano, la inversión de capital, reducida y el estilo de vida de su propietario, austero. [4] Los estancieros no eran todavía una élite política, pero formaban un tercer grupo de presión, aliado de los comerciantes criollos contra los monopolistas

españoles. Estos intereses porteños tenían un portavoz en alguien que más tarde colaboraría estrechamente con San Martín en la campaña de los Andes, Manuel Belgrano, el secretario del consulado, un organismo que él había convertido en un foco de pensamiento económico liberal.

Con todo, la independencia fue más que un simple movimiento en pos del libre comercio. De hecho, en este ámbito se habían conquistado muchas libertades: concesiones como el derecho a comerciar con colonias extranjeras desde 1795, y con embarcaciones neutrales desde 1797, hacían que los argumentos económicos parecieran menos apremiantes, aunque no menos relevantes. Los americanos habían conocido las posibilidades del crecimiento económico dentro de un marco imperial desde 1776 hasta 1796, durante los años de prosperidad fomentada por el comercio. Sin embargo, el mundo imperial de España estaba derrumbándose a medida que la marina británica cortaba sus rutas marítimas y los intrusos empezaban a ir y venir a su antojo. En el curso de 1797 los puertos americanos, incluido Buenos Aires, comerciaron directamente con puertos extranjeros con la connivencia de los funcionarios locales. España se vio obligada a permitir un comercio legal con Hispanoamérica en buques neutrales, y finalmente su papel se redujo a la venta de licencias a distintas compañías europeas y norteamericanas para el comercio con los puertos de sus colonias, compañías cuya carga con frecuencia consistía en manufacturas británicas. «Durante una docena de años de guerra», ha concluido un estudio reciente, «las barreras comerciales que rodeaban a las colonias españolas se derrumbaron, hasta 1807 los británicos solos hicieron negocios en ellas por valor de al menos trece millones de pesos. Este primer momento de algo que se acercaba al libre comercio con las naciones extranjeras fue gestionado y fomentado en buena medida por los mismos hispanoamericanos». **[5]** Parecía que los hispanoamericanos por fin habían encontrado una salida al mercado mundial que eludía a su propia metrópoli. En 1807 España no recibió un solo envío de metales preciosos de sus colonias y todas las apariencias indicaban que había dejado de ser una potencia atlántica. **[6]** Sin embargo, España no estaba dispuesta a renunciar a sus pretensiones, e independientemente de cuán poco realistas fueran

éstas, los americanos sabían (y la experiencia se los confirmó en 1810) que los monopolistas de Cádiz nunca admitirían una libertad de comercio plena y la Corona nunca se la otorgaría. La independencia era el único camino para acabar con el monopolio.

El conflicto de intereses económicos no reproducía exactamente las divisiones sociales. Algunos criollos eran socios de los monopolistas, otros buscaban aliarse con los funcionarios de la Corona. No obstante, existía cierto alineamiento de la sociedad de acuerdo con estos intereses. En Buenos Aires, la comunidad comercial se dividió en españoles y criollos, siendo estos últimos los que ofrecían los mejores precios a los estancieros locales, los que exigían libertad para comerciar con todos los países y los que en 1809 instaron a que el puerto se abriera al comercio con Gran Bretaña. El aborrecimiento que los porteños sentían hacia los peninsulares puede leerse en las palabras de Mariano Moreno, un abogado y activista político radical, una vez que la Revolución de Mayo hubo acabado con las apariencias:

> El español europeo que pisaba en ellas [estas tierras] era noble desde su ingreso, rico a los pocos años de residencia, dueño de los empleos y con todo el ascendiente que da sobre los que obedecen, la prepotencia de hombres que mandan lejos de sus hogares… y aunque se reconocen sin patria, sin apoyo, sin parientes y enteramente sujetos al arbitrio de los que se complacen de ser sus hermanos, les gritan todavía con desprecio: americanos, alejaos de nosotros, resistimos vuestra igualdad, nos degradaríamos con ella, pues la naturaleza os ha criado para vegetar en la obscuridad y abatimiento. **[7]**

Después de 1760 una nueva oleada de peninsulares invadió el espacio político de los criollos así como su posición económica. La política de los últimos Borbones fue incrementar el poder del Estado y ejercer un control imperial más estrecho sobre sus posesiones americanas. Se presionó al clero y se recortaron sus privilegios, se expulsó a los jesuitas, se ampliaron y elevaron los impuestos, y se degradó a los criollos. Esto supuso una inversión de las tendencias previas y arrebató a los americanos los logros que ya habían alcanzado. Por consiguiente, a la gran era de la América criolla, en la que las élites locales consiguieron hacerse un lugar en el tesoro, la audiencia y otras instituciones, y adquirieron un papel en apariencia permanente en la administración, le siguió a partir de

1760 un nuevo orden, cuando Carlos III empezó a reducir la participación de los criollos en el gobierno y restaurar la supremacía española. En las audiencias, el ejército, el tesoro y la Iglesia, los cargos altos pasaron a estar reservados casi exclusivamente para los peninsulares, al mismo tiempo que las nuevas oportunidades del comercio trasatlántico se convirtieron en su coto particular. De hecho, hubo una «reacción» española contra la influencia de los criollos en el gobierno, algo que se sintió en la mayor parte de América.

En ningún lugar la experiencia fue tan impresionante como en el Río de la Plata. Como nuevo virreinato, el Río de la Plata se convirtió pronto en un modelo del nuevo imperio, una prueba del liderazgo español en el Atlántico sur. La llegada de más burócratas, oficiales militares y clérigos aumentó la presencia española en Buenos Aires y agudizó la división entre peninsulares y criollos. Previamente, el puerto tenía un papel menor desde un punto de vista estratégico y ello había hecho menos necesarios los controles imperiales; en el cabildo los criollos manejaban muchos asuntos administrativos rutinarios, mientras que los gobernadores y funcionarios españoles eran los agentes de la inercia, no del cambio. Sin embargo, con la creación del virreinato y el nombramiento de intendentes la era criolla llegó a su fin. Mientras los jueces, intendentes, comandantes y secretarios llegados de la Península usurpaban los mejores cargos, los criollos se vieron reducidos a posiciones de menor importancia. El efecto de las innovaciones borbónicas en Buenos Aires fue el de incrementar el poder del Estado colonial (ahora un Estado inconfundiblemente español), algo que recordó a los criollos su estatus colonial y los hizo más conscientes de que eran diferentes de los peninsulares. De los once virreyes que hubo entre 1776 y 1810 sólo uno, Juan José de Vértiz, era americano, aunque no del Río de la Plata. De los treinta y cinco ministros de la audiencia de Buenos Aires entre 1783 y 1810, veintiséis habían nacido en España, seis eran criollos procedentes de otras partes de América y únicamente tres eran criollos de Buenos Aires. **[8]** Ningún nativo del Río de la Plata logró obtener un nombramiento como intendente confirmado por el rey en el virreinato. La burocracia de Buenos Aires estaba dominada por los peninsulares; en el período que va de 1776 a 1810 éstos acapararon

el 64 por 100 de los nombramientos, mientras que los nativos de Buenos Aires tenían un 29 por 100 y el 7 por 100 restante correspondía a otros americanos. [9]

Para 1810, Buenos Aires era el hogar de un bando español y un bando revolucionario. El bando español lo componían los funcionarios peninsulares y los comerciantes monopolistas, pero también incluía a algunos comerciantes criollos que se beneficiaban de sus vínculos comerciales con España. El bando revolucionario lo componían los burócratas y militares criollos que eran críticos con el gobierno español, los comerciantes criollos especializados en el comercio neutral y no monopolista, los pequeños negociantes dedicados a la venta al por menor y unos pocos comerciantes españoles de intereses exportadores similares. En otras palabras, la división entre comerciantes privilegiados y marginados, entre burócratas de alto nivel y de bajo nivel, era también, aunque no absolutamente, una división entre españoles y criollos. Las raíces de la independencia, se ha sostenido en ocasiones, se encuentran en los intereses económicos y las percepciones sociales, o en una división ideológica entre conformistas y disidentes, más que en una dicotomía simple de españoles, por un lado, y criollos, por otro. No obstante, los americanos estaban adquiriendo consciencia de su identidad y sus intereses, y no dejaban de advertir que éstos eran diferentes de los de los españoles. El virreinato trajo consigo la era del absolutismo a Buenos Aires; dio a la ciudad una nueva burocracia, un comercio más amplio y una mejor infraestructura, pero también un gobierno más oneroso, una mayor explotación y una política más autoritaria.

La desamericanización del Estado colonial no se aplicó de forma completa a su brazo militar. Reclutar y pagar a un ejército permanente procedente de la Península no era una alternativa factible, y para la defensa de su Imperio España dependía de unas milicias coloniales apoyadas por un ejército regular de dimensiones reducidas. Para los años
1800-1810
los oficiales regulares eran en su mayoría criollos y más del 90 por 100 de los oficiales de la milicia habían nacido en América; prácticamente todos los soldados eran americanos. [10] En el Río de la Plata la reorientación estratégica y la creación del virreinato

estuvieron respaldadas por refuerzos militares procedentes de España, entre los que se encontraba el padre de San Martín. Sin embargo, en una decisión económica estrecha de miras, en la década de 1790 se retiró a estos refuerzos y se dejó a Buenos Aires expuesta en un mundo peligroso. En 1806 los invasores británicos no encontraron demasiada oposición hasta que las milicias locales, dominadas por criollos de clase baja, se organizaron, en un primer momento, para sorpresa de los británicos y, a su debido tiempo, con el fin de sublevarse en contra del gobierno español. Los criollos de las milicias ahora elegían a sus oficiales, lo que supuso una oportunidad de ascenso para unos hombres que carecían de fortuna o formación, pero que gozaban de cierto prestigio entre la tropa. Todo esto tenía asimismo implicaciones financieras: la administración local tenía que pagar al nuevo estamento militar, a expensas de las remesas enviadas a España, y por ende hubo una transferencia de recursos hacia el sector criollo urbano, para el que en la ampliación del ejército se convirtió en una fuente de empleos rentables. Esto cambió el equilibrio de poder en Buenos Aires en beneficio de los criollos y, de forma simultánea, aumentó el prestigio de los militares. [11] Estos desarrollos tenían un doble significado para San Martín: implicaban que se iba a unir a un estamento militar que, por un lado, poseía un estatus social más elevado que el que tenía antes de las invasiones británicas y, por otro, tenía suficiente peso político como para lanzarle en una nueva carrera.

Las revoluciones hispanoamericanas fueron en primera instancia una respuesta a determinados intereses, y los intereses apelaron a las ideas. El estallido de la Revolución Francesa en 1789 aumentó las expectativas de los americanos, y muchos criollos jóvenes acogieron con fascinación tanto las ideas de libertad e igualdad como la de la guerra contra las tiranías. «Como en la época de 1789 me hallaba en España», escribió Manuel Belgrano, «y la revolución de Francia hiciese también la variación de ideas, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su

establecimiento directa o indirectamente»[12]. La trayectoria de Belgrano ejemplifica muchas de las etapas de desilusión que vivieron los criollos educados. Belgrano, nacido en Buenos Aires y formado en España en las universidades de Salamanca y Valladolid, se había hecho un nombre en Buenos Aires durante los últimos años del dominio colonial como economista y secretario del consulado. En 1810 tuvo un papel destacado en la Revolución de Mayo, fue miembro de la junta de gobierno que se creó luego en Buenos Aires y, finalmente, se convirtió en un general que dirigió a los ejércitos revolucionarios en provincias distantes. Allí se convirtió en un estrecho colaborador y admirador de San Martín, pero también en el modelo intelectual que más inspiró al soldado-libertador.

Antes de 1810 la libertad era una vocación peligrosa en Hispanoamérica, un proyecto carente de poder. La Revolución Francesa suscitó en las autoridades coloniales una reacción feroz que obligó a los radicales criollos a huir o esconderse y a las ideas ilustradas a pasar a la clandestinidad. La igualdad también era una ilusión. Cuanto más radical se hacía la Revolución Francesa, tanto menos atractiva resultaba para la élite criolla, que veía en ella el monstruo de la democracia extrema, algo que de trasplantarse a América destruiría el orden social existente como había destruido la colonia francesa de Santo Domingo. Durante el curso de la Revolución de Mayo en Buenos Aires, los moderados, encabezados por Cornelio de Saavedra, consideraron que Mariano Moreno era un extremista, un «malvado de Robespierre», capaz de reproducir los peores aspectos de la Revolución Francesa, y, en consecuencia, se apresuraron a marginarle y proteger la revolución de su influencia. Esta fue una respuesta característica. Con todo, en su fase imperial, la Revolución Francesa continuó ejerciendo su influjo en América. Indirectamente, en términos de consecuencias militares y estratégicas, los sucesos relacionados con Francia tuvieron un impacto rotundo en Latinoamérica. Primero, desde 1796, la conexión con Francia fomentó la hostilidad de Gran Bretaña hacia su aliado, España, y la marina británica jugó un papel decisivo a la hora de aislar a la metrópoli de sus colonias; después, en 1808, cuando Francia invadió la península Ibérica y depuso a los Borbones, el colapso del Estado español precipitó en América una crisis de legitimidad y una lucha por el poder.

La influencia de Gran Bretaña era contundente pero finita. Desde 1780 hasta 1800 la revolución industrial empezó a dar sus frutos y sentir una poderosa atracción por el mercado hispanoamericano, un mercado cautivo que carecía de una industria rival y contaba con un recurso clave para el comercio: la plata. Gran Bretaña, por tanto, apreciaba mucho su comercio con Hispanoamérica y buscaba expandirlo, bien fuera a través de España y el Caribe o por rutas más directas. En la época de la guerra con España, cuando la marina británica bloqueó Cádiz, las exportaciones británicas abastecieron a las colonias españolas, en las que muchos productos eran escasos como consecuencia del bloqueo, y fue así como una nueva metrópoli económica empezó a desplazar a España en América. Sería exagerado decir que el comercio británico socavó el Imperio español o convirtió en revolucionarios a quienes se oponían al monopolio, pero el contraste radical entre Gran Bretaña y España, entre el crecimiento y la depresión, causó una enorme impresión en Hispanoamérica. El contacto con Gran Bretaña planteaba así mismo otra cuestión particularmente punzante que no se le escapaba al anglófilo San Martín. Si una potencia tan poderosa como Gran Bretaña había podía perder su Imperio en América, ¿por qué iba a sobrevivir el Imperio español?

Los hispanoamericanos estaban familiarizados con las teorías de los derechos naturales y el contrato social. A partir de estas teorías, estaban en condiciones de desarrollar reflexiones a favor de la libertad y la igualdad, y aceptar la idea de que era posible discernir estos derechos mediante la razón. La meta del gobierno, estaban de acuerdo, era la mayor felicidad para el mayor número, y muchos de ellos definían la felicidad en términos de progreso material. Fue mucho lo que aprendieron de Thomas Hobbes y John Locke, de Montesquieu y Jean-Jacques Rousseau, de Thomas Paine, el abad Raynal y Jeremy Bentham. San Martín leyó los textos de la libertad, y su biblioteca contenía obras de Paine, Rousseau, Montesquieu, Denis Diderot y Voltaire.[13] Rousseau tenía numerosos seguidores en América, y en Buenos Aires Mariano Moreno halló en su pensamiento político un instrumento para la revolución y una justificación para una solución contractual de la situación política en 1810.

Sin embargo, la libertad no era suficiente. La libertad podía ser

un fin en sí misma y constituir una cosa distinta de la liberación. Éste era el parecer de los liberales españoles en las Cortes de Cádiz, que suscribían las libertades de la Ilustración y estaban dispuestos a ofrecerlas a los hispanoamericanos, pero que con igual determinación se negaban a concederles la independencia. En otras palabras, era posible apelar a la Ilustración para otorgar una mayor libertad dentro de un marco hispánico, para justificar un imperialismo reformado. En
1810-1811,
San Martín conoció en Cádiz a la España imperial en su corazón, su gobierno, su marina y su comercio. Asimismo conoció a sus críticos y disidentes, y se convirtió él mismo en uno de ellos. San Martín salió de Cádiz sin que las ideas de los reformistas españoles hubieran logrado convencerle. Los principales pensadores de la Ilustración europea parecen haber pasado completamente por alto la posibilidad de nacionalidades nuevas y embrionarias, así como la necesidad de aplicar las ideas de la libertad y la igualdad a las relaciones entre los pueblos o el derecho a la independencia de las colonias. Las excepciones más destacadas eran Paine y Raynal, que proporcionaban justificaciones sin reservas para la rebelión colonial. Aparte de ellos, los hispanoamericanos tuvieron que desarrollar su propio concepto de liberación colonial, que fue lo que hicieron Juan Pablo Viscardo, Francisco de Miranda y Simón Bolívar. Para los libertadores éstos fueron los principales maestros. Y San Martín, por su parte, predicó con el ejemplo.

Si la Ilustración no fue una «causa» de la independencia, sí fue una fuente indispensable en la que sus líderes se inspiraron para justificar, defender y legitimar sus acciones antes, durante y después de la Revolución de Mayo. Por su propia seguridad, los criollos tendieron más a apelar a sus ideas después de 1810 que antes de esa fecha. En el curso de ese año, Moreno pasó de las políticas moderadas a las radicales, y sus enemigos pronto empezaron a etiquetarle como jacobino por su agresividad política, su igualitarismo, sus pretensiones absolutistas y el terrorismo contra los enemigos de la revolución. Es cierto que el lenguaje básico de la Revolución de Mayo fue el de 1789: libertad, igualdad, fraternidad, soberanía popular y derechos naturales. No obstante, la influencia no debe juzgarse sólo a la luz del lenguaje. [14] En la práctica, los

términos de la revolución no tenían el mismo significado en Buenos Aires que habían tenido en Francia. Las dos revoluciones se llevaban veinte años de diferencia y aunque en el Río de la Plata se debatieron y proclamaron los principios democráticos, el proceso político fue más cauto y menos «popular» que el discurso de la época. Los morenistas estaban listos para propagar las ideas revolucionarias entre los sectores populares, pero concebían la revolución como una fuerza controlada y guiada, no como un movimiento espontáneo. [15] El equilibrio entre tradición e innovación puede apreciarse en la decisión de Moreno de suprimir de su traducción del *Contrato social* de Rousseau el capítulo sobre la religión, al tiempo que ordenaba la impresión de doscientas copias para su uso como manual para enseñar a los estudiantes «los inalienables derechos del hombre».

Las sociedades coloniales no permanecen inmóviles; tienen dentro de sí las semillas de su propio progreso y, en última instancia, su independencia. Este fue el factor silencioso, la metamorfosis que España paso por alto: la maduración de las sociedades coloniales, el desarrollo de una identidad diferente, la nueva era de América. Las señales estaban ahí; las exigencias de igualdad, cargos oficiales y oportunidades eran expresión de una conciencia más profunda, de un sentido de nacionalidad creciente, de la convicción de que los americanos no eran españoles. La experiencia reciente agudizó estas percepciones. Desde 1750 los criollos habían sido testigos de la creciente hispanización del gobierno americano; para 1780 eran conscientes de que su espacio político se estaba reduciendo sin ninguna compensación. Si los americanos habían conseguido en otra época acceder a los cargos públicos, negociar cuestiones fiscales y comerciar con otras naciones, si habían experimentado el germen de la independencia y probado sus beneficios, ¿no incidió esto en su creciente conciencia de la patria, en la percepción de su identidad y en el deseo de mayores libertades? ¿Y un regreso a la dependencia no sería considerado como una pérdida y una traición, no sólo a sus intereses materiales, sino a su orgullo como americanos?

Este nacionalismo incipiente era predominantemente un nacionalismo criollo, que no compartían los indios, los negros y los esclavos, los cuales tenían una participación mínima en la sociedad

colonial y para quienes la nación era apenas una idea vaga. Este fue el nacionalismo al que dio expresión Juan Pablo Viscardo, el jesuita peruano que escribiendo desde el exilio y usando el lenguaje dieciochesco de los «derechos inalienables», la «libertad» y los «derechos naturales», apeló a Montesquieu para negar el derecho de la potencia menor (España) a gobernar la potencia mayor (América). Viscardo presentó el acceso a los cargos públicos y el control político como cuestiones de interés nacional: «Los intereses de nuestro país no siendo sino los nuestros, su buena o mala administración recae necesariamente sobre nosotros y es evidente que a nosotros solos pertenece el derecho de ejercerla, y que solos podemos llenar sus funciones con ventaja recíproca de la patria, y de nosotros mismos». Este fue el argumento de su *Lettre aux Espagnols-Américains*, publicada en 1799, un opúsculo que con rapidez fue reconocido como una declaración clásica de las reivindicaciones coloniales y la independencia nacional: «El Nuevo Mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinamos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios, y de nuestros sucesores». **[16]**

La Revolución de Mayo

Para 1810, cuando los ejércitos de Napoleón invadieron la península Ibérica, el equilibrio de las fuerzas sociales en Buenos Aires había cambiado. La administración había perdido terreno durante las invasiones británicas y el ambiguo gobierno del virrey pro criollo Santiago de Liniers. El regalismo borbónico había reducido la Iglesia, que además se había visto despojada de cualquier independencia que antes hubiera tenido. La rica clase de los españoles había organizado un golpe reaccionario en enero de 1809, pero había sido derrotada por las tropas criollas a las órdenes de Cornelio Saavedra. Esto dejó el camino abierto a los dos grupos de criollos que poseían las armas y las ideas para hacerse con la iniciativa: los militares y los intelectuales. El 13 de mayo de 1810, un buque británico llegó a Montevideo con la noticia de que los ejércitos franceses habían ocupado Andalucía y habían entrado en Sevilla. La Junta Central había escapado a Cádiz y antes de

dispersarse había dispuesto la creación de un consejo de regencia en su lugar. Ésta era la oportunidad que los revolucionarios habían estado esperando. [17]

Para entonces ya existía un movimiento clandestino criollo que contaba con el refuerzo de Saavedra y oficiales de alto rango de la milicia cuyas carreras se habían visto frustradas por el prejuicio español y a los que ahora animaban las perspectivas de ascenso. El virrey fue hecho a un lado y se obligó al cabildo a tener en cuenta a un grupo armado de cerca de seiscientos jóvenes activistas que se habían movilizado a las órdenes de dos criollos radicales, Domingo French y Antonio Beruti. Éstos fueron la punta de lanza de la revolución, lo más cercano a unas fuerzas populares; controlaron las calles y, de hecho, fueron el «pueblo» que se congregó en la plaza principal. El 22 de mayo se celebró un cabildo abierto, su intención era deponer al virrey y crear un gobierno nuevo. Ésta fue una asamblea representativa sólo en un sentido muy limitado. La población de Buenos Aires era de más de cincuenta mil habitantes, pero los militantes de línea dura reunidos en la plaza principal no eran más de seiscientos. Se invitó a participar en el cabildo únicamente a cuatrocientas cincuenta personas, de las cuales sólo doscientas cincuenta y una aceptaron y asistieron de verdad a la reunión, todas ellas gente prominente: funcionarios, clérigos, abogados y profesionales, comerciantes, militares y ciudadanos comunes.

Amos de las calles, los revolucionarios se hicieron con rapidez con el dominio de la asamblea y pronto sus líderes empezaron a sostener que en ausencia de un gobierno legítimo el poder debía revertirse al pueblo de Buenos Aires. La votación arrojó una mayoría decisiva a favor del cambio; esta mayoría era predominantemente criolla y tenía una ventaja militar decisiva. Un observador de la marina británica se declaró impresionado por el hecho de que «un único partido controla el gran poder, que es el que conforman las tropas», y fue este desequilibrio el que obligó al cabildo a formar una junta patriótica libre de conservadores españoles. [18] «¿Dónde está el pueblo?», preguntó el 25 de mayo un funcionario del cabildo desde un balcón que daba a la plaza principal, donde apenas se habían congregado unas cuantas personas, aquellas a las que los militares habían permitido la

entrada. La Revolución de Mayo, como la mayoría de las revoluciones, fue iniciada por una minoría que buscaba movilizar (y manipular) a la mayoría. Los líderes del movimiento establecieron la doctrina: según Moreno, el secretario de la junta, su meta era «destruir a la opresora administración, para promover una actividad gubernamental nueva y sin precedentes». [19]

La revolución estaba dirigida precisamente contra la administración que entonces tenía el poder. Se apartó a los funcionarios españoles, y el virrey y los jueces de la audiencia fueron embarcados a las islas Canarias. Esta política pronto se extendió a todos los españoles de los que se sabía o se sospechaba que eran hostiles a la junta, a los cuales se sometió a «la violencia y nunca vista opresión», y donde hubo resistencia, como ocurrió en Córdoba, se los ejecutó. [20] En enero de 1811 la junta creó un Comité de Seguridad Pública para investigar a la oposición y recibir denuncias sobre contrarrevolucionarios. [21] La estrategia de terror para salvar la revolución es un fuerte indicio de que la junta se consideraba permanentemente un organismo independiente de España y la Corona española, pues los cambios que trajo consigo fueron tan sustanciales y el vínculo con la Corona tan tenue que una restauración de la soberanía real resultaba difícil de concebir. La Revolución de Mayo, por tanto, fue más que una extensión del movimiento de la resistencia y las juntas en España, más que una apuesta por la autonomía bajo la Corona. Fue la revuelta de una colonia, liderada por revolucionarios radicales y violentos, cuya lealtad a un rey cautivo no podía tomarse en serio. Y si algunos lucieron la máscara de defensores de la monarquía pronto se la arrancaron.

En los siguientes años, el ejecutivo cambió de forma (y de manos) muchas veces, pero no perdió sus credenciales revolucionarias o abandonó su doble objetivo de un sistema liberal en un Estado unitario. [22] Los nuevos líderes eran revolucionarios profesionales, hombres que veían la independencia como una carrera así como una política y que buscaban promover tanto sus intereses individuales como los colectivos. Necesitaban aliados, en particular una milicia que protegiera la revolución en casa y un ejército capaz de exportarla; y al crear esa milicia y ese ejército aumentaron todavía más la importancia de las fuerzas armadas e

incrementaron el prestigio, y el presupuesto, de los militares, para los que la revolución también se convirtió en un negocio. [23]

Sin embargo, pronto resultó obvio que la Revolución de Mayo no fue de inmediato popular entre las élites regionales, cuyos intereses políticos, sociales y económicos con frecuencia diferían de los de la capital, y cuyas reacciones San Martín estudiaría con atención a su debido tiempo. Las declaraciones de la junta no resultaban aceptables para la Banda Oriental, Paraguay o el Alto Perú, regiones que se opusieron a las fuerzas expedicionarias enviadas por la capital. No tardó en ser claro que el ejército porteño no se proponía sólo liberar el Alto Perú sino ligarlo a Buenos Aires en una posición de subordinación. Esta provincia minera de los lejanos Andes había formado parte del virreinato del Río de la Plata hasta la Revolución de Mayo, y cuando Buenos Aires se sublevó, Lima se apresuró a reclamar su antiguo patrimonio y reintegrarlo en el fortín realista de Perú. Buenos Aires se negó a aceptar esta secesión y convirtió la liberación del Alto Perú en uno de los objetivos básicos de la revolución. En términos políticos el Alto Perú, una tierra de licenciados, caudillos, guerrilleros e indios, suponía un desafío para los ideales de 1810 y cualquier forastero que pretendiera intervenir; la lealtad de sus habitantes era en primer lugar para con los intereses regionales del Alto Perú y sus mentes no se dejaban cautivar fácilmente por los liberales de Buenos Aires o los realistas de Lima, si bien cada bando ganó ventajas temporales en los años posteriores a 1810. [24] Por otro lado, en términos económicos, su producción de plata se había convertido en un elemento importantísimo del comercio exterior de Buenos Aires. Y desde un punto de vista estratégico, era un trampolín evidente para las operaciones de contrainsurgencia españolas. El camino hacia la victoria no era fácil. La renuencia de la aristocracia criolla a subvertir el orden social en una población en la que la población indígena y mestiza los superaba enormemente en número, junto con los recursos militares del virrey en Lima, dificultaban la conquista del Alto Perú a las fuerzas de liberación, o los «Ejércitos Auxiliares del Alto Perú» como se los denominó. Tras una orgía de terror y saqueo, los primeros ejércitos liberadores fueron derrotados por las fuerzas realistas en Huaqui el 20 de junio de 1811 y tuvieron que retirarse de forma desordenada

a Salta. La debilidad militar no fue la única causa de su derrota. La posición de los porteños en el Alto Perú ya se había visto socavada por su propia reputación. Cargaban el infausto estigma de ser no sólo saqueadores sino también reformistas sociales. Prometían liberar a los indios de cargas y tributos, acabar con los abusos, distribuir la tierra y garantizar la igualdad. La demagogia liberal que emanaba de Buenos Aires no consiguió ganarse la confianza de los indígenas y, por el contrario, hizo más que suficiente para enajenar a la aristocracia minera y terrateniente local y empujarla al bando de los realistas. El Alto Perú fue un ejemplo perfecto de los escollos de la revolución, un caso práctico que aguardaba la atención de San Martín y un problema que retrasaría su propia estrategia independentista.

La sensación de unidad nacional era escasa incluso más cerca de Buenos Aires, en las provincias del interior, y el término «Argentina», aunque apropiado en un sentido general y geográfico, no designaba todavía a un Estado unitario. Buenos Aires envió a sus provincias emisarios, no ejércitos. En el norte y el oeste, en Tucumán y Cuyo, sus representantes políticos se vieron obligados a delegar el poder en las oligarquías locales y dejar la revolución en manos de los intereses conservadores y sus milicias dependientes. Hasta cierto punto estas reservas reflejan diferencias de opinión política que incidirían en la organización futura de la región. Algunos veían el Río de la Plata como una entidad única cuya capital era Buenos Aires. Otros sostenían que al separarse de España cada provincia pasaba a ser señora de su propio destino, un destino que podía incluir su asociación con Buenos Aires pero en condiciones de libertad, no de subordinación. Estas no eran simples diferencias de teoría política, reflejaban también profundas divisiones económicas acompañadas de diferencias sociales. El interior era la sede del conservadurismo. Las grandes haciendas, con su mano de obra indígena y mestiza y sus valores señoriales, estaban arraigadas con más firmeza en el noroeste y el lejano oeste que en el litoral, donde en gran medida el gaucho seguía siendo indomable y la tierra carecía de dueño. El conservadurismo de las provincias buscaba preservar una estructura económica que protegía a los productos locales de la política de libre comercio de Buenos Aires. Y, desde un punto de vista social, era partidaria de

mantener la jerarquía, encamada en la relación patrón-peón, frente a la mayor movilidad social de Buenos Aires y la relativa libertad de las pampas.

Asimismo, la revolución hubo de hacer frente a las presiones que había en su interior, a medida que las facciones liberal y conservadora luchaban por hacerse con el control. El desastre militar de Huaqui en jumo de 1811 arruinó la reputación de Saavedra y la junta conservadora y para septiembre los jóvenes morenistas, los herederos del fallecido Mariano Moreno (que había muerto el 4 de marzo), volvieron al escenario. Agrupados en la Sociedad Patriótica, celebraban sus reuniones en el Café Marco y continuaron trabajando en pos de una revolución liberal inflexible. Su objetivo era renovar el espíritu revolucionario de mayo de 1810, declarar la independencia y elaborar una constitución. No buscaban ser democráticos. La participación en la Sociedad estaba restringida a las personas con educación y no confería de forma automática el derecho a participar en las discusiones. **[25]** La presión popular obligó a la junta a establecer un nuevo ejecutivo, un triunvirato conformado por Manuel Sarratea, Juan José Paso y Martín Pueyrredón, mientras que la propia junta se transformó en una cámara legislativa. El motor detrás del triunvirato era su joven secretario, Bernardino Rivadavia, un administrador implacable y un abanderado de la doctrina liberal pura. Rivadavia dio al nuevo gobierno un propósito y un programa, y buscó «ensanchar los límites de la democracia y vencer las resistencias que se oponían a la marcha de la revolución». **[26]**

Rivadavia puso los cimientos de un nuevo sistema educativo, propuso una definición liberal de los derechos civiles e inició una política contra la trata de esclavos. En defensa de su proyecto ilustrado el gobierno castigó con severidad a sus adversarios. Abolió el Comité de Seguridad Pública, que se había convertido en un instrumento de la reacción, no de la revolución; rehabilitó a las víctimas del régimen de Saavedra, y se libró de éste. Cuando la junta amenazó con convertirse en un grupo de presión rival en representación de los intereses provinciales, también se la suprimió y se ordenó a los diputados provinciales regresar a sus lugares de origen. Era el reinado del centralismo y el liberalismo porteños, la «oligarquía de intelectuales» de Rivadavia, la versión americana del

despotismo ilustrado. Esto fue lo primero que San Martín conoció de la Revolución de Mayo cuando llegó a Buenos Aires a bordo de la fragata inglesa *George Canning* el 9 de marzo de 1812, cincuenta días después de partir de Londres. La *Gaceta de Buenos Aires* informó de las últimas noticias procedentes de España, «la disolución del ejército de Galicia, y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situación política». **[27]** No era sorprendente, se dijo, que la gente estuviera emigrando en masa a Inglaterra y más aún a Suramérica. La llegada de San Martín y otras figuras causó cierto alboroto en la pequeña comunidad política de Buenos Aires, y Rivadavia observó al recién llegado con ojos críticos. **[28]**

San Martin en Buenos Aires

Argentina no era un país que resultara de inmediato atractivo a los recién llegados. El puntilloso lord Ponsonby, ministro británico de 1826 a 1828, quedó escandalizado por lo que vio y nunca se recuperó de esa primera impresión: «Nunca han visto ojos un país tan odioso como Buenos Aires…. No recuerdo haber nunca sentido tanta aversión por un lugar… realmente suspiro cuando pienso que debo pasar mis días aquí… esta tierra de polvo y pútridas osamentas». Incluso Woodbine Parish, el primer cónsul británico en el país y alguien que se esforzó por comprender la Argentina, describió el país como un «lugar desagradable y desalentador». **[29]**

Buenos Aires no era aún una de las mayores ciudades de las Américas y todavía tenía una apariencia de cosa burda y a medio terminar. El centro de la ciudad poseía un mínimo encanto derivado de su pasado colonial, con calles regulares, adoquinadas de manera tosca, que se cortaban formando ángulos rectos y plazas espaciosas que aliviaban la monotonía creada por las sucesión de edificaciones de poca altura; no obstante, las calles de acceso estaban llenas de polvo en tiempo seco y cubiertas de barro en la época de lluvias, las casas de una sola planta no tenían nada de impresionante y únicamente había unas cuantas torres y cúpulas que destacaran en el perfil de la ciudad. El ambiente era insalubre y las atracciones eran pocas: las producciones teatrales y varios cafés (sólo para

hombres) ofrecían algún alivio del tedio imperante; las corridas de toros y las peleas de gallos eran espectáculos populares. [30] Por las calles avanzaban tambaleándose numerosas carretas contrahechas con ruedas enormes y crujientes tiradas por bestias fustigadas por carreteros brutales. Por fortuna la transición de la ciudad al campo era repentina, y después de unos quince kilómetros el viajero se acercaba al terreno ondulado de los alrededores de Quilmes, y podía refrescarse en las ocasionales pulperías, una combinación de bar y tienda de abarrotes, donde los jinetes podían descansar en la terraza y mirar a los gauchos, los milicianos, los peones, los indios y demás habitantes de las pampas. Sin embargo, la única comida era una carne de vacuno muy dura, cocinada inmediatamente después de que la res hubiera sido sacrificada y procedente de sus partes menos blandas.

Desconocemos la impresión inmediata que San Martín tuvo de Buenos Aires y sus alrededores. ¿Le desalentó el espectáculo de esta sociedad anárquica y primitiva y la vida en los límites de la civilización? ¿La comparó de forma desfavorable con la España borbónica y lo que había tenido ocasión de ver en su breve estancia en Inglaterra? ¿Compartió las opiniones de otros visitantes extranjeros de que las mujeres eran atractivas, de rostros bonitos y buena figura? Fuera como fuese, se guardó sus pensamientos para sí mismo, y cuando descubrió el resto de esta tierra sus atractivos le resultaron obvios. Más al sur y el oeste, el viajero entraba en un parque natural paradisíaco, el hogar de los indios, el ganado, los caballos, los ñandúes y una miríada de aves silvestres. Durante la primavera las planicies se cubrían de flores y la hierba adquiría un color verde brillante; en el invierno, quedaban inundabas por grandes corrientes de agua; y en el verano, cuando la hierba crecida se marchitaba y deshacía, se convertían en un terreno árido y polvoriento bañado en un calor abrasador. Las pampas eran los vastos prados de la infancia de W. H. Hudson, que los recordaba de forma muy viva: «una tierra plana, su horizonte un anillo perfecto de un color azul borroso donde la cúpula azul cristalino del firmamento descansaba a nivel del mundo verde… no había cercas, y tampoco árboles con excepción de aquellos que habían sido plantados en las viejas casas de las estancias, y éstos estaban tan apartados que las arboledas y las plantaciones parecían pequeñas

islas de árboles, o montículos, azules en la distancia, sobre la gran planicie o pampa». [31]

No había nada que ver con excepción de las manadas de reses y caballos y, ocasionalmente, un jinete galopando en la llanura. En las pampas, el mayor enemigo no era la soledad ni el clima sino los indios. Gran parte del territorio que en la actualidad constituye la provincia de Buenos Aires estaba entonces controlado por los indios, no había sido ocupado por el hombre blanco y carecía de la protección del Estado. Estos indígenas y sus vecinos de más al oeste, en dirección a los Andes, no eran los indios amistosos que San Martín había conocido en su infancia entre los guaranís de Misiones, si bien al cabo de unos cuantos años, cuando empezara a reclutar su gran ejército, buscaría su amistad.

Entre tanto, en Buenos Aires, junto a las turbias aguas del Río de la Plata, San Martín, bienvenido para unos, sospechoso para otros, tenía mucho que corregir. Había pasado la mayor parte de su vida en España y muchos años en el ejército español, era un oficial de la potencia colonial, y no dejó de advertir las reservas que despertaba entre las autoridades: «Yo llegué a Buenos Aires, a principios de 1812; fui recibido por la Junta gubernativa de aquella época, por uno de los vocales con favor y por los dos restantes con una desconfianza muy marcada: por otra parte, con muy pocas relaciones de familia, en mi propio país, y sin otro apoyo que mis buenos deseos de ser útil, sufrí este contraste con constancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención». [32] Había rumores de que era un espía británico, mientras que reportes alternativos señalaban que era contrario a los británicos. [33] El hecho de que poseyera una espada comprada en Londres, una espada curva de tipo oriental que habían popularizado los ingleses, alimentó la sospecha de que era un agente no sólo de España sino también de Francia y, por ende, un enemigo de Gran Bretaña. Estas informaciones absurdas llegaron hasta Londres, donde miembros azuzadores de la comunidad hispánica los transmitieron al secretario de Exteriores británico, lord Castlereagh, quien a su vez las comunicó al embajador español Fernán Núñez y, a través de él, al gobierno de España. Fueron muchos los esfuerzos desperdiciados en este tipo de disparates en una época en la que Gran Bretaña era aliado de España. [34]

Con San Martín llegaron otros patriotas, en particular Carlos María de Alvear y Matías Zapiola, el primero de los cuales eclipsaba a San Martín a ojos de muchos en mérito y linaje. Alvear tenía entonces veintitrés años, once menos que San Martín, pero era superior a él en estatus social y fortuna familiar, lo que en el Río de la Plata contaba muchísimo. Ambicioso y pujante, había regresado para heredar riqueza y prestigio, acompañado por una mujer atractiva con la que recientemente había contraído nupcias en Cádiz. San Martín, un hombre de origen modesto pero sereno y seguro de sí mismo, era superior a él en rango y experiencia militar; pero a la edad de treinta y cuatro años seguía siendo soltero y era un desconocido en Buenos Aires, alguien que había conseguido su historial militar al servicio de España y cuyos únicos contactos eran sus camaradas de la Logia. Bartolomé Mitre describe la diferencia en un lenguaje que de algún modo exagera la condición humilde de San Martín: «San Martín, al regresar a su patria, era un hombre oscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada, ni más reputación que la de un valiente soldado y un buen táctico. Su compañero Alvear, por el contrario, rico y precedido de la fama de generoso, llevaba un apellido que se había ilustrado en el Río de la Plata, encontraba una familia hecha y en valimiento». [35] San Martín aceptó feliz la hospitalidad y el patrocinio provisionales que le ofrecía su compañero, sin dejarse alterar por el descaro con que Alvear apuntaba a lo más alto; confiaba en que sus propias habilidades le garantizarían un papel en la revolución, a la que no le sobraba el talento militar como para permitirse ignorar a un recluta ya hecho. Una referencia favorable, es de suponer que de Alvear, le echó una mano: «Don José de San Martín, que ha emigrado del ejército de España, habiendo servido de comandante en el regimiento mayor de dragones de Sagunto [en realidad en el Regimiento de Borbón, no tan distinguido como éste] con la graduación de teniente coronel, se ha presentado en esta capital ofreciendo sus servicios en obsequio de la justa causa de la Patria. Las noticias extrajudiciales que se tienen de este oficial lo recomiendan a ser colocado en un destino en que sus conocimientos en la carrera le faciliten ocasión de poderse emplear con la ventaja que puede producir su instrucción». [36] Ese mismo día el triunvirato le otorgó «el empleo de teniente coronel de caballería

con sueldo de tal y comandante del escuadrón de granaderos a caballo» y le autorizó a aplicar la nueva táctica de caballería francesa, un detalle que evidentemente debió inspirar el mismo San Martín. [37]

A su debido tiempo el ascenso militar se vio acompañado por el éxito social. Al cabo de seis meses de su llegada a Buenos Aires San Martín conoció a la que sería su novia. María de los Remedios de Escalada, la atractiva hija de Antonio José de Escalada, un porteño acaudalado que había tenido importantes cargos en la audiencia real y el cabildo, y su esposa. Tomasa de la Quintana, que presidía las tertulias que la familia celebraba en su gran casa de la calle de la Santísima Trinidad (en la actualidad calle San Martín). Fue en estas reuniones sociales, en las Que la música y el baile aliviaban la lobreguez de la vida de Buenos Aires, que la pareja se conoció y trabó amistad. Remedios, una muchacha alta y pálida, tenía sólo catorce años, veinte menos que San Martín, una diferencia de edad que no resultaba nada inusual en la época. El emparejamiento resultaba grato para ambos. Ella ganaba un oficial presentable, decente y con una carrera en ascenso; él, una «esposa y amiga», según la descripción que llegado el momento usaría para recordarla. La pareja se casó el 12 de septiembre de 1812 en la iglesia de Nuestra Señora del Rescate, con permiso de las autoridades civiles y, «estando hábiles en la doctrina cristiana», aprobación del obispo. Los Alvear fueron los padrinos y estuvieron presentes la familia de la novia y unos pocos amigos. El 19 de septiembre tuvo lugar una ceremonia más grande en la catedral, con misa nupcial y comunión, en la que la pareja fue cubierta con una misma mantilla blanca para celebrar su unión. [38]

¿Eran ambos amantes virginales? En el caso de Remedios la respuesta es afirmativa: la cultura, la religión y las circunstancias no permitían otra respuesta, y la muchacha parecía estar enamorada de su marido. En el caso de San Martín, su edad y su carrera nos sitúan en el territorio de lo probable. Sabemos que no era ciego a los atractivos femeninos, pero también que no era un donjuán. Su guía eran los principios, no la pasión, y Remedios fue su primer amor. Sin embargo, el matrimonio fue una cuestión más de cabeza que de corazón, y las prolongadas separaciones que le imponían sus deberes militares no parecieron haberle perturbado excesivamente.

El enlace fue una etapa de su carrera, una alianza con la élite de Buenos Aires y una familia con alguna influencia en la revolución que era lo suficientemente esnob como para considerar a San Martín un plebeyo, «el soldadote» como lo llamaba su suegro. Los padres de Remedios dieron a su hija un costoso ajuar que, se dijo, un susceptible San Martín devolvió. **[39]**

Entre tanto, San Martín tuvo que trabajar duro para consolidar su carrera militar. En el período colonial, la carrera de las armas, como la burocracia, no garantizaba por sí misma un lugar en la élite, que estaba dominada por los terratenientes y los comerciantes. Sin embargo, desde la época de las invasiones británicas y luego, con mayor rapidez, a partir de la revolución, los militares adquirieron un enorme prestigio y ascendieron hasta los niveles más elevados de la sociedad. Al mismo tiempo, el ejército superó la organización de la vieja milicia y se convirtió en una carrera profesional con una nueva estructura. Se crearon más unidades especializadas. El triunvirato decidió crear un nuevo escuadrón de caballería, un arma hasta entonces desatendida por las fuerzas revolucionarias. San Martín fue el encargado de organizar y adiestrar a la nueva unidad, que concibió como un cuerpo de élite formado en los últimos modelos estratégicos que él había aprendido en Europa; este cuerpo produjo una serie de oficiales que servirían muy bien a la revolución cuando ésta se expandió al oeste y al norte. Dirigió personalmente la instrucción, y se ocupó del vestido y la elegancia de oficiales y soldados, insistiendo en la necesidad de mantener los estándares más elevados de estilo y disciplina. El gobierno ordenó a las provincias que enviaran jinetes para unirse al escuadrón, pero San Martín se encargó de seleccionar el cuerpo de oficiales y participó activamente en su formación. Para agosto se había reclutado un primer escuadrón compuesto de dos compañías de setenta y dos hombres cada una y el adiestramiento estaba en marcha.

Con todo, el gobierno continuaba observando con cautela a San Martín, en quien seguían sin confiar por completo y con cuya asimilación no se sentían satisfechos. En un momento en que se preparaban para enviar un ejército al otro lado del río para realizar operaciones contra los españoles en la Banda oriental, abrigaban cierta preocupación acerca del nuevo cuerpo y exigieron a San

Martín un apremio mayor que justificara la responsabilidad que se le había encomendado.[40] Sin embargo, él no era responsable de la escasez de armas, la dificultad para comprarlas en el extranjero y la ausencia de una industria armamentística local, problemas básicos que era tarea del gobierno resolver. No obstante, el reclutamiento prosiguió y para finales de 1812 se incorporaron al cuerpo de San Martín nuevos reclutas procedentes de San Luis y Corrientes. Además, se le autorizó a reclutar tropas de su tierra natal, las aldeas guaraníes de la región de Yapeyú, gentes en las que había aprendido a confiar con base en la experiencia de su padre en el servicio activo contra los paulistas. El 5 de diciembre se decretó la creación de un regimiento de Granaderos a Caballo, y dos días después se ascendió a su oficial al mando. San Martín, al grado de coronel, a Alvear al de teniente coronel y a Zapiola al de sargento mayor.

San Martín escribió un breve manual, con base en fuentes europeas y su propia experiencia, en el que abordaba detalles específicos de la profesión de soldado. Las órdenes debían darse en voz alta y ser claras y correctas: «No es suficiente arrojarse con valor al enemigo», se necesita también «aquel grado de inteligencia que debe distinguir a cada oficial según su lugar y obligaciones: ni pueden los soldados obrar nunca con espíritu, si no tienen confianza a la capacidad de sus jefes». El libro incluía instrucciones detalladas sobre los preparativos para el combate, posiciones tácticas, movimientos y modos de ataque: «La caballería no debe en ningún caso ni circunstancia esperar el ataque parada; porque en este caso aunque fuese superior, su derrota será inevitable. Cuando un cuerpo de caballería ataca a otro, el atacado debe recibirlo al gran galope». Las normas disciplinarias de los Granaderos eran severas y de su aplicación se encargaba un tribunal de honor. En el caso de los oficiales éstas normas eran aún más severas; se esperaba que mantuvieran un elevado estándar moral así como que destacaran por su excelencia en combate. Un oficial podía ser expulsado del cuerpo por, entre otras cosas, actuar con cobardía en el campo de batalla, ser deshonesto, cometer injusticias con la tropa, asociarse con rangos inferiores, golpear a cualquier mujer, aparecer en público junto con prostitutas y beber en exceso.[41] El tribunal secreto que se ocupaba de investigar y juzgar cualquier acción que

se considerara dañina para el honor del regimiento era una institución polémica, y no del todo popular en el ejército, pero refleja la dureza del carácter militar de San Martín.

La política de la revolución

En los primeros meses de 1812 el triunvirato ofreció un espectáculo patético, sus acciones eran extremas pero, no obstante, vacilantes, y al tiempo que era opresivo con sus amigos, se mostraba renuente a enfrentarse al enemigo. La censura de la prensa, la persecución de las reuniones públicas y su ambigüedad en relación a la independencia absoluta respecto de España dañaron su prestigio y causaron resentimiento por sus maneras autoritarias. El triunvirato continuó declarándose leal a Fernando VII, lo que era una forma de evitar tener que tomar decisiones. Cuando el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata otorgó la ciudadanía al comerciante británico James Winton, un privilegio que según algunos de sus paisanos «no era tan codiciado por aquellos que carecían de lazos directos con el país», el periodista radical Bernardo Monteagudo fue mordaz: «Que cosa tan extraña dar título de ciudadano en nombre del rey. ¡Oh, máscara tan inútil como odiosa a los hombres libres!». **[42]** En la Banda Oriental se había fomentado con fuerza la revolución sin mayor efecto; y aunque se renovaron las hostilidades contra Portugal y España, los resultados eran pobres. San Martín observó la disconformidad y la indecisión y no se dejó impresionar.

Los historiadores han dado por sentado con demasiada facilidad que San Martín llegó a Buenos Aires como soldado, no como político, como si lo uno excluyera lo otro. Sin embargo, aunque en público San Martín se mostraba concentrado en sus deberes militares, tenía puesta su mente en los distintos problemas de la revolución. El mismo explicaría más tarde que desde el comienzo tenía dos cuestiones muy claras sobre su carrera pública. En primer lugar, la decisión de no participar en la política bonaerense de la época, lo que explica su distanciamiento y posterior ausencia de la capital. «El segundo punto fue el de mirar a todos los Estados americanos, en que las fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos interesados en un santo y mismo fin». **[43]** La

política de la que abjuraba eran las disputas provincianas de Buenos Aires, y ello debido a que tenía una visión más amplia de la revolución en la que esperaba desempeñar un papel activo. Esto incluía una posición política inquebrantable que aparentemente era de conocimiento público, como aclara Juan Bautista Alberdi. «El año de 1812, en una reunión de patriotas, en que San Martín, recién llegado al país, expresó sus ideas en favor de la monarquía, como la forma conveniente al nuevo gobierno patrio, Rivadavia hubo de arrojarle una botella a la cara por el sacrilegio: "¿Con qué objeto viene usted entonces a la República?", le preguntó a San Martín. "Con el de trabajar por la independencia de mi país natal", le contestó, "que en cuanto a la forma de su gobierno, él se dará la que quiera en uso de esa misma independencia"». [44] Dos años más tarde Rivadavia aceptó la misión de buscar un monarca para Argentina en Europa. [45]

Entre tanto, la «oligarquía de intelectuales» de Rivadavia estaba perdiendo el respaldo de importantes sectores de la población. Nuevos hombres estaban entrando a formar parte de la revolución. Además de San Martín, Alvear, que también había conocido el servicio activo en España, fortaleció igualmente los refuerzos militares. Bernardo de Monteagudo, un hombre de muchos principios y pocos escrúpulos, ataco el triunvirato desde el otro flanco. Como codirector de la *Gaceta de Buenos Aires* convirtió la publicación en un órgano de los puntos de vista radicales. En esta fase de su turbulenta trayectoria era un abanderado de la democracia extrema, y siendo un antiespañol fanático, exhortó a sus compatriotas americanos a apresurarse a «exterminar a los tiranos». La respuesta de la administración a las críticas fue la represión de la prensa privada y la decisión de sólo permitir la publicación de las noticias oficiales. Preparó una asamblea general, pero otorgó la mayoría de los escaños a Buenos Aires y dio el control efectivo al gobierno central. Y cuando la asamblea empezó a exigir más poder como representante del pueblo y las provincias, Rivadavia la disolvió y al mismo tiempo puso freno al cabildo. En este punto, los enemigos del triunvirato (esto es, los nuevos revolucionarios, la asamblea y la gente de las provincias) empezaron a contraatacar, y el 8 de octubre de 1812, con las banderas de la independencia, la constitución y la democracia, «una poderosa facción del ejército»

dirigida por Alvear y San Martín derrocó al gobierno de Rivadavia e instaló un segundo triunvirato. [46]

San Martín se unió a quienes querían deponer al primer triunvirato por ser éste autoritario, ineficiente y reacio a abrazar la causa independentista. Los golpistas eran una combinación de los revolucionarios más radicales, los morenistas, la Logia y los nuevos militares. El líder fue Alvear, que gracias a la base de poder que tenía en la élite pudo asumir el mando y esperar que otros lo siguieran, una situación que San Martín aceptó, fiel a sus propias convicciones. El segundo triunvirato fue ante todo un instrumento de la Logia; y lo mismo puede decirse de la Asamblea General Constituyente que empezó a sesionar en enero de 1813 como primer congreso nacional y que dio al país, entre otras cosas, su bandera y su himno. El golpe del 8 de octubre de 1812 se justificó por haber dado un nuevo ímpetu a la revolución y poner fin a un período de indecisión y de gobierno arbitrario; en términos más precisos, lo que buscaba era deponer a Rivadavia y Pueyrredón. La Logia se convirtió en la única instancia decisoria de las cuestiones políticas, pero la política en sí no estaba bien definida. Los nuevos dirigentes fueron incapaces de definir unas metas básicas, y pronto Alvear y sus aliados empezaron a ser considerados como nada más que otra facción deseosa de poder. No obstante, San Martín apoyó militarmente el golpe, con lo que se advirtió a los políticos de que no debían dar por sentado que contaban con el respaldo del ejército. [47] Observando la política porteña desde su condición de oficial de la marina británica, el capitán Peter Heywood consideró que el nuevo cuerpo de caballería al mando del coronel San Martín «tendrá más peso en una elección que toda la ciudad de Buenos Aires *unida*, si es posible que esa unión se produzca». [48]

Al apoyar la acción directa contra el primer triunvirato, San Martín tuvo que oponerse a Pueyrredón, un miembro de la élite que poseía respetables credenciales revolucionarias y sobre el que no tenía ninguna queja en particular. La víspera del golpe, mientras las tropas se reunían en la plaza, un grupo de extremistas tiró piedras contra la casa del hermano de Pueyrredón, rompió las ventanas y busco detener al triunvirato. Sin embargo, Pueyrredón y Rivadavia se habían escondido. Una vez el golpe hubo triunfado, San Martín ovo el rumor de que él había permitido que una pandilla de

extremistas recorriera las calles y actuara a su antojo, algo que le enfureció por ser falso y contrario a su estilo. Pensando que Pueyrredón daba crédito a estos rumores, San Martín se apresuró a escribirle para aclarar las cosas: «Nada hay tan sensible para todo hombre como ser acusado de hechos que no ha cometido… es bien notorio que a mi llegada a la Plaza se había ya ejecutado y que lo desaprobé; mi Honor y delicadeza exigen que tanto Vd. como el resto del Pueblo que estén en esta creencia les dé una satisfacción: yo cumplo con hacerlo». En su respuesta Pueyrredón le aseguró a San Martín que le satisfacía recibir su explicación, aunque él en realidad no la consideraba necesaria. El incidente en sí, continuaba, no le había sorprendido; se trataba de «un suceso tan común y tan repetido, por desgracia, en nuestra revolución», y sin una constitución que mostrara el camino a «los que mandan y los que obedecen», la anarquía era inevitable. Esta correspondencia nos revela a dos «logistas» comunicándose confidencialmente entre sí, pero acaso son más interesantes como demostración de un acuerdo entre los miembros de la élite, pues por encima de todo Pueyrredón respeta a San Martín «por la familia a que pertenece» (los Escalada). **[49]**

Muchos historiadores consideran que la Logia, una sociedad secreta de la élite revolucionaria y su instrumento de unidad y control, jugo un papel central en el golpe de octubre y la marcha posterior de la revolución. Inspirados principalmente por el relato de Mitre, ven a San Martín. Alvear y Zapiola, prosélitos de los métodos logistas de Londres, como miembros fundadores de la Logia de Buenos Aires, una sociedad exclusiva que aportó los cerebros y la organización de la resolución, y una creación más disciplinada que la Sociedad Patriótica que la precedió. **[50]** Su primer triunfo habría sido el derrocamiento del triunvirato controlado por Rivadavia y Pueyrredón. La iniciativa estaba entonces en manos de Alvear, que monopolizó el poder, y su caída temporal significo la caída de la primera Logia. Luego San Martín habría emprendido la organización de una segunda Logia en la que los buenos principios de la política y la educación estaban por encima de las ambiciones personales, y que extendería sus raíces hasta Mendoza y Santiago, como instrumento de la política revolucionaria andina.

Hay un fallo en el corazón de esta teoría: no existe ninguna prueba documental firme de lo que sostiene. Es cierto que Mitre habló con los participantes en la revolución, pero la información resultante son rumores y Mitre es una fuente secundaria. Su obra ha alimentado una serie de fuentes secundarias derivadas que repiten y aumentan sus especulaciones, restando importancia o engrandeciendo el carácter masónico de la Logia según la ideología de su autor. El secretismo mismo de la masonería no permite un resultado diferente. Es posible que diera a la Logia sus señales y códigos, algunos de los cuales sobreviven en la correspondencia de San Martín, pero no su esencia, que estaba desprovista de significado religioso. William Miller, que sirvió durante un largo período en el Ejército de los Andes desde Argentina hasta Chile y Perú, una experiencia que debería haberle cualificado para elucidar el problema, no descubrió nada de la Logia secreta más allá de su funesta influencia. Después de ello, cuando estaba preparando sus memorias, escribió a San Martín preguntándole si él podía explicar los efectos perniciosos de la Logia de Buenos Aires: ¿le había atado las manos cuando él necesitaba libertad para lidiar de forma eficaz con jefes problemáticos que disfrutaban de su protección? La respuesta de San Martín fue: «No creo conveniente que hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires; éstos son asuntos enteramente privados y aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos».[51] San Martín había sufrido por causa de la Logia, pero no estaba dispuesto a hablar de ella. El principal logista era Alvear, no San Martín, que siguió sus instrucciones cuando le resultó útil hacerlo, pero que posteriormente las ignoró; de hecho, San Martín tuvo la audacia de desobedecer sus órdenes cuando le convino. Miller no sabía nada acerca de sus acciones, pese a lo cual consiguió ascender en el Ejército de los Andes hasta la posición de general y publicar una crónica de la revolución sin que su ignorancia de la Logia fuera en absoluto una desventaja para dar cuenta de la acción o los acontecimientos que tenían lugar a su alrededor. La Logia era una organización demasiado ensimismada (engreída acaso sea un mejor adjetivo) para representar plenamente a la revolución. En tanto

sociedad secreta abandonó el recurso a la democracia y la «opinión pública» como me dios de control político a favor de instrumentos más inmediatos de determinación y poder; esto fue así en especial en la preparación del ejército libertador y la declaración de independencia Si su existencia afectó el curso de la revolución o su expansión es una cuestión dudosa.

La batalla de San Lorenzo

Mientras el interior del Río de la Plata desafiaba la política unitaria de Buenos Aires, las provincias periféricas (la Banda Oriental, Paraguay y el Alto Perú) terminaron rechazando cualquier asociación con el nuevo Estado para buscar sus propias soluciones, lo que llegado el momento condujo a la independencia de Uruguay, Paraguay y Bolivia. En 1812, sin embargo, Buenos Aires se negaba a reconocer sus pretensiones y trató la disconformidad como rebelión. Con el fin de defender la revolución de España y la resistencia regional, el segundo triunvirato estableció dos prioridades. Primero: reforzar al general Belgrano en el norte e imponer su autoridad en el Alto Perú hasta el Desaguadero. Segundo: hacerse con el control de la Banda Oriental, no sólo contra los intereses de España y Portugal sino también de los criollos locales, que querían libertad tanto respecto de la Península como de Buenos Aires, convencidos de que estaban a punto de caer en una nueva dependencia.

El encargado de expresar estas convicciones fue José Gervasio Artigas, un caudillo gaucho nacido en el seno de una familia de terratenientes y militares de Montevideo, que de ser cuatrero había pasado a formar parte de la policía rural al servicio a la Corona. En febrero de 1811 se unió al movimiento independentista de Buenos Aires, cuyo gobierno le proporcionó una pequeña fuerza con el fin de que llevara la revolución a la Banda Oriental. Artigas pronto superó esta posición y se convirtió en el jefe de la vanguardia de las fuerzas patrióticas que derrotaron a los españoles, para luego descubrir que Buenos Aires y Brasil tenían planes opuestos para su país. Su base de poder era la clase de los estancieros, pero contaba también con muchos seguidores entre el pueblo, como lo demostró al dirigir lo que se conocería como el «éxodo de los orientales», un ejercicio de soberanía popular con el que se declaró que la Banda

Oriental no se subordinaría ni a España ni a Buenos Aires. [52] Cuando el segundo triunvirato convocó al pueblo para la elección de delegados a la asamblea general constituyente, Artigas instruyó a sus diputados para exigir una declaración de independencia inmediata y la instauración de un sistema de gobierno federal en el que cada provincia mantuviera su soberanía. Otros delegados, representantes de una perspectiva más centralistas, impidieron la admisión de los artiguistas en la asamblea. Por tanto, el congreso que inició sus sesiones el 31 de enero de 1813 contenía grupos irreconciliables, cada uno de los cuales promovía planes constitucionales opuestos. El resultado fue que la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas de La Plata no consiguió ni crear una unión ni redactar una constitución.

Entre tanto, los españoles seguían ocupando Montevideo y realizando desde allí incursiones hostiles en el río Paraná. San Martín recibió órdenes de dirigir una compañía de los Granaderos a Caballo para proteger a la población y sus reses de los ataques del enemigo a lo largo de la orilla del río desde Zarate en el sur hasta Santa Fe en el norte. Ansioso por realizar un ataque con rapidez, reunió sus fuerzas sin perder tiempo para descubrir luego, con furia, que su avance era víctima no del enemigo sino del lastre de una planeación desordenada. Como explicó exasperado al jefe del Estado Mayor, se había quedado varado en Santos Lugares debido a las orientaciones erróneas de su guía y la falta de caballos; fue una experiencia vergonzosa, pues el retraso revivió los rumores difamatorios de que él era en realidad un espía español y había aprovechado la primera oportunidad para traicionar a las fuerzas que le habían sido confiadas. El 29 de enero seguía detenido en el mismo lugar y lo máximo que pudo hacer fue ordenar a un oficial que siguiera avanzando para asegurarse de que los caballos necesarios iban a estar disponibles en el futuro. El 31 de enero San Martín recibió información confidencial de que buques españoles habían anclado frente a San Lorenzo, a medio camino entre Zárate y Santa Fe, donde habían desembarcado un centenar de soldados. Para compensar por su tardanza inicial y consciente de que este enfrentamiento podía ser el éxito o la ruina de su carrera revolucionaria, condujo a la caballería en esta dirección para llegar a San Pedro el 1 de febrero, tras haber recorrido cuatrocientos

veinte kilómetros en cinco días en el calor del verano austral cruzando extensiones de cardos gigantes. [53] Con el fin de reconocer la posición y observar al escuadrón enemigo anclado frente al monasterio de San Lorenzo, San Martín se deshizo de su uniforme y disfrazado como un campesino con sombrero de paja y poncho avanzó en compañía de otro oficial. [54] Luego regresó para ponerse a la cabeza de su columna de caballería de ciento cincuenta hombres, y a las diez de la noche había llegado a la posta de San Lorenzo, a unos cinco kilómetros del monasterio.

Allí se encontró con un joven comerciante escocés, John Parish Robertson, cuyo viaje de Buenos Aires a Paraguay se había visto interrumpido por la presencia del enemigo y la requisición de sus caballos. Estaba durmiendo en su carruaje cuando le despertaron las voces, los cascos de los caballos y el ruido producido por las espadas; con rudeza, los soldados, a los que tomó por infantes de marina españoles, se asomaron por la ventana y le ordenaron salir:

> En ese momento apareció en la ventana una persona cuyos rasgos no pude reconocer en la oscuridad, pero cuya voz, estaba seguro, conocía, y dijo a los hombres: «No seáis rudos; no se trata de un enemigo, sino, como me informa el administrador de la posta, de un caballero inglés que viaja hacia Paraguay». Los hombres se retiraron y el oficial se acercó a la ventana. Débilmente pude entonces discernir sus rasgos más prominentes y combinar su perfil con la voz, por lo que dije. «Sin duda es usted el coronel San Martín, y si es así, mire que aquí está su amigo el señor Robertson». El reconocimiento fue instantáneo, mutuo y cordial, y él soltó una carcajada cuando le referí el susto que me habían dado sus hombres al haberlos tomado por un cuerpo de Marinos. El coronel me informó entonces que el gobierno había recibido información positiva de que la intención de la fuerza española era desembarcar esa misma mañana; saquear los alrededores y, en particular, el monasterio de San Lorenzo.

San Martín añadió que había viajado desde Buenos Aires con ciento cincuenta granaderos para enfrentarse a una fuerza que los doblaba en número, «aunque no creo que por ello vayan a tener un mejor tiempo». Robertson sacó su vino para tomarse la copa del estribo. El escocés convenció a San Martín de que la permitiera acompañarle hasta el monasterio. «Sólo tenga en cuenta», le dijo su amigo, «de que *combatir* no es su deber ni su negocio. Le daré un

buen caballo, y si ve que la jornada nos resulta adversa, escape a toda velocidad. Como bien sabe los marineros no son jinetes» [55].

San Martín posicionó sus tropas detrás del monasterio desalojado, ocultándolas de la vista de los españoles que llegaban del río, y les ordenó que se mantuvieran en silencio mientas él subía a la torre del monasterio para observar al enemigo en el momento en que éste se preparaba para desembarcar de las siete naves. Apostó a los milicianos con sus armas de fuego en el interior del edificio con el fin de que defendieran la puerta principal y ofrecieran cobertura a la caballería cuando ésta atacara. Si el avance de la caballería encontraba resistencia, entonces la infantería podía ofrecerle fuego de cobertura en su retirada. Hacia las 5.30 de la mañana del 3 de febrero, San Martín ascendió a la torre por segunda vez y vio desembarcar a doscientos veinte marineros y marinos a los pies de la colonia y ponerse en marcha hacia el monasterio por un camino largo y serpenteante. Las fuerzas realistas avanzaron con sus banderas desplegadas y los tambores y los pífanos tocando una marcha ágil, evidentemente ignorantes de lo que les esperaba. Cuando San Martín bajó de la torre le dijo a Robertson: «dentro de dos minutos estaremos sobre ellos con nuestras espadas». A continuación, sacó su sable y dio órdenes a sus soldados, a los que prohibió abrir fuego: la vanguardia debía atacar al enemigo con lanzas y el resto con espadas; asimismo, instó a los oficiales a actuar con decisión como merecía la valía del regimiento. El dirigiría el ataque en el centro y el capitán Justo Bermúdez, por la derecha, atacaría el flanco izquierdo del enemigo.

El enemigo se encontraba a doscientos metros del monasterio, una buena distancia para que San Martín lanzara una carga súbita con un elemento de sorpresa y sus hombres pusieran en práctica las lecciones que les había enseñado en un ataque ininterrumpido; así se impediría al enemigo emplear su capacidad de fuego plenamente, y una vez la caballería hubiera resistido la primera descarga, la ventaja sería suya y podría continuar luchando con espadas contra los fusiles. Los Granaderos rompieron las filas de los enemigos y en quince minutos el terreno estaba cubierto de heridos y muertos. Durante la carga inicial, el caballo de San Martín recibió un disparo y le hizo caer en tierra. Con su pierna derecha aprisionada, recibió un golpe de refilón en la mejilla izquierda propinado por un marino

español que le atacó con su espada. Y cuando otro soldado enemigo se disponía a matarlo con su bayoneta, un granadero le salvó la vida con su lanza. Otro granadero, el correntino Juan Bautista Cabral, desmontó de su caballo para liberar a su coronel, antes de que dos disparos acabaran con su vida. Los granaderos lanzaron una segunda carga y empujaron a los españoles a la orilla del río, desde donde consiguieron escapar a sus botes, ayudados por los barrancos y precipicios de la zona y el fuego de cobertura que le proporcionaban los botes. Robertson partió después. «Rogué a San Martín que se quedara con mi vino y provisiones para bien de los heridos de ambos bandos; y tras despedirme con un cordial adiós, abandoné el escenario de la contienda, con pena por la matanza, pero con admiración por su calma e intrepidez» [56].

San Martín era consciente de que no había impedido la retirada y escape del enemigo, si bien éste había sufrido muchas bajas: cuarenta muertos, catorce prisioneros y doce heridos, en comparación con las veintiséis bajas que habían sufrido sus filas, de las que seis eran muertos y el resto heridos. El coronel atribuyó lo ocurrido a un fallo de su flanco derecho, que no logró despejar su frente y regresar lo bastante de prisa al realizar un recorrido innecesariamente largo por la izquierda. Aunque había peleado con valentía y resultado gravemente herido, el capitán Bermúdez era consciente de su responsabilidad, y cuando se le amputó la pierna se soltó el torniquete para desangrarse hasta morir. En su informe sobre San Lorenzo San Martín señaló: «El día 3 de febrero los granaderos de mi mando en su primer ensayo han agregado un Nuevo triunfo a las armas de la patria… Seguramente el valor e intrepidez de mis granaderos hubiera terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas que ellos no desamparan, no hubieran protegido su fuga, pero me arrojo a pronosticar sin temor que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan a inquietar estos pacíficos moradores». [57] Asimismo, dio el crédito que le correspondía al sacerdote Julián Navarro, que atendió con empeño a los soldados en San Lorenzo. Y aunque la victoria fue incompleta, también resultó beneficiosa para un ejército que carecía de fondos en forma de armas capturadas al enemigo: cuarenta y un fusiles, un cañón, ocho espadas, ocho bayonetas y ocho pistolas.

Habiendo quedado incapacitado después de la batalla, San Martín tuvo que dictar sus informes, una práctica que nunca le gustó. Sus heridas consistían en un corte a lo largo de la mejilla izquierda, un brazo torcido y una pierna magullada. Sus acciones habían sido las propias de un oficial con experiencia, valiente pero no precipitado. Dirigir la carga desde el frente había sido necesario en esta ocasión ya que debía dar ejemplo a sus Granaderos en su bautismo de fuego. El capitán de artillería enemigo, el vasco Juan Antonio Zavala, regresó después al campo de batalla con la intención de comprar carne fresca para los heridos. San Martín accedió con prontitud después de que Zavala le diera su palabra de honor de que sólo se usaría para este fin. El oficial español también deseaba saludar a los Granaderos y conocer a su superior. Se le ofreció un desayuno criollo abundante que incluía vino proporcionado por el monasterio, y tras acordar un intercambio de prisioneros, partió sintiendo por San Martín una admiración duradera.

La revolución pierde fuerza

San Martín no recibió favor alguno por sus logros en San Lorenzo. Y fue a Alvear a quien se ascendió a coronel y se le dio el mando del 2.º Regimiento de Infantería, a pesar de no tener en su historial ninguna acción de servicio activo. San Martín se convirtió en comandante en jefe de todas las fuerzas de defensa de la capital (4 de junio 1813), un nombramiento que no le impresionaba, al punto de preferir seguir a la cabeza de su regimiento de caballería, entonces estacionado fuera de Buenos Aires. No obstante, se vio obligado a aceptar el puesto, de modo que optó por hacer lo mejor que podía y emplear sus habilidades organizativas para mejorar las defensas de la ciudad. Incluso en este papel su estatus era inferior al de Alvear, que le negó los refuerzos que necesitaba su caballería, mientras que el segundo triunvirato daba prioridad a la infantería de Alvear. San Martín carecía de influencia sobre el triunvirato, que se estaba convirtiendo en un mero instrumento de la facción de Alvear. Después de tres meses, San Martín estaba desilusionado con la capital e intentó de nuevo dejar su puesto y regresar a los Granaderos a Caballo, donde, confiaba, podía prestar un mayor

servicio a su país. El 8 de septiembre el triunvirato decidió dividir la responsabilidad de la organización de la defensa de la capital entre San Martín como jefe de la caballería y Alvear como jefe de la infantería.

El segundo triunvirato había empezado de forma prometedora: en la Banda Oriental la victoria militar de San Martín en San Lorenzo y en el norte el triunfo de Belgrano en Salta confirmaron sus metas más amplias. En el nivel interno, su programa liberal fomentó su reputación política y justificó la posición de la Asamblea Constituyente, presidida por Alvear e inspirada en la Sociedad Patriótica y la Logia. Una serie de reformas interpretadas como un modelo de liberalismo contemporáneo sirvieron para aumentar la reputación revolucionaria del gobierno: la abolición gradual de la esclavitud; la supresión del tributo indio, la mita, la encomienda y todas las formas de servicio personal; la terminación de los títulos de nobleza y el vínculo; la abolición de la Inquisición; la reforma de la administración de justicia; y las nuevas leyes sobre el comercio, la agricultura y la industria. Pero a medida que el impulso inicial del régimen se desvanecía, su intolerancia de la oposición aumentaba y el gusto de los dirigentes porteños por el poder absoluto volvió a manifestarse. Y en lo que respecta a la declaración de independencia y la redacción de una nueva constitución, éstas seguían siendo tan remotas como siempre. El poder estaba en manos de Alvear, «el auténtico director de toda la máquina política», y la política emanaba de la segunda Logia. **[58]** ¿Cuál era la posición de San Martín? Se había hecho un lugar en el ejército y en la sociedad, pero nada más, y en términos políticos estaba muy por detrás de Alvear, cuya facción también dominaba la Logia. Dada la estructura de poder existente en Buenos Aires, donde las familias de la élite colonial seguían siendo dominantes, San Martín estaba lejos de ser una figura clave y su preferencia por una declaración de independencia fue ignorada.

Entre tanto, en el horizonte empezaban a aparecer las nubes que anunciaban una tormenta proveniente del extranjero, y la población estaba alarmada por la noticia de que un contingente español estaba preparándose para partir de Cádiz rumbo a Montevideo. Pronto los fracasos sufridos en el frente desmoralizaron todavía más al triunvirato. En septiembre de 1813 llegaron a Montevideo los

refuerzos realistas procedentes de España; el 14 de noviembre, Belgrano fue derrotado en el norte, en Ayohuma, y su desordenado ejército fue barrido del Alto Perú de forma vergonzosa con tres mil bajas y muchas deserciones; en Europa, las perspectivas de España y sus aliados estaban dando muestras claras de mejoría. En Buenos Aires, estos reveses redujeron a la desesperación al gobierno y en el pánico posterior fueron muchos los que defendieron la idea de llegar a un acuerdo con España; e incluso Alvear, que había regresado al Río de la Plata «lleno de ideas de libertad e independencia», suscribió estas opiniones derrotistas. **[59]**

La secuencia de esperanza y desesperación era una constante política en Buenos Aires. El pánico, sin embargo, fue sólo temporal, aunque esto se debiera únicamente a que los españoles mismos eran los peores enemigos de la reconciliación: se negaron a ofrecer términos aceptables para los insurgentes o hablar de cualquier otra cosa que no fuera un retomo incondicional al estatus colonial. En Montevideo «no escondieron su intención de castigar de manera ejemplar a Buenos Aires cuando pudieran reconquistarla». **[60]** Además, los derrotistas fueron desafiados desde el interior de la revolución por un núcleo duro que abogaba por la independencia absoluta y que al menos en esta cuestión seguía a Monteagudo y Artigas. De forma gradual, el gobierno empezó a recuperar su temple. Se abolió el segundo triunvirato, imposible de manejar, y el gobierno central se consolidó en manos de un solo ejecutivo, Gervasio Antonio Posadas, un político con mucha experiencia y tío de Alvear, que tomó posesión de su cargo el 31 de enero de 1814.

Entre tanto, las perspectivas de San Martín por fin habían mejorado al ser destinado al afligido Ejército del Norte. El 2 de diciembre de 1813 llegó a Buenos Aires la noticia de la costosa derrota de Ayohuma, y el 3 de diciembre el coronel San Martín fue nombrado jefe de la expedición encargada de reforzar a Belgrano, que estaba conformada por doscientos cincuenta Granaderos montados, cien artilleros y ochocientos soldados de infantería del Batallón n.º 7. Eso era más o menos lo que quería, un camino honorable fuera de Buenos Aires, aunque se tratara de un camino cubierto de piedras. Mientras que San Martín iba al encuentro de un ejército derrotado y una campaña llena de dificultades en el norte, Alvear continúo su ascenso en el centro del poder como jefe militar

y político manipulador. Acompañó a su rival en su salida de Buenos Aires, y le despidió el 18 de diciembre de 1813 cuando San Martín empezó su largo viaje a través de la pampa. ¿Para qué? ¿Se estaba marginando de nuevo a San Martín o, por el contrario, se le elevaba con un destino legítimo en la frontera de la revolución americana? Belgrano pensaba que su llegada era una noticia excelente: «Vuele v., si es posible», le escribió, «la Patria necesita de que se hagan esfuerzos singulares». **[61]**

El destino de San Martín estaba ahora en sus propias manos: el nombramiento sería lo que fuera capaz de hacer con él. Había llegado a Buenos Aires para ponerse al servicio de una causa más amplia que las políticas provincianas del Río de la Plata, convencido de que el poder militar debía servir a un propósito americano y no a meros intereses locales. Hasta el momento, había desempeñado un papel modesto en el fomento de la revolución y la defensa de su territorio, pero éstos eran logros menores. Sus principales ventajas eran su presencia imponente, sus dotes de mando y su experiencia militar. Con ello tenía ahora la oportunidad de realizar su misión más grande: redefinir la revolución, ampliar sus horizontes del país al continente entero y establecer una nueva base para la guerra de independencia.

Capítulo 3

UNA ESTRATEGIA CONTINENTAL

HACIA EL NORTE

En el tórrido verano de 1813-1814, en su viaje hacia el noroeste desde la capital, San Martín cruzó el Puente de Márquez y recorrió una ruta histórica del comercio y la plata que unía Buenos Aires, Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Potosí. Iba al mando de una larga caravana de hombres y suministros, equipo, piezas de artillería, ganado y transportes de agua, y tenía por delante un mes de viaje. Las vías eran en todas partes primitivas y estaban llenas de baches, como pudieron comprobar a medida que se abrían paso a través de una Argentina de muchos paisajes, desde los caminos polvorientos de las pampas hasta las accidentadas colinas del medio oeste y la cordillera azul de la sierra de Córdoba a su izquierda; luego el contingente vio por primera vez las amenazadoras montañas del norte, con sus cumbres cubiertas de nieve, que parecían pertenecer a un mundo diferente.

Los pensamientos de San Martín también conocieron diversos lugares y problemas. Las derrotas recientes del ejército revolucionario en el Alto Perú dejaron el camino abierto para que las fuerzas realistas del general Joaquín de la Pezuela avanzara hacia el sur contra los patriotas, Y el primer deber de San Martín era contener esa ofensiva. Esto permitía que en Buenos Aires el gobierno concentrara sus recursos en la Banda Oriental, a la que se consideraba una cabeza de puente potencial para una expedición española desde la Península; y si una ofensiva semejante lograba unir sus fuerzas con la campaña realista del norte, la Evolución estaría en un auténtico aprieto. Se pensaba que el frente septentrional era menos urgente y más remoto que el meridional, pero si los rivales de San Martín en la capital creían que al enviarlo allí le estaban poniendo al margen, habían mal interpretado las señales. Éste fue el comienzo de su misión americana, un duro comienzo, pero uno que le dio significado a su vida.

Los años 1814-1816 fueron un período de depresión para la

revolución hispanoamericana. El fin del la guerra de Independencia española y la restauración de Fernando VII en 1814 permitió a España volver su vista a América. En el norte, un ejército español de grandes dimensiones a órdenes del general Pablo Morillo, un veterano del conflicto en la Península, aplastó a los venezolanos y los neogranadinos en
1815-1816.
En el Alto Perú los realistas hicieron retroceder a los ejércitos de liberación porteños en
1813-1815
y amenazaron Tucumán. En Chile los patriotas, lastrados por divisiones internas, fueron aplastados por las fuerzas contrarrevolucionarias en 1814 y estaban recuperándose de un reino de terror. Para 1816, como señaló un observador de la armada británica, «era imposible que las apariencias fueran más desfavorables a la causa revolucionaria». [1] San Martín se refirió al riesgo de una ruina absoluta en 1816: «esta no la temo de los Españoles, pero sí de las desavenencias domésticas, de nuestra falta de educación y juicio». [2] Sobre las ruinas de la primera revolución los libertadores crearían un segundo movimiento de independencia, y en 1814 San Martín ya había empezado a considerar las estrategias más amplias que semejante tarea requería. Sin embargo, su situación inmediata, atrapado como estaba entre los políticos de Buenos Aires y una campaña vacilante en el norte, le enfrentaba a un dilema doloroso. Los planes del gobierno eran degradar a Belgrano y colocar a San Martín al mando del frente septentrional.

Incluso antes de entrevistarse con Belgrano, a San Martín le apenaba su situación, un civil en uniforme de general, un intelectual obligado a convertirse en soldado, que con franqueza confesaba la preocupación que le producía no ser el hombre indicado para la misión que tenía por delante. «¡Ay! amigo mío», había escrito, «¿y qué concepto se ha formado V. de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo en general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido ésta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme… he sido completamente batido en las pampas de Ayohuma cuando más creía conseguir la victoria». [3] San Martín había enviado al acosado oficial algunos consejos sobre armas de fuego y el uso prioritario de

los sables y las lanzas por parte de la caballería, además de prometerle el envío de un libro sobre táctica militar. Asimismo, tuvo que defenderle de los políticos de Buenos Aires que estaban exigiendo que se le reemplazara, aunque el problema básico era la falta de oficiales superiores competentes y con experiencia. Belgrano estaba desesperado por reunirse con él: «La América aún no estaba en disposición de recibir dos grandes bienes, la libertad e independencia; en fin, mi amigo, espero en V. un compañero que me ilustre, que me ayude y quien conozca en mí la sencillez de mí trato y la pureza de mis intenciones». Y advirtió a San Martín de que en su avance hacia el norte vería por sí mismo las difíciles circunstancias en las que tenían que trabajar: «Le contemplo a V. en los trabajos de marcha, viendo la miseria de nuestros países y las dificultades que presentan con sus distancias, despoblación y, por consiguiente, falta de recursos para operar con la celeridad que se necesita». [4] Éste era un buen resumen de los problemas de la revolución: los espacios inmensos, las vías de comunicación inadecuadas, la pobreza de la gente y de las provisiones.

San Martín llegó a Tucumán el 11 de enero de 1814, y mientras se acercaba a su destino Buenos Aires le seguía instando a hacerse con el mando del Ejército del Norte, o el Ejército de Perú, como también se le llamaba, y el 18 de enero se le nombró su general en jefe. Tal era el respeto que San Martín sentía por el noble estadista que no pudo aceptar el nombramiento. No obstante, en la Logia ya se había tomado la decisión de reemplazar a Belgrano. Los dos patriotas se encontraron el 17 de enero cerca del pueblo de Algarrobos, unos pocos kilómetros al sur del río Juramento, y San Martín asumió el mando del golpeado ejército el 29 de enero. [5] Al día siguiente, advirtió a sus hombres de la necesidad de salvar el país que se encontraba en «estado inminente de sucumbir». Y solicitó la solidaridad del pueblo de Tucumán: «Constancia, unión, tucumanos, y apareceremos invencibles… Unido el Ejército de mi mando con vosotros, ¿tendrá la Patria a quién temer?». Había tomado el mando de un ejército que, como explicó al gobierno, «ha apurado sus sacrificios durante el espacio de cuatro años; que ha perdido su fuerza física y sólo conserva la moral». [6] Su propia formación militar era la de un oficial del ejército español que había peleado contra los moros en el norte de África y los franceses en la

península Ibérica, y ahora se dirigía hacia el Alto Perú, una región montañosa que se extendía hacia el norte desde Salta hasta el río Desaguadero, entre el Pacífico, al oeste, y el Chaco, al este, entre gente cuyas costumbres y culturas le eran desconocidas. San Martín procedió con cautela; sus prioridades eran claras: en primer lugar, vestir al «ejército desnudo»; luego, pagarle; y por último, adiestrarle. Al asegurar las defensas del noroeste, empezó a mostrar esa capacidad organizativa que se convertiría en el sello distintivo de su éxito militar. Hizo que sus soldados construyeran su propio cuartel, la ciudadela, un campamento fortificado en las afueras de Tucumán, con lo cual estableció la última línea de defensa contra una invasión realista desde el norte y dotó a un ejército informe de un sentido de identidad y una estructura nuevos.

Empezó por los oficiales, pues estaba convencido de que el gran defecto del ejército en su estado actual era la pobre calidad de éstos, personas desaventajadas, sin educación y de una disciplina débil. Creó una comisión militar para juzgarlos, y para mejorar sus estándares exigió pruebas del *curriculum vitae* de los candidatos; rechazó a aquellos que en su opinión carecían de las cualidades necesarias para ser oficiales y adoptó medidas encaminadas a mejorar el entrenamiento de otros. Cuando el general Belgrano, con su típica modestia, también ocupó un lugar en el curso de adiestramiento, el coronel Manuel Dorrego, que había estado a sus órdenes en el Alto Perú, se burló de él. San Martín se sintió terriblemente ofendido, dio un golpe en la mesa con un candelabro, llamó a Dorrego al orden y le desterró a Santiago del Estero. [7] Asimismo, buscó elevar la fibra moral del cuerpo de oficiales. En los Granaderos a Caballo había introducido un tribunal de honor, pero en el norte su propuesta no fue bienvenida. También encontraron resistencia sus esfuerzos por fomentar el duelo como defensa del honor, a diferencia de Belgrano, que castigaba los duelos con severidad. Otros oficiales tenían sus reservas, pues pensaban que «puede también hacerse un abuso tremendo, principalmente entre jóvenes en un país cuya civilización no está muy adelantada». [8] En cualquier caso, en el cuidado de sus tropas, San Martín demostró seguridad y dio muestras del estilo que lo caracterizaba.

Al tomar el control de un ejército marcado por el fracaso, tuvo que empezar de cero. En Tucumán se encontró con «unos tristes

fragmentos de un ejército derrotado. Un hospital sin medicinas… unos hombres tirados en el suelo… Unas tropas tan desnudas que se resiente la decencia al ver un defensor de la patria con el traje de un pordiosero… Una oficialidad que en mucha parte no tiene cómo presentarse en público, por haber perdido sus equipajes en las últimas acciones de guerra». Solicitó tres mil uniformes que debían estar a punto para el invierno, pues «los reclutas, de que la mayor parte del ejército se compone, no pueden salir de sus cuarteles por ser tal su desnudez, que la misma decencia se resiste». [9] Uno de sus primeros pasos fue pagar a los soldados un salario apropiado, independientemente de dónde saliera el dinero o qué dijera el gobierno. Ordenó que se les pagara cuatro reales a la semana y que se les diera regularmente una ración de bebidas alcohólicas. Ante la alternativa de obedecer al gobierno y mantener al ejército, desvió dinero del tesoro en Potosí hacia Tucumán en lugar de enviarlo a Buenos Aires como exigía el gobierno: «Esta provincia no presenta ya recursos para sostener este ejército; que el país se pierde y el ejército se disuelve si V. E. no lo socorre. Estos son los urgentes motivos que me han obligado a *obedecer y no cumplir* la superior orden indicada y representar a V. E. sobre la absoluta necesidad de aquel dinero para la conservación de este ejército». [10] La aceptación de Posada no estuvo exenta de reproche: «Pase por ahora el *obedecer y no cumplir*, porque si con el obedecimiento se exponía Ud. a quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo aquí como un cochino». [11]

El que San Martín tomara el control y actuara con independencia no sólo levantó ampollas en Buenos Aires, también suscitó alarma en las sociedades conservadoras del noroeste, que se preguntaban si este hombre llegado de España y Buenos Aires las entendía. Esto fue lo que animó a Belgrano a ofrecerle su consejo, una vez que las decisiones de San Martín empezaron a tener cierto impacto. El militar advirtió a su colega de que debía andar con pies de plomo para no ofender la cultura popular u ofender susceptibilidades religiosas. El duelo era una cuestión que, Belgrano había descubierto, producía consternación entre los locales. Pero sus inquietudes eran mucho más amplias y las expresó en términos que acaso contenían algo de ironía:

> Son muy respetables las preocupaciones de los pueblos y mucho más aquellas que se apoyan por poco que sea en cosa que huela a religión: creo muy bien que V. tendrá esto presente y que arbitrará el medio de que no cunda esa disposición y particularmente de que no llegue a noticia de los pueblos del interior. La guerra allí no sólo la ha de hacer V. con armas, sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes morales, cristianas y religiosas, pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes y sólo por este medio han atraído las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos la religión. Acaso se reirá alguno de este mi pensamiento, pero V. no deje llevarse de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan, ademas, por ese medio conseguirá V. tener al ejército bien subordinado; pues él, al fin, se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos, y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden. Estoy cierto de que los pueblos del Perú no tienen una sola virtud y que la religión la reducen a exterioridades todas las clases, hablo en general; pero son tan celosas de éstas que no cabe más y aseguro a Va que se vería en muchos trabajos si notasen lo más mínimo en el Ejército de su mando que se opusiera a ella y a las excomuniones de los Papas. Añadiré únicamente que conserve la bandera que le dejé; que la enarbole cuando todo el Ejército se forme; que no deje de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra generala y no olvide los escapularios a la tropa: deje V. que se rían; los efectos le resarcirán a V. de la risa de los mentecatos que ven las cosas por encima. Acuérdese V. que es un general cristiano, apostólico, romano; cele V. de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales se falte el respeto a cuanto diga a Nuestra Santa Religión. **[12]**

Belgrano parece haber temido que San Martín llegara a las sociedades conservadoras del interior arrastrando ideas ilustradas y se encontrara con unas mentalidades militares que no apreciarían sus puntos de vista europeos; además, en el Alto Perú no sólo tenía que conquistar sino también convencer, pues la población local miraba con sospecha las intenciones liberales de Buenos Aires. No sabemos con exactitud cómo respondió San Martín a estos consejos. Eran serios y relevantes para alguien en su posición, pues él mismo era consciente de que existía un problema con los oficiales inferiores y los comandantes, los cuales eran arrogantes y cerraban sus mentes a las nuevas tácticas; asimismo existía una hostilidad entre los oficiales que habían prestado servicio durante mucho tiempo en el interior y aquellos recién llegados de Buenos Aires que

esperaban obtener ascensos con rapidez. San Martín continuó respaldando a Belgrano, a pesar de que el gobierno estaba predispuesto en su contra por la derrota de Ayohuma, y éste permaneció a su lado para aconsejarle, apoyarle moralmente en su trato con oficiales alborotadores y ofrecerle los beneficios de su experiencia en el norte. San Martín evitó cuanto pudo cumplir la orden del gobierno de destituirlo y enviarlo al sur, a Córdoba, consciente de que Belgrano contaba con muchos apoyos en el interior. Pero el gobierno central se mostró tenaz e instó a San Martín a acatar sus órdenes advirtiéndole que «en lo sucesivo no se demore el cumplimiento de las órdenes que emanan de este gobierno».[13] San Martín no tenía alternativa. Depuesto y marginado, a finales de mayo de 1814 Belgrano recibió órdenes de regresar a Buenos Aires. Para el comandante en jefe del Ejército del Norte, esto fue un episodio más de su continua batalla con el gobierno central y los fastidiosos entrometidos de la Logia. Entre tanto, sin embargo, tenía que cuidar de sus propios asuntos.

Las relaciones con el enemigo eran una preocupación cotidiana. ¿Cuál era el nivel de respuesta adecuado? ¿Era correcto fusilar a los prisioneros? Antonio Landivar, un coronel español capturado en Santa Cruz de la Sierra, era famoso por ser uno de los implementadores más crueles de la política realista de ejecutar a los prisioneros y exhibir sus cadáveres en los caminos para intimidar a los patriotas. Se le fusiló por crímenes de guerra, una pena que se decidió en un consejo de guerra celebrado en la residencia de San Martín, en el que se consideró dar una sentencia ejemplar que sirviera como advertencia a los realistas. Landivar fue condenado «no por haber militado con el enemigo en contra de nuestro sistema sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos que hubiese cometido contra el derecho de la guerra». San Martín autorizó la pena de muerte el 15 de enero de 1814 y ordenó 3a ejecución del prisionero sin consultar previamente al gobierno. Para justificar su acción, cuyo carácter extremo él mismo reconocía, afirmó que era esencial para la moral revolucionaria y como demostración ejemplar: «Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra sin respetar en

nosotros el sagrado derecho de las gentes y no se embarazan en derramar a torrentes la sangre de los infelices americanos». Tratar a un criminal como Landivar con indulgencia habría sido invitar a los realistas a interpretar su moderación como debilidad. [14]

La postura de San Martín a propósito de la ejecución de Landivar como un criminal de guerra era coherente con su determinación de establecer los derechos de los americanos como soldados regulares, protegidos por las reglas normales de la guerra. Asimismo, estaba ansioso por poner fin a la percepción de que los criollos eran sumisos e inferiores, algo que consideraba una herencia inaceptable de la mentalidad colonial. En 1814, en una estancia de las afueras de Córdoba, condenado a la inacción por problemas de salud, el estancamiento de la revolución lo mantenía cavilando: «Esta revolución no parece de hombres, sino de cameros». Un peón llegó para quejarse de que un capataz de su estancia le había golpeado. San Martín estaba indignado. «¡Qué les parece a ustedes! ¡Después de tres años de revolución, un maturrango [un español] se atreve a levantar la mano contra un americano! Esta es», repitió, «revolución de cameros». Tras lo cual animó al peón a rechazar un trato semejante. [15]

La cuestión más acuciante que se planteaban los comandantes destinados al norte era cómo debía combatirse a los españoles. ¿Mediante un ejército convencional o mediante fuerzas irregulares? Inspirado por Belgrano y aconsejado por Dorrego, ambos con experiencia en la región, la estrategia por la que San Martín optó en esta etapa fue la de respaldar la «guerra gaucha» que estaban librando los jefes locales y sus seguidores gauchos. En vista de que estos grupos ya estaban operando en la zona, San Martín prefirió reforzarlos con hombres y suministros en lugar de embarcar al Ejército del Norte en otra campaña condenada al fracaso. Sus años de servicio en el ejército español le habían familiarizado con el concepto y dirección de la guerra de guerrillas, y en la guerra de Independencia peninsular había conocido muchos ejemplos, algunos anárquicos, otros exitosos. Ahora se encontraba en un territorio perfecto para una estrategia semejante, dividido, como estaba, entre las montañas y valles del altiplano y las llanuras tropicales de Santa Cruz y el Chaco un terreno en el que un ejército grande tendría dificultades para maniobrar pero en el que unidades más pequeñas

podían entrar y salir a voluntad. [16]

Entre los líderes con que contaba, San Martín identificó al «valiente» Martín Güemes, un caudillo de Salta, como su aliado más fiable y vio en sus fuerzas el medio más eficaz para librar una «guerra de recursos», o guerra de guerrillas, contra el ejército realista. Güemes, un funcionario y terrateniente criollo de Salta, provenía de una familia cuya trayectoria en la tierra y la administración le permitió movilizar a la provincia y aprovechar sus recursos humanos, agrícolas y ganaderos. Tras acompañar a San Martín desde Buenos Aires, fue ascendido a teniente coronel y empezó a realizar operaciones irregulares contra los realistas en los bosques, colinas y valles del sur de Salta con el fin de privarlos de recursos y obligarlos a retroceder. Según San Martín, «los gauchos de entre los bosques perseguían, destruían y ahuyentaban cuantas partidas mandaba recogerlo… ellos solos le están haciendo al enemigo una guerra de recursos terrible». [17] San Martín respaldó esta guerra por política y recompensó a Güemes por su triunfo en la frontera ascendiéndolo al mando general de este frente y reforzando sus tropas con oficiales y soldados; fueron Güemes y sus hombres los que detuvieron e) avance hacia el sur de Pezuela desde Jujuy.

Desde 1815, y durante cinco años, Güemes gobernó Salta con gran autonomía respecto de Buenos Aires y con el respaldo tanto de los sectores populares como de San Martín. Mientras la región continuó siendo un teatro de la guerra contras las fuerzas realistas del Alto Perú, parte de la población gaucha estuvo movilizada permanentemente en milicias rurales. Estos grupos vivían a costa de las estancias locales y los comerciantes ricos, confiscaban cosechas, ganado y otras propiedades, y el mismo Güemes aprobó decretos para requisar reses, confiscar bienes y recaudar donaciones obligatorias para contribuir al esfuerzo bélico. ¿Cómo consiguió sobrevivir este sistema de gobierno? En primer lugar, tenía el apoyo del gobierno central. Una vez se abandonó la campaña contra el Alto Perú por considerársela poco factible, Güemes se encargó de la defensa de la frontera con un gasto mínimo haciendo que la aristocracia de Salta pagara por ella. Esto explica por qué en Buenos Aires los gobiernos conservadores estuvieron dispuestos a tolerar sus tendencias autonomistas y sus políticas populistas como necesarias para la defensa de la revolución. [18] En segundo lugar,

Güemes era el representante de un poderoso grupo de familias de la provincia relacionadas tanto por vínculos de parentesco como económicos. [19] Estas familias, por supuesto, estaban exentas de sus exacciones y, en última instancia, participaron en las acciones de su caudillo hasta la muerte de este en combate en 1821. De esta forma el nuevo comandante en jefe del Ejército del Norte empezó a entender las provincias del interior y adaptarse a la cultura de grupos familiares del noroeste.

San Martín tenía ideas muy claras sobre las guerrillas y las aplicó en el frente septentrional. En su mejor momento, las guerrillas privaban al enemigo de estabilidad y recursos. «Partiendo del principio de que la guerra de recursos es la más afligente, y de la que se saca mejor partido, especialmente por tropas nuevas y sin una perfecta disciplina, Procurará no empeñar jamás una acción general con toda la fuerza de su mando; y si solo acciones parciales, de las que sin duda sacará ventajas, que aunque pequeñas, su multiplicación hará decrecer al contrario, ganará opinión y partido, y al fin tendrá el resultado igual al de una batalla ganada». Para subsistir, los guerrilleros dependían del apoyo popular; la población local les proporcionaba suministros y realizaba labores de comunicación y espionaje, y ellos a su vez les ofrecían protección. «Uno de los primeros medios de justicia que se debe promover, es el de dispensar una protección decidida a los amigos de la libertad americana». [20] Se esperaba asimismo que incitaran a la insurrección a los indígenas de Perú, aunque se reconocía que no todos ellos eran amistosos y podían suponer un peligro para grupos aislados. [21] San Martín estaba aprendiendo las costumbres de los caudillos y guerrilleros argentinos. Pudo ver que eran una forma más barata de librar una guerra. Los ejércitos regulares necesitaban vestidos, alimentación y paga, sin lo cual era probable que se produjeran deserciones. Los caudillos no tenían que vestir a sus seguidores; los alimentaban de la tierra y prometían pagarles en botín.

La revolución estaba plagada de dilemas, y ahora San Martín se enfrentaba a uno de los más duros: ¿Qué debía considerarse prioritario, el frente oriental o el frente septentrional? Y en el norte, ¿qué ruta debía seguir la revolución: hacia el oeste cruzando los Andes o hacia el norte adentrándose en el Alto Perú? Su estatus,

como sabía, no era el de quien tiene el dominio absoluto y las decisiones no estaban en sus manos. Buenos Aires estaba más preocupado por la Banda Oriental que por la distante Tucumán, y San Martín seguía careciendo de los fondos y provisiones que necesitaba su ejército, que para abril de 1814 continuaba sin estar en posición de pasar a la ofensiva. La guerra de guerrillas le proporcionaba una posición de resistencia mientras maniobraba en pos de metas más distantes. Belgrano le había advertido contra la tentación de avanzar sobre el enemigo demasiado pronto y sin la preparación adecuada, el error que él mismo había cometido: «Si no cree que tiene al Ejército bien disciplinado y en el mejor pie de subordinación, no haga movimiento alguno y estese a la defensiva». [22] Belgrano pensaba que el problema no era sólo de recursos materiales sino también de moral; era necesario fortalecer ambas cosas bajo la orientación de San Martín.

Las decisiones se vieron complicadas por su estado de salud. San Martín no estaba plenamente en forma desde comienzos de 1814. [23] A finales de abril padeció de una infección pulmonar, vomitó sangre y sufrió de dolores estomacales. San Martín estaba residiendo en La Ramada, una hacienda a unos treinta y seis kilómetros de Tucumán, donde empezó a recuperarse, aunque todavía tenía dolores en el pecho. No obstante, el asma seguía afectándole, y el consejo de los médicos era que debía trasladarse al sur, a Córdoba, en busca de un clima más seco. El 6 de mayo el gobierno le dio permiso para partir, reemplazándole en el mando por José Rondeau, un servidor secundario de la revolución, y a finales de ese mismo mes San Martín decidió marcharse; estableció su residencia más al sur, en una casa campestre en las colinas de los alrededores de Saldán. No padecía de tuberculosis, como con frecuencia se ha dado por sentado, sino de asma, y la sangre que vomitaba no procedía del pecho sino de su estómago, lo que indica que tenía una úlcera gástrica o duodenal.

Las noticias y los rumores sobre la enfermedad de San Martín despertaron a los políticos en Buenos Aires, donde produjeron reacciones contradictorias. Posadas fue tranquilizador con el paciente, pero alarmista ante otros, a los que describió su enfermedad como «fatal» y «mortal», para pedir arreglos alternativos y probablemente su degradación. Calculador o no,

Alvear, sobrino de Posadas, aprovechó la ocasión para centrar la política y los recursos en el frente oriental donde él dominaba. Aseguró a San Martín que dar prioridad a Montevideo no era una estrategia rival sino un paso necesario, y que una vez la ciudad fuera tomada sería posible liberar hombres y recursos para la campaña del norte.

Alvear, por supuesto, tenía su propio orden de prioridades y esperaba promoverlo durante la convalecencia de su rival. Con el dominio del mar conseguido por la flotilla porteña y los nuevos soldados que le proporcionó su tío Posadas, tenía el campo abierto para una victoria espectacular sobre las fuerzas realistas en la Banda Oriental. El 22 de junio entró triunfal en Montevideo y al día siguiente recibió su rendición. Al mismo tiempo, derrocó al segundo de Artigas, Fernando Otorgues, y fue lo bastante agudo como para evitar cualquier pacto entre los orientales y los realistas. Habiendo ya nombrado a Rondeau en el norte, Posadas tranquilizó a San Martín: «Respire ese corazón: Montevideo es nuestra por capitulación. Carlos está dentro con sus tropas: la escuadra del Estado se halla apoderada del Puerto… Póngase Vd. bueno y ataque la maldita enfermedad para poder resistir a Pezuela si, como Vd. dice, se acerca a Tucumán». [24] La victoria de Alvear, continuó, liberaba recursos, y se había ordenado reforzar el Ejército del Norte. De modo que su parcialidad hacia su sobrino no anuló su responsabilidad para con San Martín.

Con Posadas nada era seguro, y San Martín tenía que tomar su destino en sus manos. Para entonces ya había decidido renunciar al mande del Ejército del Norte, citando su salud como explicación. Lo que no significa que su enfermedad fuera ficticia o que, como sugirió el general José María Paz, fuera un pretexto para retirarse de un mando que ya no deseaba y en el que su propio futuro no estaba garantizado. [25] Sin embargo, San Martín tampoco se sentía inclinado a aceptar la invitación de Posadas a rendirse a su mala salud y regresar a Buenos Aires. Su intención nos la revelan sus acciones. Cuando dejó Saldán no fue para tomar el camino de Buenos Aires, que no le importaba que Alvear dominara, sino para dirigirse hacia el oeste, a Mendoza, donde como parte de un plan más amplio aspiraba a convertirse en líder del nuevo gobierno de Cuyo. El 10 de agosto de 1814, atendiendo su propia solicitud, se le

nombró gobernador intendente de Cuyo, lo que para los alvearistas era un puesto gris en una provincia insignificante y, por ende, no despertó ninguna alarma. Sin embargo, se trataba de una provincia en marcha. Separada de Chile en 1776 para entrar a formar parte del Nuevo virreinato del Río de la Plata, empleó los años de la revolución iniciada en 1810 para separarse de la intendencia de Córdoba y convertirse en una intendencia por derecho propio. San Martín heredó un gobierno seguro de su estatus y preparado para defender la revolución. Se trataba del lugar que había elegido, se encontraba exactamente donde quería estar para desarrollar sus ideas estratégicas sin alertar a sus enemigos o excitar a sus amigos.

La toma de Montevideo había sido la victoria más grande de Alvear hasta la fecha. ¿Podía resistirse a emprender la búsqueda de nuevos triunfos en el norte estando San Martín enfermo y su ejército detenido? Para empezar, no resistió la tentación de alardear de su victoria y los frutos de ésta en un a carta a San Martín: «La fortuna me ha favorecido en todas mis empresas admirablemente, ella quiera sea propicia a ustedes del mismo modo… Mi ejército lo he aumentado prodigiosamente no sólo con los prisioneros que han tomado partido sino con gran número de reclutas que he hecho en la campaña y consta de muy cerca de siete mil hombres. Memorias a los amigos y mande como siempre a este su verdadero y apasionado amigo». **[26]** Ni una palabra para otros; había un solo y único vencedor. «Ni Napoleón», escribió lacónicamente San Martín en el margen. Había llegado la hora de seguir adelante.

El plan continental

Una nueva convicción empezó a dominar el pensamiento de San Martín. No sabemos cuánto tiempo habían estado germinando estas ideas en su cabeza. Su concepto de liberación siempre había sido más amplio que el de Buenos Aires y sus provincias. Y no sería sorprendente que su observación y experiencia de la implementación de una estrategia a gran escala en Europa, de la planeación militar francesa y británica, lo hubieran hecho pensar en la posibilidad de aplicar un gran plan a Suramérica. **[27]** San Martín, al igual que otros soldados y consejeros con experiencia, advirtió que la estrategia de la revolución en el norte, el intento de llevar la

independencia de Buenos Aires a Lima a través del Alto Perú, estaba muy mal planteada.

El camino hacia el futuro estaba al oeste y Cuyo era la llave para llegar allí. Con esta creencia, San Martín había solicitado la gobernación de Cuyo, y las autoridades en Buenos Aires se la habían concedido, así que a comienzos de septiembre de 1814 estableció su cuartel general en Mendoza. Estaba decidido a no dirigir ninguna expedición al Alto Perú; y en lo referente a la defensa de Argentina contra los ataques españoles procedentes del norte, los «valientes gauchos de Salta» estaban en condiciones de mantenerlos a raya. Tenía prioridades más importantes: había dejado el Ejército del Norte y ahora tenía que crear el Ejército de los Andes. Su estrategia se basaba en la tesis de que la revolución suramericana no podía estar segura hasta que el corazón del poderío español en Perú hubiera sido destruido; de que la ruta septentrional al Perú no era «la verdadera línea estratégica de la revolución suramericana», pues estaba cerrada por el terreno, la altitud, las temperaturas extremas, la falta de recursos y la hostilidad de la población local, todo lo cual hacía que el Alto Perú fuera una barrera, no una entrada hacia Lima, una barrera que, en última instancia, estaba trancada por los estrechos pasos del Desaguadero, donde los españoles necesitaban apenas de una pequeña guarnición para cerrar por completo Perú. Sólo había un camino hacia adelante: un gigantesco movimiento de flanqueo que implicaba cruzar los Andes hasta Chile y luego subir por el Pacífico para invadir Perú por la costa. **[28]** Después de la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua, justo al sur de Santiago, en octubre de 1814, y el posterior restablecimiento del poder español, esta estrategia presuponía que para empezar había que liberar Chile. En 1815 San Martín calculó que para ello necesitaría una fuerza expedicionaria de cuatro mil hombres. Estos planes coincidían con los intereses de la revolución chilena y resultaban atractivos para su líder, Bernardo
O'Higgins,
y la mayoría de los exiliados chilenos.

El *Plan continental* de San Martín, como muchos problemas de la historia argentina, fue materia de debate en su propia época, de reivindicaciones rivales en las generaciones posteriores,

acompañadas de los inevitables documentos apócrifos, y de una viva controversia en años recientes.[29] La primera cuestión es: ¿quién fue el autor del plan? En su momento, San Martín tuvo que utilizar toda su capacidad de persuasión con sus jefes políticos en Buenos Aires para introducir y preservar su plan. En este sentido él fue sin duda el autor. Después de su muerte sus partidarios tuvieron que rechazar a otros candidatos (Enrique Paillardelle, Bernardo Vera, Tomás Guido) cuyos planes apuntaban en la misma dirección pero carecían de la precisión y el alcance del proyecto final. Paillardelle, un coronel del Ejército del Norte, abogó en 1813 por una expedición marítima al Perú partiendo desde Chile: las fuerzas argentinas y chilenas zarparían de Valparaíso, cerca de Santiago, y desembarcarían en Arica, al norte, para una ofensiva contra Lima, todavía más al norte, que debía realizarse de forma simultánea con el avance a través del Alto Perú de un reorganizado ejército auxiliar.[30] Ese mismo año, Bernardo Vera y Pintado, representante diplomático de Argentina ante el gobierno chileno, había bosquejado, aunque sin especificar detalles, la idea de una expedición conjunta que debía desembarcar en Arica o Pisco para avanzar sobre Lima y someterla al segundo triunvirato. Sin embargo, estos planes no eran idénticos al concebido por San Martín. Tomás Guido, un joven veterano de la revolución y por esta época un importante funcionario del ministerio de Guerra, un amigo y colaborador de San Martín que en 1814 había estado cerca de él durante su enfermedad, se centró en la ocupación de Chile como el «principal objetivo», no en Lima.[31] Pero éstos por lo menos son rivales argentinos de la autoría del plan.

En épocas más recientes, Rodolfo Terragno ha asombrado a los historiadores nacionalistas al descubrir un autor británico del plan: el diputado sir Thomas Maitland, un oficial militar escocés de alto rango y experiencia colonial en la India y las Indias Occidentales, que sometió a consideración del gobierno británico un plan para atacar el Imperio español, un plan que recibió el secretario de Guerra Henry Dundas a mediados de 1800, pero que terminó archivado al año siguiente cuando el gobierno de William Pitt tuvo que abandonar el poder. El plan de Maitland, que Terragno descubrió en la Scottish Record Office, proponía una expedición de cinco mil quinientos hombres (británicos, por supuesto) para

capturar Buenos Aires, establecer una base en Mendoza, cruzar los Andes, derrotar a los españoles en Chile y luego enviar una expedición para emancipar Perú, «el fin de nuestra empresa». Maitland preveía cruzar los Andes en cinco o seis días con una fuerza que había de reunirse en Chile con tropas británicas adicionales procedentes del otro lado del Pacífico para el ataque final contra Perú. [32]

Terragno señala la «extraordinaria similitud» entre el plan de Maitland y la campaña llevada a cabo por San Martín quince o veinte años más tarde, y argumenta que es «probable» que San Martín conociera el plan gracias a su contacto con oficiales británicos durante la guerra de Independencia española, entre los que había algunos que habían participado en la fracasada invasión de Buenos Aires. [33] Lo cierto, de hecho, es que en la época existían muchos planes y que el tema difícilmente era secreto: los proyectos hispanoamericanos se convirtieron en un género popular entre los estrategas británicos, que produjeron numerosas propuestas para expediciones de conquista e incluso de liberación, la mayoría de ellas en extremo irreales. [34] La tesis expuesta por Terragno es razonable. Es posible inferir que San Martín conoció el texto de Maitland, aunque es materia de discusión si esto marcó o no una diferencia en los acontecimientos y decisiones en la zona de combate. San Martín no contaba con un ejército de ocho mil novecientos soldados regulares (la cantidad óptima prevista por Maitland), sino de uno formado por menos de cinco mil voluntarios criollos. Asimismo, no contaba con una poderosa escuadra naval esperando para apoyarle otro lado de los Andes, como quería Maitland, y se tuvo que conformar con atacar únicamente desde un lado. Además, en lo que respecta paso de los Andes, éste tomó muchísimo más de los cinco o seis días previstos por Maitland. Y toda la operación no tardó tres meses, como él y Maitland pensaban, sino tres años. No obstante, la campaña de San Martín demostró que el plan que Maitland había concebido dos décadas antes, sin conocimiento directo de Suramérica, era factible y eficaz.

En 1814 los puntos de vista de San Martín se habían visto fortalecidos por la observación directa en el noroeste de Argentina y el consejo de colegas con experiencia, incluidos tanto Belgrano y Güemes como Guido, encontraron una corroboración total en las

derrotas sucesivas que sufrieron los ejércitos patriotas en Huaqui en 1811 y Ayohuma en 1813, y pronto serían confirmados por la derrota de una tercera expedición a Sipe Sipe el 29 de noviembre de 1815. Para febrero de 1816 sus planes estaban aproximándose a su forma definitiva: «Chile es el pueblo capaz de fijar (regido con mano diestra) la suerte de la revolución… Nada interesa más que ocuparlo. Lograda esta grande empresa, el Perú será libre. Desde allí irán con mayor éxito las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá faltando los artículos de subsistencia más preciosos». Sin embargo, había que conquistar Chile, no mediante expediciones menores, como se había propuesto, sino en un único golpe decisivo mediante una fuerza poderosa; él mismo estaría en condiciones de hacerlo el próximo octubre, dirigiendo un ejército de cuatro mil hombres a través de la cordillera. **[35]**

Hacia mayo de 1816, hablando de Lima como «el azote de la libertad… la ciudadela de la tiranía», San Martín fue más específico:

> Pensemos no en pequeño como hasta aquí y sí con elevación y si así la perdemos será con honor… El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile: este país está enteramente conquistado a fines de abril del año entrante con 4.000 o 4.500 hombres: estas tropas en seguida deben embarcarse y en ocho días desembarcan en Arequipa: esta provincia pondrá para fines de agosto 2.600 hombres; si el resto se facilita, yo respondo a la nación del buen éxito de la empresa. **[36]**

Mientras en Mendoza San Martín dedicaba su mente a la estrategia y la logística de la empresa, en Buenos Aires Guido elaboraba un bosquejo del plan para transmitirlo al gobierno. Su *Memoria* dirigida al director Pueyrredón integraba toda la información que San Martín le había proporcionado y fue la primera propuesta completa para una campaña total, una «expedición general» que había de empezar con la ocupación de Chile. Este era el flanco más débil del enemigo y ofrecía la ruta más corta y segura para la liberación del Alto Perú. **[37]**

Con todo, ese bosquejo no daba todavía cuenta del plan completo de San Martín, pues no incluía su objetivo final, la conquista de Lima. Éste sería expuesto por el mismo San Martín, el auténtico autor del plan, el soldado profesional y el militar experimentado, quien diseñó el proyecto desde el primer hasta el

último detalle. Él ya había apostado su carrera a su realización cuando había solicitado, y recibido, la gobernación de Cuyo en agosto de 1814. Y ahora se manifestaba en contra de los esfuerzos parciales que habían lastrado la revolución durante demasiado tiempo: «Necesitamos pensar en grande; si no lo hacemos, nosotros tendremos la culpa… Chile es nuestro como se haga un pequeño esfuerzo: este país nos proporciona la toma del Peni, sin aquél, todos los esfuerzos serán imaginarios: el tiempo por testigo». [38] Pensar en grande era, en otras palabras, reemplazar un objetivo nacional por uno continental.

El enemigo interno

Un plan continental no podía permitirse ignorar los detalles regionales. La dimensión chilena no era tan sencilla. En Chile la revolución había sufrido recientemente varios reveses. Los realistas obtuvieron una victoria decisiva en la batalla de Rancagua (1-2 de octubre de 1814), donde a pesar de los esfuerzos heroicos de O'Higgins, los revolucionarios fueron aplastados y perdieron la mayoría de sus fuerzas. [39]

Lejos de las principales rutas marítimas y los imperios rivales, Chile había sido una colonia descuidada cuyo papel se reducía a ocupar el espacio imperial y mantener a raya a los indios hostiles y los forasteros intrusos. Sin embargo, esto no impidió el desarrollo de la identidad regional, el patriotismo criollo y la consciencia de las injusticias. Los motivos de queja se intensificaron en la segunda mitad del siglo XVIII cuando una reestructuración modesta de las instituciones administrativas y fiscales dejó al país a la cola de las prioridades del Imperio español, mientras que, al otro lado de los Andes, Buenos Aires y las provincias del interior adquirían funciones más importantes. El monopolio colonial se flexibilizó durante los últimos Borbones; el acceso a los Cercados internacionales resultaba más fácil y había un suministro más grande de manufacturas extranjeras. El problema de Chile era producir bastantes excedentes para pagar por sus crecientes importaciones, y al final del período imperial los chilenos creían

que su economía necesitaba libertad para poder controlar su propio crecimiento, para desarrollar recursos descuidados por la metrópoli y ganar más gracias a una producción mayor. Estos argumentos se esgrimieron en 1810 cuando Chile dio sus primeros y vacilantes pasos hacia la liberación, se convocó un cabildo abierto y se estableció una junta de gobierno. No obstante, había algunos chilenos que querían más, a saber, el fin del dominio colonial en cualquier forma y la independencia completa del país. Entre ellos se encontraba Bernardo
O'Higgins.

Bernardo era hijo de Ambrosio O'Higgins, un irlandés al servicio del sistema colonial español que llegó a ser gobernador de Chile y virrey de Perú. El joven recibió gran parte de su educación en Inglaterra, donde bajo la influencia de Miranda se convirtió a la causa de la independencia y se nutrió de «los principios liberales y amor a la libertad que entonces ardía demasiado en los corazones de la juventud europea». **[40]**
O'Higgins
regresó a Chile para hacerse con el control de la hacienda que había heredado de su padre y vivir como un terrateniente rico. La política no ejercía sobre él una atracción inmediata, pero no veía un camino alternativo a la revolución. El dominio por parte de España significaba el dominio por parte de Perú, la sede del poderío español en Suramérica y, para los chilenos, un vecino ajeno y tradicionalmente hostil. Y España cerró todas las puertas a cualquier acuerdo; ni los liberales ni los absolutistas tenían para América una política diferente de la rendición incondicional a la autoridad imperial. De modo que
O'Higgins
se unió a la revolución, y a disgusto, después de muchas vacilaciones, aceptó el nombramiento como comandante en jefe de las fuerzas patrióticas, un soldado sin experiencia enfrentado contra profesionales endurecidos. Pronto el líder chileno descubrió que tenía enemigos en su propio bando. Un rival recién llegado a la escena revolucionaria, José Miguel Carrera, que a sus veintiséis años era un veterano de la guerra de Independencia española, había regresado a Chile convencido de que había «llegado la época de la independencia americana; nadie puede evitarla». Lo respaldaba una

familia de terratenientes y militares que consideraba Chile casi como su dominio privado y lo movía su ambición de poder personal. En cierto sentido, Carrera era la respuesta a la necesidad que tenía la revolución de un caudillo militar; era capaz de controlar el ejército patriota y aportar a la causa de la independencia el liderazgo y organización militar que necesitaba. Sin embargo, no tenía tiempo para rivales y chocó con las fuerzas que seguían a
O'Higgins.
Entre tanto, los españoles, reforzados desde Perú y unidos bajo la dirección del general Mariano Osorio, atacaron a las fuerzas divididas de los revolucionarios.
O'Higgins
y Carrera no consiguieron integrar sus unidades rivales a tiempo para enfrentar a los realistas y perdieron la batalla de Rancagua.

Los líderes patriotas huyeron a través de los Andes hasta Mendoza en octubre de 1814, mientras que en su país los realistas empezaban a aterrorizar a sus partidarios. Por tanto, los planes de reconquistar Chile de San Martín coincidían con los intereses de los revolucionarios chilenos y atrajeron a
O'Higgins
y a la mayoría de los exiliados procedentes de ese país. No obstante, San Martín también tenía problemas. La derrota de la independencia chilena había dejado el flanco de los Andes a merced de una invasión de los vencedores realistas. Y era necesario regular y proveer de comida y transporte a la multitud de refugiados chilenos que habían llegado en tropel a Cuyo. La seguridad había pasado a ser una preocupación de primer orden y en octubre de 1814, San Martín visitó en los Andes el valle de Uspallata para estudiar la situación y tomar decisiones sobre sus defensas. Entre los chilenos estaban las fuerzas dirigidas por José Miguel Carrera, que ya había sido un problema para
O'Higgins
y que, junto a sus dos hermanos, Juan José y Luis, se estaba convirtiendo en un problema todavía más grande para San Martín. Carrera, no menos arrogante en Argentina que en Chile, exigía el apoyo y la autoridad que creía que le correspondía.

San Martín dejó en claro que aunque Carrera era el jefe de las

tropas chilenas, por el momento estaba bajo la autoridad del jefe de la provincia y que él, San Martín, no iba a aceptar que pretendiera enseñarle sus deberes hacia los exiliados.[41] Por su parte, los chilenos que se oponían a los Carrera solicitaron a San Martín que detuviera y confiscara los bienes de los hermanos Carrera y sus seguidores. Esto iba mucho más lejos de lo que estaba dispuesto a hacer, pero explicó a la facción de Carrera que había decidido consultar al gobierno en Buenos Aires y estaba preparado para tomar cualquier medida necesaria para garantizar la tranquilidad de la provincia. Carrera rechazó esta actitud y, para empeorar las cosas, apeló a los «derechos del hombre» y los «derechos de mi patria» e insistió en la independencia de su mando y su determinación de colocar a sus hombres a las órdenes de las autoridades de Buenos Aires.[42] El lenguaje amenazador y el desafío de su autoridad indignaron a San Martín, que materialmente carecía de la fuerza para controlar a los alborotadores y tuvo que padecer más ignominias mientras esperaba las órdenes y los refuerzos procedentes de la capital. Entre tanto, por el bien de la seguridad de la provincia y consciente de la cercanía de las fuerzas españolas preparadas para aprovecharse de estas divisiones, cedió y suspendió todas las medidas en contra de los Carrera.

San Martín solicitó fuerzas adicionales a Buenos Aires y, mientras esperaba su llegada, preparó su propia respuesta. El 30 de octubre, apoyado por auxiliares argentinos, la milicia local y las tropas chilenas leales a
O'Higgins,
rodeó los barracones en los que los Carrera estaban acuartelados, colocó dos piezas de artillería apuntando contra la puerta, ordenó a las tropas que se rindieran y arrestó a Juan José y José Miguel Carrera, así como a otros líderes chilenos, que no tardaron en quejarse de la situación y los insultos a su honor. Deportados al oriente, a San Luis, más tarde serían liberados por el gobierno de Buenos Aires, que los autorizó a seguir hasta la capital si ese era su deseo; en realidad, sin embargo, los hombres de Carrera no querían alistarse en el ejército argentino. San Martín también tomó medidas propias para defender la provincia de los chilenos revoltosos y el ejército realista; reordenó la milicia local, a la que integró con el pequeño contingente enviado por Buenos Aires, y presionó

patrióticamente a la población para conseguir nuevos reclutas. Con todo, Juan José Carrera continuó con su diatriba de acusaciones e insultos; San Martín estaba furioso, pero los chilenos tuvieron suerte de que sus manos estuvieran atadas. [43] A su debido tiempo, y más allá de la jurisdicción de San Martín, los hermanos Carrera se verían las caras con la justicia revolucionaria, pero entre tanto fueron para él una espina clavada. Por otro lado, con Bernardo O'Higgins, un hombre de carácter afable y sencillo, estableció una relación instantánea, que se traduciría luego en un cargo en Cuyo y un mando en el Ejército de los Andes; amigos íntimos, ambos serían aliados políticos durante el resto de sus carreras.

Repensar la revolución

Sin dejar de mantener la vista fija en su gran proyecto, San Martín tenía también que vigilar su espalda para cuidarse de Alvear y los políticos de Buenos Aires, así como de la posible influencia del maligno Carrera en esos círculos. Posadas ostentaba el título de director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, aunque las provincias no estaban unidas y Posadas no las gobernaba. Su autoridad fuera de Buenos Aires era poca, e incluso dentro de la capital el poder efectivo residía en su sobrino Alvear, el comandante en jefe de las fuerzas militares de la zona. Los caudillos locales y las autoridades municipales desafiaban a Buenos Aires y reclamaban un estatus autónomo o federal para sus provincias, una situación que asombraba a los observadores extranjeros. «Buenos Aires siempre ha rechazado estas pretensiones mediante la fuerza y tratado a quienes las promueven como rebeldes y traidores, [por lo que] los habitantes del interior han considerado que usurpa injustamente un dominio sobre el que nada le da derecho, y siempre que se ha presentado una buena oportunidad se han resistido a su autoridad mediante la fuerza». [44]

Buenos Aires, de hecho, provocaba repugnancia, no atracción. En enero de 1815 Posadas renunció, superado por las disputas estériles de los caudillos provinciales y la insubordinación de los militares. Su lugar pasó a ocuparlo Alvear, que durante cuatro meses mantuvo un precario control de la capital. Se le nombró

director supremo en enero, y aunque ascendió a San Martín a brigadier general, también lo colocó en una posición que dependía directamente de su autoridad cuando reorganizó el ejército en tres cuerpos: el primero, bajo su mando directo, comprendía las fuerzas de Buenos Aires, las provincias del litoral, Córdoba y Cuyo; el segundo, las fuerzas del norte al mando de Rondeau; y el tercero, las de la Banda Oriental al mando de Miguel Estanislao Soler. San Martín estaba atento a los movimientos de Alvear, pues en Cuyo por fin había sentido que pisaba terreno firme: estaba convencido de encontrarse en una posición que le permitiría hacer avanzar la revolución y exportarla. Contaba con el respeto y el apoyo del pueblo, y el efectivo poder político y militar que había logrado consolidar le daba una base regional para el fomento de sus planes; no tenía intenciones de rendirse con facilidad. Sin embargo, Alvear había excedido sus límites y su poder descansaba en cimientos endebles. En 1815 San Martín optó por una táctica sutil para frustrarle. Pidió una licencia temporal por razones de salud para irse a Rosario, licencia que Alvear se apresuro a autorizar enviando un reemplazo. Esto era una trampa, pues la decisión de Alvear causó en Cuyo una agitación que se trasladó de las calles a un cabildo abierto apoyado por las milicias; el incidente dejó en claro que Cuyo no quería que se reemplazara a San Martín y que su nombramiento debía ser permanente. Esto cogió desprevenido a Alvear, que no tuvo otra opción que ceder. **[45]** De esta forma, San Martín consolidó todavía más su poder regional y se convirtió a partir de entonces en el gobernador inamovible de Cuyo. Alvear, en cambio, no era inamovible. A lo largo de 1815 Santa Fe y Córdoba anunciaron su independencia de Buenos Aires. En la Banda Oriental, Artigas gobernaba sin consultar con Alvear y dirigía una federación flexible formada por Uruguay y sus vecinos ribereños. En abril de 1815 las tropas enviadas contra Artigas se amotinaron y fraternizaron con el enemigo, mientras que en la capital el cabildo se puso a la cabeza de un levantamiento contra el director supremo. Alvear renunció el 17 de abril y a bordo de un buque inglés se marchó al exilio en Brasil con su esposa y sus tres hijos. Le sucedió un gobierno provisional. **[46]**

La inestabilidad de Buenos Aires no dejó de incidir en los planes de San Martín. La capital seguía siendo incapaz de imponer su

voluntad en el cono sur y proporcionar apoyo para la revolución en Chile. No podía hacer otra cosa que mantener el *statu quo* en Cuyo, pues carecía de recursos para emprender una acción ofensiva en el oeste, y prohibió específicamente a San Martín cualquier intervención en Chile. No obstante, Buenos Aires seguía dando prioridad a la realización de una tercera expedición al Alto Perú, esta vez bajo la dirección del general José Rondeau, cuya personalidad débil e incompetencia militar garantizaban una tercera catástrofe. [47] San Martín veía cómo en las mentes distantes de los políticos encargados de tomar las decisiones su proyecto seguía siendo relegado en importancia respecto de la campaña en el Alto Perú. De hecho, se le dijo que permaneciera a la defensiva en Cuyo, sin perspectivas de recibir recursos adicionales hasta que se consiguiera algún resultado en el norte. San Martín sabía que el único resultado que se hallaría allí sería una nueva derrota. ¿Era acaso que no habían aprendido nada?

San Martín estaba enseñándoles una nueva lección, original en su diseño y hábil en su ejecución. Su estrategia transandina necesitaba un motor poderoso y un nuevo enfoque de los recursos. Argentina, en animación suspendida entre la colonia y la nación, no existía aún como un Estado unitario capaz de lanzarse a la liberación continental. Este mosaico de países que recibía el nombre de Buenos Aires, el Río de la plata o las Provincias Unidas, estaba gobernado por una mezcla de directores y caudillos y era incapaz de concentrar su política, recursos y personal en un proyecto único con una meta más allá de sus fronteras. San Martín, por estatus y título, no era el líder de más categoría de la revolución y tenía que aceptar las órdenes de unos superiores cuyo conocimiento y habilidad eran inferiores a los suyos. La solución fue crear su propio Estado en miniatura y su propia autoridad para dar a la revolución una nueva base de poder para lanzar su proyecto continental. Cuyo se convirtió en la piedra angular de la independencia del continente, y Mendoza en su capital. Allí se reunió un ejército, se fomentó una economía para su sostenimiento y las exigencias de la guerra pasaron a controlar las vidas de su población. A la sombra de los Andes, San Martín estaba creando una base exclusiva para un segundo frente, un modelo de guerra único en Hispanoamérica.

Capítulo 4

LA BASE DE PODER DE LA REVOLUCIÓN

CUYO: LA CUNA DE LA RESISTENCIA Y EL RESURGIMIENTO

Al acercarse a los cuarenta años. San Martín dejó una vivida impresión en su amigo inglés, el comodoro William Bowles, comandante de la estación naval suramericana, un oficial que tenía a sus espaldas años de servicio en la guerra contra Napoleón y por delante una distinguida carrera en la marina británica. Bowles se equivocó en la edad de su amigo, pero en los demás aspectos supo juzgarle bien:

> El general San Martín tiene en la actualidad cerca de cuarenta y cinco años; es alto, de constitución fuerte, tez oscura y porte notable. Su educación es perfecta y sus modales y conversación en extremo placenteros. Su forma de vida es en sumo grado simple y austera e incluso es raro que se siente a la mesa, pues prefiere comer en pocos minutos cualquier plato que esté preparado cuando siente con hambre… Hace caso omiso del dinero y es, creo, muy poco más rico de lo que era cuando llegó a este país, aunque si su perspectivas hubieran sido interesadas o personales habría podido amasar una gran fortuna desde su entrada en Chile. Es un hombre muy culto, lee muchísimo y posee una gran cantidad de información general. Su sistema de política es amplio y liberal, en particular con relación al comercio, que entiende bien.
>
> Su salud es mala, y padece violentas hemorragias pulmonares: la consecuencia de una caída de su caballo hace ya algunos años. **[1]**

La devoción fanática que San Martín sentía por el trabajo impresionó muchísimo a Bowles. Ningún detalle se le escapaba. A ojos de sus hombres era un ordenancista severo, pero se había ganado su lealtad debido a su preocupación por su bienestar. El observador inglés describe con fascinación tanto la política como la personalidad de San Martín; señala con aprobación su determinación de restaurar la paz tan pronto como fuera posible una vez conquistada la independencia, su distanciamiento respecto de los políticos y de lo que consideraba su corrupción endémica, sus opiniones liberales, en especial en materia de comercio, y su

evidente sesgo a favor de Gran Bretaña. Las opiniones de Bowles aparentemente influyeron en otros observadores británicos, entre ellos Henry Chamberlain, el cónsul general británico en Río de Janeiro, quien informó al secretario de Exteriores, el vizconde Castlereagh, de que «su carácter moral está muy por encima de cualquier otra persona del partido independentista; sus habilidades militares son evidentemente de la primera clase». [2] He aquí un soldado carente de ambición personal o avaricia, un esposo amoroso, aunque distante, y un padre atento. Sus maneras taciturnas enmascaraban una mente bien informada y su famosa cautela iba aparejada con una capacidad para emprender acciones decisivas cuando era necesario.

Como soldado San Martín tenía dos grandes cualidades, la habilidad para pensar y planear a gran escala, y un talento infalible para la organización. Y ahora necesitaba todos los recursos con que contaban su mente y su voluntad, pues tenía que preparar su expedición transandina teniendo ante sí dos obstáculos formidables: la anarquía larvada que amenazaba con engullir todo el Río de la Plata y la falta absoluta de recursos financieros. Muchos observadores, impresionados por la magnitud de la tarea y la fortaleza de las defensas españolas en Chile, dudaban de la capacidad del general para alcanzar sus objetivos: pese a respaldar el plan, los informes de Bowles, eran escépticos acerca de sus resultados. [3] No obstante, desde finales de 1814 San Martín empezó a traducir su visión en realidad al convertir Mendoza en cuartel general tanto civil como militar y hacer de Cuyo una provincia separada a efectos prácticos, aislada de la anarquía que la rodeaba y enfocada psicológica y económicamente a las exigencias de la guerra.

San Martín llegó a Mendoza en septiembre de 1814 como nuevo gobernador y necesitaba tanto una residencia familiar como una base de poder. En un primer momento rechazó la casa que le había preparado el cabildo aduciendo que prefería buscar una por sí mismo. Pero el cabildo insistió y él, para evitar ofender a sus miembros, aceptó, con vencido de que empezar una buena relación con el gobierno local era vital para su provecto. En este sentido, Posadas supo darle un buen consejo: «La tecla principal consiste en llevarse siempre bien con los cabildantes, sean los que fueren cada

año, pues éstos abrazan toda la población con sus relaciones y parentescos, de modo que estando querido de ellos, lo estará Vd. de todo el pueblo». [4] San Martín empezó luego a preocuparse por su esposa Remedios y su tardan/a en reunirse con él, una tardanza de la que ella no era responsable. Posadas lo tranquilizó: «Por fin ya partió su madama, la cual no ha tenido la culpa de su demora sino sus padres, pues no han querido que pase a un país nuevo sin todos los atavíos correspondientes a su edad y nacimiento». [5]

La salud de San Martín empezó a mejorar y su vida doméstica prosperó. Remedios llegó acompañada por su sobrina Encarnación de María y su sirviente mulato Jesús; ahora estaba en condiciones de presentarse ante Cuyo y su población desde su propio dominio y tranquilizar al pueblo con su permanencia. En Mendoza, San Martín y su esposa pasaron el período más largo de su vida uno al lado del otro, apenas dos años, pues su compromiso posterior con la liberación continental los obligó a limitarse a breves encuentros, y cuando él decidió retirarse, primero los obstáculos políticos, y luego la enfermedad y muerte de Remedios en Buenos Aires el 3 de agosto de 1823, impidieron una reunión definitiva.

El revés que supuso la pérdida de Chile a manos de los realistas y la posibilidad de una invasión española convencieron a San Martín en 1815 de que había llegado el momento de enviar a Remedios de regreso a Buenos Aires, pero retrasó la decisión con el fin de no alarmar a la población hasta que Mendoza estuviera más segura Cuando eso se hizo y los miembros del cabildo conocieron sus intenciones, hubo alarma y se expusieron argumentos en contra; querían que aceptara un salario completo y viviera con su familia en una propiedad adecuada a su destacada posición, pues ello contribuiría a dar respeto y estabilidad a su presencia. Era él quien había cambiado la cara de la provincia: «Este pueblo debe a V. S. su rápido engrandecimiento y sólo en manos de V. S. cuenta segura su existencia futura… Por último el pueblo pierde su tranquilidad, se persuade deshonrado; y en gran descubierto si no se revoca la partida de la familia de V. S.». [6] San Martín cedió, aunque insistió en no recibir más que la mitad de su salario. Remedios permaneció en la ciudad y el 29 de agosto de 1816 dio a luz a su único hijo, una niña, Mercedes Tomasa, Merceditas como se la conocía, y San Martín se declaró el orgulloso «padre de una infanta mendocina»,

una pulla a aquellos detractores que se referían a él como «el rey José», en alusión a sus supuestas ambiciones de poder y su conocido monarquismo. [7]

No todos los cabildos le ofrecieron tanto respaldo como el de Mendoza. Mientras que en abril de 1815 Mendoza confirmó a San Martín como gobernador intendente, San Juan y San Luis no hicieron lo mismo y dieron muestras de querer seguir su propio camino. La enfermedad argentina parecía estarse propagando. San Juan sucumbió a la tendencia separatista y algunos disidentes querían autonomía. San Martín consideraba que el federalismo era una de las maldiciones de la vida política y no tenía tiempo para luchas autonómicas contra el gobierno central, algo que atribuía a «falta de ilustración y el ningún conocimiento de sus deberes» y a lo que en su opinión había que poner freno antes de que condujera a la anarquía y la crisis de la ley y el orden. Estaba listo para obligar a San Juan a obedecer y someterse a la autoridad, el orden y la jerarquía; San Martín despreciaba a quienes confundían la anarquía con la libertad y adoptó medidas para apuntalar el régimen existente en Cuyo.

En su nuevo ejército, el Ejército de los Andes, aplicó sus prioridades básicas: uniformes, paga, adiestramiento. Y, como había hecho en Tucumán, insistió en unos requisitos elevados para el cuerpo de oficiales. Creó una pantalla de seguridad para impedir la infiltración de los espías realistas, organizó patrullas en la cordillera y reconoció personalmente los pasos de montaña para probar las rutas que su ejército había de tomar. El adiestramiento era ininterrumpido. San Martín siempre insistió en que el heroísmo ciego no era suficiente. Quería soldados disciplinados, con formación táctica y que respondieran a las órdenes. Instruyó y ejercitó personalmente a sus Granaderos y convirtió a los campesinos en soldados, a los reclutas novatos en hombres entrenados en distintas maniobras. «De los rudimentos del recluta se pasaba a los giros y las marchas, de frente y de flanco. Después el manejo de la tercerola, de la lanza y del sable (ataque y defensa, que San Martín enseñaba en persona) explicando con paciencia y claridad los movimientos, sus actitudes, su teoría y sus efectos… cuando ya veía a sus soldados bastante posesionados en el manejo de las armas, alternaba por horas la instrucción, con marchas a pie

y maniobras de pelotón y de compañía para no molestarlos con la monotonía de un solo ramo». [8]

San Martín mostró el camino no sólo en las labores más obvias del reclutamiento y adiestramiento de las tropas, sino también en la tarea impopular de recolectar dinero. [9] Las Provincias Unidas no tenían suficientes ingresos ni siquiera para sus gastos ordinarios y su posición económica fue precaria hasta la década de 1820. Cuyo misma, con una población de aproximadamente cuarenta y tres mil habitantes divididos en orden numérico entre blancos, mestizos, indios y negros, tenía una economía relativamente saludable basada en la agricultura y la ganadería, que producía comercialmente vinos y frutas. El reto para San Martín y sus oficiales era transformar esta economía regional en una máquina de guerra continental. [10] Mediante estímulos a los granjeros y rancheros y proyectos para expandir la irrigación, aumentó la producción de cereales y forraje y los hatos de ganado vacuno, caballar y mular hasta que, con la inyección de recursos adicionales del gobierno central, estuvieron en condiciones de mantener un ejército en adiestramiento y en movimiento.

San Martín reformó 3a frecuencia y la administración de los impuestos para obtener ingresos prácticamente por todos los medios: impuestos directos e indirectos, derechos de aduana, impuesto a las ventas, cuotas municipales, contribuciones voluntarias, secuestro de las reservas de capital de las organizaciones eclesiásticas y, por último, préstamos forzosos. [11] Las demandas y los rendimientos alcanzaron su máximo en 1816 y dejaron a la economía regional, ya debilitada por la ruptura de sus lazos comerciales con Chile, buscando con esfuerzo su recuperación. El desarrollo económico pasó a ser algo impensable por algún tiempo en el futuro. San Martín estaba pensando en una economía de guerra total de una austeridad sin precedentes (comparable a la Que Gran Bretaña aceptaría durante la segunda guerra mundial). De modo que instituyó el racionamiento, los cortes salariales, las confiscaciones y el reclutamiento; la población en su conjunto se vio obligada a vivir con lo mínimo y las mujeres tuvieron que contribuir al esfuerzo bélico con su trabajo. Los sacrificios que se exigieron a Cuyo fueron enormes, en especial en Mendoza. Después de la batalla de Rancagua en octubre de 1814 y la pérdida de Chile,

los ingresos del tesoro se vieron reducidos a la mitad debido a la interrupción del comercio trasandino y la pérdida de derechos de importación y exportación. En junio de 1815 San Martín creó un organismo encargado de recaudar contribuciones voluntarias y de inmediato donó la mitad de su salario. Luego, cuando el tesoro no pudo cubrir los costos del mantenimiento de la tropa, se vio obligado a imponer una medida más drástica, un «único arbitrio», la derrama, lo que en este contexto equivalía a un préstamo forzoso, algo que como él mismo reconoció era «demasiado doloroso», pero inevitable: «Entre este único arbitrio o perecer las tropas, no hay medio». [12] En el segundo semestre de 1815 y durante todo 1816 estuvo vigente un impuesto sobre la renta de cuatro reales por cada mil pesos. Un estricto cumplimiento de la alcabala (impuesto a las ventas), cargos voluntarios sobre los vinos y los licores, un tributo por consumo de carne, la venta de tierras públicas, las donaciones de joyas y otros objetos valiosos por parte de las mujeres mendocinas encabezadas por la esposa de San Martín, el trabajo de las voluntarias en los talleres textiles, «gustosas a reparar la desnudez del soldado», éstas fueron algunas de las medidas y gestos de compromiso total de la provincia, un espíritu de empresa común apreciable por igual entre el pueblo y los soldados. [13] Frustrada por la parsimonia persistente de Buenos Aires, la comunidad empezó un proceso de autoayuda; el sacrificio fomentaba la sociabilidad. Cuyo, en general, y Mendoza, en particular, respondieron con generosidad a las demandas del general. En Mendoza el proyecto y el pueblo se unieron en perfecta unidad. Sin la participación de los ciudadanos de la provincia, el plan en su conjunto habría fracasado. Y fue el mismo San Martín el que inspiró la respuesta del pueblo. Pese a ser un patricio, sabía sintonizar con la gente del común.

Las destrezas y recursos locales se conjugaron para satisfacer la necesidad de armas, municiones y pólvora. José Antonio Álvarez Condarco, ingeniero y colaborador cercano de San Martín, llegó a Mendoza después de haber dirigido la fábrica de pólvora que un inglés, James Paroissien, había establecido en Córdoba. En Cuyo había salitre en abundancia, y la fabricación de pólvora se organizó en la casa que con este fin proporcionó Tomás Godoy Cruz, un terrateniente y político local, a la que se proveyó de morteros,

cedazos y otras herramientas del oficio. El resultado infundió confianza. San Martín nombró a fray Luis Beltrán como jefe de la maestranza y director del arsenal. Beltrán, un mendocino formado en Chile que había regresado a su tierra natal en la reciente emigración, dedicó sus habilidades a los talleres del ejército para convertir las campanas de las iglesias en cañones, munición y bayonetas. Matemático, físico, carpintero, herrero y artillero, podía aplicar sus manos a cualquier tarea de la maestranza, incluida la fabricación de cartuchos, granadas, herraduras, mochilas, sillas y arneses. La víspera de la partida del ejército hacia Chile, Beltrán diseñó una extraordinaria exhibición de fuegos artificiales en la plaza de Mendoza y lanzó al cielo un gran globo encendido.

A lo largo de 1815 había incrementado el número de soldados a su disposición. A los cuatrocientos hombres con que contaban al principio del año añadió otros setecientos esclavos gracias a un decreto que ordenaba a los españoles peninsulares renunciar a sus esclavos o pagar una multa de quinientos pesos por cada uno. [14] En la primera mitad del año recibió una nueva fuerza de artillería, con un centenar de hombres más y dos cañones. Más tarde incorporó las escuadras tercera y cuarta de los Granaderos a Caballo, compuestas por doscientos siete hombres que llegaron a Mendoza en julio de 1815 tras haber viajado de Buenos Aires con equipos y armas para cuatrocientos. A partir de los refugiados llegados de Chile formó la Legión Patriótica de Chile. Dos métodos que usaba constantemente eran el reclutamiento obligatorio de vagos y el alistamiento de voluntarios. Con todo, los refuerzos nunca eran suficientes. Y bien pudo San Martín proclamar que tenía ciento treinta sables abandonados en los cuarteles de los Granaderos a Caballo por falta de hombres que los empuñaran. Asimismo, era muy consciente de que había una escasez crítica de doctores para atender a las tropas.

San Martín promovió una serie de medidas encaminadas a mejorar la salud de los soldados y los civiles de Cuyo, como la vacunación obligatoria contra la viruela y la creación de hospitales militares en Mendoza, San Juan y San Luis. Y se hizo con los servicios de James Paroissien, un cirujano inglés oriundo de Barking, Essex, que había llegado a Montevideo en 1806 para buscar fortuna siguiendo la estela de las invasiones británicas y

desde entonces se había visto obligado a adoptar tina vida en los márgenes de los asuntos militares y médicos. En septiembre de 1816 el gobierno de Buenos Aires le nombró cirujano jefe del Ejército de los Andes, y desde su llegada a Mendoza en diciembre de ese mismo año mantuvo una prolongada relación con San Martín. En Mendoza asumió la dirección de los servicios médicos y hospitalarios y estableció un hospital militar. Los recursos eran reducidos: tres doctores, cinco monjes betlemitas y siete asistentes para un ejército que para finales de 1816 estaba compuesto por cuatro mil soldados regulares y una milicia auxiliar de mil cuatrocientos. [15] Pero al menos los pacientes del ejército de San Martín dejaron de estar confinados a cuchitriles en los que apenas tenían un espacio en el suelo.

San Martín se volvió adicto a Mendoza, su tierra, su base de poder y uno de los pocos lugares en que era auténticamente popular. En octubre de 1816 solicitó que se le otorgara un pequeño terreno para su retiro final; la agricultura era el único trabajo que quería después de la vida de las armas, y no tenía dinero suficiente para comprarse una propiedad por sí mismo. El cabildo no solo le concedió una tierra en Los Barriales, sino que también le otorgó otra a su hija. San Martín intentó desviar esta donación, en nombre de Mercedes, para beneficio de los miembros del ejército que se distinguieran por servicios especiales en la campaña por venir; y aunque no se le permitió hacerlo, sí se aprobó otra concesión para ese mismo fin. El cabildo tenía razones para estar agradecido con San Martín por sus servicios a la comunidad: aparte de las reformas sanitarias, el desarrollo de un nuevo sistema de irrigación, el estímulo de la expansión agrícola y el fomento del comercio y la industria, San Martín también fundó la primera biblioteca de Mendoza y promovió reformas de carácter educativo. Y generaciones futuras de mendocinos disfrutarían caminando en las tardes a lo largo del bonito paseo de la Alameda, cuatro hileras de álamos en líneas rectas que su extraordinario benefactor extendió y embelleció.

La vida social de Mendoza mejoró. El general marcaba las ocasiones especiales con bailes y fiestas, y él mismo disfrutaba de su tumo en el salón de baile. En alguna oportunidad pidió a Manuel de Olazábal, un joven colega de regimiento, que le presentara una

«cotorrana» (una dama de cierta edad) para bailar. La pareja que le seleccionaron resultó ser una muchacha mucho más joven, y después, cuando él la había escoltado de vuelta a su silla, le pidió explicaciones a Olazábal. «Pensé que preferiría bailar con una muchacha que con una mujer mayor», fue su respuesta. La muchacha en cuestión se convertiría más tarde en la esposa de Olazábal. **[16]**

Los servicios de Cuyo y su pueblo a la revolución eran algo muy especial para San Martín, que consignó sus opiniones en su informe al gobierno central:

> Admira en efecto, que un País de mediana población, sin erario publico, sin comercio, ni grandes capitalistas, falto de maderas, pieles, lanas, ganados en mucha parte, y de otras infinitas primeras materias, y artículos bien importantes, haya podido elevar de su mismo seno un ejército de 3 000 hombres, despojándose hasta de los esclavos, unidos brazos para su agricultura, ocurrir a sus pagas, y subsistencia: a las de más de mil emigrados, fomentar los establecimientos de maestranza, laboratorios de salitre y pólvora, armería, Parque, Salas de Armas, Batan, cuarteles, Campamentos; erogar más de tres mil caballos, siete mil mulas, innumerables cabezas de ganado vacuno; en fin, para decirlo de una vez, dar cuantos auxilios son imaginables, y que no han venido de esa Capital para la creación, progresos y sostén del Ejército de los Andes. En fin, las fortunas particulares casi son del público. La mayor parte del vecindario sólo piensa en prodigar sus bienes a la común conservación. **[17]**

En las estribaciones

Los meses iban pasando y San Martín, que continuaba esperando las decisiones de Buenos Aires, empezó a ponerse impaciente: los políticos ni siquiera se habían molestado en pedirle un plan único. Los chilenos, por su parte, también estaban inquietos y usaban sus vínculos en la clandestinidad para presionar por la liberación. **[18]** A través de Guido, San Martín señaló al gobierno, todavía obsesionado con el Alto Perú, que la expedición transandina seguía siendo tan vital como antes y necesitaba grandes preparativos: «Repito a V. que la expedición a Chile es más ardua de lo que parece; sólo la marcha es obra de una combinación y reflexión de gran peso, pero agregue V. a esto los aprestos, política que es necesario observar, tanto allá como con esta furibunda gente de

emigrados y resultará que la cosa es de bulto». [19] Como estaba convencido de que había llegado el momento de atacar, urgió al directorio de Buenos Aires a que autorizara una expedición a Chile para febrero de 1816. Guido parece haber transmitido las preocupaciones de San Martín a la Logia, que había logrado colocar en el gobierno 3 uno de sus miembros más destacados, Antonio González Balcarce. Este se apresuró a solicitar a San Martín una lista de lo que necesitaba y un plan de campaña; y el gobierno dispuso de un subsidio mensual de cuatro mil pesos para el sustento de su ejército. Sin embargo, cuando los últimos detalles parecían estar girando en favor de los planes de San Martín, se le dijo que éstos eran inoportunos y peligrosos.

Esta fue una época de esperanzas defraudadas. La información falsa y los análisis equivocados llevaron a los políticos de Buenos Aires a decidir lanzar una nueva campaña en el Alto Perú, El mando de esa tercera expedición recayó, como era predecible, en el general José Rondeau, un soldado poco eficaz, que desconocía las rutas de los Andes, tenía algo de tonto y carecía de control sobre sus hombres. Sus tropas saquearon en una escala sin precedentes incluso entre las expediciones liberadoras, y cuando no se dedicaban al pillaje se dedicaba a la bebida. No es sorprendente entonces que la expedición no contara con mucho respaldo entre las guerrillas locales. El general español superó su estrategia con precisión y sin esfuerzo y, con la ayuda de sus refuerzos chilenos, aniquiló al tercer ejército auxiliar en las llanuras de Sipe Sipe el 29 de noviembre de 1815. [20] Podría perdonarse a San Martín el que quizá hubiera sentido cierto regocijo por la desgracia ajena. Sipe Sipe demostraba que tenía razón. Fue entonces cuando invitó a sus oficiales a un banquete y pronunció su famoso brindis: «¡Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!». [21]

Por desgracia, poco después de esto, en enero de 1816, su enfermedad volvió a manifestarse. «Un furioso ataque de sangre y en consecuencia de extrema debilidad, me han tenido diecinueve días postrado en la cama; los atrasos que encontré después de ellos me hicieron contraerme más y más a mi despacho: las atenciones del enemigo y apresto para recibirlos en caso de invasión, me obligaron a olvidar a mis amigos». [22] Durante estas dolorosas

semanas dormir se le dificultaba enormemente, le costaba incluso dar breves cabezadas sentado en su silla, y fue entonces que empezó a usar grandes cantidades de opio, una medicina que le recomendó su médico, Juan Isidro Zapata, al que Mitre describe como un «hombre de color de Lima» y quien le atendió en todas sus campañas. Durante los siguientes meses las perversas prioridades del gobierno agobiaron su mente y la opción del Alto Perú se convirtió en uno de sus peores demonios, hasta el punto de que estaba dispuesto a aceptar el desmembramiento de las Provincias Unidas si ello las libraba del Alto Perú. «No hay una verdad más demostrable en lo que Ud. me dice», le escribió a Godoy Cruz, «de la separación del Alto Perú de las provincias bajas: esto lo sabía muy de positivo desde que estuve al mando de ese ejército y de consiguiente, los intereses de estas provincias [las de abajo] no tienen la menor relación con los de arriba». **[23]**

Mientras que el gobierno de Buenos Aires permanecía inmóvil y aparentemente indiferente, la mente incansable de San Martín se dedicaba a explorar otros medios de librar la guerra. En 1815 desencadenó una «guerra de zapa», un programa clandestino de espionaje y sabotaje que contaba con una red de espías en las provincias montañosas que le informaba de los movimientos del enemigo, difundía propaganda negra al otro lado de los Andes y mantenía viva la causa y el movimiento de resistencia, mientras que él mismo organizaba ataques sorpresivos contra el enemigo. Si no podía enfrentarse al enemigo en Chile, quizá podía atraerlo a Cuyo y combatirlo allí. La idea era difundir a través de sus canales de espionaje la noticia de que estaba evacuando Mendoza con el fin de reforzar al hostigado Ejército del Norte. El nuevo jefe realista en Chile. Casimiro Marcó del Pont, pareció morder el anzuelo y las tropas realistas empezaron a movilizase al otro lado de los Andes. Buenos Aires, por su parte, se apresuró a enviar a San Martín refuerzos en forma de armas y provisiones: trescientos fusiles, doscientos sables de caballería, doscientos cinturones para espadas, trescientas cartucheras para la infantería. **[24]** San Martín preparó sus tácticas para sorprender y superar a un enemigo que, además de encontrarse dividido por haberse repartido en varios lugares de ocupación en Chile, estaría agotado tras haber cruzado los Andes para enfrentarse a sus fuerzas. Se sentía seguro, aunque no era

crédulo: «No hay cuidado por el enemigo de Chile. Si viene espero tendremos un completo día y ya sabe V. que no soy confiado». [25] Eso era discutible. En vista de que no estaba en posición de arriesgarse a lanzarse a la ofensiva, ¿era viable depender de los movimientos del enemigo? Frente a los mil quinientos hombres con que contaba San Martín, los realistas tenían la superioridad numérica y el plan dependía realmente de las tribulaciones que encontrarían cruzando las montañas e improvisando su despliegue. A finales de enero de 1816 el plan de San Martín de conquistar Chile en las llanuras de Mendoza se estaba resolviendo. Un retraso frenó al ejército realista; su movimiento de ataque dependía de la creencia de que las fuerzas de San Martín estaban de camino al Perú, pero, como explicó, «un maldito chileno se me pasó al enemigo y me trastornó todo el plan». [26] Estaba enfurecido. ¡Se había perdido otra oportunidad! Entre el abandono de Buenos Aires y la imprevisibilidad en Chile, su situación era dolorosa. ¿Cómo podía mantener la fe de sus partidarios? ¿Cómo podía explicarle otro año de facción al ejército y al pueblo de Cuyo, al que tanto había exigido?

Su acritud hacia el gobierno en Buenos Aires aumentó. Este parecía haberle abandonado a él y a su causa haciéndole esperar sin darle instrucciones ni recursos y mucho menos aliento. En realidad, le habían quitado los recursos que tenía para enviarlos a Buenos Aires y el Ejército del Norte, al tiempo que le dejaban a él la responsabilidad de hacerse cargo de los gastos de infraestructuras en Cuyo. Dos escuadras de su propio regimiento fueron obligadas a unirse al Ejército del Norte, de donde regresaron en noviembre de 1816 más muertos que vivos. San Martín atribuía este trato no sólo a la naturaleza de sus exigencias, sino a la enemistad de los políticos de Buenos Aires y al hecho de carecer de respaldo en e3 país:

> Se me ha abandonado y comprometido del modo más inaudito. Yo bien sabía que ínterin estuviese al frente de estas tropas no solamente no se haría expedición a Chile, sino que no seria auxiliado, así es que mis renuncias han sido repetidas no tanto por mi salud atrasada cuanto por las razones expuestas… San Martín será siempre un hombre sospechoso en su país y por esto mi resolución está tomada: yo no espero más que se cierre la cordillera para sepultarme en un rincón en que nadie sepa de mi

existencia; y sólo saldré de él para ponerme al frente de una partida de gauchos si los matuchos nos invaden. [27]

San Martín continuó ejerciendo presión para obtener recursos de un gobierno que no estaba convencido de la estrategia transandina. Rechazó una propuesta conciliadora de Buenos Aires para una mini expedición a Chile. El gobierno no se daba cuenta de la magnitud de la empresa ni del valor de Chile para la revolución. Cualquier esfuerzo parcial estaría condenado al fracaso: el plan «exige una fuerza imponente, que evitando la efusión de sangre, nos dé completa posesión en el espacio de tres o cuatro meses. De otro modo, el enemigo nos disputa el terreno palmo a palmo. Chile naturalmente es un castillo. La guerra puede hacerse interminable». [28]

En lugar del patético plan del gobierno, San Martín propuso otro: cruzar la cordillera en octubre y entre tanto continuar presionando con la guerra de zapa, para lo que necesitaría un subsidio de catorce mil pesos. Para llevar la guerra al enemigo al otro lado de los Andes necesitaba mil ochocientos hombres adicionales a los dos mil doscientos que ya tenía en Cuyo, así como tres mil fusiles, ochocientas espadas y cuatro cañones. Asimismo debía aprobarse un subsidio de sesenta mil pesos, pues resultaba inaceptable quitar fondos a un país empobrecido como Chile, que era lo que habían hecho los opresores enemigos. Además, San Martín solicitó también dos buques de guerra que operaran a lo largo de las costas chilenas con el fin de detener al enemigo en su escape y confiscar cualquier tesoro del que se hubieran apoderado. Él estaría listo para avanzar tan pronto como tuviera los recursos. Su contrapropuesta recibió la réplica acostumbrada; el gobierno coincidía con él en principio, pero no contaba con los recursos para respaldar el plan. Sin dejarse desaniman San Martín continuó preparándose para una guerra que sus superiores le negaban. Sus ingenieros inspeccionaron los caminos y pasos de la cordillera, y él construyó baterías defensivas en los pasos de Los Patos, Uspallata y Portillo, para que, como explicó, «no se diga que llevando la guerra a país extraño, desamparamos el nuestro». [29]

Luego intensificó la guerra de zapa para subvertir el esfuerzo de guerra del enemigo y mantener la moral en el frente interno. Estableció un cordón de seguridad para impedir la infiltración de

los espías realistas y su contraespionaje se hizo tan eficaz que fray Bernardo López, un agente de Marcó del Pont, el gobernador de Chile, apenas había puesto un pie en Cuyo antes de que se le capturara y se le condenara a muerte; sólo se salvó de la ejecución confesando y entregando el correo destinado a los españoles que traía en el forro de su sombrero. Normalmente San Martín era implacable al tratar con los espías enemigos, pues los españoles estaban desesperados por descubrir la fecha de iniciación, las fuerzas y la ruta de su proyecto. Organizó su propio servicio secreto con una red de agentes que informaban sobre los planes de los realistas en Chile, sus recursos, la cantidad y los movimientos de sus tropas. Era consciente de los costos y los riesgos del espionaje. Era vital tener dinero para mantener en nómina a los espías, de otro modo podían *pasarse* al enemigo. **[30]** Los exiliados chilenos que operaban en la frontera le informaban de la situación más reciente al otro lado de los Andes; y había agentes en Concepción, Talcahuano y Santiago, una quinta columna que le mantenía al tanto de las tendencias políticas, las opiniones militares y la moral del pueblo. La conclusión de estas fuentes era que aunque la aristocracia no era digna de crédito, resultaba necesario asimilarla debido a su influencia, mientras que los auténticos patriotas se encontraban en el pueblo común, así como entre los oficiales y los funcionarios. La opinión pública despreciaba a Marcó del Pont, al que consideraba un «maricón de cazoleta», una figura siniestra, que inspeccionaba las calles desde el interior de su carruaje, retirado de la vista pero siempre amenazante. **[31]**

En medio de la frustración y el fracaso, las esperanzas dieron paso a la indignación, pero su fe en el proyecto sobrevivió a todos los reveses y la expedición mantuvo su rumbo. Fue la fuerza de voluntad de San Martín la que mantuvo el esfuerzo bélico y elevó la moral de Cuyo durante los largos meses marcados por la inacción, los retrasos y la indecisión crónica del gobierno. Los refuerzos nunca fueron enviados, los fondos nunca se pagaron. San Martín, por supuesto, se sentía frustrado. Sus nervios se vieron afectados por la situación y desde finales de enero de 1816 sus problemas de salud reaparecieron. El 9 de marzo solicitó un permiso para trasladarse a las colinas de Córdoba durante dos meses. El gobierno se negó a concedérselo, pero con rapidez se difundió por Mendoza

el rumor de que había renunciado. El cabildo reaccionó con firmeza y reafirmó el pacto no escrito que había entre ellos:

> El nombre del Sr. San Martín ha contenido al enemigo de Chile dentro de sus límites. A su actividad, táctica y talentos se deben el Ejército que nos guarnece, las relaciones preparatorias de la opinión de Chile y ruina de sus opresores, y los recursos que no hubiera producido la provincia y que desaparecerán en el momento de verse sin el jefe que los ha creado y que comprometió su palabra a no desamparamos, mientras el pueblo no se negase a los sacrificios que ha prestado sin reserva. Este pacto es muy sagrado para que temamos que se defrauden nuestras esperanzas… Hoy más que nunca la persona del Sr. San Martín es insustituible. **[32]**

San Martín tranquilizó al cabildo asegurándole que no tenía intención de marcharse, pero que quería más confianza y presionar al congreso nacional en Tucumán para que le confirmaran su ascenso a general del ejército de Mendoza «de un modo terminante y obligatorio» en reconocimiento de los sacrificios que había hecho el pueblo para apoyar a las tropas y proveer los recursos para la expedición. **[33]**

El borde

El viacrucis de San Martín formaba parte de una crisis mayor en su país. Para 1816 las Provincias Unidas parecían estar al borde de la disolución. Mientras que él luchaba por concentrar una fuerza unida para cruzar los Andes, detrás suyo, en Argentina misma, Santa Fe, Córdoba, Salta, Santiago del Estero, estaban todas en conflicto contra ej gobierno central y decididas a seguir cada una su propio camino. San Martín no podía evitar preguntarse si el país era una nación de verdad o una mera colección de caudillos. Estaba siendo el peor año desde el comienzo de la revolución, y en su opinión el riesgo de una ruina total y absoluta era real: «ésta no la temo de los españoles, pero sí de las desavenencias domésticas, de nuestra falta de educación y juicio… Era moralmente imposible el que nosotros mismos nos constituyésemos; somos muy muchachos y nuestros estómagos no tienen suficiente calor para digerir el alimento que necesita». **[34]** Un ejército portugués estaba avanzando desde Brasil para ocupar la Banda Oriental, una perspectiva que San

Martín consideraba preferible a Artigas, a quien veía como una fuente de disensión federal en Argentina. En el Alto Perú se estaba reuniendo un ejército español para llevar la guerra a Tucumán. Para fortificar el país en medio de su agonía y tranquilizar a las provincias, el gobierno de Buenos Aires convocó un nuevo congreso, que debía reunirse en Tucumán, en el interior, donde los delegados se encontraron en marzo de 1816. Sin embargo, seguía sin existir una unidad nacional, y los unitarios, los federalistas y los monárquicos entonaron notas discordantes. La línea más firme la impusieron al congreso desde fuera San Martín y Belgrano, que querían una declaración de independencia como un preliminar indispensable para la renovación del esfuerzo bélico contra España: de otro modo, «los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos». [35] El 3 de mayo de 1816 los delegados eligieron a Juan Martín de Pueyrredón como «director supremo del Estado», y el 9 de julio declaró «la independencia de las Provincias Unidas de Sud América», «un golpe magistral», pensó San Martín, aunque sólo el futuro diría si el congreso pensaba la revolución suramericana en los mismos términos amplios que él lo hacía. El pasado, en ese sentido, no ofrecía garantías.

Pueyrredón informó puntualmente a San Martín de que acudiría en persona a comprobar la situación del ejército de Perú; esto era lo último que San Martín quería. No necesitaba ninguna lección de los políticos. Podía ver los problemas de ese ejército, los recelos de las guerrillas locales, en especial la de Güemes, y su necesidad de un nuevo jefe en sustitución de Rondeau. San Martín no tenía duda de que ése debía ser Belgrano, un oficial organizado, dotado de integridad y talento natural, no un Bonaparte, pero «créanme, lo mejor que tenemos en América del Sud». [36] Había peores cosas que esperar de Pueyrredón: el congreso quería reforzar el Ejército del Norte para confrontar a los realistas y se habló de una fuerza de seis mil hombres. San Martín, que no podía creérselo, argumentó enérgicamente en contra de semejante propuesta: era un despilfarro, sería inútil y tomaría mucho tiempo; además, los guerrilleros gauchos locales eran muy capaces de defender el frente septentrional. La política gubernamental estaba completamente equivocada. Se necesitaba dejar el Alto Perú para dar prioridad a

Chile. De lo contrario, «todo se lo llevará el diablo». Y a mediados de 1816, en una carta dirigida a Godoy Cruz, empezó a revelar la amplitud y detalle de su propia política:

> Al cabo, mi amigo, nosotros debemos penetramos de este axioma, si la guerra continúa dos años más, no tenemos dinero con qué hacerla en orden y faltando éste la ruina es segura; para evitarla pensemos no en pequeño como hasta aquí y sí con elevación y si así la perdemos será con honor… Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes con Chile: este país está enteramente conquistado a fines de abril del año entrante con 4.000 o 4.500 hombres: estas tropas en seguida deben embarcarse y en ocho días desembarcan en Arequipa: esta provincia pondrá para fines de agosto 2.600 hombres; si el resto se facilita, yo respondo a la nación del buen éxito de la empresa… En conclusión, ínterin el ejército que debe conquistar Chile obra, el de Perú se organiza para que tomando aquel reino ambos puedan obrar con decisión sobre Lima. **[37]**

El objetivo último era, por tanto, Lima. El despliegue rápido de la fuerza en Chile era sencillamente el preliminar indispensable para el ataque final contra Lima. Preveía que habría muy poco tiempo entre la conquista de Chile y el ataque desde Arequipa. Para mediados de 1816, la ausencia de una decisión estaba desesperando a San Martín, que seguía presionando al gobierno e instándolo a actuar. Necesitaba detener una nueva invasión del Alto Perú y activar la de Chile, poner fin al desperdicio de tiempo en proyectos inútiles y concentrar los esfuerzo en el plan vital. Para conseguir una conclusión, era crucial que pudiera llegar hasta el nuevo director, Pueyrredón, hacerle cambiar de opinión y obtener su aprobación. Con este objetivo, el amigo de San Martín, Tomás Guido, el secretario de Guerra, reunió toda la información que éste le había proporcionado, los hechos concretos y las cifras precisas, y los puso por escrito con claridad y elocuencia para hacérselos llegar a Pueyrredón.

Ésta fue la *Memoria* del 20 de mayo de 1816, que se envió al director supremo el día 31 de ese mismo mes. Guido llamó la atención sobre «tres puntos graves e indispensables» para el éxito de la operación: las fuerzas a su disposición, las fuerzas del enemigo y la forma más eficaz de destruirlas. El primer paso era poner fin a la ofensiva vana y ruinosa del ejército de Perú: el siguiente, frustrar de forma actúa el proyecto enemigo, pues de lo contrario no habría

tiempo para evitar el desastre; luego, concentrarse en el blanco principal. «La ocupación del Remo de Chile es el objeto principal que por varias razones debe proponerse el gobierno a todo trance y a expensas de todo sacrificio: primera, porque es el único flanco donde el enemigo se presenta más débil; segunda, porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar las provincias del Alto Perú, y tercera, porque la restauración de la libertad en aquel país consolidará la emancipación de la América bajo el sistema a que induzcan ulteriores acontecimientos». **[38]**

Pese a su contundencia, la *Memoria* de Guido no era el plan final de San Martín. Es presumible que Guido no lo hubiera recibido todavía, pues consideraba Chile y el Alto Perú como los destinos últimos de la operación. Sin embargo, el objetivo final, la pieza central del pensamiento de San Martín, era la conquista de Lima. Por tanto, a pesar del impacto que causó el texto de Guido en Pueyrredón, el director obtuvo una primera idea clara del proyecto de San Martín del mismo libertador, tal y como señaló en su carta a Godoy Cruz.

Pueyrredón, que todavía no había tomado una decisión, acordó entrevistarse con San Martín en Córdoba a mediados de julio, en su camino de regreso a Buenos Aires, «para arreglar con exactitud el plan de operaciones del ejército de su mando que sea más adaptable a nuestras circunstancias y a los conocimientos que V. S. me suministre». **[39]** Entonces recibió la *Memoria* de Guido, que al parecer logró por fin persuadirlo: «estando yo más que convencido de toda la importancia que ofrece dicha expedición a la seguridad y ventajas del Estado, la he resuelto decididamente», escribe en una carta para a continuación encargarle la adopción de todas las medidas necesarias para la realización de empresa. **[40]**

¿Equivalía esto a una decisión absoluta? San Martín estaba ahora ampliando su gran estrategia con las tácticas detalladas que emplearía la operación y buscó asegurarse de que Pueyrredón las entendiera. No era suficiente determinar la mejor ruta por la que sus fuerzas podían cruzar los Andes hasta Chile; esto dependería de la posición que adoptara el enemigo. Los patriotas tenían que atacar precisamente allí donde las fuerzas del enemigo estuvieran concentradas, destruirlas en la primera acción y tomar la capital, Santiago. Sería inútil intentar vencerlas de forma gradual, pues ello

los forzaría a ganar el territorio paso a paso y la guerra se prolongaría demasiado: «Nuestra fuerza reunida debe cargar al grueso del enemigo, hasta deshacerlo en la primera acción y tomar la capital, para huir el gravísimo inconveniente de demorar la guerra, y que unas campañas se sucedan a otras, disputándosenos el terreno palmo a palmo, mayormente en una clima lluvioso como ése, donde siete meses del año se debe reposar precisamente en cuarteles de invierno». [41]

Por fin, después de lo que había parecido una eternidad, San Martín y Pueyrredón se encontraron en Córdoba el 16 de julio y pasaron los dos días siguientes debatiendo el plan. San Martín vio la reunión como un encuentro de mentes y voluntades en la que se alcanzó una conclusión: «En dos días con sus noches hemos transado todo: ya no nos resta más que empezar a obrar, al efecto pasado mañana partimos cada uno para su destino con los mejores deseos de trabajar en la gran causa». [42] Ahora podía continuar adelante con los preparativos finales para su campaña, sabiendo con seguridad que nada podía detenerle. Nada con excepción de los aspectos críticos de la ofensiva, el primero de tos cuales era identificar el punto correcto de penetración en el que encontraría al enemigo concentrado formando un único blanco en las llanuras al otro lado de la cordillera; San Martín confiaba en poder derrotar al enemigo en combate, pero el segundo problema era más preocupante, a saber, el paso de la cordillera. «Amigo mío, lo que no me deja dormir es, no la oposición que puede oponer el enemigo, sino el atravesar estos inmensos montes». [43] De modo que hubo más instrucción, ejercicios, marchas, un programa para fomentar la disciplina y la capacidad de resistencia. Asimismo, San Martín quería el apoyo naval de entre cuatro y seis buques, que habrían de cubrir el frente del Pacífico y proteger la expedición hasta Lima. Pero Pueyrredón no podía o no quería proporcionarlo y, en una actitud muy argentina, sugirió que esperaba que Chile pusiera más de su parte.

El Ejército de los Andes

San Martín fue nombrado general en jefe del Ejército de los Andes el 1 de agosto de 1816, y para permitirle concentrarse en los

asuntos militares se le relevó de sus deberes administrativos con la asignación del cargo de gobernador intendente al coronel Toribio Luzuriaga. Más tarde el director y el congreso confirmaron el nombramiento de San Martín como capitán general con el título de excelencia, pero esto no fue suficiente para el cabildo de Mendoza, que ejerció presión para que se le otorgara el rango de general de brigada. San Martín estaba muy avergonzado por las excesivas atenciones del cabildo y se sintió obligado a desligarse de la iniciativa en una carta a la prensa, máxime cuando algunas personas estaban diciendo que todo era obra suya. «Protesto a nombre de la independencia de mi patria no admitir jamás mayor graduación que la que tengo, ni obtener empleo público, y el militar que poseo renunciado en el momento en que los americanos no tengan enemigos. No atribuya usted a virtud esta exposición, y sí al deseo que me asiste de gozar de tranquilidad el resto de mis días». [44]

Tratado como una celebridad por el cabildo, su éxito era motivo de celos y resentimiento entre un grupo de oficiales. Al reorganizar el ejército y sus comandantes preparándolos para la campaña por venir, estaba convencido de que el 11.º Regimiento necesitaba un nuevo coronel más capacitado que Juan Gregorio de Las Heras, quien quería el cargo pero no estaba a su altura. La decisión de San Martín pronto se filtró y Las Heras y otros afectados por los cambios conspiraron para deponer, e incluso atacar, a su comandante en jefe. San Martín se enteró de todo el asunto y la víspera de su partida hacia Córdoba confrontó al teniente coronel José María Rodríguez, el líder de los conspiradores, con las siguientes palabras: «Yo sé que V. trata de deponerme y nunca se le proporciona mejor ocasión que ahora que me voy». El hecho de que San Martín se hubiera enterado trastornó tanto a Rodríguez que se metió en cama y pasó el día siguiente escondido. [45] La conspiración se extendió a San Juan, donde Las Heras tenía compinches y el batallón parecía preparado para apoyarle y deponer al general a favor de Marcos Balcarce. San Martín no perdió la calma y a finales de septiembre ordenó el encarcelamiento de los cabecillas, aunque perdonó a Las Heras por carecer de pruebas suficientes.

El reclutamiento para el Ejército de los Andes era ahora una tarea crítica y urgente. San Martín necesitaba el refuerzo de

soldados veteranos, pues el veloz crecimiento del ejército se debía principalmente al ingreso de reclutas y voluntarios jóvenes. Había cuatro batallones de infantería, tres regimientos de caballería y un batallón de artillería. Los cálculos de las dimensiones del ejército varían; hay algún acuerdo entre la cifra oficial de 4.611 hombres (sin incluir los batallones chilenos) y el cálculo informal de que contaba con un total de cinco mil efectivos.[46] Se esperaba que este ejército hiciera frente en Chile a una fuerza realista compuesta por 7.613 soldados regulares y ochocientos milicianos. El Ejército de los Andes lo conformaban principalmente criollos y mestizos. La caballería se componía de mestizos y criollos pobres, y los oficiales eran en su mayoría miembros de la élite criolla. A esta fuerza se unieron varios voluntarios británicos: una compañía de caballería ligera; James Paroissien, el cirujano jefe del ejército: y posteriormente William Miller, que antes de convertirse en uno de los oficiales más distinguidos de San Martín había formado parte de la artillería británica y conocido el servicio activo en la península Ibérica y Norteamérica.

San Martín también quería reclutar esclavos.[47] Un buen número de ellos ya habían sido alistados en Buenos Aires y otras provincias de acuerdo con la ley dirigida a los esclavos de los españoles europeos. Sin embargo, se buscaba obtener una cantidad mucho mayor apelando a la totalidad de los propietarios de esclavos. Como era previsible, la campaña para obtener acceso a todos los esclavos mayores de veinte años, el llamado «golpe de los esclavos», se topó con la resistencia de propietarios reacios que dependían de la mano de obra esclava para mantener sus cultivos de frutas, viñedos y haciendas ganaderas a lo largo y ancho de Cuyo. Hacia mediados de 1816 San Martín llegó a la conclusión de que el reclutamiento de esclavos era esencial y presionó a los propietarios para que los liberaran para el servicio militar, y buscó el respaldo de Godoy Cruz, que consideraba extrema la medida. «No hay remedio, mi buen amigo, sólo nos puede salvar el poner todo esclavo sobre las armas; por otra parte, así como los americanos son lo mejor para la caballería así es una verdad que no son los más aptos para infantería, mire V. que yo he procurado conocer a nuestro soldado y sólo los negros son los verdaderamente útiles para esta última arma: en fin Vds. harán lo que les parezca mejor».

[48] El problema era que el reclutamiento propuesto afectaba no sólo a los esclavos que trabajaban en el servicio doméstico sino también en los campos, incluidos los pertenecientes a una comunidad religiosa de cuyas plantaciones San Martín quería obtener trescientos esclavos o más. La resistencia terminó siendo superada y el ejército pudo reclutar una cantidad considerable de esclavos en Cuyo. Pueyrredón intentó hacer lo mismo en Buenos Aires, pero se topó con un «clamor infernal» y tuvo que ceder. **[49]**

Para finales de 1816, cuando los prepararnos militares estuvieron completos, se había logrado construir un ejército de cerca de cinco mil hombres alrededor de las tropas regulares y auxiliares del Río de la Plata, una enorme cantidad de equipamiento y provisiones y miles de mulas. Los ex esclavos eran 1.554, con lo que constituían aproximadamente el 30 por 100 del total. **[50]** Había asimismo mujeres esclavas que acompañaban a los soldados en diferentes funciones. Una de ellas, María Demetria Escalada de Soler, era una esclava de San Martín.

Los ejércitos multirraciales no eran algo que gustara a todos. El general Belgrano había comentado a propósito de su ejercito argentino en el Alto Perú que «los negros y mulatos son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria… sólo me consuela saber que vienen oficiales blancos». San Martín, por su parte, estaba convencido de que «los mejores soldados de infantería que tenemos son negros y mulatos». **[51]** William Miller, que se convirtió en el segundo al mando en el 8.º Batallón o «negro» de Buenos Aires en el ejército de San Martín, escribió sobre éste:

> Los soldados del 8.º Batallón eran criollos negros, y habían sido en su mayoría esclavos domésticos, antes del inicio de la revolución, cuando al convertirse en soldados obtuvieron su libertad. Ellos se distinguieron a lo largo de toda la guerra por su valor, constancia y patriotismo… Muchos de ellos ascendieron para convertirse en buenos suboficiales. **[52]**

Había un precio que pagar por esta clase de libertad. La infantería negra de los ejércitos patriotas sufrió un alto número de bajas, y el alistamiento con frecuencia no conducía a la libertad sino a la muerte. Si la sociedad argentina del siglo XIX era predominantemente blanca, esto se debía en no menor medida al gran número de negros que perdieron su vida en la guerra de

independencia.

Aunque tenía en alta estima las cualidades de los soldados negros Para el combate, San Martín pensaba que no era aconsejable ni práctico Mezclar a blancos y negros en la misma unidad: «La diferencia de clases se ha consagrado a la educación y costumbres de casi todos los siglos y naciones; y sería quimera creer que por un trastorno inconcebible se allanase el amo a presentarse en una misma línea con sus esclavos». [53] Su costumbre era separar a blancos y negros en unidades diferentes. Sin sacrificar sus principios, un general tenía que ser pragmático en campaña.

Nada se escapaba al ojo estratégico de San Martín. El territorio indio era un frente vital y los indígenas meridionales unos aliados de un valor incalculable para el cruce de los Andes. En septiembre de 1816, San Martín visitó personalmente las tierras del sur para llegar a un acuerdo con los pehuenches para obtener su ayuda en el paso de sus tropas por el Planchón, frente a Curicó y Talca. Por adelantado envió abundantes bridas, espuelas y otros presentes, sin olvidar el vino y el aguardiente. Después de ocho días de festejos con los indios, firmó con ellos un pacto para que le proporcionaran reses al ejército e incluso para que se enfrentaran al enemigo. Un grupo grande de jefes indios vestidos con pieles y oliendo a caballo se sentaron en el suelo formando un círculo mientras él se dirigía a ellos sentado en una silla situada en el medio. A través de un intérprete, fray Julián, un religioso franciscano, San Martín explicó a los jefes que el ejército español estaba preparándose para invadir sus tierras desde Chile y matar y robar a sus mujeres e hijos. «Yo también soy indio», les dijo. Su intención, les informó, era cruzar los Andes con sus soldados y sus cañones (algunos de los cuales estaban realizando una exhibición en ese mismo momento) para acabar con los españoles que habían despojado a sus pueblos de sus tierras, pero necesitaba su permiso para atravesar su territorio. Ellos respondieron con «vivas» y aclamaciones, estimulados por el alcohol que habían estado bebiendo desde el desayuno, compitieron por abrazarle y juraron ayudarle y seguirle. Más tarde, al cambiarse el uniforme, bromearía diciendo: «¡Qué diablos! Estos piojos se comerán a mi amigo Marco del Pont que siempre está lleno de olores». [54] Uno de los caciques, Necuñán, traicionó el pacto y envío mensajeros al cuartel realista para revelar la ruta del ejército

patriota. San Martín pronto se enteró de lo ocurrido y, alertado o no, decidió realizar el cruce por Los Patos, un paso del norte, más difícil y largo, y así continuar engañando al enemigo. En cualquier caso, estaba satisfecho con el trato, según le informó a Guido: «Concluí con toda felicidad mi Gran Parlamento con los indios del Sur, no solamente me auxiliarán al Ejército con ganados, sino que están comprometidos a tomar una parte activa contra el enemigo». [55]

A finales de septiembre de 1816 San Martín trasladó su ejército al campo de El Plumerillo, cuatro kilómetros al noroeste de Mendoza, «un lugar infernal, donde antes de cavar una tercia de vara se encontraba el agua y el campo estaba siempre blanco de salitre… Sólo nuestra robustez y el ser todos jóvenes, unido esto al patriótico entusiasmo que nos animaba, nos pudo hacer resistir tantas molestias. El general no encontró otro campo mejor donde colocarse». [56] Este seria el campamento base de San Martín para la próxima campaña, el terreno de entrenamiento final para la prueba de resistencia que le esperaba a sus hombres. El ejército estaba tan en forma como siempre. «Su organización», escribió William Miller, «da cuenta del altísimo mérito del tacto, talento e industria de San Martín. La disciplina que logró crear demostraba que la experiencia que adquirió en la guerra de Independencia española le había dado sistema y eficacia a estas cualidades naturales que le hacían tan indicado para la tarea». [57] En lo que respecta a la disciplina, nunca cedía. En septiembre de 1816 todavía tuvo tiempo de poner en circulación una extensa orden sobre faltas y castigos militares en la que elaboraba una lista de cuarenta y un infracciones y delitos, entre ellos la blasfemia, la sedición, la deserción, fingirse enfermo, alborotar, violar y robar a las mujeres, todos los cuales tenían castigos drásticos con el fin de mantener el orden en las filas y dar ejemplo a ojos de la población civil. [58]

A medida que el momento se acercaba, San Martín hizo acopio de sus recursos definitivos. Recibió un convoy con materiales y suministros de guerra vitales procedente de Buenos Aires, que había tenido que aguantar el acoso de bandidos y guerrilleros a lo largo del camino. Con todo, el ejército seguía necesitando más materiales para hacer frente al trío que encontraría en el paso de los Andes, ropa más abrigada, uniformes, sillas y arreos. La falta de ropa y

equipo básicos, informó a Pueyrredón en Buenos Aires, minaba la moral de la tropa y él tenía que esforzarse por mantener a los soldados abrigados y en forma para el combate. [59] Las mujeres estaban cociendo y remendando uniformes sin parar. Necesitaba, calculaba, siete mil quinientas mulas, tres mil caballos, monturas para la infantería y víveres para veinte días. Pueyrredón, que pensaba que San Martín nunca estaría satisfecho, mantuvo un sentido del humor irónico en su comunicación con él. Al enviarle las ropas, cobijas y ponchos que había pedido, le dijo que en caso de necesitar más iba a tener que mendigarlos de casa en casa, al tiempo que le anunciaba que el charqui (cecina) que había solicitado iba también en camino:

> Van 400 recados. Van hoy por el correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado. Van los 200 sables de repuesto que me pidió. Van 200 tiendas de campaña o pabellones, y no hay más. Va el mundo. Va el demonio. Va la carne y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo; a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que V. me dé algo del charqui que le mando; y, ¡carajo, no me vuelva V. a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza! [60]

A mediados de diciembre San Martín envió a José Antonio Álvarez Condarco, su armero, a una arriesgada misión de espionaje. Viajó a Chile por el paso de Los Patos, la ruta del norte, que era la más larga, con el pretexto de entregar a Marcó del Pont una copia oficial del acta de independencia de las Provincias Unidas, dando por sentado que el comandante español lo expulsaría por la ruta más corta, que era la de Uspallata, más al sur. Ésta sería la oportunidad para un reconocimiento y mapeado final de las rutas. Los documentos que Álvarez llevaba consigo desconcertaron a Marcó, quien ordenó que el verdugo los quemara en la plaza principal de Santiago. Álvarez tuvo suerte y pudo escapar con vida, pues Marcó quería hacerle ejecutar; le salvaron ciertos funcionarios, liberales masónicos, que convencieron al español de que en lugar de condenarle a muerte le echara del país, lo que hizo firmando su pasaporte con un lenguaje que etiquetaba a San Martín como un traidor: «Yo firmo con mano blanca y no como la de su general que

es negra». [61]

Los problemas y las presiones aumentaron a medida que se acercaban los días finales. San Martín no temía el desafío militar que le aguardaba y no albergaba dudas sobre el resultado. Sin embargo, había cierto nerviosismo en su pensamiento político y le preocupaba el recibimiento que le esperaba en Chile. Básicamente no confiaba en los chilenos, «estos malvados», los llamaba, al menos en aquellos que no pertenecían al grupo de
O'Higgins.
Los Carrera eran una influencia perniciosa en el ejército y tenían seguidores entre los exiliados; incluso se sospechaba de su secretario José Ignacio Zenteno, en quien no podía confiarse en cuestiones relativas a Chile. [62] Por tanto, San Martín se sentía vulnerable desde un punto de vista político; por este motivo, pidió una y otra vez a su amigo Guido del ministerio de Defensa que dejara Buenos Aires y le acompañara en una empresa en la que su apoyo y pericia serían de gran ayuda. Sin embargo Pueyrredon no le autorizó a hacerlo, y San Martín tuvo que enfrentar el futuro y juzgar los asuntos chilenos por sus propios medios. Tenía que pelear una campaña y, al mismo tiempo, establecer relaciones políticas con personas que no conocía, crear otro ejército, iniciar las reformas de posguerra y, finalmente, lanzar el ataque definitivo contra los españoles con una expedición al Perú Era un desafío formidable en un territorio que le era desconocido. Y no podía retrasarse más: según pensaba, las decisiones cruciales tendría que tomarlas para finales de febrero de 1817. Ahora dependía de sí mismo. Su momento de la verdad había llegado.

Capítulo 5

AL OTRO LADO DE LOS ANDES

La marcha

Mendoza elevó los ánimos de San Martín y sus hombres, como elevaba los ánimos de todo aquel que viajaba allí, un oasis acogedor entre los picos y las pampas; una llanura fértil de viñedos y álamos en la que la cordillera podía verse en toda su plenitud en la distancia, el aire puro y el cielo azul deleitaban los sentidos y la gran cadena montañosa que se extendía de norte a sur se alzaba como un reto para los invasores. A comienzos de enero de 1817, el Ejército de los Andes empezó a avanzar hacia el oeste. Después de tres años de planificación y adiestramiento, San Martín no tenía intención de que su ejército dejara Mendoza de forma ordenada y silenciosa. Conocía la importancia del espectáculo y la liturgia, y eso era algo que le debía tanto al pueblo de Cuyo como a los soldados bajo su mando: marcar su partida con una demostración digna del combate que estaba por venir. En el benigno clima del verano, los soldados dejaron el campamento de El Plumerillo, los uniformes elegantes, los botones brillantes, las armas resplandecientes, para marchar a través de las calles de Mendoza en medio del retumbar de los tambores, la música de los pífanos y los gritos de la multitud. Su primera parada fue el monasterio de San Francisco, donde la estatua de Nuestra Señora del Carmen, la Virgen General, a quien San Martín había designado patrona del ejército, fue colocada a la vanguardia de la columna encabezada por San Martín. Desde allí siguieron hasta la iglesia para recoger la bandera blanca y celeste que yacía a los Pies del altar, obra de las mujeres mendocinas. El capellán del ejército celebro una misa y bendijo la bandera, que San Martín llevó hasta el porche de la iglesia para mostrarla a la multitud reunida en la plaza: «¡Soldados! Esta es la primera bandera que se ha levantado en América. Jurad sostenerla, muriendo en su defensa, como yo lo juro». «¡Lo juramos!», fue la respuesta de sus hombres. A la celebración religiosa le siguieron tres días de fiesta, bebida y baile.

Según todos los testimonios, el ejército estaba en buena forma, pero incluso así había un acuerdo general en que el paso de los Andes supondría un enorme desafío. «El ejército del general San Martín», informó el comodoro Bowles, «ha aumentado hasta tener casi cinco mil hombres y las personas que lo han visto me han dicho que está en muy buen estado en términos de disciplina y perfectamente equipado y organizado… Las dificultades del paso de la cordillera con un cuerpo de dimensiones tan grandes teniendo delante al enemigo se consideran por lo general el obstáculo más grande para el éxito de la empresa».[1] San Martín, sin embargo, también tenía un plan para ello. La orden de avanzar se dio de forma escalonada a partir del 9 de enero. Para empezar, se envió a cada flanco destacamentos pequeños y ligeros de forma cuidadosamente programada, a lo largo de un frente de ochocientos cinco kilómetros, con el fin de incitar al enemigo a dividir sus fuerzas para contener lo que, debían creer, era un ataque a gran escala. Un destacamento fue enviado al flanco septentrional para abrirse camino hasta Coquimbo a través del paso de Guana, otro grupo cruzó más al norte, a través de Come Caballos, hacia Copiapó. Otro destacamento atajó por el paso del Planchón hacia Talca para enlazar con la causa patriota en el sur. Después, entre el 18 y 19 de enero, a intervalos programados, las dos divisiones principales del ejército partieron para penetrar los Andes por los dos pasos centrales, Uspallata y Los Patos, una dirigida por Juan Gregorio de Las Heras, la otra comandada por otro soldado porteño, Miguel Estanislao de Soler. Detrás de él marchaba la división centro al mando de
O'Higgins
y la reserva a órdenes de San Martín.

Entre Mendoza y Santiago hay cuatro cadenas montañosas y dos de las cumbres más altas de los Andes, el Aconcagua y el Tupungato. La ruta entre ambas ciudades asciende desde la meseta de Uspallata a lo largo de un puente de roca natural, el llamado Puente del Inca, a través del cañón del río Mendoza hasta el inclemente Paso de la Cumbre, a tres mil ochocientos cincuenta metros de altura, para luego descender de forma pronunciada a las laderas de las montañas de Chile, hacia el gran cañón del río Aconcagua. Al norte del Aconcagua, una segunda ruta, el paso de

Los Patos, más larga pero igualmente difícil, también conduce al valle del Aconcagua. Los soldados, que marchaban en una sola fila formando una larga línea, tenían que cruzar por senderos estrechos a lo largo de las faldas de las montañas, agarrándose a las angostas laderas, entre la roca y el precipicio, y manteniéndose lo más cerca posible del interior, mientras que las mulas y sus jinetes tenían que hacerlo por el borde del acantilado, pues la carga de las bestias podía golpear el costado de la montaña y hacerles perder el equilibrio. Los hombres de San Martín tuvieron que superar un cerro después de otro en una serie interminable de ascensos y descensos, luchando contra las temperaturas extremas y los efectos agotadores de la altura, ya agarrotados por el frío, ya obligados a ir más despacio debido al soroche, mientras el viento soplaba en los valles lejanos que veían a sus pies. Las piezas de artillería pesada iban colgadas en palos extendidos entre mulas o eran arrastradas con cuerdas arriba y abajo de las laderas. Esta extraordinaria procesión tuvo sus testigos locales, el cóndor flotando casi inmóvil en las alturas y el ocasional guanaco que la miraba pasar a su lado; entre la tierra y el cielo, la belleza de la cumbre nevada del Aconcagua estaba siempre a la vista, en un contraste radical con la tristeza que la rodeaba. De las 9.251 mulas que salieron de Mendoza no más de cuatro mil trescientas consiguieron llegar hasta Chile, y de mil seiscientos caballos no sobrevivieron más de quinientos. El frío, el soroche y el puro agotamiento explican la mayoría de las pérdidas humanas durante el cruce, que, se calcula, fueron unas trescientas. [2]

La primera división, dirigida por Las Heras, partió de Mendoza el 18 de enero para realizar el cruce por la ruta más corta desde Uspallata hasta el valle del Aconcagua después de recorrer trescientos cuarenta kilómetros en diez días. La expedición encontró alguna oposición realista, y en una acción incluso su capellán, el dominico José Félix Aldao, se vio obligado a pelear con vigor. Tras matar a dos españoles en el enfrentamiento, el religioso «con sus ropas, su sable y sus manos teñidas de sangre, se presentó al coronel Las Fieras, el cual increpándole su conducta, le dijo: “Padre, ese no es su oficio; ese es el nuestro, el suyo es leer el Breviario”. El padre Aldao, que esperaba ser elogiado, se retiró furioso, jurando colgar los hábitos de un árbol, como lo verificó más tarde». [3] Aldao

terminaría haciendo carrera en los Granaderos a Caballo.

La división principal del ejército, formada por la vanguardia, dirigida por Soler, el centro, dirigido por
O'Higgins,
y la reserva, dirigida por San Martín, partió el 19 de enero. San Martín iba vestido con su uniforme azul de granadero; un bicornio forrado con hule y provisto de una correa de seguridad alrededor de la quijada para hacer frente al viento; botas negras con espuelas de bronce; y su sable curvo en el cinturón. Llevaba una capa para el frío de la montaña y una guerrera de piel de nutria, y cabalgaba una mula con estribo de madera para un apoyo más seguro. Durante el ascenso por la ladera de Valle Hermoso, estaba conversando con los guías acerca de las rutas para encontrarse con Las Heras, cuando una granizada feroz obligó a la división a detenerse. San Martín desmontó y pasó la noche en una trinchera soportando temperaturas por debajo de cero. En la mañana, mandó a su criado a sacar el aguardiente, encendió un cigarrillo y ordenó a la banda tocar el himno nacional argentino, a cuya música hicieron eco las montañas. El lugar preservó el nombre de «Trinchera de San Martín». [4] Como él comentó con perspicacia, habiendo las tropas experimentado los terribles obstáculos de llegar hasta la cima, a unos tres mil seiscientos cincuenta metros de altura, no había peligro de que fueran a querer echarse atrás, o como anotó Miller: «Cada paso que los patriotas daban convencía a los menos decididos con la reflexión de que los obstáculos ya superados eran de tal naturaleza que no había ningún rayo de esperanza de que la retirada fuera practicable, incluso en caso de resultar derrotados en el campo de batalla». [5]

El paso de Los Patos se encontraba a sesenta y siete kilómetros al norte de Uspallata y la marcha del ejército estaba planeada para tomar el puente del Aconcagua, abrir las comunicaciones con Las Heras y luego avanzar directamente hacia Chacabuco. Los españoles habían sido alertados del peligro que suponía el enlace de las dos divisiones, algo que podían prevenir dominando uno de los pasos e impidiendo así que el Ejército de los Andes ocupara la llanura. San Martín era consciente de la amenaza y envió una unidad de veinticinco Granaderos a Caballo, cuya épica carga del 4 de febrero, la primera de varias, puso en retirada al destacamento español de

cuyos pertrechos y equipos se apoderó. [6] Con la ocupación de la salida de este paso la campaña estaba salvada y los patriotas pudieron superar los núcleos de resistencias que encontraron en su camino a las planicies. El 10 de febrero, tras haber partido en tres divisiones dieciocho días antes y superado los pasos de Los Patos y Uspallata, los hombres de San Martín se reunieron en el lado chileno como estaba planeado, un auténtico milagro de sincronización. Tomaron posiciones sobre las montañas que dominan la colina de Chacabuco, que bloquea el extremo norte del valle central de Chile y era la clave para el avance sobre Santiago.

Los españoles, unos cuatro mil aproximadamente, estaban estacionados en sus cuarteles de la hacienda de Chacabuco, esperando la llegada de refuerzos procedentes de Santiago. Los patriotas acababan de soportar una marcha atroz a través de los Andes y la artillería y sus caballos de repuesto no habían llegado todavía. Sin embargo, San Martín tenía confianza en su entrenamiento y capacidad de resistencia y quería atacar antes de que las fuerzas españolas estuvieran preparadas. Este fue el momento crítico de la campaña, la prueba definitiva de su liderazgo. Sus acciones fueron claras y decisivas, y supo sopesar la condición del Ejército de los Andes, que aún estaba recuperándose de la marcha, y la situación de las mermadas fuerzas españolas, que carecían de una capacidad de respuesta completa. Con calma, explicó la decisión que había tomado en una reunión con sus principales oficiales y les entregó sus planes de batalla. La noche antes del enfrentamiento, salía de su tienda cuando se encontró con uno de sus oficiales, Manuel de Olazábal, de su escolta de Granaderos: «Y bien, ¿qué tal estamos para mañana?», le dijo al verlo. «Como siempre, señor perfectamente», le respondió éste. A lo que San Martín replicó: «¡Bien! Duro con los latones [sables] sobre la cabeza de los matuchos, que queden pataleando». [7]

Al alba del 12 de febrero San Martín ordenó avanzar y tos patriotas se acercaron a la cumbre. El cuerpo principal a órdenes de Soler realizó un movimiento oblicuo, una de las tácticas favoritas de San Martín, y tomó la ruta de la derecha, hacia Cuesta Nueva; sus hombres tuvieron que cruzar desfiladeros retorcidos con el fin de atacar a los realistas por el flanco izquierdo y la retaguardia. Viendo su retirada en peligro, el comandante español retrocedió hacia la

hacienda de Chacabuco, donde su unidad se unió al resto del ejército realista. En el centro, hacia la Cuesta Vieja, la columna dirigida por
O'Higgins
tenía instrucciones de amenazar el frente del enemigo sin involucrarse en un ataque directo, a la espera de la llegada de las fuerzas de Soler, momento en el cual montarían una ofensiva conjunta. Las fuerzas de Soler, sin embargo, se vieron retrasadas por el largo desvío y las dificultades del terreno, y el impaciente
O'Higgins,
desobedeciendo sus órdenes, lanzó a sus hombres solos contra los españoles al grito de: «¡Soldados! ¡Vivir con honor o morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas, a la carga!». La opinión de los argentinos fue crítica con
O'Higgins:
«Siempre se ha dicho que fue imprudente de parte del general
O'Higgins
avanzarse con tanta rapidez, sin contar o calcular el tiempo que debía emplear la División Soler… El general
O'Higgins
era un valiente general; su excesivo arrojo lo llevó a aquel extremo, que pudo ser funesto a las armas de la Patria, pero él ha contestado que nunca dudó de la victoria porque tenía plena confianza en sus tropas». [8] Este acto impulsivo individual puso en peligro toda la estrategia de San Martín, que siempre había planeado un ataque único y masivo contra las fuerzas españolas. Durante más una hora los patriotas sufrieron los efectos de la superior potencia de fuego del enemigo, y tuvieron que retirarse de forma desordenada, dejando en el campo, en palabras de San Martín, «un tendal de los pobres negros».

Cuando San Martín advirtió el peligro, levantó su brazo en dirección a la Cuesta Nueva (un gesto inmortalizado en una estatua ecuestre) para ordenar a Álvarez Condarco que se apresurara a llegar hasta Soler y le instara a atacar el flanco del enemigo, al tiempo que mandaba a Matías Zapiola dirigir sus tres escuadrones de granaderos y atacar desde el frente. Su propia intervención fue decisiva: «el general en jefe con dos escuadrones de granaderos a caballo cargó la derecha de los enemigos, la que puso en derrota»,

con ello animó a la infantería de
O'Higgins
a renovar su ataque con una carga de bayoneta feroz que consiguió superar a la infantería española.[9] De forma simultánea, la fuerza avanzada de la división de Soler «continuó su movimiento por la derecha que dirigió con acierto, combinación, y conocimiento a pesar de descolgarse por una cumbre la más áspera, e impracticable, el enemigo no llegó a advertirlo hasta verlo dominando su propia posición, y amagándolo en flanco».[10] Los realistas se sorprendieron al descubrirse presos en un movimiento de pinzas clásico, atrapados entre la infantería de
O'Higgins
y el cuerpo principal de la división de Soler, que le cortaba su retirada, y aunque resistieron con brío se vieron obligados a rendirse. Dos cargas de los Granaderos fueron determinantes, informó Manuel Pueyrredón, o como San Martín comentó con su brevedad típica, «la batalla de Chacabuco puede decirse es la obra de los escuadrones de granaderos a caballo».[11] Los españoles también combatieron con tesón, algo que demuestra el elevado número de bajas que sufrieron: seiscientos muertos y muchos cautivos, en comparación con las doce fallecidos y ciento veinte heridos del Ejército de los Andes. «Todo Chile es ya nuestro», exclamó San Martín: una de las exageraciones históricas de esta guerra.

CHACABUCO, LA VICTORIA DESPERDICIADA

A la sombra de la gran cordillera, Santiago era una masa de verde en el centro de una llanura pelada, con sus edificios e iglesias rodeados por olivos e higueras, mimosas y algarrobos; las casas, construcciones de una sola planta debido a los terremotos, estaban rodeadas por muros que las aislaban del mundo exterior y tenían un patio interno al que daban todas las habitaciones. Una vez que Marcó del Pont ordenó su evacuación, la ciudad quedó inmersa en el caos y expuesta a los saqueos. Para restaurar el orden, San Martín envió un escuadrón de Granaderos por delante del resto de las tropas, y el 14 de febrero él mismo condujo a los libertadores a la capital. Luego informaría de los hechos a su amigo inglés, el

comodoro Bowles:

> Al fin la expedición sobre este país ha tenido los resultados más felices: todo lo han perdido, y lo peor es que ni aun el honor han podido salvar: estas ventajas no debe V. atribuirlas a mis conocimientos, y si a las faltas que ha cometido el enemigo en sus movimientos, y que tuve proporción de aprovecharme con ventajas.
>
> El orden que con la fuga del enemigo y abandono de la capital se había alterado la noche del 12, se restableció la mañana del 13 con la presencia de la vanguardia del ejército en esta y la ejecución de algunos castigos que mandé hacer porque el pueblo bajo, se había entregado al pillaje; sin embargo, no hubo una sola muerte, lo que me temía mucho.
>
> El país está todo por nuestro, excepto Concepción, que sólo contaba con 500 hombres disgustados: á esta fecha ya estarán disueltos. **[12]**

Se trata de los comentarios de un guerrero feliz, dominado por la victoria. Los realistas que escaparon de la batalla, y otros que no habían participado en ella, se dirigieron al sur, donde pudieron atrincherarse y reforzarse gracias a la lentitud de los patriotas que les perseguían. Las Heras dirigió un contingente de un millar de efectivos hacia el sur, pero lardó cuarenta días en llegar hasta el enemigo, para encontrar que éste se había reorganizado. Distraído por la próxima etapa de su estrategia continental y por los problemas inmediatos que planteaba el gobierno de Chile, San Martín le quitó el ojo a los realistas, un descuido del que finalmente tendría que pagar el precio. Por el momento, sin embargo, estaba muy ocupado. La victoria lo había convertido en señor de Chile, pero él prefería que los mismos chilenos fueran los soberanos de su propio país. Había decidido que
O'Higgins
debía dirigir el gobierno de Chile después de la liberación, en parte porque era un líder nacional y liberal, dos piedras de toque políticas en opinión de San Martín, y en parte porque él mismo estaba concentrado a una misión americana y deseaba estar libre para la invasión de Perú, su gran objetivo. El general convocó una asamblea de notables, que luego trató de otorgarle plenos poderes, pero él se negó a aceptarlos y convocó una nueva asamblea que el 16 de febrero nombró a
O'Higgins
director supremo, como San Martín había acordado antes de la

campaña. Para sí mismo sólo se reservó el mando militar como general en jefe del ejército unido de argentinos y chilenos.

El nombramiento de O'Higgins no fue del gusto de todos. Algunos pensaban que era un déspota, otros que era demasiado tolerante. Y a Soler, el oficial argentino, que todavía estaba indignado por la impetuosidad del chileno en Chacabuco, fue necesario enviarle lejos de Santiago debido a sus resentimientos. No obstante, San Martín, que conocía desde hacía mucho tiempo el buen historial político de
O'Higgins,
justificó la confianza que depositaba en él.
O'Higgins
era alguien con el que le resultaba fácil trabajar y su pensamiento político coincidía con la predilección que sentía por un conservadurismo templado con valores liberales. Desde 1817, su régimen fue una especie de despotismo ilustrado, pero sus políticas sociales lo hicieron vulnerable y carecía de suficiente influencia, o crueldad, para sobrevivir a la hostilidad de la élite chilena. En 1823 sería obligado a abdicar y terminaría pasando el resto de su vida en Perú. «Al recordar la bondad de su corazón», escribió William Miller, «es posible olvidar sus errores de juicio».[13] Para San Martín, además, siempre habría un factor decisivo a favor de
O'Higgins:
su compromiso con la estrategia continental.

Entre tanto, se celebró en Santiago un baile de la victoria, donde fluyó el vino, se danzó hasta bien entrada la noche y el azul celeste y el blanco de la bandera argentina fueron los colores preferidos por las damas. San Martín se levantó para hacer un brindis patriótico, después del cual rompió su copa para señalar que no volvería a ser empleada para brindar por ninguna otra causa; todos los asistentes siguieron su ejemplo y pronto el suelo estuvo cubierto de vidrios. A continuación, San Martín se unió al canto del himno nacional argentino, que los asistentes entonaron mientras dos trompetistas negros tocaban la música.

El espíritu de victoria y celebración continuo en la capital chilena durante muchos meses. Cuando el viajero inglés Samuel Haigh llegó a la ciudad en octubre de 1817, se le invitó a la grandiosa recepción y baile que San Martín ofreció en el

ayuntamiento en honor del comodoro Bowles, cuya fragata *Amphion* estaba entonces anclada en la bahía de Valparaíso. Haigh conoció entonces a San Martín, «este Aníbal de los Andes»;

> Es alto y bien formado, y toda su apariencia es sumamente militar: su semblante es muy expresivo; su tez tiene un color aceitunado oscuro; su cabello es negro, y lleva grandes patillas sin bigote; sus ojos grandes y negros, y poseen un fuego y viveza extraordinarios en cualquier circunstancia. Es muy caballeresco en su porte, y cuando le vi conversaba con la mayor soltura y afabilidad con quienes le rodeaban; me recibió con gran cordialidad, pues es muy partidario de la nación inglesa. La reunión fue espléndida, habían asistido todos los habitantes de primera categoría de Santiago, así como por todos los oficiales militares de rango superior; en el complicado vals participaron cientos de asistentes y la satisfacción general era visible en cada rostro… Durante la cena, que fue servida de forma espléndida y suntuosa, los oficiales militares y funcionarios civiles más destacados intercambiaron muchos brindis patrióticos y elogiosos con nuestro propio comandante naval. **[14]**

Entre tanto, mientras los vencedores se regocijaban, los vencidos escapaban al sur o eran hechos prisioneros. Cuando el capitán general Marcó del Pont fue conducido ante San Martín, el libertador recordó con ironía el insulto que antes le había dedicado el realista y le saludó diciendo: «A ver esa blanca mano, señor don Francisco Marcó». **[15]** Luego el libertador revelaría a su amigo el comodoro Bowles sus pensamientos sobre Marcó, a quien se comprometió a tratar correctamente: su conducta era despreciable, su lenguaje, repugnante, e incluso había llegado a prometerse colgar a su captor en caso de que llegara a capturarle algún día. **[16]**

Entre la reorganización del ejército y la vigilancia de la política chilena, San Martín tuvo poco tiempo para descansar en los días posteriores a la batalla de Chacabuco, pese a lo cual no había pasado un mes completo cuando, de forma repentina, informó a John
O'Brien,
su ayudante irlandés, de que debía prepararse para viajar con él a Buenos Aires, para donde partieron el 11 de marzo. San Martín se negó a recibir un regalo de diez mil pesos del cabildo de Santiago para su viaje y destinó el dinero a la biblioteca pública de la ciudad. Con todo, no pudo evitar todas las expresiones de gratitud. Después

de detenerse en Uspallata debido a que le dolía el pecho, hizo escala en Mendoza, donde fue objeto de celebraciones extravagantes. Llegó a Buenos Aires el 30 de marzo y aunque su primer objetivo era obtener recursos para la siguiente fase de su estrategia, se vio envuelto sin proponérselo en la política regional, el problema de la Banda Oriental y las hostilidades de los hermanos Carrera. Estas cuestiones tenían escaso interés para él en ese momento, excepto en la medida en que lastraban sus diligencias para obtener recursos, y él mismo buscó distanciarse del gobierno de Buenos Aires. Su posición en Chile le daba alguna independencia, y le impacientaba lo que, desde su punto de vista, era la obsesión del gobierno argentino por la política regional y el conflicto con Brasil por Uruguay. Las negociaciones con Gran Bretaña eran más importantes.

El comodoro Bowles se encontraba en Río de Janeiro, pero San Martín buscó al cónsul británico Robert Staples para transmitir sus ideas y necesidades a Londres. Le gustaría tomar en consideración, explicó, las opiniones del gobierno británico sobe sus operaciones futuras en Chile y Perú. Necesitaba buques de guerra y oficiales; y abogó por la presencia de la marina británica en la costa del Pacífico para proteger el comercio de la agresión de España. Entendía que no podía esperar ninguna ayuda directa de Gran Bretaña, ayuda de la que no requería, pero confiaba en la neutralidad de Londres y esperaba que su influencia impidiera la intervención de las potencias reaccionarias de Europa. Implícitamente, San Martín ofreció a Gran Bretaña una relación especial con los países liberados, y manifestó que, salvo en lo referente a los Borbones, prefería la monarquía al republicanismo. **[17]** Fue una decepción no haber podido entrevistarse con Bowles, «el principal objetivo» de su viaje, pero le dejó una carta y le remitió a Staples para obtener los detalles que hubiera deseado confiarle personalmente.

Bowles ya había aclarado al almirantazgo que tenían en muy alta estima a «este distinguidísimo oficial, cuyas opiniones están, creo firmemente, desprovistas por completo de toda ambición personal y buscan únicamente la pacificación y felicidad de su país». Ahora, habiendo hablado con Staples, informó de la postura más reciente del general: era claro que San Martín creía tener

dominio completo en Chile y que era tan independiente del gobierno de Buenos Aires como para poder adoptar sus propias medidas en cualquier cuestión de importancia sin tener que consultarle. En el futuro Chile debía ser tratado como un Estado independiente sobre el que Buenos Aires no tenía ninguna autoridad. San Martín buscaba, tanto en nombre suyo como de O'Higgins, una indicación de los deseos y opiniones del gobierno británico, y había manifestado su disposición a atenderlos. «No solicita ayuda de ninguna clase, ya sea pecuniaria o de otro tipo». Sus argumentos eran en todo sentido favorables al establecimiento de un gobierno monárquico, que era el único que creía apropiado para los nuevos Estados, pero descartaba cualquier posibilidad de un arreglo con los Borbones. [18] San Martín, además, le había recomendado efusivamente a su amigo y antiguo armero José Antonio Álvarez Condarco, quien viajaría a Inglaterra para comprar equipos, libros para la biblioteca pública «y algunas otras cosas de las que requiere el Estado de Chile». Esas otras cosas equivalían, de hecho, a la compra de una armada.

Los comentarios de Bowles a propósito de la independencia de San Martín respecto de Buenos Aires fueron proféticos. Por el momento, sin embargo, el general no tenía problemas con Pueyrredón, que estaba de acuerdo en que Chile debía formar una escuadra naval y en abril de 1817 nombró a Tomás Guido «diputado de este gobierno» ante el gobierno chileno con instrucciones de establecer buenas relaciones basadas en los intereses mutuos de ambos países. [19] De hecho, Guido fue más un agente personal de San Martín que un representante del gobierno argentino. Ambos partieron hacia Chile el 20 de abril, y se cruzaron con Álvarez Condarco en Mendoza, cuando éste iba de camino a Buenos Aires e Inglaterra. Llegaron a Santiago el 11 de mayo y desde ese momento San Martín ocupó el palacio episcopal en la Plaza de Armas, que los chilenos habían preparado suntuosamente como su residencia oficial. Esto era algo que no podía rechazar, como tampoco pudo rechazar los seis mil pesos anuales que se le asignaron como general del ejército chileno.

MAIPU, LA VICTORIA RECUPERADA

En las guerras de independencia la fama era precaria, y el héroe de un día podía ser el villano del día siguiente. Los meses que siguieron a su regreso de Buenos Aires no fueron buenos para San Martín. Su aliado chileno,
O'Higgins,
estaba en el sur, retando a la presencia española. En su ausencia, la hostilidad de los chilenos hacia sus libertadores argentinos y su posterior ascenso aumentó, y desde Argentina los hermanos Carrera y sus amigos tiraban los hilos del resentimiento y cultivaban aliados en el país. Se descubrió una conspiración encaminada específicamente a derrocar a
O'Higgins
y llevar a juicio a San Martín, pero aunque se logró detenerla, San Martín sintió la impopularidad y las presiones que siempre había temido y ello afectó su salud. Su principal oficial médico informó a Guido de la situación: «Preveo muy próximo el término de la vida apreciable de nuestro general, si no se le distrae de las atenciones que diariamente lo agitan; a lo menos por el tiempo necesario de reparar la salud, atacada ya en el sistema nervioso». La enfermedad estaba atacando sus puntos más débiles: el pecho y el estómago; San Martín vomitaba sangre y padecía de un insomnio crónico. Guido informó a Pueyrredón del sórdido estado de la administración chilena y el poco apoyo con que San Martín contaba entre la élite del país, todavía afectada por la mentalidad colonial; la actitud de los chilenos «redobla los trabajos del general y aniquiladas casi las fuerzas corporales por ataques violentos se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable». Era necesario relevar al general de las tareas administrativas y políticas, y permitirle tomar un descanso en el campo. **[20]**

El mismo San Martín culpó menos a su trabajo que a las intrigas y hostilidad de los chilenos. Sus malos presentimientos estaban haciéndose realidad, y se veía a sí mismo luchando con tres tipos de chilenos: «se sigue lidiando con díscolos, apáticos y sarracenos». **[21]** Para muchos chilenos el hecho de deber su liberación a un extranjero era un asunto espinoso, máxime cuando ese extranjero, cualquiera que fuera su cargo, se comportaba como si gobernara el país. Además, algunos de ellos creían que ahora estaba usando su patria para fines personales, a saber, como base de suministros y

trampolín para la invasión de Perú, algo que no necesariamente interesaba a Chile. El, por su parte, creía que al pensar así los chilenos estaban cometiendo un gravísimo error: la independencia de cualquiera de los países del Pacífico suramericano estaría en peligro mientras no se consiguiera acabar con el poderío marítimo y militar español en la costa. En una carta dirigida a su amigo Godoy Cruz, San Martín le confiaba: «Mi salud sigue en un estado bien miserable. Conozco que el remedio es la tranquilidad por cuatro o seis meses pero una extraordinaria situación me hace ser víctima desgraciada de las circunstancias… usted no puede calcular la violencia que me hago en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna de él; los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene V. un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían la vida». **[22]**

Por desgracia, no había cura instantánea para su salud; por esa época, contrajo una enfermedad de la garganta y sufría de reumatismo, aunque otros hablan en cambio de gota, y como si esto no fuera suficiente tuvo que padecer periódicamente los dolores que le producían las hemorroides. **[23]** Sus amigos se unieron para respaldarle y finalmente pudo marcharse a las fuentes termales de Cauquenes y tratarse en el río Tunuyán, lo que pareció aliviarle. Sin embargo, era la «plaga de díscolos» lo que más le perturbaba: «V. sabe que estos diablos hubieran arruinado la causa si felizmente o por mejor decir la suerte de América no tuviese hombres al frente de sus negocios cuya buena comportación la libertase de las garras de estos malvados: esta es una de las razones que he tenido y V. sabe para exigir con tanto empeño una forma de gobierno pronto, seguro y bajo bases permanentes de modo que contenga las pasiones violentas y no pueda haber las vacilaciones que son tan comunes en tiempos de revolución». **[24]**

Desde el otro lado de los Andes siempre había temido este enfrentamiento, no la batalla sino la política subsiguiente. La conmoción que le produjo pasar de la popularidad y el respeto de los que gozaba en Mendoza al resentimiento y las críticas de que era objeto en Chile minó su resistencia a la confusión política. La formación de un nuevo gobierno el 7 de septiembre de 1817 trajo

consigo un alivio temporal. Pero parte del problema, los hermanos Carrera, seguía ahí afuera, conspirando desde Argentina para actuar en Chile. Y la insistencia de
O'Higgins
en que su muerte era la solución básica difícilmente resultaba tranquilizadora. A su debido tiempo, Juan José y Luis Carrera encontrarían su merecido castigo a manos de la justicia argentina y serían ejecutados en Mendoza el 8 de abril de 1818 acusados de conspiración. San Martín se distanció de forma deliberada del caso, y cuando José Miguel Carrera emprendió una violenta denuncia del «asesinato» de sus hermanos, un hecho del que responsabilizaba a San Martín,
O'Higgins
y Pueyrredón, el general negó públicamente cualquier participación en su ejecución y divulgó documentos que demostraban que así había sido.

En estos años San Martín no tuvo prácticamente vida familiar. Al comienzo de la campaña de Chile había enviado a su esposa y su hija a Buenos Aires; pero después de la batalla de Maipú y su viaje a Buenos Aires las llevaría de vuelta a Mendoza, donde Remedios sufriría un aborto espontáneo en octubre de 1818. Luego, en previsión de la campaña de Perú, Remedios regresaría a Buenos Aires el 25 de marzo de 1819. «El día de la marcha de esta respetable señora, el General convidó a su mesa a los Jefes del ejército que se encontraban en Mendoza, acompañándola hasta subir al carruaje que esperaba en la puerta. Despidióse de ella y de su tierna hija Merceditas, con las manifestaciones de un amoroso esposo y padre». [25] La despedida fue cariñosa; San Martín estaba preocupado por la salud de su esposa y la seguridad del viaje hasta Buenos Aires, una ruta frecuentada por los bandidos y los guerrilleros, por lo que pidió a Belgrano que le proporcionara seguridad durante el recorrido. [26] Habían estado juntos en Mendoza en los años
1815-1816,
una época feliz en la que nació su hija Mercedes, y luego, brevemente, en
1818-1819.
Las prolongadas separaciones a las que se vio obligada la

distinguida pareja no pasaron desapercibidas para los chismosos de la época. No existe ninguna prueba de infidelidad, y los rumores sobre Jesusa, la atractiva criada mulata que había acompañado a Remedios hasta Mendoza, no tenían otra base que la sed de procacidades y escándalos.[27] Los rumores sostenían que el general había tenido con la muchacha un hijo extraordinariamente parecido a él y le siguieron hasta Lima, donde las calumnias continuaron. En lo concerniente a Remedios, sabemos que vivió sus últimos años en Buenos Aires, lejos de su marido y retirada de las reuniones sociales tanto por la ausencia de San Martín como por la muerte de su padre, una mujer joven, de salud frágil y paciente con la causa de la independencia.

Pensara lo que pensara de los chilenos, la cuestión es que San Martín los necesitaba. Argentina y su general más famoso estaban tomando caminos separados, de hecho si no de principio. Mientras que San Martín continuaba su gesta continental, Buenos Aires volvía al localismo, lo que le forzó a buscar la colaboración de Chile para que contribuyera a financiar la siguiente fase de la guerra y aportara las naves necesarias para la invasión de Perú y los subsidios que requerían las fuerzas armadas. Creía que tenía derecho a todo ello en pago por la liberación del país. Sus alianzas políticas cambiaron entonces: estrechó sus lazos con
O'Higgins
y sus relaciones con Pueyrredón se hicieron más distantes. En sus conversaciones con Staples había dejado en claro que Buenos Aires no tenía ninguna autoridad sobre Chile.[28] Pueyrredón se negaba a subsidiar una fuerza naval en el Pacífico y esperaba que fuera Chile el que la pagara; de hecho, delegó en el país vecino la responsabilidad de la guerra en el Pacífico, mientras que Buenos Aires se concentraba en la Banda Oriental.

Una armada era esencial para la invasión de Perú, y por este motivo San Martín se vio obligado a depender de Chile. «Dominado el Pacífico», le escribió a Belgrano, «hacer salir la expedición de seis mil hombres y desembarcar en Lima. Mi objeto es atacar el foco de sus recursos y si la capital cae, el resto tendrá igual suerte, yo espero que en todo marzo venidero estaremos prontos, repito que espero el parecer de V.».[29] Pese a ser un gran estratega, San Martín podía cometer errores de detalle; perfecto cuando se trataba

del cuadro completo, no era infalible en todo su diseño. Su carta a Belgrano es reveladora por dos motivos. En 1821 San Martín chocaría con el almirante Cochrane al negarse a atacar de inmediato Lima y preferir una ruta más cauta. Y en relación al marco general de la campaña, se le ha criticado por haber dado por sentado que el corazón del poder español estaba en Lima más que en la sierra, aunque podemos suponer que no era tan ignorante de Perú como para cometer este error. Belgrano todavía era un partidario fiel e instó a San Martín a no dejarse abatir por las fuerzas de la inercia, pues el país reconocía lo que había hecho y su reputación era elevada. Estaba de acuerdo con su plan (atacar Lima directamente, pues una vez la capital hubiera sido sometida el trabajo habría terminado), pero creía, y lo señaló, que San Martín iba a necesitar dos mil soldados adicionales a los seis mil que mencionaba. Entre tanto, el general debía cuidar de su salud para poder llevar el proyecto a su conclusión definitiva: «Ya V. no es de sí mismo, es de la gran causa que, no hay remedio, es a V. a quien toca ponerle fin». **[30]**

Antes, sin embargo, tenía que terminar la guerra en Chile. Los realistas todavía tenían tropas y aliados en el sur y, además, estaban recibiendo refuerzos procedentes de Perú. El general realista Manuel Osorio, que contaba con la armada de la que San Martín carecía, consiguió desembarcar sus fuerzas en Talcahuano, al sur del país, menos de un año después de la victoria supuestamente decisiva de Chacabuco. Estas fuerzas no eran demasiado impresionantes; de acuerdo con el comodoro Bowles, que las había visto reunirse en el Callao, eran rebeldes y habían sido completadas con «prisioneros, negros y reclutas de la peor condición… Un espíritu muy malo impregna todo el cuerpo: los europeos están insatisfechos y son desafectos… y muchos de los oficiales en todos los regimientos son americanos, cuyo comportamiento y expresiones no dejan duda alguna de que su intención es unirse a sus compatriotas cuando la oportunidad se presente». **[31]** La campaña de Chile, resultaba evidente, no era esa oportunidad. En efecto, el *Plan continental* había empezado a dar marcha atrás y necesitaba un nuevo comienzo. Había que volver a ganar Chile. San Martín tenía que desvincularse todavía más de Buenos Aires y hacer sus propios juicios y tomar sus decisiones de forma independiente.

La víspera del cruce de los Andes, San Martín había recibido instrucciones del gobierno de las Provincias Unidas: en términos típicamente imprecisos, esas instrucciones hablaban de «una forma de Gobierno General que de toda América, unida en identidad de causa, intereses y objeto, constituya una sola Nación» y le pedían buscar la unidad de los dos países ya fuera como una única nación o a través de una alianza federal.[32] Una idea tan estrafalaria, procedente de un gobierno que ni siquiera era capaz de mantener la unidad de sus propias provincias, tuvo poco impacto en Chile y escasa influencia sobre San Martín, quien al mismo tiempo que mencionaba una «alianza constitucional» de los Estados suramericanos, aclaraba a sus amigos británicos que Argentina no tenía ninguna autoridad política en Chile. Un desaire adicional para Buenos Aires fue la declaración de independencia chilena del 12 de febrero de 1818, el aniversario de la batalla de Chacabuco, independencia no sólo de España sino también de Argentina, una afirmación de la identidad chilena sobre la cual el país vecino no fue consultado sino que se le presento como un hecho consumado.

Se había permitido que las fuerzas realistas se atrincheraran en el sur en Talcahuano y durante seis meses resistieron con éxito el asedio de los patriotas. Al enterarse de la llegada de la expedición española comandada por Osorio, el yerno del virrey Pezuela,
O'Higgins
se vio obligado a levantar el asedio en enero de 1818 y realizar una retirada estratégica al norte llevándose consigo hombres, provisiones y ganado, con lo que dejó el espacio libre para que los españoles lo ocuparan. Una vez que Osorio hubo desembarcado, contó con una fuerza de cuatro mil seiscientos hombres que usó de forma eficaz para sorprender y dispersar al ejército conjunto de ocho mil hombres y cuarenta y tres piezas de artillería que San Martín y
O'Higgins
había reunido en febrero de 1818 en Cancha Rayada, a medio camino entre Concepción y Santiago. El enfrentamiento fue un clásico ejemplo del error de subestimar al enemigo. San Martín tomó la decisión de realizar una retirada táctica pero se demoró en llevarla a cabo y ello permitió a los españoles atacar con rapidez. Después cometió el error de optar por una carga de caballería en

terreno inadecuado y con escasa coordinación; luego autorizó una segunda carga que no tuvo mayor éxito que la primera. El 19 de marzo de 1818 las fuerzas de
O'Higgins
fueron derrotadas y él mismo resultó herido. Por suerte para los patriotas, las tropas al mando de Las Heras, tres mil quinientos hombres en total, consiguieron retirarse de forma ordenada y lograron salir en condiciones, preparadas para el siguiente asalto. Las pérdidas de Cancha Rayada no fueron tan grandes ni el desorden tan perjudicial como los pesimistas afirmaron, pero la moral había sido socavada y fue necesario reavivarla.

En Santiago cundió el pánico, los rumores de que el desastre había sido total y los españoles se disponían a vengarse se propagaron y las familias acaudaladas emprendieron un dramático éxodo hacia Mendoza. San Martín actuó con presteza. Entró en la capital el 25 de marzo y ejerció toda su autoridad personal para restaurar el orden, la fe y la moral. El enemigo también había sufrido bajas y no estaba en condiciones de conquistar Santiago. Belgrano aconsejó a su amigo con una nota de realismo; no había que preocuparse en exceso, tales cosas pasaban y no debía prestar atención se hablara bien o mal de él: «Anímelo V., aliéntelo y dígale que a pesar de todo no hay un hombre de armas que no lo vea con aprecio y que no se haga cargo que no ha estado en sus manos el resultado de sus disposiciones». **[33]**

Y así fue, San Martín se levantó y regresó a la lucha, decidido a guiar a su ejército a una jornada mejor. Y demostró ser más determinante que sus colegas. En la discusión previa con los jefes del ejército había algunos que preferían no oponer resistencia en frente de la capital sino reubicarse. San Martín, que era partidario de pelear en la llanura de Maipú, puso fin a la discusión preguntando a su fraile capitán, Luis Beltrán: «¿Cómo estamos de municiones?». «Hasta los techos, general, hasta los techos», respondió éste levantando sus manos muy alto. San Martín sabía que esto no era cierto, pero declaró: «Entonces, defenderemos la capital». Estaba preparado para enfrentarse al ejército realista en su lento avance desde el sur, cruzó el río Maipo y con los tambores retumbando y las banderas ondeando avanzó hacia el camino de Valparaíso. San Martín estaba observando con

O’Brien,
su hombre de confianza: «¡Qué brutos son estos godos! Osorio es más torpe de lo que yo pensaba. El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!». [34] Ese domingo 5 de abril, al alzarse sobre los Andes, el sol anunciaba un día tranquilo en un cielo sin nubes y pronto los cañones pudieron oírse en la capital.

«Esta batalla va a decidir de la suerte de toda la América», fueron las últimas palabras que San Martín dirigió a sus tropas ese día, mientras de forma enérgica obligaba al enemigo a entrar en acción. Utilizando su táctica favorita de ataque oblicuo, mandó a su derecha a atacar el flanco izquierdo de los españoles, con sus reservas hostigando la retaguardia. En una serie de cargas brillantes, los Granaderos a Caballo aplastaron a los españoles por la izquierda, pero su derecha ofreció una resistencia más tenaz. El Regimiento Burgos infligió un gran número de bajas a la izquierda patriota, que estaba compuesta principalmente por la infantería negra, y exigió una respuesta enérgica de parte de San Martín para recuperar la iniciativa. Una combinación de fuego de artillería y la decisión de San Martín de ordenar a su reserva cargar consiguieron la victoria, como él mismo recordaría más tarde: «Su buen éxito es debido a la reserva, compuesta de los batallones 7 y 3 al mando del coronel mayor Quintana, a quien el general en jefe mandó cargase la derecha del enemigo que avanzaba victoriosa sobre nuestra izquierda la que se encontraba y desordenada. Este ataque verificado con vigor fue decisivo facilitando esta victoria poder llevar la guerra al Perú». [35] Los españoles estaban rodeados, tomados por la derecha, la izquierda y la retaguardia, y su infantería, que con valentía resistió hasta el final, fue masacrada. «Nada podía superar la furia salvaje de los soldados negros del ejército patriota», escribió Samuel Haigh, que estuvo presente en la batalla. «Habían soportado lo peor del combate contra el mejor regimiento español y habían perdido la parte principal de sus fuerzas; y se deleitaban con la idea de matar a sus prisioneros. Yo mismo vi a un negro viejo llorando de auténtica rabia cuando advirtió que se protegía a los oficiales de su furia». [36] Dos mil realistas murieron en el campo de batalla y otros tantos fueron hechos prisioneros, mientras que los patriotas tuvieron un millar de bajas entre muertos y heridos. «Todo cuanto componía el ejército

real es muerto, prisionero o está en nuestro poder», informó San Martín, que estaba impresionado sobre todo por la valentía y determinación de la que habían hecho gala sus fuerzas, por, en sus palabras, las «acciones brillantes y distinguidas de este día, tantos de cuerpos enteros, como de jefes e individuos en particular». [37] La guerra en Chile estaba ganada y la independencia del país, asegurada. Con su brevedad usual, el vencedor resumió los hechos para Paroissien: «La Patria es libre». El mismo Paroissien había tenido que librar una buena batalla, trabajando duro en su hospital improvisado; San Martín reconoció sus servicios en sus comunicaciones oficiales y se le ascendió a coronel, se le concedió la Medalla de Maipú y se le otorgó una hacienda cerca de Mendoza. [38]

O'Higgins,
con su brazo derecho en un cabestrillo, cabalgó hasta San Martín y le aclamó: «¡Gloria al Salvador de Chile!», una escena perfecta para un pintor de temas bélicos. San Martín encomendó el mando del ejército unido a Balcarce mientras él se preparaba para partir hacia Buenos Aires con el fin de recaudar apoyos y recursos para el siguiente paso. Su ausencia duraría seis meses.

Llegó de incógnito a Buenos Aires el 12 de mayo, evitando los arcos del triunfo. Unos pocos días después el elusivo héroe fue sorprendido. Según el diarista Juan Manuel Beruti, el congreso le honró con una recepción ceremoniosa y San Martín fue conducido al palacio acompañado por las bandas militares a través de calles engalanadas mientras la multitud le ovacionaba, una atención que tuvo que soportar hasta que cuatro jóvenes ricamente ataviadas le coronaron con un tributo floral que él se apresuró a quitarse, pues no quería ser visto caminando por las calles de Buenos Aires con flores sobre su cabeza. [39] En los siguientes días las celebraciones en honor de San Martín, de la victoria en Chile y del aniversario de la Revolución de Mayo se conjugaron para hacer de mayo de 1818 un mes memorable en la capital argentina.

Desobediencia histórica

Mientras Buenos Aires celebraba, San Martín afrontaba un futuro desalentador. Los años

1818-1820
fueron un período difícil para el libertador en el que su momento pareció acabar y su estrategia se tambaleó. Durante un tiempo, a finales de 1818, su vida estuvo en peligro debido a una conspiración urdida por José Miguel Carrera para asesinarle a él y a O'Higgins,
tarea que se encargó a un grupo de sicarios franceses. Sin embargo, sus verdaderos enemigos eran los realistas y su política hacia España siguió siendo tan implacable como siempre. De hecho, la sangrienta contrarrevolución española y la violenta respuesta de Lima hacia el movimiento independentista del Cono Sur le resultó aborrecible, y no creía que hubiera posibilidad alguna de reconciliación entre los americanos y los peninsulares. Ésta era una convicción profundamente arraigada y San Martín estaba preparado para continuar la guerra. Su modelo de guerra preferido era un conflicto de ideas respaldado por las armas. Sin embargo, había que desarrollar los medios para llevarla a cabo, y fue en este período más que nunca que puso sus ojos en Gran Bretaña. No obstante, primero tenía que tantear el terreno en Perú. Es posible leer el funcionamiento de su mente en una carta que escribió a su amigo James Duff, en la que se refiere a los efectos desastrosos pero positivos de la guerra y sus saludables lecciones: «Los acontecimientos de una revolución prodiga y una guerra ruinosa han enfriado las pasiones implicadas en todos los cambios políticos, y las mentes de los hombres, para este tiempo más asentadas, aspiran únicamente a la emancipación respecto de España y el establecimiento de alguna forma sólida de gobierno… las nociones democráticas han perdido apoyo entre los hombres principales en un 90 por 100». **[40]**

Fue con este estado de ánimo que efectuó un acercamiento razonado y moderado al virrey Pezuela en Perú con el fin de detener el derramamiento de sangre:

> V. E. no ignora que la guerra es un azote desolador que en el punto a que ha subido en la América la lleva a su aniquilación, y que la fortuna de las armas ha inclinado y a la decisión en favor de las pretensiones de la parte meridional del Nuevo Mundo. V. E. ha podido descubrir también en el período de siete años que las Provincias Unidas y Chile sólo apetecen una constitución liberal y una libertad moderada; y que los

habitantes del Virreinato de Lima cuya sangre se ha hecho derramar contra sus hermanos, tengan parte en su destino político, y se eleven del abatimiento colonial a la dignidad de las dos naciones colindantes. Ninguna de estas aspiraciones está por cierto en oposición con la amistad, con la protección y con las relaciones de la Metrópoli española; ninguna de estas pretensiones es un crimen, y por el contrario ninguna de ellas deja de ser en el presente siglo el eco uniforme de los ilustrados de la culta Europa. Querer contener con la bayoneta el torrente de la opinión universal de la América es como intentar la esclavitud de la naturaleza. Examine V. E. con imparcialidad el resultado de los esfuerzos del gobierno español en tantos años y sin detenerse en los triunfos efímeros de las armas del rey, descubrirá su impotencia contra el espíritu de LIBERTAD. **[41]**

Asimismo, propuso un congreso general en el que los pueblos de Perú pudieran decidir su propio destino en lugar de hacerlo por medio de las armas. Pezuela rechazó de plano el intento de acercamiento como la insolencia de un soldado insubordinado, animado por una victoria pasajera.

Fue entonces también que San Martín realizó un nuevo esfuerzo encaminado a interesar a Gran Bretaña en su causa. En octubre de 1817 el comodoro Bowles había llegado a Valparaíso a bordo de la fragata *Amphion*, para seguir luego hasta el Callao a comienzos de noviembre y regresar a Valparaíso el 10 de enero de 1818. Al día siguiente, San Martín acudió a entrevistarse con él llevando consigo una carta del director supremo de Chile,
O'Higgins,
al príncipe regente en la que se solicitaba la mediación británica a favor de la revolución americana en contra de España. **[42]** En una conversación con Bowles, conversación de la cual el comodoro tomó notas para luego leérselas a su interlocutor, San Martín esbozó una idea de división de la América liberadas entre varios príncipes europeos; esto, en su opinión, complacería a todas las potencias más importantes y buscaba los buenos oficios del gobierno británico y su participación en el plan. El general hizo hincapié en el peligro que representaban las disensiones internas y los enfrentamientos chiles: los gobiernos débiles concedían demasiado a la opinión popular, «los órdenes inferiores han adquirido así una preponderancia indebida y están empezando a manifestar una disposición

revolucionaria que resulta peligrosa en cualquier país, pero de forma especial en éste, donde la necesidad de educación e información general se siente de manera tan intensa». [43]

Los intentos de acercamiento al virrey de Perú y a Gran Bretaña, efectuados desde su base en Chile y con independencia de Argentina, han fomentado las especulaciones acerca del pensamiento del libertador en los años
1817-1818.
En primer lugar, ¿confiaba plenamente en que podía derrocar al poder español en Perú sólo mediante acciones militares? Y si era así, ¿estaba convencido de que los países liberados en Suramérica emergerían de una guerra prolongada convertidos en Estados funcionales con sus instituciones y economías intactas? En segundo lugar, ¿era Argentina en sí misma un problema? ¿Era el respaldo de Gran Bretaña un sustituto posible del compromiso vacilante de Buenos Aires? Siempre hubo un sesgo británico en favor de San Martín, aunque ello estaba lejos de traducirse en un compromiso real. Henry Chamberlain, el cónsul general de Gran Bretaña en Río de Janeiro, dio fe de su fibra moral y sus habilidades militares, y señaló que «el comodoro Bowles, en cuyo juicio en tales cuestiones podemos confiar absolutamente, habla de él en los términos más elevados al recomendarlo como un hombre honesto, honorable y correcto». «La victoria de Maipú ha fortalecido antes que disminuir sus deseos alrededor de este punto [la mediación de Gran Bretaña] … Es un amigo declarado de una forma monárquica de gobierno y sostiene que ninguna otra conviene a los pueblos de Buenos Aires y Chile o sus costumbres». [44]

El 11 de abril de 1818, apenas unos pocos días después de la victoria de Maipú, San Martín escribió a Castlereagh para renovar una solicitud anterior de mediación británica. En su carta, argumentó que la victoria de Maipú era absoluta y que, de hecho, había «decidido el destino de Suramérica». El poderío militar de los patriotas descartaba cualquier necesidad de solicitar la paz, pero los intereses de los nuevos Estados se habían visto afectados y su prosperidad se había deteriorado como consecuencia de una guerra prolongada. Por tanto, buscaba la mediación de Gran Bretaña para alcanzar un acuerdo con España y de ese modo poner fin «a los sufrimientos de los suramericanos al contribuir a la consolidación

de su libertad política». La mediación que buscaba en esta etapa de la guerra no era una mediación entre iguales sino entre el vencedor y el vencido en nombre de la paz. En último análisis, San Martín insistía en que «Suramérica está decidida a quedar enterrada bajo sus ruinas antes de someterse de nuevo a su antiguo yugo». [45] El gobierno británico, sin embargo, no quería comprometerse. Los tiempos no eran propicios a la intervención, y los ministros británicos nunca habían considerado una mediación del tipo que se les pedía. Entre una potencia mundial y un remoto país más allá de los Andes no había diálogo, y San Martín no recibió ninguna respuesta a sus propuestas.

La lucha armada era el único camino, y eso significaba que lo primero que había que hacer era buscar y encontrar los recursos para ella. Aunque las tácticas políticas de San Martín en los años 1818-1819 resultan difíciles de elucidar y los detalles de su pensamiento son esquivos, la gran estrategia seguía estando vigente. El historiador tiene que condensar la acción si no quiere perder la pista del proyecto global del libertador en un laberinto de signos falsos y callejones sin salida. San Martín tuvo que realizar tres arduos viajes a través de los Andes para buscar en Argentina dinero y apoyo para su empresa, soportar frustraciones constantes, cambios de planes y aplazamientos por parte de un gobierno que se desmoronaba. En una secuencia de confrontaciones curiosas que en Argentina se conoce como el «repaso de los Andes», se ofrecieron subsidios que luego se retiraron, se ordenó al Ejército de los Andes regresar a Buenos Aires y luego se le mando detenerse, se intercambiaron y se ignoraron mensajes, los informes no eran ni completamente falsos ni completamente fidedignos. El gobierno central quería usar las fuerzas continentales de San Martín en sus conflictos locales en el litoral, pero el general se negó siquiera a considerar esa posibilidad y renunció cuatro veces en menos de un año. [46] La inacción era atroz, casi insoportable. El libertador había tenido que esperar tres años (desde 1814) para poder invadir Chile, y ahora volvió a verse frenado durante otros tres antes de poder emprender a la invasión de Perú. Sus solicitudes de hombres y fondos para el Ejército de los Andes fueron ignoradas, y en este período no recibió «ni un solo real». «Nada de esto se ha hecho, y no hay la más remota esperanza

de que se verifique… En fin, la conducta de este gobierno está manifiestamente clara de que su objeto es, no solo que no se verifique la expedición proyectada sino la de desprenderse del Ejército de los Andes».[47] El gobierno chileno también tenía dificultades, el dinero escaseaba y en ocasiones también el apoyo, pese a que
O'Higgins
siguió siendo un aliado leal. Estos acontecimientos confirmaron a San Martín sus peores sospechas sobre los políticos porteños y reforzaron su determinación de mantenerse alejado de la política argentina, una señal que sus biógrafos hacen bien en seguir.

La experiencia le exigió dosis extraordinarias de paciencia y perseverancia. Su fortaleza íntima, más que el cálculo racional, fue lo que le permitió mantener vivo el plan de campaña en medio de reveses y dudas que hubieran hecho sucumbir a cualquier hombre sin sus cualidades. ¿Consiguieron quebrantarle las presiones? Las apariencias son engañosas. Es cierto que su salud se vio afectada durante esos años. Samuel Haigh le visitó en Mendoza: «Encontré al héroe de Maipú encogido en su lecho de enfermo y con un aspecto tan pálido y demacrado que, de no ser por el brillo de sus ojos, difícilmente le hubiera reconocido: me recibió con una sonrisa débil y estiró su mano para darme la bienvenida. Tras entregarle mis cartas, se incorporó en la cama para leerlas; sus contenidos parecieron darle un gran placer… Me pidió que volviera avistarle antes de partir de Mendoza».[48] No obstante, su mente seguía siendo clara y su voluntad, firme. San Martín «renunció» no a su proyecto continental sino a sus nombramientos argentinos para «pasar a prestar mis servicios al Estado de Chile».[49] Y continuó estando al mando.

Con todo, todavía tenía que resolver el dilema de sus dos lealtades. Una ruptura era inevitable en vista de las prioridades locales del gobierno de Buenos Aires y el compromiso continental de San Martín. Distanciándose de las preocupaciones de sus colegas con España, Uruguay y los montoneros de las provincias, puso la vista en una ruta diferente y sacrificó su lealtad hacia Argentina para privilegiar su lealtad mucho mayor hacia América. En un acto de «desobediencia histórica», como se lo ha denominado, ignoró las órdenes de regresar con el Ejército de los Andes a Buenos Aires y se

entregó por completo a la liberación de América. [50] «Se va a cargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el Diablo». [51] Ahora bien, ¿con qué autoridad iba San Martín a sacar el Ejército de los Andes de Argentina para invadir Perú?

La autoridad era algo que entonces escaseaba en Buenos Aires. Desde la declaración de la independencia de las Provincias Unidas de América del Sur en 1816, habían surgido en Argentina varias repúblicas pequeñas con gobiernos autónomos, sostenidos por los intereses económicos de los empresarios locales. Los caudillos provinciales y los guerrilleros que les respaldaban habían proclamado su independencia tanto respecto de Buenos Aires como del resto de las provincias. Y mientras la unidad se venía abajo, la decisión de los unitarios fue contraatacar. José Rondeau, el sucesor de Pueyrredón como director supremo, «un hombre débil y tímido, manejado totalmente por sus secretarios», buscó la ayuda de las fuerzas de San Martín y Belgrano. [52] Sin embargo, tal ayuda le fue negada y la impotencia militar de los unitarios quedó expuesta por completo. Sin una fuerza adecuada, Rondeau marchó contra los montoneros de Estanislao López, caudillo de Santa Fe, y Francisco Ramírez, de Entre Ríos, y sufrió una derrota completa en la batalla de Cepeda (1 de febrero de 1820). Respaldado por su caballería gaucha. Ramírez dispersó al directorio, el congreso y cualquier otro vestigio de la autoridad central. Todo lo que quedó en pie fue el gobierno de la provincia de Buenos Aires, y en el curso de ese año fatídico ese gobierno cambio de manos por término medio una vez cada quince días.

A la caída del gobierno central del Río de la Plata no le siguió el nombramiento de un reemplazo, y ningún voluntario corrió a asumir la autoridad nacional. Esto permitió a San Martín moverse con independencia y argumentar que en ausencia de un gobierno legítimo en Buenos Aires el ejército mismo le otorgaba autoridad a él. Remitió al general Las Heras, su Segundo al mando, un documento sellado que fue llevado a Rancagua, a ochenta y dos kilómetros al sur de Santiago, donde el ejército expedicionario estaba acuartelado, y leído al cuerpo de oficiales el 2 de abril de 1820. El mensaje es claro: dado que el gobierno del que San Martín había recibido su nombramiento como general en jefe se había

disuelto, él entregaba su renuncia a los oficiales del ejército y los autorizaba a elegir por votación a su sucesor. Mediante la que se conoce como Acta de Rancagua el comandante consultó a sus oficiales y los oficiales eligieron a su comandante:

> El congreso y director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejercito de los Andes y de consiguiente, creo de mi deber) obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejercito de los Andes para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que debe mandarlos. **[53]**

El cuerpo de oficiales, «todos los jefes y oficiales del Ejército de los Andes», reeligió de forma unánime a San Martín y le confirmaron en la autoridad de la que ya disfrutaba para hacer la guerra contra los españoles y promover los intereses del país. Se trataba de una solución instantánea, pero también de un problema para el futuro. Bartolomé Mitre describió lo ocurrido como «un acto revolucionario». «Era un acto de doble insubordinación, que comprometía a la vez la disciplina y la autoridad, y que fue causa que desde ese momento el general no mandase a sus subordinados sino a título del consentimiento y del compañerismo, teniendo que consultar los voluntades de todos y cada uno». **[54]** Sólo un buen liderazgo podía conseguir que esto funcionara, otra tarea, otra prueba, para San Martín. Sin embargo, no fue una prueba inmediata, pues todos sabían que él era el líder supremo y que nadie se le igualaba. Sus enemigos en el Río de la Plata le denunciaron acusándole de ser un traidor a la causa, pero la causa a la que se referían estaba camino del desastre. La víspera de su partida hacia Perú, el libertador rechazó las calumnias de sus detractores y advirtió a sus compatriotas al otro lado de los Andes del aciago rumbo que el país estaba tomando. «El genio del malos ha inspirado el delirio de la federación. Esta palabra está llena de muertes y no significa sino ruina y devastación». Se negó a entregar su ejército a la anarquía y el desorden a los que Argentina se había visto reducida y, asimismo, a empeorar el conflicto derramando más sangre en busca de su resolución. La independencia era su causa rectora, como lo demostraría en Perú. **[55]**

Lord Cochrane, amo y señor del Pacífico

En 1820 San Martín estaba listo para embarcarse en la última fase de su gran estrategia. Era ésta una estrategia costosa, y en el caso de Chile, en particular, una que exigía grandes sacrificios. Para limpiar el Pacífico sur de la fuerza naval española, un requisito indispensable para la operación, Chile tuvo que crear de la nada una armada, comprar naves y equipos, reclutar personal y encontrar un almirante. Las naves y las tripulaciones se consiguieron en Gran Bretaña y Estados Unidos. En este último país, las negociaciones se vieron obstaculizadas por la falta de fondos y cierta inquietud sobre las leyes de neutralidad, pero las dos fragatas planeadas finalmente se integraron a la armada chilena.[56] En Londres, Álvarez Condarco, el amigo y representante de San Martín, tenía cien mil dólares para gastar y autoridad para negociar créditos adicionales. Primero envió el *Windham*, una embarcación de ochocientas veinte toneladas que antes cubría la ruta de las Indias Orientales, construida en 1801 y con treinta y cuatro cañones. Se acordó que el pago de los ciento ochenta mil dólares que costaba se realiza ría en Chile, a donde la embarcación llegó en marzo de 1818.

O'Higgins

tuvo que realizar esfuerzos para recolectar el dinero con fondos del Tesoro y de individuos particulares. El capitán y los oficiales eran ingleses y la tripulación una mezcla de ingleses y chilenos. La nave, rebautizada como el *Lautaro*, pronto entró en acción y el valor de botín que capturó casi pagó su precio. Al *Windham* le siguió en mayo otra nave dedicada antes a la ruta de las Indias Orientales, el *Cumberland*, una embarcación de mil doscientas toneladas, construida en 1802 y cuyos sesenta y cuatro cañones la convertían en el buque de guerra más poderoso del Pacífico; con el nombre de *San Martín* también entró en acción con rapidez.[57] Otras dos embarcaciones, el *Chacabuco*, de veinte cañones, y el *Araucano*, de dieciocho, eran de procedencia estadounidense y estaban tripuladas por británicos, norteamericanos y chilenos. En octubre de 1818 estos cuatro navíos capturaron la *María Isabel*, una fragata española de mil doscientas toneladas a la que después rebautizarían como

O'Higgins
, junto con un buen número de transportes de tropas que iban de España al Perú. Las cuatro naves que había zarpado de Valparaíso en octubre, regresaron en noviembre convertidas en trece. [58] Otras embarcaciones que se sumaron a la armada chilena fueron el *Intrépido*, contribución de Buenos Aires, y el *Galvarino*, una antigua corbeta de guerra británica, traída desde Inglaterra por dos oficiales de la marina británica; en 1819 se adquirieron otras naves, entre las que destacan la *Independencia*, una corbeta de construcción norteamericana encargada a Estados Unidos, y el *Montezuma*, un mercante capturado. [59] Los oficiales ingleses rivalizaban entre sí por el mando de la armada chilena, y muchos chilenos querían a uno de los suyos para el puesto, Manuel Blanco Encalada, un joven oficial que tenía experiencia en la marina española. La discusión pronto quedó resuelta.

En Londres, Álvarez Condarco estaba gastando con prodigalidad en naves y suministros a nombre del gobierno chileno, y fue él mismo quien se encargó de reclutar un almirante: Thomas Cochrane, futuro conde de Dundonald, el oficial naval más celebrado en Gran Bretaña después de Nelson. El encuentro entre los dos no está documentado, pero había urgencia en ambas partes. Chile necesitaba un almirante con dotes de liderazgo, Cochrane, que entonces tenía cuarenta y un años, necesitaba un sueldo y una nueva vida después de su ruptura con el gobierno británico. Para ambas partes el trato parecía oportuno. Cochrane llegó a Valparaíso en noviembre de 1818 después de un viaje alrededor del cabo de Hornos para asumir el mando de la nueva flota, que para esa fecha se componía de siete buques de guerra, con el grado de vicealmirante y una paga equivalente a mil doscientas libras esterlinas anuales. [60] Cochrane trajo consigo a su esposa y sus dos hijos, y la señora Cochrane pronto se convirtió en la principal atracción de las fiestas y bailes con los que se celebró su llegada: joven, fascinante, «un halagador espécimen de la belleza de Inglaterra», según la describe William Miller, mientras que Samuel Haigh, poco galante, comenta que los chilenos estaban tan acostumbrados a conocer esposas inglesas carentes de atractivo que estaban realmente asombrados de encontrarse con una bonita. El mismo Cochrane consideró que la interminable serie de fiestas que

se le dedicaron era «un desperdicio de tiempo»: «Tuve que recordarle a Su Excelencia
[O'Higgins
] que nuestro propósito no era festejar sino combatir». **[61]**

Cochrane había perseguido a Kate Barnes desde la casa de su tío en la plaza Portman de Londres, en 1812, cuando ella era una colegiala adolescente, una huérfana veinte años más joven que él; tras fugarse a Escocia, la pareja regresó y contrajo matrimonio en la capital inglesa, donde ella no tardó en cautivar a la sociedad londinense con sus tirabuzones y sus maneras encantadoras. Y ahora, desde su deliciosa casa de campo en Quillota, justo al norte de Santiago, donde sobreviviría con frialdad a un intento de atraco, supo ganarse a los chilenos. Estudió español y al cabo de unas pocas semanas estaba escribiendo a un perplejo San Martín, que cortésmente la felicitó por su español: «Soy lo bastante vanidoso para llamarme amigo vuestro, y ofreceros mis servicios con sentimientos de afecto, amistad y respeto». **[62]** Y en 1821 prestó a Cochrane cinco mil pesos para financiar un viaje que ella necesitaba realizar a Inglaterra. ¿Se le pasó por la mente a San Martín que mientras él mantenía a su esposa recluida en Buenos Aires, Cochrane había traído la suya a Chile por el cabo de Hornos?

Aunque es posible describir a Cochrane como un mercenario de primera clase, también era un marinero profesional que se distinguía por un valor, desenvoltura y originalidad que le habían hecho merecedor durante las guerras napoleónicas de una reputación como un comandante que era capaz de ganar acciones tanto por sus tretas y descaro como por su destreza naval. A pesar de no haber mandado nunca una flota o peleado en una batalla naval de envergadura, se había ganado el aplauso de la opinión pública y el respeto del enemigo por muchas acciones decisivas, entre las que destacaba la captura de la fragata española *El Gamo* en 1801 con su corbeta *Speedy* una embarcación más pequeña, que fue la que inscribió su nombre en la historia naval. **[63]** Había tenido una carrera política alborotada, marcada por su tendencia al radicalismo, pero también propensa a los accidentes. Había sido rechazado por el almirantazgo, expulsado del parlamento, acusado de una estafa en el mercado de valores y descalificado por el gobierno como un camorrista persistente. Los historiadores difieren

en su implicación en el fraude del mercado de valores, aunque la mayoría coincide en que era alguien que sabía hacer dinero, según la descripción que de él ofreció otro almirante británico. **[64]**

Fue una suerte cruel para San Martín el que de todos los talentos navales que había en Gran Bretaña se le enviara no alguien similar a su amigo de la marina británica, el comodoro Bowles, una persona supremamente correcta y competente, sino a un marinero que en el puerto era un incordio costoso y en el mar un líder incomparable, y cuyos sentimientos liberales estaban acompañados por una visible preocupación por el lucro y el estatus. Con todo, es probable que Cochrane fuera el único comandante disponible con la personalidad y habilidad necesarias para organizar con rapidez una colección dispar de embarcaciones y tripulaciones en una marina de guerra. Su reputación le había precedido, y aunque disfrutaba de la confianza de
O'Higgins,
algunos miembros del gobierno chileno sospechaban de él y veían con resentimiento que se le hubiera dado precedencia sobre los héroes locales. La marina británica, por supuesto, conocía bien su reputación, y desde el comienzo el comodoro Bowles estuvo vigilándole; en ese sentido advirtió al Almirantazgo que sus amenazas a la escuadra española del Callao podían comprometer los intereses británicos: «No tengo duda de que su insolencia será intolerable. Su escuadra consiste ahora de dos buques de las Indias con sesenta y cincuenta cañones, la fragata *María Isabel*, capturada a los españoles, y cuatro corbetas y bergantines. Se me ha dicho que están bien armados y equipados, y que una gran cantidad de marinos mercantes ingleses han desertado para unírsele». **[65]** Posteriormente Bowles modificó sus opiniones y sus expectativas sobre Cochrane mejoraron.

Aunque Cochrane y San Martín no trabajaron bien en conjunto, esto no fue algo obvio desde el principio de su relación. En un comienzo, el general le apoyó cuando fue necesario y el almirante acudió a él en busca de respaldo. Hubo algunos malentendidos y tensiones iniciales alrededor de las condiciones que Cochrane estaba dispuesto a aceptar, pero San Martín le rogó que no renunciara: «Bien, milord, yo soy General del ejército y V. será Almirante de la escuadra». **[66]** Además, le resultaba imposible

pasar por alto el hecho de que, desde su nave insignia, el *O'Higgins*, Cochrane dirigía una escuadra que, él mismo pensaba, honraba la independencia y había aportado a la causa revolucionaria tanto victorias como prestigio. En dos expediciones realizadas en 1819 Cochrane hizo sentir su presencia hasta Guayaquil y amenazó el puerto del Callao cerca de Lima. En febrero de 1820, sin consultar con el gobierno chileno, capturó Valdivia, en el sur del país, la base naval española más poderosa del Pacífico. Sus tácticas eran una demostración perfecta de cómo llevar a cabo operaciones combinadas. Reconoció personalmente el puerto, una bahía grande y protegida con una entrada estrecha, y descubrió que la guarnición estaba dispersa y los cañones posicionados para hacer frente a un ataque por mar. Las fuerzas chilenas a órdenes de William Miller desembarcaron en la noche y tomaron por asalto a los soldados españoles uno por uno. Los ataques terrestres con protección naval eran una táctica en la que Cochrane era experto consumado, pero en esta ocasión se superó a sí mismo y engañó a los españoles que huyeron ante la aparición del *O'Higgins*, cuando en realidad éste estaba muy dañado y tuvo que ser remolcado hasta la playa. El 6 de febrero aceptó la rendición de las tropas españolas, superadas tanto en estrategia como en combate, como consecuencia de lo cual San Martín ascendió a Miller al rango de teniente coronel. **[67]** La operación tranquilizó a los chilenos, y a partir de entonces Cochrane consolidaría su poder en alta mar al punto de que la escuadra chilena consiguió interceptar refuerzos procedentes de la Península, destruir el comercio español en el Pacífico Sur e imponer un bloqueo sobre la costa peruana. San Martín estaba impresionado. El día que la expedición partió de Valparaíso, le aseguró a Cochrane: «Milord, le digo, nuestro destino es común, y yo le protesto que su suerte será igual a la mía». **[68]**

La liberación de Perú podía proporcionar a Chile ganancias a largo plazo: seguridad política y un nuevo mercado. Entre tanto, sin embargo, era una carga que perjudicaba gravemente a una economía primitiva. Proveer un ejército para la empresa ya era bastante costoso, pero crear y mantener una fuerza naval era una de las operaciones más costosas en las que un Estado podía

embarcarse. En febrero de 1819 Chile y Argentina, haciendo a un lado sus diferencias y unidos en una guerra contra el enemigo común. España, firmaron una alianza en la que cada país se comprometía a contribuir con la mitad de las fuerzas y los fondos necesarios para la invasión de Perú. Sin embargo. Argentina, que había asumido la carga principal de la expedición transandina, no podía repetir semejante esfuerzo en el Pacífico; las disputas financieras casi llevan las relaciones entre ambos países a la ruptura, finalmente. Buenos Aires consiguió enviar cerca de trescientos mil pesos del medio millón que había prometido y cubrió el resto con materiales de guerra. **[69]** Chile tuvo que escarbar en sus escasos recursos. Los ingresos ordinarios (impuestos sobre la agricultura, la producción minera y el comercio) no eran suficientes, y tampoco se consiguió acrecentarlos lo bastante mediante mecanismos extraordinarios como la confiscación de las propiedades de los realistas y los préstamos forzosos.

O'Higgins

prácticamente no contaba con la ayuda de un senado parsimonioso, compuesto por representantes de la aristocracia terrateniente de miras tan estrechas como el mapa del país. La dificultad fundamental era el estancamiento de la economía, después de ocho años de guerra y revolución con las pérdidas consecuentes de mano de obra y capital. Por otro lado, desde 1811 la libertad comercial había atraído a los puertos a numerosos comerciantes, y muchos de ellos estaban ahora obteniendo buenos ingresos tratando con el Perú realista. Con todo, el intento del gobierno chileno de recaudar un préstamo forzoso de trescientos mil pesos se topó con una resistencia tenaz; y los comerciantes británicos, en particular, se negaron a pagar. Careciendo de recursos propios, el gobierno se vio obligado a depender de la empresa privada. Sólo el costo de la operación naval ascendía a setecientos mil pesos, una cantidad que únicamente pudo recaudarse a través de costosos contratos con comerciantes extranjeros contra los ingresos por derechos de aduana y a cambio de una participación en el botín que los buques de guerra capturaran. El contrato para el transporte del ejército libertador al Perú se confió en exclusiva a una compañía privada. **[70]**

Para agosto de 1820 los contratistas habían reunido dieciséis

transportes, la mayoría de ellos embarcaciones capturadas por corsarios. La armada de Cochrane estaba preparada para escoltarlos y pelear. El ejército de San Martín empezó a reunirse para embarcar. Y el general mismo, impaciente por entrar en acción, su presa por fin al alcance de su mano, recorrió la bahía de Valparaíso aclamado por sus hombres antes de abordar el *San Martín*. Su mensaje en esa ocasión fue estimulante: «Se acerca el momento en que yo voy a seguir la grande obra de dar la libertad al Perú. Voy a abrir la campaña más memorable de nuestra revolución y cuyo resultado aguarda el mundo para declararnos rebeldes si somos vencidos; a reconocer nuestros derechos si triunfamos». [71]

1. El inolvidable cuadro de Goya sobre la respuesta popular a la invasión francesa se convirtió en una metáfora de la guerra de Independencia española.

2. Este retrato de San Martín como libertador de Chile realizado por José Gil de Castro, el artista mulato peruano, realza la reserva y austeridad de su carácter. La espada curva y el tintero de plata eran los símbolos convencionales de su jefatura.

3. El retrato preferido de San Martín. La obra, pintada por el artista belga François Joseph Navez durante el exilio de San Martín, cuando éste tenía cincuenta años, transmite la actitud impasible y resuelta del libertador e insinúa trazas de una naturaleza más cálida.

4. Buenos Aires, antiguamente una remota base del Imperio y luego escenario de las turbulencias de la independencia, era una ciudad con pocas comodidades y muchos políticos, que recibieron a San Martín, según recordaba, con favor unos y desconfianza otros.

5. Al alba del domingo 5 de abril de 1818, San Martín miró el paisaje que tenía ante sí y planeó el despliegue de su ejército. Estaba cerca de obtener una de sus mayores victorias sobre un enemigo decidido que peleó con tanto valor como sus propios soldados.

6. Valparaíso, la base de la armada chilena, fue el puerto desde el que en 1820 San Martín, lleno de esperanzas, condujo a sus fuerzas hacia Perú, y al que regresaría solo y desilusionado dos años más tarde.

7. Lima, la «ciudad de los reyes», que San Martín esperaba convertir en capital de una nueva monarquía, era la clave de su proyecto continental y el telón de fondo de sus reformas políticas y sociales.

8. «Y ahora, mis muchachos», bromeó Cochrane dirigiéndose a sus hombres, «vamos a darle una “conspiración de la pólvora” que no olvidarán en mucho tiempo». La acción descrita como «brillantísima» fue admirada incluso por los críticos del almirante en la armada británica.

9. Polémico en Gran Bretaña y héroe en Chile, Cochrane fue la bestia negra de San Martín, que le consideraba un lord dedicado al lucro y con quien estuvo en desacuerdo en prácticamente todos los aspectos de su estrategia.

10. Entre todos los libertadores, O'Higgins fue el aliado político y amigo más cercano de San Martín. Su carácter afable y honesto le atrajeron de inmediato, y su pensamiento político coincidía con el conservadurismo moderado por los valores liberales del que era partidario San Martín.

11. San Martín describió a Remedios como esposa y amiga. Fiel a su modesto papel, la paciencia con la que soportó sus prolongadas ausencias la convierte en una notable heroína de la Independencia.

12. San Martín a la edad de setenta años, pensativo y serio hasta el final. Sus triunfos en Suramérica eran para entonces un recuerdo distante, y los conflictos y desilusiones del mando, un pasado lejano. El libertador terminó sus días en Boulogne-sur-Mer, con tranquilidad y en compañía de su familia.

Capítulo 6

PERÚ, EL CARTAGO DE SAN MARTÍN

Perú estaba habitado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea o americana. Esta región fue el centro y el nervio de la reacción realista, a punto de llegar a casi dominar la revolución suramericana por algún tiempo y prolongar la lucha durante quince años. Por eso Perú era el delenda Cartago de San Martín, y hacia él convergían los ejércitos americanos del sur y del norte en 1820. [1]

TERRA INCOGNITA

¿Sabía en realidad San Martín lo que le esperaba mientras miraba hacia el Pacífico? ¿Qué tan amplio era su conocimiento de Perú? ¿Qué tan profunda era su comprensión del desafío que tenía ante sí? Argentina era un país que conocía y al que había servido. A Chile lo había liberado y confrontado. Pero Perú… San Martín tenía contactos que le proporcionaban información confidencial sobre los recursos políticos y militares del enemigo. [2] Sin embargo, tener una apreciación válida de esta sociedad compleja era mucho más difícil y allí carecía de amigos cercanos. Perú no sería fácil de conquistar, si la conquista era lo que tenía en mente. Dada su historia, el país sería igualmente difícil de convencer. La suya era una sociedad colonial, quizá la más colonial de todas las posesiones españolas en Suramérica, con sus instituciones, Mentalidades y recursos vinculados firmemente a los intereses de la Península y condicionados por el poderío español. La experiencia de las expediciones argentinas al Alto Perú le había enseñado algunas de estas cosas, pero, no obstante, ¿entendía las convicciones de las regiones ubicadas más allá del Desaguadero? ¿Qué pruebas tenía de que los peruanos quisieran ser liberados? Su mensaje al virrey Pezuela después de la batalla de Maipú contenía la afirmación, sin prueba alguna, de que los peruanos estaban listos para tomar las riendas de su destino político y elevarse de la sujeción colonial a la

dignidad de Estado. Era éste un supuesto que todavía estaba por comprobarse.

En vísperas de la revolución Perú tenía una población de poco más de 1,1 millones de habitantes. [3] Los indios (el 58 por 100 del total) y los mestizos (el 22 por 100) estaban concentrados en ja región andina, donde practicaban una agricultura de subsistencia y proporcionaban mano de obra para las minas, los obrajes y las haciendas. Los esclavos negros constituían aproximadamente el 4 por 100 de la población y las personas de color libres eran un porcentaje similar. Sin embargo, en Lima y los valles de la costa, donde la agricultura comercial y la economía de las plantaciones exigía una fuerza laboral más móvil, los negros y los pardos predominaban entre la población no española. Los blancos constituían menos del 13 por 100 del total y se ubicaban principalmente en la costa, con una concentración considerable también en Cuzco. No obstante, la raza no era el único determinante del estatus social. La sociedad peruana estaba también escindida por profundas divisiones sociales y económicas. La élite gobernante, de la que formaban parte tanto españoles como criollos, era, por supuesto, inevitablemente blanca. Sin embargo, no todos los indígenas eran indios desde un punto de vista cultural. Como señaló el autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes*, a un indio le bastaba bañarse, cortarse el pelo, ponerse una camisa limpia y conseguir un trabajo útil para pasar por un cholo: «Si su servicio es útil al español, ya le viste y calza, y a los dos meses es un mestizo en el nombre». [4] Los mismos mestizos no conformaban un único grupo social; según su educación, trabajo y estilo de vida podían estar más cerca de los blancos o de los indios. Los mulatos y otras castas sufrían discriminaciones aún peores que los mestizos: se les prohibía vestirse como los blancos, vivir en los distritos blancos, casarse con blancos y tenían iglesias y cementerios propios. [5] Con todo, la clasificación de acuerdo a la raza no era inmutable incluso para las personas de color; el progreso económico podía garantizarles un estatus de blancos, bien fuera «pasando» por tales o mediante la compra de un certificado de blancura. Por tanto, había determinantes tanto culturales como raciales, pese a lo cual esto no reducía las divisiones de la sociedad peruana o diluía sus valores señoriales. Fue precisamente en esta fragmentación social y choque

de intereses (entre la élite educada y el campesinado andino, entre los negros y los indios, entre los esclavos y los trabajadores libres) que los gobernantes españoles encontraron los mecanismos necesarios para controlar la sociedad y garantizar la estabilidad.

La independencia absoluta nunca había sido una de las inquietudes principales de los peruanos. La aristocracia peruana (aristocracia de la tierra, de los cargos públicos y del comercio) se aferraba de forma fanática a su poder y sus privilegios. En las últimas décadas la llegada de nuevas oleadas de inmigrantes había reconfigurado la clase dirigente local, que había pasado a estar dominada por peninsulares recién llegados al virreinato; éstos se hicieron con rapidez con el control del comercio, establecieron vínculos con la burocracia, adquirieron títulos de nobleza y se convirtieron para España en una base leal en la que apoyarse. Su conservadurismo no estaba motivado exclusivamente en el orgullo derivado de su actual estatus, sino también en el miedo a los desórdenes futuros, en una sociedad donde los indios, los mestizos y los negros superaban con creces a los blancos en número. **[6]** En Lima, la clase de los propietarios estaba aterrorizada por «el temor del desenfreno del populacho y gente de color de esta ciudad y sus contornos, que exceden a los blancos con tercio y quinto y que son incontenibles en el robo, altivos, insubordinados y sin ideas». **[7]** La élite prefería la seguridad al cambio y no estaba preparada para arriesgar su predominio social en nombre de la independencia. La inspiraba menos la lealtad que el miedo a la agitación social y el colapso de la ley y el orden. Incluso los liberales peruanos eran partidarios de la reforma, no de la revolución. Intelectuales como José Baquijano, Toribio Rodríguez de Mendoza, Hipólito Unanue y los escritores del *Mercurio Peruano*, que habían asimilado el pensamiento de la Ilustración dieciochesca, condenaban el oscurantismo y la intolerancia del antiguo régimen y abogaban por la libertad y la igualdad, lo hacían dentro del orden social existente. **[8]** El sentimiento creciente de peruanidad, de una identidad peruana, estaba también limitado por una cautela innata. De hecho, los liberales peruanos sostenían nociones de patria contradictorias. Unos pocos creían que ésta sólo podía realizarse en una nación independiente. Pero la mayoría consideraban que era compatible con el ideal de unidad imperial: «La uniformidad de religión y de

idioma, la analogía de costumbres y los vínculos de la sangre son y serán siempre los garantes de la indisoluble unión de ambas Españas». [9] Y a pesar de la desilusión con la idea de una reforma dentro del Imperio, esta unión se consideraba como la garantía más segura contra la anarquía. A ojos de la élite limeña, la causa española también era vista como la mejor defensa contra el desafío creciente que planteaban las provincias del interior y el sur, donde esporádicas rebeliones armadas desde 1811 evidenciaban la insatisfacción de los criollos con el gobierno de Lima y el resentimiento de los indios, producto de agravios históricos.

Los liberales peruanos, por tanto, no crearon un movimiento independentista. Prisioneros de su sociedad, no exigían otra cosa que reformas políticas e igualdad para los criollos dentro del marco colonial. Sus portavoces eran los cabildos, que habían entrado en escena de forma repentina en 1808 debido al derrumbamiento del gobierno imperial. En 1809, en respuesta a la decisión de la junta central de que debían colaborar en la elección de un diputado que los representara en España, los cabildos de Perú eligieron a un anciano conservador, José de Silva y Olave, rector de la Universidad de San Marcos. Sus instrucciones emanaban del cabildo de Lima y eran un resumen de las exigencias que los criollos tenían en ese momento, exigencias que eran tan conservadoras como liberales. [10] Criticaban a los intendentes por abusar de su poder y oprimir a los cabildos; y proponían la restauración no sólo de los corregidores sino también de los infames repartimientos (venta forzosa de bienes a los indios) con el argumento de que se había privado de su mercado a los corregidores. Asimismo abogaban por la abolición de los monopolios, la reducción de los impuestos y la libertad de comercio. Por último, expresaban su resentimiento por las pobres perspectivas de hacer carrera que tenían los criollos («agricultores, clérigos o gentes de leyes») e insistían en que se debía otorgar a los americanos por lo menos la mitad del gobierno de América.

Este manifiesto revelaba lo mucho que preocupaba a los criollos su nivel de vida y constituía una crítica de la política borbónica del «comercio libre», crítica que no estaba del todo justificada. Era indudable que la economía había sufrido debido a la necesidad de realizar ajustes tras la pérdida de las provincias productoras de

plata del Alto Perú cuando éstas pasaron a Buenos Aires en 1776, y la nueva competencia de las economías del Río de la Plata, estimulada por su acceso al comercio trasatlántico. No obstante, el comercio exterior se mantuvo gracias a las exportaciones de plata, y el Bajo Perú aumentó su producción de este metal a finales del siglo XVIII. **[11]** El mercado peruano, rico en plata, seguía atrayendo a los comerciantes de Cádiz. Y la economía peruana, basada en la minería, continuó estimulando el comercio interior y exterior e incluso sosteniendo un sector agrícola y manufacturero viable en los últimos cincuenta años del dominio borbónico. **[12]**

No obstante, el mismo éxito de Perú como exportador de plata y defensor de su comercio contribuyó a dañar sus perspectivas económicas. Porque el papel de Perú como fortaleza realista tenía que ser pagado, y el virrey José Fernando de Abascal
(1806-1816),
procónsul y gendarme de España en Suramérica, elevó sus exigencias fiscales hasta un punto en el que realmente hicieron daño. Al mismo tiempo, Abascal estaba horrorizado por las exigencias de libertad de comercio: «Sería tanto como decretar la separación de estos dominios de la madre patria, porque, una vez conseguido el comercio directo con los extranjeros sobre la amplia base que piden, el destino de la España europea significaría poco para ellos». **[13]** Entre tanto, la posición de Perú como principal defensor de la autoridad española por toda Suramérica y cabeza de la resistencia contra la subversión en el Alto Perú, Chile y Quito implicaba gastos militares cada vez mayores y cargas cada vez más pesadas para los contribuyentes peruanos, algo que culminó en los préstamos forzosos impuestos por Pezuela en vísperas de la invasión de San Martín. Con todo, los argumentos económicos no eran más determinantes que los políticos. Los peruanos seguían sin estar convencidos de que hubiera llegado la hora de la revolución. En este sentido, seguían buscando la reforma, no la independencia respecto de España, y desde 1808 vieron alimentadas sus expectativas con el surgimiento de un régimen liberal en la Península.

Los criollos eran la clave de la situación en Perú, al igual que en el resto de Hispanoamérica; dada su superioridad numérica sobre los españoles, podían promover o impedir el cambio político. En

Perú, es cierto, la presencia de los españoles en la burocracia y el sector privado era más poderosa que en el Río de la Plata o Chile. «Lima ha sido el refugio de la mayoría de los españoles viejos expulsados de Buenos Aires y Chile, e, independientemente de ello, el hecho de que Perú sea considerado el virreinato más importante hace que tenga más nativos de España en comparación con las demás provincias». [14] No obstante sin el apoyo de los criollos y la lealtad de la milicia criolla, el virrey Abascal no habría podido conservar Perú y mucho menos lanzar la contrarrevolución contra las provincias vecinas. El propio Abascal se convirtió al mismo tiempo en un recurso valioso y un lastre para España. Sus dotes de liderazgo y su energía le hicieron un firme defensor del Imperio, pero el desprecio que sentía por los americanos causó un enorme daño moral a la causa española. El decreto mediante el cual volvió a anexionar el Alto Perú a Lima (13 de julio de 1810) hablaba de los americanos como «hombres destinados por la naturaleza para vegetar en la oscuridad y el abatimiento». [15]

La mayor amenaza para la política de Abascal no provino de Perú, sino de España, donde en los años

1808-1813

varios regímenes sucesivos exportaron (cierto tipo de) liberalismo a América con optimismo. En 1810 el Consejo de Regencia convocó unas cortes para el 24 de septiembre y se solicitó a los cabildos peruanos que eligieran a sus diputados. Sin embargo, los liberales españoles no eran partidarios de la igualdad de representación en las cortes, pues ello habría permitido a los americanos, superiores en número, tener más votos que los peninsulares. En las Cortes de Cádiz, los siete diputados peruanos respaldaron la exigencia americana de más representación, pero lo hicieron con cautela, no fuera a ser que el derecho al voto se ampliara a los indios, los mestizos y demás castas. En las cortes, los españoles supieron utilizar a su favor los prejuicios raciales de los americanos para excluir a la gran masa de las castas de la ciudadanía y el derecho al voto, con lo que consiguieron reducir la representación americana. Y contaron para ello con el respaldo de los diputados peruanos, que además de adoptar una posición de lealtad total hacia la metrópoli y la unión con la monarquía española, buscaron también garantizar que los indios no tuvieran derecho alguno a elegir o ser elegidos

apelando a «las graves desventajas que una igualdad semejante podría tener, especialmente en Perú». [16] Esta era la voz verdadera del liberalismo peruano.

La mentalidad criolla también estaba condicionada por el miedo a la revolución social y a la violencia de los indios, en especial por el recuerdo de la gran rebelión de Túpac Amaru en 1780 y las experiencias más recientes con el descontento de los indígenas en los Andes meridionales. Los blancos peruanos, 140.890 personas en una población de 1.115.207 (en 1795), siempre fueron conscientes de que los indios y los mestizos los superaban en numero y de que, en este sentido, estaban sobre un volcán. Dos rebeliones, en 1780 y 1814, alimentadas por quejas clásicas de los indios (exigencias fiscales y de mano de obra excesivas), sacudieron la colonia hasta sus cimientos. Los criollos partidarios de la rebelión se echaron para atrás una vez que la violencia se intensificó, y los movimientos de insurrección demostraron una verdad en la que los españoles siempre habían confiado, a saber, que la mayoría de los criollos preferían el dominio español y la seguridad del Imperio a una rebelión india respaldada por las protestas criollas. La memoria de la rebelión indígena alimentó los miedos de los criollos durante muchos años y, por tanto, lejos de acelerar la independencia, avivó el conservadurismo latente de los criollos y los convenció de aceptar el dominio de España hasta que se presentara una oportunidad más favorable.

Durante los siguientes cinco años. Perú continuó siendo una base realista, segura en su interior, pero sometida a presiones cada vez madores desde el exterior a medida que la revolución americana se acercaba a sus fronteras. A mediados de 1816. Abascal se retiró de su cargo y dejó el virreinato en manos de Joaquín de la Pezuela, un funcionario aragonés que había organizado la contrarrevolución en el Alto Perú. El nuevo virrey compartía los principios conservadores de Abascal pero carecía de su claridad mental y exclusividad de propósito. Un año después de haber tomado posesión del cargo había permitido que San Martín le superara con su estrategia a larga distancia, incapaz de seguir el ritmo del pensamiento militar de su adversario, continuó concentrando sus fuerzas en el Alto Perú y no advirtió el enorme riesgo que corría la posición realista en Chile. Sus juicios pronto fueron criticados por sus propios colegas,

en particular por un grupo de nuevos oficiales enviados a servir en Perú al final de las guerras napoleónicas: el general José de la Serna, comandante del Alto Perú desde noviembre de 1816, el coronel Jerónimo Valdés, jefe del Estado Mayor, y el general de origen francés José Canterac, que llevo refuerzos adicionales al Alto Perú en 1818. Estos veteranos de la guerra de Independencia española eran representantes de una escuela de pensamiento político y militar nueva y más joven. No eran absolutistas sino constitucionalistas que creían que la revolución americana era una consecuencia de la intransigencia de España, y que el único modo de retener las colonias era mediante una política más flexible y que el vehículo para ello debía ser la Constitución de 1812. Por encima de todo, como soldados profesionales con experiencia, despreciaban la falta de resolución de Pezuela y sus tácticas ineptas. **[17]** La unidad española en Perú estaba empezando a resquebrajarse, y la gran oportunidad de San Martín se acercaba.

Las preocupaciones de Pezuela aumentaron en el curso de 1817-1818.

La victoria de San Martín en Chile hizo retroceder la frontera realista en el sur e incluso encendió un movimiento conspirativo en la misma Lima; la confabulación careció de eficacia pero fue una señal del poder cada vez más grande de los patriotas. El virrey encontró dificultades para aumentar las fuerzas realistas; carecía de rentas y los cabildos se negaban a cooperar. En 1818 se mostraba pesimista, aunque probablemente exageraba el problema: «los buenos son apáticos, la opinión de los cholos e indios especialmente no es favorable al rey; y la multitud de los esclavos sin excepción está abiertamente decidida por los rebeldes, de cuya mano esperan la libertad». **[18]** La victoria de San Martín en Maipú causó un gran número de bajas entre la fuerza expedicionaria peruana y provocó gran preocupación en el mismo Perú. La posición política de Pezuela se debilitó aún más en 1820 cuando en Cádiz el ejército español se amotinó y obligó a Fernando VII a restaurar la Constitución de 1812. A su debido tiempo, Pezuela recibió instrucciones del gobierno español para aplicar la constitución en Perú, restaurar los cabildos elegidos e implementar otra versión, una más, del liberalismo español. El resultado fue la confusión: se enajenó a la aristocracia peruana; el pueblo no se dejó impresionar;

Pezuela actuó con lentitud; y el cabildo de Lima constitucionalizó por sí mismo. La única pauta era la inestabilidad, que era lo último que Pezuela quería en su propio campo. San Martín estaba listo para invadir.

La guerra por Perú

El ejército libertador se reunió en Valparaíso el 19 de agosto de 1820, se embarcó entre el 19 y el 20 y zarpó el 21 en dieciocho transportes escoltados por siete buques de guerra tripulados por mil seiscientos marineros; entre estos últimos había cerca de seiscientos extranjeros, en su mayoría británicos, y los capitanes eran o británicos o estadounidenses. El ejército, compuesto por la División de los Andes y la División de Chile, tenía en total cuatro mil quinientos soldados entre infantería, caballería y artillería (con sus treinta y cinco cañones de campo); de éstos, 2.313 eran argentinos y 1.968 chilenos. De la fuerza original no más de diez oficiales y noventa hombres de los demás rangos llegarían a pelear en Ayacucho (1824), la última batalla por la independencia peruana, para entonces el resto se habían convertido en bajas o se habían visto desplazados por cuestiones políticas. **[19]** Ningún temor acerca del resultado final empañó esos magníficos días de agosto de 1820. La población de la capital y el campo llegó a raudales a Valparaíso para aclamar a las tropas mientras las bandas tocaban y las banderas ondeaban. Entre quienes lloraban se encontraban muchas mujeres que habían seguido a sus hombres en las anteriores campañas y ahora debían quedarse atrás con sus hijos. Una vez que las naves fueron saliendo de la bahía, el trabajo de lord Cochrane a bordo del
O'Higgins
se redujo a mantener el convoy unido.

San Martín tenía la ventaja de la sorpresa y la opción de varios puntos de desembarco. El virrey Pezuela, con una extensa costa que defender, no tenía información sobre el destino del enemigo y tras la revuelta del ejército español en Cádiz en enero de 1820 no podía esperar refuerzos de la Península. Sin embargo, los libertadores también tenían problemas.

O'Higgins

había dado a Cochrane instrucciones claras de que el general San Martín tenía «la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa» y «obrara V. S. precisa y necesariamente en consecuencia del plan que suministrare el general San Martín». [20] Tales instrucciones no tardaron en ponerse a prueba. En la costa meridional de Perú, los invasores se toparon con un penoso desierto de arena y maleza, salpicado de crestas de roca negra, hasta que navegaron hacia Pisco, al sur de Lima, donde en los fértiles valles del interior crecían los viñedos plantados por los primeros colonizadores españoles y que entonces producían vinos y aguardientes de alta calidad. Cochrane quería continuar hacia el norte, hasta el Callao y Lima, enfrentarse de inmediato a los realistas y ocupar la capital. San Martín, sin embargo, tenía otro plan. El general desembarcó su ejército en Pisco, a unos ciento sesenta kilómetros del Callao, «para gran desilusión mía», informó Cochrane, y permaneció allí, en un «exceso de cautela», durante seis semanas con sus tropas en gran medida inactivas. [21] Con sillas y arneses al hombro, una avanzadilla dirigida por Las Heras aseguró el área y consiguió caballos y reses, ron y carne fresca para los soldados, antes del desembarco principal el 11 de septiembre. Las tropas tenían órdenes estrictas de no dedicarse al saqueo y comportarse como libertadores, no como opresores: «No venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos». Esta declaración de misión resonó entre los invasores a lo largo de la historia. [22]

Estas y posteriores diferencias entre San Martín y Cochrane no fueron sólo consecuencia de incompatibilidades personales, el general cauto contra el almirante audaz, el político calculador contra el escocés impulsivo, sino también de concepciones estratégicas encontradas. Cochrane sostenía que era necesario y posible destruir el poder español. Sabía, además, que mantener inactiva la flota durante cualquier lapso era en extremo costoso y que lo que el ejército podía permitirse, para la marina era pernicioso. San Martín tenía otras prioridades. Él también buscaba una victoria absoluta en Perú: «destruir para siempre el dominio español en el Perú y poner a los pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos es el objeto esencial de la expedición libertadora». [23] Pero los métodos mediante los cuales esperaba conseguirla eran más complejos que los de Cochrane; eran sutiles y

posiblemente únicos en las revoluciones hispanoamericanas. San Martín creía que una expedición libertadora extranjera no podía en realidad liberar Perú por sí sola, que la liberación dependía de la cooperación de los peruanos y que de ser posible debían llevarla a cabo los peruanos, con el mínimo de violencia hacia el país y sus instituciones. «Siempre ha manifestado una gran preocupación por impedir, de ser posible, cualquier revolución en Lima que pueda ser causa de derramamiento de sangre y otras calamidades», informó el comodoro Bowles. **[24]** Y el mismo San Martín declaró: «Mi alma no se satisfaría nunca con una victoria obtenida a costa del derramamiento de sangre americana; yo ambiciono un triunfo pacífico, fruto de la irresistible necesidad». **[25]** Como escribió al intendente de Trujillo, en el norte de Perú, el marqués de Torre Tagle: «La opinión pública se consolida, y se pronuncia más abiertamente, al ver que son religiosamente cumplidas mis promesas de respetar prerrogativas, empleos y propiedades de los que no son enemigos de la causa que estoy encargado de sostener y promover», y a continuación pedía a su destinatario que se uniera a la causa independentista. ¿Era prudente y justo, preguntaba, «luchar contra el torrente de los sucesos y los dictados de la justicia, contra la voluntad de los pueblos y el imperio de la necesidad»? **[26]**

San Martín era un libertador auténtico, el más escrupuloso de todos los americanos. Si sus propias palabras significan algo, había ido a Perú para librar una guerra no de conquista sino de ideas, una guerra por las mentes y los corazones de los peruanos. En lugar de enfrentar al enemigo de inmediato, prefirió esperar a que los patriotas peruanos se unieran a su causa. Se le ha criticado por esperar demasiado de los peruanos y sobreestimar el apoyo popular de que gozaba la independencia. Sin embargo, San Martín tenía sus razones. En los años de inacción había tenido ocasión de pensar a fondo sobre Perú, su estructura social, su equilibrio de razas y las razones por las que esta sociedad jerárquica seguía siendo leal a España. Y tras sus ideales nobles, había una reserva de realismo.

Veía una sociedad profundamente dividida entre españoles y criollos, entre blancos, mestizos, negros e indios, y advirtió que España mantenía el control de Perú por medios distintos a los exclusivamente militares. Los blancos peruanos siempre habían sido conscientes de que los indios y los mestizos los superaban en

número, y del demonio que anidaba entre ellos. Sabedores de su condición de minoría, eran reacios a desmantelar el Estado colonial, mientras que, por su parte. España sabía que sus defensas contra una rebelión indígena dependían de la cooperación de los criollos. Por estas razones los criollos eran conscientes de que contaban con cierto poder de negociación, y en los años posteriores a 1810, cuando surgió la posibilidad de una reforma política de la mano de los constitucionalistas españoles (reforma que reduciría el poder absoluto del gobierno virreinal y daría a los criollos una participación mayor en la toma de decisiones), estuvieron preparados para actuar, al menos los criollos al sur de los Andes, aunque no necesariamente para buscar la independencia total. El Estado colonial se beneficiaba no sólo de las divisiones entre criollos e indios sino también de la desunión dentro de las filas indias; incluso durante las rebeliones indias recientes, muchos caciques, impulsados en parte por rivalidades personales, comunitarias y étnicas, habían mantenido a sus pueblos leales a la Corona. Los esclavos vivían fuera de esta sociedad, pero no ignoraban lo que ocurría. Aunque en todo Perú no había más de cuarenta mil aproximadamente, la gran mayoría de los esclavos vivía en la costa central, donde constituían la mano de obra de las plantaciones, y diez mil de ellos vivían en Lima, donde conformaban el 16 por 100 de la población urbana y se los consideraba indispensables en los oficios y el trabajo doméstico. [27] España controlaba Perú aplicando el principio del «divide y reinarás», manteniéndose bien informada del tamaño de las divisiones étnicas y sabiendo manipularlas con habilidad.

San Martín era consciente de los problemas sociales que aguardaban a los invasores, pero su estrategia podía justificarse no sólo en términos políticos y sociales sino también desde un punto de vista militar. Con menos de cinco mil hombres, su propio ejército no era muy grande, y tenía ante sí unas fuerzas realistas que, incluyendo los contingentes de Cuzco y el Alto Perú, y tanto las milicias como las unidades regulares, contaban con un total de veintitrés mil hombres, si bien sólo unos nueve mil de éstos estaban preparados para hacerle frente. [28] El virrey Pezuela no podía aprovechar de forma inmediata su superioridad militar, pues las instrucciones del nuevo régimen liberal español le ataban y le

obligaban a buscar la paz. San Martín respondió en seguida a sus intentos de aproximación; envió a los civiles Tomás Guido y Juan García del Río como representantes a una conferencia de paz en Miraflores (25 de septiembre de 1820) y acordó un armisticio de dieciocho días. **[29]** Sin embargo, no hubo bases para el acuerdo; mientras que el conservadurismo de San Martín tranquilizaba a los realistas, su insistencia en la independencia les resultaba inaceptable, incluso en forma de una monarquía española autónoma en el país. Con todo, San Martín había divisado una apertura posible que mantuvo en mente para el futuro. La revuelta de los constitucionalistas en España acabó con la posibilidad de que los realistas recibieran refuerzos militares de la Península, y el ejército de Perú estaba ahora solo. Al mismo tiempo, las tensiones entre los absolutistas y los liberales de la metrópoli se reflejaban en Perú, a donde algunas de estas ideologías habían llegado incluso de la mano de los militares. Así, mientras algunos oficiales, los llamados «blancos» o «constitucionales», eran partidarios de la paz, los «negros» o «serviles» insistían en continuar con la guerra a toda costa. San Martín tenía la esperanza de poder tratar con los moderados del ejército, si moderación era una palabra apropiada para describir a cualquier miembro del alto mando español, y mantendría esta posibilidad en mente para el futuro, sin que la guerra total la anulara. El libertador se preparó entonces para poner en práctica su plan militar, una estrategia osada y arriesgada.

Se envió una columna volante de mil doscientos hombres a órdenes del general Juan Antonio Álvarez de Arenales al interior, hasta Ica, cerca de Pisco, con órdenes de penetrar en la sierra, revolucionar a los indios y avanzar en dirección norte a lo largo del valle de Jauja, paralelo a la costa, con la intención de aislar a Lima desde el interior. Arenales era un español peninsular de nacimiento que había servido en el ejército realista del Río de la Plata hasta que la desilusión con el régimen colonial lo llevó a unirse a la revolución. Un veterano de las campañas en el Alto Perú, era un experto tanto en la guerra irregular como la regular. Se había unido a San Martín en Chile y llegó a ocupar un lugar especial a órdenes del Libertador, que le nombro general de división y siempre se dirigió a él como compañero. Durante el mes de diciembre, su campaña logró obtener ganancias militares significativas y

consiguió establecer comunicaciones con la costa. San Martín, por tanto, tenía ahora un punto de apoyo en Perú, una presencia revolucionaria en la sierra y en todas partes un público para sus intenciones. Tras ello, el 23 de octubre volvió a embarcarse y llevó la fuerza principal de su ejército más allá de Lima, primero a Ancón, un pueblo miserable al norte de la capital, después, el 9 de noviembre, al pequeño puerto de Huacho, a unos ciento diez kilómetros al norte del Callao, y dirigió la entrada al fértil valle de Huaura, con lo que interpuso su ejército entre la capital, al sur, y la región agrícola del norte del país, de la que los realistas dependían para abastecerse de alimentos. Estableció su cuartel general en Huaura durante los siguientes seis meses. Su intención era bloquear Lima por tierra y por mar y, de ese modo, evitar la necesidad de un asalto directo.

Esta estrategia cautelosa causó profundos resentimientos en muchos de los oficiales de San Martín, para empezar en el almirante Cochrane, que controlaba los mares y proporcionó la cobertura naval para el traslado a Ancón. A pesar de sus diferencias, los dos hombres habían colaborado de forma rutinaria desde agosto. Las cartas entre ambos en los meses de septiembre y octubre demuestran un intercambio franco de información e ideas. San Martín escribe: «vámonos luego de Pisco, y trabajaremos con la paciencia que hasta aquí, porque esta empresa no es posible llevarla de otro modo. ¡Cuánto tengo que sufrir a cada paso! Pero no hay remedio, milord: sólo así podremos llenar el fin de nuestros deseos»; y en relación al método para reembarcar al ejército adopto los planes de Cochrane: «a no ser la infatigable actividad de usted no podría contar fácilmente con la rapidez de los preparativos que tanto necesito en ese orden». **[30]**

No obstante, Cochrane estaba impaciente. Para indignación de la marina británica, estaba imponiendo un bloqueo en la costa peruana para disuadir a las embarcaciones neutrales, incluidas las de los comerciantes ingleses, de aprovisionar a los realistas. Pero el almirante quería más acción. Las fuerzas navales eran demasiado costosas para mantenerlas inactivas; y él estaba decidido a destruir los restos del poderío marítimo español en el Callao y atacar Lima de forma simultánea. Éste era el modo de pensar que le había dado fama y éxito en el Atlántico y el Mediterráneo, y no tenía motivos

para dudar de que fuera aplicable en el Pacífico. No estaba en condiciones de influir en la estrategia terrestre de San Martín, pero en el mar él era el amo. En la noche del 5 de noviembre de 1820, en una operación naval impresionante organizada con auténtica brillantez y llevada a cabo con valentía, capturó la *Esmeralda* una fragata española de cuarenta y cuatro cañones que se encontraba anclada en el puerto del Callao. La impecable maniobra se basó en una preparación meticulosa. Cochrane reconoció personalmente la oposición, sondeó la bahía del Callao, seleccionó y adiestró a sus hombres. «Y ahora, mis muchachos», bromeó, «vamos a darles una "conspiración de la pólvora" que no olvidarán en mucho tiempo». Tras acercarse a la fragata remando en silencio, en medio de las demás naves enemigas y ante las mismísimas baterías de Callao, dos partidas de abordaje armadas hasta los dientes, una de ellas comandada personalmente por Cochrane, tomaron a la tripulación por sorpresa y, después de una lucha tenaz en la que el almirante resultó herido, la obligaron a rendirse, cortaron el cable de la embarcación y partieron con ella, capturando así la mejor nave de guerra española en el Pacífico, «un golpe mortal para la fuerza naval española en ese rincón del mundo». **[31]** Cochrane sufrió cuarenta y un bajas, los españoles ciento sesenta. La *Esmeralda* no era la primera fragata española capturada por el almirante, cuya acción contra *El Gamo* frente a Barcelona en 1801 había contribuido a consolidar su reputación en la marina británica. Sin embargo, semejante audacia era inédita en Suramérica. San Martín aprobó la acción y escribió con efusión sobre ella a
O'Higgins,
elogiando al almirante, sus oficiales y hombres. Incluso la marina británica tuvo que admirar la operación: «En la mañana del día 6 hacia las 00.30 tuvo lugar un brillantísimo encuentro, dirigido por lord Cochrane en persona, entre los botes de las naves mencionadas y la *Esmeralda* (una fragata española), que logró llevarse junto con una cañonera, de debajo de las baterías y fuera de su línea de defensa, y en menos de media hora tuvo a toda vela. Esto se hizo con tanta rapidez y con tanta maestría, que apenas tuve tiempo de salirme de la línea de fuego». **[32]**

No obstante, San Martín persistió en continuar su propia guerra de espera. Rodear al enemigo por tierra y por mar, bloquearlo,

obligarlo a pasar hambre, acosarlo y contenerlo, ésa era la estrategia, pero su implementación requería tiempo y paciencia. Fue una experiencia difícil que probó hasta el límite su propia política, e incluso su salud, cuando se convirtió en uno de los cientos de hombres afectados por las epidemias que sufrió el ejército durante esos interminables días en un clima nocivo. «Mi salud está muy abatida», le escribió a
O'Higgins,
«creo con evidencia que, si continúo así, pronto daré en tierra». Pero su espíritu era fuerte y sus instintos militares poseían todavía mucho vigor. Como escribe un testigo peruano: «Sostenía el cadáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no teniendo soldados ni para el relevo de sus puestos avanzados».

Un hecho que alivió la tristeza de esos días fue la llegada de lady Cochrane con sus hijos en el buque británico *Andromaque*, que entró en el Callao en enero de 1821. La mujer se abrió camino hasta el interior, donde provocó un tremendo efecto en las tropas de William Miller en Huacho:

> La súbita aparición de la juventud y la belleza, sobre un caballo brioso, que manejaba con habilidad y elegancia, electrizó por completo a los hombres, que nunca antes habían visto a una dama inglesa. *¡Qué hermosa! ¡Qué graciosa! ¡Qué linda! ¡Qué guapa! ¡Qué airosa! ¡Es un ángel del cielo!*, fueron las exclamaciones que dejaron escapar de un extremo de la línea hasta el otro. Ésta es nuestra generala. Su señoría volvió sus ojos centelleantes hacia la formación e hizo una venia de cortesía. Las tropas no pudieron seguir limitando sus expresiones de admiración a interjecciones medio suprimidas, y tanto los oficiales como los soldados dejaron escapar sonoros «vivas». Lady Cochrane sonrió en agradecimiento y siguió a medio galope con la gracia de un hada. **[33]**

San Martín no podía posponer la acción de forma indefinida. Un intento de emprender la ofensiva en enero de 1821 avanzando hacia el sur en dirección a la fortaleza realista de Aznapuquio, con la esperanza de establecer una conexión de refuerzo desde el flanco a medida que Arenates descendía de la sierra, no consiguió surtir efecto. San Martín fue incapaz de sincronizar la operación y la amenaza de los realistas lo obligó a retirarse a Huaura. Éste fue un error desafortunado que debilitó su frente de las montañas sin

conseguir ninguna ganancia en su posición costera. Al hacer descender a Arenales y sus fuerzas para una operación infructuosa en la costa y luego integrarlos a su ejército principal, San Martín había desocupado la sierra y abandonado una operación modelo, la más prometedora hasta el momento y una que había demostrado que una columna volante de un millar de hombres podía llevar la revolución al interior y desconcertar al enemigo al colocar una fuerza de combate en medio de su territorio. Los indios en realidad no se habían dejado convencer por ninguno de los dos bandos, pero los jefes realistas no se preocuparon por estas sutilezas cuando reconquistaron la sierra y tomaron represalias sangrientas contra comunidades indígenas abandonadas.

San Martín continuaba esperando que las fuerzas enemigas se derrumbaran y los patriotas peruanos se alzaran. Pensaba que su mera presencia tendría un efecto perturbador en los realistas, que los reclutas patriotas se sumarían a sus fuerzas mientras que el ejército del virreinato era víctima de la desmoralización y las deserciones. Los observadores difieren en las dimensiones del ejército realista, pero coinciden en que sus filas estaban compuestas en su mayoría por peruanos. Sir Thomas Hardy, el más famoso de los capitanes de Nelson, que había sucedido a Bowles como comandante en jefe de la escuadra suramericana, informó desde su base que «de los seis mil o siete mil hombres del ejército real, no más de dos mil quinientos son europeos». [34] Es de suponer que los espías de San Martín le mantenían informado de estos hechos, una prueba perturbadora para sus tesis. Sin embargo, no estaba en su naturaleza perder los nervios. El 25 de junio de 1821, durante una larga entrevista con el capitán Basil Hall, de la marina británica, sobre la cubierta de su goleta, insistió en que podía tomar Lima de inmediato, pero que ello carecía de sentido si los habitantes de la ciudad eran políticamente hostiles al ejército libertador. Esta guerra era un conflicto de opinión en el que su misión era ser el libertador de Perú, no su conquistador. En este sentido se preguntaba: «¿Cuánto puede avanzar la causa de la independencia con la captura militar de Lima, o incluso del país entero? Mi punto de vista es muy diferente. Deseo que todos los hombres piensen conmigo, y preferiría no avanzar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública». [35] ¿Tenía razón al pensar así?

José de la Riva Agüero, orgullo de la aristocracia colonial, advirtió a San Martín de los peligros que entrañaba esperar demasiado de los peruanos:

> Los de la clase alta aunque desean la independencia no darán sin embargo ni un paso para lograrlo o secundarla, pues como tienen a sus padres empleados o son mayorazgos, o son hacendados, no se afanan mucho por mudar de existencia política, respecto a que viven con desahogo bajo el actual gobierno. Los de la clase media que son muchos no harán nada tampoco activamente hasta que no vengan los libertadores y les pongan las armas en la mano, su patriotismo solo sirve para regar noticias, copiar papeles de los independientes, formar proclamas etc., levantar muchas mentiras que incomodan al gobierno y nada más. Los de la clase baja que comprende este pueblo, para nada sirven ni son capaces de ninguna revolución En una palabra, no hay que esperar ningún movimiento que favorezca los del ejército protector de esta capital. **[36]**

Una intervención desdeñosa de parte de uno de los miembros de la élite colonial que, al igual que el resto de su clase, no estaba tan preocupado por la supervivencia del dominio español o el triunfo de la independencia, como por el grado de poder y control que tendría fuera cual fuera el régimen. Y su realismo no era del todo exacto.

La proximidad de la expedición libertadora y la reacción posterior de los realistas hizo que muchos peruanos reconsideraran su posición. Los llamados de San Martín no quedaron sin recompensa. Un buen número de criollos destacados, entre ellos Agustín Gamarra, Andrés Santa Cruz y Ramón Castilla, que posteriormente tendrían papeles importantes en la vida republicana de Perú y Bolivia, desertaron de las filas de la Corona para unirse a las de los libertadores. Un número cada vez mayor de municipios declaró la independencia, el primero fue Supe en abril de 1819, y al año siguiente imitarían su ejemplo Ica, Tarma y Lambayeque. Torre Tagle, un aristócrata criollo, no era un independentista convencido, y hubiera preferido para su país una autonomía dentro de un marco hispánico, pero, tranquilizado por la moderación política de San Martín y su sesgo monárquico, dirigió al cabildo de Trujillo, en el norte de Perú, para que declarara la independencia el 29 de diciembre de 1820, lo que no sólo sirvió de ejemplo sino que aportó a la causa valiosos refuerzos en forma de reclutas y provisiones. El ejemplo de Trujillo fue pronto seguido por Piura y otras poblaciones

del norte del País. El premio mayor, sin embargo, fue Guayaquil, un importantísimo puerto septentrional y la sede de una industria de construcción naval, que se había sumado a la revolución en octubre. Para mayo de 1821 todo el norte del Perú había declarado la independencia y bajo la dirección de la élite criolla empezó a proporcionar a San Martín hombres y dinero en un momento en que los necesitaba con urgencia.

En el sur autorizó una expedición a Intermedios en marzo de 1821, dirigida por Cochrane, que estaba autorizado a actuar según la situación lo requiriera. El oficial inglés William Miller dirigió las fuerzas terrestres, lo que al mismo tiempo permitió difundir la revolución y desviar a las fuerzas enemigas procedentes del Perú central; se ocupó Arica, en la costa, y Miller penetró con éxito en el interior hasta Tacna y Moquegua, y sacó a las fuerzas realistas de otras partes antes de tener que detenerse por falta de hombres y armas. Nada de esto fue una conquista, pero sus acciones mantuvieron al enemigo en total tensión, sin arriesgarse a una batalla campal. Entre tanto, en el interior, una segunda expedición dirigida por Arenales derrotó a un destacamento realista en Pasco, y en mayo avanzó hasta Tarma. En ese punto, Arenales propuso a San Martín un plan para trasladar toda la operación militar a la sierra y dejar Lima a los esfuerzos de la marina y las guerrillas, pero la idea no fue aceptada y cuando Arenales llegó a Jauja recibió la noticia de que se había negociado otro alto el fuego.

A medida que San Martín estrechaba su cerco sobre Lima y Cochrane controlaba el mar, la tensión en las filas españolas dio credibilidad adicional a la tesis de una revolución sin guerra. Las deserciones se multiplicaron, y en diciembre de 1820, tras su derrota a manos de Arenales en Pasco, el veterano batallón Numancia, con sus cerca de seiscientos cincuenta efectivos, la mayoría de ellos hispanoamericanos reclutados en Venezuela y la Nueva Granada, se pasó a la expedición libertadora. La conducción de la guerra por parte de Pezuela, sus vacilaciones, la pérdida de Chile y las derrotas sufridas en Perú se tradujeron en críticas airadas en su propio ejército y dieron lugar a una revuelta palaciega cuando un grupo de oficiales de alto rango en Aznapuquio depuso al virrey (29 de enero de 1821) y le reemplazaron por el general José de la Serna. Aunque condonado por Madrid, este golpe militar

deterioró la legitimidad del régimen español en Perú sin lograr ninguna ganancia militar en contraprestación. Los peruanos estaban viviendo tiempos difíciles, como observó el capitán Basil Hall de la marina británica, que visitó Lima en febrero. Personas de todas las clases sociales estaban sufriendo los efectos de las privaciones a medida que el Estado colonial perdía el rumbo. Los pobres no podían satisfacer sus necesidades básicas, los sectores medios se habían visto privados de las comodidades a las que estaban acostumbrados y en las mesas de la élite habían desaparecido los lujos. [37] Los impuestos y la escasez agravaban los padecimientos de la población.

Lima, por supuesto, no era todo Perú, y en las montañas la posición de los realistas seguía siendo fuerte; allí contaban con el respaldo derivado de los históricos resentimientos regionales contra la capital, y las ocasionales expediciones desde la costa, como una segunda penetración dirigida por Arenales en abril de 1821, no afectaban su situación. San Martín se refrenó en Lima y permaneció inactivo en Huaura, que se había convertido en una trampa mortal para su ejército y donde la malaria, la disentería y otras enfermedades causaron dolorosas pérdidas en las filas patriotas. De los cinco mil soldados que desembarcaron en Pisco, tres mil cayeron enfermos y el número de los que fallecían cada día estaba entre treinta y cincuenta. Los demás, por su parte, no estaban en condiciones de cavar tumbas, mucho menos de empuñar las armas contra el enemigo. [38] Y Cochrane seguía impaciente, convencido de que Lima estaba lista para caer en el regazo de la expedición. Sólo unos «celos enloquecidos» que le convertían en un rival a ojos de San Martín, afirmó posteriormente, impidieron al general darle los hombres necesarios para capturar la ciudad y sumarla a la expedición libertadora. [39] Esto es una exageración típica de Cochrane, pero que en su momento compartía su tripulación y que no disminuyó cuando San Martín autorizó al almirante a proporcionar cobertura naval al desembarco de Miller en el sur. En términos de su estrategia más amplia, San Martín continuó impasible, convencido de que podía ahogar a Lima hasta hacerla rendirse pese a no tener un ejército lo bastante grande para una batalla campal.

La Serna y sus colegas fueron incapaces de aprovechar su

superioridad militar sobre San Martín cuando hubieran podido «empujar al mar a las fuerzas de San Martín, inferiores a las suyas», y prefirieron unas negociaciones inconcluyentes que confirmaron todavía más el argumento del libertador. [40] Entre tanto, atascado en Huaura e inmerso en el sombrío presente, la mente de San Martín volvía al pasado en una indicación de que su historia personal siempre estaba en sus pensamientos. Uno de los comisionados de paz nombrado por el gobierno constitucional en España era el capitán de la marina Manuel Abreu, que antes de su llegada empezó a comunicarse con San Martín, mencionando que alguna vez había conocido a su familia en Málaga. «La estimable de V. de 6 de febrero», le respondió San Martín desde Huaura, «me ha traído a la memoria una época que no puedo recordar sin emoción. Celebro mucho que V. hubiese tratado en Málaga a mi Madre, y hermana, y este es un doble motivo para que me interese más por su pronta llegada». [41] El enviado real, físicamente un lisiado, vio aumentar su confianza debido a la generosa recepción que se le ofreció en el campamento de San Martín a su llegada el 25 de marzo, en contraste con el helado recibimiento que le dieron La Serna y sus oficiales, resentidos por el hecho de que hubiera visitado al enemigo primero. San Martín había confiado a Abreu su plan militar para «tomar Lima circunvalándola, cortándole todas las entradas de víveres sin aventurar acción», reservando a sus tropas para una ocasión más peligrosa en caso de ataque, «pues que para las de Lima se bastaba con la sublevación de todo el país». Su proyecto político resultó incluso más interesante para el negociador, que informó de que San Martín le había dicho: «Que si la España se empeñaba en continuar la guerra sería el exterminio del Perú… Que conocía muy bien la impotencia de la América para erigirse en República independiente por carecer de virtudes y civilización, y que en estos extremos había convenido con los de su ejército en coronar a un Príncipe español, medio único capaz de ahogar las opiniones de enemistad, reunirse de nuevo las familias y los intereses; y que por honor y obsequio de la península se harían tratados de comercio, con las ventajas que se estipulasen, y que en cuanto a Buenos Aires [continúa cifrado] *emplearía sus bayonetas para compelerlos a esta idea si no se prestasen»*. [42] Una expresión militar de una posición política, si es cierto que San Martín

realmente usó las palabras que le atribuye un español leal a la Corona.

Las negociaciones comenzaron en Punchauca, justo al norte de Lima, el 4 de mayo de 1821. Se firmó un armisticio provisional el 23 de mayo y el 2 de junio el mismo San Martín se entrevistó con el virrey La Serna. De nuevo fue el monarquismo de San Martín el que despertó el interés de los realistas. Propuso, en primer lugar, que España debía reconocer la independencia del Río de la Plata, Chile y Perú; en segundo lugar, que debía formarse una junta de gobierno, compuesta por un representante del virrey, otro de San Martín y otro de los peruanos; en tercer lugar, que se enviara a España a dos comisionados para notificar al rey de la declaración de independencia e invitarlo a colocar a un príncipe de la familia real en el trono de Perú con la condición de que el nuevo soberano aceptara la constitución. Una vez más los españoles rechazaron la independencia y las conversaciones terminaron en punto muerto, el armisticio expiró y se abrieron de nuevo las hostilidades. [43] Según las explicaciones posteriores, San Martín era consciente de que Madrid nunca ratificaría un tratado semejante, y su objetivo real era comprometer a los jefes realistas, dejándoles como única alternativa unirse a él y reconocer la independencia de Perú. [44] Pero Punchauca ofreció una lección más significativa. Fue otra vindicación de los revolucionarios, una señal más de que España, liberal o absolutista, no tenía nada que ofrecerle a América. Pero a corto plazo el interludio también resultó útil a La Serna, pues le dio un respiro para preparar su siguiente paso.

La caída de Lima

Bloqueados por mar y rodeados por un público cada vez más hostil, la posición de los realistas en Lima era ahora incierta. El 6 de julio La Serna evacuó la capital (pero no el Callao) y llevó a sus tropas al interior. Este fue un movimiento inteligente: en Lima su ejército carecía de alimentos y estaba expuesto a las enfermedades. La sierra tenía mayores recursos y un clima más saludable. A pesar de los apremios de Cochrane, San Martín siguió sin hacer ningún movimiento encaminado a destruir el desorganizado ejército del virrey, que logró reagruparse en la sierra. San Martín tenía las

mismas opciones que de La Serna. ¿Debía proteger a sus tropas de la pestilencia de la costa y dar a los afectados por el clima la posibilidad de recuperarse en las montañas como habían hecho los hombres de Arenales? [45] El general decidió en contra de esta posibilidad y prefirió la opción política de convertir la capital en un centro de la revolución a ¡as ventajas militares que le proporcionaba la sierra. A ojos de muchos ciudadanos su elección fue correcta, pues les libró no sólo de los indios y los negros sino, ante todo, del hambre y las enfermedades.

El 5 de julio, antes de la entrada de las tropas de San Martín en Lima, la ciudad se descubrió sin guarnición y el pánico se difundió entre la aristocracia y los sectores medios de la sociedad. La población no temía las atrocidades que pudieran cometer los soldados sino una gran revuelta de los esclavos de la ciudad, que podían aprovechar la ventaja que les ofrecía la ausencia del ejército en una recreación de los levantamientos de Haití. El capitán Basil Hall, testigo directo de estos acontecimientos, no compartía la alarma: «Los esclavos nunca dispusieron de tiempo libre para planear una trama semejante; la unión o la empresa no estaban entre sus hábitos, pues eran todos sirvientes domésticos y estaban muy desperdigados en una ciudad inmensa, por lo que las oportunidades de interacciones confidenciales eran escasísimas». [46] El 10 de julio una avanzadilla del ejército libertador al mando del coronel José Manuel Bogoño llegó a la capital, y el mismo San Martín entró en la ciudad de incógnito para ver y valorar la situación. Basil Hall, que había desembarcado para observar los acontecimientos, le vio en la calle y San Martín le saludó. Las mujeres se arrojaban en los brazos del libertador cuando le reconocían y el general tenía que liberarse con cortesía de sus abrazos, si bien no se mostró igual de desdeñoso en el caso de una mujer más joven, de quien Hall no nos ofrece el nombre. [47]

El 12 de julio San Martín entró en Lima abiertamente y fijó su residencia en el palacio virreinal en compañía de su Estado Mayor. En los días siguientes, llegaron a la ciudad más tropas en medio del entusiasmo popular. Entre ellas se encontraba un joven oficial porteño, Juan Isidro Quesada, que recientemente había sido prisionero de guerra y que había sido liberado tras un intercambio de prisioneros con los realistas. Para entonces se le había destinado

al 8.º Batallón del Ejército de los Andes, y después de establecerse en la ciudad, acudió al palacio con otros oficiales de su batallón para felicitar a San Martín:

> Llegamos al palacio y subimos con el coronel a las habitaciones del General, quien luego que fuimos anunciados nos hizo entrar a uno de los salones de éste, en el que fuimos recibidos por él con toda aquella amabilidad y caballerosidad que le era característica con los oficiales del ejército. Luego que todos estuvimos en su presencia, nos dijo: «He hecho bajar al batallón n.º 8 a la capital, para que la juventud delicada que tengo en mi presencia forme la opinión en este país, que se halla tan impregnada de viejas costumbres de aristocracia y por medio de ustedes, principiar a hacer olvidar éstas y fomentar las de nuestro sistema demócrata. Estoy muy seguro, caballeros, que ustedes no desmentirán en nada el nombre del ejército libertador ni menos el del batallón al que pertenecen. Mas si por desgracia hubiese alguno que se olvidase de la senda del honor y 1® virtud que los distingue, seré inexorable en el castigo a que se haga acreedor por su falta». **[48]**

San Martín prometió protección total a todos los habitantes de la ciudad, que le habían solicitado no retrasar su llegada para rescatarlos del desorden. La élite, sin embargo, se encontraba en un dilema doloroso:

> Los españoles, que formaban la clase acaudalada, estaban tristemente perplejos, si declinaban sumarse a las ideas de San Martín, corrían el riesgo de que sus propiedades y sus personas fueran víctimas de las confiscaciones, si accedían a sus condiciones, quedaban comprometidos antes su propio gobierno, el cual, todavía era posible, quizá regresara para someterlos a una venganza igual. Los nativos, por otro lado, que teman mejores razones para sentirse confiados, estaban todavía más alarmados por las consecuencias de sus actuales actos Muchos cuestionaban la sinceridad de San Martín, y muchos dudaban de que tuviera el poder para cumplir con sus compromisos. **[49]**

La respuesta al dilema era respaldar la independencia o huir. El 15 de julio un cabildo abierto formado por ciudadanos de las clases altas declaró la independencia, que se proclamó oficialmente el 28 de julio en la Plaza Mayor. Esa gran plaza pública de Lima era un escenario apropiado para el acontecimiento. Un lado estaba ocupado por el palacio del virrey, ahora convertido en casa de

gobierno, otro por la catedral y los dos restantes por elegantes casas de dos plantas. A la ceremonia asistieron San Martín y su Estado Mayor, vestidos con elegancia y a caballo, con las tropas en formación y la multitud empujando para adelante. El general declaró: «Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende». Y desplegando la bandera roja y blanca que había diseñado en Pisco, exclamó: «¡Viva la patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la Libertad!». [50] Se arrojaron monedas a la multitud, ocho mil pesos en total, y algunas de ellas rodaron entre las piernas de los soldados que estaban desfilando, los cuales tuvieron suficiente disciplina como para no romper filas y correr a cogerlas.

Al día siguiente hubo un solemne Te Deum en la catedral, aunque no todos los obispos respaldaron la independencia. El obispo de Maynas animó a los fieles a oponer resistencia a «esas gavillas de bandidos y bribones», y el Obispo de Huamanga condenó a las tropas de Arenates, «que roban y matan sin consideración». [51] Esa misma noche se celebró un baile en el palacio virreinal, a cuyas puertas se apiñó la gente atentando entrar. Hablando con sus soldados acerca de los controles de admisión, San Martín les preguntó «¿y esa chusma que hay allí?»; éstos le informaron que la gente había llegado allí con sus amos. «Pues bien, ahora no me deja entrar Vd. a ninguna persona que no venga en traje de baile, sin distinción de sexo». [52] En esos días Lima conoció a un San Martín relajado. Aunque en los asuntos públicos nunca abandonaba su carácter estricto y la formalidad, en sus contactos sociales se mostraba humano y amable en especial al tratar con colegas más jóvenes, a los que animó a participar en las tertulias y relacionarse con las muchachas peruanas en la pista de baile.

El patriotismo no era la única explicación para estos acontecimientos. En Lima el paso del gobierno realista al gobierno revolucionario estuvo acompañado por muestras incipientes de violencia social y el miedo de los criollos a morir masacrados a manos de los esclavos. Patriotas y realistas por igual acudieron a San Martín para que los protegiera del desorden social, y después de la partida del virrey ciudadanos destacados invitaron al

libertador a hacerse de inmediato con el control de la ciudad en nombre de la ley y el orden. Según Basil Hall, «la gente no tenía miedo sólo de los esclavos y la turba, sino también, y con más razón, de la multitud de indios armados que rodeaban la ciudad, que pese a estar a órdenes de los oficiales de San Martín, eran soldados salvajes e indisciplinados, y probablemente entrarían en Lima en masa tan pronto como los españoles se hubieran ido». [53]

San Martín, por tanto, llegó al rescate de Lima, con la colaboración de aquellos que, dadas las circunstancias, colocaban la seguridad por encima de su fidelidad a la Corona. No todos aprobaban esta posición y fueron muchos los que sufrieron por sus creencias; mientras que los que huyeron tuvieron que abandonar sus casas y propiedades, los que se quedaron fueron castigados, y tras ser sometidos al toque de queda y las exacciones forzosas, al final se les negó el perdón y se les obligó a abandonar el país. Muchos otros ocultaron sus verdaderas convicciones y firmaron la declaración de independencia por miedo o bajo coacción. Las 3.504 firmas del documento, por tanto, no son una medida fidedigna de la opinión de los peruanos o una orientación segura para San Martín. No hay duda de que la caída de Lima justificaba la estrategia sanmartiniana de no violencia. Pero sólo hasta cierto punto: Lima no representaba todo Perú y no había prueba alguna de que el interior, donde aún había un ejército realista, pudiera conquistarse mediante métodos similares, o de que las fuerzas realistas fueran a retirarse indefinidamente. Sin embargo, San Martín no estaba todavía preparado para enfrentarlas. Y se llamó a Arenales sin darle la oportunidad de golpearlas en el interior.

San Martín prácticamente detuvo toda acción militar decisiva y permitió que el enemigo dominara la sierra. Arenales creía que la guerra podía ganarse allí y quería atacar al ejército del general José Canterac; por ello persiguió en marchas forzadas a un enemigo que había perdido el orden, pero luego San Martín le mandó que no arriesgara a sus hombres y retroceder hacia Pasco o Lima. El oficial protestó señalando que estaba ansioso por atacar pero listo para obedecer: «Mi tropa está muy buena, aunque desnuda, y con cosa de cien enfermos, no gravemente, y puede Ud. descuidar de que yo en mis aspiraciones prefiero la seguridad para no arriesgar esta fuerza; pero si acaso Ud. la necesitara para rendir Callao u otro

objeto sírvase avisármelo para ponerme en determinada marcha». [54] Así que, una vez más, se refrenó a Arenales y se le obligó a abandonar una región que él consideraba conquistable y que los realistas se apresuraron a ocupar.

Arenales era un oficial responsable y su sentido innato de la disciplina le contuvo, pero en sus despachos desde el frente es posible leer su impaciencia. Cuando estaba en Matucana, cerca de la capital, recibió órdenes, con fecha del 25 de julio de 1821, de permanecer en la sierra pero sin arriesgarse en acciones que no le fueran favorables. Su respuesta revelaba su exasperación: «No puedo dejar de admirar esta advertencia… dije con repetición y lo digo y lo diré siempre que si esta fuerza salía una vez del centro de aquella provincia y llegaban a ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla; y aún tengo bien presente que en una de sus comunicaciones me dice Ud. en contestación que le importa poco perder la sierra en comparación con otras meditadas medidas». [55] Unos pocos días después añadía: «Bien claro está, señor, y Ud. mismo lo conoce mejor que yo que esto no se puede verificar sin pelear con los enemigos; y, entre no pelear ni desocupar aquellas posiciones, no hay un medio». Al mismo tiempo, desconcertado por la inacción del general y adelantándose a lo que de hecho pronto iba a suceder, preguntó en relación al Callao: «¿Qué hacemos, señor, que no asaltamos ese castillo cuanto antes para que los enemigos pierdan totalmente la esperanza de volver a él? Yo supongo que para esta operación no es preciso que la tropa se detenga mucho en la costa y antes por el contrario, evacuada puede salir casi toda a librarse de los efectos de su temperamento». [56]

La independencia no podía garantizarse mientras el Callao permaneciera en manos realistas. Tomarlo por la fuerza sería difícil, pero San Martín ni siquiera impidió que los realistas reforzaran su posición allí. El 10 de septiembre un contingente español formado por unos tres mil trescientos hombres procedentes del interior a órdenes del general Canterac pasó cerca de Lima sin ser molestado: los dos ejércitos sencillamente se miraron el uno al otro, como si estuvieran esperando para ver quién parpadeaba primero, hasta que el ejército de Canterac avanzó para entrar al Callao. Los realistas permanecieron allí apenas unos cuantos días antes de que la escasez de provisiones los obligara a retirarse de nuevo al interior

llevándose consigo el tesoro de la ciudad y a casi cinco mil de sus defensores. Una vez más, San Martín se negó a atacar y permitió que Canterac se retirara impunemente con el argumento de que «los riesgos de la batalla no beneficiaban la causa patriótica». [57] Es posible defender su valoración, que reflejaba su falta de confianza en su ejército; reducido todavía más por las bajas sufridas en Huaura y reforzado con soldados sin experiencia reclutados en las montañas, era difícil esperar que ganara una batalla campal contra un ejército disciplinado de soldados veteranos. «El más mínimo revés militar en ese momento», escribió Hall, ansioso por explicar la táctica de San Martin, «habría hecho cambiar la marea; los españoles habrían retomado Lima; y la independencia del país se habría retrasado de forma indefinida». El genera) Miller coincidía con esta opinión: «San Martín ha sido censurado con severidad por no atacar a los realistas cuando se presentó la ocasión, pero cuando se tiene en cuenta que muchos de sus soldados eran reclutas bisoños, es posible quizá reconocer que actuó con acierto». [58]

Ahora bien, ¿podía conseguirse la victoria evitando entrar en batalla, permitiendo al enemigo ir y venir a su antojo y dejando intactas las fuerzas realistas? La respuesta era probablemente negativa. Y, con todo, San Martín tenía una razón adicional muy convincente para contenerse. La derrota en una batalla campal habría fortalecido y animado a los grupos sociales hostiles a la independencia, cuyo número era imposible de establecer pero que, no obstante, constituían una seria amenaza. Los españoles y sus simpatizantes no habían sido conquistados más de lo que su ejército había sido derrotado, y la independencia aún se encontraba en un punto crítico. La posibilidad de una contrarrevolución era una pesadilla para San Martín; y para hacer frente a ella un ejército defectuoso pero intacto era mejor que uno derrotado e indefenso. La independencia necesitaba un perfil militar más alto dentro de Lima, y esto explica su confianza en las unidades de pardos y sus esfuerzos frenéticos para reclutar al pueblo común en «cuerpos cívicos» que defendieran la revolución. [59] El Protectorado estaba en alerta máxima.

Hubo entonces una tormenta de críticas y protestas procedentes de sus oficiales, de Cochrane y de los patriotas: «Se puede decir que su pérdida de popularidad empezó en ese momento». Y su

popularidad no se recuperó cuando la fortaleza del Callao, su comandante criollo, el general José de La Mar, y su sufrida guarnición se rindieron el 19 de septiembre, sin que San Martín se hubiera arriesgado a perder su inexperto ejército en un combate con soldados veteranos, mientras que las fuerzas de Canterac regresaron a las montañas agotadas por completo después de un viaje no exento de desafíos. Estos acontecimientos fomentaron el descontento en el ejército. No era un secreto que las fuerzas patriotas estaban divididas, las rivalidades entre argentinos, chilenos y peruanos se habían agudizado, y muchos de los oficiales peruanos no estaban dispuestos a embarcarse en el servicio activo y preferían, de acuerdo con Miller, los placeres de Lima a los peligros de la sierra. **[60]** La indisciplina de este tipo siguió sin ser castigada y el libertador se convirtió en la víctima de su propia generosidad. El problema, no obstante, era mucho más profundo. La táctica defensiva de San Martín y lo que se consideraban decisiones militares erradas por su parte le costaron el apoyo de oficiales de alto rango del Ejército de los Andes, que podían ahora retirarle el respaldo que le habían otorgado en el Acta de Rancagua. Las ideas tácticas de San Martín no eran necesariamente inferiores a las de sus críticos y las impuso con gran convicción. No obstante, como señaló Bartolomé Mitre, soldado además de estadista e historiador, un general que prefiere el escudo a la espada fomenta el derrotismo y se arriesga a perder la lealtad de sus hombres. **[61]** Y la disciplina se estaba deteriorando incluso entre los oficiales de mayor graduación, en especial debido al resentimiento de aquellos que no se habían beneficiado de la distribución de las propiedades de los realistas confiscadas por el ayuntamiento de Lima que el general había llevado a cabo. Las Heras, Enrique Martínez y Mariano Necochea anunciaron que se retiraban del ejército. Y un retiro de consecuencias todavía más dramáticas era inminente.

El sermón de lord Cochrane

La adquisición del Callao confirmó el dominio de los patriotas en la costa y abrió la zona a las embarcaciones extranjeras. Sin embargo, el conflicto en el Pacífico fue entrando en una nueva fase a medida que las relaciones entre San Martín y lord Cochrane se

acercaban a la ruptura definitiva. Mientras que San Martín actuaba como si la guerra estuviera terminada, Cochrane estaba convencido de que todavía había que pelearla. Asimismo, el almirante pensaba que la independencia ganada hasta entonces se debía más a él y sus oficiales que a San Martín, que había asumido el poder en Perú sin siquiera consultar con la fuerza naval, mucho menos con el pueblo, con el fin de establecer un «gobierno despótico». De hecho, lo ocurrido sólo demostraba que el ejército había permanecido sin ser usado e intacto «con el propósito de preservarlo íntegro para promover las ambiciosas ideas del General». **[62]** El general, además, era un tirano, no un liberal, y perseguía a los españoles para recompensar a sus propios políticos.

Escribiéndole como «un hombre honesto y un amigo», Cochrane sermoneó a San Martín a propósito de sus deberes. Usted podría ser el Napoleón de Suramérica, le dijo, pero también tiene el poder para seguir su propio camino: «No ha surgido aún ningún hombre, salvo usted, capaz de remontarse en el aire y con ojo de águila abrazar la extensión del horizonte político. Pero en su vuelo, como Ícaro, se ha confiado a unas alas de cera, y su descenso puede aplastar las nacientes libertades del Perú y envolver a toda Suramérica en la anarquía, la guerra civil y el despotismo político». Después de lo cual añadía: «los aduladores son más peligrosos que las serpientes más venenosas, y cerca de ellos están los hombres de conocimiento si no tienen la integridad o el coraje para oponerse a medidas equivocadas cuando se las discute formalmente o, incluso, cuando se habla de ellas de manera informal». **[63]** Esto era una fantasía a la que había dado riendas después de los acontecimientos, pero un hecho indudable era que Cochrane tenía quejas legítimas. Había perdido dos de sus buques de guerra y no tenía ni abastecimientos ni paga para el resto. Sin embargo, a ojos de San Martín, sus métodos para obtener dinero eran arbitrarios y corruptos. Liberó a los evasores del bloqueo vendiéndoles una licencia comercial por la que debían pagar, en efectivo, un arancel que ascendía al 18 por 100 del valor de la carga. **[64]** El comodoro Hardy, en calidad de jefe de la base británica, se quejó de la situación ante

O'Higgins,

que a su vez transmitió las quejas a San Martín, pero Cochrane

estaba más allá de su control, un incordio al que era imposible detener. Y las licencias comerciales no fueron lo último que se le ocurrió, entre otras cosas decidió cobrar a los refugiados españoles que dejaban la costa dos mil quinientos pesos por darles pasaportes

Entre tanto, los pagos atrasados que debía a sus tripulaciones no habían sido satisfechos, y las promesas de dinero producto de los botines seguían sin cumplirse. Antes de que la expedición partiera, los marineros de Cochrane habían solicitado una garantía de pago que el gobierno chileno no les otorgó. En lugar de ello recibieron una proclamación conjunta de San Martín y Cochrane destinada a tranquilizarlos: «A mi entrada en Lima, pagaré puntualmente a todos los marinos extranjeros que se alisten en el servicio chileno la totalidad de sus pagas atrasadas, a las cuales también añadiré para cada individuo, según su rango, un año de paga más como prima o recompensa por sus servicios». [65] Ahora esta proclamación parecía haber caído en el olvido.

El general y el almirante se reunieron en el palacio de gobierno el 5 de agosto para resolver el problema de las pagas y las provisiones. Se trató de un encuentro acalorado, del que cada parte dejó versiones diferentes. El argumento inicial de San Martín, «soy el Protector del Perú», provocó a Cochrane, quien le replicó: «Entonces me corresponde a mí, oficial superior de Chile y, por consiguiente, representante de la nación, solicitar el cumplimiento de todas las promesas hechas a Chile y su escuadra». «¡Chile! ¡Chile!», gritó San Martín con desdén: «Nunca pagaré un solo real a Chile y en lo que respecta a la escuadra puede usted llevarla a donde le plazca, irse cuando guste, un par de goletas son más que suficientes para mí». El general chasqueó sus dedos en la cara del almirante, luego recorrió el cuarto y finalmente, volviéndose a Cochrane, le tomó la mano y le dijo: «¡Olvide, milord, el pasado!». «Lo haré cuando pueda hacerlo», fue la respuesta del almirante antes te abandonar el palacio. [66] San Martín le había hecho lo que en su opinión era una oferta «deshonrosa»: abandonar la escuadra en beneficio te sus intereses y aceptar el grado de «Primer Almirante del Perú», algo que rehusó aceptar. «No aceptaré honores ni recompensas de un gobierno constituido en desafío de promesas solemnes». [67] San Martín sostuvo que tratándose de una armada chilena, la escuadra estaba a cargo de Chile, no de Perú: «La deuda

corresponde a Chile, cuyo gobierno contrató a los marinos». [68] A ojos de sus críticos, esto equivalía prácticamente a despedir a los chilenos de la guerra de liberación peruana y creaba la sospecha de que el nuevo gobierno quería quedarse con las naves y las tripulaciones de la armada chilena, en un momento en que aún estaba por verse si San Martín era capaz de infundir un sentido de responsabilidad comparable en los mismos peruanos. Ahora bien, en lo referente a promesas solemnes, el Protector no había roto ninguna, y no dejaría de advertir que no era el único blanco de las invectivas de Cochrane; dos de los oficiales ingleses del almirante que despertaron en él sospechas exageradas de ser conspiradores fueron juzgados en un consejo de guerra y despedidos.

Antes de que su escuadra se desintegrara por falta de pago, Cochrane decidió tomarse la justicia por su mano. Después de su entrevista con San Martín, intentó tratar de manera independiente con el gobernador del Callao. Cuando esto fracasó, hubo una última reunión, en septiembre, en la que rogó a San Martín que atacara las tropas de Canterac cuando pasaran hacia el Callao. Tras fallar una vez más, se enteró de que cierta cantidad de dinero, perteneciente en parte al gobierno de Perú y en parte a individuos particulares, había sido guardada por seguridad en embarcaciones amarradas en el puerto de Ancón; Cochrane navegó hasta allí el 14 de septiembre y se apoderó de los fondos para pagar a sus hombres. De un total de cuatrocientos mil pesos, Cochrane conservó doscientos ochenta y cinco mil del dinero del Estado, que distribuyó entre gastos, pagos y primas, y devolvió el dinero correspondiente a depósitos de individuos particulares. [69] Este fue el final de la colaboración entre ambos hombres. San Martín, furioso, ordenó a Cochrane salir del Callao. Veintitrés oficiales y un buen número de marineros extranjeros abandonaron la flota reduciendo sus tripulaciones a la mitad. Cochrane puso al resto de sus fuerzas fuera del servicio del libertador con el fin de continuar con su propia campaña contra los navíos españoles en el Pacifico. San Martín procedió a crear una armada peruana separada y consiguió adquirir unas pocas embarcaciones pequeñas y, más tarde, las fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*. Pero los marinos chilenos de Cochrane ni le abandonaron en su totalidad ni se ofrecieron como voluntarios para trabajar al servicio de Perú. [70]

San Martín informó con acritud de estos acontecimientos a O'Higgins:

«El dinero que ha robado este malvado nos pone por de pronto en una situación crítica; pero este Estado sabrá reparar esta pérdida con prontitud. Lo sensible es que este diablo vaya a cometer mil raterías que comprometan a V. y a mí». Y por el momento la presencia hostil de Cochrane en aguas peruanas impidió a San Martín el envío de una expedición a Pisco para que se reuniera con Miller y cortara la retirada de La Serna en el interior. «No me atrevo a embarcarla en los transportes por temor de que se apodere de ella y vaya a saquear la costa, de manera que estoy sin poder hacer ningún movimiento ínterin este bribón se mantenga aquí, teniendo por este medio paralizada» todas mis operaciones». [71] La ira del Protector se expresaría luego en acusaciones remitidas al gobierno chileno en las que denunciaba los «crímenes enormes e inexcusables perpetrados por lord Cochrane, su negligencia, calumnias y actos de desgobierno». [72] Pese a ser un pirata a ojos de San Martín, el almirante fue recibido como un héroe nacional cuando regresó a Chile y conservó un lugar de honor en la historia del país.

San Martín nunca perdonó al «metálico lord», como le llamaba, y cargó durante algún tiempo las manchas que éste le había infligido a su reputación. Con todo, esto no minó su resistencia. El general se mantuvo imperturbable, y con su instinto para la organización intacto, se preparó para continuar la guerra y, simultáneamente, gobernar Perú. Había llegado el momento de ocuparse tanto de la estrategia como de las instituciones.

Capítulo 7

UN MONÁRQUICO EN UN MUNDO DE REPÚBLICAS

El Protectorado

El 28 de julio de 1821 se declaró la independencia de Perú, y el 3 de agosto San Martín se convirtió en protector con supremos poderes civiles y militares. **[1]** Él mismo explicó su posición en una proclamación libre de ambigüedades que no dejaba espacio para el desacuerdo:

> Desde mi llegada a Pisco anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad y que era responsable a la patria del ejercicio de ella. No han variado aquellas circunstancias puesto que aun hay en el Perú enemigos exteriores que combatir, y por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y el militar.
>
> Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conduce ninguna miras de ambición, sí sólo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada, pero tengo sobre mí una responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela. Cundinamarca. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata me han hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de Congresos, cuando aún subsistían enemigos en aquellos países: primero es asegurar la independencia, después se pensará en establecer la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído; y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento mismo en que sea libre su territorio, haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir… Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando y dar cuenta de mis operaciones a los representantes del pueblo, estoy cierto que no encontrarán en la época de mi administración ninguno de aquellos rasgos de venalidad, despotismo y corrupción que han caracterizado a los agentes del gobierno español en América. **[2]**

Durante el siguiente año San Martín gobernó como protector, en la creencia de que «el imperio de las circunstancias» le daba autoridad política y militar y de que la independencia debía preceder a las constituciones. Estableció su residencia en la antigua casa de campo de Pezuela en La Magdalena a unos ocho kilómetros de Lima; allí tenía sus oficinas y gestionaba los asuntos del Estado, y cuando era necesario se trasladaba a la casa de gobierno en la capital; recibía un salario de treinta mil pesos. San Martín nombró ministro para tomar decisiones y administrar las políticas bajo su dirección. Juan García del Río se convirtió en ministro de Relaciones Exteriores, Bernardo Monteagudo en ministro de Defensa e Hipólito Unanue en ministro de Finanzas. Monteagudo, que se deleitaba con las polémicas, dio al gobierno un alto perfil. Pero más significativo fue el nombramiento de Unanue, un funcionario ilustrado que había abandonado a los realistas para servir al nuevo Estado, animado por un cambio de mentalidad auténtico y la convicción de que quizá habría un hilo de continuidad entre el virreinato y la república. Unanue era la cara incluyente del Protectorado.[3] Una nueva creación, la Corte Suprema de Justicia, ejerció el poder judicial, mientras que un futuro Congreso se encargaría de considerar las leyes y preparar la primera constitución. El mando del ejército libertador se delegó en el general Las Heras, que juró obedecer al gobierno del Protectorado siempre que ello no entrara en conflicto con la obediencia que los soldados debían a sus gobiernos nacionales.

García del Río era colombiano; Unanue, peruano; Monteagudo, argentino, al igual que Las Fieras. El gobierno de San Martín, por tanto, estaba dominado por extranjeros, un reflejo tanto de su americanismo como de cierta indiferencia hacia el nacionalismo peruano. Y de inmediato emprendió un programa de reformas sustanciales a favor de los esclavos y los indios con importantes implicaciones para la élite peruana.[4] San Martín tenía un proyecto para el país, derivado no de un conservadurismo reaccionario sino del reformismo ilustrado que impregnaba su pensamiento político y social. El marco de su proyecto sería una constitución fuerte; sus líderes, una aristocracia basada en el mérito; y sus beneficiarios, los pobres y desposeídos entre aquellos que se habían convertido en la población marginal de Perú. Y un

ejército y una armada peruanos, cuya creación San Martín asumió como una responsabilidad personal, garantizarían el poder del nuevo Estado.

El reverso de las propuestas de San Martín para los peruanos fue su política hacia los españoles, que siempre habían tenido una presencia sustancial en el país y cuyo destino en la independencia los historiadores han considerado una mancha en su gobierno San Martín dio una explicación razonable para el confinamiento inicial de los civiles españoles en el convento de La Merced en septiembre de 1821, cuando Canterac estaba acercándose a Lima; la medida era por su propia seguridad y buscaba impedir que colaboraran con el enemigo, y el 18 de septiembre ordenó su liberación. La situación de los españoles europeos en Lima era precaria, como informó el comodoro sir Thomas Hardy:

> Los europeos españoles, unos mil trescientos, fueron encerrados en el convento de La Merced, tanto por su propia seguridad como para impedir que tramaran planes contra los patriotas El viernes 7 los realistas aparecieron en el campo de visión del ejército patriota, y cada hora se esperaba una acción. La población negra y las clases inferiores se reunieron en la plaza y exigieron las vidas de los españoles confinados en el convento, y con enormes dificultades unos cuantos oficiales patriotas impidieron que llevaran a cabo su horroroso propósito Durante todo el día la ciudad permaneció en un estado en extremo miserable El clero nativo, las mujeres incluso y todo aquel que pudo hacerse con una espada o un cuchillo pululaban por las calles jurando vengarse de los europeos españoles. **[5]**

Sin embargo, hacia finales de 1821, la *Gaceta del Gobierno*, el periódico gubernamental, empezó a justificar el uso de la fuerza y en manos de Monteagudo la política de San Martín en relación a los españoles pronto empezó a parecer una persecución. El gobierno, no obstante, consideraba esa política como una medida defensiva vital contra la gran presencia española en Lima y la posibilidad de una contrarrevolución. La primera línea de defensa fue la movilización popular, y hubo una campaña para reclutar al populacho urbano y a la población esclava en unidades de milicianos en las que pudiera dárseles un adiestramiento rutinario en el uso de las armas y adoctrinárselos en ideología revolucionaria. Estos «cuerpos cívicos», según se los bautizó, fueron descritos como

«el escudo de la libertad pública», y se los tenía por una especie de ejército civil encargado de defender las calles mientras el ejército peleaba a los realistas en las trincheras. [6]

La organización de milicias populares era una señal del nerviosismo del gobierno y del hecho de que la independencia no había sido todavía conquistada por completo. Monteagudo estaba convencido de que había que eliminar a todos los españoles y no creía necesario disculparse por ello:

> Yo empleé todos los medios que estaban a mi alcance para inflamar el odio contra los españoles: sugerí medidas de severidad, y siempre estuve pronto a apocar los que tenían por objeto disminuir su número y debilitar su influjo público y privado. Este era mi sistema, y no pasión.

No había en ello animosidad personal, aseguró. A fin de cuentas él no conocía a los españoles en cuestión, y aceptaba que algunos tenían cualidades eminentes que los hacían dignos de respeto. Sin embargo, era necesario reducir su número de diez mil a seis mil: «Esto es hacer revolución, porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen a él, es una quimera». [7]

Este era el difícil dilema que debieron enfrentar todos los revolucionarios a lo largo y ancho de Suramérica. La historia había demostrado que allí donde la contrarrevolución prevaleció, los realistas no fueron compasivos y los españoles mataron a los americanos y los forzaron a conformarse. En Perú el Protectorado expulsó a sus adversarios y los obligó a marcharse al exilio. En enero de 1822 se ordenó a todos los españoles solteros abandonar el país y renunciar a la mitad de sus propiedades; y al cabo de unos cuantos meses la medida se había extendido a los españoles casados y la confiscación pasó a afectar a la totalidad de sus bienes. [8] Al resto se los volvió a someter al toque de queda y otras restricciones a su movilidad y actividades. Se investigó incluso a la Iglesia en búsqueda de clérigos contrarrevolucionarios, y la campaña contra el octogenario arzobispo Bartolomé de Las Heras se hizo tristemente célebre. Acosado por el gobierno para que renunciara, se le ordenó salir de Lima y esperar un transporte que lo llevara a España.

De este modo se expulsó por la fuerza a los españoles. «El crecido número de peninsulares que hay en esta capital, en un

tiempo en que haciendo el ejército español algunas tentativas para invadirla pudieran acaso cooperar a sus designios, ha obligado a este supremo gobierno a disponer salgan de esta capital… y que pasen al estado de Chile». [9] Las restricciones a las que estaban sometidos los españoles se reforzaron todavía más en abril de 1822, después de la derrota de las fuerzas patriotas a órdenes de Domingo Tristán en Ica, al sur de Lima, una demostración clara de la influencia de la debilidad militar en las políticas de seguridad. El 2 de mayo, a las tres de la mañana, tropas del gobierno rodearon las casas de los españoles que aún permanecían en Lima, los sacaron de sus camas, arrestaron a seiscientos hombres, jóvenes y viejos, débiles y enfermos, y los condujeron, desprovistos de sus posesiones, hacia el Callao para deportarlos a Chile. [10] Cuando los refugiados entraron al miserable puerto del Callao pasaron junto a otras víctimas de la independencia, los cadáveres de los soldados muertos en los combates recientes que habían quedado sin sepultura pudriéndose en el suelo y a merced de los buitres. El Protectorado no trajo la ilustración universal al Perú. Según cálculos de la época, en una población de menos de ochenta mil, entre diez y doce mil españoles peninsulares fueron obligados a salir de Perú en los años
1821-1824.
[11]

Los contemporáneos no se demoraron en atribuir la línea dura a la funesta influencia de Monteagudo, el socio político más cercano al Protector y primer ministro de hecho. «La totalidad de estas medidas arbitrarias fueron llevadas a la práctica durante la administración nominal de Torre Tagle; y existía la creencia generalizada de que su ejecución ofensiva y cruel tuvo origen en el primer ministro, el argentino Monteagudo», cuyo historial como extremista y sesgo monárquico estaban animados por afán despótico. [12] Esta era la opinión de Basil Hall de la marina británica. Otro observador inglés, Gilbert Mathison, que por lo demás halló en Monteagudo a una persona educada, astuta y aficionada al poder, que hablaba un buen inglés, informó asimismo de que en nombre de la libertad y el patriotismo el gobierno ejercía un poder despótico y era obedecido más debido al miedo que al respeto que inspiraba. Había, añadió, un completo sistema de

espionaje, y en lugar de que la gente pudiera hablar con libertad acerca de cuestiones políticas con espíritu republicano, lo dominante en todas partes era la cautela y la reserva, y la libertad de pensamiento y palabra que los patriotas proclamaban sólo existía nominalmente. [13] A pesar de su habilidad política y sus cualidades intelectuales, Monteagudo se convirtió en un lastre para el gobierno patriota y se hizo impopular entre los peruanos En julio de 1822, durante su estancia en Guayaquil, San Martín delegó la autoridad en Torre Tagle como su «delegado supremo». Torre Tagle, un aristócrata peruano que había administrado Trujillo con eficacia dejó entonces su huella en Lima. En respuesta a la opinión pública, sacó a Monteagudo de su cargo y de Lima. El argentino regresaría más tarde de forma irreflexiva y sería asesinado en 1825.

Como es evidente, San Martín mismo no era amigo de los españoles. Basil Hall admitía que aunque la persecución de los españoles era en gran medida responsabilidad de Monteagudo, la culpa recaía en última instancia en San Martín: «No sirve de nada que los amigos de San Martín digan que el responsable de esas acciones era otro, pues era de todos sabido que él era la fuente principal de todo el gobierno». [14] El problema para San Martín era que los miembros de la élite peruana, peninsulares y criollos por igual, habían estado durante mucho tiempo unidos por su solidaridad contra los sectores populares y su lealtad a la Corona. La sociedad estaba dominada por oligarquías terratenientes, comerciales, municipales y burocráticas, todas ellas grupos relacionados entre sí, en las que los peninsulares y criollos se fundían en una única clase dirigente blanca.

Al preparar su expedición San Martín, como muchos otros libertadores, había dado por sentado con demasiada facilidad que en Perú había un conflicto de intereses histórico entre los españoles y los peruanos. Pero los criollos estaban tan comprometidos con sus propios intereses como los realistas, y en algunos casos advertían que lo que amenazaba esos intereses no era España sino el cambio social que traía consigo el ejército libertador. La independencia no beneficiaba sus negocios inmediatos a largo plazo. Gilbert Mathison percibió el descontento de la élite limeña en abril y mayo de 1822: «Casi todos los habitantes han sido perjudicados en sus fortunas, y no resulta sorprendente que el gobierno que ocasionó sus desgracias

y fue incapaz de aliviarlas, si no de repararlas, sea impopular o haya perdido la popularidad transitoria que adquirió con sus primeros éxitos». [15] Mathison señaló que el número de quienes habían visto arruinadas sus finanzas era elevado y que entre ellos no había sólo españoles sino también todos aquellos criollos que habían sido clientes o dependientes de los españoles, un hecho que el gobierno no había apreciado. No había una solución fácil a la que San Martín pudiera acogerse, pero parecía haber perdido la oportunidad de asimilar a los españoles que hubieran podido resultarle útiles a su régimen: en el proceso se privó de una comunidad comercial y financiera dinámica, y el Protectorado perdió una infraestructura económica vital.

Estas fueron decisiones estrechas de miras por parte del gobierno, pues las órdenes de San Martín no tenían validez en el interior y, más allá de Lima y la costa, la guerra no se había ganado aún. Y respaldó a algunos ex realistas, como si pensara que su presencia probaba su concepto de revolución por persuasión. A comienzos de 1822 envió una expedición al valle de Ica, dirigida por peruanos de clase alta, el general Domingo Tristán y el coronel Agustín Gamarra; su función era mantenerse firmes en Ica contra las fuerzas de Canterac y al mismo tiempo peruanizar la revolución, pero no fueron capaces de hacer ni lo uno ni lo otro. Tristán, en particular, era muy conocido por sil incompetencia y deslealtad en el Alto Perú, y en especial en Arequipa de donde era oriundo. En una veloz marcha forzada de doscientas cincuenta leguas Canterac movió su división de tres mil hombres desde Jauja y al amanecer del 7 de abril de 1822 sorprendió a Tristán en la hacienda de Macacona, con lo que consiguió una victoria decisiva y capturó a un millar de prisioneros, cuatro piezas de artillería y una gran cantidad de caballos y mulas, «abusando del triunfo con las crueldades que acostumbran». [16] La derrota en Ica fue un golpe tanto para la moral como para la resistencia de los patriotas, pues ésta fue una batalla campal, una de las primeras que los hombres de San Martín intentaban, y el resultado confirmó su sospecha de que el ejército no estaba preparado para la tarea, en un momento en que el ejército colombiano bajo la dirección del general bolivariano José Antonio de Sucre, estaba a punto de ganar una victoria decisiva en Pichincha (24 de mayo de 1822). El revés alimentó las críticas al

libertador y las dudas sobre su buen juicio al nombrar a Tristán, e hizo que un buen número de oficiales reconsideraran su postura. «El efecto moral», escribió Miller, «fue el de disipar la creencia, que hasta entonces se había abrigado, en la superioridad de los patriotas, y ello desanimó a la masa de la población… Mientras que en el consejo realista se restauraba la unión, la discordia y la insubordinación distraían y debilitaban a los patriotas». Incluso Miller, alguien que normalmente apoyaba a San Martín, pensaba que en esta ocasión el general había abandonado su buen juicio usual con «la equivocada esperanza que el ascenso y el mando otorgados a los hombres de rango que se pasaban a la causa patriota animaría a otras personas influyentes a seguir su ejemplo, con lo que al final se conseguiría vincular al país entero a la causa de la independencia y zanjar la cuestión sin derramamiento de sangre, un motivo benévolo, pero la fuente de un daño incalculable». [17]

Era claro que la campaña final no estaba más cerca; el país continuó dividido entre los independentistas, que controlaban el norte, la capital y parte de la zona central, y los realistas que ocupaban toda la sierra, el sur y el Alto Perú. La Serna estableció su cuartel general en Cuzco y convirtió la antigua capital imperial de los incas en la última capital virreinal de Perú. Allí gozaba de cierto apoyo entre la élite regional que durante mucho tiempo había aspirado a liberarse de la autoridad de Lima. Por lo demás, la ciudad pagó un alto precio por su nuevo estatus, pues se vio obligada a proporcionar dinero y soldados a la causa realista y su economía sufrió las consecuencias de convertirse en una zona de guerra, en la que el ejército español y las fuerzas rebeldes luchaban de forma intermitente por los recursos. [18] El conflicto llegó así a un punto muerto, una situación costosa para los peruanos, para quienes la independencia y sus líderes se convirtieron en un incordio debido a su incapacidad para poner fin a la guerra. San Martín necesitaba refuerzos, pero en vista de que no podía esperar ninguno de Chile o Argentina, había empezado a mirar al norte. En febrero de 1822, una fuerza de unos mil hombres a órdenes del coronel Andrés Santa Cruz, un mestizo del Alto Perú, que había peleado para España antes de pelear por la independencia, se unió al ejército del general Sucre, en su campaña hacia Quito. Se

esperaba que esta fuerza expedicionaria, que desempeñó un papel significativo en la batalla de Pichincha, no sólo obtuviera alguna recompensa de los libertadores del norte sino también respeto para las reivindicaciones territoriales peruanas sobre Guayaquil.

La guerra guerrillera en las montañas

Si San Martín estaba perdiendo crédito entre los peruanos, los españoles también estaban despilfarrando su ventaja en el interior en acciones brutales y terroristas. Se mataba a los patriotas y se confiscaban propiedades según el capricho de los oficiales al mando. La población de Ica tuvo que soportar el dominio sádico del coronel Santalla, cuya circular del 19 de julio de 1821 ordenaba: «Los hacendados de este valle, dentro del perentorio, y preciso término de cuatro horas, presentarán en casa del Señor Marqués de Campo Ameno, trescientos caballos y mulas suyas, tomándolas de cualquiera persona que las tenga sin excepción alguna, en inteligencia que no verificándolo dentro de dicho término serán irremisiblemente pasados por las armas, quemadas y taladas sus haciendas, y pasadas a cuchillos sus familias». **[19]** La población de Cangallo, cerca de Huamanga, al oriente de Ica, fue arrasada hasta los cimientos; el virrey promulgó un decreto (11 de enero de 1822) ordenando que se destruyeran los muros de las casas y que a partir de entonces el nombre de Cangallo debía desaparecer del mapa. También se prendió fuego a muchos otros pueblos y haciendas de los alrededores de Tarma. Esto significa que en Perú, como en todas partes, los españoles fueron los peores enemigos de la causa española. Su contrarrevolución costosa y salvaje fomentó el aborrecimiento que inspiraba el dominio imperial y fortaleció los argumentos de los patriotas. Cuando éstos estuvieron en condiciones de imponer suficiente poder y seguridad, los propietarios se declararían abiertamente a su favor y así la resistencia peruana nunca murió.

Los montoneros, las bandas guerrilleras que operaron en el centro de Perú entre 1821 y 1824, no eran fuerzas irregulares indias o populistas. «Los montoneros del centro del Perú representan diversos intereses. ¿Causas populares? Hasta cierto punto. ¿Indios? En algunos casos. ¿Independencia? Quizá». **[20]** Algunos de sus

líderes eran criollos y mestizos de clase media y fortuna modesta que buscaban venganza después de que sus propiedades y familias sufrieran a manos de los realistas. [21] Otros eran auténticos populistas, que buscaban beneficiar a sus comunidades y establecer su derecho a participar o no hacerlo. Otros eran curacas indios, a los que animaba una mezcla de motivos personales y comunales, y que por lo general desconfiaban de los blancos, independientemente de su filiación política. Como es inevitable, se unieron a los guerrilleros vagabundos y delincuentes, jefes bandoleros y sus seguidores, como los del célebre Quirós, «que lucían largas barbas y se vestían de la forma más grotesca», que utilizaban las operaciones guerrilleras como un medio para obtener beneficios personales y cometer saqueos, asesinatos y violaciones. [22] En ciertas oportunidades, los jefes guerrilleros recurrieron al reclutamiento forzoso en las zonas bajo su control, en parte para vencer la renuencia de los hacendados a liberar a sus trabajadores, en parte para impedir su reclutamiento por los realistas. Este reclutamiento no niega su base popular y es más bien una señal de que ambos bandos competían fuertemente por ganarse el apoyo del pueblo y las comunidades indias.

A pesar de la disparidad de su composición y sus motivos, los montoneros cumplieron una importante función en el esfuerzo bélico patriota cuando se consiguió convencerlos de que colaboraran. Hasta mediados de 1821 atacaron las comunicaciones entre el interior y la costa, cortando las líneas de abastecimiento de la capital. Durante la retirada de los realistas de Lima en julio de 1821, los montoneros estaban bien colocados para acosar el enemigo y acabar con los rezagados. Es posible que, como sugirió William Miller, el fallo de San Martín fue no secundar sus esfuerzos lo que le hizo perder la oportunidad de acelerar el fin de la guerra:

> Si el ejército libertador, en lugar de acuartelarse, como hizo, en la abandonada ciudad de Lima, hubiera secundado los esfuerzos de esas bandas de patriotas armados, difícilmente puede dudarse de que la guerra hubiera terminado en muy pocas semanas; mientras que, por falta de la energía oportuna, el desgraciado Perú continuó sufriendo y su capital y sus provincias se alternaron en las manos de los amigos y enemigos de la libertad. [23]

En lugar de criticar directamente a su héroe, el coronel Miller prefirió culpa de la inercia al ejército en su conjunto. Pero San Martín puso su ojo militar en las guerrillas y decidió, con acierto probablemente, que constituían un aliado útil y un apoyo valioso para el ejército de línea, aunque no suponían una diferencia significativa para su esfuerzo bélico. Esto no quiere decir que ignorara su contribución a la estrategia general. San Martín siempre sostuvo que ésta no era una guerra convencional exclusivamente sino también una «guerra de recursos», en la que grupos de combatientes irregulares al mando de jefes locales que conocían el terreno se encargaban de acodar al enemigo, negarle recursos y recolectar información de inteligencia. [24] Más allá de eso había ciertas dudas sobre su compromiso con la causa.

En grupos de entre cincuenta y cien hombres cada uno, la mayoría de los cuales operaban desde una base en la ciudad de Reyes (Huancavelica), los montoneros realizaban sus operaciones guerrilleras en la región ubicada entre la sierra central y la costa, donde atacaban y desaparecían con rapidez, con lo que dañaban las comunicaciones realistas y obligaban al ejército de Canterac a estar en alerta constante. Ésta fue una contribución peruana a la guerra de independencia, dirigida por hombres tales como Francisco Vidal, Ignacio Ninavilca, Gaspar Huavique y el oficial argentino Isidoro Villar, a quien San Martín nombró comandante en jefe de las guerrillas de la sierra Sin embargo, no estaban en condiciones de hacer una contribución decisiva. Carecían de cohesión; sus intereses y motivación variaban enormemente entre los hombres y entre los grupos. Ninavilca, por ejemplo, criticó que «todos los Comandantes de partidas se ponen galones y no reconocen jefe superior que los mande», y los guerrilleros mismos se quejaban de que no existiera un mando único para todas las fuerzas irregulares. [25] Algunas comunidades en territorio guerrillero se negaron a apoyar la causa de la independencia. Muchos guerrilleros estaban en la guerra únicamente para saquear. Otros se habían visto obligados a colaborar con el enemigo para proteger las vidas de sus familias o vecinos. Y las discordias entre los jefes montoneros o entre ellos y los oficiales patriotas con frecuencia fueron el resultado de rivalidades regionales, raciales y políticas. Algunos de los militares argentinos y colombianos se referían a los peruanos llamándolos

con desprecio «cholos», «indios» o «peruleros». El hecho indudable era que la sospecha que despertaban los blancos en los indios era demasiado profunda para permitir transformar a los guerrilleros populares en patriotas instantáneos. [26]

Tanto las guerrillas como los ejércitos exigían recursos, pero la economía peruana no podía enfocarse por completo al esfuerzo bélico. Las operaciones militares dañaron la economía de la zona central, en una época en la que el pueblo se vio obligado a abastecer de reclutas y provisiones a las guerrillas y el ejército patriota. La destrucción de la élite española también dañó la economía; al castigar a los españoles y confiscar sus negocios y haciendas. San Martín acabó con algunos de sus propios recursos. Los ingresos de los patriotas al comienzo de la guerra eran mínimos. Cuando entraron a Lima no había un solo peso en el tesoro. Las minas estaban ocupadas por el enemigo o estaban dando pérdidas. El comercio y las actividades industriales habían sido golpeados por el asedio al que se había sometido la capital. El gobierno, por tanto, tuvo que recurrir a los préstamos forzosos, en especial de los españoles, pero también de los comerciantes extranjeros. En 1822 se obligó a un grupo de comerciantes ingleses, entre los que se encontraba John Parish Robertson, a hacer un préstamo de setenta y tres mil pesos, pagaderos con derechos de aduana, pero sin intereses. [27] Los impuestos, los préstamos y las confiscaciones dieron al gobierno unos ingresos de 2,8 millones de pesos en el período del 1 de agosto de 1821 al 31 de julio de 1822. Pero esto estaba muy lejos de ser suficiente para cubrir sus gastos, y hasta cierto punto las fuerzas patriotas tuvieron que vivir de la tierra. La ayuda económica de las ciudades y pueblos a la causa patriótica empezó con la primera expedición del general Arenales a la sierra central en 1820 y continuaron durante la segunda expedición en 1821. Pero la cooperación no siempre estaba disponible, y algunas áreas resintieron las exigencias de ganado, alimentos y personal que les hacía el ejército, y las comunidades que quedaron atrapadas en los altibajos de la campaña veían a ambos ejércitos como azotes alternativos del pueblo.

El «reglamento provisional de comercio» (28 de septiembre de 1821) estipulaba la libertad de comercio y suprimía las aduanas internas; pero estableció un arancel proteccionista (del 20 por 100)

sobre las importaciones con el fin de ayudar a las industrias locales. [28] Un hecho notorio es que la guerra dislocó el comercio y redujo la producción, al mismo tiempo que trastornó las comunicaciones. Los rancheros de Cajatambo, Huamalíes, Junín y otras áreas de la sierra central quedaron arruinados debido a la falta de compradores; los cultivadores de Conchucas, Huánuco y Huaylas se vieron privados de medios de transporte (mulas y muleteros) para llevar sus productos a los mercados de consumo, mientras que la demanda misma resultó afectada. Las minas habían entrado en un período de veloz decadencia. Las operaciones se interrumpieron debido a la huida de propietarios, técnicos, mano de obra y capital, a la escasez y alto costo del mercurio, y a la devastación de las regiones que las abastecían. Cuando los patriotas tomaron posesión de las minas se esforzaron por aumentar la producción, y las minas de plata de Cerro de Pasco, al noreste de Lima, eran una de las pocas fuentes de ingresos con las que contaban; sin embargo, éstas seguían siendo vulnerables a los ataques y saqueos de los realistas.

El desorden económico y la huida del capital privado (en ocasiones exportado con la colaboración de la marina británica) llevaron al ministro de Finanzas, Hipólito Unanue, a crear un banco para emitir papel moneda. El Banco Auxiliar se fundó en 1821 para proporcionar fondos para el esfuerzo bélico y la nueva administración en un momento en que a los patriotas les resultaba prácticamente imposible crear nuevos impuestos o incrementar los ya existentes; una función adicional fue la de proporcionar un medio de circulación del papel moneda que compensara la falta de plata. [29] Pero el papel emitido carecía de respaldo y no se ganó la confianza de la opinión pública, que también empezaba a sospechar de la competencia financiera de San Martín; el mismo gobierno, en una declaración eufemística, reconoció en la *Gaceta del Gobierno* que «desde luego nos da alguna pequeña incomodidad el papel-moneda, pero la llevamos con gusto, porque es un medio para acabar con los españoles». [30] En agosto de 1822 el gobierno ordenó la retirada del papel moneda. Pero este desarrollo no pudo disfrazar el hecho de que muchos peruanos esperaban beneficios inmediatos de la independencia sin tener que invertir en ella, y que el Protectorado descansaba en unos cimientos económicos frágiles.

El atractivo de la monarquía

A pesar de las dudas, las críticas, las deserciones y las traiciones, el Protector mantuvo su rumbo, decidido a gobernar de acuerdo con los principios ilustrados, crear un Perú libre de conflictos y sin crímenes. Aunque el Protectorado le dio el mando militar y político, y con ello el poder legislativo y ejecutivo, decidió someterse él mismo al Estatuto Provisional del 8 de octubre de 1821 que estaría vigente hasta que todo el país declarara la independencia, momento en el cual se convocaría un congreso general. [31] San Martín prescindió de la teoría y los discursos para optar por un enfoque pragmático de los derechos civiles:

> Convencido de que la sobreabundancia de máximas laudables, no es al principio el mejor medio para establecerlas, me he limitado a las ideas prácticas que pueden y deben realizarse. Mientras existan enemigos en el país, y hasta que el pueblo forme las primeras nociones del gobierno por sí mismo, yo administraré el poder directivo del Estado, cuyas atribuciones sin ser las mismas, son análogas a las del poder legislativo y ejecutivo. Pero me abstendré de mezclarme jamás en el solemne ejercicio de las funciones judiciarias porque su independencia es la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo.

El estatuto garantizaba algunas de las libertades básicas para las personas, la prensa y los concejos municipales, elegidos por sufragio popular, así como el derecho a ser juzgado por un jurado y la creación de una autoridad judicial independiente. San Martín también creó un consejo de Estado, un órgano con funciones consultivas compuesto de doce miembros, incluidos los tres ministros del gobierno y los cuatro «títulos de Castilla», que pasaron a llamarse «del Perú». Se trataba, en pocas palabras, de una corporación jerárquica y aristocrática, apropiada para una monarquía, y San Martín estaba convencido de que sería vista con buenos ojos por muchos peruanos de la clase alta que valoraban los privilegios y distinciones por encima de las virtudes republicanas. De hecho, se mantuvo el marco que proporcionaba la nobleza tradicional, si bien se lo acompañó de dos pilares de lo que podría considerarse una nobleza de servicio, lo que lo acercaba más a una monarquía moderna.

En octubre de 1821 San Martín estableció una nueva

condecoración, la Orden del Sol, siguiendo el modelo de la Legión de Honor francesa, con pensiones para sus miembros de primera clase. El comodoro Hardy asistió a su instalación por invitación de San Martín: «La ceremonia estuvo sumamente bien dirigida y pareció satisfacer a los asistentes en general… No había nada en todo el acto que indicara un espíritu republicano… y es en extremo evidente que un gobierno monárquico es el más indicado para las costumbres y deseos de este pueblo, algo de lo que no dudo el general San Martín sacará ventaja». [32] Más tarde, el 21 de enero de 1822, San Martín creó una condecoración para honrar a las mujeres insignes por su dedicación a la causa de la independencia, la Caballeresa del Sol, que se otorgaba más por cortesía que por servicios reales, pero tenía mucho valor para quienes la recibían, ciento cuarenta y cinco en total, incluidas las buenas y las no tan buenas, entre otras razones porque sus familiares inmediatos resultaban favorecidos cuando solicitaban cargos oficiales. Rosa Campusano fue honrada con esta condecoración, y también lo fue su amiga, Manuela Sáenz, que pronto se convertiría en amante de Bolívar. El decreto del 11 de enero que anunciaba la creación de la orden explicaba: «El sexo más sensible naturalmente debe ser el más patriota: el carácter tierno de sus relaciones en la sociedad, ligándolo más al país en que nace, predispone doblemente en su favor todas sus inclinaciones». [33] Entre tanto, también se recompense a los oficiales superiores del ejército. El 19 de diciembre de 1821 se otorgaron propiedades valoradas en quinientos mil dólares a veinte generales y oficiales de campo del ejército libertador como recompensa por los servicios prestados y se repartieron de forma equitativa entre ellos. [34]

El segundo pilar de una futura monarquía, y un estímulo adicional para la élite que debía servir al Estado, fue la creación de la Sociedad Patriótica de Lima, una institución, donde los grandes y los buenos, o cuarenta de ellos al menos, podían reunirse y debatir y glorificar el régimen. [35] Los miembros de la sociedad recibieron una agenda muy amplia para sus deliberaciones, «todas las cuestiones que tenga un influjo directo o indirecto sobre el bien público», y se concentraron primero en la forma de gobierno que debía tener Perú: ¿una monarquía constitucional o una república? Monteagudo, a la cabeza de los partidarios de la monarquía, basó su

argumentación en el fracaso de los experimentos republicanos en Suramérica y la capacidad de la monarquía para ofrecer libertad y orden, al tiempo que se respetaba la división de poderes entre el ejecutivo (el monarca), el legislativo y el judicial. El argentino insistió en que una monarquía semejante protegería las libertades de los ciudadanos de los abusos del Estado y crearía las condiciones de libertad para su participación en política, pero evitando los resultados arbitrarios de las elecciones.

En los primeros años de su carrera política en Argentina, Monteagudo había sido un agitador radical que había denunciado lo que denominó «el crimen de lenidad» por considerar que no había nada más perjudicial para la revolución. **[36]** Ahora, sin embargo, aseguraba haber abandonado su pasada inclinación por la democracia extrema como una aberración mental. Lo cierto, no obstante, era que su «democracia» nunca había sido tan extrema como para incluir a los sectores populares o a quienes eran analfabetos. **[37]** Él seguía considerándose un liberal, pero uno al que la experiencia le había enseñado la necesidad de imponer límites a la libertad. Miraba con desdén las «nociones generales acerca de los derechos del hombre» y la idea de igualdad absoluta, conceptos que en su opinión pocos americanos entendían. La base social de esta argumentación era que los peruanos, condicionados por el sistema colonial, no podían aspirar a la democracia debido a sus tradiciones jerárquicas, respeto a la autoridad, falta de educación, distribución desigual de la riqueza y estructura social. Perú necesitaba un gobierno fuerte que evitara la anarquía y ofreciera una guía entre los extremos. La mejor forma de gobierno para el país era una monarquía constitucional, y el mejor ejemplo de eso era la Constitución inglesa porque preservaba tanto el orden como la libertad. **[38]**

Estas ideas no resultaban atractivas para todos y fueron cuestionadas por los intelectuales republicanos, que eran tan conscientes del legado colonial como Monteagudo, pero llegaban a conclusiones diferentes de las suyas. Aunque no estaban bien representados en la Sociedad Patriótica, tenían un órgano de expresión en la prensa periódica y un público entre los pensadores liberales. Inspirado en Locke y Rousseau, José Faustino Sánchez Carrión, uno de los principales teóricos de la independencia y

futuro ministro de gobierno, basaba sus ideas políticas en los cimientos republicanos de la soberanía popular y el gobierno representativo. Defensor de la libertad y la igualdad, creía que la monarquía renegaría de ellas para reemplazarlas por el absolutismo y la desigualdad. [39] Insistía en que la mentalidad colonial que aún prevalecía entre muchos peruanos convertiría con rapidez la nueva monarquía en una monarquía absoluta. [40] La Sociedad Patriótica y la prensa liberal mantenían entre ambas un debate político activo en Perú, incluso en un momento en que las fuerzas realistas todavía estaban intactas en gran medida, y dejaron un legado de libertad de expresión que por lo general no se asocia con San Martín y el Protectorado. [41]

San Martín mismo vivía con un estilo apropiado a un jefe de estado, vestido con un uniforme nuevo y espléndido adornado con pan de oro y rodeado siempre que aparecía en público en las calles del centro de Lima por la guardia del Protector. Los fines de semana una carroza del Estado le transportaba de La Magdalena hasta Lima, donde celebraba recepciones y fiestas en las que no dejaba de visitar con elegancia la pista de baile. Ocasionalmente le acompañaba Rosita Campusano, guayaquileña de nacimiento y peruana por aclamación, a la que los rumores apodaban «la Protectora» y de quien se decía que desde su salón le servía como informante y espía. ¿Fue ella la «mujer joven y bella» a quien el capitán Basil Hall había visto el día de la entrada del libertador en Lima abriéndose paso entre la multitud para arrojarse en sus brazos murmurando «¡Oh, mi general!», y a la que San Martín había besado antes de dejarla irse abrumada por el contacto con su héroe? [42] ¿Quien puede saberlo? ¿Y quién puede decidir si realmente fue su amante o una excusa para el escándalo en una sociedad aficionada a los cotilleos? El historiador Germán Leguía y Martínez, cuya versión del Protectorado irradia patriotismo peruano y hace pocas concesiones a San Martín, no duda de que su relación era sena y que el libertador, superado por su «loca pasión por la Campusano», fue un hombre afortunado por haberse ganado el amor de esta beldad peruana, «mujer irresistible que, prendada del prócer de Yapeyú, supo inspirarle pasión duradera, recóndita y ferviente, a la par dulce y perniciosa para el corazón del gran libertador del sur». [43] Sin embargo, los siete volúmenes de Leguía

y Martínez contienen poquísimas pruebas concretas que justifiquen estas afirmaciones románticas y el relato parece sospechosamente similar al folclore transmitido por el tradicionalista peruano Ricardo Palma y perpetuado por novelistas que, en medio de la parafernalia de la revolución, crearon fábulas por falta de documentos.

A pesar de que las circunstancias a su alrededor estaban cambiando, San Martín no cambió. ¿Es posible que el estilo del Protector rebajara su imagen y fomentara las especulaciones de que su plan era convertirse él mismo en rey de Perú? Sólo a ojos de los envidiosos y en las mentes de sus enemigos políticos. En realidad, como declaró William Miller, «nunca abrigó ni remotamente la idea de colocar una corona sobre su cabeza». [44] Por estos días, su salud rara vez era sólida, aunque los observadores lo describen como un hombre de buen porte. Sus amigos ingleses invariablemente quedaban impresionados. William Miller lo describió así: «San Martín es alto y está plenamente en forma. Tiene un rostro oscuro y atractivo, con ojos negros, expresivos y penetrantes. Sus maneras revelan a alguien digno, tranquilo, amable, eminentemente franco y agradable. Su conversación es animada, la adecuada a un hombre de mundo». [45] Basil Hall a quien San Martín reveló sus ideas políticas acerca de la liberación, nos dejó una descripción de él el 25 de junio de 1821. Ese día recibió a sus invitados a bordo de su goleta, vestido con sencillez con una camisa holgada y una larga capa de piel y sentado ante una mesa hecha con tableros de madera sobre barriles vacíos. A primera vista la apariencia del general San Martín no tenía nada llamativo, pero cuando se puso de pie y empezó a hablar su superioridad resultaba evidente:

> Es un hombre alto, erguido, bien proporcionado, apuesto, con una gran nariz aguileña, pelo negro y abundante y unas patillas oscuras y pobladas que se extienden de oreja a oreja bajo su quijada; su tez es de un color aceitunado oscuro, y sus ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, son de color negro azabache; toda su apariencia es en extremo militar. Es una persona educadísima, y sus formas son sencillas, desprovistas de afectaciones; sumamente cordial y simpático, es evidente que posee una disposición bondadosa en alto grado: en resumen, nunca he conocido ninguna persona cuyo discurso tuviera un encanto más irresistible. Al conversar abordaba de inmediato los aspectos más relevantes del tema, desdeñando, por así decirlo, enredarse en cuestiones menores: escuchaba con seriedad, y respondía con claridad y

ecuanimidad, mostrando unas dotes de argumentación maravillosas. **[46]**

Ambas descripciones concuerdan con los retratos que pintaron artistas contemporáneos como Gil de Castro y Mariano Carrillo, que le muestran como un soldado erguido de mirada firme y actitud calmada, con su sable curvo a mano y un tintero cerca, dos objetos básicos para quien era al mismo tiempo libertador y legislador.

El joven oficial argentino, Juan Isidro Quesada, que alcanzó al Ejército de los Andes en Perú, quedó maravillado con la afabilidad de San Martín fuera de los cuarteles y su habilidad para pasar de ser un jefe ordenancista a un compañero amigable cuando la ocasión lo requería. Quesada asistió como invitado a una de las cenas que el Protector dio en e] palacio virreinal en Lima:

> En la mesa habíamos 25 personas. Sus ministros, sus edecanes y ayudantes de campo, uno que otro de afuera. El oficial de su escolta y los tres oficiales que cubríamos distintos puntos del Palacio. Puedo asegurar sin jactancia que entre los generales en cuyas mesas me he visto en la precisión de sentarme en mi larga carrera militar, no he comido en ninguna donde hubiese más franqueza ni más cordialidad que en la del General San Martín. Parecía que allí no había distinciones de rango sino que todos éramos iguales, pues lo mismo emitía sus ideas el oficial subalterno como el señor General. Y sin embargo de todo eso, no se crea que hubiese alguno que se atreviese a traspasar los limites del respeto que recíprocamente nos debíamos los unos a los otros. Todo lo que algunos hayan escrito del despotismo del General San Martín, es falso… Yo no tenía más que 19 años cuando serví bajo sus órdenes con la clase de Teniente y Capitán graduado; jamás noté en él una palabra descomedida con sus subalternos. Al contrarío, miraba con cariño y respeto a esa juventud delicada que él dirigía en la brillante carrera de las armas. **[47]**

San Martín era un monárquico: ése era uno de los principios que le definían, y una fuente de orgullo revolucionario, no de vergüenza. La monarquía sería el vehículo de su proyecto para Perú. Es frecuente contrastar el monarquismo de San Martín con el republicanismo de Simón Bolívar, pero se tiende a exagerar las diferencias entre ambos. Aunque el pensamiento político de los dos libertadores se expresó en términos diferentes, existe un llamativo parecido en sus ideas básicas. Ambos empezaron con ideales republicanos similares, pero las circunstancias terminaron

erosionándolos. La anarquía de los nuevos Estados lúe algo que atormentó a Bolívar en los últimos años de su vida, cuando se obsesiono por la necesidad de un gobierno fuerte. Su constitución para Bolivia, escrita algunos años después de las reflexiones de San Martín sobre la monarquía, preveía un presidente vitalicio con derecho a elegir su sucesor como un antídoto esencial contra el caos. San Martín ya había aprendido esta lección. Su pensamiento político siempre estuvo finamente suspendido entre su preferencia por el poder absoluto y su respeto por los ideales liberales. Maria Graham, una inglesa que lo conoció en Chile en 1822 después de que hubiera renunciado a su cargo como protector del Perú, no sabía de matices y pensó que San Martín vacilaba, incapaz de decidirse entre la libertad y el despotismo, entre su reputación y su poder. **[48]**

El pensamiento político de San Martín contenía algunas huellas de sus orígenes y formación. Había crecido y servido en una monarquía absoluta; de ella aprendió a respetar la continuidad, la estabilidad y la resistencia a los enemigos. Tenía varias objeciones al Estado borbónico, pero su historial de ley y orden no era una de ellas. La turba le horrorizaba y ante ella su respuesta instintiva era la represión, que era lo que hubiera ansiado hacer en Cádiz en 1808 cuando los alborotadores mataron a su amigo Solano. Además de su experiencia, San Martín encontró inspiración en el pensamiento de la Ilustración, y esto pudo conducirlo a una encrucijada. ¿Conservador o liberal? No tenía tiempo para el liberalismo absoluto o el federalismo. De su biblioteca podemos deducir que había estudiado la historia de la Revolución Francesa y la era napoleónica, y que conocía los peligros de las rutas a la democracia y la dictadura. Su ideal era un Estado central fuerte, pero no uno que pudiera hacer cuanto quisiera.

No hay pruebas de que San Martín debiera sus tendencias monárquicas a sus contactos con fuentes y amigos británicos. La explicación básica de su monarquismo emana más de las condiciones americanas que de las influencias foráneas. Como él mismo explicó, su ideal era un gobierno republicano, pero la experiencia le había demostrado que en Hispanoamérica éste no era viable, pues el republicanismo fomentaba la anarquía, lo que a su vez conducía al despotismo de un tirano; además el republicanismo

estimulaba localismos y tendencias divisorias que obstaculizaban el esfuerzo bélico y estropeaban el ajuste de posguerra. [49] Las lecciones en este sentido empezaron poco después de su regreso a Buenos Aires en 1812; su preferencia por la monarquía se vio confirmada por el espectáculo de la anarquía en el Río de la Plata y la búsqueda hasta entonces infructuosa de la unidad y la estabilidad. San Martín tenía una visión pesimista de la naturaleza humana, su ignorancia, su propensión al sectarismo y la violencia a falta de un gobierno fuerte capaz de servir de contención, características que en las Américas se agravaban debido a la falta de tradiciones de gobierno autónomo y la implacable sed de poder de los nuevos políticos. [50]

La monarquía que San Martín buscaba, por tanto, no era una institución decorativa descentralizada o desprovista de poder, y era una «monarquía constitucional» sólo en el sentido de que existía junto a los poderes legislativo y judicial, que podían contener pero no impedir las acciones del ejecutivo real. Su objetivo primordial era concentrar la autoridad para evitar la desunión, al revés del republicanismo, que estimulaba los intereses y fuerzas localistas, lo que resultaba inconveniente tanto para llevar a cabo la guerra de forma enérgica como para, después, alcanzar la paz. La conversión de San Martín al monarquismo empezó en Argentina. En 1816 incluso respaldó las exóticas ideas presentadas por Belgrano en el Congreso de Tucumán para coronar a un descendiente de los incas para fundar una monarquía moderada. San Martín respondió de manera favorable a la idea, siempre que el gobierno no quedara en manos de una regencia formada por varias personas: «Al efecto, no hay más que variar de nombre a nuestro director y queda un Regente. Esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación». [51] Para San Martín, por tanto, la forma de gobierno era un asunto secundario, siempre que no se optara por la República, en comparación con la concentración de autoridad.

San Martín equiparaba el republicanismo con el gobierno popular, lo que le resultaba detestable. Se declaraba «un americano republicano por principios e inclinación, pero que sacrifica estos mismos por el bien de su suelo». Para luego explicar que «los americanos o Provincias Unidas no han tenido otro objeto en su revolución que la emancipación del mando de fierro español y

pertenecer a una nación». ¿Cómo, se preguntaba, pueden ser una república cuando no tienen artes, ciencias o agricultura, y cuando la mayoría de nuestro territorio es un desierto sin habitantes? Un pueblo carente de educación y cultura recibiría con los brazos abiertos «un sistema de gobierno puramente popular», pero éste no tendría escrúpulos y tendería a destruir la religión. Una pasión sin control que enfrentaba a unas provincias contras otras, a las ciudades entre sí y, en últimas, a la población misma no constituía una nación. «Seis años contamos de revolución y los enemigos victoriosos por todas partes nos oprimen: falta de jefes militares y nuestra desunión son los causales. ¡Y se podrán remediar!». [52] Por tanto, una república no era apropiada para la unión, y el Estado social del pueblo tampoco era apropiado para un sistema de gobierno semejante. Éstas eran las convicciones de San Martín, fruto de su exposición inicial a la cultura española y su posterior experiencia en las Américas. En el curso de
1817-1818
sus ideas maduraron, y concluyó que la forma monárquica de gobierno era más adecuada para Chile que la republicana. A su amigo el conde de Fife le explicó que la revolución y la guerra habían alimentado en la población un anhelo de paz, estabilidad y gobierno firme, y que las ideas democráticas habían perdido entre el 90 por 100 de los hombres principales de Chile y Argentina. [53] No obstante, había pocas pruebas de que la monarquía atrajera a la mayoría de la población de estos países, menos aún encarnada en las inverosímiles figuras de los príncipes europeos mencionados por el libertador.

Perú, por otro lado, parecía un país especialmente adecuado para una monarquía, y San Martín estaba dispuesto a negociar con los realistas a partir de ese supuesto. Una gema de la monarquía española, con una larga historia como virreinato y una sociedad a juego, en la que cada rango de la jerarquía social se definía por su función en el Estado colonial, Perú parecía estar listo para una nueva corona. Según James Paroissien, en septiembre de 1820, en Miraflores, el general propuso al virrey que «se permita a los peruanos elegir con independencia y total libertad la forma de gobierno que les plazca, incluso aunque deseen coronar a un rey de la rama española de los Borbones». [54] La libertad, sin embargo, no

era algo que estuviera en manos del virrey otorgar. En junio de 1821, en Punchauca, antes de haber conseguido una victoria decisiva, San Martín volvió a proponer que se estableciera en Perú una monarquía independiente y constitucional con un príncipe de la casa real española a la cabeza; hasta la llegada de ese príncipe, el país sería gobernado por una regencia presidida por el virrey. Aunque en la Península la monarquía española podía sucumbir al absolutismo, argumentó, no había razón para que América siguiera su ejemplo; «Los liberales del mundo son hermanos en todas partes». [55] Pero el plan era impracticable porque el virrey no podía garantizar la independencia y San Martín no estaba dispuesto a aceptar nada menos. Años después aseguraría que él sabía que Madrid nunca aceptaría estas condiciones y que había negociado simplemente para tentar a los jefes españoles y conseguir que reconocieran la independencia de Perú. No obstante, la propuesta tenía el sello del pensamiento político de San Martín y su conocida preferencia por la monarquía. Irónicamente para un monárquico tan convencido, cuando se convirtió en Protector de Perú y unió en su persona los poderes civiles y militares, uno de sus modelos, al menos en «sus aspectos positivos», fue otro soldado convertido en protector, Oliver Cromwell. [56]

Punchauca no representó el final del monarquismo sanmartiniano. A finales de 1821 el general envió a Europa a Juan García del Río y James Paroissien para buscar el reconocimiento de la independencia peruana a través de la alianza con una potencia y un príncipe europeos. [57] Uno de los nombres propuestos para ocupar el puesto de emperador de Perú fue el del duque de Sussex, hijo de Jorge III. Los dos enviados no encontraron interés o apoyo en Santiago y Buenos Aires, y para la época en que empezaron las negociaciones en Inglaterra en el verano de 1822 San Martín ya había renunciado. No cabe duda de que en Perú el monarquismo de San Martín, al que Leguía y Martínez califica de «monarcomanía», se vio fortalecido no sólo por la situación política y la estructura social que dividía el país, sino también por la influencia de su combativo colaborador Monteagudo, que había experimentado una conversión espectacular de defensor de la democracia extrema a promotor de las ideas monárquicas. «Por supuesto que, en ésta, como en otras fallas de su vida y de su historia, se oculta tras él,

como inspirador siniestro, como tentador satánico, Monteagudo». [58] No obstante, la defensa sanmartiniana de la monarquía sobrevivió a su experiencia peruana, y nada de lo que aprendió sobre Latinoamérica durante sus años de exilio le hizo cambiar de opinión, a saber, que la forma ideal de gobierno era una monarquía constitucional y una administración liberal, En este sentido, no parece haber considerado que la monarquía generalmente tenía un precio, la sucesión hereditaria. Esto era algo que los republicanos no pasaban por alto. Pese a todo esto, el hecho es que San Martín era, en primer lugar, un libertador y un monárquico sólo en segundo lugar.

El pensamiento político de San Martín estaba animado principalmente por el deseo de evitar la agitación social y la deriva hacia la anarquía. Y no era el único que tenía malos presentimientos en este sentido. Bolívar también temía los conflictos sociales y la posibilidad de una guerra racial; su gobernante ideal era en realidad un rey con el título de presidente. En la carrera revolucionaria de San Martín, la influencia del Río de la Plata fue decisiva; odiaba la anarquía política de su propio país, que ponía en peligro la estabilidad de la independencia. Desde su punto de vista, el exceso de libertad y liberalismo estaba socavando los logros conseguidos y la revolución necesitaba una mano firme. ¿De qué servían las teorías de la libertad, la seguridad individual, la libertad de prensa y demás cuando lo que necesitaban los jefes militares era más dinero para imponer las políticas y pagar a los soldados? Estas ventajas políticas estaban reservadas para sociedades más avanzadas, no para aquellas que ni siquiera sabían cómo leer y escribir. San Martín estaba convencido de que incluso Cuyo, tan vital para el progreso de la revolución, estaría en el caos de no ser por él. Estos mismos puntos de vista conservadores serían los que adoptaría más tarde el Congreso de Tucumán, que aprobó una ley que suspendía los derechos individuales que entraban en conflicto con la ley de la revolución y la necesidad de orden. Los principios políticos de San Martín siguieron siendo coherentes y nunca abandonó la desconfianza que sentía hacia el liberalismo absoluto. Como le escribió a su amigo Tomás Guido:

> Cinco años ha estado V. a mi lado: V. más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin, a todo lo

> que es aristocracia; por inclinación y principio amo el gobierno republicano y nadie, nadie lo es más que yo. Pero mi afección particular no me ha impedido ver que este género de gobierno no era realizable en América sino pasando por el alambique de una espantosa anarquía, y esto sena lo de menos si se consiguiesen los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son la tiranía de un déspota. **[59]**

Las mismas ideas lo volvieron hostil a las tendencias federalistas que fueron creciendo en Argentina a medida que las provincias proclamaban su independencia respecto del gobierno central, algo que en su opinión era «anarquía»:

> Me muero cada vez que oigo hablar de Federación: ¿no será más conveniente trasplantar la capital a otro punto cortando por este medio las justas quejas de las provincias? ¡Pero federación! ¡Y puede verificarse! ¿Si en un gobierno constituido en un país ilustrado, poblado, artista, agricultor y comerciante se han tocado en la última guerra contra los ingleses (hablo de los americanos del norte) las dificultades de una federación, qué será de nosotros que carecemos de aquellas ventajas? Amigo mío, si con todas las provincias y sus recursos somos débiles, qué nos sucederá aislada cada una de ellas: agregue V. la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y concluirá V. que todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo. **[60]**

Desde el punto de vista de San Martín, la revolución contra España sólo podía mantenerse y ganarse mediante un gobierno central fuerte en un país unido, con la capital situada en un lugar más central en caso de ser necesario. Como escribió en una carta al comodoro Bowles de 1816, la ruina total de la patria era un riesgo: «ésta no la temo de los Españoles, pero sí de las desavenencias domésticas, de nuestra falta de educación y juicio». **[61]** Y continuó manteniendo su postura contra lo que consideraba «el delirio de la federación».

Como informó Bowles, San Martín estaba convencido de que los primeros gobiernos revolucionarios de América dependían excesivamente de la opinión popular y eran demasiado conciliadores con las fuerzas populares: «Las clases más bajas han obtenido así una preponderancia indebida, y están empezando a manifestar una disposición revolucionaria peligrosa en cualquier

país pero más particularmente en éste donde la falta de educación y de información general se siente con tanta fuerza». El peligro, pensaba, era mayor en Perú, «en donde la porción no ilustrada de la comunidad es tan numerosa (particularmente los esclavos y los indios) y al mismo tiempo tan formidable». [62] Lo que hacía la situación más explosiva era el predominio de demagogos irresponsables que la revolución había vomitado: «ciertos hombres de imaginación, traviesos y de especulación particular, esta especie es la más temible en la situación en que nos hallamos; ellos son patriotas pero más perjudiciales que todos los chapetones [españoles] juntos». [63]

El consejo de San Martín para los peruanos era casi un sermón político:

> La libertad, por tanto, debe otorgarse con moderación. Todo pueblo civilizado tiene el derecho de ser libre, pero el grado de libertad del que un país determinado puede disfrutar, debe guardar una proporción exacta con su grado de civilización: si el primero excede el ultimo, ningún poder conseguirá salvarlo de la anarquía; y si sucede lo inverso, a saber, que el grado de civilización supera la cantidad de libertad que posee el pueblo, la consecuencia es la opresión. Si toda Europa poseyera súbitamente la libertad de Inglaterra, la mayor parte del continente caería con rapidez en un completo caos de anarquía, y si en lugar de su actual constitución, los ingleses se vieran sometidos a la carta de Luis XVIII. se considerarían esclavizados.

La celebrada Constitución española de 1812, que muchos liberales peruanos consideraban un instrumento de dominación, no era un modelo para San Martín, pues cambiaba la situación religiosa y política de la Península de manera demasiado abrupta:

> Nosotros, por otro lado, hemos de evitar cometer semejantes errores e introducir gradualmente aquellas mejoras que el país este preparado para recibir, y para las cuales su pueblo esté bien adaptado debido a su docilidad, y la tendencia al mejoramiento que caracteriza su carácter social. [64]

UN LIBERTADOR ACOSADO

Empezaron a aparecer signos de decadencia en San Martín y de

desilusión en quienes lo rodeaban, y la comente de opinión que en un principio lo había favorecido con fuerza ahora comenzó a retirarse. Incluso dentro de sus propias filas se le desafiaba. Hubo una conjura en el ejército contra su autoridad y, posiblemente, contra su vida, que llegó a su punto crítico el 15 de octubre de 1821 cuando los jefes del Ejército de los Andes conspiraron contra él o se prepararon para hacerlo. San Martín se mostró abiertamente menos alarmado que los demás que sabían de la conspiración («no hay cuidado», dijo) y decidió tragarse su orgullo, apaciguar la situación y encubrir a los conspiradores en lugar de castigarlos. Unicamente se castigó a Tomás Heres, jefe del Batallón Numancia, a quien se desterró a Guayaquil. Al resto, de hecho, se los sobornó. La conspiración tuvo lugar antes, no después, de la distribución del botín de los quinientos mil dólares, que se decidió el 21 de noviembre y se llevó a cabo el 12 de diciembre: «la distribución del valioso premio otorgado por el Ayuntamiento de Lima, fue posterior a la conjuración, y no anterior a ésta», y en realidad se trató de un gesto encaminado a comprar el respaldo de los conspiradores. **[65]** La conjura falló, pero, como reconoció Mitre, se trató de «una sublevación moral». **[66]** Éste fue un período de descontento en el ejército, y Las Heras, el viejo compañero de armas de San Martín, renunció junto con Martínez y se marchó a Chile. ¿Era esto auténtica desilusión o un caso de ratas abandonando un barco que se hunde?

Sintiéndose inseguro, San Martín buscó apoyo en el extranjero, en Santiago y Buenos Aires y, todavía más lejos, en Europa. Se le acusó, tanto en el país como en el extranjero, de tener ambiciones que sólo satisfaría una corona. Y lo cierto era que quería una corona, pero no para sí mismo. Estaba convencido de que lo que Perú necesitaba era un monarca, y sus ministros, García del Río, Monteagudo y Unanue, compartían sus puntos de vista. Contaban con cierto apoyo entre los miembros de la aristocracia peruana, a quienes se les permitió conservar sus títulos de nobleza españoles volviéndolos a etiquetar como peruanos. Y en noviembre San Martín decidió enviar a Juan García del Río y a James Paroissien a Europa, no sólo para garantizar el reconocimiento de la independencia peruana, sino, como hemos señalado, para ofrecer también una corona a un príncipe europeo. El 24 de diciembre el

Consejo de Estado redactó las instrucciones para los dos enviados, y el último día del año zarparon hacia Valparaíso.

Las instrucciones secretas que llevaban consigo declaraban que para garantizar el orden en el país y el respeto en el extranjero, Perú necesitaba un gobierno fuerte, el reconocimiento de su independencia y la alianza o protección de una de las principales potencias de Europa. Gran Bretaña y Rusia eran los principales candidatos, la primera debido a su fortaleza marítima, su capacidad financiera, sus vastos recursos y la excelencia de sus instituciones políticas, la segunda debido a su influencia y poder políticos. Por tanto, los enviados debían aceptar como emperador de Perú al príncipe de Saxe-Coburg (que había estado casado con la fallecida princesa Carlota y todavía vivía en Inglaterra) o, en caso de que él no aceptara, a un miembro de la casa real británica, preferiblemente el duque de Sussex, un hijo relativamente respetable de Jorge III. Al nuevo emperador se le pediría que abrazara la fe católica romana y que jurara la constitución que se le presentaría. Si ninguno de estos individuos estaba disponible, se sugerían otros posibles candidatos en Alemania, Austria, Francia y Portugal. Y si esto no era suficiente, los enviados estaban además autorizados, a firmar tratados de alianza, amistad y comercio, conseguir un préstamo de seis millones de dolares y ofrecer privilegios especiales a las compañías mineras. Por último, realizarían el viaje pasando por Chile y las Provincias Unidas, ante cuyos gobiernos tenían misiones especiales.

San Martín abrigaba esperanzas particulares en el caso de Chile, pero en ese país

O'Higgins

tenía sus propios problemas. «Detesto por naturaleza la aristocracia», declaró, y siendo un reformador activo con tendencias igualitarias provocó a la élite local y alarmo a la Iglesia. Sin embargo, carecía de una base de poder desde la cual fomentar sus ideas liberales, y mucho menos tratándose de la aristocracia terrateniente; sus relaciones con el senado se deterioraron, que lo bloqueaba todo el tiempo oponiéndose a su preferencia por un ejecutivo fuerte. Como le había escrito con pesar a San Martín en agosto de 1821: «Cuando hombres selectos y amigos presentan tan desagradable aspecto, ¿qué harán los que son indiferentes y

elegidos por la multitud desenfrenada?». [67]

A partir de este material tan poco prometedor, los enviados debían conseguir que

O'Higgins

respaldara los planes monárquicos de San Martín y se sumara a la búsqueda de un jefe de Estado coronado; pedir satisfacción por el comportamiento del almirante: y obtener el reconocimiento de la independencia peruana por parte de Chile y colaboración militar adicional. Por desgracia, San Martín no era ya un favorito de los chilenos, si es que alguna vez lo había sido. La opinión pública era hostil a la idea de una monarquía, simpatizaba con Cochrane y no estaba convencida con la dirección de la guerra por parte de San Martín. Algo de esto había influido en

O'Higgins,

que, como es evidente, estaba en una posición incómoda. Con todo, San Martín contaba con el respaldo de su viejo amigo y aliado. En noviembre le había escrito:

> Llevo una temporada cruel de padecimientos, los cuales me tienen aún en la cama, aunque algo aliviado; sin embargo de esto es demasiado vista que esta máquina necesita algún reposo, si quiero consonar algunos días más de vida. Al fin (y por si acaso, o bien dejo de existir o dejar este empleo) he resuelto mandar a García del Río y Paroissien a negociar no sólo el reconocimiento de la independencia de este país, sino dejar puestas las bases del gobierno futuro que debe regir. Estos sujetos marcharán a Inglaterra y desde allí, según el aspecto que tomen los negocios, procederán a la Península; a su paso por esa instruirán a V. verbalmente de mis deseos, si ellos convienen con los de V. y los intereses de Chile, podrían ir dos diputados por ese Estado que unidos con los de éste harían mucho mayor peso en la balanza política e influirían mucho más en la felicidad futura de ambos Estados. Estoy persuadido de que mis miras serán de la aprobación de V. porque creo estará convencido de la imposibilidad de erigir estos países en repúblicas. Al fin yo no deseo otra cosa que el establecimiento del gobierno que se forme sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía. 6Con cuánto placer no veré en el rincón en que pienso meterme constituida la América bajo una base sólida y estable? [68]

San Martín usó casi las mismas palabras en el decreto del 27 de

diciembre que convocó un congreso general constituyente, que tenía como objetivos particulares «establecer la forma definitiva de gobierno y dar la constitución que mejor convenga al Perú según las circunstancias en que se hallan su territorio y población». [69]

Desde Chile, sin embargo, sólo recibió nuevas críticas, comentarios desdeñosos y muestras de rechazo. García del Río le habló con franqueza; «Así es que los ánimos estaban irritados contra usted y sus consejeros y que se recibió con regocijo la noticia de lo ejecutado por Cochrane en Ancón». [70] El 19 de marzo, en una última reunión con
O'Higgins,
García del Río y Paroissien plantearon de frente la cuestión de la monarquía, que fue rechazada con firmeza. Quizá la monarquía era una forma de gobierno apropiada para Perú, les dijo, pero no para Chile, por mucho que él respetara a San Martín. [71]
O'Higgins
era consciente de que su propia posición era demasiado precaria como para arriesgarse a que le acusaran de monárquico. La misión a Chile, por tanto, no produjo ningún resultado y los enviados tuvieron que continuar con pesar su viaje y cruzar los Andes hacia Buenos Aires, desilusionados con Chile e irritados incluso con San Martín, quien, se quejaban, los estaba ignorando. Después de un arduo viajo a través de las montañas y las pampas llegaron a la capital argentina en la última semana de abril de 1822.

Después de un año de anarquía en 1820 y posterior humillación a manos de los caudillos provinciales, Buenos Aires había recuperado su aplomo y, en lugar de provocar al interior, empezó a concentrarse en sí misma y crear en su propia provincia una economía y una sociedad viables. La administración contaba con el estímulo que le proporcionaba Bernardino Rivadavia, que ahora tenía cuarenta y un años y había regresado recientemente del extranjero. Un apóstol de la Ilustración y seguidor de Jeremy Bentham, a quien él había conocido en Londres, Rivadavia empezó a implementar un programa de reformas: creía que las instituciones, los derechos civiles. Las obras públicas y la asistencia social podían mejorarse mediante las leyes, como su maestro enseñaba. Rivadavia se esforzó por modernizar Argentina, empezando por Buenos Aires. Buscó fomentar el desarrollo económico a través del libre comercio,

la inversión extranjera y la inmigración; una política semejante requería instituciones liberales y una infraestructura nueva. Éste era el proyecto de Rivadavia, ilustrado, liberal y unitario, y demasiado adelantado a su tiempo para tener éxito. El ministro británico lord Ponsonby dejó una opinión muy desdeñosa de Rivadavia al describirlo como «un hombre del que no puedo decir nada bueno ya sea como estadista o jefe de gobierno, más allá del elogio que corresponder al ajetreado alcalde de una ciudad pequeña». [72] William Miller tenía un punto de vista diferente:

> Hay en Rivadavia una afectación de superioridad, y una altanería en exceso repulsiva; pero ello se ve compensado por la fortaleza y capacidad de su mente, lo que sumado a su alto grado de valentía política, lo coloca muy por encima de cualquier otro estadista suramericano. [73]

Un liberal impaciente e intolerante, Rivadavia tenía una personalidad brusca y áspera que no era del tipo que agradaba a San Martín. Sin embargo, en el mundo suramericano de 1822 era necesario trabajar con lo que había y negociar con aquellos a los que no se podía evitar.

Rivadavia, como O'Higgins, estaba ocupado en problemas políticos domésticos y tenía poco tiempo que dedicar a las preocupaciones de San Martín. En Argentina no se tema una opinión muy elevada del Protector, donde muchos pensaban que había abandonado su país natal en un momento en que lo necesitaba para buscar la gloria en Perú. San Martín, por su parte, no tenía una gran opinión de Rivadavia o aquellos de sus compatriotas atrapados por «las locuras de aquel visionario» en la creencia de que podían reproducir en Buenos Aires la civilización europea. [74] Rivadavia, además, estaba predispuesto contra San Martín, pues recordaba su participación en el derrocamiento del gobierno del que él era miembro en 1812, y desconfiaba de su actuación en Perú. Aclaro a los enviados que no deseaba ni estaba en condiciones de enviar tropas contra los realistas en el Alto Perú, una de las solicitudes de San Martín, y en cuando a la idea de una forma monárquica de gobierno para Suramérica, un tema sobre el que los enviados consideraron que era prudente mantener silencio, posteriormente diría que se trataba de un «disparate total». [75]

Los enviados dejaron Buenos Aires el 26 de mayo sin que sus

esfuerzos hubieran dado algún fruto, y ansiosos por llegar a Inglaterra, a la vida civilizada que buscaban para Perú. Desde el país se les seguía animando, al menos Monteagudo, que recientemente había añadido el ministerio de Exteriores a su cartera de poderes. El les informó que, con la llegada desde Colombia de Joaquín Mosquera, las negociaciones entre Perú y Colombia progresaban hacia «la formación de una alianza general entre las cinco secciones de América: Perú, Colombia, México, Chile y las Provincias de Buenos Aires», y la creación de una asamblea con diputados de cada una. En particular, los gobiernos de Perú y Colombia coincidían en el establecimiento de una monarquía constitucional en los países de América, y los enviados debían continuar su misión en Inglaterra: primero, conseguir el préstamo; segundo; negociar con un príncipe. Este despacho, «que pasaba con tanta facilidad del ámbito de los hechos al de la fantasía», era un testimonio de la esperanza vana de un político caído en desgracia; poco después Monteagudo fue obligado a renunciar y luego tuvo que huir del país. [76] Y al mismo Martín sólo le quedaba algo más de tiempo en Perú. Su único ejercicio diplomático murió con el fin de las negociaciones en Inglaterra a lo largo de 1823 y la interrupción de la búsqueda de un príncipe y el reconocimiento internacional por parte de sus enviados, que, por lo demás, parecían estar disfrutando de la vida fuera de Perú: abrieron la legación peruana en Londres, en el número de 21 de Grosvenor Street, y negociaron en el mercado monetario de la ciudad el préstamo, con el que empezaron a pagarse sus propios salarios. [77]

Entre tanto, en Perú, la oposición política a San Martín estaba creciendo. Aunque su monarquismo resultaba atractivo para algunos, como demuestra el ejemplo de Torre Tagle, enajenaba a muchos otros. El ala liberal de la política peruana no había hecho prácticamente nada por el triunfo de la independencia, pero ahora buscaba imponer sus puntos de vista al Estado independiente. Mientras que anteriormente los liberales habían buscado la reforma sin subvertir la estructura colonial, ahora su meta era hacerse con el control del nuevo Perú y destruir a su creador. Veían a San Martín como un obstáculo que era necesario hacer a un lado. El nuevo régimen les daba mayor libertad y más oportunidades que la colonia para difundir su constitucionalismo liberal. Manuel Pérez de

Tudela abanderaba los principios republicanos. El sacerdote Francisco Javier Luna Pizarro trabajaba tras bambalinas para socavar los planes monárquicos. Y Sánchez Carrión regreso a la lucha con panfletos polémicos en los que defendía el liberalismo y el republicanismo.

Al tiempo que frustraban los planes políticos de San Martín, los peruanos también le negaron la ayuda militar que necesitaba para poner fin a la guerra. En las cercanías de Lima San Martín tenía un ejército, pero su fuerza real era menor de lo que hacía suponer su número de efectivos y carecía de cohesión. La rivalidad entre los distintos componentes nacionales reducía su capacidad de lucha, y muchos oficiales locales consideraban la vida militar como una carrera cómoda en lugar de un modo de defender la independencia. [78] Al quedarse sin alternativas, el mismo San Martín hizo varios nombramientos ineptos y dio muchos mandos militares a criollos de la clase alta no porque estuvieran cualificados para la tarea sino sencillamente por haberse pronunciado a favor de la liberación. Para éstos el celo militar no era una prioridad. Entre tanto, Lima empezó a ver con resentimiento este ejército desocupado y la carga financiera que imponía a los peruanos. [79] Y las fuerzas realistas seguían estando intactas, a salvo en la seguridad de la sierra.

Soldados que no peleaban, políticos incapaces de ponerse de acuerdo, un pueblo desentendido, mientras su mundo se desmoronaba San Martín se negaba a admitir la derrota. Aún tenía trabajo por hacer.

Capítulo 8

UN LIBERAL EN UNA SOCIEDAD CONSERVADORA

IDEAS PRÁCTICAS PARA UNA SOCIEDAD NUEVA

La neblina gris de la costa peruana, «el clima de Lima», fue el telón de fondo de los primeros meses del Protectorado. Mientras su campaña militar se tambaleaba y sus ideas políticas perdían su atractivo, San Martín continuaba trabajando en pos de su proyecto para Perú. La monarquía constitucional continuaba siendo su forma de gobierno preferida, pero estaba abierto a ideas más liberales en política social.

El progreso y la ilustración eran sus ideales, y la reforma la meta de su gobierno. Éste fue el sentir que transmitió a Castlereagh cuando opuso la política contrarrevolucionaria de España a «la liberalidad, el mejoramiento mental y la filantropía» que constituían el sello distintivo de la época. **[1]** En Perú emprendió un programa de reformas no menos avanzadas que las de Rivadavia en Argentina. En los primeros meses del Protectorado, entre agosto y diciembre de 1821, promulgó un total de ciento cincuenta y cuatro decretos que se ocupaban de asuntos que iban desde la administración de justicia hasta la fundación de una biblioteca nacional. **[2]**

La atención a la política social formaba parte de la estrategia peruana de San Martín, que no había llegado al país para conquistar o pelear sino para pacificar y convencer. Él, por supuesto, era un soldado profesional, pero aunque había creado y dirigido el Ejército de los Andes en Perú no lo llevó a la batalla; a diferencias de sus acciones en Argentina y Chile, en Perú se dedicó más al gobierno que al combate. Considera ha que el ejército era un último recurso; era la sanción última de su proyecto no su vanguardia. La Declaración de Independencia y el establecimiento del Protectorado fueron las consecuencias no de una batalla decisiva o de una victoria militar sino de sus maniobras estratégicas y planeación política. La culminación de su proyecto era la reforma social,

coronada por una monarquía constitucional.

Sus consejeros y colaboradores en el gobierno del Protectorado no eran los oficiales de alto rango sino un grupo de sobresalientes talentos políticos y civiles. Bernardo Monteagudo, intelectual, periodista y propagandista de voluntad fuerte y presencia dominante, animaba el Protectorado y lo empujaba hacia adelante, a pesar de que, como hemos visto, también lo perjudicó con su celo excesivo y su odio a los españoles, e incluso quienes admiraban su mente deploraban su moralidad, (jarcia del Río, un espíritu más refinado, más cultivado y sensible en el arte de gobernar, había llevado el mensaje de San Martín más allá de Perú y le había dado voz en Europa. El amigo y confidente de San Martín, Tomás Guido, había llegado con él desde Valparaíso, como lo había hecho James Paroissien, facultativo general tanto en el gobierno como en la medicina. Y los peruanos también aportaron su contribución al Protectorado: Hipólito Unanuc, autor de una obra sobre el clima de Lima y, al mismo tiempo, crítico y ministro del régimen; y el marqués de Torre Tagle, que trajo el respaldo del norte, pero demostró que su vínculo con la revolución no era total.

Resulta imposible identificar en el Protectorado de San Martín una ideología específica o una escuela de pensamiento distintas de las que emanaban del mismo Protector. Su apoyo a la reforma fue pragmático antes que teórico, y su devoción a la libertad y la igualdad más una cuestión de fe que de filosofía (y siempre estuvo matizada por su decisión de evitar la anarquía, algo que, creía, podía destruir la independencia).

Aunque existe una clara tendencia liberal que recorre la legislación social de San Martín, el suyo no era el liberalismo de la Ilustración, que en su opinión tenía poco que ofrecer a los pueblos coloniales o a quienes buscaban la independencia. El nacionalismo fue una fuerza histórica que los intelectuales y estadistas europeos del siglo XVIII pasaron por alto; esos pensadores parecen no haber advertido el surgimiento de naciones incipientes y haber sido indiferentes al derecho de independencia de las colonias. Rousseau, el principal defensor intelectual de la libertad política contra las monarquías despóticas, nunca pensó en la aplicación de sus ideas a los pueblos dependientes. Pocos de los progresistas dieciochescos se interesaron de algún modo por las revoluciones independentistas, y

la tarea de argumentar a favor de la rebelión colonial se dejó a Thomas Paine y al abbé Raynal Ni Montesquieu ni Voltaire ni Diderot dieron el paso definitivo de abogar por la revolución; e incluso Rousseau estuvo lejos de aprobar el cambio político violento. Jeremy Bentham fue uno de los pocos pensadores liberales de la época que aplicó sus ideas a las colonias, defendió la independencia como principio general y denunció las contradicciones inherentes en los regímenes que profesaban el liberalismo en sus países y practicaban el imperialismo en el extranjero. Pero Bentham fue una excepción, y la mayoría de los liberales siguieron siendo tan imperialistas como los conservadores. En Europa las ideas políticas liberales tendían a interesar a la nueva burguesía, que con frecuencia se dedicaba a la industria y el comercio y estaba dispuesta a promover los imperios formales e informales con el fin de asegurarse mercados cautivos. Éste era el mundo que San Martín había conocido en Cádiz, el mundo de las Cortes y la Constitución, que, bajo la influencia tanto de la comunidad empresarial española como de las ideas de la Ilustración, había rechazado con firmeza la idea de la independencia de Hispanoamérica.

Por tanto, era poca la inspiración directa que el Protector podía hallar para sus ideas sobre la libertad y la igualdad tanto en las fuentes europeas como hispánicas. Con todo, había una fuente, cercana a los peruanos, en la que se había expuesto el caso a favor de la libertad y la igualdad con visión y elocuencia. El jesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán, que escribía en el exilio, fue un ardiente defensor de la independencia, una causa a la que dedicó su *Lettre aux Espagnols Américains,* publicada en 1799 y que Francisco de Miranda difundió en las Américas:

> La conservación de los derechos naturales y, sobre todo, de la libertad y seguridad de las personas y haciendas, es incontestablemente la piedra fundamental de toda sociedad humana, de cualquiera manera que este combinada. Es pues una obligación indispensable de toda sociedad, o del gobierno que la representa, no solamente respetar sino aun proteger eficazmente los derechos de cada individuo. **[3]**

Las ideas, y las palabras, de Viscardo tuvieron eco en la prensa peruana, y los puntos de vista de San Martín no diferían de sus

conclusiones, menos aún en el contexto del Perú hispánico. [4] Él mismo, sin embargo, se negaba a teorizar acerca de la libertad. Compartía la aversión de Edmund Burke por las declaraciones de derechos abstractas, divorciadas de las circunstancias y las instituciones existentes. Ése era el camino a la anarquía. San Martín prefería dar pasos prácticos:

> Yo habría podido encarecer la liberalidad de mis principios en el Estatuto Provisorio, haciendo magníficas declaraciones sobre los derechos, y aumentando la lista de los funcionarios públicos, para dar un aparato de mayor popularidad a las formas actuales. Pero convencido de que la sobreabundancia de máximas laudables no es al principio el mejor medio para establecerlas, me he limitado a las ideas prácticas que pueden y deben realizarse. [5]

Consideraba que éstas eran verdades patentes, que exigían acción antes que teorías, y al traducirse en política social, adoptaron el estilo del absolutismo ilustrado más que el del liberalismo posterior a la Ilustración, con alguna concesión, aunque no excesiva, a la modernidad.

Entre sus valores los títulos no eran importantes, pero aprobó algunos y acepto el mundo de distinciones sociales que encontró. La igualdad, sin embargo, no era un derecho absoluto. Quería mejorar las condiciones de las personas, no nivelarlas:

> Que las notabilidades de un Estado sean las del dinero del talento o del nacimiento, ello es que han existido existen y existirán siempre, y estas barreras son tan marcadas en los Estados Unidos como en Inglaterra, lo que comprueba que el hombre en todo género de gobierno es el mismo, es decir, sujeto a las mismas pasiones y debilidades: en resumen, el mejor gobierno no es el más liberal en sus principios, sino aquel que hace la felicidad de los que obedecen. [6]

Su proyecto, por tanto, no amenazaba con revolucionar la estructura social de Perú, y para promoverlo avanzó con cautela y legisló con prudencia. «Ilustres patricios», tranquilizó a las élites, «la voz de la revolución política de esta parte del nuevo mundo y el empeño de las armas que lo promueven no han sido ni pueden ser contra vuestros verdaderos privilegios». [7]

¿Se extendía esta promesa a los españoles? Escribiendo en el

periódico del gobierno, San Martín negó que la independencia necesariamente supusiera un desastre para los españoles: «no tengo enemigos que combatir, sino amigos con quienes puedo contar». **[8]** Y concedía que había buenos españoles en el país: «La justicia me obliga a decir que no todos los españoles conspiran contra nuestros derechos». Algunos aborrecían el extremismo y «estos serán protegidos inviolablemente en su existencia y propiedades». **[9]** En sus declaraciones políticas San Martín se comprometió a respetar la seguridad y propiedad de los españoles siempre y cuando ellos aceptaran la independencia:

> Yo os he prometido respetar vuestra seguridad y propiedades: lo he cumplido, y ninguno de vosotros puede ya dudar de mi palabra. Sin embargo de esto, sé que murmuráis en secreto, y que algunos difunden con malignidad la idea de que mis designios son sorprender vuestra confianza. Mi nombre es va bastante célebre, para que yo manche con la infracción de mis promesas, aun cuando se conciba que como particular pueda faltar a ellas. Por último, declaro los artículos siguientes para poner el sello a las garantías que antes he dado.
>
> Todo español, que fiado en la protección de mi palabra continúe pacíficamente en el ejercicio de su industria, jurando la Independencia del país, respetando al nuevo gobierno y leves establecidas, será amparado en su persona y propiedades. **[10]**

Ésta era una garantía con salvedades, pero incluso una tolerancia limitada de este tipo estaba fuera de la política de Monteagudo, que prácticamente se convirtió en un ministro de Interior y cuyas medidas, como explicó en su *Memoria política*, eran deliberadamente opresivas y despiadadas, y sirvieron para que las palabras de San Martín se volvieran en su contra.

El Protectorado, por tanto, no era un Estado liberal y no prometió a los peruanos un gobierno liberal. Previendo el vacío de poder que se produciría entre el colapso del virreinato y el establecimiento de un nuevo régimen, San Martín empezó por lo básico: evitar el desorden y la anarquía. Es posible reconocer los principios que animaban sus acciones en el Reglamento Provisional de Huaura (12 de febrero de 1821), su primera declaración de intenciones, promulgado cuando todavía estaba en campaña: «Entre el escollo de una reforma prematura, y el peligro de dejar intactos los abusos, hay un medio, cuya amplitud señalan las circunstancias

del momento, y la gran ley de la necesidad». [11] Los detalles se expondrían en la Declaración y Proclamación de Independencia (15 y 28 de julio de 1821) y la creación del Protectorado (3 de agosto de 1821). San Martín estaba decidido a evitar un período de inercia en el que imperara el vacío de poder; igualmente fatídico sería permitir las asambleas instantáneas y las reformas prematuras, pues esto sería una mutación a la anarquía. Al mismo tiempo estaba resuelto a institucionalizar la postindependencia y evitar así una avalancha de personalismo y el peligro del caudillismo. [12]

Este era un Estado de tiempos de guerra, pues el ejército español no había sido derrotado, y por tanto la organización que se le dio fue provisional. No obstante, San Martín proyectó un Estado fuerte, un sistema «vigoroso» según lo llamaba, un gobierno de transición que garantizaría la seguridad y ganaría la guerra. El Protector se nombró a sí mismo, no tenía deudas con ningún grupo, no había sido elegido por ninguna asamblea ni votado por los peruanos. Se trataba de una política pragmática, no de principios, y lo que la inspiraba era, como siempre, su aborrecimiento de la anarquía y su autoridad personal, no el acuerdo de sus colaboradores o del ejército. Con excepción de la función judicial, el Protector tenía plenitud de poderes y no aceptó otras limitaciones a sus facultades diferentes de los dictados de las circunstancias y el progreso de la guerra. La cuestión de si abusaba de su poder quedaba al arbitrio de los peruanos y la valoración de los historiadores. Se trataba de un régimen de transición hasta el fin de las hostilidades, cuando los peruanos podrían elegir su propia forma de gobierno. La opción preferida por San Martín, como siempre había dejado en claro, era la monarquía. Sería en esa coyuntura cuando su razonamiento se sometiera a prueba. ¿Tendría cualquier monarca todas las virtudes que San Martín proclamaba? ¿Podía la monarquía imperar por encima del sesgo republicano inherente en la independencia? Y, en cualquier caso, ¿aceptarían los peruanos esta solución?

Autoritario en su poder institucional, el Protectorado fue libertario en muchos de sus preceptos políticos, económicos y sociales. El Estado colonia] negaba a los peruanos dos libertades básicas, ambas enormemente apreciadas por sus defensores dieciochescos: la libertad de expresión y el libre comercio. La censura y el monopolio estuvieron entre los primeros blancos del

Protectorado. Se decretó la libertad de expresión y se otorgó al pueblo el derecho de publicación sin ninguna censura previa. **[13]** La libertad de prensa se anunció con un valioso intento de proporcionarle una justificación teórica:

> Desde que se inventó el arte libertador de la imprenta, ha experimentado el orbe social una revolución benéfica, pues desarrollándose los talentos, y saliendo el genio de la obscuridad, que frecuentemente la envolvía, no solo han acrecentado la civilización de los pueblos, reformando muchos y graves abusos sino que han influido asombrosamente en el destino mismo de las naciones y de los gobiernos. El del Perú, que nada desea tanto como la prosperidad del país cuya suerte le está confiada va a sancionar la libertad de imprenta, porque reconoce el derecho que tienen todos los hombres de pensar, de hablar y de escribir, y porque está convencido de que sin ella son perdidos los más bellos talentos para la patria, para la causa de la razón y de las luces. Mas al mismo tiempo que concede la libertad de manifestar públicamente su opinión a todo individuo, es necesario impedir su licencia, y evitar que el abuso de aquel arma la convierta, en manos del sedicioso y del perverso, en un instrumento de desorganización y de venganzas. **[14]**

Lugares comunes quizá, pero nada impertinentes en un Estado impresionado súbitamente por su independencia recién conquistada e involucrado en la deconstrucción del pensamiento colonial. Las limitaciones particulares especificadas eran «los dogmas de la religión católica, los principios de la moral, la tranquilidad pública, y el honor de un ciudadano». A pesar de estas restricciones, la libertad de prensa permitió a los periódicos y otros medios desarrollar un debate público vigoroso sobre las cuestiones del día y las promesas del Protectorado sobrevivieron.

En un país devastado por la guerra y subdesarrollado como era Perú era imposible construir una economía liberal, La legislación comercial del Protectorado decreto la libertad de comercio y suprimió las aduanas internas; pero estableció un arancel protector (del 20 por 100) sobre las importaciones con el fin de proteger a la industria local. Sin embargo, la economía peruana era difícil de proteger. Las granjas y las plantaciones sufrieron los efectos de la destrucción provocada por los ejércitos, el desvío de la mano de obra y los pobres mercados americanos. El tradicional puntal de la

economía y el mayor activo exportable del país, el oro y la plata, también estaban deprimidos; la producción minera se vio perjudicada por la interrupción de las comunicaciones y la grave escasez de mano de obra, mercurio, mulas y capital. La escasez de capital era algo que afectaba a todos los sectores de la economía. Entre 1819 y 1825, se calcula que unos 26,9 millones de dólares salieron de Lima en embarcaciones británicas en concepto de pago por importaciones (bienes de consumo y materiales de guerra) y fuga de capitales a destinos más seguros. [15] Privados de exportaciones y capital circulante, el comercio se hundió a un nivel de depresión, y allí lo mantuvieron los elevados impuestos y la baja producción de metales preciosos. Como era inevitable, Perú no podía ganar lo suficiente para pagar por las importaciones de productos manufacturados, en un momento en el que los entusiastas empresarios británicos pululaban ofreciendo bienes y servicios. El capitán Basil Hall advirtió el impacto de los cambios recientes cuando cenó en un hogar peruano en Huacho: «Un rollo de paño fino inglés descansaba sobre un estuche de vino francés, marca Medoc; sobre la mesa había una botella de champaña; los cuchillos y los tenedores eran de marca Sheffield, y el biombo que dividía la estancia estaba hecho con una pieza de algodón estampado de Glasgow». [16] Los préstamos extranjeros sirvieron para llenar temporalmente el vacío. En 1822, García del Río, uno de los agentes enviados originalmente a Europa por San Martín para encontrar un rey para Perú, contrató un préstamo de un millón doscientas mil libras. De este dinero el gobierno peruano recibiría menos de novecientas mil libras, después de que los aseguradores y los agentes hubieran tomado su parte. [17] Si la experiencia demostraba algo era que, en un mundo de liberalismo económico, Perú tenía que proteger sus flancos.

NO INDIOS SINO CIUDADANOS PERUANOS

Promesas y prejuicios, esa fue la historia de la política indígena de San Martín. La población india de Perú, que había estado creciendo de forma constante en la segunda mitad del siglo XVIII y constituía casi el 60 por 100 de los 1,1 millones de habitantes que conformaban la población total, padeció más que otros peruanos los

efectos de las guerras de independencia. [18] Ya fuera que trabajaran sin descanso en las haciendas y talleres, o que hubieran sido reclutados para realizar servicios públicos o que se limitaran a labrar sus tierras comunitarias con el fin de pagar el tributo al rey, los indios esperaban poco de la revolución, si es que lo hicieron. Todos los ejércitos los saquearon, y a medida que la guerra iba y venía antes sus ojos un bando los utilizaba como auxiliares o bestias de carga y luego tenían que sufrir las represalias cuando el otro volvía:

> Todo destacamento militar que se detuvo allí inevitablemente destruía los cultivos de alfalfa, y con frecuencia los despojaba de sus bueyes, ovejas, cabras o gallinas, cuando podía poner sus manos sobre ellos. De esta forma se robo a centenares de pueblos y miles de individuos lo poco que tenían; pero eran indios pobres y oprimidos, y la tristeza de los humildes rara vez atrae la atención o despierta las simpatías del mundo. [19]

Ambos bandos trataron a los indios como sirvientes, peones o mineros, convirtiendo los servicios personales que se les exigían en tiempos de paz en servicio militar en tiempos de guerra. El general Miller observó que la práctica tanto de los realistas como de los patriotas era «coger al primer indio que encontraban en la calle y obligarlo a limpiar los barracones, recoger leña y agua, y realizar los oficios más serviles. En los oficiales el hábito había devenido costumbre, y rara vez corregían el mal: además, lo más extraordinario era que los propios soldados indios eran los más tiránicos a la hora de exigir estos servicios degradantes a sus hermanos». [20]

Los guerrilleros del centro de Perú dependían de los indios para obtener información y otros servicios, pero no les daban nada a cambio. Y como se los consideraba seres inferiores, nunca se los integró en el ejército regular patriota o en las unidades guerrilleras. Cuando se requirieron sus servicios como combatientes se los movilizó en unidades separadas como auxiliares. Pero los patriotas tenían el desconcertante hábito de reclutar indios para operaciones particulares y luego desentenderse de ellos, con lo que dejaban a sus aliados a merced de los realistas. Con todo, algunas colaboraciones resultaron exitosas. En mayo de 1821, en unas

operaciones en el norte de Arica, en los alrededores de Moquegua, los patriotas contrataron a los indios locales para capturar a los realistas rezagados; el pago se hacía en dinero o mulas, y se les permitía quedarse con las bestias si entregaban a un prisionero español y escuchaban la propaganda patriótica. [21] En la mayor parte de los casos, los guerrilleros mantuvieron a los indios labrando la tierra como siervos o trabajando en las minas como «mitayos». En esta fase de la guerra los patriotas continuaron negando a los indígenas sus derechos, reduciendo su estatus en la revolución y engañándolos con la promesa de que la independencia los liberaría de la tiranía. Por desgracia, tratar a los indios como seres interiores era un hábito mental de los peruanos blancos, y esto era algo que no podía erradicarse mediante leyes.

San Martín se interesó por los derechos de los indios y buscó ganarse la buena voluntad de la población nativa. Quería que los indígenas conocieran sus derechos y por ello insistió en que sus decretos y proclamación se tradujeran al quechua y se difundieran en las comunidades indígenas. Inauguró nuevas políticas, insistiendo siempre en la justicia para los indios en nombre de la razón y la ley, para liberarlos de «la degradación moral» a la que los había reducido el gobierno español. En un decreto rotundo del 27 de agosto de 1821 abolió el tributo indio y mandó que «en adelante no se denominarán los aborígenes indios o naturales: ellos son hijos y ciudadanos de Perú, y con el nombre de peruanos deben ser conocidos», una etiqueta que hasta entonces había estado reservada a los hijos de padres españoles y sus descendientes. Y al día siguiente abolió las «mitas, encomiendas, yanaconazgos» y cualquier otra forma de trabajo obligatorio al que los indios estuvieran sometidos. [22]

Estas políticas no eran originales. De hecho, situaban a San Martín en una tradición de reformadores españoles que tenía sus orígenes en el virreinato. En años recientes, el virrey Abascal se había visto obligado a implementar una serie de deformas diseñadas por los constitucionalistas españoles que incluían la abolición del tributo indio y la mita. Asimismo, elaboró un plan para reemplazar el tributo por un impuesto sobre la tierra; la idea, que no llegó a ponerse en práctica, era distribuir la tierra ocupada por las comunidades indias y convertir a los indígenas en propietarios

individuales. [23] La oposición de los intereses creados, que durante mucho tiempo habían considerado la mano de obra india como parte de sus derechos de propiedad, consiguió frustrar las leyes de San Martín. Por otro lado, la abolición del tributo no era una prioridad para los mismos indios, pues el tributo contribuía a definir su estatus y protegía sus derechos sobre la tierra. En lo referente a la identidad, además, los indios no necesariamente se sentían atraídos por la nomenclatura de los blancos. Y tampoco por la causa patriota. En la batalla de Ayacucho (diciembre de 1824), decisiva para las tropas bolivarianas, los indios realistas que ya habían sufrido el acoso de los patriotas se apostaron entre bastidores para abatirlos en su huida en caso de que hieran derrotados; y el teniente coronel Medina, del ejército colombiano, fue asesinado por los indios de Huando cuando iba de camino a Lima con el informe de Sucre sobre la batalla. [24]

La legislación india del Protectorado posee cierto interés teórico. Evidenció una tendencia creciente a definir a los indios más en términos sociales y culturales que en términos raciales, lo que indudablemente era la dirección correcta, pero falló a la hora de distinguir entre los indios que vivían en comunidades y los que pertenecían a grupos más móviles. De otro modo, la legislación tuvo una importancia limitada, pues prácticamente no cambió para nada la situación de los indígenas. Los indios no eran una novedad para San Martín: en Argentina había crecido entre indios, alguna vez había afirmado de forma retórica que él mismo era un indio y en Perú los veía cotidianamente. Pero sus leyes no suscitaron ninguna gratitud: las élites las vieron con alarma, y los indios continuaron dedicados a sus intereses individuales o comunitarios que rara vez coincidían con la causa de la independencia tal y como la entendían San Martín y sus colegas San Martín ofreció a los indios la libertad y la ciudadanía pero el Estado que buscaba crear, según lo prefiguraba el Protectorado, era un Estado criollo, y los indios no cambiaron sus ideas acerca de lo que significaba la independencia y la relevancia que ésta tenía para sus vidas. Por lo general, los indios que se unieron a los ejércitos patriotas o las bandas guerrilleras lo hicieron desprovistos de cualquier convicción ideológica, y podían cambiar de bando sin compunción. Es posible que actuaran bajo coacción o por hábito o incluso para conseguir armas, pero rara vez

por iniciativa individual. Un líder guerrillero del Alto Perú sermoneaba así a los indios realistas:

> «La Patria es el lugar donde existimos, la Patria es la verdadera causa que debemos de defender a toda costa, por la Patria debemos sacrificar nuestros intereses y aun la vida» Estas voces se echaban en todas partes, que para el caso no teníamos ni un indio. Sólo revoloteábamos con estas expresiones como conquistando de nuevo en un país extraño.

Los indios del Alto Perú eran más conscientes de sus lealtades tradicionales y comunales, y los guerrilleros difícilmente podían influir en aquellos que habían recibido la medalla del rey, los «amedallados»:

> Algunos decían que por su rey y señor morían y no alzados ni por la Patria, que no saben qué es tal Patria, ni qué sujeto es, ni qué figura tiene la Patria, ni nadie conoce ni se sabe si es hombre o mujer, lo que el rey es conocido, su gobierno bien entablado, sus leyes respetadas y observadas puntualmente. Así perecieron los once. **[25]**

En la agenda de San Martín el Alto Perú era un país todavía por ser liberado. ¿Sabía lo que les esperaba a los ejércitos de liberación?

UN GRAN ACTO DE JUSTICIA

Para San Martín hacer política social era crear un equilibrio entre los distintos grupos de interés y hallar algún tipo de punto medio entre los derechos heredados y las exigencias de cambio. Incluso su protección de los jornaleros durante su época en Mendoza estuvo matizada por su defensa de los derechos de las hacienda: «Ningún peón pueda mudar de patrón sin tener boleta de éste que acredite no debe de cosa alguna». **[26]** Mientras se preparaba para la invasión de Perú, dejó algunas ideas sobre sus estrategias sociales, que aunque se expresaron en forma algo ingenua en las instrucciones a sus agentes secretos fueron refinándose a medida que aprendía más:

> La multitud, y principalmente la esclavatura no pueden ser movidas sino magnificando sus temores o abriendo sus esperanzas. Lo primero puede hacerse fácilmente con la diestra exposición de los hechos más atroces que marcan la conducta de los españoles y que se reservan

> cometer si llegan a salir victoriosos en esta ultima lucha. Pero lo segundo exige gran tino y habilidad. No se debe hacer promesa que no se pueda o no se deba cumplir. El objeto de la revolución es el de la felicidad de todos: una repentina emancipación de los esclavos, y un saqueo indistinto de las propiedades precipitarían el país en la más espantosa anarquía, de modo que aun la multitud misma y los esclavos serían víctimas de la disolución general. Así pues todos deben creer que serán gradualmente libres, gradualmente ricos, gradualmente felices. Estas son ventajas que no han gozado ni gozarían eternamente bajo el Gobierno español; y estas son cabalmente las que facilitara el Gobierno al País formado por ellos mismos. **[27]**

A finales del siglo XVIII, Perú tenía una población de más de un millón de habitantes de los cuales unos ochenta mil eran negros, que se dividían por igual entre esclavos y libres. Los esclavos trabajaban en las plantaciones y el servicio doméstico; algunos escapaban para vivir por fuera de la ley; y había incluso unos pocos que eran propiedad de las comunidades indias de la sierra. San Martín no era partidario de una manumisión universal y prefería actuar cuando surgía la posibilidad de hacerlo. En los primeros meses de la guerra defendió el reclutamiento de los esclavos negros de las haciendas realistas, y oficiales suyos como Arenales y Miller los alistaron sobre la marcha. William Miller escribió que al desembarcar cerca de la hacienda de Caucato (Ica), en el valle de Chincha, otrora propiedad de los jesuitas, muchos de sus novecientos esclavos desertaron para unirse a las filas de los patriotas. Los ex esclavos se consideraban valiosos no sólo como soldados de infantería sino también como guías y espías. San Martín declaró que su intención no era fomentar la insubordinación de la mano de obra de los propietarios de esclavos, sino sencillamente aceptar a aquellos esclavos que se ofrecieran como voluntarios para pelear por la causa patriota. **[28]** A propósito especulaba que si el gobierno virreinal continuaba reclutando esclavos, se vería obligado a responder otorgando la libertad a todas las personas de color, «por repugnante que esto sea a mi razón y sentimientos». **[29]** El general continuó alistando esclavos en su ejército; si había pocos disponibles o si se los necesitaba como mano de obra en las haciendas, entonces los propietarios tenían que pagar una indemnización al fondo del ejército. Tenía que sopesar las

necesidades militares y las preocupaciones de los civiles, así como proteger el derecho de los hacendados a conservar su fuerza de trabajo. La política de otorgar la manumisión como recompensa por servir en el ejército no se extendió a los esclavos fugitivos que no se alistaran; a estos se les ordenó (edicto del 23 de julio de 1821) regresar con sus propietarios, en caso de que pudiera sacárselos de los grupos de guerrilleros o bandidos a los que en ocasiones se unían. En general, los esclavos no se apresuraban a cambiar la vida de las haciendas por el ejército; no todos ellos creían que la guerra de independencia fuera su guerra, y era posible que conviniera más a sus intereses permanecer con su amo que lanzarse a un futuro violento. **[30]** Por otro lado, el general Miller seguía estando convencido de la calidad de los negros del ejército patriota: «Yo creo que los negros que han servido en nuestros ejércitos merecen gran elogio por su constancia y valor. Una prueba de su patriotismo, es que los españoles no han podido, a pesar de sus tentativas, formar cuerpo con ellos». **[31]**

La abolición de la esclavitud era una perspectiva distante. En un decreto del 12 de agosto de 1821 San Martín condenó el tráfico criminal de seres humanos y la degradación que sufrían las familias por la venta de sus miembros Sus palabras de indignación tuvieron más eco que las políticas que prescribía:

> Cuando la humanidad ha sido altamente ultrajada y por largo tiempo violado sus derechos, es un grande acto de justicia, sino resarcirlos enteramente, al menos dar los primeros pasos al cumplimiento del más santo de todos los deberes. Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal: los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia a que pertenecen, vendiéndose unos a otros… Yo no trato, sin embargo de atacar de un golpe este antiguo abuso: es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado lo destruya; pero yo sería responsable a mi conciencia pública y a mis sentimientos privados, si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando por ahora el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la naturaleza. **[32]**

San Martín confirmó la abolición del tráfico de esclavos, «este antiguo abuso», y en cuanto a la esclavitud misma declaró que los hijos de los esclavos (incluidos los que se encontraban en territorio

realista) nacidos desde el 28 de julio de 1821, la fecha de la independencia, serían libre a la edad de veintiún años y obtendrían derechos plenos de ciudadanía. Estos libertos, sin embargo, permanecerían durante algunos años bajo el control del propietario de su madre, el cual, de acuerdo con el decreto del 24 de noviembre, estaba obligado a proporcionales educación y adiestramiento.

Se ordenó además que cada año se manumitiera cierto número de esclavos mediante una compensación estatal a sus propietarios. Y en varias ocasiones se ofreció la manumisión a cambio del servicio militar. El 2 de septiembre de 1821, como parte de una campaña de reclutamiento, San Martín declaró que cada esclavo que peleara contra el enemigo y se comportara de forma valiente sería liberado. Un decreto del 25 de octubre amenazó a cualquier propietario que sedujera a los reclutas para que volvieran a su servicio con la confiscación de sus propiedades y el exilio, y prometió a aquellos que denunciaran este delito recompensarlos con parte de las posesiones del infractor y con la libertad en caso de que fueran esclavos. En 17 de noviembre, el Protector declaró que uno de los deberes del gobierno era fomentar la libertad de quienes hasta entonces habían sufrido la inhumana privación de ese derecho inalienable para ordenar la liberación de todos los esclavos propiedad de los españoles y los criollos enemigos de la independencia. Aquellos con edades comprendidas entre los quince y los cincuenta años debían presentarse como voluntarios para el servicio militar; las mujeres y los varones que no estuvieran en condiciones de empuñar las armas recibirían sus certificados de libertad de las autoridades departamentales. **[33]**

Esta fue, probablemente, la única manumisión electiva del Protectorado, si es que se trató de una manumisión, pues los demás decretos de San Martín no tuvieron una aplicación uniforme. El general consideraba estas medidas como «un grande acto de justicia», pero los propietarios de los esclavos se opusieron incluso a su programa moderado, protestaron por el reclutamiento de sus esclavos en las filas patriotas y emplearon toda maniobra posible para evitar desprenderse de ellos. La aplicación de estas políticas se complicó debido a la práctica simultánea de confiscar las haciendas de los realistas, algo que estimuló a muchos esclavos a escapar

tanto del servicio militar como del trabajo. La esclavitud sobrevivió a la independencia prácticamente intacta.[34] La Constitución de 1823 declaró que nadie podía nacer esclavo en Perú y prohibió el comercio de esclavos en el país, pero los propietarios de esclavos se opusieron a todas estas medidas y aunque el comercio se suspendió, la esclavitud sobrevivió en la agricultura costera y el servicio doméstico y no seria abolida hasta 1854.

Entre tanto, los esclavos tuvieron que idear sus propias tácticas para mitigar o escapar de su situación, resultado de lo cual fue el surgimiento de un proceso de automanumisión y resistencia pasiva. La Iglesia también pasó a ser un agente en la desaparición de la esclavitud cuando decidió intervenir de forma más activa en las relaciones entre los esclavos y sus amos. Para defender la integridad de los matrimonios, la Iglesia se opuso a la separación de las familias esclavas. Los esclavos consiguieron aprovechar esta concesión que se convirtió en un instrumento para obtener una libertad mayor. Fue la intervención de la Iglesia, más que del Estado, lo que limitó la capacidad que tenían los propietarios de esclavos para bloquear legalmente los matrimonios de éstos. Además, los amos que intentaran vender a sus esclavos casados fuera de la ciudad de Lima o que abusaran sexualmente de sus esclavas se convertían en blancos potenciales del ataque no sólo de sus esclavos sino también de la Iglesia.[35] Estos desarrollos continuaron con independencia del gobierno en el poder.

San Martín, por tanto, no abolió la esclavitud. Su política era consecuencia de una mente liberal y un espíritu humanitario, y si no llegó a decretar una abolición total de la esclavitud, hay pruebas de las limitaciones que había para hacerlo en una sociedad dominada por una élite terrateniente. En este sentido, la élite manifestó con claridad su punto de vista en la prensa realista: «Si vino al Perú a establecer la independencia con el menor número posible de sacrificios de sus habitantes, como él dice en su decreto, debió mantener y dejar sin alteración el sistema de servidumbre de los esclavos, por ser un recurso de primer orden en diferentes sentidos, y no haber abusado nadie ni nunca de él en el servicio de las armas».[36] Las soluciones que adoptó también fueron el resultado de su usual búsqueda, en común con otros libertadores, de un camino medio entre dos principios en conflicto, la libertad

personal y los derechos de propiedad, y de su típica predilección por las políticas graduales. La mentalidad de los libertadores era la de su época. Los esclavos no tenían derecho a la libertad más allá de lo que estaban dispuestos a otorgarle los criollos; su libertad no se concebía como un derecho natural y, ciertamente, no había igualdad. Este fue el modelo de la revolución a lo largo y ancho de Hispanoamérica.

UN GENERAL CRISTIANO

Las medidas políticas y sociales adoptadas por San Martín fueron de inspiración secular, no religiosa. Como muchos de los libertadores, San Martín era católico más por defecto que por definición, pero sus convicciones nacían de algo más que la mera conveniencia. Su participación en la Logia, un órgano básicamente político para trabar contacto con las élites, no lo convierte en un masón o alguien en busca de creencias alternativas, y al final ésta se volvió una entidad que limitaba su libertad de acción y de la que podía prescindir.

San Martín creía en la tolerancia religiosa y la libertad de culto, que consideraba una extensión de la independencia, y deploraba cualquier alejamiento de estos principios. Entre los consejos que escribió a su hija en 1825 le recomendaba abrigar «sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones». **[37]** Asimismo siguió con preocupación el destino de la tolerancia religiosa en Argentina y en 1833 preguntó a Guido sobre el tema. «Muy mal, mi amigo», le respondió éste. «Hemos tenido libros quemados, matrimonios desechos entre protestantes y católicos, y otras mil maravillas». El gobierno había acordado la fundación de otra iglesia presbiteriana, pero «no se puede secar el mar con una concha». **[38]**

La defensa de la tolerancia no había debilitado el compromiso público de San Martín con el catolicismo como la religión del Estado. Mientras que la prensa realista denunciaba al libertador y sus colegas tachándolos de herejes y masones, el historial del Protectorado era por completo ortodoxo, y el periódico patriótico *El Consolador* se hizo eco de las propias palabras de San Martín al ensalzar el carácter providencial de la independencia: «Soy un instrumento de que se ha valido el Sr. Dios de los Ejércitos para

llevar a cabo los altos planes de su adorable providencia». [39] El Estatuto provisional del 8 de octubre de 1821, firmado por San Martín y los ministros del Protectorado, no permitía duda alguna de que la religión oficial era exclusiva y ortodoxa: «La religión católica, apostólica, romana es la religión del Estado: el gobierno reconoce como uno de sus primeros deberes el mantenerla y conservarla por todos los medios que estén al alcance de la prudencia humana». Asimismo, aclaraba que los ataques contra la doctrina se castigarían con severidad y que la condición de católico era un prerrequisito para ser funcionario del gobierno. El Estatuto permitía también que otros cristianos practicaran su fe con el permiso del gobierno. [40] El compromiso de San Martín con la religión establecida del Protectorado se prolongó durante toda su administración. En las semanas que precedieron a su partida del país en agosto de 1822, estipuló la celebración de misas y ceremonias públicas en honor de santa Rosa de Lima y el aniversario de la independencia chilena, así como una misa del Espíritu Santo para señalar la inauguración del Congreso.

En cuestiones de fe había una diferencia que reconocían los libertadores por toda Hispanoamérica, a saber, la que había entre la religión y la política eclesiástica y, en especial, entre las creencias personales y la ortodoxia de Roma. Durante el período de la campaña de San Martín y el Protectorado, la política oficial de la Iglesia consideraba que la lealtad a España, la obediencia a la monarquía y el rechazo de la revolución eran imperativos morales, mientras que lo contrario era un pecado. No obstante, en las Américas la voz de la Iglesia no era una sola. [41] La mayoría de los obispos rechazó la revolución y se mantuvo leal a España. Los obispos debían su nombramiento a la Corona, habían jurado lealtad al rey y estaban sometidos a presiones inmediatas para conformarse y entregar al rey un pueblo dócil. En este sentido, se les instaba a «cooperar mediante su ejemplo y su doctrina en la preservación de los derechos legítimos de soberanía que corresponden al rey nuestro señor». Tanto en Perú como en el resto del continente, el clero estaba dividido, pero muchos clérigos, en especial entre los de menor rango, que eran predominantemente criollo, apoyaban la causa de la independencia y las acciones tanto del ejército de San Martín como de los montoneros en la sierra. Un jefe guerrillero

informó al respecto que: «Los curas de estos pueblos han estado a mi fado desde que toqué en sus doctrinas [parroquias indias] entusiasmando a los soldados de la división, auxiliando en cuanto ha estado a sus alcances y decididos a pelear para dar ejemplo a los demás, en vista de los escándalos y excesos que han tocado tan de cerca en sus templos». [42] Algunos sacerdotes tuvieron un papel destacado en la lucha, muchos más fueron activistas en las filas rebeldes y numerosos voluntarios sirvieron como capellanes en los ejércitos libertadores.

La crisis para la Iglesia llegó en 1820, cuando en España la revolución liberal obligó al rey a renunciar al absolutismo y aceptar la Constitución de 1812. El nuevo régimen pronto se exportó a las colonias, donde las implicaciones para la Iglesia fueron inmediatas. Los liberales españoles eran tan imperialistas como los conservadores españoles y no hacían concesiones a la independencia, pero también eran agresivamente anticlericales y atacaron a la Iglesia, sus privilegios y sus propiedades. Finalmente, forzaron a la Corona a pedir al papa que no reconociera ningún país hispanoamericano y nombrar sólo obispos leales a Madrid. La combinación de liberalismo radical e imperialismo renovado fue demasiado incluso para los obispos realistas en América, muchos de los cuales perdieron entonces su confianza en el monarca y empezaron a cuestionar los fundamentos de su lealtad. Las victorias de San Martín en Chile y Perú abrieron una nueva oportunidad para la Iglesia, y con ella los ojos de los prelados. Algunos de los obispos peruanos eran incorregiblemente hostiles a los patriotas. Pero en Lima el alto clero firmó la Declaración de Independencia Y también firmaron el arzobispo Las Heras, el deán y la mayor parte del capitulo catedralicio. El arzobispo, un español anciano que había pasado muchos años en América y se identificaba felizmente con Perú, se negó a acompañar a La Serna y el ejército realista a la sierra, y prefirió permanecer al lado de su rebaño. La mayoría del capítulo de Lima eran americanos, y una porción sustancial de ellos eran peruanos y limeños: cambiar de bando no les resultó difícil. De las tres mil quinientas firmas del acta de independencia una tercera parte corresponde a miembros del clero, la mayoría de ellos pertenecientes a órdenes religiosas.

Durante esta época de crisis la Iglesia americana recibió poca

ayuda de Roma. Ignorantes de las reivindicaciones coloniales y del nacionalismo criollo, los papas juzgaron los movimientos independentistas hispanoamericanos como una extensión del significado de los levantamientos revolucionarios que observaban en Europa y dieron su respaldo a la Corona española. Las encíclicas papales de 1816 y 1824 exhortaban a los obispos a defender la religión y el poder legítimo ante las fuerzas de la revolución, y de este modo convirtieron el apoyo a la monarquía borbónica y el dominio español en una cuestión de consciencia. [43] San Martín conocía la postura de Roma, como la conocían todos los libertadores, y fue por ello, no por su aversión a la religión, que posteriormente reaccionó con enfado a los intentos del gobierno argentino de restablecer las relaciones con el Vaticano.

San Martín no parece haber puesto freno a las políticas anticlericales de Monteagudo, algo que hace dudar más de su autoridad que de su ortodoxia. ¿Qué tanto control tenía sobre su ministro? Se expulsó a varios obispos; y los de Trujillo. Huamanga y Mainas dejaron el país. El arzobispo Las Heras, no obstante, tuvo una recepción mixta en el Protectorado. Por un lado, San Martín había cultivado buenas relaciones con el prelado. Y ya antes de su entrada en Lima le había asegurado:

> Sería para mi una de las mayores satisfacciones el ofrecer personalmente mis respetos al prelado mas antiguo y venerable del Perú; y que si a esto se añadiese el placer de ver consolidado un gobierno que garantizase el orden y la prosperidad sobre principios opuestos a las ideas exaltadas que por desgracia se han difundido en el mundo desde la célebre revolución del año 92 [la Revolución Francesa], yo me retirare de la escena pública, a gozar de la de mis semejantes y a bendecir la Providencia por los beneficios dispensados al país a que pertenezco. [44]

Sin embargo, los detalles de la política eclesiástica se dejaron en manos de Monteagudo, quien entre otras cosas determinó un número limitado de casas de retiro religiosas con el argumento de que eran centros potenciales para la reacción realista. El arzobispo se resistió a esta decisión y dejó en claro que prefería dejar su cargo antes que conceder crédito a semejante idea. A principios de septiembre de 1821 el gobierno aceptó su renuncia y le ordenó marcharse a Chancay, en la costa, en un plazo de cuarenta y ocho

horas, para abordar un transporte de regreso a España. El arzobispo parece haber culpado por lo ocurrido a Monteagudo, no a San Martín, y en su carta de despedida dirigida al «estimado amigo» que le ha hecho el favor de librarle de «una carga superior a mis fuerzas», era afectuosa y agradecía las expresiones de «consideración con que me ha distinguido cuando nos hemos visto». Posiblemente un ejercicio de ironía. El arzobispo, que tendía a ver pecados en cada calle y delitos en cada esquina, tanto antes como después de la independencia, cambiaba de opinión cada dos por tres. Cuando regresó a España su tono era diferente. Informó negativamente a Roma sobre la situación moral y política de Perú, la inmoralidad que fomentaba la independencia, la conducta y libros licenciosos que el Protectorado permitía y su ejercicio del patronato eclesiástico. Deploró asimismo la influencia de Monteagudo, «hombre inmoral y sin religión», sobre San Martín, y responsabilizó al Protector de la difusión de ideas contrarias a la religión, la moralidad y la doctrina; a ojos de Las Heras su compromiso con la tolerancia y la libertad religiosa era una desviación de la ortodoxia. **[45]** La acusación de tolerancia sin duda alguna era correcta. También había algo de verdad en el cargo de regalismo, una tradición borbónica que el Protector perpetuó. San Martín no vaciló en ejercer el patronato eclesiástico cuando le combino al gobierno; y se sometieron a escrutinio los votos monásticos, cuya adopción quedó prohibida para los hombres menores de treinta años y las mujeres menores de veinticinco.

En septiembre de 1821 se creó la Junta de Purificación para investigar la conducta política del clero respecto del nuevo gobierno y denunciar a quienes no apoyaran la revolución. Se invitó a todos los sacerdotes a hacer declaraciones juradas en las que demostraran su respaldo a la República. Aunque muchos lo hicieron (por lo general en términos efusivos: «es notorio mi patriotismo», «por comprobante de mi patriotismo», «adicto a la Causa de la Patria», «sufrí por delito de insurgencia»), su testimonio tiene escaso valor como prueba de compromiso, pues para entonces la independencia y a era un hecho consolidado en la costa peruana. **[46]** Muchos sacerdotes publicaron proclamaciones en las que exhortaban a los fieles a apoyar la causa patriótica y, como buenos americanos, la causa de la religión, la libertad y la independencia. Es probable que

éstos representaran la opinión mayoritaria del bajo clero, pero algunos fueron más lejos; el franciscano José María Blanco, que había sido perseguido por los realistas por ser partidario de la independencia, se unió al ejército de Arenales en Jauja y fue nombrado capellán del regimiento Numancia por San Martín. Se calcula que entre 1805 y 1824, cerca de trescientos noventa sacerdotes y religiosos participaron activamente en el movimiento independentista, setenta y siete como conspiradores, cuarenta y ocho como propagandistas, ciento cuarenta y tres como colaboradores y ciento veintidós como insurgentes. Entre los delegados al primer Congreso Constituyente, convocado por San Martín en septiembre de 1822, veintiséis eran sacerdotes y su primer presidente fue el sacerdote liberal Luna Pizarro. Muchos de los clérigos delegados pertenecían al ala liberal de la asamblea. [47] Pese a ser liberal, la primera constitución estableció la primacía de la Iglesia católica. No todos los liberales estuvieron de acuerdo con ello y algunos argumentaron que un estado confesional era incompatible con la tolerancia religiosa. [48] Pero la redacción de la constitución no dejó lugar a dudas: «En el Perú la Religión es la Católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquier otra».

Mientras que la profesión de fe de San Martín era la correcta para un soldado y un estadista, y aunque su aversión hacia las políticas de Roma continuaba las tradiciones de los Borbones españoles, sus creencias personales resultan más difíciles de identificar. En tanto hijo de una familia española, su crianza y educación habían sido católicas, y en América respetó el ritual católico de la época y las expresiones de la religiosidad popular. En Buenos Aires tuvo una boda católica tradicional de acuerdo con los ritos nupciales de la Iglesia. En el Regimiento de los Granaderos a Caballo prescribió que se rezaran oraciones matutinas, el rosario en las noches y la misa los domingos: era su costumbre tener un capellán siempre disponible para atender a sus tropas, y nunca dejó de elogiar a los sacerdotes que demostraban su valor en combate. Es posible que su iniciación en los grupos revolucionarios de Cádiz y Londres lo introdujera a influencias nuevas y foráneas, pero desconocemos sus pensamientos en esta área. La Logia era una sociedad antes política que masónica, una élite incomprensible, que lejos de ser un apoyo se convirtió en un obstáculo y una fuente de

irritación. Su héroe Belgrano defendió las tradiciones católicas de las influencias seculares de la época y mostró a San Martín el modelo de un «general cristiano, apostólico y romano», ideales que el libertador parece haber acogido bien.

San Martín respetaba a la Iglesia por su presencia pública y su función social, y en Perú fomentó la observancia religiosa en su ejército, participando en la liturgia en ocasiones militares como era de esperarse en un oficial de su rango. Cochrane acostumbraba decir que San Martín aparecía como creyente con el fin de engañar a la opinión pública, pero que en realidad no era una persona religiosa en absoluto. Según Maria Graham, que sospechaba que era un descreído, no se contentaba con un «acatamiento decente de los ritos en los que necesariamente se encontraba presente», sino que en Perú se había distinguido por su celo religioso y «veneración excesiva» por santa Rosa de Lima, todo lo cual hacía para dar una buena impresión. **[49]** Y lo cierto es que impresionó, aunque no al arzobispo de Lima, que parece haber escogido sus palabras de acuerdo con la ocasión y el auditorio. Esta es una cuestión en la que los historiadores argentinos están divididos entre quienes creen que San Martín era un deísta, quienes creen que era un liberal cristiano y quienes creen que era un católico ferviente.

¿Qué dijo el mismo San Martín al respecto? Sus opiniones privadas, o algunas de ellas, pueden inferirse de una carta enviada a Tomás Guido, en una época en la que no tenía que preocuparse de las susceptibilidades del público o sus reacciones. Comentando la decisión del gobierno argentino de establecer relaciones con Roma en 1830, manifestó que temía un aumento del fanatismo en su «malhadado país» y dio muestras de una actitud sardónica hacia la Iglesia institucional, aunque no necesariamente hacia la religión. **[50]** En sus políticas hacia los indios y los esclavos los valores que abrazó fueron básicamente los del liberalismo secular, no unos comparables a los de la lucha por la justicia de los frailes. Para San Martín el árbitro último de las acciones humanas era la consciencia antes que el dogma: «La conciencia es el mejor y más imparcial juez que tiene el hombre de bien». **[51]** Si su fe religiosa sobrevivió a sus días como libertador es algo que queda por saber. Hay una cosa sobre la que tenía la consciencia tranquila. En el Perú liberado, había dejado a la Iglesia independiente del control borbónico, libre

de predicar su fe y moral tradicionales. Era una iglesia criolla y su mensaje lo impartía un clero criollo a unos parroquianos criollos En la sierra, la iglesia era todavía una institución virreinal, y la mayoría de las doctrinas indias se mantenían fieles a la religión tradicional que se les había enseñado, indiferentes a la causa independentista

ORDEN Y PROGRESO

La vida cotidiana de los peruanos antes de la independencia no era ajena a la cultura y una clase educada había contribuido tanto a subvertir como a respaldar el Estado colonial. Aunque no habían llegado a defender las libertades modernas, intelectuales como José Baquijano, Hipólito Unanue y los pensadores que escribían en el *Mercurio Peruano*
(1791-1795),
la publicación de la Sociedad Patriótica, habían asimilado el pensamiento de la Ilustración y condenado el oscurantismo y la intolerancia del antiguo régimen. San Martín fue más allá y despojo a la libertad de expresión de sus constricciones coloniales Consideraba que la élite intelectual era un complemento necesario de su proyecto de monarquía, pero asimismo preveía la difusión de la educación a un público más amplio y en medio de la guerra nunca dejó de tener en mente los beneficios de la cultura para el pueblo. La creación y mejoramiento de las escuelas primarias y secundarias y el fomento del sistema lancasteriano (llamado así por el educador inglés Joseph Lancaster,
1778-1838)
fueron ejemplos de políticas modernizadoras. Encargó a un ministro presbiteriano, James Thomson, la creación de escuelas de educación lancasterianas, con la colaboración activa de José Francisco Navarrete, párroco de San Lázaro.

San Martín creía que el fin del Estado colonial abría el camino hacia la libertad cultural en Perú:

> Todo lo grande tiene un origen pequeño, y los establecimientos que más inmortalizan al poder humano, algún día existieron en el embrión de las ideas del que las realizó. En medio del estrépito de las amias, y estando aún bajo el peso de las imponentes circunstancias de una célebre

> revolución, el Gobierno quiere tener la gloria de abrir al menos la puerta a la generación presente, para que entre a participar el beneficio de los progresos que ha hecho la razón humana en los siglos que nos han precedido. El establecimiento de una biblioteca nacional es uno de los medios más eficaces para poner en circulación los valores intelectuales, y hacer que los hombres de todas las edades se comuniquen recíprocamente los secretos que han escudriñado en el fondo de la naturaleza. **[52]**

En las primeras semanas de la independencia. San Martín asumió como una responsabilidad personal la creación de la Biblioteca Nacional (28 de agosto de 1821), una institución «destinada a la ilustración universal, más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia». Una de sus primeras adquisiciones fueron seiscientos libros procedentes de su propia colección, de los que pocos sobreviven en la actualidad, después de que la mayoría se perdiera lamentablemente con el paso de los años y en el desastroso incendio del 11 de mayo de 1943. La Biblioteca Nacional fue un proyecto muy querido por San Martín, para quien era una puerta para la ciencias y las artes en Perú, un agente de tolerancia e ilustración «que promete más ventajas a la causa americana». **[53]** La biblioteca de San Martín era un testimonio del interés intelectual por el pensamiento ilustrado de un lector activo. Como era previsible, la colección incluía libros sobre historia y estrategia militar y naval, pero también contenía gran cantidad de obras de Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, Beaumarchais y otros enciclopedistas; su preferencia evidente por las obras francesas y su interés por la Revolución Francesa eran evidentes; y también había cierta cantidad de clásicos del mundo antiguo. Si es posible juzgar a alguien por su biblioteca, San Martín era un hombre de la era moderna, no del antiguo régimen. **[54]**

Mientras que una vena puritana recorre algunas de las políticas del Protectorado, otras anticipan prácticas modernas. Se prohibió fumar durante las funciones teatrales, al mismo tiempo que se elogió el valor educativo del teatro y se liberó la profesión de actor de prejuicios arcaicos. Un decreto declaró que «el juego es un delito, que ataca la moral publica y arruina ¡as familias» y estableció penas de prisión para los propietarios de casinos. Se anunció la abolición de las peleas de gallos, y se restringió el toque

de campanas de las iglesias. Se prohibió a los amos a obligar a trabajar a sus sirvientes los días festivos, una infracción que se castigaba con una multa. Hubo edictos que buscaron mejorar los servicios de los mercados, y otros que tomaban medidas para impedir la usura, que tan dañina resultaba para «las clases menesterosas». [55] El gobierno también se ocupo de sus propias practicas Los ministros impusieron un día laboral de siete horas en las oficinas gubernamentales, con el argumento de que la administración debía ser menos costosa, como sucedía en Estados Unidos y proponía Adam Smith. El día de la instalación de la Corte Suprema, se abogo por una justicia más rápida, menos costos y más transparente, e insistió en que «en caso de duda vale más libertar un culpado, que condenar un inocente». [56]

Los delitos y las penas se revisaron. Se realizaron reformas en el sistema penitenciario y el trato de los delincuentes, un reflejo tanto de la inquietud del Protector por las prácticas vigentes como del pensamiento liberal de la época. En octubre de 1821 San Martín visitó personalmente las prisiones, habló con los reclusos, tomó nota de sus opiniones y revisó varias sentencias. Abolió todas las formas de tortura. Un decreto del 3 de enero de 1822 declaró «abolida en el Perú la pena de horca, y los desgraciados contra quienes pronuncie la justicia, el fallo terrible, serán fusilados indistintamente». Se abolieron también los azotes, y se dictaminó que los jueces, maestros de escuela y cualquiera que siguiera empleando este correctivo serían sometidos a un castigo severo como enemigos de la patria. Este decreto se refería sólo a las personas libres, pero los golpes a los esclavos también se restringieron y quedaron sometidos al control de un juez, que podía castigar al infractor con la pérdida del esclavo. [57]

El despotismo ilustrado era el estilo del Protectorado. Las leyes reformistas que promulgó parecieron llegar con prisa, a diferencia de la actuación de sus ejércitos. San Martín era consciente de que se le sometía a un tenaz escrutinio y que se esperaba tanto que destruyera el virreinato como que lo reemplazara. Pero aunque diseñó nuevas políticas para los peruanos y sus instituciones, éstas se aplicaban en un marco político estrecho y en la sierra no tenían ninguna clase de validez. Era mas lo que se esperaba de él. San Martín necesitaba más poder del que le proporcionaba su débil

ejercito y sus abúlicas bases. ¿Podía cruzar el umbral de la revolución? ¿Podía conquistar todo Perú para la causa de la independencia?

Capítulo 9

ÚLTIMA OPORTUNIDAD EN GUAYAQUIL

La guerra por Perú: una prueba de estrategia

El año 1822 fue para San Martín una especie de momento de la verdad, el año en que se sometió a prueba su tesis y desafió su estrategia, y una nube de incertidumbre flotaba sobre cada uno de sus movimientos. Durante mucho tiempo, los dos elementos básicos de un libertador, un ejército fuerte y poder personal, le habían sido esquivos. Había llegado al Perú buscándolos, y la cuestión era dónde podía hallarlos. La pregunta le inquietaba y para 1822 seguía sin tener una respuesta. Perú seguía siendo un destino sin una ruta.

La expedición al Perú, brillante en su concepto, había fallado en la práctica por falta de cohesión en su composición, objetivos y tácticas. San Martín había dirigido una operación inconexa desde su lanzamiento inicial hasta su cierre definitivo. La misma fuerza expedicionaria no era una entidad coherente. El ejercito y la armada estaban peleando guerras diferentes, y las ideas estratégicas de San Martín discrepaban por completo de las de Cochrane. El mando militar también estaba dividido, en su composición y en sus conceptos. Los argentinos, chilenos y demás extranjeros eran difíciles de unir y unificar, y desde un principio los oficiales más importantes tuvieron demasiada independencia en materia de táctica y objetivos. La derrota sufrida en Talca (19 de marzo de 1818), que todavía escocía, había destruido la confianza del general en algunos de sus oficiales de más alto rango. En lo que respecta a la tropa, las «animosidades» entre los argentinos y los chilenos eran lo bastante evidentes como para que observadores ajenos las advirtieran, y el ejército nunca consiguió crear verdaderos lazos de unión entre ellos. **[1]**

Perú mismo era sinónimo de división. Los españoles habían gobernado el país con éxito durante tres siglos mediante el principio de divide y vencerás, con dominios distintos para sectores diferentes de la sociedad. La peruana era una sociedad tradicional y jerárquica, casi nacida para discordar. La aristocracia criolla, la

clase media incipiente, los trabajadores cholos de la costa, los campesinos indios de las montañas, los esclavos de las plantaciones y los grupos por fuera de la ley (los esclavos fugitivos, los delincuentes y los vagabundos) formaban un mosaico de problemas al acecho, con capacidad para confundir a cualquier invasor deseoso de gobernar y mandar. San Martín nunca consiguió una base de poder entre los grupos de interés peruanos. Una sociedad fracturada, un ejército inestable, los problemas se agravaban debido a la perplejidad de la misma mente de San Martín, centrada en tres grandes cuestiones: la alternativa entre Lima y la sierra; la calidad de sus recursos militares; y la noción de revolución sin guerra.

Con frecuencia se ha criticado al libertador por haber dado prioridad a Lima en detrimento de la sierra e imaginar que la conquista de la capital equivalía prácticamente a la conquista del país. San Martín no era tan ingenuo. Era consciente de que una y otra eran lugares diferentes con ventajas y valores distintos. Pero no hay pruebas de que las considerara mutuamente excluyentes; ambas tenían que ser ganadas para la revolución. Lima fue el primer objetivo porque era la sede del poder español y la base del ejército realista. En este sentido, era un blanco que no había forma de evitar: Lima tenía que ser derrotada. La capital virreinal también era la prioridad de Cochrane y de planificadores y consejeros militares como Belgrano. Arenales era una excepción porque prefería la sierra como campo de batalla, pero las operaciones de una columna volante en las montañas, una idea táctica original de San Martín, no eran lo mismo que situar el grueso del ejército allí. La Serna hizo precisamente eso con su ejército, y también él quedo atrapado en un punto muerto.

La retirada de Arenales de la sierra no se debió a un error táctico de San Martín. Como explicó posteriormente a William Miller:

> La división del general Arenales se retiró de la Sierra por una orden equivocada dada por el coronel Alvarado, que se hallaba en Palpa con la caballería, cuando el general en jefe tuvo conocimiento de esta orden, mando al general Arenales suspender su marcha, mas ya había pasado la cordillera y su división se hallaba en un estado deplorable, tanto por las fatigas de la campaña como por sus enfermedades, lo que imposibilitó a dicho general repasar la cordillera. **[2]**

Las ideas que San Martín expuso al capitán Basil Hall no eran las mismas que había desarrollado en el *Plan continental* y declaraciones posteriores en Mendoza, que preveían una preparación militar suficiente para someter al poder español en Perú mediante una fuerza decisiva. En el *Plan continental* San Martín hablaba de la *conquista militar* de Perú. En los años de espera, de 1817 a 1820, seguía aún hablando de una estrategia ortodoxa: ataque, victoria y liberación. Esto requeriría, sostuvo, seis mil soldados; Belgrano, con su experiencia combatiendo a los ejércitos realistas del Alto Perú, sugirió que serían necesarios ocho mil. Estas cantidades nunca se alcanzaron y la expedición, con apenas cuatro mil quinientos hombres más o menos preparados para el combate, zarpó hacia su destino con una fuerza muy inferior a la que su misión exigía. Después de campañas de reclutamiento exhaustivas en Cuyo y Chile, y tras presionar a los terratenientes para que liberaran a sus esclavos para la lucha, éstas eran todas las fuerzas con las que contaba, y la cantidad óptima de efectivos nunca se alcanzó. La táctica preferida de San Martín siempre había girado alrededor de una batalla campal en la que su fuerza máxima enfrentaba y aplastaba a las filas realistas en un único enfrentamiento. Ganar batallas era algo para lo que tenía talento. Las campañas prolongadas, argumentaba, sólo conducían a la pérdida de poder y la recuperación del enemigo. Esto era precisamente a lo que se arriesgaba en Perú, donde sus cálculos sobre las fuerzas relativas de los dos ejércitos reconocían la superioridad de los realistas. Nadie estaba seguro de las cifras exactas; en el caso de los realistas había que tener en cuenta varios ejércitos y la cantidad de efectivos difería enormemente según la emergencia del momento, pero el total conjunto de las fuerzas de Lima. Arequipa y el Alto Perú ascendía a once mil hombres para 1818-1819,
mientras que las aproximaciones realizadas por observadores externos hablan de un total de entre siete mil y diez mil hombres. [3] Habiendo conocido las cualidades de combate de las tropas españolas en Maipú, (5 de abril de 1818) San Martín no tenía duda alguna de que la campaña sería difícil.

La debilidad militar, por tanto, explica el cambio de conceptos y lenguaje de San Martín, su recurso creciente a una teoría de la

guerra basada en ganar «las mentes y los corazones» de los peruanos, algo que expuso con claridad en sus conversaciones con Basil Hall Ese no había sido siempre su lenguaje en Buenos Aires, Mendoza y Santiago. Tres años de esperanzas frustradas antes incluso de zarpar, tres años de recortes a su *Plan continental*, para empezar en su propia mente, habían cambiado su estrategia. No tenía sentido posponer la invasión hasta que el número de efectivos y el adiestramiento hubieran mejorado. ¿De dónde iban a salir los refuerzos? ¿Quién pagaría las nuevas armas? San Martín había agotado las reservas, y su crédito, en Argentina y Chile. Personalmente no podía afrontar más retrasos, y la espera interminable sólo serviría para destruir la credibilidad de toda la empresa. Esta era una perspectiva demasiado derrotista para siquiera considerarla.

Por ende, hubo un cambio estratégico en su pensamiento acerca de Perú, de la fuerza se pasó a la razón. Es cierto que siempre había sentido aversión por los cambios violentos. «Siempre ha manifestado una gran preocupación por impedir, de ser posible, cualquier revolución en Lima que pueda ser causa de derramamiento de sangre y otras calamidades. Realmente creo que es por este motivo que ha evitado todo intento de granjearse a la población negra en ese país». [4] Revolución significa aquí el derrocamiento de la estructura social existente y la liberación de los oprimidos con el fin de que aterroricen a sus amos. San Martín nunca había aprobado una política semejante. Hasta 1817 hablaba de conquistar el Perú español con un ejercito invasor. En 1820 el proyecto no es ya la conquista de Lima, mucho menos del Perú español, sino de las mentes y los corazones de los peruanos. Esto fue algo evidente en la primera proclama que dirigió a sus tropas en Perú: «No venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos», una afirmación popular que los ejércitos invasores hacen y violan con frecuencia El inconveniente en el caso de San Martín es que era demasiado cierta.

El hecho ineludible era que no tenía el poder para conquistar el país. Carecía de una base de poder entre los peruanos en la cual pudiera apoyarse; su única fortaleza era su propio ejército. Esto era algo que él sabía, pero no tenía confianza suficiente en ese ejército, en sus oficiales, sus soldados o su moral, para derrotar a los

españoles. El Acta de Rancagua (2 de abril de 1820), que hacía depender su legitimidad de los militares argentinos, le dejaba a merced de colegas poco fiables que le abandonaron cuando la situación se tomó más difícil. Mientras que San Martín contaba con la lealtad y afecto de muchos de sus subalternos, sus oficiales de alto rango no eran tan entregados. Una oscura conspiración y la partida abrupta de oficiales destacados prolongaron su viacrucis y retrasaron su campana. Su tesis de liberación sin guerra fue sometida a prueba hasta el límite Pero ganó la batalla de las voluntades y su táctica paciente prevaleció. Nunca dudó de que tuviera razón. Como explicó más tarde al general Miller; «Permítame usted le diga que si yo hubiera tenido la felicidad de tener en el ejército que mandaba, sólo seis jefes que hubieran reunido las virtudes y conocimientos de usted, yo estoy bien seguro que la guerra del Perú se hubiera terminado dos años antes de lo que ha concluido». [5]

¿Había alguna forma de salvar su proyecto? Bolívar podía ser el modelo. Había advertido que primero tenía que crear un ejército lo bastante grande como para poder conquistar Perú e imponerse a los españoles y los criollos, a los realistas y los patriotas, y obligarlos a aceptar la independencia. San Martín llegó a la misma conclusión, pero cuando intentó reforzar su ejército con la ayuda de Bolívar, fue desairado. Con todo, probó su argumento; demostró, a pesar de sí mismo, que un ejército pequeño y la fuerza de las ideas no eran suficientes, y que los peruanos no se sumarían voluntariamente a la causa independentista.

La entrevista de Guayaquil

Aceptando que sus opciones eran limitadas, en junio de 1822 San Martín decidió viajar a Guayaquil para entrevistarse con el gran libertador del norte. Ambos habían tenido ya oportunidad de encontrarse desde la distancia y conocían tanto sus aspiraciones rivales como sus logros. Sus orígenes, carrera y personalidades eran diferentes, pero coincidían en una única cosa: ambos pensaban que España tenía que ser derrotada en Perú. Ahora bien, ¿cuál de los dos iba a conseguir esa victoria? Se acercaron mutuamente con cautela. Bolívar odiaba la idea de arriesgar su gloria llegando en

segundo lugar: «El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al hijo predilecto». [6] Asimismo, estaba decidido a reclamar a Quito y Guayaquil para Colombia en contra de cual quier pretensión de Perú. Bajo las frases de cortesía había tensión. Los venezolanos resentían el hecho de que San Martín retuviera al Batallón colombiano Numancia después de que éste hubiera desertado del ejército español e intentaron en vano reclamarlo para sus filas. Antonio José de Sucre, el jefe bolivariano, agradeció a San Martín el apoyo militar que le había dado en Quito, pero estaba convencido de que se trataba de un pretexto para apropiarse de la provincia. En octubre de 1821 escribió a San Martín una carta larga y prolija en la que lamentaba las bajas sufridas por su ejército debido a la enfermedad y el resultado no precisamente brillante de su campaña, y describía la ayuda que el «Libertador de Colombia», tras su reciente triunfo en Venezuela, deseaba dar a su camarada del sur. En el transcurso de la carta, sin embargo, Sucre parece cambiar de idea y de repente empieza a plantear una serie de preguntas. ¿Realmente necesitaba tropas colombianas para la guerra en Perú? Si no era así, ¿podía San Martín proporcionar transportes para el desplazamiento de las tropas colombianas a «otro lugar» en la guerra por la liberación de América? La razón para ello era que: «Es su intención [de Bolívar] posponer la campaña de Quito a la del Perú, y que nuestras fuerzas en masa vayan a ese país; porque libres los dos Estados, las pequeñas secciones intermedias serán insignificantes». [7]

Para entonces, si entendía algo de esta especulación confusa, San Martín debía de haber sospechado de sus aliados del norte y comprendido que ellos tenían su propio orden del día; en éste el Protector de Perú no estaba por encima del Libertador de Colombia o las reclamaciones de San Martín por encima de la determinación de Bolívar de tomar toda la provincia de Quito, incluida Guayaquil, para Colombia. Además, sus planes militares podían cambiar con rapidez, como ocurrió cuando el coronel Andrés Santa Cruz llegó con su expedición peruana y Sucre lanzó su campaña hacia el norte en dirección a Quito; reforzado por los aliados peruanos, el ejército de Sucre derrotó a los españoles en la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822. El 17 de junio Bolívar escribió a San Martín

asegurándole:

> La gratitud con que el pueblo y Gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres Provincias del Sur de Colombia… Pero no es nuestro tributo de gratitud un simple homenaje hecho al Gobierno y Ejército del Perú, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilios al Gobierno del Perú, si, para cuando llegue a manos de V. E. este despacho, ya las armas libertadoras del Sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación. La guerra de Colombia esta terminada y su ejercito esta pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur. **[8]**

Pocos días después. Bolívar escribió a Francisco de Paula Santander, el vicepresidente de Colombia, en un lenguaje más calculador para transmitirle un mensaje bastante diferente:

> Si Guayaquil se somete mandaré un par de batallones al Perú, 1. para que no sean más generosos que nosotros nuestros vecinos; 2. para auxiliar al Perú antes de una desgracia: 3. por economía, pues aquí no tenemos con qué mantener tanta tropa: 4. para empezar a llenar las ofertas de recíprocos auxilios; 5, 6, y 7. porque creo que así conviene para que de allá nos manden tres batallones del Perú en reemplazo de ellos, terminada la guerra. **[9]**

Guayaquil era la gema del Pacífico español. Situada en la orilla oeste del río Guayas, río arriba desde el golfo de Guayaquil, era una base naval, un astillero y un puerto importante. Desde un punto de vistas estratégico y comercial era indispensable para la revolución y ambos libertadores querían hacerse con ella. Desde comienzos de 1822 Bolívar había dejado en claro que consideraba Guayaquil como parte del territorio de Colombia. Y ahora había adoptado medidas para hacer que así fuera, sin importarle si ello era del gusto de los peruanos o los locales. Retuvo la división de Santa Cruz en Quito «con pretextos engañosos» para evitar que decidiera intervenir en nombre de Perú, y ordenó que una división colombiana marchara al puerto sin demora. **[10]** El 13 de julio decretó la incorporación formal de Guayaquil a Colombia, posteriormente confirmada por el «voto» de los guayaquileños. Con

un ejército colombiano y una novia local. Joaquina Garaycoa, a la que llamaba su «amable loca». Bolívar pronto se convirtió en una figura inamovible en Guayaquil.

San Martín no era tan agudo. De hecho, se había demorado en entender los indicios y había sido demasiado cauto a la hora de formular su política en relación a Guayaquil. El 13 de julio seguía pensando que Bolívar estaba en Quito:

> El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el Continente. Yo acepto la oferta generosa que V. Ese sirve hacerme en su despacho de 17 del pasado: el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E., á fin de acelerar la campaña, y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna: espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente á poner término á la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido á plantar el pabellón de la República en el Sur de su vasto territorio.
>
> Antes del 18 saldré del Puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé á saludar á V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo, cuando contemplo aquel momento; nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos. **[11]**

Cuando San Martín llegó a las aguas de Guayaquil y se comunicó con Bolívar a través de personas de confianza, entendió que tenía que ser más precavido y, tras enterarse del golpe de su rival, más desconfiado. Bolívar manifestó estar sorprendido, pero también satisfecho por la visita, y lamentó no haber sido advertido por adelantado de ella para tener el tiempo necesario para preparar una recepción adecuada. San Martín propuso que ambos se reunieran a bordo de su buque, pero Bolívar no tenía ninguno. El Protector tendría que ver, aprender y mostrarse en la ciudad. «Tan sensible me será que Ud. no venga hasta esta ciudad como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, Ud. no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria». **[12]** Cuando la embarcación se acercó al puerto la mañana del 26 de julio, Bolívar subió a bordo y abrazó a su colega libertador. Este fue el comienzo de dos días de demostraciones públicas de amistad y conversaciones

privadas que, Bolívar esperaba, habían de contribuir «al bien de la América Meridional».

Bolívar estaba entonces acercándose a la cima de su carrera pública: él también había libertado algo más que su tierra natal y, aunque no sin problemas, tenía a sus espaldas victorias recientes y un ejército vencedor. San Martín, por su parte, era consciente de que su posición en Perú era débil. No tenía suficiente territorio, sus fuerzas parecían estar perdiendo la guerra y la obstinación de los españoles dificultaba las negociaciones. Esperar más ayuda por parte de los chilenos era imposible, y en Buenos Aires los dirigentes argentinos se mostraban abiertamente hostiles. Con pocos argumentos a su favor para negociar. San Martín enfrentó las conversaciones de Guayaquil con tres necesidades en mente: la anexión de Guayaquil al Perú (aunque siguió insistiendo en que por encima de todo la ciudad tenía derecho a decidir su propio destino); ja colaboración de las tropas colombianas para reforzar su propio ejército y derrotar a los españoles; y la aceptación de una constitución monárquica para los nuevos Estados.

Los encuentros entre ambos libertadores tuvieron lugar el 26 y el 27 de julio en privado, a puerta cerrada y sin la presencia de terceros. [13] La versión bolivariana de lo ocurrido tuvo como fuente al mismo Bolívar, en particular el testimonio que dicto a José Gabriel Pérez, su secretario general desde hacía mucho tiempo, para informar al gobierno colombiano de la reunión. [14] La otra versión es la que contiene una carta que San Martín escribió a Bolívar el 29 de agosto, aproximadamente un mes después de entrevistarse con él, una carta cuya autenticidad discuten los historiadores venezolanos, aunque, por lo general, no sus colegas argentinos. La carta no puede ser «auténtica», pues no se trata de un original ni de una copia sino de una traducción francesa de un documento de proveniencia incierta publicado en 1844 por un viajero francés, Gabriel Lafond de Lurcy, y que San Martín conoció sin llegar a confirmar o desmentir su autenticidad. [15] Ésa era la reacción normal del Protector ante la polémica, en especial en lo relativo a Bolívar: «sin comentarios». Sin embargo, el que la carta de Lafond no sea auténtica no significa que no sea fidedigna. El texto plantea una cuestión crítica que no recoge el testimonio de Bolívar. ¿Solicitó San Martín una ayuda considerable a Bolívar?

La versión bolivariana insistió en que la discusión se limitó a tratar temas políticos, que San Martín no puso en cuestión el estatus de Guayaquil ni solicitó ayuda militar y que tampoco intentó que Bolívar respaldara el establecimiento de una monarquía en Perú. El Protector se habría quejado de los camaradas militares que le habían dado la espalda en Lima, manifestado su ansiedad por renunciar al Protectorado y retirarse a Mendoza incluso antes de terminar la guerra en Perú, si bien no antes de dejar unos cimientos firmes en los que pudiera apoyarse el gobierno. Éste no debía ser democrático, una forma de gobierno que San Martín consideraba inapropiada para el Perú actual, sino una monarquía con un príncipe independiente importado de Europa. Bolívar se manifestó contrario tanto a la idea de una monarquía como a la entronización de un príncipe europeo o de cualquier otro lugar en las Américas. El Protector aclaró que su ambición no era ocupar semejante trono, y se refirió a los problemas inherentes a la dirección del país. Aplaudió la idea de una unión federal entre Colombia y Perú, y habló con entusiasmo de un intercambio de reclutas entre los dos países. Y entre tanto accedería a cualquier cosa que Bolívar solicitara al Perú. Sí, sí, sí fueron sus palabras, y esperaba que Colombia respondiera del mismo modo. Aparte de la cuestión de la monarquía, Bolívar pareció muy satisfecho con la entrevista, aunque señaló de pasada que el lenguaje de San Martín había sido ocasionalmente grosero y vulgar. La versión bolivariana de la entrevista también se encuentra en el relato, similar aunque más breve, que ofreció a sostener que se declara que la visita del Protector no tenía propósitos ocultos, ya fueran políticos o militares, que no manifestó mayor interés en Guayaquil y que se mostró convencido de que el enemigo era más débil que él; además, no hizo alusión a las tropas que Colombia estaba a punto de enviar al Perú. **[16]**

La versión bolivariana de la entrevista es un análisis franco de lo que tuvo lugar en ella, pero también un testimonio selectivo y parcial. Según la carta que Lafond publicó en 1844, el Protector necesitaba y solicitó el apoyo del ejército de Bolívar para completar la destrucción del poderío realista en Perú, y para conseguir esto se ofreció a servir a órdenes de Bolívar. Una carta de abril de 1827 de San Martín al general William Miller, que después de la guerra le

contactaba de tiempo en tiempo mientras se dedicaba a la preparación sus memorias, confirma que fue a Guayaquil para solicitar fuerzas auxiliares a Bolívar:

> En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminaría guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros, y contaba con 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia **[17]**

El que Bolívar se hubiera apropiado de Guayaquil, decepcionó profundamente a San Martín, que no obstante era lo bastante realista como para darse cuenta de que no había nada que pudiera hacerse para revertir la ocupación colombiana. Bolívar, asimismo, dejó en claro que no permitiría una monarquía europea en América. Por tanto, el objetivo básico de San Martín en Guayaquil era asegurarse el apoyo militar de Bolívar, ya fuera en forma de un contingente grande o de un ejército al mando del libertador en persona. Bolívar, sin embargo, rechazó estas propuestas. Estaba dispuesto a aportar refuerzos, pero no a comprometer a todo su ejército, al que necesitaba para garantizar la seguridad interna de Colombia. Bolívar aseguró que había ofrecido a San Martín cuatro mil hombres, pero sabiendo que no podría encontrarlos. Por tanto, consideró que tanto el ofrecimiento como la solicitud eran excesivos, y tenía sería dudas de que San Martín pudiera cumplir con la parte de su propuesta. ¿Estaría de verdad dispuesto a aceptar órdenes de un hombre más joven que él? Y, por otro lado, ¿admitiría su ejército un acuerdo semejante? Además, Bolívar no estaba precisamente impresionado por la forma en que San Martín había llevado la guerra en Perú y pensaba que sus medidas militares

eran poco prácticas y vacilantes, de manera que las conversaciones resultaron infructuosas. La postura de Bolívar no estaba exenta de razón, pese a lo cual siempre existirá la sospecha de que en realidad no quería compartir la gloria de Perú con San Martín y prefirió marchar solo hacia su triunfo inevitable.

Al final de sus reuniones el ayuntamiento de Guayaquil ofreció un baile en honor de San Martín. Mientras Bolívar exhibía su talento en la sala de baile, San Martín se mantuvo apartado; no tenía nada que celebrar y era consciente de que su carrera en Perú había terminado. Hacia las dos de la mañana regresó a su nave, no por estar disgustado como en ocasiones se sugiere, sino para aprovechar la marea. Bolívar le acompañó y le regaló un retrato suyo: «como una memoria de lo sincero de su amistad». **[18]** El Protector apenas había estado cuarenta horas en Guayaquil.

La entrevista de Guayaquil se convirtió en sinónimo de la confianza de Bolívar y la frustración de San Martín, así como en una fuente de especulaciones sin término. Sin esperanzas de un ejército grande que le respaldara, San Martín tenía ahora muy claro que no podía completar su proyecto para Perú y que la única alternativa que le quedaba era abandonarlo. Carecía de un último recurso. Después de la entrevista, le dijo a Bolívar que el mes siguiente convocaría al Congreso, y que el día que éste se instalara sería su último día en el país, tras lo cual añadió: «ahora le queda a Ud., general, un nuevo campo de gloria en el que va Ud. a poner el último sello a la libertad de la América». Bolívar prefirió dar una versión más alegre de la reunión, y sencillamente eliminó de su mente aquellas cosas de las que nada quería saber. Resumió el encuentro para Santander de forma bastante ligera diciendo que «no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedimos». San Martín, anotó, «no me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia». No era un demócrata sino alguien partidario de importar una monarquía de Europa. El mismo se descartaba como candidato; de hecho, estaba cansado de tener el mando supremo y ser el blanco de sus enemigos. «Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Vd. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas». Bolívar estaba satisfecho con su éxito. «Ya no me falta

más, mi querido amigo, si no es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escondiéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar». Estos comentarios constituyen una guía para entender a ambos libertadores. [19]

Últimos días críticos en Lima

Más allá de las muestras de cortesía, el 28 de julio San Martín dejó Guayaquil desilusionado, convencido de que Bolívar dudaba de la sinceridad de su oferta de servir junto a sus fuerzas, y bajo su mando, o se sentía turbado por su presencia en la revolución. [20] Creía que Bolívar era superficial, vano y ambicioso, alguien dominado por una «pasión de mando». [21] San Martín, sin embargo, tuvo la honestidad de reconocer que su rival era el hombre indicado para ganar la guerra, un hombre capaz de aplastar a quien se atravesara en su camino, no sólo a los españoles sino a él mismo de ser necesario. Estaba convencido de que su presencia era el único obstáculo que impedía a Bolívar entrar en Perú con su ejército.

El líder de la revolución meridional decidió retirarse y dejar e] camino abierto para que Bolívar conquistara Perú para la independencia. Su posición, además, tenía amenazas más cercanas que Bolívar. Cuando regresó al Perú encontró que su prestigio se había erosionado, que su influencia entre la clase dirigente peruana se había debilitado y que su autoridad sobre su propio ejercito estaba desvaneciéndose. El país estaba deshaciéndose en el caos, balanceándose al borde de la guerra civil. San Martín, no obstante, mantuvo la cabeza fría, como si la situación política estuviera tranquila. Durante su ausencia, varios ciudadanos destacados, encabezados por Riva Agüero, habían presentado al cabildo una solicitud para la remoción de Monteagudo. En medio de cierto clamor popular en apoyo de la solicitud, el cabildo aprobó la medida y evitó que el ejército interviniera contra sus instigadores. Advirtiendo como estaban los ánimos, Torre Tagle retiro de su cargo al impopular ministro de Guerra y Asuntos Extranjeros y le hizo abandonar Lima el 30 de julio. San Martín informó de que su regreso (el 20 de agosto) había calmado la conmoción después de la destitución de Monteagudo. El hecho era que otras personas habían

tomado decisiones incómodas en su lugar. «A mi llegada a ésta, me encontré con remoción de Monteagudo. Su carácter lo ha precipitado. Yo lo hubiera separado para una legación, pero Torre Tagle me suplicó varias veces lo dejase, por no haber quien lo reemplazase». [22]

Aunque los acontecimientos parecían estar escapando a su control, mantuvo su mirada firme en sus objetivos tradicionales hasta el final. Las prioridades militares todavía le inquietaban. Un ejército español de cinco mil hombres amenazaba con descender por la carretera de Cuzco, y se informo que la división peruana que se encontraba en Quito estaba de camino para unirse al ejército independentista junto con los refuerzos colombianos. [23] San Martín tenía un plan de campaña para la sierra: dos de sus comandantes, Álvarez de Arenales y Rudecindo Alvarado habían de lanzar una ofensiva contra Cuzco y la base de poder de La Serna. Había prometido a Bolívar que daría inicio a esta campaña con una expedición a Intermedios, en el sur del país, y un ataque frontal contra el enemigo desde Lima, y ahora activó estos dos frentes. Se dio instrucciones a Alvarado para que penetrara en la sierra desde Arica vía Arequipa y atacara Cuzco. Este ataque estuvo secundado desde Lima por Arenales que avanzó hacia Huancayo para completar el cerco de La Serna.

Al mismo tiempo que daba los últimos retoques a estos proyectos, San Martín se dedicaba a planear la toma de las provincias de] Alto Perú con el fin de anexarlas de nuevo al Río de la Plata, actuando más como argentino que como peruano. En mayo había enviado al oficial peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente con la misión de buscar la ayuda de las provincias del Río de la Plata para reunir tropas y recursos para una campaña en el Alto Perú; el objetivo era renovar la guerra contras las fuerzas de ocupación españolas «en interés de la causa general de América». Las provincias del interior estaban dispuestas a colaborar, pero el gobierno de Buenos Aires no estaba interesado. Rivadavia, sus ojos siempre centrados en la capital argentina y ciegos a las realidades más amplias del continente, sospechaba de las provincias y nunca había simpatizado con los proyectos de San Martín, que pese a ello continuó haciendo planes para el Alto Perú. Las instrucciones de Alvarado eran «que debe mantener ileso y en su respectiva

integridad todo el territorio que por sus límites conocidos corresponden a las Provincias Unidas», pese a lo cual el Protector también dejaba abierta la posibilidad de que el Alto Perú se declarara un estado autónomo al contemplar la instalación de un congreso general después de que terminara la guerra. [24]

No obstante, ciertas decisiones no estaban ya en manos de San Martín. La Constitución de 1823 definió que el territorio de Perú comprendía tanto el Alto Perú como el Bajo Perú. Una Junta Gubernativa encabezada por José de la Mar sucedió a San Martín y fue este gobierno el que activó la expedición a Intermedios que había planeado el Protector. Al final los planes quedaron en nada, pues las fuerzas de Alvarado, inadecuadas desde el comienzo, sufrieron una derrota aplastante a manos de Canterac en Torata y Moquegua en enero de 1823. El colapso del ejército fue el preludio de un grave período de anarquía en Perú, con los distintos grupos de interés dedicados a luchar entre sí para hacerse con el predominio, un destino que San Martín siempre había temido. No obstante, éste sería un problema para sus sucesores. Su propio viacrucis había llegado antes.

La idea de renunciar, que siempre le había rondado, saltó a primer plano en Guayaquil, como él mismo aclaró a Bolívar. No obstante, ésta no fue la primera indicación de que llegaría un momento en el que dejaría el gobierno. Monteagudo aseguró luego que cuando el ejército invasor llegó por primera vez a Pisco en 1820 los jefes le pidieron a San Martín que aceptara encabezar la administración cuando ocuparan Lima, pese a que él era un hombre de armas, contrario a ocupar cargos gubernamentales: «El se decidió a ello con repugnancia, y siempre por un tiempo limitado». [25] En julio de 1821 le había insistido a Basil Hall que una vez que Perú fuera independiente consideraría su misión terminada y se retiraría [26] Y ese mismo mes, cuando los españoles dejaron Lima. San Martín le escribió a
O'Higgins:
«Ya yo preveo el fin de mi carrera pública; y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras, y retirarme a un rincón a vivir como hombre». [27] Tras regresar a Lima de Guayaquil en agosto de 1822 le escribió de nuevo a
O'Higgins

en términos similares a los que había empleado con Bolívar: «Yo estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes digan que quiero ser rey, emperador y hasta demonio; en fin mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles; y mi edad media, al de mi patria: creo que tengo un derecho de disponer de mi vejez». Convocaría al Congreso y de inmediato dejaría el país, algo que deseaba hacer hacía mucho tiempo, y de ser posible, iría a buscar a su hija en Buenos Aires. [28] Su asma se intensificó, y la gota y los problemas gástricos vinieron a complicarla. Sus médicos le recetaron opio, que San Martín tomó en cantidades crecientes; el resultado fue doloroso, no placentero, pues la euforia se alternaba con la depresión. El agotamiento y el aletargamiento no eran las mejores condiciones para la toma de decisiones críticas. [29] Cuando le resultaba posible San Martín se refugiaba en La Magdalena, su casa de campo. Pero los acontecimientos continuaban sometiéndole a grandes presiones.

Siempre había prometido que dejaría a los peruanos elegir su gobierno, y para cumplir con esa promesa convocó al primer Congreso del Perú independiente, que se reunió el 20 de septiembre de 1822. Sólo las provincias liberadas, Lima, Tarma, Huaylas, Trujillo y la Costa, pudieron enviar a sus representantes, mientras que el resto, todavía ocupadas por el ejército de La Serna, estuvieron representadas por delegados residentes en Lima. De los ochenta y un diputados, veintiséis eran clérigos, veintiocho abogados, cinco militares, ocho doctores en medicina, nueve comerciantes y cinco terratenientes. De todos ellos catorce eran oriundos de otros países americanos: había nueve colombianos, tres argentinos, un boliviano y un chileno. [30] El Protector en persona dio comienzo a las sesiones y renunció formalmente a su cargo, antes de retirarse a La Magdalena, sin ocupación.

UN EJEMPLO TERRIBLE

La invasión, la guerra, la victoria en Lima y el Protectorado, cada progreso había seguido al anterior en una sucesión regular, pero ahora su momento se había agotado. El proyecto peruano de San Martín había quedado incompleto, y su universo personal hecho añicos. Su aplomo no le abandonó, pero no podía ignorar los

hechos. La cuestión era bastante sencilla: Perú se había convertido en un lugar imposible para el Protector. Y esto era algo que no sólo él advertía. Ya en marzo, una carta de uno de sus colegas de mayor confianza, García del Río, un hombre íntegro y de buen juicio, le decía la verdad: «Me parece absolutamente indispensable que cuando Ud. regrese de su viaje [a Guayaquil] entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible; enseguida proceda Ud. a la apertura del Congreso, y allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a Ud., ni que dé lugar a creer que el paso ha sido forzado. Esta es mi opinión. Ud. resolverá sobre todo lo que crea más conveniente». **[31]**

Como García del Río daba a entender, la situación era imposible de resolver de acuerdo con los estándares de San Martín. Había logrado contener el caos, pero no dominarlo. Aunque el Protectorado no era precisamente una democracia, tampoco era una dictadura por encima de las leyes. En el Estatuto Provisional, el Protector se había comprometido a someterse al imperio de la ley, lo que le impedía imponer una dictadura. Su legalismo era una limitación, un obstáculo para la paz y el orden. Sólo un déspota podía gobernar Perú, pero éste era un camino que él se había negado a seguir. No existía solución acorde con sus criterios y normas; su preferencia por el imperio de la ley había resultado en este sentido fatídica: le otorgaba legitimidad, pero no fuerza. Había llegado el momento de tomar decisiones críticas, lo que hizo de forma calmada, pese a las presiones externas que lo acosaban y su propia agitación interior. Durante su viaje a Guayaquil, San Martín era consciente de que Perú estaba atravesando una crisis y que la guerra civil no era una alternativa imposible y, peor aún, que él mismo no estaba en capacidad de evitarla. Lo cierto es que estaba inerme, un general sin ejército, un Protector sin poder.

Bolívar entendió la situación con mayor claridad y actuó de forma más decidida. Había hecho de las dictaduras una profesión, habiéndolas impuesto y recibido en igual medida a lo largo de toda su carrera política. En más de una ocasión invocó «el terrible ejemplo» de San Martín para recordar a colegas recalcitrantes las reacciones de los líderes cuando se los frustra en demasía. En 1822-1823, listo para la acción en la frontera peruana, Bolívar tenía el plan y el

ejército para proceder como ya estaba acostumbrado a hacer; sin embargo, conquistar Perú tampoco le resultaría fácil, lo que le confirmaría que, como había sospechado siempre, las ideas y la razón no eran suficientes allí. Bolívar pensaba que San Martín era demasiado moderado y, de hecho, más tarde, advirtió a Sucre que en el Alto Perú no debía caer en la «moderación» de San Martín, que había creído que las ideas prevalecerían:

> Ud. tiene una moderación muy rara. No quiere ejercer la autoridad de General cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa. Yo sentiría mucho que la comparación fuese odiosa; pero se parece a lo de San Martín en el Perú. Le parecía muy fuerte la autoridad de General libertador, y por lo mismo se metió a dar un estatuto provisorio, para lo cual no tema autoridad. **[32]**

A ojos de Bolívar la difícil situación de San Martín en Perú se debía a que él era demasiado tolerante y sus enemigos se aprovechaban de su moderación. Bolívar no tenía duda alguna de que para superar su anarquía endémica lo que Perú necesitaba era «un terrible remedio». En febrero de 1824 se dirigió al Congreso soberano de Perú con la siguientes palabras: «Permítame el Congreso peruano ofrecerle, como el último testimonio de mi consagración absoluta a su causa, un aviso que puede serle saludable: quizá será el más gran servicio que logre hacerle al Perú en medio de las horribles circunstancias que lo rodean. Creo que la soberanía nacional debe crear un dictador con facultades ilimitadas omnipotentes; y que este dictador declare la ley marcial en la República con las modificaciones que su sabiduría juzgue indispensables. Sólo este dictador puede dar un rayo de esperanza a la salud de la República». **[33]** Y en Perú se convirtió en ese dictador, un rayo de esperanza que al final se desvaneció. En un documento sobre el estado de Hispanoamérica en 1829. Bolívar destacó el caso del desagradecido Perú, en su opinión execrable: «cómplice de sus tiranos durante la guerra de la Independencia… y al punto se empeñan algunos en deshacerse de San Martín, cuyos servicios necesitaban con mayor urgencia». El país era un nido de caudillos disgregadores siempre dispuestos a traicionarse entre sí o venderse a los españoles. «No hay buena fe en América, ni entre las

naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones libros: las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento». [34]

Arenales, el viejo compañero de armas de San Martín, le informó de que la situación se había deteriorado desde su partida: la política era un caos, la guerra, un desastre; el gobierno que él había dejado en Lima «fue demasiado nulo por su calidad y por la falta de energía y resolución de sus vocales al paso que como se debía esperar, también el Congreso ha servido de grande estorbo para la actividad que requerían las disposiciones especialmente en los asuntos de guerra». El mensaje de Arenales era claro: después de usted, llegó la tormenta. El mismo no pudo más y optó por marcharse. [35] Tras la partida de San Martín, Perú se hizo pedazos. El ejército derrocó a la junta gubernativa provisional, y se instaló un gobierno conformado por antiguos realistas con José de la Riva Agüero a la cabeza; al cabo de unos meses, le reemplazó Torre Tagle; y cuando Bolívar llegó a Lima el 1 de septiembre de 1823 se encontró con unas fuerzas patriotas divididas, un gran ejército realista, un Congreso y dos presidentes, mientras que él mismo era un dictador a la espera. Esa espera se prolongaría hasta el 10 de febrero de 1824, cuando el Congreso suspendió la Constitución y le nombró dictador.

Había dos prerrequisitos para hacerse con la victoria en Perú: un ejército poderoso, que San Martín no tenía, y una dictadura absoluta, que él se había negado a sí mismo. Bolívar, un líder capaz de dirigir al ejército y de imponer la dictadura, era el único que podía satisfacer estas condiciones. Ambas estaban ligadas inextricablemente, y era imposible resolver la una sin la otra. El Protector no podía derrotar a sus enemigos políticos mientras éstos pudieran apelar al ejército realista, o amenazar con recurrir a él. La presencia de los realistas en la sierra no sólo era un recordatorio de que la guerra no se había ganado en términos militares, sino también un elemento de desestabilización en medio de la revolución, con el que sus disidentes podían aliarse. San Martín ni siquiera fue lo bastante implacable con el ejército, y recordando la hostilidad de sus propios oficiales, uno de los factores que propiciaron su renuncia, admitiría que debió haber sido más firme con ellos. También en política su actitud fue vacilante, algo que

Bolívar advirtió y él mismo reconoció. El gobierno de San Martín no era suficientemente sólido para hacer frente a sus enemigos peruanos. Durante su exilio, coincidió con García del Río en que para gobernar el país debería haber empleado la fuerza, «el palo», con mayor contundencia, pero, anotó, «el palo se me cayó de las manos por no haberlo sabido manejar». Otros también advirtieron su renuencia a abrazar el absolutismo. Su pensamiento político siempre lúe partidario de un delicado equilibrio entre la necesidad de un gobierno fuerte y una preferencia por los valores liberales. María Graham, la viuda viajera de un oficial de la marina británica, conoció a San Martín en Chile después de su renuncia, pero no se sintió impresionada por el personaje, al que encontró vacilante: «Parece afectado por una timidez intelectual que lo priva, por igual, de la audacia necesaria para otorgar la libertad y de la audacia necesaria para convertirse en un déspota. El deseo de gozar de la reputación de un libertador y la voluntad de ser un tirano se contraponen de forma extraña en su discurso». [36] En este análisis los matices no tienen cabida, y sólo hay lugar para una elección entre dos absolutos.

San Martín insistía en usar la palabra «regreso» en lugar de «retirada» para describir su partida de Perú. Cualquiera que fuera el término indicado, el momento había llegado. Resignado a su destino, renunció a su cargo decidido, como recoge el testimonio de un observador británico, «a marcharse de un país donde su presencia sería considerada por muchos como una limitación al poder del Congreso, y donde estaba expuesto a que sus actos se malinterpretaran continuamente». [37] El 20 de septiembre de 1822 fue un día desolador para San Martín, el final de su proyecto para Perú. Después de renunciar formalmente a su mando ante el Congreso, regresó a La Magdalena, fue a su escritorio y redactó su proclama de despedida y una carta para el general Alvarado con instrucciones para su próxima campaña. La proclama, franca y desprovista de adornos, es San Martín en estado puro:

> Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado por más desprendimiento que tenga es temible a los Estados que de nuevo se constituyen Por otra parte, va estoy aburrido de oír decir que quiero

hacerme soberano; sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y nada más.

En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas, como en lo general de las cosas, dividirán sus opiniones: los hijos de éstos darán el verdadero tal Jo. Peruanos Os dejo establecida la representación nacional; si depositáis en ella una entera confianza, contad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar. Que el acierto presida y neutros destinos y que éstos os colmen de felicidad y paz. **[38]**

A las nueve de la noche salió de su despacho y le pidió a Guido, su amigo y aliado político, que le acompañara a tomarse un mate. Después de un breve silencio, le dijo que se marchaba de inmediato; tenía preparados sus caballos para viajar hasta Ancón, donde se embarcaría en el bergantín *Belgrano*, que le esperaba para llevarle a Chile. Guido estaba asombrado:

—¿Bromea Ud.?

—Hablo en serio.

—¿Y es posible que Ud. haga tal cosa? ¿Posible que se vaya? ¿Posible que nos deje? ¡No, no se puede, no debe suceder. Es acaso una deserción! ¿Cómo expone Ud. su obra a los azares y peligros de una campaña que, en realidad, está todavía por emprender? ¿Cómo entregar la suerte del Estado a las reacciones turbulentas, a las convulsiones anárquicas que la ausencia de Ud. puede provocar? ¿Cómo abandonar en el abismo de una verdadera orfandad a quienes le hemos acompañado a seguido desde el Plata y desde Chile? ¡No lo creo!

—Todo lo he meditado profunda, detenidamente: ni desconozco mis obligaciones, ni olvido mis deberes, ni he pasado por alto lo que exigen y me imponen los intereses de la América. Pero no puedo permanecer aquí un día más. Me devora el pensar de abandonar camaradas que quiero como a hijos y a los generosos patriotas que me han ayudado en mis afanes; pero no podría demorar un solo día sin complicar mi situación Me marcho. Nadie, amigo, me apeará de la convicción en que estoy, de que mi presencia en el Perú le acarreará peores desgracias que mi separación. Así me lo presagia el juicio que he formado de lo que pasa dentro y fuera de este país. Tenga Ud. por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes Voy a decirle: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar a algunos jefes; y me falta el valor para hacerlo con compañeros

de amias que me han seguido en los días prósperos y adversos.

…

Existe, en esto y sobre todo esto, una dificultad mayor, que he cuidado de no exponer a nadie ni aun a mi fiel y noble amigo el general O'Higgins,

pero dificultad que me es imposible vencer, a no ser sacrificado la suerte del Estado y mi propio crédito. Le diré a usted sin doblez, Bolívar y yo no cabemos en el Perú. Y Bolívar desea, esta resuelto a venir He penetrado sus intenciones y miras, y he palpado casi su mortificación por la gloria que pudiere caberme en la terminación de la campaña. No omitirá medio alguno, cualquiera que fuere, para entremeterse en las cosas del Perú, tomarse árbitro suyo, y ser el que lleve a término feliz, con la emancipación de la tierra de los Incas, la del todo el continente. **[39]**

San Martín se despidió de Guido, con prontitud abandonó La Magdalena, tina estancia que había querido y que sus sucesores no tardarían en saquear, y se encaminó al *Belgrano*, que como había informado a su amigo estaba anclado en el puerto de Ancón. A bordo del bergantín escribió una nota dirigida a Guido: «Mi amigo, Usted me acompañó de Buenos Aires, uniendo su fortuna a la mía; hemos trabajado en este largo periodo en beneficio del país lo que se ha podido: me separo de usted, pero con agradecimiento, no sólo a la ayuda que me ha dado en las difíciles comisiones que le he confiado, sino que con su amistad y cariño personal ha suavizado mis amarguras y me ha hecho más llevadera mi vida pública. Gracias y gracias, y mi reconocimiento. Su San Martín». **[40]**

Zarpó hacia Chile a la mañana siguiente. Avanzando contra los vientos meridionales, la ruta era una de los tramos más lentos de navegar de la costa pacífica, y fue el 12 de octubre, antes de que pudiera desembarcar en Valparaíso, donde recibió la calurosa bienvenida del gobernador, José Ignacio Zenteno, su antiguo secretario en el Ejército de los Andes, un hombre en el que nunca había confiado realmente. Los partidarios del almirante Cochrane, que todavía era un héroe en Chile, organizaron una campaña con el fin de desacreditarle, y el mismo Cochrane, que se encontraba en Valparaíso por esa época, intentó presentar cargos contra él por sus acciones en Perú. **[41]** Habían empezado las calumnias. Guido, con pesar, le advirtió de que esto era lo que cabía esperar ahora que había colgado la espada y quedado expuesto a viejos celos y

ambiciones. [42] Esto, sin embargo, no disminuyó los respetos que recibió del gobierno chileno, todavía presidido por
O'Higgins,
quien envió una elegante escolta para que lo condujera a Santiago y colocó a su disposición la acogedora finca del Conventillo. En Chile, San Martín intentó recuperar su salud, muy maltrecha después de su reciente viacrucis, y visitar las termas de Cauquenes. Con todo, no podía abandonar por completo su proyecto peruano, y dado que todavía albergaba la ilusión de poder liberar el Alto Perú, intentó aferrarse a las distintas posibilidades de ataque. Sin embargo, lo único que pudo hacer en este sentido fue observar desde lejos cómo sus antiguos comandantes marchaban hacia el desastre. [43]

En Santiago visitó a Maria Graham, cuya admiración por lord Cochrane parece haber influido en sus opiniones sobre él. San Martín, como hemos señalado, no le agradó, aunque no dejó de apreciar su habilidad:

> Sus maneras son muy corteses: no puedo sino señalar que tantos sus movimientos como su persona son elegantes; y creo perfectamente en lo que he oído, a saber, que en un salón de baile pocos le aventajan… Sus opiniones son estrechas, y creo que hasta egoístas. Si bien posee algunos talentos, no hay duda alguna de que carece de genio, no tiene educación y sus conocimientos generales son escasos… Su refinamiento, su aire de superioridad y la suavidad de modales que durante tanto tiempo le permitieron dirigir a otros hombres, lo dotan de ventajas muy claras. Comprende el inglés y habla tolerablemente el francés. [44]

Una dura ocasión para un general que acababa de renunciar a su ambición más preciada.

Cuando abandonó Perú, San Martín no había planeado cuál sería su destino definitivo. Su decisión de dejar Suramérica y marcharse a Europa se desarrolló en varias etapas, paso a paso, en respuesta a los acontecimientos y las presiones. Tras una breve estancia en Chile, su siguiente destino era Mendoza, donde tenía una casa, una hacienda y una vida posible. Esto era lo más cerca que había llegado a planear su futuro.

ADIÓS A LAS GRANDES GUERRAS

San Martín cruzó los Andes por última vez en su vida de camino a Mendoza, la cual, había dicho hacía mucho tiempo, era el refugio que buscaba y el hogar de sus amigos. Montado en una mula y acompañado por un capitán y un séquito de asistentes, el duro viaje por las montañas fue en su caso evocador. En el ascenso se encontró con un joven amigo de los Granaderos a Caballo, el coronel Manuel de Olazábal, a quien había conocido en campaña y al que en alguna ocasión había regalado su rosario. Olazábal, entonces estacionado en Mendoza, había oído que San Martín estaba cruzando los Andes y había decidido salir a recibirle. Halló a su general vestido con un sombrero guayaquileño de ala grande, un poncho chileno, casaca y pantalones azules y guantes amarillos, y le pareció muy debilitado por la travesía. En medio de las cumbres y los recuerdos de las glorias andinas, el encuentro fue emotivo, pero el general no estaba para nostalgias y después de parar para tomar algo caliente continuó el camino con las siguientes palabras: «Bueno será, quizá, que bajemos ya de esta eminencia desde donde en otro tiempo me contempló la América». [45] Durante el descenso hacia Mendoza, pasaron una noche en una tienda improvisada hecha con ponchos.

Una vez en Mendoza, adonde llegó en febrero de 1823, una de sus primeras tareas fue escribir a su amigo
O'Higgins,
que acababa de renunciar a la presidencia de Chile, algo que San Martín le había estado aconsejando que hiciera: «millones de millones de enhorabuenas por su separación… Sí, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de paz y tranquilidad, y sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos». [46] Eso ponía fin a una época de colaboración entre ambos y, asimismo, a cualquier influencia que San Martín pudiera tener en Chile, con lo que acababan también sus intentos de mover los hilos de la acción en el Alto Perú. En esos días, además, tuvo que soportar los ataques histéricos del ala extrema del republicanismo peruano y los insultos personales de sus enemigos. Aunque San Martín se mantuvo fiel a su resolución de no responder a los ataques de sus críticos, en privado no dejó de anotar que «el nombre del general San Martín ha sido más considerado por los enemigos de la independencia que por muchos de los americanos a quienes ha arrancado de las viles cadenas que arrastraban». Y confió a

su decepción: «Nos echarán de menos antes de que pase mucho tiempo». [47]

San Martín pasó un año en Mendoza, a pesar de que Remedios, su esposa, estaba enferma en Buenos Aires. ¿Qué pensamientos pasaron por su cabeza en esos meses? El historiador sólo puede especular al respecto. El capítulo peruano no estaba cerrado por completo, y había aún una rendija en la puerta. San Martín había renunciado a su cargo como Protector, pero no como general, y es posible que mientras su esposa lo esperaba en Buenos Aires, él estuviera pendiente de la evolución de los acontecimientos en Perú. Se mantuvo al tanto de las acciones en el país y siguió el destino de la revolución, en caso de que se solicitara su ayuda. Los planes militares que había hecho para derrotar a los españoles en el Alto Perú y recuperar las provincias para Argentina no habían dado frutos: los objetivos peruanos de sus sucesores no coincidían con los suyos, y en 1823 la expedición del coronel Santa Cruz se desvaneció en el aire del altiplano. [48] Cuando resultó claro que Bolívar había protegido la revolución de sus enemigos peruanos, aunque todavía sin vencer a los españoles, y que no iba a haber llamada de auxilio pidiendo el regreso de San Martín, prefirió seguir su camino antes que arriesgarse a ser desairado. «Seamos claros, mi amigo», le escribió a Guido, «¿podría el general San Martín presentarse en un país donde ha sido tratado con menos consideración que lo han hecho los mismos enemigos y sin que haya habido un sólo habitante capaz de dar la cara en su defensa?» Por un instante su ecuanimidad parece abandonarle y la carta continua así: «En este momento no soy dueño de mí y no puedo conformarme con la idea de que un hombre que ha dispuesto de la suerte de Estados opulentos se vea reducido a 31.000 pesos de capital… ¡tachado de *ladrón*!». [49]

Sin embargo, en lugar de quedarse en el pasado, San Martín se esforzó por entender los distintos signos que advertía a su alrededor. Acogió positivamente la iniciativa española de negociar la paz y se ofreció a viajar a la Península en nombre de Perú si ello servía de algo. Aprobó las negociaciones de Rivadavia con los comisarios de paz españoles, y sufrió una decepción cuando las conversaciones fracasaron debido a la caída de los constitucionalistas en España. Se ofreció para trabajar en Lima con

el nuevo gobierno de Riva Agüero, un aristócrata peruano con el que no tenía nada en común, si éste así lo quería, pero no recibió ninguna respuesta y desistió. Riva Agüero tuvo luego la temeridad de solicitar su intervención en el conflicto partidista de Perú, algo a lo que el general respondería de forma cáustica en una carta que nos permite vislumbrar un raro momento de pura rabia de San Martín y que acaso refleja el profundo resentimiento que abrigaba aún por las circunstancias que le habían llevado a abandonar Perú: «Sin duda se olvidó usted que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la Libertad del país… ¡Es incomprensible su grosera osadía al hacerme la propuesta de emplear mi sable en una guerra civil! ¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana?». **[50]**

La vida en Mendoza era agradable y estaba lejos de ser exigente, aunque acaso era demasiado apacible. Robert Proctor, un agente británico que se dirigía a Lima para negociar el préstamo para el gobierno peruano, se encontró con San Martín varias veces en 1823 y creyó detectar en su mirada cierto «desasosiego de espíritu», pese a haberle visto bastante animado. «Llevaba un vida muy tranquila y residía la mayor parte del tiempo en una hacienda a ocho leguas de la ciudad, que él estaba mejorando con rapidez. Parecía estar tan apegado a Mendoza como sus habitantes lo estaban a él… con frecuencia se unía a nuestro grupo en las noches sin formalidades, y nos entretenía contándonos gran cantidad de anécdotas, que tiene una feliz habilidad para relatar aprovechando la tremenda expresividad de su rostro». **[51]**

Entre tanto, en Buenos Aires, su esposa se estaba muriendo de tuberculosis. Hacia finales de julio, San Martín recibió la noticia de que su estado era grave y decidió viajar a la capital argentina para reunirse con su hija Mercedes. Remedios murió el 3 de agosto, pero Guido le presionó para que aplazara su viaje: dado que tras llegar a Mendoza no había ido de inmediato, lo más prudente era esperar un poco más. El problema era que la familia Escalada no había visto con buenos ojos el que el general no corriera a acompañar a su esposa en su lecho de muerte. San Martín estuvo de acuerdo con Guido y decidió que sólo se desplazaría a Buenos Aires por el tiempo necesario para organizar su viaje a Europa. Para entonces su tardanza no dependía principalmente del desarrollo de los

acontecimientos en Perú, sino de los rumores malintencionados que le atribuían la intención de derrocar al gobierno de Rivadavia incitando la hostilidad de los disidentes conservadores. San Martín siempre había hablado de forma despreocupada de cultivar su jardín en Mendoza y cuidar de su hacienda; pero una vez allí se descubrió aislado, convertido en un blanco fácil de las habladurías y maledicencia, sin la protección de la que había gozado cuando era jefe militar en Cuyo. [52] Ese era un mundo perdido.

¿Era posible para un libertador ser un marido entregado? En una confesión memorable, Bolívar, que se había casado joven, movido por un amor apasionado, se preguntó alguna vez si su vida habría sido diferente de no haber enviudado: «No sería el general Bolívar, ni el libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política». [53] San Martín era un hombre casado y siguió siéndolo a lo largo de toda su carrera como libertador, pero abrazó su vida pública a expensas de su vida matrimonial y, podemos suponer, de los sentimientos de su resignada esposa. ¿Amó a su mujer? Quizá lo hizo en algún momento, pero la distancia y el paso del tiempo apagaron su ardor, que orientó de forma exclusiva a la liberación del continente, y los recuerdos cariñosos de su relación no parecen haber alumbrado sus años de lucha. Sin embargo, aunque es posible explicar su indiferencia, resulta difícil entender sus prioridades al final de su vida. Había rumores de que en Perú había sido infiel, pero su veracidad nunca se ha demostrado, y conociendo su carácter es posible suponer que fueran infundados. Su sentido de la decencia siempre le impidió hablar de su vida emocional.

Ahora, sin embargo, los rumores eran de otro tipo: se decía que tenía ambiciones políticas en Argentina, que quería ser gobernador de Buenos Aires; y la información de que las autoridades estaban preparadas para detenerle en ese camino fortalecieron su decisión de dejar su tierra natal. [54] En otras palabras, Buenos Aires lo recibía con la misma hostilidad de la que había sido objeto en Perú. Los periódicos favorables al gobierno, el *Argos* y el *Centinela*, no desconocieron sus grandes logros, pero tampoco actuaron con generosidad; el primero informó sobre él en términos que San Martín consideró hostiles y el segundo le atribuyó delirios de

grandeza e ilusiones absolutistas. [55] Los espías daban cuenta de todos y cada uno de sus actos; había uno incluso dentro de su servicio doméstico; y su correspondencia era interceptada. Todo el tiempo que estuvo en Argentina fue consciente de la mirada hostil de Rivadavia, aunque estaba en su naturaleza dar crédito a lo que lo merecía, así fuera sólo de pasada: «Usted sabe que Rivadavia no es un amigo mío», escribió a Guido, «a pesar de esto sólo los picaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en América». [56] Buen gobierno o no, él sencillamente tenía que irse. «Había figurado demasiado en la revolución para que me dejasen vivir en paz». [57] Llevar una vida tranquila era imposible cuando las pasiones de la revolución seguían estando vivas:

> Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relación que con algunos de los vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires; ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar, bajo la dirección de un soldado afortunado, etc. etc., en fin, yo vi claramente que me era imposible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmasen y esta incertidumbre fue la que me decidió a pasar a Europa. [58]

Por otro lado, la verdad sea dicha, es posible que la vida en Mendoza fuera demasiado apagada para San Martín, que quizá no podía dejar de pensar que en otros lugares, lejos de su alcance, estaban teniendo lugar sucesos extraordinarios. El imperio de las circunstancias, que con tanta frecuencia había regido su vida, ponía fin a otra etapa, y San Martín se preparó para seguir su camino. Perú tenía ahora una respuesta para la anarquía que atormentaba el país, de modo que podía dejar su atalaya en Mendoza con la conciencia tranquila: «Veo lo que usted me dice del estado anárquico de ese desgraciado país», le escribió a Guido, «afortunadamente he visto por el correo que llegó ayer de Chile la llegada del libertador, él solo puede cortar los males, pero con un brazo hachero, porque si contemporiza todo se lo llevará el diablo». [59] Antes de dejar Mendoza recibió un mensaje de Estanislao López, el caudillo de Santa Fe, informándole de que el gobierno de

Buenos Aires pensaba arrestarle y llevarle ajuicio por haber desobedecido sus órdenes en 1817, pero que él y sus fuerzas estaban dispuestos a escoltarle triunfal a la capital argentina. San Martín sólo tenía que dar la orden. Su respuesta, por supuesto, fue que no había ninguna orden que dar. **[60]** No necesitaba más vergüenzas y acomodos. Años después le diría a Guido: «A mi regreso a Buenos Aires para embarcarme para Europa, López, en el Rosario, me conjuró a que no entrase en la capital argentina. ¡Más aquí de Don Quijote! Yo creí que era de mi honor el no retroceder y al fin esta arriesgona me salió bien pues no se metieron con este pobre sacristán».

El heroe silencioso

San Martín llegó en silencio a Buenos Aires el 4 de diciembre de 1823 y estuvo con la familia Escalada. A lo largo de su breve estancia en la capital respetó las convenciones, pero mantuvo un perfil bajo. Dos veces visitó a monseñor Gian Muzi que estaba al frente de una misión papal enviada al Río de la Plata y Chile y quien quedó impresionado con sus atenciones; entre los miembros de la misión se encontraba Gian Maria Mastai Ferretti, el futuro Pío IX, que describió al anticlerical Rivadavia como un «ministro del infierno» y, en cambio, vio a San Martín, vestido de civil, «haciendo muchas manifestaciones de cortesía». **[61]** El general también presentó sus respetos al gobernador y los ministros, pero se mantuvo alejado de la política y los políticos de la capital y sus provincias, e inmune a los manipuladores que todavía lo rondaban.

Visitó a Rivadavia (dada la historia y posición de ambos, ¿cómo habría podido no hacerlo?), pero no existe un testimonio fiel de lo que conversaron. Rivadavia hablaría en detalle del encuentro con Woodbine Parish, el cónsul general británico, que llegó a Buenos Aires poco después de que San Martín hubiera partido. La versión que Rivadavia dio de San Martín adoptó más la forma de una advertencia que de una valoración y fue un hábil ejercicio de menosprecio. Los logros alcanzados por San Martín para la independencia le otorgarían gran crédito ante el gobierno británico, dijo, pero éste debía ser informado de que sus opiniones tenían escaso peso en el gobierno argentino. Su mayor ambición había sido

mantenerse en el cargo de Protector de Perú, pero «su conducta arbitraria muy pronto provocó el surgimiento de una reacción tan fuerte y violenta en su contra, no sólo entre los peruanos, sino también entre sus propios oficiales, que se vio obligado a renunciar al Protectorado y abandonar con rapidez esa parte de América». Su viaje a Europa, con la finalidad aparente de concertar la educación de su hija, tenía objetivos más grandes a la vista, que confidencialmente había revelado a Rivadavia como viejo amigo suyo. San Martín era partidario de la monarquía y pensaba que el establecimiento de una nueva dinastía en Suramérica era el único gobierno apropiado para los nuevos estados. Rivadavia, astuto, atribuyó estas ideas no a principios políticos sino a «las dificultades que había encontrado en Chile y Perú, y en especial en este último país, donde sus expectativas personales se vieron frustradas». Rivadavia había discutido la idea de la monarquía, que consideraba absurda, una teoría abstracta que no tenía posibilidades de éxito en el continente, y el general le había prometido solemnemente no hacer nada que pudiera alterar la constitución actual de los gobiernos suramericanos. ¿Fue esto una reconciliación? Woodbine Parish refirió que el intercambio había sido un encuentro entre amigos, como era la intención de Rivadavia, pero el testimonio permite otra lectura.[62] Al enviarle a San Martín su pasaporte, Rivadavia le deseó un buen viaje. No era la última vez que tendría noticias suyas.

San Martín no pudo evitar las tensiones familiares. Había asuntos financieros que arreglar, incluidos los detalles legales de la herencia que le correspondía tras el fallecimiento de su esposa: cuarenta y tres mil pesos. Su reencuentro con Merceditas, para entonces una niña de siete años, fue doloroso para la abuela, que había estado cuidando de ella y ahora iba a perderla; y sus relaciones con la familia Escalada nunca fueron cordiales. Para la tumba de su esposa, en el cementerio de la Recoleta, mandó hacer una lápida en mármol blanco con la inscripción: «Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín». Unas palabras fieles a su estilo, buenas y económicas. Guido hizo un último esfuerzo por detenerle: «Deseo mucho saber cuál es la última determinación de usted respecto a su viaje; el momento de la gran crisis [en Perú] ha llegado, a mi ver».[63] Era demasiado tarde para

cambiar de parecer. Después de pasar dos meses en Buenos Aires, el 10 de febrero de 1824, a bordo del buque francés *Le Bayonnais*, San Martín zarpó hacia Europa en compañía de su hija. Fue un viaje que nunca quiso repetir, setenta y dos días en un barco mercante de segunda, desprovisto de comodidades para el pasaje, en el que Merceditas, malcriada por una abuela indulgente, probablemente no se tomó muy bien el estricto régimen impuesto por su padre. **[64]** La recepción que encontró en Francia escasamente fue mejor. El buque arribó a El Havre el 23 de abril. La llegada de un general republicano, líder de la revolución hispanoamericana, despertó las sospechas de los funcionarios de la Francia borbónica, cuyo gobierno había enviado recientemente un gobierno a España para aplastar el constitucionalismo y restaurar la autocracia. Se inspeccionó su equipaje; se informó a la embajada española y el ministro del Interior le ordenó embarcarse de inmediato a Inglaterra, lo que hizo el 4 de mayo, a bordo del *Lady Wellington*. El general y su hija llegaron a Southampton, donde descansaron unos pocos días en el Star inn.

Apenas podemos imaginar sus pensamientos sobre la América que había dejado atrás. Las últimas noticias de Perú eran predecibles: la política era inestable, el ejército estaba desintegrándose, la vida era difícil. «El Perú ofrece un cuadro de horrores», pensaba Bolívar. Irónicamente, la única buena noticia que recibió San Martín fue que el libertador venezolano gobernaba como dictador.

Capítulo 10

EXILIO

Regreso a Londres

En Londres, la prioridad de San Martín era arreglar la educación de su hija, a la que inicialmente dejó al cuidado de Francés Heywood, la esposa del capitán Peter Heywood, un oficial de la marina británica que en otra época había tenido que enfrentar un consejo de guerra por su participación en el motín del *Bounty* y que posteriormente se había desempeñado como oficial de alto rango en la base suramericana, que fue donde conoció al general. Al final, San Martín matriculó a Merceditas en un colegio para señoritas en Hampstead. [1] Su siguiente paso fue contactar con García del Río y Paroissien, sus enviados y amigos de confianza del Protectorado, que seguían activos en Londres, cobrando generosamente del préstamo que habían gestionado. Su llegada a la capital inglesa fue noticia en la prensa y pronto *The Morning Chronicle* informó que se le honró con una cena en el Grillons Hotel ofrecida por García del Río, Manuel José Hurtado, el enviado del gobierno colombiano, y Luis López Méndez, el agente de Bolívar. [2] Paroissien estaba viviendo en Carnfield Hall, Derbyshire, el hogar de su prometida, y San Martín le visitó brevemente allí antes de regresar a Londres para establecer su residencia en una casa alquilada en el número 12 de Park Place, cerca de
Regent's
Park, en la actualidad el número 23 de Park Road, NW1, [3] En Londres, su viejo amigo James Duff, cuarto conde de Fife, le dio la bienvenida y le invitó a su casa de Banff, y donde el 19 de agosto le nombró ciudadano honorario. Antes de ello, el 6 de julio, San Martín realizó un viaje de exploración a Bruselas en compañía de un viejo colega de la guerra en Suramérica, Álvarez de Condarco, el héroe que había reconocido por encargo suyo el paso de los Andes, pero también el hombre que había introducido en su vida a Cochrane, y a quien seguía considerando su amigo. [4]

El encuentro con otros argentinos presentes en la capital inglesa

fue menos grato. Carlos de Alvear, su adversario desde los días de Buenos Aires, había llegado en una misión diplomática para entrevistarse con George Canning, el secretario de Asuntos Extranjeros. Durante una cena ofrecida por John Parish Robertson, el empresario escocés con el que se había encontrado el día de la batalla de San Lorenzo, un grupo de suramericanos entre los que se encontraban San Martín, García del Río y Alvear debatía cuestiones políticas. García del Río manifestó su opinión de que los nuevos Estados americanos necesitaban gobiernos fuertes, y que si el general San Martín hubiera empleado el palo con más firmeza, no se habría visto obligado a abandonar Perú. Algo con lo que San Martín estuvo de acuerdo: «Es verdad, tuve que descender del gobierno, el palo se me cayó de las manos por no haberlo sabido manejar». [5] Alvear intervino entonces para echar sal en las heridas de un libertador que le superaba en gloria y ello animó la discusión entre los dos rivales. San Martín nunca conseguiría escapar de las envidias y odios de sus enemigos argentinos, así como de sus esfuerzos por desacreditarle ante el gobierno británico y otras instancias. Agustín de Iturbide, el fallido emperador mexicano, también se encontraba en Londres en 1824 y parece haber intentado contactar con San Martín. Sin embargo, su visita coincidió sólo brevemente con la del general, y no hay testimonio alguno de que se hubieran reunido. Eso, no obstante, no impidió que Alvear enviara a Buenos Aires cartas malintencionadas en las que acusaba a San Martín de estar conspirando con Iturbide para restaurar la monarquía en Suramérica. Y en septiembre de 1824 Rivadavia llegó a Londres.

Como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, a Rivadavia le sobraron las oportunidades para enlodar la reputación de su enemigo en el gobierno y otros círculos y destruir su monarquismo. Como escribió a un colega en Buenos Aires: «Con respecto a este Señor guardaré el decoro que se deben todos los hombres públicos, y que me debo a mí mismo; pero por lo que he visto y sentido con tanto dolor en dos conversaciones que tuve con él, y en que me esforcé inútilmente en hacerlo entrar en razón, es de mi deber decir a Vms. para su Gobierno que es un gran bien para ese País que dicho general esté lejos de él. El por acá pierde cada día su concepto, aun entre sus más afectos». [6] Entre tanto, en la

capital argentina, la prensa gobiernista continuaba difundiendo rumores para dañar su reputación, como el que le atribuía la intención de establecer un gobierno militar en Suramérica. [7]

El 11 de septiembre de San Martín cambió Londres por la tranquilidad de Bruselas, donde estuvo dedicado a dar paseos y visitar los teatros. La ciudad le atraía por su reputación liberal y el bajo costo de la vida allí, lo que la convertía en una buena base desde la que era posible trasladarse con facilidad a Londres. El general seguía considerando sus opciones. «Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido a fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de la niña», escribió a O'Higgins, «que regresaré a América para concluir mis días en mi chacra y separado de todo lo que sea cargo público y si es posible de la sociedad de los hombres». Alquiló una casa campestre en las afueras de la ciudad, donde su hermano Justo se reunió con él. [8] Según le contó a su amigo Guido, estaba contento en Europa, pero extrañaba Mendoza: «Prefiero la vida que seguía en mi chacra a todas las ventajas que presenta la Europa culta, y sobre todo ese País, que por la libertad de su gobierno y seguridad que en él se goza, le hace un punto de reunión de un inmenso número de extranjeros». [9] Los mendocinos, por su parte, nunca se olvidaron de San Martín, que era tema de muchas conversaciones, incluido el rumor de que había contraído matrimonio con una joven inglesa. [10]

El 13 de marzo de 1825 San Martín regresó a Londres, donde visitó a Mercedes y renovó el contacto con sus amigos suramericanos e ingleses. Los progresos de su hija le complacieron y le encantó comprobar que estaba perdiendo lo que desde su punto de vista eran malos hábitos promovidos por la abuela. Su propia influencia puede apreciarse en sus «Máximas para mi hija», una mezcla de virtudes cívicas y costumbres sociales en la que se insta a inculcar el amor por la verdad, el respeto del otro, la tolerancia religiosa, la discreción, la moderación y la precisión en el discurso, así como la candad con los pobres, la bondad hacia los sirvientes y los ancianos y la aversión al lujo, todo ello coronado por el amor a la patria y la libertad. [11] La hija ideal que San Martín tenía en mente al escribir ese texto no era «una dama de gran tono», sino una esposa y madre afectuosa.

El 22 de marzo de 1825, en una reunión social, se enfrentó a Rivadavia en una discusión acalorada sobre la forma de gobierno adecuada para los Estados suramericanos. Al día siguiente, tras cavilar sobre el altercado, San Martín decidió que su relación con Rivadavia había llegado a su fin y acudió a su amigo y colaborador, James Paroissien:

> Mientras estaba cenando me llegó una nota de San Martín solicitándome que fuera a verle de inmediato. Obedecí a su llamamiento y descubrí que era para solicitarme que fuera el portador de una nota de desafío dirigida a Rivadavia, a quien San Martín pensaba que era apropiado castigar por su rudo comportamiento la noche anterior. Yo consideré que ciertamente había sido muy descortés, pero que todos esperaban una actitud semejante de parte de Rivadavia y le disuadí de dar un paso tan irreflexivo. Por suerte, García [del Río] llegó pronto y ambos logramos disuadirlo para que abandonara por completo su insensata idea. **[12]**

Fue también por estos años que San Martín volvió a comunicarse con su amigo y general favorito, William Miller, que regresó a Inglaterra después de que hubiera terminado la guerra en Perú y su servicio en el ejército de Bolívar. De inmediato se puso en contacto con San Martín, al que prometió visitarle en Bruselas, pues «ni el tiempo ni los sucesos políticos han conseguido borrar de mi memoria todo lo que debo al primer general que me honró y me otorgó su respaldo en América». **[13]** San Martín ofreció una calurosa bienvenida a una persona que le había dado «sobradas pruebas de amistad», el general que más había admirado en Perú. **[14]** Su reencuentro también es una ocasión feliz para los historiadores dedicados a las guerras de independencia hispanoamericanas, pues en esa época Miller estaba preparando sus memorias y San Martín se mostró dispuesto a responder a las preguntas que tenía acerca de ciertos acontecimientos relevantes. En septiembre de 1828 Miller solicitó un retrato de su héroe para su inclusión en la edición española de la obra. San Martín, que había sido algo reacio a posar para nuevos retratos, accedió. El resultado, obra de Jean Baptiste Madou, no fue enteramente de su agrado, y prefirió el cuadro realizado por el artista belga François Joseph Navez, que había trabajado en el estudio de Jacques-Louis David, el famoso pintor francés. En la pintura San Martín aparece vestido de

civil, con levita negra, chaleco blanco y un pañuelo negro tras el que asoma el cuello alto de una camisa blanca; un hombre apuesto de unos cincuenta años, pelo, patillas y cejas negras, boca y nariz regulares y unos ojos oscuros que miran con firmeza. **[15]**

Tomás Guido también dejó el servicio de Perú, donde su situación no había sido fácil desde la partida de San Martín. No siendo bienvenido en Chile y careciendo de un sustento en Argentina, había regresado a Buenos Aires en búsqueda de un nombramiento en la administración. Siempre había sido franco al manifestar sus opiniones, y no tuvo inconveniente en comparar el duro trato que estaba recibiendo tras sus años de dominio con la vida que San Martín disfrutaba: «Jamás perdonaré la retirada [la palabra que San Martín detestaba] de usted desde Perú y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso. Piense usted lo que quiera sobre esto, tal es y será siempre mi opinión… ¡Qué diferencia terrible entre los que corren esta suerte y los que gozan la vida de usted!… Esta circunstancia más insoportable hoy para mí que nunca, me obliga a conservarme en el servicio y no sé todavía cuál será mi destino, mientras tanto usted vive tranquilo». **[16]** Un comentario indigno.

A San Martín no le gustaba que le dijeran que era indiferente ante el destino de sus amigos. «Al fin es preciso creer (y sólo porque usted me lo asegura) el que todos los hombres que no han empuñado el clarín para desacreditar al ex general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar; digo que es preciso creer porque como he visto tanto, tanto, tanto de la baja y sucia chismografía que por desgracia abunda en nuestra América, no había querido dar crédito a varias cartas anónimas que se me habían escrito sobre este particular». No valía la pena ocuparse de semejantes disparates, producto de personas estúpidas y malintencionadas a las que era mejor responder con el silencio del desprecio con la convicción de que, decía, «los honrados me harán la justicia de que yo me creo muy acreedor». En cuanto a la situación del país, las posibilidades de que mejorara eran escasas, «hasta que no vea se mande sin pasiones, cosa bien difícil, con la educación que hemos recibido y con las oposiciones que ha hecho nacer la revolución». Y en unas palabras que revelaban su estoica idea del destino, confesaba que había tenido que aceptar «la

desgracia de ser un hombre público; sí amigo mío, la desgracia, porque estoy convencido de que serás lo que hay que ser, si no, eres nada». [17] Para San Martín, ser mal interpretado era un hecho de la vida.

ARGENTINA: ATRACCIÓN Y REPULSIÓN

La guerra de palabras entre San Martín y Rivadavia no terminó en Londres. El enviado argentino regresó a Buenos Aires tras haber fracasado en su intento de convencer a Canning de que apoyara a Argentina en su conflicto con Brasil por la Banda Oriental. Después de ello, asumió la presidencia del país y nombró a Alvear como su ministro de Guerra. Con todo, no fue la política exterior sino la interna la que provocó su caída; el 27 de junio de 1827 renunció a la presidencia, obligado por las fuerzas combinadas de sus enemigos conservadores, una mezcla potente de federalistas y terratenientes. La salida de Rivadavia quizá hubiera animado a San Martín a ofrecer sus servicios al gobierno para la guerra con Brasil, pero éste era un paso sobre el que se mantenía indeciso. Siguió el desarrollo del conflicto, sorprendido por el hecho de que Brasil no se aprovechara de la situación de Argentina, debilitada por un gobierno empobrecido y la anarquía de las provincias. [18] El momento de actuar llegó y se fue, un dilema característico de San Martín, y prefirió esperar que la diplomacia británica fructificara. Entre tanto, descargó sus pensamientos sobre Rivadavia en su amigo
O'Higgins:
«Su administración ha sido desastrosa, y sólo ha contribuido a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona». [19] Y mientras que Rivadavia no perdió oportunidad para minimizar los logros de su enemigo, San Martín continuó criticando «las locuras de aquel visionario». [20]

San Martín se mantuvo distanciado de la guerra con Brasil, y cuando decidió regresar a Argentina fue por otras razones, en parte para probar las condiciones para retirarse y en parte para resolver

cuestiones financieras, no para buscar una función política o militar. Tenía varias propiedades en Suramérica y su administración había empezado a inquietarle. [21] Además de la suma de cuarenta y tres mil pesos, el patrimonio de su esposa también incluía una casa en el centro de Buenos Aires que compartía con su cuñado Mariano. San Martín le había comprado su parte y obtenía una renta de su alquiler. En 1825 su abogado había vendido por veinte mil pesos otra casa, que el Congreso y el Directorio le habían otorgado en 1819; y poseía la hipoteca sobre una estancia que ascendía a treinta mil pesos y que se hizo efectiva en 1833, cuando Gervasio Rosas compró la propiedad. Asimismo San Martín era propietario de una granja en Mendoza, Los Barriales, que producía trigo y ganado, así como una propiedad en la ciudad; en Chile, además, tenía otra granja, La Chilena, en la región de Santiago; y en Perú poseía la hacienda La Magdalena y una casa en Lima llamada Jesús María. En teoría, la suma de estas propiedades debería haber hecho de San Martín un hombre relativamente rico, pero el hecho es que tenía dificultades tanto para hacer efectivas sus rentas como para pedir cuentas a sus administradores. [22] En Londres había invertido veintiún mil pesos en participaciones en el préstamo peruano, y cuando surgieron dificultades se vio obligado, al igual que muchos otros especuladores, a vender a pérdida sus bonos. Incluso así los reducidos dividendos eran importantes para su mantenimiento y el de su hija. Había planeado recibir una renta de su propiedad en Buenos Aires, pero la lamentable situación económica de Argentina (de la cual culpaba a la circulación de papel moneda y la guerra con Brasil) redujo la tasa de cambio en Londres y le dejó con sólo una fracción del dinero que esperaba. El Congreso peruano le había otorgado nueve mil pesos anuales, pero este dinero no llegaba y para 1827 se le debían treinta y tres mil pesos, por lo que planteó a
O'Higgins,
que entonces vivía en Perú, la posibilidad de intervenir ante el gobierno: «No se me obscurece la situación en que se hallará esa República y sería en mí una falta de consideración exigir mis atrasos; yo remediaría mis necesidades con 4.000 pesos anuales sin molestar por más a ese gobierno ínterin usted vea se halla en apuros». [23]

San Martín tuvo que reducir sus gastos, y a finales de 1827 dejó la casa campestre a las afueras de Bruselas para trasladarse a un piso en la Rue de la Fiancée. Aunque estaba planeando regresar al Río de la Plata para resolver sus problemas financieros, sentía que antes de hacerlo tenía que visitar París, como escribió a Miller: «Puede que este invierno dé una vuelta por París pues sería vergonzoso estando tan inmediato dejar de ver un país que presta tanto interés y mucho más regresando a América, pues se atribuiría a quererme singularizar». [24] Así que en la primera mitad de 1828 recorrió Francia y visitó París; para mayo estaba de vuelta en Bruselas, y no en el mejor estado de salud. Visitar las termas de Aquisgrán le reportó algún alivio, y por fin se sintió preparado para cruzar el Atlántico, sólo había que esperar a que la guerra terminara o se levantara el bloqueo de Buenos Aires. [25] Tras dejar a Mercedes, que ahora tenía doce años, en la casa de la señorita Phelps, «una respetable dama inglesa», cruzó el canal una vez más, visitó a Miller en su casa de Canterbury y el 21 de noviembre de 1828 zarpó desde Falmouth a bordo del *Countess of Chichester*, con destino a Buenos Aires. Su primera precaución fue adoptar el nombre de José Matorras, usando el apellido de soltera de su madre.

Las noticias de Buenos Aires no eran alentadoras. A pesar de su liberalismo fanático Rivadavia era básicamente un hombre de paz; y cuando renunció en julio de 1827 para retirarse a vivir en la pobreza y el exilio lo hizo cediendo a la oposición de los caudillos provinciales y los federalistas porteños. No le gustaba la forma en que estaba cambiando la distribución de poder en Argentina. ¿Le gustaba a San Martín? El grupo de Rivadavia se componía esencialmente de intelectuales, burócratas y políticos profesionales, «hombres que hicieron "una carrera de la revolución"», según se los ha descrito, que no representaban ningún interés económico o grupo social en particular. [26] Sus enemigos, por su parte, poseían poder real; los estancieros constituían una base política fuerte, que tenía sus raíces en el campo y la industria ganadera, y querían que sus beneficios permanecieran en sus provincias en lugar de que los absorbiera la economía nacional. Los estancieros eran los nuevos hombres de la revolución; dotaron de poder militar y económico al partido federal y pronto empezaron a buscar poder político directo.

[27] El 12 de agosto de 1827, Manuel Dorrego, el líder de los políticos federalistas, fue elegido gobernador de Buenos Aires. Sin embargo, algo más de un año después, el 1 de diciembre de 1828, y a pesar de la popularidad de la que gozaba, los unitarios consiguieron derrocarle en nombre de los principios liberales y en contra del conservadurismo y el caudillismo rurales. El golpe fue obra de una coalición formada por militares regresados de la guerra con Brasil, políticos profesionales, comerciantes e intelectuales, dirigida por el general Juan Lavalle, que fue más lejos y ordenó la ejecución de Dorrego, un hombre pacífico y moderado, lo que causó un malestar popular contra los unitarios y dejó el camino abierto para que Juan Manuel de Rosas se pusiera al frente del partido federal. Respaldado por sus aliados estancieros y sus hordas rurales, Rosas arrebató el poder a Lavalle y los unitarios y una asamblea agradecida lo eligió gobernador de Buenos Aires el 6 de diciembre de 1829. No fue una elección normal y corriente, pues el nuevo gobernador recibió poderes dictatoriales y el encargo de restaurar el orden. Como comentó Domingo F. Sarmiento, «las provincias se vengaron, mandándole en Rosas mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba». **[28]**

Éste fue el panorama que San Martín encontró al llegar al Río de la Plata el 5 de febrero de 1829. Sus peores miedos a la anarquía parecían haberse confirmado, y ello fortaleció su determinación de mantenerse fuera de la política. Decidió desembarcar en Montevideo y esperar a conocer el desarrollo de los acontecimientos. No obstante, antes de que pudiera hacerlo, su nave continuó hacia Buenos Aires. San Martín se negó a pasar más allá de las boyas, y desde la rada solicitó un pasaporte de salida al ministro relevante, José Miguel Díaz Vélez, a quien explicó que había regresado con la firme intención de terminar sus días en un retiro privado, contando con la tranquilidad que esperaba encontrar. Sin embargo, en vista de la situación del país, y dado que él no pertenecía a ninguno de los bandos en disputa, había decidido seguir a Montevideo, «desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia». **[29]**

La mera presencia de San Martín era suficiente para suscitar miedos y alimentar esperanzas, y sus acciones posteriores no sirvieron para apaciguar las mentes. Cualquier cosa que hiciera

podía malinterpretarse. ¿Era su distanciamiento una afrenta al gobierno o una crítica de la oposición a la espera? Mientras que sus amigos, el coronel Olazábal, Álvarez Condarco y Tomás Guido acudieron a darle la bienvenida, otras reacciones fueron menos amistosas. En los círculos oficiales, su retraimiento se consideró un voto de desconfianza en un gobierno que ya estaba consolidado, y se objetó que hablara de «partidos», pues al hacerlo lo equiparaba a sus enemigos; por otro lado, algunos veían con alivio el que hubiera decidido mantenerse fuera, ya que de otro modo podía convertirse en líder de la oposición. La prensa unitaria criticó su decisión de regresar sin regresar, algo que sugería orgullo y falta de patriotismo. Guido le aconsejó que no se preocupara, pues contaban con partidarios para defenderle. Sin embargo, cuando uno de esos partidarios salió en su defensa en la prensa, San Martín le pidió que se detuviera con el fin de evitar una polémica pública sobre su presencia. **[30]**

Tras ser un motivo de discordia en Buenos Aires, San Martín fue objeto de una calurosa bienvenida en Montevideo. Uruguay era entonces una nación en los primeros pasos de la independencia y no tenía recelos en relación al libertador, sólo expectativas cordiales. Los dirigentes del país aplaudieron su buen juicio al distanciarse de los dos partidos en disputa en Buenos Aires, el ejército organizó desfiles en su honor, la prensa le trató con respeto, las damas de la alta sociedad le agasajaron, la opinión pública lo veía como un héroe popular y sus amigos se apiñaban a su alrededor. Un libertador tan célebre estaba condenado a llamar la atención. ¿Qué figura menor de las guerras y la política del Río de la Plata iba a querer perderse esta inesperada oportunidad de conocerle? La gente le buscaba sólo para saludarle, y él aceptó todo ello con cansada resignación. «Qué quiere que le diga», le escribió a Guido, «que estoy bueno, que estoy aburrido y que siento los males de nuestra Patria estoica». **[31]**

San Martín sólo tenía un camino, regresar a Europa, en especial después de haber por lo menos cumplido uno de los objetivos de su viaje. Tras pensar muy seriamente acerca de la administración de sus propiedades, en Montevideo tomó una decisión clave: nombró como apoderado a un nuevo representante, su amigo Goyo Gómez, y le dio poderes plenos sobre todas sus propiedades, posesiones e

intereses en Buenos Aires y Mendoza, y a Vicente López y Planes para que lo reemplazara en caso de incapacidad. [32] En lo relativo a sus propiedades en Chile y Perú, confió a
O'Higgins
el cuidado de sus intereses en ambos países. Otra tarea personal que ocupó su tiempo en la capital uruguaya fue la de localizar y reunir los papeles y documentos de sus campañas y administraciones para llevárselos a Europa, papeles que llegado el momento formarían un archivo apropiado para su publicación.

Una vez que el regreso a Europa estuvo decidido, no hubo marcha atrás, a pesar de la insistencia de Guido y otras personas:

> ¿No juzga usted asegurada su independencia y tranquilidad personal, permaneciendo en Montevideo? ¿Es usted indiferente a la censura del mundo a que daría lugar volviendo a abandonar su patria por que la ve en conflictos? ¿Puede usted presumir que aunque adoptara la profesión de anacoreta, le habrían de perseguir a todas partes las esperanzas de sus amigos y las persecuciones de sus enemigos? [33]

Quedarse en Montevideo no era una opción porque incluso allí estaría en el centro de las discordias de la política argentina. En Argentina y Uruguay, los políticos se deleitaban en los conflictos de los demás. Era obvio que la situación de Argentina y su propia posición allí le preocupaban; pero los comentarios de Guido estaban cerca del sarcasmo y le hicieron examinar detenidamente sus creencias políticas. San Martín evidentemente entendía las presiones que llevarían al poder a Juan Manuel de Rosas. En una extensa carta dirigida a Guido argumentó que la inseguridad causada por la revolución independentista y los muchos años de esfuerzos dedicados al establecimiento de gobiernos liberales habían hecho que la opinión pública buscara una solución imaginaria, no cambiando las instituciones, donde en su opinión estaba el auténtico problema, sino mediante la imposición de un gobierno fuerte, en otras palabras, una dictadura militar que eliminara a uno de los dos partidos y restaurara el orden: «al efecto se trata de buscar un salvador, que reuniendo el prestigio de la victoria, el concepto de las demás provincias y más que todo un brazo vigoroso, salve a la patria de los males que la amenazan: la opinión presenta este candidato, él es el general San Martín, para

esta aserción yo me fundo en el número de cartas que he recibido de personas de respeto de ésa y otras que me han hablado en ésta sobre este particular; yo apoyo mi opinión sobre las circunstancias del día». San Martín continuaba explicando las razones por las que rechazaba cualquier papel en este relato:

> Partiendo del principio que es absolutamente necesario el que desaparezca uno de los partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos y cual otro Sila cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, jamás, mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan, que ser yo el instrumento de tamaños horrores; por otra parte, después del carácter sanguinario con que se han pronunciado los partidos, no me sería permitido por el que quedase victorioso usar de una clemencia necesaria y me vería obligado a ser el agente del furor de pasiones exaltadas que no consultan otro principio que el de la venganza. Mi amigo, veamos claro, la situación de nuestro país es tal que el hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de apoyarse sobre una facción o renunciar al mando; esto último es lo que hago.
>
> Muchos años hace que usted me conoce con inmediación y le consta que nunca he suscripto a ningún partido y que mis operaciones y resultados de éstas han salido hijas de mi escasa razón y del consejo amistoso de mis amigos; no faltará quien diga que la patria tiene un derecho de exigir de sus hijos todo género de sacrificios, esto tiene sus límites; a ella se le debe sacrificar la vida e intereses, pero no el honor.

San Martín no estaba siendo otra cosa que coherente: el gobierno necesita emplear un brazo fuerte, pero no me pidan que sea yo el que lo haga. Preveía que Argentina tomaría el camino hacia esta solución, la elección de un dictador absoluto dotado de poderes extraordinarios. Después de una gran crisis, argumentaba, los dos primeros años eran cruciales: era entonces cuando el anhelo de paz y seguridad llevaba al pueblo a entregar el poder a su salvador, y era entonces que el vencedor eliminaba al otro bando y se vengaba. No había lugar para él en semejante conflicto: «Mi presencia en el país en estas circunstancias, lejos de ser útil no haría otra cosa que ser embarazosa; para los unos, objeto de continuas desconfianzas; para los otros, de esperanzas que deben ser frustradas; para mí de disgustos continuados». Pensamientos de este tipo eran los que le habían llevado también a dar por terminada su

carrera en Perú, lo que llamaba su «espantosa aversión a todo mando político», algo que comparaba «con las mismas repugnancias que una joven recibe las caricias de un lascivo y sucio anciano», y que revivía en su memoria el recuerdo de haber sido calificado de ladrón y ambicioso por las mismas personas a las que había liberado, incluidos sus compañeros de armas. [34]

Por supuesto, era consciente de que sus partidarios pensaban que era su deber para con su patria volver y asumir el liderazgo que tanto necesitaba, y las propuestas de esta clase le perseguirían hasta Europa. Para ellas tenía una respuesta contundente: con gusto accedería a sacrificar su vida y su tranquilidad si creyera que con ello se conseguiría algo, pero la causa fundamental de la inestabilidad en las Américas y su estado de revolución permanente «no pende tanto de los hombres como de las instituciones», y mientras que el problema de las instituciones no fuera resuelto no habría paz. [35] Es curioso que el análisis sanmartiniano del conflicto político en Argentina pasara por alto la interpretación social preferida por los historiadores modernos. San Martín concebía la división entre unitarios y federalistas como un conflicto de ideas entre liberales y conservadores, no como un cambio de fuerzas sociales en el que los revolucionarios de carrera fueron sustituidos por los terratenientes y los caudillos. El mismo no estaba involucrado personalmente en esos cambios; era un soldado profesional, no un político de carrera, y aunque poseía tierras en Mendoza no era un estanciero activo. Había estado fuera de la Revolución de Mayo: su destino se hallaba en la gran revolución americana en general. La independencia era su horizonte.

Por estas razones la agitación de 1829 le preocupaba al mismo tiempo que le resultaba indiferente. Lavalle realizó un acercamiento en busca de apoyo. Su régimen, amenazado por las hordas rurales y sus líderes, necesitaba si no un caudillo alternativo, al menos un general y protector poderoso que pudiera defenderlo de los enemigos del gobierno unitario. [36] San Martín, cortésmente, se negó. No tenía intención alguna de desempeñar el papel de un Rosas, el salvador dotado de poder absoluto para restaurar la paz y la seguridad. Un año más tarde, de vuelta en Bruselas, seguía compartiendo sus ideas políticas con Guido, a quien escribió que el gobierno tenía que ser inflexible con el individuo que busca

subvertir el orden existente:

> No crea V. que por eso soy de emplear medios violentos para mantener el orden, no mi amigo, estoy muy distante de dar tal consejo; lo que deseo es que el gobierno siguiendo una linea de justicia severa, haga respetar las leyes… Yo no conozco al señor Rosas pero según tengo entendido tiene un carácter firme y buenos deseos, esto basta pues la falta de experiencia en el mando la adquirirá (que no es mala escuela la de mandar ese pueblo), bajo la dirección de sus buenos ministros. **[37]**

Argentina no era lugar para San Martín, una dura lección tras un largo viaje. Independientemente de lo que pudiera decir acerca de Rosas, el gobierno despótico del caudillo rural era una negación total de las ideas que San Martín había abrazado hasta entonces. Y los liberales, marginados después de 1829, tampoco se acercaban a sus ideales políticos; dos meses en el Río de la Plata habían sido suficientes para convencerle de esa verdad. Mientras San Martín volvía a cruzar el Atlántico en un buque inglés con destino a Falmouth, su amigo Guido leía su mensaje de despedida, una inusual demostración de emoción escrita el 27 de abril de 1829, la víspera de su partida: «Sólo tomo la pluma para decirle adiós, pues el paquete se espera para hoy. Yo no sé si es la incertidumbre en que dejo al país y mis pocos amigos u otros motivos que no penetro, ello es que tengo un peso sobre mi corazón que no sólo me abruma sino que jamás he sentido con tanta violencia». **[38]**

En el trayecto de Falmouth a Londres, el coche de correos en que viajaba volcó y el vidrio de una ventana rota le provocó un corte profundo en el brazo izquierdo, pese a lo cual ocultó su identidad para evitar que el incidente tuviera publicidad. **[39]** La herida lo confinó en su casa de Bruselas durante tres meses en uno de los peores inviernos europeos que se recuerdan, con las atenciones de su hija como único consuelo. Sin embargo, la violencia creciente del movimiento independentista belga y el estallido de una epidemia de cólera hicieron de Bruselas un lugar peligroso para vivir y en septiembre de 1830 padre e hija abandonaron la ciudad. Después de detenerse en Aquisgrán para que San Martín tomara baños, viajaron a París, donde establecieron su residencia en la calle Provence y Mercedes ingresó en un colegio apropiado.

Aunque Francia había cambiado desde el gélido recibimiento que ofreció a San Martín en 1824, los primeros años en el país no fueron de absoluta alegría. A lo largo de 1832 tanto él como Mercedes enfermaron de cólera, tras lo cual el libertador padeció una afección gastrointestinal que lo mantuvo postrado durante varios meses. Después de un período de incertidumbres financieras, las remesas producto de sus propiedades en Buenos Aires y Perú se volvieron más regulares y la pensión del ejército argentino, más segura. Durante estos meses halló un amigo y cuidador joven en la persona de Mariano Balcarce, agregado de la embajada argentina en Londres, que visitó a la familia para ofrecer ayuda al padre y amor a la hija. Durante algún tiempo San Martín había considerado al joven, que era hijo de un amigo suyo, el general Antonio González Balcarce, como un marido apropiado para Merceditas, y aunque la unión no fuera un matrimonio concertado real, influyó para que se produjera. **[40]** La feliz pareja se casó en París el 13 de diciembre de 1832 (Mercedes tenía para entonces dieciséis años) y poco después de la ceremonia y posterior celebración en el restaurante Chez Grignon, partió hacia Buenos Aires, donde él fue ascendido en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En octubre de 1833, en la capital argentina, Merceditas daba a luz a una hija, María Mercedes, una alegría para San Martín en una época agitada.

San Martín y Rosas

San Martín no estaba en condiciones de acompañar a su familia a Buenos Aires y tampoco quería regresar a un país atormentado por las convulsiones políticas de los años
1833-1834,
cuando, en el intervalo entre el primero y el segundo gobiernos de Rosas, los políticos federales competían entre sí por hacerse con el control del partido y la dirección política. La inestabilidad resultante le dio a Rosas la oportunidad de regresar a la gobernación de Buenos Aires en 1835 con poderes ilimitados, que no tardó en emplear para imponer un régimen intransigente respaldado por su base de poder local y una utilización sistemática del terrorismo de Estado. Tomás Guido, el amigo de San Martín no era un admirador ciego del dictador, pero estaba preparado para

servir en su burocracia. Y el mismo San Martín, que a la edad de cincuenta y cinco años seguía sintiéndose agobiado por el caos endémico de su país, modificó su propio pensamiento político, en el que autoridad y libertad siempre habían estado en un difícil equilibrio, para adoptar una posición más firme a favor de la autoridad. Lo que el pueblo necesitaba, sostuvo, era libertades reales, no teóricas. En 1834, en una carta privada dirigida a Guido, argumentó que un gobierno derivaba su legitimidad no de cualquier colección de principios liberales, sino de su capacidad para cuidar del bienestar de sus ciudadanos; y, se preguntaba, ¿de qué le sirve la libertad a un hombre si la revolución destruye el trabajo de toda su vida y su propia familia es sacrificada en la guerra civil? «El hombre que establezca el orden en nuestra patria, sean cuales sean los medios que para ello emplee, es el solo que merecerá el Noble título de su libertador». **[41]**

San Martín disfrutaba ahora de unas mejores perspectivas materiales, gracias a que las rentas procedentes de Buenos Aires y Perú se habían vuelto estables. En 1834 tuvo la fortuna de poder trasladarse a una elegante casa campestre en Grand Bourg, a unos treinta kilómetros de París, en búsqueda de condiciones de vida más saludables; y al año siguiente compró una casa en la capital francesa. Por esta época renovó su amistad con Alejandro Aguado, un viejo y rico camarada español del Regimiento Murcia, que se convertiría en una fuente de crédito para el yerno de San Martín, aunque no para él mismo, que siempre pagó por sus gastos y, como su testamento dejó claro, nunca debió nada a nadie. **[42]** Con todo, su vida no estaba completamente exenta de problemas. Los motivos de irritación que le proporcionaban sus compatriotas nunca estaban muy lejos. Descubrió que el ministro argentino en Londres, Manuel Moreno, un funcionario rosista y un alborotador profesional, estaba difundiendo el rumor, malintencionado y mendaz, de que con el fin de ganar influencia en América había visitado en secreto a España en una misión diplomática para la que no estaba autorizado; y el hecho de que dejara de enviar su correo a través de la embajada londinense contribuyó a aumentar las sospechas. En respuesta a los rumores, envió una carta fulminante al intrigante Moreno, en la que censuraba su grosera conducta, que en su opinión era sencillamente una prueba de que «es usted un malvado consumado o ha perdido

enteramente el juicio». Y en lo que respecta a su decisión de evitar la valija diplomática, tenía pruebas de que se estaba abriendo su correspondencia. [43] San Martín confesó luego a Guido que realmente le habría encantado viajar a Londres para acabar con Moreno. [44]

La inquietud por su salud hizo que San Martín se preocupara por hacer regresar a Europa a su hija y su marido, que había perdido su trabajo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Y a su debido tiempo, en junio de 1836, la pareja y su nieta María Mercedes se reunieron con él en Francia. Para entonces, él había descartado cualquier posibilidad de regresar a Buenos Aires, incluso a pesar de que la dictadura de Rosas estaba restaurando las condiciones de orden y seguridad que él prefería y habría permitido a la familia establecerse en el país. La dictadura no le alarmaba; por el contrario, consideraba que un régimen absoluto, obra de un gobierno fuerte, capaz de enseñar a sus compatriotas a obedecer, era la única respuesta a las desgracias del país en 1835:

> Yo estoy convencido que cuando los hombres no quieren obedecer la ley, no hay otro arbitrio que el de la fuerza. Veintinueve años en busca de una libertad que no sólo no ha existido sino que en este largo período, la opresión, la inseguridad individual, destrucción de fortunas, desenfreno, venalidad, corrupción y guerra civil ha sido el fruto que la Patria ha recogido después de tantos sacrificios. Ya era tiempo de poner término a males de tal tamaño y para conseguir tan loable objeto yo miré como bueno y legal todo gobierno que establezca el orden de un modo sólido y estable y no dudo que su opinión y la de todos los hombres que aman a su país pensarán como yo. [45]

Estos pensamientos no eran una aprobación pasajera del régimen de Rosas. Un año más tarde, en 1836, reafirmaba su respaldo de éste: «Veo con placer la marcha que sigue la Patria. Desengañémonos, nuestros países no pueden a lo menos por muchos años regirse de otro modo que por gobiernos vigorosos, más claro: despóticos». [46] Fue en este año que Rosas empezó a consolidar su gobierno absoluto con la promesa de que su política sería usar sus poderes ilimitados para juzgar y ejecutar con rapidez a los enemigos del régimen. Los detalles de esa política pronto serían visibles. A ojos de muchos, la aprobación de Rosas no encajaba bien con la

imagen de San Martín, un defensor del imperio de la ley antes que del poder del Estado. ¿Qué le animaba a hacer estas declaraciones? ¿Era acaso consecuencia de la influencia de su amigo Guido, ahora convertido en funcionario del Estado rosista? Había una explicación más verosímil. Para apreciar la atrocidad de Rosas, una persona tenía que vivir bajo su régimen y conocer de primera mano los «insultos, embargos, confiscaciones y degüellos» y las prácticas terroristas de la Mazorca y otros activistas del federalismo de las que dio cuenta el diarista Juan Manuel Beruti. [47] San Martín cayó en la trampa de ver sólo las ventajas teóricas del absolutismo e ignorar la realidad cotidiana, el control social y los escuadrones de la muerte, la clase de error que siempre había criticado en el amor por la libertad de sus adversarios. No obstante, no era completamente ciego a la injusticia y nunca desconoció la opresión del régimen, de la cual fueron víctimas directas su familia y amigos. Balcarce tuvo que abandonar su carrera diplomática, algunos miembros de la familia Escalada se vieron despojados de sus cargos públicos y privados de su libertad y John
O'Brien,
su amigo irlandés, fue encerrado en prisión. Por tanto, al mismo tiempo que aceptaba el régimen, San Martín condenaba las prácticas represivas de Rosas contras sus opositores, la persecución de personas buenas y honradas y la violencia de su gobierno. Sus opiniones no eran muy diferentes de las del secretario de Exteriores británico, lord Palmerston, quien consideraba a Rosas como un mal necesario para convertir el caos en orden y garantizar la libertad y la seguridad de los ciudadanos extranjeros. [48]

San Martín todavía era un nacionalista argentino, sensible a cualquier desaire de la independencia americana, que siempre recelaba del interés de los países europeos en su tierra natal. Esto ayuda a explicar su respaldo a la política exterior del dictador y su resistencia a las presiones extranjeras, primero por parte de Francia, que en 1938 impuso un bloqueo de Buenos Aires y el Río de la Plata para mejorar la seguridad de los ciudadanos franceses, y luego de la intervención de la escuadra anglo-francesa de 1845, concebida para garantizar la libre navegación por el río Paraná. En agosto de 1838, escribiendo desde lo que entonces era territorio enemigo y preguntándose si en Argentina seguían considerándole «un hombre

necesario», ofreció a Rosas sus servicios en la guerra con Francia. El dictador agradeció de forma efusiva «la noble y generosa oferta», pero con destreza la rechazó minimizando el impacto del bloqueo, que en realidad estaba perjudicando las importaciones y exportaciones de Buenos Aires.[49] Como se ha señalado con acierto, Rosas quería que San Martín estuviera de su lado pero no a su lado.

No obstante, el respeto internacional del que gozaba el libertador era algo que Rosas no se podía permitir ignorar, e intentó reclutarlo para tareas diplomáticas en Europa y Perú.[50] San Martín no picó; sólo quería colaborar «como simple militar» y tenía graves reservas acerca de muchos aspectos del régimen de Rosas, como le confesó a su amigo Gregorio Gómez: «Es con verdadero sentimiento que veo el estado de nuestra desgraciada patria y lo peor de todo es que no veo una vislumbre de que mejore su suerte. Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país: por otra parte, el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una nación extranjera para humillar a su patria».[51] En ninguna otra cuestión se manifiesta con mayor claridad la tendencia de San Martín a vacilar, a tambalearse entre los imperativos de la libertad y la autoridad, que en su actitud hacia Rosas: lo aprobaba en general, le repugnaban los detalles, o algunos de los detalles. Si éste era el orden que Argentina necesitaba, el precio que se pagó por él fue alto, pero con sus ojos cerrados a las verdades incómodas, San Martín no estaba preparado para decir que había sido demasiado alto.

Continuó apoyando la política exterior del dictador y su defensa de los intereses nacionales, y reaccionó con ira al singular ejemplo de diplomacia armada de 1845, cuando fuerzas navales anglo-francesas impusieron un bloqueo sobre Buenos Aires y una expedición conjunta escoltó una flota mercante por el río Paraná para inaugurar el comercio directo con el interior. San Martín se encontraba en Italia meridional cuando conoció la noticia. Escribió entonces a Rosas para darle su apoyo moral, y no dudó en exponer

con claridad sus puntos de vista a un público más amplio en Europa. [52] Preveía que la intervención estaba condenada al fracaso y que sería derrotada debido a la fortaleza y determinación del dictador, su control del territorio y su capacidad para reunir a la población en contra de los extranjeros. El bloqueo sólo tendría un impacto limitado, pues la mayor parte del pueblo vivía de los propios recursos del país y no tenía necesidad de las importaciones europeas. [53] Estas opiniones, que coincidían con las de muchos opositores de la acción en Gran Bretaña, hallaron expresión en una carta abierta publicada en *Morning Chronicle* de Londres el 12 de febrero de 1846 y contribuyeron a la campaña antibélica emprendida por intereses comerciales y políticos en el Parlamento y el país en general. En el curso de 1846 el gobierno británico empezó a dar marcha atrás y tomar medidas para mejorar las relaciones con Argentina. [54]

En 1848, cuando se levantó el bloqueo, San Martín escribió con entusiasmo a Rosas para felicitarle por su triunfo: el dictador había salvado «el honor del país y presentando a todos los nuevos Estados americanos un modelo a seguir». [55] «No he hecho más que imitarlo», le respondió Rosas, una comparación presuntuosa que San Martín, cada vez más viejo, parece haber pasado por alto: todavía le quedaban cumplidos por hacer. En 1850, le escribió a Rosas como «un viejo amigo» para elogiar «la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria en medio de circunstancias tan difíciles, en que pocos estados se habrán hallado». [56] Y en su testamento legó su espada de campaña al dictador, el cual, afirmó, había defendido «el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla» [57]

Más importante que la discutible amistad de Rosas fue la rehabilitación del nombre de San Martín en Chile. El rencor de los años de Cochrane y las ambigüedades de la independencia eran cosa del pasado. En Chile tenía muchos amigos auténticos y en sus casas en Europa siempre hubo visitantes chilenos, ansiosos por conocer al hombre que con retraso se había convertido en su héroe nacional. En el país andino se reavivó en esos años el recuerdo de sus grandes victorias en la guerra de independencia, gracias en buena medida a la elocuencia de Domingo Faustino Sarmiento, el

estadista e intelectual liberal a quien el régimen de Rosas había obligado a exiliarse al otro lado de los Andes; y Chile se ofreció a acogerlo con cariño en caso de que alguna vez deseara retirarse allí. En 1842 el Congreso chileno le otorgó el grado y sueldo de un general, un reconocimiento que lo conmovió mucho. La muerte de su gran amigo
O'Higgins
ese mismo año le afectó profundamente.

DESPEDIDA

San Martín se acercaba a la vejez rodeado por su familia, que se había visto aumentada por la llegada de otra nieta, Josefa; en 1837 Mariano tuvo que regresar a Buenos Aires en búsqueda de una nueva carrera, y en este período el abuelo estrechó sus lazos con las niñas. Se había reconciliado con la vida en el exilio. Tenía sus libros y aficiones, dedicándose a limpiar sus armas y a la ebanistería. Tenía asimismo visitas, que acaso ponían a prueba sus nervios al tiempo que le confortaban. Las nuevas generaciones le respetaban. Cuando le visitó en su casa en 1843, el joven Juan Bautista Alberdi estaba impaciente por verle:

> Entró por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente le hallé del tipo que yo me había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo. Yo le esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un *indio*, como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno de los temperamentos biliosos. Yo había oído que su salud padecía mucho, pero quedé sorprendido al verle más joven y más ágil, que todos cuantos generales he conocido de la guerra de nuestra independencia. No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos. **[58]**

Sarmiento le visitó pocos años después, en mayo de 1846, y recogió sus impresiones en una prosa algo exagerada, escrita para impresionar, más propia del joven periodista de viaje por Europa que del estadista en que se convertiría años después. Las ideas políticas de ambos tenían poco en común, pero Sarmiento busca

hacer justicia al héroe, escondido en un olvido silencioso, y las preocupaciones de San Martín salen a flote y resultan reconocibles aun cuando se las presenta como divagaciones. Sarmiento imagina sus grandes días, el joven general, la gloria y el actual silencio:

> ¡Ilusión! Un momento después, toda aquella fantasmagoría había desaparecido. San Martín era un hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habíamos vuelto a la época presente y nombrado a Rosas y su sistema. Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios y allá, en la lejana tierra veía fantasmas de extranjeros, y todas sus ideas se confundían; los españoles y las potencias europeas, la patria, aquella patria antigua, y Rosas, la independencia y la restauración de la colonia; y así, fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia parecía enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada. **[59]**

En Francia, se consideraba a San Martín un residente distinguido, y el rey Luis Felipe se aseguró de conocerle en el palacio de las Tullerías, donde el libertador se entrevistó con él y otros miembros de la familia real. Vivía contento en su refugio en el campo, que dejaba ocasionalmente para visitar los lugares de interés de París, pero la revolución de 1848 y la preocupación por su familia le llevaron a dejar los alrededores de la capital para trasladarse a Boulogne-sur-Mer y buscar una posible salida a Inglaterra. La revolución extrajo de él, en una carta a Rosas, una inusual interpretación social antes que política de la historia contemporánea: «La verdadera contienda que divide su población es puramente social: en una palabra, la del que nada tiene, tratar de despojar al que posee». Eso era algo fatídico: «calcule lo que arroja de sí un tal principio, infiltrado en la gran masa del bajo pueblo por las predicaciones diarias de los clubs y la lectura de miles de panfletos; si a estas ideas se agrega la miseria espantosa de millones de proletarios, agravaba en el día por la paralización de la industria, el retiro de los capitales en vista por un porvenir incierto… ése es el estado de la Francia». **[60]** ¿Era esto un informe sobre Francia o una advertencia para Rosas?

San Martín pasó los últimos dos años de su vida en Boulogne, donde alquiló tres plantas de una importante casa en el número 105

de la Grand Rué, rodeado de retratos y pinturas de su vida en América; conserva aún el retrato de Bolívar así como el estandarte de Francisco Pizarro, que le había regalado la agradecida ciudad de Lima tras su liberación. Los últimos años de su vida se vieron ensombrecidos por pensamientos fúnebres y sus días se hicieron melancólicos, su mente todavía en condiciones de recordar y discutir el pasado y el presente, como anotó su amigo argentino Félix Frías, pero su cuerpo delicado, azotado por el dolor y dependiente del opio. En julio de 1850 una visita a Enghien-les-Bains le proporcionó algún descanso y en ocasiones salía a los alrededores de Boulogne para aliviar el tedio, pero era frecuente que pasara sus días en silencio. La religión no parece haber desempeñado un papel significativo en su vida en estos años, cuando la observancia religiosa exigida por la tradición militar había dejado de ser un deber. Aunque en el exilio se preocupó por dar a su hija una educación católica y si bien nunca abandonó por completo la práctica de la fe, una vez que dejó la vida pública su religiosidad no era obvia. Hizo su testamento «en el Nombre de Dios Todopoderoso a quien reconozco como Hacedor del Universo», pero el texto no incluye ninguna referencia a la Iglesia católica, como hubiera sido normal en un creyente fervoroso. Prohibió que se le hiciera cualquier clase de funeral.

En materia de amistad, siempre había sido selectivo. Al pasar revista a sus contemporáneos argentinos (Rivadavia era grosero; Alvear, insidioso; Monteagudo, errático) encontraba a pocos que le impresionaran. En su círculo profesional fue amigo del comodoro Bowles, no de Cochrane, de
O'Higgins,
no de Bolívar, de Guido, no de Rivadavia. Apreciaba los mensajes de apoyo que recibía de Argentina, Chile y, finalmente, también de Perú, en forma de un comunicado de la Sociedad Patriótica, que en 1848 había resuelto inscribirlo como «miembro nato fundador». **[61]** Su respuesta fue una especie de clausura: «La mayor recompensa que todo hombre público puede desear es la aprobación de su conducta por sus contemporáneos; así es que, a pesar de una vejez y de una salud sumamente quebrantadas y sobre todo próximo a perder la vista por las cataratas, mi existencia en medio de estos males recibe consuelos que los hacen más soportables, recordando

que los actuales gobiernos de Perú, Chile y Confederación Argentina me dan con frecuencia pruebas inequívocas del aprecio que les merezco y por este medio veo recompensado con usura los cortos pero bien intencionados servicios que la suerte me proporcionó rendir a estas repúblicas en la guerra de nuestra independencia». **[62]**

San Martín, el soldado que había cruzado las pampas, escalado los Andes, peleado en las montañas, navegado el Pacífico y gobernado desde un palacio en Lima, llegó al final de su viaje en una casa de Boulogne-sur-Mer. Su vida terminó en una secuencia de dolor y opio. **[63]** Sus años en Europa y América se habían visto plagados por una serie de afecciones médicas, principalmente asma, úlcera duodenal y gota, pero también por una sucesión de padecimientos temporales, anginas, disentería, cólera, erisipelas, cataratas y heridas de guerra. **[64]** Haber sobrevivido a todo ello en los llanos y las montañas de América, en campamentos en la costa y en el curso de sus campañas, fue un triunfo de la fortaleza y perseverancia de su ánimo. Al final, sin embargo, la fuerza de voluntad no fue suficiente. Al parecer sus dolores estomacales se debían al avance del cáncer, y la agonía definitiva llegó el sábado 17 de agosto de 1850; la leve mejoría que había experimentado en los días previos había sido engañosa y se llamó a su doctor. Después de pasar la mañana sentado tranquilamente en un sofá, San Martín empezó a sentir frío y pidió que lo llevaran a la cama de su hija. En sus brazos murmuró: «Mercedes, ésta es la fatiga de la muerte». Al comienzo de la tarde, sintió dolores agudos en el estómago, que luego desaparecieron, y sufrió una breve convulsión. Murió a las dos en punto, acompañado por Mercedes, el esposo de ésta y sus nietas, y en presencia de su médico y el encargado de negocios chileno, Francisco Javier Rosales. Tenía setenta y dos años. Félix Frías, que por casualidad pasó por la casa al día siguiente, escribió:

> En la mañana del 18, tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los despojos mortales de ese hombre cuya vida pertenece a las brillantes páginas de la historia americana. Su rostro conservaba los rasgos marcados de su carácter severo y respetable. Tenía un crucifijo sobre el pecho y había otro sobre una mesa al lado, entre dos cirios encendidos. Dos hermanas de caridad rogaban por el alma del difunto. **[65]**

A pesar de lo que había dispuesto, Mercedes organizó un funeral modesto. El pequeño cortejo se detuvo en la iglesia de San Nicolás, donde se rezó por el difunto, y luego siguió hasta la catedral de Nuestra Señora, donde fue sepultado en la cripta. Algunos años después, en 1880, sus restos fueron trasladados a Buenos Aires, en cuya catedral descansan, en un mausoleo con una guardia de los Granaderos a Caballo.

¿Ídolo caído o héroe para la eternidad?

Perú era el recuerdo que mortificaba a San Martín: Perú, el destino de sus años andinos, el cementerio de su ambición. Ese desenlace había supuesto una profunda decepción, y aunque en su momento supo mantener sus emociones bajo control, lo ocurrido empezó a atormentar sus pensamientos después. **[66]** Sin embargo, a pesar de no poderse sentir realizado, estaba lejos de ser un libertador fracasado. Nunca desconoció sus cuatro certezas. La campaña requería el apoyo militar de Bolívar y él lo solicitó; Bolívar no le proporcionó las fuerzas que necesitaba; él se ofreció a servir a órdenes de Bolívar «con todas las fuerzas de que yo disponía»; cuando ese ofrecimiento fue ignorado, le resultó obvio que en Perú no había espacio para dos libertadores y, en consecuencia, decidió marcharse. Se había autoimpuesto un «silencio absoluto», pero siempre fue consciente de que su partida de Lima era una mancha en su reputación, una mancha muy difícil de soportar para un soldado que estaba convencido de que la guerra de independencia habría podido ganarse en 1823 con las fuerzas unidas de Perú y Colombia. **[67]** Guayaquil siguió siendo un fantasma hasta el final; la palabra misma convertida en una metáfora de su desilusión. Había esperado algo mejor de Bolívar, pero nunca pudo tolerar las calumnias más extremas que se lanzaban contra el libertador del norte: «una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios y una vanidad pueril; pero nunca me ha merecido la de impostor, defecto no propio de un hombre constituido en su rango y elevación». **[68]**

Las críticas de la época, de las que se hacen eco los historiadores modernos, se centraron en el presunto fallo de liderazgo de San Martín en la dirección de la guerra en Perú; su persecución de los

españoles, a los que se expulsó y privó de sus propiedades mediante la fuerza; y el haber desertado de la revolución en el momento en que ésta más lo necesitaba, cuando el último bastión del poder español todavía no había sido derrotado. Para cada una de estas acusaciones había una respuesta. San Martín demostró un gran liderazgo al llevar la campaña por la independencia hasta Perú, pero las fuerzas con las que contaba resultaban insuficientes para cumplir con semejante propósito. Éste fue el origen de sus problemas y la clave para entender su estrategia. La revolución por persuasión fue un último recurso, no su primera opción, para destruir el poder español. Conociendo la debilidad de su ejército, buscó revolucionar el país, no conquistarlo, y por último intentó aumentar sus fuerzas reclutando a las de Bolívar, una batalla perdida.

La severidad con que se trató a los españoles se consideraba necesaria por razones de seguridad, en un momento en el que el ejército realista todavía estaba en pie. En Suramérica, los movimientos de liberación conocieron demasiados ejemplos de la contrarrevolución española, que por lo general iba acompañada de un reinado del terror, para ser indulgentes con una quinta columna potencial. Y su retirada final fue producto de una decisión realista: había perdido toda influencia en Perú y estaba convencido de que su presencia era el único obstáculo que impedía a Bolívar dirigir su ejército hacia el sur. La inflexibilidad nunca fue una característica de San Martín, que entendió que había llegado la hora de abandonar el escenario. Aceptar que estaba en un callejón sin salida, que su ejército era insuficiente, que su base de poder se estaba desvaneciendo, que su posición personal perdía fuerza y que los españoles seguían sin ser derrotados, no fue un acto de cobardía. Se necesitaba más valor para renunciar que para empeñarse en quedarse. Bolívar mismo, indudablemente tal vez, nunca criticó a San Martín por haber renunciado de forma prematura. De hecho, más de una vez apeló al ejemplo de su colega libertador, «tan bello modelo», al amenazar con renunciar a su mando. **[69]**

San Martín demostró poseer las cualidades clásicas de un líder: su claridad mental y resolución fueron reconocidas con rapidez. Sus objetivos americanos y la determinación de alcanzarlos le identificaron como un líder supremo por encima de la competencia

de sus rivales y sus compañeros de armas. En capacidad de planeación y ejercicio de la voluntad de mando no tenía igual en la revolución meridional. Con todo, los acontecimientos sometieron sus virtudes a duras pruebas de las que no siempre emergieron intactas. La calma en momentos de crisis, una cualidad de liderazgo en San Martín, podía transformarse en pasividad. Tenía la costumbre de distanciarse de situaciones difíciles de manejar: la política en Buenos Aires, los reveses en el sur de Chile, las medidas de Monteagudo en Perú, los jefes rebeldes en su ejército, los desafíos a su autoridad.

El juicio político no era algo instintivo para San Martín. La política le resultaba un mundo ininteligible, y necesitaba consejeros, bien escogidos en el caso de Guido, pero no tanto en el de Monteagudo. La imperturbabilidad, una virtud ante el sufrimiento de la guerra y el derramamiento de sangre en los campos de batalla, se convertía en un fallo en el calor de las crisis políticas; entonces su mundo militar de mando, órdenes, obediencia y acción se metamorfoseaba en vacilación a la hora de decidir y tolerancia de sus subalternos. Si San Martín tenía un punto débil como jefe militar era su lealtad. Reconocía que por el bien de la disciplina debería haber fusilado a algunos jefes desleales y rebeldes en Perú, y que le había faltado el valor para hacerlo; otro modo de decir que su ejército le había fallado. En sus palabras de despedida al pueblo de Lima recordó su promesa de dejar a los peruanos elegir a sus propios gobiernos y sugirió que la presencia de un soldado afortunado era peligrosa para los nuevos Estados, un sabio consejo para el futuro de Latinoamérica, pero acaso demasiado tímido durante una guerra que no había terminado y, ciertamente, no una fanfarria para Bolívar. San Martín fue generoso en la derrota. Entendió y aceptó que la liberación de Perú sólo se conseguiría con ayuda externa y que Bolívar era el único que podía proporcionarla. Nunca pudo explicar de forma satisfactoria, a sí mismo o a otros, las razones para la evasiva de Bolívar en 1822. En 1826, cuando la liberación de Perú era completa, reconoció que Bolívar siempre le había mostrado una sincera amistad en la que no había lugar para la envidia, pues «los sucesos que yo he obtenido en la guerra de la Independencia son bien subalternos en comparación a los que dicho general ha prestado a la causa de América en general». **[70]**

La humildad de San Martín en estas declaraciones no era compartida por todos sus contemporáneos, y donde el habla de «subalternos» el veredicto de la historia preferiría leer «diferentes». Había protegido las provincias occidentales del Río de la Plata, organizado un movimiento de resistencia trasandino y reconquistado con éxito Chile para la revolución. Estas victorias notables le habían permitido invadir y penetrar el virreinato de Perú, uno de las fortalezas históricas del Imperio español en las Américas. En este punto de la narración, los historiadores empiezan a comparar el supuesto fallo de San Martín en Perú y el posterior triunfo de Bolívar allí. Semejante comparación, sin embargo, no es válida. El general
O'Leary,
edecán, admirador y cronista de Bolívar, comparó la oportunidad que tuvo San Martín con las dificultades que enfrentó Bolívar y en un pasaje elocuente escribió:

> Muy diferente era la situación del Perú cuando se expidió este decreto [en el que se nombraba dictador a Bolívar], de la época en que desembarcó San Martín, cuatro años antes. Mucho habían cambiado las cosas. En aquel tiempo era general en todo el Perú la decisión por la independencia, y el entusiasmo de sus habitantes al ver a sus libertadores fue tan grande como eran abundantes los recursos de este rico país. San Martín no tenía más que venir, ver y vencer; vino, vio y pudo haber vencido; pero la empresa era quizá superior a sus fuerzas o al menos así lo creyó; vaciló y al fin la abandonó. Cuando el congreso acometió a Bolívar la salvación de la República, le entrego un cadáver. **[71]**

O'Leary exagera el apoyo y los recursos que los peruanos ofrecieron a San Martín, y tergiversa lo ocurrido al presentarlo como un error del general a la hora de aprovechar sus oportunidades. Su valoración de los dos libertadores favorece claramente a Bolívar: «Difícil sería hallar dos caracteres más opuestos que el de Bolívar y San Martín. Franco, ingenuo, ardiente en sus amistades y generoso con sus enemigos era Bolívar; San Martín frío, disimulado e incapaz de perdonar las injurias o de hacer un beneficio que no redundase en su provecho… Ambos fueron bienhechores de su patria y ambos sufrieron la ingratitud y persecución de los pueblos que su genio y su valor habían redimido». **[72]**

Buscar una solución constitucional a los problemas de Perú era prematuro. Y San Martín probablemente cometió una equivocación al intentar ganarse las mentes y los corazones de los peruanos antes de haber acabado por completo con el poder de los españoles. Sin embargo, ese error tiene su origen no en un razonamiento defectuoso sino en la ausencia de los recursos necesarios; San Martín invadió Perú con un ejército inferior al español tanto en número como en adiestramiento, que no estaba en condiciones de llevar a término la conquista del país. Pasó entonces a depender del respaldo de las élites locales y el pueblo, y sobreestimó el compromiso de los peruanos con su propia independencia en una época en la que podían ver en la sierra realista una alternativa con la que estaban familiarizados. El modelo bolivariano de liberación era más realista: sólo el poder era capaz de convencer, había que conquistar Perú para estar en condiciones de liberarlo; la dictadura era un preludio básico de la democracia. No obstante, esa era una lección que no resultaba inmediatamente evidente. Para demostrarla fue necesaria la expedición de San Martín, que fue la que probó el terreno.

San Martín había dado los primeros pasos para derrocar a los españoles en Perú; había desestabilizado el virreinato y allanado el camino para la liberación. Cuando Bolívar llegó, San Martín ya había establecido una base en el país. El general Miller, que trabajó con ambos libertadores, lo dijo de forma sucinta: «San Martín fue el primero que alzó el estandarte de la libertad en Perú, y luego echó los cimientos de ese gran plan que culminaría con gloria en Ayacucho». [73] La tarea de Bolívar habría sido desmesuradamente más difícil sí hubiera tenido que lidiar con un Perú español todavía intacto tras sus defensas militares y políticas. De los dos libertadores, San Martín fue el pionero encargado de mostrar el camino; y su estrategia y táctica fueron la demostración necesaria de lo que había que hacer. Los dos hombres representan dos fases de la misma guerra. Por todo esto, es incorrecto colocar a uno por encima del otro en el panteón de los libertadores.

Otra comparación que también se realiza con frecuencia opone el monarquismo de San Martín al republicanismo de Bolívar. Esto es algo que también se presta para exageraciones. Aunque el pensamiento político de los dos libertadores se expresó en términos

diferentes, sus ideas básicas poseían una similitud sorprendente. Ambos empezaron con ideales republicanos similares. Y ambos fueron testigos de cómo las circunstancias fueron erosionándolos. En sus últimos años, Bolívar vivió atormentado por la anarquía de los nuevos estados y obsesionado por la necesidad de un gobierno fuerte. Su constitución para Bolivia preveía un presidente vitalicio con derecho a elegir a su sucesor, una figura que consideraba esencial como antídoto contra el caos. La ruta de San Martín no era distinta. Su pensamiento político siempre equilibró con elegancia la necesidad de poder absoluto y su preferencia por los gobiernos liberales. En su mente, autoridad y libertad eran inseparables y cada una era una respuesta a los excesos de la otra.

La ambivalencia política de San Martín tenía sus orígenes en lo aborrecibles que le resultaban los levantamientos sociales y la revolución popular. No era el único que abrigaba malos presentimientos al respecto. Bolívar también temía los conflictos sociales y la guerra racial; su gobernante ideal era un autócrata, un presidente con poder absoluto. Ambos tenían reservas en relación a la democracia. La riqueza y las distinciones sociales le resultaban detestables a San Martín, que insistía en que por inclinación y principios se identificaba con la forma republicana de gobierno, pero esto no le impedía ver la realidad de que en América un gobierno semejante era imposible, pues suponía una invitación a la anarquía total, y la historia enseñaba que la anarquía conduce inevitablemente a la tiranía y el despotismo. Su análisis era extremo, pero era el producto de situaciones reales en Hispanoamérica. ¿Por qué entonces se abstuvo de optar por una dictadura personal? Una cuestión discutible. El dilema de Bolívar, quien también profetizaba un futuro de tiranía como consecuencia de la anarquía, era similar, pero, a diferencia de San Martín, él al menos optó por imponer dictaduras puntuales cuando quiera que lo consideró necesario. Desde el exilio, San Martín siguió la accidenta carrera de su rival venezolano y consideró que marchaba con rapidez hacia el precipicio, toda una predicción. [74]

Tanto San Martín como Bolívar pueden describirse como herederos del absolutismo ilustrado, ambos creían que la mejor forma de servir a la independencia era a través de gobiernos fuertes que impusieran el cambio social contra los intereses de los

terratenientes y los letrados. La experiencia de San Martín confirmaba una de las mayores verdades manifiestas de la liberación, su incapacidad para liberar a los indios, los negros y los esclavos: los indios siguieron siendo vulnerables; los negros siguieron siendo pobres; y los esclavos siguieron siendo esclavos. Como reformador, San Martín probablemente procedió con incluso más cautela que Bolívar y cedió mucho más ante los privilegios. A ambos libertadores les horrorizaban la inestabilidad política y los conflictos partidistas de sus propios países, y veían con consternación la historia social de los nuevos Estados, en los que las exigencias contrapuestas de sectores rivales se volvieron imposibles de satisfacer e hicieron que gobernar con estabilidad fuera imposible. Ambos fueron víctimas de los acontecimientos y las condiciones heredadas del pasado, sus ideales limitados por lo que San Martín llamaba «el imperio de las circunstancias». Ambos dejaron sus patrias para optar por el exilio. En sus últimos años, el horror a la anarquía desvió a San Martín del camino de la liberación. Su respaldo de la dictadura de Rosas, que usó el terrorismo de Estado y la crueldad calculada en una escala desconocida en Argentina hasta entonces, fue un error de juicio político que sólo puede explicar su distancia de los acontecimientos.

Los mismos objetivos de San Martín en sus años heroicos favorecieron su aislamiento, le impidieron tener un hogar político o una base de poder y alimentaron en él un sentido de separación. El *Plan continental* y la gran estrategia americana le marcaron de por vida. Ni Buenos Aires ni Santiago ni Lima eran su destino definitivo. El regreso a Europa parecía la única ruta que le quedaba. Europa le había ofrecido poco durante las guerras de liberación y Gran Bretaña no había respondido directamente a sus propuestas políticas. No obstante, reconocía la importancia decisiva que tuvo la armada británica para la seguridad de las Américas y, de hecho, para garantizar el marco internacional de la independencia. Gran Bretaña siempre fue su opción a prueba de fallos para la seguridad de su familia, incluso a pesar de no ser su primera alternativa para el exilio. No planeaba un exilio prolongado, pero nunca halló una razón irresistible para ponerle fin. En 1838, cuando se ofreció a regresar a Argentina para servir en el conflicto contra Francia y luego retirarse allí «si mi país me ofrece seguridad y orden», Rosas

dejó muy claro que debía quedarse en Europa: en una obra maestra de la falta de sinceridad, el dictador le exhortó a no molestarse ni someterse a las penalidades del viaje por lo que no era más que un incidente de menor importancia. [75]

La vida de San Martín fue la de un inmigrante en un país extranjero que regresa a su patria después de una larga ausencia para hallar que su casa está cerrada a cal y canto, mientras que los vecinos lo miran con sospecha y las autoridades se muestran desconfiadas. La única alternativa es partir de nuevo. Los historiadores argentinos se refieren al exilio de San Martín como su «ostracismo», pero éste fue una situación que él quiso y aceptó. Como escribió Mitre, no sin perspicacia: «El gran hombre de guerra, admirado en el Plata y aceptado como un necesidad en Chile, nunca fue amado ni verdaderamente popular en uno y otro país… Era americano ante todo sin dejar de ser argentino… alma solitaria que no tenía afecciones íntimas y estaba condenado a no tener ni hogar». Era, consideró, «el hombre Americano, el hombre necesario». [76] En su moderna biografía de San Martín, Patricia Pasquali sostiene que su fuerte sentido de la misión le colocó en «la soledad de la gloria». A pesar de las exhibiciones de orgullo nacional sigue existiendo una fuerte sospecha de que San Martín no amaba realmente a Argentina, o Argentina a él, de que siempre fue «un hombre sospechoso en su país». [77]

¿Pueden los líderes individuales influir o cambiar el curso de la historia? Los acontecimientos históricos, las estructuras y su movimiento, la continuidad y el cambio, dependen de la mente y la voluntad humanas. Los líderes concentran las acciones de los hombres, y en la revolución suramericana San Martín estuvo al frente con sus ideas y acciones, condujo la revolución más allá de sus fronteras e intereses nacionales y le otorgó una identidad americana. Esa era su misión y ésa fue su gloria. San Martín estaba justificadamente orgulloso de su jefatura y con razón se sentía ultrajado por cualquier insinuación que pusiera en duda su buena fe o buscara minar su autoestima. Como cualquier líder mundial no podía desinteresarse por su propio destino. Pero no respondía ante ningún grupo de interés o de presión particular; a lo largo de toda su carrera en América, su impulso derivaba de sus objetivos e ideales políticos. Su única base de poder era el ejército que el

mismo había creado gracias a su determinación y genio organizativo. San Martín siempre sostuvo que los objetivos militares eran más fáciles de alcanzar que los políticos. Y pronunció un sombrío veredicto sobre las sociedades poscoloniales, tan válido en la actualidad como lo era en el siglo XIX, a saber, que la destrucción de la tiranía no necesariamente conduce a una utopía democrática sino, con frecuencia, a la anarquía y el regreso a los tiranos. Por tanto, observaba que la gran crisis de América se produciría no en defensa de la independencia, una causa relativamente sencilla, sostenida por el orgullo nacional, sino en la posterior defensa de la libertad y los derechos civiles en sociedades atrasadas, desprovistas de leyes vinculantes y de ciudadanos de educación e integridad suficientes para conducirlas al buen gobierno. **[78]**

Las opiniones de San Martín no se encuentran expuestas en discursos o tratados sino en las cartas a sus amigos y compañeros, escritas en un estilo sencillo y enérgico, en las que su autoridad resulta inconfundible, pero nunca forzada. Sus numerosos decretos y proclamas dicen poco más allá de su objeto inmediato. Incluso su proyecto trasandino, la firma de su proyecto americano, fue presentado como una serie de tareas prácticas: cruzar los Andes, reconquistar Chile, invadir Perú. Su invitación a «pensar en grande» tenía un significado estratégico, no conceptual. Por tanto usó los recursos de Argentina para ayudar a Chile y los recursos de Chile y Argentina para invadir Perú, y más allá de este país hablaba de «la causa de América». En este sentido su estrategia tenía una inspiración más americanista que nacionalista; la colaboración americana, pensaba, era la forma más segura de ampliar y completar la revolución por la independencia. Éstas eran estrategias para la guerra y la revolución, no conceptos para la dirección futura del continente. Su americanismo estaba desprovisto de adornos y carecía de un marco teórico o análisis comparativos. San Martín no teorizaba sobre tradiciones políticas compartidas o influencias culturales comunes. Veía a Argentina, Chile y Perú como Estados distintos con sus propios intereses nacionales, y la experiencia le enseñó que había un límite a su colaboración una vez que la cooperación contra España había conseguido su objetivo. El proyecto americano de San Martín no preveía una unión latinoamericana, el surgimiento de agrupaciones regionales o un

futuro común para los distintos países; éstas no fueron cuestiones a las que dedicara su atención. La vena de escepticismo que recorre su pensamiento político contuvo cualquier tentación de planear la posguerra que hubiera podido tener. Defender la libertad y preservar el orden eran pruebas suficientes para los nuevos Estados americanos.

Una reserva natural, perceptible en sus retratos, le impidió teorizar acerca de sus experiencias en el mundo de la revolución. Era consciente de los problemas de liderazgo, como revelan sus cartas a Tomás Guido. Pero no filosofó sobre su propio papel ni analizó el concepto de gloria, y en este sentido pertenece al «gran imperio del silencio» del que habla Carlyle, para quien los verdaderos héroes de la historia humana son personas fuertes y silenciosas que no necesitan adoptar un estilo declamatorio, exhibir su ambición o reclamar grandeza.[79] Ese era el estilo de San Martín, un hombre silencioso. No obstante, el estilo no es la esencia. La vida de San Martín estuvo marcada ante todo por acciones decisivas en momentos críticos de la independencia hispanoamericana y, a menudo, contra la corriente de los acontecimientos: la decisión de dejar España para viajar a América en 1812; la insistencia en el *Plan continental* en 1816; y la determinación de abandonar el escenario en 1822. En cada caso, una situación difícil demandaba un análisis claro y una acción firme en medio de voces discordantes y con frecuencia hostiles. En cada caso los testimonios evidencian que, objetivamente, hizo avanzar la revolución y consiguió ganancias positivas para Suramérica, con lo que allanó el camino para la independencia total en los años por venir. Y en cada caso actuó movido por su sentido del deber y capacidad de liderazgo innatos. El Ejército de los Andes representaba una causa continental por encima de las fronteras locales y los intereses nacionales. Era una llamada difícil y al responderla San Martín demostró ser un hombre para América y un hombre para su tiempo.

ABREVIATURAS

CDIP	*Colección documental de la independencia de Perú*
DASM	*Documentos del Archivo de San Martín*
DGIRA	*Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina*
DHL	*Documentos para la historia del Libertador general San Martín*
HAHR	*Hispanic American Historical Review*
JLAS	*Journal of Latin American Studies*
PCIS	*Primer Congreso Internacional Sanmartiniano*
PRO	Public Record Office, National Archives, Londres
SMC	*San Martín Su correspondencia, 1823-1850*

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

San Martín no escribió sus memorias ni dejó ningún escrito autobiográfico significativo. En 1829, durante su breve regreso al Río de la Plata, se tomó la molestia de retiñir sus papeles, que llevó consigo de vuelta a Europa y dejó en orden para que fueran preservados en Argentina. Bartolomé Mitre los aprovechó en buena parte de su Historia de San Martín. El Archivo de San Martín se conservó en el Museo Mitre, y se publicó en Documentos del Archivo de San Martín, 12 vols. (Buenos Aires,
1910-1911).
Una colección adicional, que incluye documentos de otros archivos y testimonios que han salido a la luz más tarde, es Documentos para la historia del Libertador General San Martín, 18 vols. (Buenos Aires,
1953-2001),
cuya publicación sigue en curso. Su correspondencia con amigos, colegas y demás puede consultarse en el volumen editado por el Museo Histórico Nacional. *San Martín: Su correspondencia,*
1825-1850
(3.ª ed., Madrid, 1911). La obra publicada por el Archivo General de la Nación, Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina, 3 vols. (Buenos Aires,
1914-1926),
contiene documentación básica, procedente de los archivos nacionales argentinos, sobre los orígenes de las guerras de independencia, su desarrollo y sus participantes; el segundo volumen incluye el proyecto continental de San Martín en orden cronológico. La dimensión chilena de la historia y la correspondencia de San Martín con
O'Higgins
se encuentra en la Academia Chilena de la Historia. *Archivo de don Bernardo*

O'Higgins
, 35 vols. (Santiago,
1942-1968)
en particular en los volúmenes 5, 6, 7 y 8. La documentación peruana de San Martín se encuentra reunida en varios volúmenes publicados por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, *Colección Documental de la Independencia del Perú*, 17 vols. (Lima, 1971-), y en especial en el volumen 13, Obra gubernativa y epistolario de San Martín. Patricia Pasquali ha editado la correspondencia personal de San Martín con su amigo Tomás Guido en *San Martín confidencial: Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido*
(1816-1849)
(Buenos Aires, 2000). En la Public Record Office de los Archivos Nacionales británicos en Londres se consultó el material relevante de los siguientes expedientes: FO 72/157, 202, 215 (España), FO 6/18 (Argentina), FO 62/1, 2 (Perú).

DOCUMENTOS PUBLICADOS Y OBRAS CONTEMPORÁNEAS

Academia Chilena de la Historia, *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, 35 vols. Santiago, 1942-1968.

Academia Nacional de la Historia, *Gaceta de Buenos Aires, 1810-1821*, 6 vols., Buenos Aires, 1910-1915.

Alberdi, Juan Bautista, «El general San Martín en 1843», *Obras completas*, 8 vols., Buenos Aires, 1886-1887, vol. II, pp. 335-336.

—, *Escritos póstumos*, 16 vols., Buenos Aires, 1895-1901.

Archivo General de la Nación. *Documentos referentes a la guerra*

de la independencia y emancipación política de la República Argentina, 3 vols., Buenos Aires, 1914-1926.

Argentina: Congreso de la Nación. Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, 19 vols. Buenos Aires, 1960-1968.

Belgrano, Manuel, *Epistolario Belgraviano*, Buenos Aires, 2001.

Beruti, Juan Manuel, *Memorias curiosas. Biblioteca de Mayo*, vol. IV, pp. 3.647-4.150.

Bolívar, Simón, *Papeles de Bolívar. Publicados por Vicente Lecuna*, 2 vols., Madrid, 1920.

Busaniche, José Luis, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, 1942.

Caillet-Bois, Ricardo y Julio César González, eds., *El «Diario» y documentos de la misión sanmartiniana de Gutiérrez de la Fuente (1822)*, 2 vols., ANH, Buenos Aires. 1978.

Cochrane, Thomas, décimo conde de Dundonald, *The Autobiography of a Seaman*, 2 vols., 1860, Londres, 2000.

—, *Manifiesto de las acusaciones que a nombre del General San Martín hicieron sus legados ante el gobierno de Chile contra el Vice-Almirante Lord Cochrane, y vindicación de este dirigido al mismo San Martín*, Lima, 1823.

—, *Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru and Brazil from Spanish and Portuguese Domination*, 2 vols., Londres, 1859.

Comisión Nacional del Centenario, Museo Mitre, *Documentos del Archivo de San Martín*, 12 vols., Buenos Aires, 1910-1911.

Comisión Nacional del Sesquincentenario de la independencia del Perú, *Colección documental de la independencia del Perú*, 17 vols., Lima, 1971-.

Espejo, Gerónimo, *Apuntes históricos sobre la expedición libertadora del Perú, 1820, Biblioteca de Mayo*, vol. XVII, 1.ª parte.

—, *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817.*

Biblioteca de Mayo, vol. XVI, 1.ª parte.

—, *Recuerdos: San Martín y Bolívar Entrevista de Guayaquil, 1822. Biblioteca de Mayo*, vol. XVII, 2.ª parte.

Font Ezcurra, Ricardo, *San Martín y Rosas: Su correspondencia*, Buenos Aires, 1940.

Frías, Félix, *El General José de San Martín: Sus últimos años y la noticia de su muerte 17 de agosto de 1850*, Buenos Aires, 1944.

Gaceta del Gobierno de Lima Independiente, 3 vols., Buenos Aires, 1950.

Graham, Gerald S. y R. A. Humphreys, eds., *The Navy and South America Correspondence of the Commanders-in-Chief on the South American Station 1807-1823:* , Londres, 1962.

Graham, Maria, *Journal of a Residence in Chile, during the year 1822, and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*, Londres, 1824.

—, Edición de Jennifer Hayward, University of Virginia Press, Charlotteville, 2003.

Guido, Tomás, *San Martín y la gran epopeya*, Buenos Aires, 1928.

Guido y Spano, Carlos, ed., *Vindicación histórica: Papeles del brigadier general Guido, 1817-1820* , Buenos Aires, 1881.

Haigh, Samuel, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, Londres, 1831.

Hall, Basil, *Extracts from a Journal written on the coasts of Chile, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822*, 2 vols., Edimburgo, 1824.

Instituto de Historia Argentina «Doctor Emilio Ravignani», *Mayo Documental*, 8 vols., Buenos Aires, 1962-1964.

Instituto Nacional Sanmartimano, *La conducción política del General San Martín durante el Protectorado del Perú*, 3 vols., Buenos Aires, 1982.

Lecuna, Vicente, ed., *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*, 2 vols., Caracas, 1954.

Mathison, Gilbert Farquar, *Narrative of a Visit to Brazil, Chile, Peru and the Sandwich Islands during the Years 1821 and 1822*, Londres, 1825.

Miller, John, *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, 2 vols., 2.ª ed., Londres, 1829.

Ministerio de Educación de la Nación, Instituto Nacional Sanmartiniano, Museo Histórico Nacional, *Documentos para la historia del Libertador General San Martín*, 18 vols., Buenos Aires, 1953-2001.

Monteagudo, Bernardo, *Escritos*, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1989.

Museo Mitre, *Documentos del Archivo de Belgrano*, 7 vols., Buenos Aires, 1913-1917.

—, *Documentos del Archivo de Pueyrredón*, 4 vols., Buenos Aires, 1912.

O'Leary, Daniel Florencio, *The «Detached Recollections» of General D. F. O'Leary*, edición de R. A. Humphreys, Londres, 1969.

—, *Memorias del General O'Leary*, 34 vols., Caracas, 1981.

—, *Memorias del General Daniel Florencio O'Leary. Narración*, 3 vols., Caracas, 1952.

Pasquali, Patricia, ed., *San Martín confidencial: Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1846)*, Buenos Aires, 2000.

Paz, José María, *Memorias póstumas*, 3 vols., Buenos Aires, 2000.

Proctor, Robert, *Narrative of a Journey across the Cordillera of the Andes and of a residence in Lima and other parts of Peru, in the years 1823 and 1824*, Londres, 1825.

Pueyrredón, Manuel Alejandro, *Memorias inéditas: Historia de mi vida. Campañas del ejército de los Andes*, Buenos Aires,

1947.
Robertson, J. P. y W. P., *Letters on South America, comprising travels on the banks of the Paraná and Río de la Plata*, 3 vols., Londres, 1843.
San Martín, José de, *Correspondencia de San Martín y Rosas*, edición de Fermín Chávez, Buenos Aires, 1975.
—, *Correspondencia entre San Martín y Rosas (1838-1850)*, edición de Jordán B. Genta, Buenos Aires, 1950.
—, *Correspondencia de San Martín y Torre Tagle*, ed. Javier Ortiz de Cevallos (Lima, 1963).
—, *Manifiesto de las acusaciones que a nombre del General San Martín hicieron sus legados ante el gobierno*, Lima, 1823.
—, *Proclama a los Americanos, inserta en la Gaceta de Lima*, Lima, 1822.
Sarmiento, Domingo Faustino, *Escritos sobre San Martín*, Buenos Aires, 1966.
Stevenson, William Bennet, *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years Residence in South America*, 3 vols., Londres, 1825. [Hay traducción castellana: *Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica*, Quito, Abya-Yala, 1994.]
Tagart, Edward, *A Memoir of the late Captain Peter Heywood R. N. with extracts from his Diaries and correspondence*, Londres, 1832.
Torre Revello, José M. A., *Don Juan de San Martín: Noticia biográfica con apéndice documental*, Buenos Aires, 1927).
Townsend, Joseph, *A Journey through Spain in the Years 1786 and 1787*, 2 vols., 3.ª ed., Londres, 1814. [Hay traducción castellana: *Viaje por España en la época de Carlos III, 1786-1787*, Madrid, Turner, 1988.]
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, *Mayo Documental*, 12 vols., Buenos Aires,

1961-1965.
Vargas, José Santos, *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*, edición de Gunnar Mendoza L., México, 1982.
Webster, C. K., ed., *Britain and the Independence of Latin America, 1812-1830*, 2 vols., Londres, 1938.

OBRAS SECUNDARIAS

Academia Nacional de la Historia, *San Martín Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el centenario de su muerte, (1850-1950)*, 2 vols., Buenos Aires, 1951.
Aljovín de Losada, Cristóbal, *Caudillos y constituciones. Perú, 1821-1845*, Lima, 2000.
Amaral, Samuel, *The Rise of Capitalism on the Pampas: The Estancieros of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge University Press, 1998.
Anna, Timothy E., «Economic Causes of San Martín's Failure in Lima», *HAHR*, 54, 4 (1974), pp. 657-681.
—, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln (Nueva Inglaterra), 1974.
Avila Martel, Alamiro de, «La amistad de San Martín y Cochrane», *PCIS*, vol. V (1978), pp. 13-20.
—, *San Martín y O'Higgins*, Santiago, 1978.
Barcia Trelles, Augusto, *San Martín en España, en América*, 5 vols., Buenos Aires, 1941-1948.
Benencia, Julio Arturo, *Cómo San Martín y Belgrano no se*

conocieron en Yatasto, Buenos Aires, 1973.

Berruezo León, María Teresa, *La lucha en Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Madrid, 1989.

Bidondo, Raúl A., «San Martín y la Guerra de Recursos en el Ejército del Norte, 1814», *PCIS*, vol. II, pp. 293-318.

Blanchard, Peter, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*, Wilmington (Delaware), 1992.

—, *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*, Pittsburgh (Pennsylvania), 2008.

Carrera Damas, Germán, ed., *Historia general de América Latina*: Volumen V. *La crisis estructural de las sociedades implantadas*, París, UNESCO, 2003.

Chumbita, Hugo, «El origen de San Martín y su proyecto americano», *Desmemoria: Revista de Historia*, año 7, n.º 26 (2000), pp. 8-27.

Cordingly, David, *Cochrane the Dauntless: The Life and Adventures of Admiral Thomas Cochrane, 1775-1860*, Londres, 2007.

Cuccorese, Horacio Juan, *San Martín, catolicismo y masonería*, Buenos Aires, 1993.

Dale, Richard *«Napoleon is Dead» Lord Cochrane and the Great Stock Exchange Scandal*, Stroud, 2006.

Dawson, Frank Griffith. *The First Latin American Debt Crisis: The City of London and the Loan Bubble 1822-25*, New Haven y Londres, 1990.

Esdaile, Charles, *The Peninsular War: A New History*, Londres, 2002. [Hay traducción castellana: *La Guerra de la Independencia: una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2004.]

Estévez, Alfredo y Oscar H. Elía, *Aspectos económico-financieros de la campaña sanmartiniana*, Buenos Aires, 1961.

Fisher, John R., *Bourbon Peru, 1750-1824*, Liverpool, 2003.
—, *The Economic Aspects of Spanish Imperialism in America, 1492-1810*, Liverpool, 1997.
—, *Government and Society in Colonial Peru: The Intendant System, 1784-1814*, Londres, 1970. [Hay traducción castellana: *Gobierno y sociedad en el Perú colonial: el sistema de intendencias, 1784-1814*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1981.]
—, *Silver Mines and Silver Miners in Colonial Peru, 1776-1824*, Liverpool, 1977. [Hay traducción castellana: *Minas y mineros en el Perú Colonial, 1776-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977.]
Fontaneda Pérez, Eugenio, *Raíces castellanas de José de San Martín*, Madrid, 1980.
Fraga, Rosendo, *San Martín y los británicos*, Buenos Aires, 2000.
Gallo, Klaus, *De la invasión al reconocimiento: Gran Bretaña y el Río de la Plata, 1806-1826*, Buenos Aires, 1994.
—, «¿Reformismo radical o liberal? La política rivadaviana en una era de conservadurismo europeo, 1815-1830», *Investigaciones y Ensayos*, 49 (1999), pp. 287-313.
García, Flavio A., «Presencia rioplatense de San Martín en 1829», *Investigaciones y Ensayos*, 8 (1970), pp. 173-207.
García Godoy, Cristián, «Jefes españoles en la formación militar de San Martín», *Investigaciones y Ensayos*, 44 (1994), pp. 113-147.
Guerra Martinière, Margarita, Oswaldo Holguín Callo, César Gutiérrez Muñoz, *Sobre el Perú: Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, 2 vols., Lima, 2002.

Guerrino, Antonio Alberto, *La salud de San Martín: Ensayo de patografía histórica*, Buenos Aires, 1999.
Guillen, Julio y Jorge Juan Guillén, *Las campañas de San Martín en la fragata «Santa Dorotea» cuando era subteniente del Regimiento de Murcia*, Madrid, 1966.
Guzmán, Carlos Alberto, *San Martín 1824-1850*, Buenos Aires, 1993.
Halperín Donghi, Tulio, *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino,*
1791-1850
, Buenos Aires, 1982.
—, «Militarización revolucionaria en Buenos Aires,
1805-1815»,
El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica, Buenos Aires, 1978.
—, *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period*, Cambridge, 1975.
—, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*, Madrid, 1985.
Harvey, Robert, *Liberators: Latin Struggle for Independence,*
America's
1810-1830
, Londres, 2000. [Hay traducción castellana: *Los Libertadores: la lucha por la independencia de América Latina:*
1810-1830
, Barcelona, RBA, 2002.]
Humphreys, R. A., *Liberation in South America, The Career of James Paroissien*
1806-1827:
, Londres, 1952.
Hünefeldt, Christine, *Paying the Price of Freedom: Family and Labour among Slaves,*
Lima's
1800-1854
, Berkeley (California), 1994. [Hay traducción castellana: *Mujeres: esclavitud, emociones y libertad, Lima*

1800-1854
, Lima, Instituto de Estudios Peruano, 1988.]
Labougle, Raúl de, «San Martín en el ostracismo: Sus recursos», *Investigaciones y Ensayos*, 12 (1972), pp. 167-192.
Langley, Lester D., *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*
, New Haven (Connecticut), 1996.
Lecuna, Vicente, *La entrevista de Guayaquil: Restablecimiento de la verdad histórica*, 2 vols., 4.ª ed., Caracas, 1962-1963.
Leguía y Martínez, Germán, *Historia de la emancipación del Perú: El Protectorado*, 7 vols. Lima, 1972.
Leturia, Pedro de, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica, 1493-1835*
, 3 vols., Roma, Caracas, 1959-1960.
Levene, Ricardo, *El genio político de San Martín*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1970.
—, *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, 2 vols., 4.ª ed., Buenos Aires, 1960.
Lynch, John, «British Policy and Spanish America, 1783-1808», *JLAS*, 1, 1 (1969), pp. 1-30.
—, *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, 1989, pp. 393-394. [Hay traducción castellana: *La España del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 2004.]
—, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, 1992. [Hay traducción castellana: *Caudillos en Hispanoamérica*, Madrid, MAPFRE, 1993.]
—, «Los factores estructurales de la crisis: La crisis del orden colonial», edición de Germán Carrera Damas, *Historia general de América Latina. Volumen V, la crisis estructural de las sociedades implantadas*, París, UNESCO, 2003, pp. 31-54.
—, *San Martín: Argentine Patriot, American Liberator*, Institute

of Latin American Studies, Londres, 2001.
—, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, 2.ª ed., Nueva York, 1986. [Hay traducción castellana: *Las revoluciones hispanoamericanas:*
1808-1826
, Barcelona, Ariel, 1993.]
McFarlane, Anthony, «Identity, Enlightenment and Political Dissent in Late Colonial Spanish America», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6.ª serie, 8 (1998), pp. 309-335.
McFarlane, Anthony y Eduardo Posada-Carbó, eds., *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*, Londres, 1999.
Masur, Gerhard, «The Conference of Guayaquil», *HAHR*, 31, 2 (1951), pp. 189-229.
Mayochi, Enrique Mario, *San Martín en la Argentina*, Buenos Aires, 1978.
Metford, J. C. J., *San Martín the Liberator*, Oxford, 1950.
Mitre, Bartolomé, *The Emancipation of South America: Being a condensed translation by W. Pilling of the «History of San Martín»*, Londres, 1893.
—, *Historia de Belgrano*, 4 vols., 6.ª ed.. Buenos Aires, 1927.
—, *Historia de San Martín y de la emancipación Sud-Americana* [1887], 3 vols., Buenos Aires, 1950.
Montoya Rivas, Gustavo, *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*, Lima, 2002.
O'Phelan Godoy, Scarlett, ed., *La independencia en el Perú: De los Borbones a Bolívar*, Lima, 2001.
Otero, José Pacífico, *Historia del Libertador don José de San Martín*, 4 vols., Buenos Aires, 1932.
Oxford, *Dictionary of National Biography*, 61 vols., Oxford, 2004.
Pasquali, Patricia, *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria. Biografía*, 3.ª ed., Buenos Aires, 1999.
Paz Soldán, Mariano F., *Historia del Perú independiente*, 3 vols., Lima,
1869-1874.
Pereyra de Olazábal, Gonzalo, «Manuel de Olazábal— su amistad

al General San Martín», *Investigaciones y Ensayos*, 26 (1979), pp. 453-468.
Pérez, Joaquín, «San Martín y el repaso de los Andes», *PCIS*, vol. VIII, pp. 339-430.
Pérez Amuchástegui, A. J., *La «Carta de Lafond» y la preceptiva historiográfica*, Córdoba, 1962.
—, *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, 1966.
—, «El Pacto de Rancagua», *PCIS*, vol. VII, pp. 191-206.
—, *San Martín y el Alto Perú. 1814*, Tucumán, 1976.
Piccinali, Héctor Juan, «Tríptico de la campaña de San Lorenzo», *Investigaciones y Ensayos*, 34 (1983), pp. 435-443.
—, *Vida de San Martín en España*, Buenos Aires, 1977.
—, *Vida de San Martín en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1984.
Piccirilli, Ricardo, *Rivadavia y su tiempo*, 3 vols., 2.ª ed., Buenos Aires, 1960.
—, *San Martín y la política de los pueblos*, Buenos Aires, 1957.
Primer Congreso Internacional Sanmartiniano, 8 vols., Buenos Aires, 1979.
Puente Candamo, José Agustín de la, *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*, Lima, 1948.
Ramos, Demetrio, *España en la independencia de América*, Madrid, 1996.
Rivera Serna, Raúl, *Los guerrilleros del centro en la emancipación peruana*, Lima, 1958.
Robertson, William Spence, *Rise of the Spanish-American Republics as told in the Lives of their Liberators*, Nueva York y Londres, 1918.
Roca, José Luis, *Ni con Lima ni con Buenos Aires: La formación de un estado nacional en Charcas*, Lima, 2007.
Rodríguez, Moisés Enrique, *Freedom's Mercenaries: British Volunteers in the Wars of Independence of Latin America. Volume II: Southern South America*, Lanham (Maryland), 2006.
Rojas, Ricardo, *El santo de la espada. Vida de San Martín*, Buenos Aires, 1933.
Sanz, Luis Santiago, «El general San Martín en Bruselas»,

Investigaciones y Ensayos, 14 (1973), pp. 527-555

Scunio, Alberdo D. H., «San Martín, oficial de inteligencia», *Investigaciones y Ensayos*, 32 (1982), pp. 225-242.

Segreti, Carlos S. A., *La acción política de Güemes*, Córdoba, 1991.

—, *La máscara de la monarquía. 1808-1819*, Córdoba, 1994.

Terragno, Rodolfo H., *Maitland & San Martín*, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Uriburu, José Evaristo, *Historia del General Arenales 1770-1831*, Londres, 1924.

Vale, Brian, *The Audacious Admiral Cochrane The True Life of a Naval Legend*, Londres. 2004.

Vargas Ugarte, Rubén, *Historia del Perú. Emancipación, 1809-1825*, Buenos Aires, 1958.

—, *Historia general del Perú*, 6 vols, Barcelona, 1966-1971.

Vicuña MacKenna, Benjamín, *El General Don José de San Martín*, 3.ª ed., Santiago, 1971.

—, *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819*, Lima, 1860.

Villegas, Alfredo G., *Juan de San Martín: El padre de un libertador*, Buenos Aires, 3 948.

—, *San Martín y su época*, Buenos Aires, 1976.

Worcester, Donald E., *Sea Power and Chilean Independence*. Gainesville (Florida), 1962.

ILUSTRACIONES

1. Francisco de Goya, *El tres de mayo de 1808 en Madrid-Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío*, 1814, Museo del Prado, Madrid.

2. Gil de Castro, *José de San Martín*, 1818, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

3. François Joseph Navez, *José de San Martín*, 1828, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

4. Buenos Aires desde la Plaza de Toros, tomado de E. E. Vidal, *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo*, Londres, 1820, British Library.

5. Vista de la gran cordillera de los Andes, desde los llanos de Maipú, tomado de Alexander Caldcleugh, *Travels in South America. During the Years 1819-1820-1821*, 2 vols., Londres, 1825, vol. I, p. 319.

6. Bahía de Valparaíso, tomado de Alexander Caldcleugh, *Travels in South America. During the Years 1819-1820-1821*, 2 vols., Londres, 1825, vol. II, p. 45.

7. Lima, con el puente sobre el río Rímac, tomado de Alexander Caldcleugh, *Travels in South America. During the Years 1819-1820-1821*, 2 vols., Londres, 1825, vol. II, p. 96.

8. La captura de la fragata española *Esmeralda* en el puerto del Callao la noche del 5 de noviembre de 1821. De una acuarela de Charles C. Wood, National Maritime Museum, Greenwich.

9. Lord Cochrane, grabado realizado a partir del retrato de Peter E. Stroehling, National Maritime Museum, Greenwich.

10. Bernardo O'Higgins, South American Pictures.

11. Rafael del Villar, *Remedios de Escalada de San Martín*, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

12. *José de San Martín*, daguerrotipo, 1848, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

ÍNDICE ANALÍTICO

Abascal y Sousa, Jose Fernando de, 179-181, 248
Abreu, Manuel, 193-194
Aconcagua, 144-146
Aguado, Alejandro, 309
Alberdi, Juan Bautista, 20, 81, 314
Albuera, batalla de, 49
Aldao, José Félix de, 145
Algarrobos, 95
Alto Perú: y Buenos Aires, 71-72, 85, 105; indios, 119-20: Pezuela, 181-182; San Martín, 126, 278, 287, 288
Alvarado, Rudecindo, 277-278, 283
Álvarez Condarco, José Antonio, 122, 140, 148, 153, 168, 169, 296, 303
Álvarez de Arenales, juan Antonio campaña en la sierra, 186-187, 190, 218; defiende actuar en la sierra, 199, 266: deja Perú, 282: retoma la campaña en la sierra, 192, 197
Alvear, Carlos de, 38,48, 55,300, 316: enemistad con San Martín en Londres, 296: rivalidad con San Martín, 76-77, 82, 90-92, 112-113: victoria en Montevideo, 103-104
americanismo, concepto colonial de, 67-68; de San Martín, 52-53, 319, 323-324, 325
Ancón, 187, 284, 285
Aranda, conde de, 33
Argelia, 29-30
Argentina: colonial, 59-65, 68-69; desunión, 130-131: nación y provincias, 72: Revolución de Mayo, 67, 68-74; segundo triunvirato, 85, 90-92
Arica, 192, 247
aristocracia: española, 28; peruana, 220-221
Arjonilla, 43
Artigas, losé Gervasio, 85, 114 audiencia, 61, 62
Ayacucho, batalla de, 183, 248-249
Ayohuma, 91, 92, 94, 98, 108
Aznapuquio, 189, 192

Bailén, batalla de, 44-45

Balcarce, Mariano, 308, 311
Banda Oriental: y Buenos Aires, 22, 71, 85, 102-103, 131; *véase también* Uruguay
Basilea, paz de, 33
Belgrano, Manuel: abandona el Ejército del Norte, 95; aconseja a San Martín, 97-98, 102, 260; carrera, 60, 64; derrota en el Alto Perú, 91; discusiones sobre estrategia, 157, 267: «lo mejor que tenemos», 131; sobre los negros, 137
Beltrán, Luis, 122-123, 160
Bentham, Jeremy, 66, 235, 241
Bermúdez, Justo, 88-89
Beruti, Juan Manuel, 161, 311
Blanco, José María, 254
Bolívar, Simón: liberación, 67, en Londres, 55; y Perú, 281, 282; y San Martín, 269-276, 282-282; y Sucre, 274, 281
Bonaparte, José, 45
Bonaparte, Napoleón, 34, 35, 39-40, 45
Boulogne-sur-Mer, 20, 315-317
Bowles, comodoro William, 151, 171; amistad con San Martín, 316: informes, 144, 153, 158, 171; opiniones sobre San Martín, 20, 54, 117-118, 184; San Martín a, 151, 163, 230
Brasil, 39
Bruselas: San Martín de visita en, 296: San Martín reside en, 307-308
Buenos Aires: colonial, 22, 60; defensa criolla de, 38-39; llegada de San Martín, 74-77: partida de San Martín, 291-293: política de, 152-153;y las provincias, 113-115, 166-167; Revolución de Mayo, 68-74
Burke, Edmund, 242

cabildo: de Buenos Aires, 69-70; de Lima, 178, 197; de Mendoza, 130, 135; de Santiago, 152
Cabral, Juan Bautista, 88
Cádiz: cortes de, 47, 66, 180: motín del ejército en, 182: papel imperial de, 60, 65, 66: San Martín y, 36-38, 41, 46-47, 48-49, 53
Callao, 158, 171, 172, 187-189, 199-200, 201, 211
Campusano, Rosa: honrada, 220; relación con San Martín, 222-223

Cancha Rayada, batalla de, 159
Canterac, José, 181; entra en Callao, 200-201, 133-4: en Macacona, 213; en Torata, 278
Carlos III, 24-25, 27, 61
Carlos IV, 25, 28, 35, 40
Carlyle, Thomas, 326
Carrera, José Miguel, 110-112, 156, 162
Carrera, Juan José, 111-112, 155
Carrera, Luis, 111-112, 155
«carta de Lafond», 273, 274
Cartagena, España, 34, 35
Castaños, Francisco Javier, 42-45
Castilla, Ramón, 51, 191
Castlereagh, lord, 76, 118, 164
caudillos, 113-115, 166
Cauquenes, 155, 286
Cervatos de la Cueza, 21
Cevallos, Pedro de, 22
Chacabuco, batalla de, 148-149, 152
Chamberlain, Henry, 118, 164
Chile: armada, 168-169: liberación y tiempo posterior, 105-107, 108-111, 149-160; y Ja liberación de Perú, 172-174; objetivos de San Martín, 128, 131-135, 140; San Martín pierde apoyos en, 233-234: San Martín recupera la reputación en, 313
Cochrane, lady Kate, 170, 189
Cochrane, Thomas, décimo conde de Dundonald: aclamado en Chile, 233-234; activo en el Pacifico, 171-172: apropiación de fondos, 204: captura de la *Esmeralda*, 188: crítico con la estrategia de San Martín, 193, 201; expedición a Intermedios, 192; relación con San Martín, 171-172, 183-1 84, 265-266, 285, 296: ruptura con San Martín, 202-205; talento adecuado para la amada chilena, 169-1 70
Córdoba, Argentina, 93, 98, 100, 103-104, 114, 130, 134
Coupigny, marqués de, 43-44, 45, 46, 47
criollos, 52, 58-59, 61-63, en el Ejército de los Andes, 136-137
Cromwell, Oliver, 228
Cuyo: base de San Martín, 104-105, 113-115: recursos exigidos a, 12 1-122

Cuzco, 176, 214, 277

Desaguadero, no, 95, 105
Diderot, Denis, 66, 241, 262
Dorrego, Manuel, 96, 100, 302
Duff, James, conde de Fife, 53-54, 162, 227, 295
Dupont, Pierre, 43-44

ejército: de los Andes, 120-123, 125, 135-141, 143-149, 182-184, 201, 265-267: argentino, 78-80: español, 27-29, 39, 48-50, 53: del Norte, 93-94, 103-104, 132; realista, 61, 63-64, 267
El Plumerillo, 139, 143
Escalada de Soler, María Demetria, esclava, 137
Escalada, María de los Remedios de: conejo y matrimonio, 77-78: enfermedad y muerte, 287, 289-290, 293; en Mendoza, 119; regreso a Buenos Aires, 156
esclavitud, esclavos: en Argentina, 123: en el Ejército de los Andes, 136-138; en Perú, 250-254
España: borbónica, 24-26: españoles en el Perú de San Martín, 198, 200, 208-214: y Francia, 31-38: guerra de independencia española, 39-50: pérdida del imperio, 57-60, 67: política peruana, 179-180

Fernando VII, 40, 80, 94, 182
Francia, 25-26, 31-35, 37-40, 42-46, 49-50
Frias, Félix, 315, 317

Galvez, José de, 59
Gamarra, Agustín, 191, 213
Garaycoa, Joaquina, 271
García del Río, Juan: enviado de San Martín, 186, 232, 234, 246: en Londres, 295, 296, 298: ministro, 208; en Perú, 186: y la renuncia de San Martín, 280, 283
Godoy, Manuel, 25, 32, 33, 35-37, 39-40, 59
Gómez, Gregorio, 304, 312
González Balcarce, Antonio, 125, 308
Goya, Francisco de, 25, 40
Graham, Maria, 225, 260, 283, 286

Gran Bretaña: bloqueo de Buenos Aires, 311-313; comerciantes en Hispanoamérica, 173; guerra con España, 34, 37-38; guerra de Independencia española, 41-47: y la Hispanoamérica colonial, 65-66; invasiones del Río de la Plata, 38, 68-69: y San Martín, 53-54, 55-56
guaraníes: indios, 21, 23, 76, 79: misiones, 19, 23
Guayaquil, 172, 271-272; declaración de independencia, 191; entrevista, 269-276: reivindicaciones peruanas, 214
Güemes, Martín, 100-101, 108, 131
guerra de guerrillas: en Argentina, 99-102: en Perú, 214-217
guerra de Independencia española, 39-47, 48-50
«guerra de recursos», 101
«guerra de zapa», 127, 128, 129, 300
Guido, Tomás: comunicaciones con San Martín, 288, 289, 290-291, 293, 297, 326: confidente de San Martín, 125, 141, 153, 240; desencuentro con San Martín, 299; despedida de San Martín, 284-285; esboza el *Plan continental*, 106, 108, 132-133: intercambio de ideas con San Martín, 229-230, 255, 260; en Perú, 186; y el regreso de San Martín, 302-307: servicio en el gobierno ele Rosá:, 309
Gutiérrez de la Fuente, Antonio, 278

Haigh, Samuel, 151, 160, 166, 170
Hall, capitán Basil; defensor de las tácticas de San Martín, 200, descripción de San Martín, 223-224: sobre las dificultades en Lima, 192-193: entrevista con San Martín, 190, 267, 268, 279; observaciones sobre Perú, 246: en la ocupación de Lima por San Martín, 196, 198, 222: opiniones sobre el Protectorado, 211, 212
Hardy, comodoro sir Thomas, informe sobre el ejército realista en Perú, 190; en Lima, 220: quejas acerca de Cochrane, 202-203
Heres, Tomás, 232
Heywood, capitán Peter, 82, 295, 354 n. l.
Hobbes, Thomas, 66
Huacho, 187, 189, 246
Huamanga, 215
Huancavelica, 216-217
Huaqui, 71, 73, 108
Huaura, 187, 189, 193, 200

Huavique, Gaspar, 217
Hudson, W. H., 75

Ica, 186, 191, 211, 213, 215, 251
Iglesia: colonial, 61, 69; y la esclavitud, 253-254; y la independencia de Perú, 197, 210: consejo de Belgrano sobre la, 97-98
Ilustración: en Hispanoamérica, 66-67; en Perú, 261; San Martín y la, 240-241, 262
indios, *véase* guaraníes: pehuenches, Perú, indios
Intermedios, 192, 277, 278
Isla de León, 36, 42, 46, 47
Iturbide, Agustín, 296

jesuitas: en España, 26, expulsión, 22-23: misiones guaraníes, 19
Junta Central, 41, 45-46, 69
Junta de Sevilla, 41-42, 45

La Magdalena, 208, 222, 279, 283, 301
La Mar, José de, 201, 278
La Serna, José de, 181: cuartel general en Cuzco, 214, 277; encuentro con San Martín, 194; evacuación de Lima, 195: golpe contra Pezuela, 192
Landivar, Antonio, 99
Las Heras, Bartolomé de, arzobispo, 210, 257, 258
Las Fieras, Juan Gregorio de, 135, 144-146, 149, 159, 167, 183, 201, 232
Lavalle, Juan, 302, 307
Lima: y el Alto Perú, 71; objetivo de San Martín, 132-133, 266; ocupación por San Martín, 195-197: últimos días de San Martín en, 277, 283-285
Lisboa, 39
Locke, John, 66, 222
Logia, 82-85, 99, 125, 254, 260
López, Bernardo, 129
López, Estanislao, 167, 291
López Méndez, Luis, 55, 295
López y Planes, Vicente, 304

Los Patos, 1398, 140, 144, 145, 146-147
Luna Pizarro, Francisco Javier, 237, 259

Madrid, 40, 45-46
Maipu, batalla de, 154-156, 164, 267
Maitland, sir Thomas, 107
Málaga, 26, 28, 29
Marcó del Pont, Francisco Casimiro, comandante en Chile, 127, 129; derrota, 149, 151: encuentros con San Martín, 20, 138, 140, 151
María Luisa de Parma, 25, 35, 40
Marruecos, 29
masonería, 48, 55, 84
Mastai Fertetti, Gran María, Pio IX, 292
Mathison, Gilbert Farquar, 211-212
Matorras, Gregoria, 20-21, 22, 23, 55, 3U2
Mendoza, cabildo, 130, 135, 152: cuartel general de San Martín, 105, 115, 118-120, 122: en el recuerdo de San Martín, 297: regreso de San Martín a, 286-291: vida social de, 124
mestizos: en el Ejercito de los Andes, 136: en Perú, 176
Miller, William, 51, 150, 235, 251: apreciado por San Martín, 269, en la captura de Valdivia, 172: criticas a las tácticas de San Martín, 213-214, defensa de los soldados negros, 251, defensa de las tácticas de San Martín, 200: en el Ejército de los Andes, 136, 137, 139: expedición a Intermedios, 192: intercambios con San Martín, 266-267, 274-275, sobre las guerrillas, 216, sobre los indios, 247: sobre lady Cochrane, 170, 189: sobre la Logia, 84: sobre San Martín, 223: visita a San Martín en Bruselas, 298
Miraflores, 186, 227
Miranda, Francisco de, 48, 55, 67, 110, 241
Mitre, Bartolomé, 20, 76, 83-84, 201, 324
Monteagudo, Bernardo: anticlerical, 257-258: asesinato, 212; en Buenos Aires, 81, 80: destitución, 277, monárquico, 221-222, 228, 236, persecución a los españoles, 209-210, 213: en el Protectorado, 208, 240, 316
Montesquieu, barón de, 59, 66, 68, 241,262
Montevideo, da la bienvenida a San Martín, 303-304: realista, 86, 91: tomado por Alvear, 103-104

montoneros, 166, 167, 215-217
Moore, sir John, 45-46
Moquegua, 192, 247, 275
Moreno, Manuel, 309
Moreno, Mariano, 61, 65-67: ideas, 67: Revolución de Mayo, 70, 73
Morillo, Pablo, 94
mujeres Caballeresa del Sol, 220: esclavas, 137; esfuerzo bélico en Cuyo, 121, 139; reciben a San Martín en Lima, 196: Rosa Campusano, 220, 222
Murgeón, Juan de la Cruz, 42-43
Muzi, Gian, 291

Navarro, Julián, 89
Navez, François Joseph, 298
negros: en los ejércitos, 136-137, 148, 160-161: en Perú, 176-177
Ninavilca, Ignacio, 217
Numancia, batallón, 192, 232, 259, 270

O'Brien, John, 153, 160, 311
O'Higgins, Bernardo; Chacabuco, 146, 147-148, 150: y Cochrane, 171, 183; director supremo, 150-155; liberación de Chile, 109-111: muerte, 313: y San Martín, 106, 112, 140, 166, 279, 285, 287, 297, 300
O'Leary, Daniel Florencio, 320-321
Olazábal, Manuel de, 124, 147, 287, 303
Orán, 29-30
Osorio, Manuel, 158-160

Paillardelle, Enrique, 106
Paine, Thomas, 66, 241
Palmerston, vizconde, 311
papado, 255-256, 257
Paraguay, 71, 87
Parish, Woodbine, 74, 292, 296
Paroissien, James: en la batalla de Maipu, 161; en el Ejército de los Andes, 122-123, 136: en Londres, 295, 298; en Perú, 240: y San

Martín, 228, 232, 237
Pasco, 192, 199, 218
Paso, Juan José, 73
Paz, José María, 96, 104
Peninsulares, 52, 58, 61-62
Perú: crisis política, 276-279; declaración de independencia, 197-198; dictadura, 280-282; economía, 178-179,217-219; élite criolla, 176-181, 185, 212, 220, 266; guerra por el, 186-196, 265-269; indios, 176, 177, 185, 246-250, 266; invasión de, 182-185; objetivo de San Martín, 105-106: pretensiones sobre Guayaquil, 260-270; Protectorado, 208-214, 239-240, 242-244
Pezuela, Joaquín de la, 93, 101, 103, 158, 162-163, 176, 179, 181-183, 186, 192, 208
Pichincha, batalla de, 213, 214, 270, 274
Pisco, 183, 186, 187, 193, 197, 205, 207, 278
Ponsonby, lord John, 74, 235
Portugal: Brasil portugués, 23, 39: peninsular, 35, 46, 48-49
Posadas, Gervasio Antonio, 92, 103-104, 113, 119
Proctor, Robert, 289
Pueyrredón, Martín de: director, 131; y San Martín, 133-134, 137, 139-140, 153, 156, 157; triunvirato, 73, 82-83
Punchauca, 194-195, 227

Quesada, Juan Isidro, 196, 224
Quito, 269-271

Rancagua, batalla de, 109, 111, 121
Raynal, Guillaume Thomas François, 66,241
Regencia, 49, 52, 53, 180
Revolución Francesa, 24, 31-32, 33, 64-65,262
Ricardos, Antonio, 32
Río de la Plata: virreinato, 22: *véase también* Argentina
Riva Agüero, José de la: enfurece a San Martín, 288; escepticismo respecto a la independencia, 190: gobierno de, 282
Rivadavia, Bernardino: gobierno liberal en Buenos Aires, 235: en Londres, 96-297; renuncia, 300, 302: y San Martín, 278, 288, 289, 290, 292-293, 316; triunvirato, 73, 81-82,83
Robertson, John Parish, 87-88, 218, 296

Rodríguez, José María, 135
Rondeau, José, 103, 113, 114, 126, 131, 166, 167
Rosas, Juan Manuel de: llegada al poder, 302-303, 305: y San Martín, 307,324
Rosellón, 32-33
Rousseau, Jean-Jacques, 66-67, 222, 240-241

Saavedra, Cornelio de, 38, 65, 69, 73
Sáenz, Manuela, 220
Salta, 72, 90, 93, 100-101
San Ildefonso, tratado de, 25
San Juan, 120
San Luis, 120
San Martín, José de, abandona España, 50-55; y el Alto Perú, 72, 126, 278, 287, 288; americanismo, 52-53, 319, 323-324, 325: aspecto, 20-21, 118, 223-224; batalla de Bailén, 44-45; batalla de Chacabuco, 147-148, 150-152; batalla de Maipú, 160-161, 182; batalla de San Lorenzo, 85-90: y Bolívar, 269-277, 293, 315, 316, 318-319, 320-325; en Boulogne, 315-317; en Bruselas, 296, 297, 307-308; y Chile, 111, 153-155, 227, 313; y Cochrane, 171-172, 183-184, 187-188, 201-203; conspiración en su contra, 231-232; cruce de los Andes, 144-149; diplomacia, 233-237; distancia-miento de Buenos Aires, 127-128, 131-132, 152, 165167:en el ejército de España, 27, 34-37: Ejército de los Andes, 120-125, 135-141, 143, 144-149, 182-183, 200-201, 224, 265-268, 269; Ejército del Norte, 92, 93, 104, 128, 132: y la esclavitud, 136-137, 250-254; y los españoles, 209-214, 243, 318: estrategia en Perú, 265-269, 317-319: en Francia, 308, 314-315: gobernador de Cuyo, 104, 109, 113-114, 118; y Gran Bretaña, 152, 163-165, 312-313, 323-324: Granaderos a Caballo, creación de los, 79-80; guerra de guerrillas, 100-102, 214-217: guerra de independencia española, 39-47; ideas políticas, 219-220, 225-232, 240-243, 304-306, 309, 310-311, 314-316, 321-323; invasión de Perú, 157-158, 173-174: liberación sin guerra, 184-1 86, 190-191, 192, 194, 200-201, 267-269; llegada a Buenos Aires, 74-77; y la Logia, 82-84, 254; en Londres, 55, 295-298; matrimonio, 77-78, 119, 290, 293; monárquico, 81, 225-230, 232-233, 244, 322; nacimiento y educación, 20, 23, 26-27; nietas María Mercedes y Josefa, 308, 314; en el Norte de

África, 29-30: ocupa Lima, 195-197, y O'Higgins, 112, 150, 233-234, 279, 284-285, 287, 301, 3 13, 316; plan continental, 81, 105-109, 114-115, 267-268: política indígena, 246-250: políticas sociales, 242-245, 260-263: presiona por una expedición transandina, 125-130, 133-134: propiedades e ingresos, 300-301, 304, 309; Protector, 207-208, 219-224, 239-240, 243-244; Rancagua, Acta de, 167-168, 201: regreso al Rió de la Plata, 303-307: religión, 254-261, 316: renuncia, 278-279, 283-285, 318, 319; *repaso de los Andes*, 165: retiro a Mendoza, 286-291: y Rivadavia, 73, 81-83, 235, 278, 288, 289, 290, 292-293, 300, 316: y Rosas, 307, 308-313, 315, 323, 324; Rosellón, campaña en el, 32-33; salud, 102-104, 126, 154, 189, 279, 315-317: últimos días y muerte, 317

San Martín, Juan de, 20-24, 26, 27, 28, 55

San Martín, Juan Fermín Rafael de, 22, 28, 55

San Martín, Justo Rufino de, 22, 55

San Martín, María Helena, 22, 55

San Martín, Mercedes Tomasa de, 120, 293, 295, 301-302; matrimonio, 308: «Máximas para mi hija», 297, presencia en la muerte de San Martín, 317; se reúne con San Martín en Francia, 310

San Martín, Tadeo de, 22, 28, 55

Sánchez Carrión, José Faustino, 222, 237

Santa Cruz, Andrés, 191, 214, 270, 271, 288

Santander, Francisco de Paula, 271, 276

Santiago de Chile, 149-150, 159

Sarmiento, Domingo Faustino, 303, 313,314

Sarratea, Manuel, 73

Silva y Olave, José, 178

Sipe Sipe, 108, 126

Smith, Adam, 263

Solano, Francisco María, marqués del Socorro, 36-37, 39, 41-42

Soler, Miguel Estanislao de, 144, 146-148, 150

Staples, Robert, 152-153, 157

Stuart, sir Charles, 54

Sucre, Antonio José de: y Bolívar, 382: en Pichincha, 213, 214: y San Martín, 270

Talcahuano, 129, 158
Tarma, 191, 192
Thomson, James, 261
Torre Tagle, marqués de: declara la independencia, 191; delegado supremo, 211-212, 237, 277; intendente de Trujillo, 184; y San Martín, 240, 282
Townsend, Joseph, 26
Tristán, Domingo, 211, 213
Trujillo, 191,212
Tucumán, 94, 95, 96-97, 102-103: Congreso de, 130, 131, 226
Tupungato, 144
Unanue, Hipólito, 177, 208, 218, 232
Uruguay, 85, 303-304
Uspallata, 111, 129, 140, 144, 145, 146, 147, 152

Valdés, Jerónimo, 181
Valdivia, 172
Valparaíso, 151, 163, 169, 172, 174, 182-183, 240, 285
Vera y Pintado, Bernardo, 106
Vidal, Francisco, 217
Villar, Isidoro, 217
Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, 367, 68, 242
Voltaire, François Marie Arouet de, 66, 241, 262

Wellesslley, sir Arthur: *véase* Wellington, duque de
Wellington, duque de, 45, 46, 49-50

Yapeyú, 19-20, 23, 79

Zapata, Juan Isidro, 126
Zapiola, José Matías, 55, 76, 79, 89, 148
Zenteno, José Ignacio, 148, 285

Notas

[1] Patricia Pasquali, *San Martín La fuerza de la misión y la soledad de la gloria*, 3.ª ed., Buenos Aires, 1999, p. 22. < <

[2] Juan Bautista Alberdi, «El general San Martín en 1843», *Obras completas*, 8 vols., Buenos Aires,
1886-1887,
vol. II, p. 335. < <

[3] José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, 1942, pp. 40-42. < <

[4] Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 3 vols., Buenos Aires. 1950, vol. I, pp
75-76,
449-450.
< <

[5] Bowles a Croker, *Amphion*, en altamar, 14 de febrero de 1818, en Gerald S. Graham y R. A. Humphreys, eds., *The Navy and South America Correspondence of the Commanders-in-Chief on the South American Station 1807-1823*, Londres, 1962, p. 227. <<

[6] El revisionismo se adentra en el ámbito de la fantasía para hacerle no sólo un mestizo sino también hermano de Carlos de Alvear, el socio político y luego rival suyo Según esta versión, el padre de Alvear habría tenido un hijo ilegítimo con una mujer guaraní que habría dejado al cu id ad o de los San Martín para que lo criaran como propio; ese hijo sería José Francisco de San Martín. Este relato se basa exclusivamente en una «tradición» de la familia Alvear y un rumor popular, y equivoca por completo las fechas de nacimiento Para la historia y su refutación, véase *Desmemoria. Revista de Historia*, n.º 26, 2.º cuatrimestre 2000, pp. 8-44. < <

[7] Pedro Ignacio Galarza, «La familia de San Martín», *Primer Congreso Internacional Sanmartiniano (PCIS)*, 8 vols., Buenos Aires. 1979, vol. I, pp. 279-306. < <

[8] Demetrio Ramos Pérez, «El solar de los San Martín», *PCIS*, vol. II, pp. 69-103; Eugenio Fontaneda Pérez, *Raíces castellanas de José de San Martín*, Madrid, 1980, pp
53-58,
99-137.
< <

[9] Citado por Guillermo Céspedes del Castillo, *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Plata*, Sevilla, 1947, p. 123. <<

[10] Príncipe de la Paz, *Memorias*, 2 vols., Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1956, vol. I, p. 409. <<

[11] Nombramiento de Su Majestad, Aranjuez, 21 de mayo de 1785, Ministerio de Educación de la Nación. Instituto Nacional Sanmartiniano, Museo Histórico Nacional, *Documentos para la historia del Libertador general San Martin (DHL)*, 15 vols, Buenos Aires,
1953-1979,
vol. I, pp. 55-62. < <

[12] Joseph Townsend, *A Journey through Spain in the Years 1786 and 1787*, 2 vols., 3.ª ed., Bath. 1814, vol. II, pp. 166, 169-170.
[Hay traducción castellana: *Viaje por España en la época de Carlos III. 1786-1787*, Madrid, Turner, 1988.] < <

[13] Charles Esdaile, *The Peninsular War. A New History*, Londres, 2002, pp. 41-44. [Hay traducción castellana. *La Guerra de la Independencia una nueva historia*, Barcelona, Critica, 2004]. <<

[14] Jean François Bourgoing, *Modern State of Spain*, 4 vols., Londres, 1808, vol. II, pp. 75-76. < <

[15] Juan M. Zapatero, «San Martín: Veintidós años en el ejército español», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 32 (1961), pp. 104-114. < <

[16] John Lynch, *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, 1989, pp. 393-394. [Hay traducción castellana: *La España del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica. 2004.] < <

[17] Julio Guillén y Jorge Juan Guillén, *Las campañas de San Martín en la fragata «Santa Dorotea» cuando era subteniente del Regimiento de Murcia*, Madrid, 1966, pp. 54-64. < <

[18] Townsend, *A Journey through Spain*, vol. II, pp. 105-109, 109-111.
< <

[19] Lynch, *Bourbon Spain*, p. 369. <<

[20] Cornelio de Saavedra, *Memoria autógrafa*, 1 de enero de 1829, en *Biblioteca de Mayo*, 19 vols., Buenos Aires, 1960-1968, vol. II, p. 1.040, véase también Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina*, 4 vols, 6.ª ed., Buenos Aires, 1927, vol. I, p. 155. < <

[21] José Pacifico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martin*, 4 vols., Buenos Aires, 1932, vol. I, pp
100-105;
Augusto Barcia Trelles, *José de San Martín en España, en América*, 5 vols., Buenos Aires,
1941-1946,
vol. II, pp. 166-179. < <

[22] Alfredo G. Villegas, *San Martín en España*, Buenos Aires, 1976, pp. 109-115: Pasquali, *San Martín*, pp. 47-49. < <

[23] «Noticia del parte de combate de Arjonilla», 29 de junio de 1808, *DHL*, vol. 1, pp. 355-356. < <

[24] *DHL*, vol. I, pp
362-364,
367-369
< <

[25] Sobre la batalla de Bailen véase Esdaile, *The Peninsular War*, pp. 77-84. < <

[26] *Ibid.*, p. 83. <<

[27] Coupigny a San Martín, Madrid, 29 de septiembre de 1808, *DHL*, vol. I, p. 370. <<

[28] Citado por Esdaile, *The Peninsular War*, p. 86. <<

[29] *DHL,* vol. I, p. 384 < <

[*] No se oyó un tambor, tampoco una nota fúnebre, / mientras nos apresurábamos a llevar su cuerpo a la muralla. / Ningún soldado disparó salvas en su honor / sobre la tumba en que enterramos a nuestro héroe. < <

[30] Esdaile, *The Peninsular War*, pp. 335-336. < <

[31] Citado en Benjamín Vicuña MacKenna, *San Martín. La revolución de la independencia del Perú*, Santiago, 3 938, p. 595. <<

[32] Ricardo Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, Buenos Aires, 1957, pp. 93-94. < <

[33] Esdaile, *The Peninsular War*,
337-339,
342-349.
< <

[34] *Ibid.*, pp. 394-397. < <

[35] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 118-119. <<

[36] San Martín al director supremo. 31 de junio de 1819, *Ibid.*, p. 119. < <

[37] San Martín a Ramón Castilla, Boulogne, 11 de septiembre de 1848, Museo Histórico Nacional, *San Martín. Su correspondencia, (SMC)*
1823-1850
, 3.ª ed., Madrid, 1911, p. 296. < <

[38] San Martín a Tomas Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826, en Patricia Pasquali, ed., *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*, Buenos Aires, 2000, p. 210. < <

[39] San Martín, Proclama, 22 de julio de 1820, *DHL*, vol. XVI, p. 99.
< <

[40] Informe, Real Isla, 26 de agosto de 1811, *DHL*, vol. I, pp. 393-394. < <

[41] James Duff, en *Oxford Dictionary of National Biography*, 61 vols., Oxford, 2004, vol. 17; Rodolfo H. Terragno, *Maitland & San Martin*, Quilmes. 1998, pp. 126-130; Rosendo Fraga, *San Martín y los británicos*, Buenos Aires, 2000, pp. 17-21. En 1818, Duff se convirtió en miembro del parlamento británico por Banffshire; y en 1827 se le nombró Caballero de la Orden del Cardo y se le otorgó el título de Barón de Fife en la nobleza del Reino Unido. < <

[42] Conde de Fife a San Martín, Edimburgo, 3 de junio de 1817, *SMC*, p. 309; San Martín a Conde de Fife, Santiago, 9 de diciembre de 1817, en C. K. Webster, ed., *Britain and the Independence of Latin America Select Documents from the Foreign Office Archives 1812-1830.*
, 2 vols., Londres, 1938, vol. I, pp. 556-558. < <

[43] Esdaile, *The Peninsular War*, pp. 488-496. < <

[44] Bowles a Croker, *Aquilon*, en frente de Buenos Aires, 26 de enero de 1813 [1814], en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 124. <<

[45] Karen Racine, *Francisco de Miranda. A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington (Delaware), 2003, pp. 194-195. <<

[1] Barón de Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, edición de Anne M. Cohlen *et al*, Cambridge, 1989, p. 396. < <

[2] Príncipe de la Paz, *Memorias*, 2 vols., Biblioteca de Autores Españoles,
88-89,
Madrid, 1956, vol. I, p. 416. < <

[3] Susan Migden Socolow, *The Merchants of Buenos Aires. 1778-1810: Family and Commerce*, Cambridge, 1978, pp. 54-70, 124-135.

< <

[4] Samuel Amaral, *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires*, 1785-1870, Cambridge, 1998, pp. 4-13, 59, 68. < <

[5] Adrian J. Pearce, *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, Liverpool, 2007, p. 249. < <

[6] Antonio García-Baquero González, *Comercio colonial y guerras revolucionarias*, Sevilla, 1972, pp. 182-183. < <

[7] *Gaceta de Buenos Aires* [25 de septiembre de 1810], en Noemí Goldman, *Historia y lenguaje: Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1992, pp. 33-34, 80. < <

[8] Mark A. Burkholder y D. S. Chandler, *From Impotence to Authority. The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*
, Columbia (Missouri), 1977, pp. 190-191. < <

[9] Susan Migden Socolow, *The Bureaucrats of Buenos Aires, Amor al Real Servicio*
1769-1810:
, Durham (Carolina del Norte), 1987, p. 132. < <

[10] Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Sevilla, 1983, p. 300. < <

[11] Tulio Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period*, Cambridge, 1975, pp. 128-132, y *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino. 1791-1850*, Buenos Aires, 1982, pp. 30, 84-85;
Lyman L. Johnson, «The Military as Catalyst of Change in Late Colonial Buenos Aires», en Mark D. Szuchman y Jonathan C. Brown, *Revolution and Restoration: The Rearrangement of Power in Argentina, 1776-1860*, Lincoln (New Brunswick), 1994, pp. 27-53. < <

[12] Manuel Belgrano, *Autobiografía*, en *Biblioteca de Mayo*, 19 vols., Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960, vol. II, pp. 953-968. <<

[13] Jorge Armando Pini, «Perfiles culturales de la personalidad sanmartiniana», *PCIS*, VI, pp. 43-72. < <

[14] Goldman, *Historia y lenguaje*, pp. 30-32. < <

[15] Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina*, pp. 186-187. < <

[16] Merle E. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la independencia hispanoamericana*, Caracas, 1983, pp. 363, 366-367, 369, 376. < <

[17] Ricardo Levene, *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, 3 vols. 4.ª ed., Buenos Aires, 1960, vol. II, pp. 36-72; Roberto H. Marfany, *El cabildo de Mayo*, Buenos Aires, 1961, pp.
12, 38-42.
< <

[18] Fabian a Croker, *Mutine*, en frente de Buenos Aires, 3 de junio de 1810, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 49 <<

[19] Carlos S. A. Segreti, «Mariano Moreno y la independencia, los justos títulos de la Revolución de Mayo», *Boletín del Instituto de Historia Argentina Doctor Emilio Ravignani*, 5 (1960), pp. 3-30. <<

[20] John Lynch, *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, 2.ª ed., Londres, 1986, pp. 52-58. [Hay traducción castellana: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1993.] < <

[21] Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, 3 vols., 2.ª ed., Buenos Aires, 1960, vol. I, p. 117. < <

[22] David Bushnell, *Reform and Reaction in the Platine Provinces 1810-1852*
, Gamseville (Florida) 1983, pp. 8-19. < <

[23] Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina*, pp. 191, 200. < <

[24] Véase José Luís Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires La formación de un estado nacional en Charcas*, Lima, 2007, pp
199-206.
301-334,
para un análisis moderno del desarrollo de los acontecimientos en Alto Perú. < <

[25] Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilite et Politique aux origines de la nation argentine*, París, 1999, pp
72-73;
Noemí Goldman, «Casos de continuidad y ruptura: Virreinato del Río de la Plata y Capitanía General de Chile,
1810-1830»,
en Germán Carrera Damas, *Historia general de América Latina*, vol. 5, París, UNESCO, 2003, pp
186-194.
< <

[26] Citado en Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, vol. I, p. 146. < <

[27] *Gaceta de Buenos Aires, 1810-1821*, 6 vols., Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1910-1915, vol. III, 13 de marzo de 1812. < <

[28] Rivadavia a Pueyrredón, 9 de marzo de 1812, Museo Mitre. *Documentos del archivo de Pueyrredón*, 4 vols., Buenos Aires, 1912, vol. I, pp. 177-178 < <

[29] Nina L. Kay Shuttleworth, *A Life of Sir Woodbine Parish*, Londres, 1910, p. 325. < <

[30] Samuel Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, Londres, 1829, pp. 11-17. < <

[31] W. H. Hudson, *Far Away and Long Ago*, Everyman's
Library, Londres, 1967, pp. 54-55. < <

[32] San Martín a Ramón Castilla, Boulogne, 11 de septiembre de 1848, *SMC*, p. 296. < <

[33] Staples a Castlereagh, Londres, 20 de julio de 1812, National Archives, PRO, FO 72/157. Un informante insinuó a Staples que los pasajeros del *George Canning* habían sido «enviados y pagados por el gobierno francés». Entre ellos se encontraba «un coronel San Martín… del que no tengo la más mínima duda (dada su conducta pasada) que está a sueldo de Francia». M. Castilla a Staples, 13 de agosto de 1812, *ibid.*, FO 72/157. < <

[34] Ricardo Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, Buenos Aires, 1957, pp. 117-118. < <

[35] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. I, p. 101. <<

[36] Viana, jefe del Estado Mayor, al gobierno, 16 de marzo de 1812, *DHL*, vol. I, pp. 395, 398. < <

[37] Gobierno de Buenos Aires a San Martín, 16 de marzo de 1812, *DHL*, vol. II, p. 1. < <

[38] *DHL,* vol. I, 406. <<

[39] Ricardo Rodríguez Molas, «La verdadera genealogía de San Martín», *Desmemoria, Revista de Historia*, n.º 26 (2000), pp. 37-40. <<

[40] Héctor Juan Piccirilli, *Vida de San Martín en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1984, p. 53. < <

[41] *DHL*, vol. II, pp. 37-40, 65-67.
< <

[42] *Gaceta de Buenos Aires*, III, 21 de febrero de 1812. n.º 25, p. 98; J.
P. y W.
P. Robertson, *Letters on South America comprising travels on the banks of the Paraná and Río de la Plata*, 3 vols., Londres, 1843, vol. II, p. 172. < <

[43] San Martín a Castilla, Boulogne, 11 de septiembre de 1848, *SMC*, p. 296. <<

[44] Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*, 16 vols., Buenos Aires,
1895-1901,
vol. IV, p. 330. < <

[45] Klaus Gallo, *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*, Buenos Aires, 1994, pp. 151-162. < <

[46] Heywood a Dixon, Nereus, en frente de Buenos Aires, 13 de octubre de 1812, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 80. < <

[47] Mark D. Szuchman, *Order, Family, and Community in Buenos Aires*
1810-1860
, Stanford (California), 1988, p. 214. < <

[48] Edward Tagart, *A Memoir of the late Captain Peter Heywood R. N. with extracts from his Diaries and Correspondence*, Londres, 1832, p. 265. < <

[49] San Martín a Pueyrredón, Pueyrredón a San Martín, 26 de noviembre de 1812, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 161-162. < <

[50] Véase Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 124-182, para la mejor exposición tradicional, y Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina*, pp. 216-221, para un análisis moderno. < <

[51] San Martín al general Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 135-136. <<

[52] John Street, *Artigas and the Emancipation of Uruguay*, Cambridge, 1959, pp. 168-178. < <

[53] Héctor Juan Piccinali, «Tríptico de la campaña de San Lorenzo», *Investigaciones y Ensayos*, n.º 34 (1983), pp. 435-443. < <

[54] San Martín al general Miller, 30 de junio de 1827, *SMC*, pp. 115-116. < <

[55] J. P. y W. P. Robertson, *Letters on Paraguay: comprising an account of a four in that Republic under the Government of the Dictator Francia*
years' residence
, 3 vols., 2.ª ed., Londres, 1839, vol. II, pp
8-15.
< <

[56] Robertson, Letters on Paraguay, II, pp 14-15;
véase también Tagart, *A Memoir of the late Captain Peter Heywood*, p. 268. < <

[57] Parte del coronel de Granaderos a Caballo D. José de San Martín al Gobierno Superior, 3 de lebrero de 1813, *Gaceta de Buenos Aires*, 5 de febrero de 1813, vol. III, n.º 44, p. 202; *DHL*, vol. II, pp. 9-10; San Martín al general Miller, 30 de junio de 1827, *SMC*, pp. 115-116 < <

[58] Bowles a Croker, *Aquilon*, en frente de Buenos Aires, 26 de enero de 1814, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 123. < <

[59] Bowles a Croker, 26 de enero de 1814, *ibid.*, p. 124. <<

[60] Bowles a Croker, 22 septiembre de 1813, *ibid.*, p. 107. < <

[61] Belgrano a San Martín, 17 de diciembre de 1813, *DHL*, vol. II, p. 50. <<

[1] Bowles a Croker, 22 de junio de 1817, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 202-203. < <

[2] San Martín a Bowles, 7 de septiembre de 1816, *ibid.*, p. 169. < <

[3] Belgrano a San Martín, 25 de septiembre, 8 de diciembre de 1813, *DHL*, vol. II, pp.
24, 44-46.
< <

[4] Belgrano a San Martín, Jujuy, 25 de diciembre de 1813, *Epistolario belgraviano*, Buenos Aires, 2001, pp. 247-250; Belgrano a San Martín, Jujuy, 2 de enero de 1814, *DHL*, vol. II, p. 73. < <

[5] «Voy a pasar el río del Juramento, y respecto a hallarse V. S. con la tropa tan inmediato, sírvase esperarme con ella». Belgrano a San Martín, río del Juramento, 17 de enero de 1814, *DHL*, vol. II, p. 83. El encuentro no fue en Yatasto, como se creyó por mucho tiempo; véase Julio Arturo Benencia, *Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatasto*, Buenos Aires, 1973, p. 89. <<

[6] San Martín al director supremo, 30 de enero, 11 de febrero, 5 de marzo de 1814, en A. J. Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú, 1814*, Tucumán, 1976, pp. 371-
373, 340-341.
< <

[7] Pasquali, *San Martín*, p. 179. < <

[8] José María Paz, *Memorias póstumas*, 3 vols., Buenos Aires, 1917, vol. I, pp. 146-147. < <

[9] San Martín al supremo poder ejecutivo, Tucumán, 11 de febrero de 1814, en Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú*, pp. 271-272 < <

[10] San Martín al director supremo, Tucumán, 23 de febrero de 1814, en Gerónimo Espejo, *El paso de los Andes, Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires,
1960-1969,
vol. XVI, pt. 1, pp.
13, 854-855.
«Obedezco pero no cumplo», era la fórmula clásica mediante la que los funcionarios españoles en las colonias recibían órdenes que no pretendían aplicar. < <

[11] Posadas a San Martín, 10 de marzo de 1814, *DASM*, vol. II, p. 54. < <

[12] Belgrano a San Martín, Santiago del Estero, 6 de abril de 1814, *DHL*, vol. II, pp. 123-124; *Epistolario belgraviano*, pp. 273-275; Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 154-155. <<

[13] Posadas a San Martín, 2 de marzo de 1814, *DHL*, vol. II, p. 120.
< <

[14] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. I, p. 166. <<

[15] Paz, *Memorias póstumas*, vol. I, p. 150; Mitre, *Historia de San Martín*, vol. I, p. 203. < <

[16] Raúl A. Bridondo, «San Martín y la Guerra de Recursos en el Ejército del Norte, 1814», *PCIS*, vol. II, pp. 293-318; Alberto Crespo R., «El ejército de San Martín y las guerrillas del Alto Perú», *PCIS*, vol. II, pp. 379-403. <<

[17] San Martín al director supremo, Tucumán, 23 de marzo de 1814, en Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú*, pp. 354-355. < <

[18] Tulio Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina in the Revolutionary Period*, Cambridge, 1975, pp. 64-69. < <

[19] Roger M. Haigh, *Martin Guemes. Tyrant or Tool? A Study of the Sources of Power of an Argentine Caudillo*, Fort Worth (Texas), 1968, pp. 51-52. < <

[20] Instrucciones para el general Arenales, 28 de febrero de 1814, en José Evaristo Uriburu, *Historia del General Arenales 1770-1831*, Londres, 1924, pp. 169-171; Bridondo, *PCIS*, vol. II, pp. 303-304. <<

[21] Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú*, pp. 346-347. <<

[22] Belgrano a San Martín, 21 de abril de 1814, *DHL*, vol. II, pp. 131-132. < <

[23] Antonio Alberto Guerrino, *La salud de San Martín. Ensayo de patografía histórica*, Buenos Aires, 1999, pp. 65-68. < <

[24] Posadas a San Martín, 24 de junio de 1814, *DHL*, vol. II, p. 154.
< <

[25] Paz, *Memorias póstumas*, pp. 149-150. < <

[26] Alvear a San Martín, Montevideo, 11 de julio de 1814, *DHL*, vol. II, p. 157. < <

[27] Espejo, *El paso de los Andes. Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, pp.
13, 856-857.
<<

[28] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. I, p. 198. < <

[29] La historia argentina tiene bastantes momentos controvertidos, repletos de documentos problemáticos y polémicas apasionadas. La carta de San Martín a Nicolás Rodríguez Peña, fechada el 22 de abril de 1814 y publicada por Vicente Fidel López para sostener que San Martín había concebido el *Plan continental* en una fecha temprana, no es válida por su contenido ni por su fecha, pues se trata de un mero «trasunto de memoria» del que no se conoce original. La supuesta carta ha sido aceptada por muchos historiadores, pero no por Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú*, pp. 200-201; véase también Pasquali, *San Martín*, pp. 197-198. < <

[30] Plan del Teniente Coronel Don Enrique Paillardelle, 29 de noviembre de 1813, Archivo General de la Nación, *Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina (DGIRA)*, 3 vols., Buenos Aires, 1914-1926, vol. II, pp. 223-224. < <

[31] Tomás Guido, *Memoria*, 20 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 425-444. < <

[32] Sir Thomas Maitland, «Plan to capture Buenos Aires and Chile and then emancipate Peru and Quito», publicado por Rodolfo H. Terragno, *Maitland & San Martín*, Quilines, 1998, pp. 81-99. <<

[33] *Ibid.*, pp. 18, 31, 126-127, 164-165, 224. < <

[34] John Lynch, «British Policy and Spanish America, 1783-1808», *Journal of Latin American Studies*, 1, 1 (1969), pp. 1-30. < <

[35] San Martín al director supremo, 29 de febrero de 1816, *DGIRA*, vol. II, pp. 256-257; Terragno, *Maitland & San Martín*, pp. 219-220. < <

[36] San Martín a Tomás Godoy Cruz, 12 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 392-396. < <

[37] Guido. *Memoria*, 20 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 425-444; véase también la versión publicada en *DGIRA*, vol. II, pp. 263-268, con fecha del 10 de mayo de 1816. Pasquali, *San Martín*, pp. 237-242. < <

[38] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza. 12 de mayo, 19 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 392-
396, 419-420.
< <

[39] Alfredo Jocelyn-Holt Leteher, *La independencia de Chile Tradición, modernización y mito*, Madrid, 1992, pp. 163-164. < <

[40] «Memoriales útiles para la historia de la revolución sudamericana», Academia Chilena de la Historia, *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, 28 vols., Santiago, 1946-1968, vol. I, p. 27. <<

[41] San Martín a Carrera, Mendoza, 17 de octubre de 1814, *DHL*, vol. II, pp. 271-274. < <

[42] J. M. Carrera a San Martín, Mendoza, 20 de octubre 1814, San Martín al gobierno, 21 de octubre de 1814, *DHL*, vol. II, pp. 285-290. < <

[43] San Martín a J. J. Carrera, Mendoza, 2 de enero de 1815, *DHL*, vol. II, p. 389. <<

[44] Bowles a Croker, 3 de abril de 1819, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 267-268. < <

[45] Pasquali, *San Martín*, pp. 216-218. < <

[46] Street, *Artigas and the Emancipation of Uruguay*, pp. 256-257.
< <

[47] Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires*, pp. 347-356. < <

[1] Bowles a Croker, fragata *Amphion*, en alta mar, 14 de febrero de 1818, en Graham y Humphreys, eds, *The Navy and South America*, pp. 227-228. Sobre la carrera posterior de sir William Bowles, K. C. B, almirante de la armada y autor de temas navales, véase *ibid.*, p. 158. <<

[2] Chamberlain a Castlereagh, 5 de abril de 1817, en C. K. Webster, ed., *Britain and the Independence of Latin America Select Documents from the Foreign Office Archives*
1812-1830:
, 2 vols., Londres, 1938, vol. I, pp. 103-104. < <

[3] Bowles a Croker, fragata *Amphion*, en alta mar, Buenos Aires, 21 de agosto de 1816, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 163. <<

[4] Posadas a San Martín, 16 de septiembre de 1814, *DHL*, vol. II, p. 195. < <

[5] Posadas a San Martín, 1 de octubre de 1814, *DHL*, vol. II, p. 238.
< <

[6] Cabildo de Mendoza a San Martín, 21 de noviembre de 1815, *DHL*, vol. III, p. 78. < <

[7] San Martín a Guido, 31 de agosto de 1816, en Patricia Pasquali, ed., *San Martín confidencial*, Buenos Aires, 2000, pp. 65-66. < <

[8] Espejo, *El paso de los Andes. Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, pp. 13.825-13.826. < <

[9] Alfredo Estévez y Oscar Horacio Elía, *Aspectos económico-financieros de la campaña sanmartiniana*, Buenos Aires, 1961, pp. 97-128. < <

[10] Jorge Comadrán Ruiz, «Cuyo y la formación del Ejército de los Andes», *PCIS*, vol. VII, pp. 575-610. < <

[11] Pasquali, *San Martín*, pp. 223-224, 240. < <

[12] San Martín al cabildo, Mendoza, 12 de agosto de 1815, *DHL*, vol. III, p. 9. < <

[13] San Martín al cabildo, Mendoza, 22 de noviembre de 1815, *DHL*, vol. III, p. 83. < <

[14] San Martín al cabildo, Mendoza, 26 de enero de 1815, *DHL*, vol. II, p. 414. < <

[15] R. A. Humphreys, *Liberation in South America The Career of James Paroissien*
1806-1827:
, Londres, 1952, pp. 63-64. < <

[16] José Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martín*, 4 vols., Buenos Aires, 1932, vol. IV, p. 490. < <

[17] San Martín al director supremo, Mendoza, 21 de octubre de 1816, *DGIRA*, vol. II, p. 449. < <

[18] Agentes secretos chilenos a San Martín, Concepción, Valparaíso, 17 de diciembre de 1815, *DHL*, vol. III, pp. 93-95. < <

[19] San Martín a Guido, Mendoza, 6 de abril de 1816, en Pasquali, ed., *San Martín confidencial*, p. 236. < <

[20] Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires*, pp. 355-357. < <

[21] Mitre, *Historia de San Martín*, p. 349. < <

[22] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 19 de enero de 1816, *DHL*, vol. III, p. 178; Guerrino, *La salud de San Martín*, p. 70. < <

[23] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de agosto de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 84. < <

[24] Guido a San Martín, Buenos Aires, 1 de enero de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 131-132. < <

[25] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 19 de enero de 1816, *DHL*, vol. III, p. 183. < <

[26] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de febrero de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 239-240. < <

[27] San Martín a Guido, Mendoza, 14 de febrero de 1816, en Pasquali, ed, *San Martín confidencial*, p. 45. < <

[28] San Martín al director supremo, Mendoza, 29 de febrero de 1816, en Espejo, *El paso de los Andes, Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, pp.
13, 998-999.
< <

[29] San Martín al director supremo, Mendoza, 20 de marzo de 1816, *ibid.*, p. 14.000. < <

[30] Alberto D. H. Scunio. «San Martín, oficial de inteligencia», *Investigaciones y Ensayos*, 32 (1982), pp. 225-242. < <

[31] Informes del agente secreto Manuel Rodríguez, ah as El Español, para San Martín, Chile, 13 de marzo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 263-270, especialmente la p. 268. < <

[32] Cabildo a San Martín, Mendoza, 8 de abril de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 305-308. < <

[33] Cabildo al Congreso Nacional, Mendoza, 24 de abril de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 350-353 < <

[34] San Martín a Bowles, Mendoza, 7 de septiembre de 1816, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 169 <<

[35] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 12 de abril de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 318-319. < <

[36] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 12 de marzo de 1816, *DHL*, vol. III, p. 258. < <

[37] San Martin a Godoy Cruz, Mendoza, 12 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 392-396. < <

[38] Guido, *Memoria*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 425-444. < <

[39] Pueyrredón a San Martín, 6 de junio de 1816, *DHL*, vol. III, p. 472. < <

[40] Pueyrredón a Marcos Balcarce, 24 de junio de 1816, en Espejo, *El paso de los Andes, Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, pp. 14.005-14.006 < <

[41] San Martín al director supremo, Mendoza, 15 de junio de 1816, *ibid.*, pp. 14.024. < <

[42] San Martín a Godoy Cruz, Córdoba, 22 de julio de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 13. < <

[43] San Martín a Guido, en Pasquali, *San Martín*, p. 243. < <

[44] El Cerneo, 12 de diciembre de 1816, en Espejo, *El paso de los Andes, Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, p. 14.037. <<

[45] Declaración del capitán Francisco Bermúdez, Mendoza, 1 de octubre de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 201. < <

[46] Ejército de los Andes, 5 de septiembre de 1816, 30 de septiembre de 1817, *DGIRA*, vol. II, pp. 437, 485. <<

[47] Estoy en deuda por lo que sigue con la obra de Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, Pittsburgh (Pensilvania), 2008, pp. 59-63. < <

[48] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 12 de junio de 1816, *DHL*, vol. III, p. 485. < <

[49] Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires, 9 de octubre de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 246. < <

[50] Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, pp. 62, 147. < <

[51] Belgrano a San Martín, Jujuy, 25 de diciembre de 1813, en Pérez Amuchástegui, *San Martín y el Alto Perú*, pp. 142-143; San Martín a Godoy Cruz, 12 de mayo de 1816, *DHL*, vol. II, pp. 52-53, vol. III, p. 394. < <

[52] John Miller, *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, 2 vols., 2.ª ed., Londres, 1829, vol. I, pp. 271-272. <<

[53] San Martín al secretario de Guerra, Mendoza, 19 de febrero de 1816, *DGIRA*, vol. II, pp. 391-392 < <

[54] José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, 1942, pp. 40-42; Miller, *Memoirs*, vol. 1, pp. 92-103 <<

[55] San Martín a Guido, Mendoza, 24 de septiembre de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial*, p, 67. < <

[56] «Apuntes históricos del coronel Melián», *Biblioteca de Mayo*, vol. II, pp. 1, 657. < <

[57] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 90. <<

[58] San Martín, Mendoza, septiembre de 1816, *DGIRA*, vol. II, pp. 442-443. < <

[59] San Martín al secretario de Guerra, Mendoza, 14 de octubre de 1816, *DGIRA*, vol. II, p. 448. <<

[60] Pueyrredón a San Martín, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 346. < <

[61] Espejo, *El paso de los Andes, Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, pp. 14.044-14.051; Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 162-163. < <

[62] San Martín a Guido, Mendoza, 15 de diciembre de 1816, en Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 77. < <

[1] Bowles a Croker, fragata *Amphion*, en frente de Buenos Aires, 10 de enero de 1817, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 180. < <

[2] Manuel Alejandro Pueyrredón, *Memorias inéditas. Historia de mi vida. Campañas del ejército de los Andes*, Buenos Aires, 1947, p. 150; Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 106. <<

[3] Pueyrredón, *Memorias*, p. 152. < <

[4] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. I, pp. 421-422. < <

[5] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 107. <<

[6] San Martín, Parte de la batalla de Chacabuco, 22 de febrero de 1817, *Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 1, p. 14.406. < <

[7] Olazábal, «Recuerdos de Chacabuco», citado por Pasquali, *San Martín*, p. 274. < <

[8] Pueyrredón, *Memorias*, p. 167. < <

[9] San Martín, Contestación a las preguntas del General Miller, *Biblioteca de Mayo*, vol. II, 1916. < <

[10] San Martín, Parte de la batalla de Chacabuco, *Biblioteca de Mayo*, vol. XVI, pt. 2, pp. 14, 407. < <

[11] San Martín, Contestación a las preguntas del General Miller, *Biblioteca de Mayo*, vol. II, 1907; Pueyrredón, *Memorias*, p. 169; Miller, *Memoirs*, pp. 131-132. < <

[12] San Martín a Bowles, Santiago, 22 de febrero de 1817, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 190-191. < <

[13] Miller, *Memoirs*, vol. II, p. 314. <<

[14] Samuel Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, Londres, 1831, pp. 133-135. < <

[15] Pueyrredón, *Memorias*, pp. 178-179. Véase *supra*, p. 90, [remisión interna]. < <

[16] San Martín a Bowles, Santiago, 22 de febrero de 1817, Webster, ed., *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, p. 103. <<

[17] Staples a Hamilton, Buenos Aires, 25 de mayo de 1817, National Archives, PRO, FO 72/202, y Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, pp. 553-554, Nueve meses después. Staples escribe que «el general San Martín continua insistiendo con empeño en las peticiones transmitidas en mi despacho del 25 de mayo pasado». Staples a Hamilton, 16 de febrero de 1818, FO 72/215. < <

[18] Bowles a Croker, *Amphion*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1817, San Martín a Bowles, Buenos Aires, 17 de abril de 1817, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 196-198. Staples a Hamilton, 3 de julio, 27 de julio, 16 de agosto de 1817, National Archives. PRO, FO 72/202, informa que Álvarez Condarco tiene «amplio crédito en la casa de John
McNeele & Co.».
< <

[19] Carlos Guido y Spano, *Vindicación histórica. Papeles del brigadier general Guido, 1817-1820*, Buenos Aires, 1882, pp. 16-19. < <

[20] Juan Isidro Zapata a Guido, Santiago, 16 de julio de 1817, Guido al director de las Provincias Unidas, Santiago. 18 de julio de 1817, *ibid.*, pp. 24-25. < <

[21] San Martín a Laprida, 31 de agosto de 1817, *DHL*, vol. VI, p. 154. <<

[22] San Martín a Godoy Cruz, Santiago, 22 de julio de 1817, *DHL*, vol. VI, p. 48. < <

[23] Guerrino, *La salud de San Martín*, pp. 84-96. < <

[24] San Martín a Godoy Cruz, Santiago, 20 de agosto de 1817, *DHL*, vol. VI, p. 132. < <

[25] Damian Hudson, *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, 2 vols., Buenos Aires, 1898, p. 261. < <

[26] San Martín a O'Higgins, Mendoza, 13 de octubre de 1818, *Archivo O'Higgins*, vol. VIII, pp. 180-181. < <

[27] Pasquali, *San Martín*, pp. 374-375. n. 46. < <

[28] Staples a Hamilton, 16 de agosto de 1817, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 434-435. < <

[29] San Martín a Belgrano, Santiago, 20 de agosto de 1817, *DHL*, vol. VI, p. 126. < <

[30] Belgrano a San Martín, Tucumán, 26 de septiembre de 1817, *DHL*, vol. VI. p. 230. < <

[31] Bowles a Croker, fragata *Amphion*, 4 de enero de 1818, en Graham y Humphreys, eds, *The Navy and South America*, p. 218. <<

[32] *DHL*, vol. IV, pp. 561-575, especialmente la p. 572. <<

[33] Belgrano a Guido, Tucumán, 10 de abril de 1818, en Guido y Spano, *Vindicación histórica*, pp. 105-106. < <

[34] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, pp. 75, 82-83.
Cuando se preparaba para atacar, el general francés Brayer, un veterano de las guerras napoleónicas al que San Martín consideraba un alborotador inútil y un alarmista, creyó que era el momento oportuno para solicitar permiso para dejar el campo y retirarse a los baños termales de Colma por motivos de salud. «Usted general es un carraco», le respondió San Martín. «El último tambor del Ejército Unido tiene más honor que usted». Y después de la batalla adoptó medidas para que se juzgara su conducta militar y política y se le expulsara del ejército. Véase Quintana, Declaración, 9 de abril de 1818, *DHL*, vol. VIII, p. 218; Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, p. 215 < <

[35] San Martín, Contestación a las preguntas del General Miller, *Biblioteca de Mayo*, vol. II, 1917. < <

[36] Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, p. 235. <<

[37] Oficio de San Martín, Santiago, 9 de abril de 1818, *Biblioteca de Mayo*, vol. XVI. pt. 2, pp.
14, 632-635.
< <

[38] Humphreys, *Liberation in South America*, p. 73. <<

[39] Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas. Biblioteca de Mayo*, vol. IV, p. 3, 903-904.

< <

[40] San Martín al conde de Fife, 9 de diciembre de 1817, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, p. 557. <<

[41] San Martín a Pezuela, Oficios, Santiago, 11 de abril de 1818, *DHL*, vol. VII, pp. 181-184. < <

[42] O'Higgins al príncipe regente, 20 de noviembre de 1817, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, pp. 554-556. < <

[43] Bowles a Croker, *Amphion*, en alta mar, 14 de febrero de 1818, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 224-228. < <

[44] Chamberlain a Castlereagh, Río de Janeiro, 5 de abril de 1817, 14 de julio de 1818, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, pp. 103-104. <<

[45] San Martín a Castlereagh, Santiago, 11 de abril de 1818, Chamberlain a Castlereagh, Río de Janeiro, 14 de agosto de 1818, *ibid.*, vol. I, pp.
104, 558-559.
< <

[46] Joaquín Pérez, «San Martín y el repaso de los Andes», *PCIS*, vol. VIII, pp. 339-430. < <

[47] San Martín a Guido, Santiago, 12 de enero de 1819, en Guido y Spano, *Vindicación histórica*, pp. 174-175. < <

[48] Haigh, *Sketches of Buenos Ayres and Chile*, p. 280. <<

[49] San Martín al director supremo de las Provincias Unidas, 21 de junio de 1819, *DASM*, vol. IV, p. 465. <<

[50] Pasquali, *San Martín*, pp. 342-343. < <

[51] San Martín a O'Higgins, 9 de noviembre de 1819. *Archivo O'Higgins*, vol. VIII, p. 193. <<

[52] Bowles a Croker, Buenos Aires, 31 de agosto de 1819, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 275. <<

[53] Acta de Reunión, 2 de abril de 1820, *DASM*, vol. VI, pp. 191-199, *DHL*, vol. XVI, pp. 41-45; Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 270-271, Otero, *Historia del Libertador*, vol. II, pp. 667-671, rechaza la idea de la desobediencia y sostiene que la cuestión sencillamente era decidir si la autoridad de San Martín caía con la del gobierno, «un punto de pura doctrina»; véase también A. J. Pérez Amuchástegui, «El Pacto de Rancagua». *PCIS*, vol. VII, pp. 191-206. < <

[54] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 256 < <

[55] Proclama del General San Martín a los habitantes de las Provincias del Río de la Plata, Valparaíso, 22 de julio de 1820, *DASM*, vol. VII, p. 214. < <

[56] Donald E. Worcester, *Sea Power and Chilean Independence*, Gainesville (Florida), 1962. p. 18. < <

[57] Staples a Hamilton, Buenos Aires, 12 de junio de 1818, National Archives, PRO. FO 72/215. < <

[58] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 198. <<

[59] Worcester, *Sea Power and Chilean Independence*, pp. 17-35. <<

[60] Brian Vale, *The Audacious Admiral Cochrane The True Life of a Naval Legend*, Londres, 2004, pp. 90-93. < <

[61] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 208, Thomas Cochrane, conde de Dundonald. *Narrative of Services in the Liberation of Chile, Peru and Brazil from Spanish and Portuguese Domination*, 2 vols., Londres, 1859, vol. I, p. 3. < <

[62] San Martín a lady Cochrane, 17 de enero de 1819, en Alamiro de Avila Martel, «La amistad de San Martín y Cochrane», *PCIS*, vol. V, p. 16. < <

[63] David Cordingly, *Cochrane the Dauntless. The Life and Adventures of Admiral Thomas R. Cochrane, 1775-1860*, Londres, 2007, pp. 58-59. < <

[64] Cordingly, *Cochrane the Dauntless*, pp. 359-360, concluye que Cochrane no estuvo involucrado en la planeación y ejecución de la estafa en el mercado de valores de Londres. Para otro punto de vista, véase Richard Dale, *Napoleon is Dead: Lord Cochrane and the Great Stock Exchange Scandal*, Londres, 2007. < <

[65] Bowles a Croker, *Creole*, Buenos Aires, 27 de febrero de 1819, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 262-263. < <

[66] Thomas Cochrane, *Narrative of Services*, vol. I, pp. 69-70. < <

[67] Vale, *The Audacious Admiral Cochrane*, pp. 103-105, Cordingly, *Cochrane the Dauntless*, pp. 278-285; sobre el papel de Miller véase Moisés Enrique Rodríguez. *Mercenaries. British Volunteers in the Wars of Independence of Latin America. Volume II. Southern South America*
Freedom's
, Lanham (Maryland), 2006, pp. 442-424. < <

[68] Bowles a Croker, *Creole*, Buenos Aires, 3 de abril de 1819, en Graham y Humphreys, eds. *The Navy and South America*, pp. 265-266; San Martín a Cochrane, repetido un año después, el 13 de agosto de 1821, en Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 263. <<

[69] Estévez y Elía, *Aspectos económico-financieros de la campaña sanmartiniana*, p. 155; Fritz C. Hofftnan, «The Financing of San Martín's
Expeditions», *Hispanic American Historical Review*, 32 (1952), pp. 634-638, quien indica que sumando las dos expediciones Argentina y Chile contribuyeron, cada uno, con entre un millón y medio y dos millones de pesos; Joaquín Pérez, «Las dificultades económicas de la alianza argentino-chileno y sus consecuencias». *Trabajos y comunicaciones*, 17 (1967), pp. 153-183. < <

[70] Estévez y Elía, *ibid.*, pp. 168-179. < <

[71] Mitre, *Historia de San Martín*, < <

[1] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, pp. 268-269. <<

[2] Instrucciones reservadísimas a los Comisionados, José Fernández Paredes y José García, Santiago, 1 de enero de 1819, *DHL*, vol. X, pp. 72-80, muestra el tipo de información que San Martín quería de sus agentes, en especial de fuentes cercanas al virrey, «aunque esas fuentes no sean muy puras ni las más seguras, al menos siempre dan materia, o para confirmar y hacer comparaciones de hechos, o para manejar el ridículo en los pasquines que pudieran convenir». < <

[3] John R. Fisher, *Bourbon Peru, 1750-1824*, Liverpool, 2003, pp. 55-56. En 1827 los indios conformaban el 61,6 por 100 de la población; véase Cristóbal Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones Perú, 1821-1845*, Lima, 2000, p. 61. < <

[4] Alonso Carrió de la Vandera (Concolorcorvo, seudónimo), *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*, 1773 (Biblioteca de autores españoles, 122, Madrid, 1959), p. 379. El autor era un inspector de postas. < <

[5] Heracho Bonilla *et al.*, *La independencia en el Perú*, 2.ª ed., Lima, 1981, pp. 88-92. < <

[6] Alberto Flores Galindo, «Independencia y clases sociales», *Independencia y revolución (1780-1840)*, 2 vols., Lima, 1987, vol. I, pp. 125-144. < <

[7] López Aldana a Castelli, 10 de marzo de 1811, en Pablo Macera, *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional*, Lima, 1955, pp. 88-89. < <

[8] Timothy E. Anna, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln (New Brunswick), 1979, pp. 29-34; Mark A. Burkholder, *The Politics of a Colonial Career José Baquijano and the Audiencia of Lima*, Albuquerque (Nuevo México), 1980, pp. 79-80, 84-85.

< <

[9] *El argos constitucional*, en Macera, *Tres etapas*, p. 118; véase también Ascensión Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú,*
1811-1824
, Madrid. 1985, pp. 117-126. < <

[10] John Preston Moore, *The Cabildo in Peru under the Bourbons*, Durham (Carolina del Norte), 1966, pp. 200-204. < <

[11] John Fisher, *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*
, Lima, 1977, pp. 213-233. < <

[12] Fisher, *Bourbon Peru*, pp. 62-72. <<

[13] Citado por J. R. Fisher, *Government and Society in Colonial Peru. The Intendant System, 1784-1814*, Londres, 1970, p. 154. [Hay traducción castellana: *Gobierno y sociedad en el Perú colonial, el sistema de intendencias, 1784-1814*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1981]. < <

[14] Hardy a Croker, *Creole*, Valparaíso. 17 de mayo de 1821, en Graham y Humphreys, eds, *The Navy and South America*, p. 331. <<

[15] Armando Nieto Vélez, «Contribución a la historia del fidelismo en el Perú
(1808-1810)»,
Boletín del Instituto Riva-Agüero, 4
(1958-1960),
pp. 9-146; José Fernando de Abascal y Sousa, *Memoria de gobierno*, edición de Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano. 2 vols., Sevilla, 1944, vol. I, p. 198. < <

[16] María Teresa Berruezo, *La participación americana en las Cortes de Cádiz, 1810-1814*, Madrid, 1986, pp. 28-29, 149-155, 310-311.

<<

[17] Fisher, *Bourbon Peru*, pp. 118-121, que cuestiona la existencia de diferencias ideológicas arraigadas entre los realistas. < <

[18] Joaquín de la Pezuela, *Memoria de gobierno*, edición de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena, Sevilla, 1947, pp. 279-280; informe de Pezuela, 13 de noviembre de 1818, en J. A. de la Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, Lima, 1948, p. 9. < <

[19] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 277, que fue uno de los supervivientes. Véase también R. A. Humphreys, ed., «James Paroissien's
Notes on the Liberating Expedition to Perú», *HAHR*, 31 (1951), pp. 254-268. Mitre, *Historia de San Martín*, II, pp. 306-307. < <

[20] O’Higgins a Cochrane, 19 de agosto de 1820, en Gonzalo Bulnes, *Historia de la expedición libertadora del Perú, 1817-1822*, 2 vols., Santiago, 1887, vol. I, p. 345. < <

[21] Cochrane, *Narrative of Services*, vol. I, p. 79. < <

[22] San Martín, Proclama, septiembre de 1820, en Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 314. En marzo de 2003, cuando dirigía sus tropas hacia Irak, el coronel Tim Collins declaró: «Vamos a liberar, no a conquistar», *The Times*, 13 de marzo de 2008. < <

[23] San Martín, agosto de 1821, en Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, p. 3. < <

[24] Bowles a Croker, 10 de junio de 1818, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 239 < <

[25] San Martín a Torre Tagle, 19 de enero de 1821, en Javier Ortiz de Zevallos, *Correspondencia de San Martín y Torre Tagle*, Lima, 1963, p. 34. < <

[26] San Martín a Torre Tagle, 20 de noviembre de 1820, *ibid.*, pp. 3-4. < <

[27] Flores Galindo, *Independencia y revolución*, vol. I, p. 139. < <

[28] Fisher, *Bourbon Peru*, p. 117. <<

[29] Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, pp. 12-14; Rubén Vargas Ligarte, *Historia del Perú Emancipación 1809-1825*, Buenos Aires, 1958, pp. 186-192. < <

[30] Alamiro de Avila, «La amistad de San Martín y Cochrane», *PCIS*, vol. V, pp. 18-19. < <

[31] Basil Hall, *Extracts from a Journal written on the coasts of Chile, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822*, 2 vols., 3.ª ed., Londres, 1826, vol. I, pp. 66, 69. Para un relato de la operación y las recriminaciones posteriores véase Vale, *The Audacious Admiral Cochrane*, pp. 115-118, y Cordingly, *Cochrane the Dauntless*, pp. 289-291, 293. < <

[32] Searle a Flardy, *Hyperion*, Callao, 8 de noviembre de 1820, en Graham y Humphreys, eds, *The Navy and South America*, p. 321. <<

[33] Miller. *Memoirs*, vol. I, p. 298. < <

[34] Hardy a Croker, *Creole*, Valparaíso, 22 de marzo de 1821, en Graham y Humphreys, eds, *The Navy and South America*, p. 326. <<

[35] Entrevista con San Martín, 25 de junio de 1821, en Hall, *Journal*, vol. I, pp. 180-181. <<

[36] José de la Riva Agüero a San Martín, 1820, citado por Gustavo Montoya Rivas, *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*, Lima, 2002, p. 61. < <

[37] *Ibid.*, vol. I, pp. 79, 186-187.
< <

[38] Susy Sánchez. «Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la guerra independentista (1817-1826)», en Scarlett O'Phelan Godoy, ed., *La independencia en el Perú: De los Barbones a Bolívar*, Lima, 2001, pp. 243-244. < <

[39] Cochrane, *Narrative of Services*, p. 106. < <

[40] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 295-297. < <

[41] San Martín a Abreu, Huaura, 6 de marzo de 1821, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, p. 262. <<

[42] Hall, *Journal*, p. 265. <<

[43] Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, pp. 19-23; Vargas Ligarte, *Historia del Perú. Emancipación*, pp. 273-282. < <

[44] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 302-303. <<

[45] Germán Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú: El Protectorado*, 7 vols., Lima, 1972, vol. IV, pp. 41, 310-319, sobre las epidemias. < <

[46] Hall, *Journal*, vol. I, pp. 243-244. < <

[47] *Ibid.*, vol. I, pp. 246-247. <<

[48] Juan Isidro Quesada, *Memorias*, en Félix Luna, «La personalidad de San Martín a través de las Memorias, parcialmente inéditas, de uno de sus oficiales», *PCIS*, vol. V, p. 343. < <

[49] Hall, *Journal*, vol. I, p. 245. <<

[50] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 450. < <

[51] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, pp. 350-351. < <

[52] Quesada, *Memorias*, citado en Luna, *PCIS*, vol. V, p. 344. <<

[53] Hall, *Journal*, vol. I, pp. 189-190. < <

[54] Arenales a San Martín, Cachi-cachi, 20 de julio de 1821, *DHL*, vol. XVII, p. 182. <<

[55] Arenales a San Martín, San Juan de Matucana, 27 de julio 1821, *DHL*, vol. XVII, p. 203. < <

[56] Arenales a San Martín, San Juan de Matucana, 30 de julio 1821, *DHL*, vol. XVII, pp. 211-213. < <

[57] Hardy a Croker, *Creole*, frente a la bahía de Ancón, 14 de septiembre de 1821, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 347-348. <<

[58] Hall, *Journal*, vol. II, pp. 53-54; Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 372.
< <

[59] Montoya Rivas, *La independencia del Perú*, pp. 116-117. < <

[60] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 410-411. < <

[61] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 483. < <

[62] Cochrane, *Narrative of Services*, pp. 124-126. < <

[63] Cochrane a San Martín, rada del Callao, 7 de agosto de 1821, en *Narrative of Services*, vol. I, pp. 129-132. < <

[64] Basil Hall a comodoro Hardy, *Conway*, Moliendo, 14 de junio de 1821 en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 334. < <

[65] San Martín y Cochrane, en Cochrane, *Narrative of Services*, vol. I, p. 77 < <

[66] William Bennet Stevenson, *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years Residence in South America*, 3 vols., Londres, 1825, vol. III, pp. 252-254. [Hay traducción castellana: *Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica*, Quito,
Abya-Yala,
1994.] Stevenson era el secretario e interprete de Cochrane y, por tanto, no era un testigo imparcial. < <

[67] Cochrane, *Narrative of Services*, vol. I, pp. 127-128, y Stevenson, *A Historical and Descriptive Narrative*, son ambos hostiles hacia San Martín y deben ser leídos teniendo esto en cuenta. < <

[68] San Martín a Cochrane, 9 de agosto de 1821, en Cochrane, *Narrative of Services*, pp. 132-133. < <

[69] «Caudales que se apoderó Lord Cochrane», *Colección documental de la independencia del Perú*, *CDIP*, tomo VII, vol. 2, pp. 203-207; Stevenson, *A Historical and Descriptive Narrative*, vol. III, p. 386. < <

[70] Worcester, *Sea Power and Chilean Independence*, p. 72. <<

[71] San Martín a O'Higgins, Lima, 29 de septiembre de 1821, *Archivo O'Higgins*, vol. VIII, pp. 198-199. < <

[72] 11 de marzo de 1822, *CDIP*, tomo VII, vol. 3, pp. 297-311. < <

[1] Para un relato del Protectorado, véase Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú. El Protectorado*, vols. IV-VII,
y Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, pp. 341-380, 512-549
<<

[2] Decreto del Protector de Perú, Lima, 3 de agosto de 1821, Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, pp. 457-458. < <

[3] Joseph Dager Abra, «Hipolito Unanue y la independencia del Perú», en Margarita Guerra Martimere, Oswaldo Holguín Callo y Cesar Gutiérrez Muñoz, *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, 2 vols., Lima, 2002, pp. 455-473. < <

[4] Véase *infra*, el capítulo 8. <<

[5] Hardy a Croker, *Creole*, frente a la bahía de Ancón, 14 de septiembre de 1821, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 347. <<

[6] Montoya Rivas, *La independencia del Perú*, pp. 118-137, 145-146.
< <

[7] Bernardo Monteagudo, *Memoria política*, Quito, 1823, *Escritos*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1989, p. 46. < <

[8] *Gaceta del Gobierno*, 2, 12, 26, 30 de enero de 1822. <<

[9] Monteagudo, 29 de abril de 1822, *CDIP*, tomo VI, vol. 2, p. 370. <<

[10] Gilbert F. Mathison, *Narrative of a Visit to Brazil, Chile, Peru and the Sandwich Islands during the Years 1821 and 1822*, Londres, 1825, pp. 287-289. < <

[11] Timothy Anna, *The Fall of the Royal Government in Peru*, Lincoln (New Brunswick), 1979, pp. 183-185. < <

[12] Hall, *Journal*, vol. II, pp. 87-88; sobre el pensamiento político de Monteagudo y su influencia en Peni, véase Montoya Rivas, *La independencia del Perú*, pp. 152-188. < <

[13] Mathison, *Narrative*, pp. 260, 333-334.
< <

[14] Hall, *Journal*, vol. I, pp. 282-283. < <

[15] Mathison, *Narrative*, pp. 258-259, 290, 352-353.
< <

[16] Informe de Guido, Lima, 19 de mayo de 1822, *CDIP*, tomo VI, vol. 2, p. 371. < <

[17] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 416-417. < <

[18] Charles F. Walker, *Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840*, Durham (Carolina del Norte), 1999, pp. 109-116, Fisher, *Bourhon Peru*, pp. 123-127. < <

[19] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 360-361, 366. <<

[20] John Lynch, *Caudillos in Spanish America 1800-1850*, Oxford, 1992, p. 51. [Hay traducción castellana: *Caudillos en Hispanoamérica*, Madrid, MAPFRE, 1993.] < <

[21] Raúl Rivera Serna, *Los guerrilleros del Centro en la emancipación peruana*, Lima, 1958, pp. 20-
21, 80-92,
108-113;
Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes*, Lima, 1987, pp. 220-221; Peter Guardino, «Las guerrillas y la independencia peruana: Un ensayo de interpretación», *Pasado y Presente*,
2-3
(1989), pp. 101-117. < <

[22] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 377-378, vol. II, pp. 138-140. < <

[23] *Ibid.*, vol. I, p. 365. <<

[24] Ella Dunbar Temple, prólogo, *Guerrillas y montoneros*, *CDIP*, tomo V, vol. I, p. xix. <<

[25] Ignacio Ninavilca, 30 de diciembre de 1822, *Ibid.*, *CDIP*, tomo V, vol. I, p. xix. < <

[26] Lynch, *Caudillos in Spanish America*, pp. 52-53. < <

[27] R. A. Humphreys, *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America 1824-1826*, Londres, 1940, pp. 128-129. < <

[28] Estévez y Elía, *Aspectos económico-financieros de la campaña sanmartiniana*, pp. 207-210. < <

[29] Carlos Camprubi Alcázar, *El banco de la emancipación*, Lima, 1960, pp. 27-31. < <

[30] *Gaceta del Gobierno*, 2 de octubre de 1822. < <

[31] Estatuto Provisional, 8 de octubre de 1821, *DASM*, vol. XI, pp. 489-499. <<

[32] Hardy a Croker, *Creole*, bahía del Callao, 23 diciembre de 1821, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 353. < <

[33] Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. V, pp. 66-70. < <

[34] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 370-371. El coronel Miller recibió veinte mil dolares. < <

[35] *Gaceta del Gobierno*, 12 de enero de 1822. < <

[36] Monteagudo. *Gaceta de Buenos Aires*, 27 de diciembre de 1811, en *Escritos*, p. 105. < <

[37] Goldman, *Historia y lenguaje Los discursos de la Revolución de Mayo*, p. 54. < <

[38] Monteagudo, *Memoria política*, en *Escritos*, pp. 42-44, 47. Véase también Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, pp. 19-23, 34-42.
< <

[39] Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones*, pp. 100-102. <<

[40] Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*, pp. 56-
57, 93-94.
< <

[41] Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones*, pp. 96-99. < <

[42] Hall, *Journal*, vol. I, pp. 246-247. < <

[43] Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. II, p. 327, vol. V, p. 531. <<

[44] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 426. <<

[45] *Ibid.*, vol. I, p. 425. <<

[46] Hall, *Journal*, vol. I, pp. 179-180. < <

[47] Juan Isidro Quesada, *Memorias*, en Luna, *PCIS*, vol. V, pp. 346-347. < <

[48] Maria Graham, *Journal of a Residence in Chile, during the year 1822, and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*, Londres, 1824, p. 281. <<

[49] San Martín a Guido, 6 de enero de 1827, *DASM*, vol. VI, pp. 513-514. <<

[50] San Martín a Godoy Cruz, 24 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, pp. 451-459. < <

[51] San Martín a Godoy Cruz, Córdoba, 22 de julio de 1816, *DHL*, vol. IV, p. 13. < <

[52] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de mayo de 1816, *DHL*, vol. III, p. 452. < <

[53] San Martín al conde de Fife, 9 de diciembre de 1817, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, p. 557. <<

[54] Citado por Humphreys, *Liberation in South America*, p. 87. <<

[55] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, p. 271; Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, 316-317; Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 178. < <

[56] Humphreys, *Liberation in South America*, p. 95. <<

[57] María Teresa Berruezo León, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Madrid, 1989, pp. 351-360. Humphreys, *Liberation in South America*, pp. 99, 101, 115 < <

[58] Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. V, p. 2. <<

[59] San Martín a Guido, Bruselas, 6 de enero de 1827, en Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 213-214. < <

[60] San Martín a Godoy Cruz, Mendoza, 24 de febrero de 1816, *DHL*, vol. III, p. 239. <<

[61] San Martín a Bowles, 7 de septiembre de 1816, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 169. < <

[62] Bowles a Croker, *Amphion*, en alta mar, 14 de febrero de 1818, *ibid.*, pp. 226-227. < <

[63] San Martín a Torre Tagle, 13 de enero de 1821, en Ortiz de Zevallos, *Correspondencia de San Martín y Torre Tagle*, p. 32. <<

[64] Discurso a los peruanos, en Hall, *Journal*, vol. I, pp. 212-214; para una versión más corta, véase Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, pp. 448-449, que lo atribuye a Monteagudo. < <

[65] Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. V, p. 268. <<

[66] Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, p. 498. < <

[67] O'Higgins a San Martín, 6 de agosto de 1821, *Archivo O'Higgins*, vol. VIII, p. 137. <<

[68] San Martín a O'Higgins, Magdalena, 30 de noviembre de 1821, *Archivo O'Higgins*, vol. VIII, p. 204. < <

[69] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 281-282. <<

[70] García del Río a San Martín, Santiago, 21 de marzo de 1822, *DASM*, vol. VII, p. 456. < <

[71] Puente Candamo, *San Martín y el Perú*, p. 244. < <

[72] Lord Ponsonby a George Canning, 20 de julio de 1827, National Archives, PRO, FO6/18. < <

[73] Miller, *Memoirs*, vol. II, p. 419. <<

[74] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 647. <<

[75] Woodbine Parish a Canning, Buenos Aires, 25 de abril de 1824, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, p. 112; Humphreys, *Liberation in South America*, p. 107. <<

[76] Humphreys, *ibid.*, p. 111; J. A. Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires. 1979, pp. 59-60. < <

[77] Frank Griffith Dawson, *The First Latin American Debt Crisis. The City of London and the Loan Bubble 1822-1825*, Londres, 1990, pp. 34-37. < <

[78] Carta en un periódico londinense, fechada en Lima el 20 de mayo de 1823, National Archives, PRO, FO 61/2. < <

[79] Capitán Prescott al comodoro Hardy, 23 de agosto de 1822, National Archives, PRO. FO 61/1; Miller. *Memoirs*, vol. I, pp. 410-411. < <

[1] San Martín a Castlereagh, 11 de abril de 1818, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, p. 558. <<

[2] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, pp. 513-549. <<

[3] Juan Pablo Viscardo y Guzmán, *Lettre aux Espagnols Americains*, en Merle L. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán*, Caracas, 1983, p. 372. < <

[4] Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*, pp. 119, 158, 198. < <

[5] Estatuto Provisional, 8 de octubre de 1821, *DASM*, vol. XI, pp. 489-499. < <

[6] San Martín al general Pinto, 26 de septiembre de 1846, *SMC*, pp. 191-192. Compárese esta conclusión con la reflexión de Bolívar, Carta de Jamaica, 1815, *Escritos*, Caracas, 1972, vol. VIII, p. 241. «No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos que nos conducirán a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América: no la mejor sino la que sea más asequible». < <

[7] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, pp. 43-44. <<

[8] *Gaceta del Gobierno*, 17 de enero de 1821, citado por Montoya, *La independencia del Perú*, p. 78. < <

[9] Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. IV, p. 303. < <

[10] San Martín a los españoles europeos, 4 de agosto de 1821, *DASM*, vol. XI, pp. 424-425. <<

[11] Reglamento Provisional, Huaura, 12 de febrero de 1821, *DASM*, vol. XI, pp. 331-335. <<

[12] José A. de la Puente Candamo, «Contenido social de la obra de San Martín en el Perú», *PCIS*, vol. VI, pp. 457-481. < <

[13] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 536. <<

[14] Estatuto Provisional, 8 de octubre de 1821, Texto legal, 13 de octubre de 1821, *CDIP*, tomo XIII, vol. I, pp. 335-336; *DASM*, vol. XI, pp. 489-499. < <

[15] Charles Milner Ricketts a Canning, Lima, 27 de diciembre de 1826, en Humphreys, *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America*
1824-1826
, pp. 107-
195, 195-206.
< <

[16] Hall, *Journal*, vol. I, p. 268. <<

[17] Frank Griffith Dawson, *The First Latin American Debt Crisis. The City of London and the Loan Bubble 1822-25*, pp. 35-38, Humphreys, *Liberation in South America*, pp. 122-132. <<

[18] Sobre la demografía de la población indígena, véase Fisher, *Bourbon Peru*, pp. 55-59. < <

[19] Miller, *Memoirs*, vol. II, p. 93. <<

[20] *Ibid.*, vol., II, p. 285. < <

[21] *Ibid.*, vol. I, pp. 328-329. < <

[22] *DASM*, vol. XI, pp. 440-441; Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 364. <<

[23] Anna, *The Fall of the Royal Government in Peru*, pp. 62-63 <<

[24] Miller, *Memoirs*, vol. II, pp. 191-192, 200. < <

[25] José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*, edición de Gunnar Mendoza, L., (México. 1982), junio de 1816, p. 88 y 30 de diciembre de 1816, pp. 118. < <

[26] *DASM*, vol. VIII, pp. 239-240. < <

[27] Instrucciones reservadísimas a los comisionados, José Fernández Paredes y José García, Santiago, 1 de enero de 1819, *DHL*, vol. X, pp. 76-77. < <

[28] Miller, *Memoirs*, vol. I, pp. 280, 305, 352-353.
San Martín, Pisco, 20 de septiembre de 1820, *CDIP*, tomo VI, vol. 2, p. 145. Agradezco a Peter Blanchard, cuyo libro cito más adelante, la orientación que me proporcionó acerca de la esclavitud y su abolición. < <

[29] San Martín a Torre Tagle, 13 de febrero de 1821, *Correspondencia de San Martín y Torre Tagle*, p. 46. < <

[30] Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom. Family and Labor among Slaves, Lima's 1800-1854*, Berkeley (California), 1994, pp. 87-88. 90. [Hay traducción castellana: *Mujeres, esclavitud, emociones y libertad, Lima 1800-1854*, Lima, Instituto de Estudios Peruano, 1988.] < <

[31] Miller a San Martín, 9 de abril de 1827, *SMC*, p. 70. <<

[32] Decreto del 12 de agosto de 1821, *DASM*, vol. XI, pp. 430-431; Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, pp. 363-364. <<

[33] *CDIP*, tomo V, vol. I, pp. 24,
65, 74-75,
80, 106-107.
< <

[34] Peter Blanchard, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*, Wilmington (Delaware), 1992, pp. 6-9, 15. < <

[35] Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, pp. 149-166, 211-215.
< <

[36] *El Depositario*, 20 de octubre de 1820, citado en Montoya, *La independencia del Perú*, p. 83 < <

[37] *DASM*, vol. 1, p. 35. <<

[38] Guido a San Martín, Buenos Aires, 27 de marzo de 1833, *DASM*, vol. VI, p. 576. <<

[39] Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*, pp. 212-213. <<

[40] Estatuto Provisional, *DASM*, vol. XI, pp. 490-491. < <

[41] Véase Jeffrey Klaiber, «La Iglesia ante la emancipación en el Perú», *Historia general de la Iglesia en América Latina*, vol. VIII, *Perú, Bolivia y Ecuador*, Salamanca, 1987, pp. 159-182. <<

[42] Toribio Dabalos, jefe guerrillero, a San Martín, Yantac, 2 de octubre de 1821, *CDIP*, tomo V, vol. I, p. 382. < <

[43] Pedro de Leturia, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, 3 vols., Roma, Caracas, 1959-1960, vol. II, pp. 110-113, 215, vol. III, p. 432. < <

[44] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 166. <<

[45] Cayetano Bruno, «El Protector del Perú, General José de San Martín, y la relación del arzobispo de Lima, Bartolomé María de Las Heras», *PCIS*, vol. VI, pp. 405-439; Rubén Vargas Ligarte, *Historia del Perú. Emancipación, 1809-1825*, Buenos Aires, 1958, pp. 300-307. < <

[46] *CDIP*, tomo XX, vols. 1 y 2; Aljovín de Losada, *Caudillos y constituciones*, p. 113. <<

[47] Klaiber, «La Iglesia ante la emancipación en el Perú», *Historia general de la Iglesia en América Latina*, vol. VIII, p. 180, y en O'Phelan
Godoy, ed., *La independencia del Perú*, pp. 134-135. < <

[48] Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*, pp. 213-214. <<

[49] Graham, *Journal of a Residence in Chile*, pp. 83, 281-283.
< <

[50] San Martín a Guido, Bruselas, 6 de abril de 1830, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 158-159. < <

[51] Otero, *Historia del Libertador*, vol. IV, pp. 469-471. < <

[52] *CDIP*, tomo XIII, vol. I, pp. 291-300. <<

[53] *Gaceta del Gobierno*, 29 de agosto de 1821, 16 de septiembre de 1822. <<

[54] Jorge Armando Pini, «Perfiles culturales de la personalidad sanmartiniana», *PCIS*, vol. VI, pp. 43-72. < <

[55] *CDIP*, tomo XIII, vol. I, pp. 45-46.
483-500;
Otero, *Historia del Libertador*, pp. 534-539. < <

[56] *Gaceta del Gobierno*, 10 de octubre de 1821. <<

[57] Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 535. <<

[1] Bowles a Croker, *Creole*, Buenos Aires, 27 de febrero de 1819, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 261. <<

[2] Respuestas de San Martín a varias preguntas del general Miller, 9 de abril de 1827, *SMC*, p. 103. < <

[3] Las cifras de las fuerzas realistas provienen de *CDIP*, tomo VI, vol. 1, pp.
53, 212-213,
215; el cálculo de los observadores británicos se encuentra en Comodoro Hardy a Croker, *Creole*, Valparaíso, 22 de marzo de 1821, 17 de mayo de 1821, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, pp. 326, 330. Sobre las fuerzas patriotas véase *supra*, capítulo 6, pp. 120-121. < <

[4] Bowles a Croker, *Amphion*, Buenos Aires, 10 de junio de 1818, en Graham y Humphreys, eds., *The Navy and South America*, p. 239. <<

[5] San Martín a Miller, Bruselas, 8 de septiembre de 1826, *SMC*, p. 65. < <

[6] Bolívar a Santander, Tocuyo, 16 de agosto de 1821, *Cartas Santander-Bolívar*, Biblioteca de la Presidencia de la República, 6 vols, Bogotá,
1988-1890,
vol. III, p. 132. < <

[7] Sucre a San Martín, Guayaquil, 29 de octubre de 1821, en Daniel Florencio
O'Leary,
Memorias del General
O'Leary
, 34 vols., Caracas, 1981, vol. XIX, pp. 77-79. < <

[8] Bolívar a San Martín, Quito, 17 de junio de 1822, en O'Leary,
Memorias, vol. XIX, p. 307. < <

[9] Bolívar a Santander, Quito, 21 de junio de 1822, *Cartas Santander-Bolívar*, vol. III, p. 235. <<

[10] *The «Detached Recollections» of General D. F. O'Leary*, edición de R. A. Humphreys, Londres, 1969, p. 31. <<

[11] San Martín a Bolívar, Lima, 13 de julio de 1822, en O'Leary,
Memorias, vol. XIX, pp. 335-336. <<

[12] Bolívar a San Martín, Guayaquil, 25 de julio de 1822, en O'Leary,
Memorias, vol. XIX, p. 338, vol. XXIX, p. 251. < <

[13] Sobre la entrevista de Guayaquil, véase Vicente Lecuna, *La entrevista de Guayaquil*, 2 vols 4.ª ed., Caracas, 1962-1963;
A. J. Pérez Amuchástegui. *La «Carta de Lafond» y la preceptiva historiográfica*, Córdoba, 1962: Gerhard Masur, «The Conference of Guayaquil», *HAHR*, 31 (1951), pp. 189-229. < <

[14] J. G. Pérez a Pedro Gual, Guayaquil, 29 de julio de 1822, en Simón Bolívar, *Obras completas*, edición de Vicente Lecuna y Esther Barret de Nazaris, 3 vols. 2.ª ed., La Habana, 1950, vol. 1, pp. 655-659. < <

[15] Pérez Amuchástegui, *La «Carta de Lafond»*, pp. 4-10. < <

[16] J. G. Pérez a Sucre, 29 de julio de 1822, en Vicente Lecuna, *Selected Writings of Bolívar*, edición de Harold A. Bierck, traducción de Lewis Bertrand, 2 vols., Nueva York, 1951, vol. I, pp. 340-343. < <

[17] San Martín a Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827, *SMC*, pp. 72-73. < <

[18] San Martín a Miller, Bruselas, 19 de abril de 1827, *SMC*, p. 73. Lecuna, *La entrevista de Guayaquil*, vol. II, p. 467. < <

[19] Bolívar a Santander, Guayaquil, 29 de julio de 1822, *Cartas Santander-Bolívar*, vol. III, p. 243. <<

[20] San Martín a Bolívar, 29 de agosto de 1822, en Pérez Amuchástegui, *La «Carta de Lafond»*, pp. 141-150. < <

[21] San Martín a Guido, 18 de diciembre de 1826, 21 de junio de 1827, *DASM*, vol. VI, pp. 504, 529. < <

[22] San Martín a O'Higgins, Lima, 25 de agosto de 1822, en Otero, *Historia del Libertador*, vol. III, p. 786; Martínez Riaza, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú*, pp. 294-295. < <

[23] Capitán Prescott al comodoro Hardy, *Aurora*, bahía del Callao, 23 de agosto de 1822, National Archives, PRO FO 61/1. < <

[24] José Luis Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires - La formación de un estado nacional en Charcas*, La Paz, 2007, pp. 456-459, 468. < <

[25] Monteagudo, *Memoria política*, en *Escritos*, pp. 42-44 < <

[26] Hall, *Journal*, vol. I, p. 233. <<

[27] San Martín a O'Higgins, 6 de julio de 1821, en Mitre, *Historia de San Martín*, vol. III, p. 177. < <

[28] San Martín a O'Higgins, 20 de agosto, 25 de agosto de 1822, en Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. VII, p. 501. <<

[29] Guerrino, *La salud de San Martín*, pp. 113-114, 166. < <

[30] Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*, 10 vols., 5.ª ed., Lima,
1961-1964,
vol. I, p. 5. < <

[31] García del Río a San Martín, Santiago, 21 de marzo de 1822, *SMC*, pp. 320-324. < <

[32] Bolívar a Sucre, 21 de febrero de 1825, en O'Leary,
Memorias, vol. XXX, pp. 41-45. < <

[33] Bolívar al presidente del congreso de Perú, primeros días de febrero de 1824, en *Papeles de Bolívar*, publicados por Vicente Lecuna, 2 vols., Madrid, 1920, vol. I, pp. 73-75. < <

[34] Una mirada sobre la América Española, abril-junio de 1829, en Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, ed. Manuel Pérez Vila, Caracas, 1979, pp. 286-287. < <

[35] Arenales a San Martín, Santiago, 9 de abril de 1823, *DASM*, vol. VIII, pp. 142-144. < <

[36] Maria Graham, *Journal of a Residence in Chile*, p. 281. <<

[37] Haidy a Croker, 7 de marzo de 1823, National Archives, PRO 61/1. < <

[38] José de San Martín, Proclama, 20 de septiembre de 1822, *DASM*, vol. X, p. 356. < <

[39] Tomas Guido, «El General San Martín, su retirada del Perú», *Revista de Buenos Aires*, n.º 13 (mayo de 1864). Conversación de San Martín y Guido la noche de su partida, 20 de septiembre de 1822, reproducido en Leguía y Martínez, *Historia de la emancipación del Perú*, vol. VII. pp. 510-512; véase también Pasquali, *San Martín*, p. 389. <<

[40] San Martín a Guido, a bordo del *Belgrano*, 2 de la mañana, 21 de septiembre de 1822, en Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 189. <<

[41] Otero, *Historia del Libertador*, vol. IV, pp. 6-7. < <

[42] Guido a San Martín, Lima, 11 de junio de 1823, *DASM*, vol. VI, pp. 450-454. < <

[43] Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires*, pp. 467-468. < <

[44] Graham, *Journal of a Residence in Chile*, pp. 282-284. Véase la reciente edición de *Journal*, al cuidado de Jennifer Hayward, Charlotteville (Virginia), 2003, pp. 302-307, para una evaluación de los puntos de vista de Maria Graham y otros observadores (Wilham-Bennet Stevenson, John Mier y Basil Hall). < <

[45] Gonzalo Pereyra de Olazábal, «Manuel de Olazábal —su amistad al General San Martín», *Investigaciones y Ensayos*, 26 (1979), pp. 453-468. < <

[46] San Martín a O'Higgins, Mendoza, 9 de febrero de 1823, *SMC*, p. 1. < <

[47] San Martín a O'Higgins, Mendoza, 1 de abril de 1823, *SMC*, p. 3. < <

[48] Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires*, pp. 513-517. < <

[49] San Martín a Guido, Mendoza, 11 de marzo de 1823, en Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 193. < <

[50] San Martín a Riva Agüero, Mendoza, 23 de octubre de 1823, *SMC*, pp. 338-339. < <

[51] Robert Proctor, *Narrative of a Journey across the Cordillera of the Andes and of a residence in Lima and parts of Peru, in the years 1823 and 1824*, Londres, 1825, pp. 51-52 < <

[52] Corvalán a San Martín, Mendoza, 29 de diciembre de 1823, *SMC*, p. 177. < <

[53] L. Peru de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, Ediciones Centauro, Caracas, 1976, pp. 62-66. < <

[54] San Martín a Guido, Montevideo, 3 de abril de 1829, *DASM*, vol. VII, p. 538. <<

[55] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 359-365, véase también Ana Teresa Zigon y Marta Verdenelli de van Gelder, «San Martín y Rivadavia», *PCIS*, vol. IV, pp. 563-575. < <

[56] San Martín a Guido, Mendoza, 31 de julio de 1823, en Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, p. 369. < <

[57] San Martín a Chilavert, Bruselas, 1 de enero de 1825, *SMC*, p. 148. < <

[58] San Martín a O'Higgins, Bruselas, 20 de octubre de 1827, *DASM*, vol. X, 17. <<

[59] San Martín a Guido, 22 de septiembre de 1823, citado en Pasquali, *San Martín*, p. 396. <<

[60] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 370-371
< <

[61] Avelino Ignacio Gómez Ferreyra, ed., *Viajeros pontificios al Río de la Plata y Chile (1823-1825)*, Córdoba, 1970, pp. 295, 502, 543-544, 573. < <

[62] Woodbine Parish a Canning, Buenos Aires, 25 de abril de 1824, en Webster, *Britain and the Independence of Latin America*, vol. I, pp. 110-113; de la entrevista también se ocupa Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 375-376, que atribuye credibilidad a las opiniones de Rivadavia. < <

[63] Guido a San Martín, Lima, 22 de enero de 1824, *DASM*, vol. VI, p. 494. < <

[64] San Martín a Miller, Bruselas, 10 de octubre de 1828, *SMC*, p. 88. <<

[1] Peter Heywood, a quien los amotinados habían encerrado, fue condenado con ellos; sin embargo, posteriormente se le perdonó y ascendió a teniente y capitán. Véase Edward Tagart, *A Memoir of the late Captain Peter Heywood, R. N. with extracts from his Diaries and Correspondence*, Londres, 1832. < <

[2] Frank Griffith Dawson, *The First Latin American Debt Crisis*, New Haven y Londres, 1990, p. 76. < <

[3] De los arreglos se encargó un sobrino de Paroissien: San Martín a Paroissien, Londres, 12 de junio de 1824, Paroissien Papers. < <

[4] Luis Santiago Sanz, «El general San Martín en Bruselas», *Investigaciones y Ensayos*, 14 (1973), pp. 527-555. <<

[5] Citado por Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, p. 380. <<

[6] *Ibid.*, p. 383. <<

[7] San Martín a Chilavert, Bruselas, 1 de enero de 1825, *SMC*, p. 148. < <

[8] San Martín a O'Higgins, Bruselas, 8 de febrero de 1825, *SMC*, p. 4; San Martín a Guido, s. f., *DASM*, vol. VI, p. 516. <<

[9] San Martín a Guido, Bruselas, 6 de enero de 1827, en Pasquali. *San Martín confidencial*, p. 216. < <

[10] Mendoza, 1826, *DASM*, vol. IX, p. 326. < <

[11] San Martín, 1825, *DASM*, vol. I, p. 35. < <

[12] Citado en Humphreys, *Liberation in South America*, p. 141, n. 1. <<

[13] Miller a San Martín, 22 de agosto de 1826, *SMC*, p. 64. < <

[14] San Martín a Miller, 8 de septiembre de 1826, *SMC*, p. 65. < <

[15] Carlos Alberto Guzman, *San Martín, 1824-1850*, Buenos Aires, 1953, p. 38. < <

[16] Guido a San Martín, Buenos Aires, 30 de agosto de 1826, *DASM*, vol. VI, pp. 500-502. < <

[17] San Martín a Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826, *DASM*, vol. VI, pp. 503-506. < <

[18] San Martín a Guido, Bruselas, 21 de junio de 1827, *DASM*, vol. VI pp. 527-528 < <

[19] San Martín a O'Higgins, 20 de octubre de 1827, *SMC*, p. 11. <<

[20] Piccirilli, *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 390-391. <<

[21] Sobre la situación financiera de San Martín véase Otero, *Historia del Libertador*, vol. IV, pp. 340-352, y Raúl de Labougle. «San Martín en el ostracismo: Sus recursos», *Investigaciones y Ensayos*, 12 (1972), pp. 167-192. < <

[22] San Martín a Pedro Moyano, Bruselas, 3 de agosto de 1826, *SMC*, pp. 181-183. < <

[23] San Martín a O'Higgins, Bruselas, 20 de octubre de 1827, *DASM*, vol. X, pp. 16-18. < <

[24] San Martín a Miller, 16 de octubre de 1827, *SMC*, p. 80. < <

[25] Véanse las cartas de San Martín a Miller, mayo-octubre de 1828, *SMC*, pp. 82-89. < <

[26] Halperín Donghi, *Politics, Economics and Society in Argentina*, pp. 211-
215, 382-391.
< <

[27] John Lynch, *Argentine Dictator. Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*
, Oxford, 1981, pp. 43-47. < <

[28] Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, La Plata, 1938, p. 32. < <

[29] San Martín a Díaz Vélez, rada de Buenos Aires, 6 de febrero de 1829, *DASM*, vol. X, p. 69. < <

[30] Sobre la reacción en Buenos Aires véase Pasquali, *San Martín*, pp. 410-411. < <

[31] San Martín a Guido, Montevideo, 19 de marzo de 1829, en Flavio A. García, «Presencia rioplatense de San Martín en 1829», *Investigaciones y Ensayos*, 8 (1970), pp. 194-195. <<

[32] *Ibid.*, p. 192. <<

[33] Guido a San Martín, Buenos Aires, 12 de marzo de 1829, *ibid.*, p. 197. < <

[34] San Martín a Guido, Montevideo, 3 de abril de 1829, *DASM*, vol. VI, pp. 553-556; Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 241-245. < <

[35] San Martín a López Planes, Bruselas, 8 de mayo de 1830, *DASM*, IX, pp. 353-355. < <

[36] Pasquali, *San Martín*, pp. 418-419. < <

[37] San Martín a Guido, Bruselas, 6 de abril de 1830, Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 259-261. < <

[38] San Martín a Guido, Montevideo, 27 de abril de 1829, Pasquali, *San Martín*, p. 419. < <

[39] San Martín a O'Higgins, Bruselas, 12 de febrero de 1830, *SMC*, p. 20. < <

[40] San Martín a O'Higgins, París, 22 diciembre de 1832, *SMC*, pp. 34-35. < <

[41] San Martín a Guido, 1 de febrero de 1834, Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 274-276. < <

[42] «Declaro no deber ni haber jamás debido nada a nadie». Testamento de San Martín, París, 23 de enero de 1844, en Guzmán, *San Martín*
1824-1850
, pp. 139-143. < <

[43] San Martín a Moreno, Grand Bourg, 30 de julio de 1834, *DASM*, vol. X, p. 84; Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 285-289. < <

[44] San Martín a Guido, Grand Bourg, 3 de octubre de 1834, *DASM*, vol. X, p. 104 < <

[45] San Martín a Guido, Grand Bourg, 17 de diciembre de 1835, Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 310-311. < <

[46] San Martín a Guido, 26 de octubre de 1836, Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 312-314. < <

[47] Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas. Biblioteca de Mayo*, vol. IV, pp. 4.059, 4.066, 4.114. < <

[48] Lynch, *Argentine Dictator*, pp. 288-289. <<

[49] San Martín a Rosas, 5 de agosto de 1838, Rosas a San Martín, 24 de enero de 1839, *SMC*, pp. 125-126. < <

[50] Rosas a San Martín, Buenos Aires, 24 de febrero de 1840, *Cartas de Juan Manuel de Rosas*, 3 vols., Buenos Aires, 2004, vol. III, p. 26. <<

[51] San Martín a Gregorio Gómez, Grand Bourg, 21 de septiembre de 1839, *DASM*, vol. IX, pp. 500-501. Manuel Vicente de Maza, presidente de la Cámara de Representantes y de la Corte Suprema, era un colaborador tradicional del régimen; eso, sin embargo, no lo protegió de la sospecha de que conspiraba contra Rosas ni impidió su asesinato a manos de la Mazorca. Los comentarios de San Martín parecen sugerir que otorgaba credibilidad a la idea de que Maza y otros conspiraban contra el dictador con la ayuda de los franceses. < <

[52] San Martín a Rosas, Nápoles, 11 de enero de 1846, *SMC*, pp. 134-135. < <

[53] San Martín a E. F. Dickson, Nápoles, 28 de diciembre de 1845, *DASM*, vol. X, pp. 125-127. El dictador apreciaba el apoyo de San Martín; Rosas a San Martín, Palermo de San Benito, 20 de mayo de 1846, *Cartas de Juan Manuel de Rosas*, vol. III, p. 264. < <

[54] Lynch, *Argentine Dictator*, pp. 285-288. <<

[55] San Martín a Rosas, Boulogne, 2 de noviembre de 1848, *SMC*, p. 136, Rosas a San Martín, Buenos Aires, 19 de marzo de 1849, *SMC*, pp. 138-139. < <

[56] San Martín a Rosas, Boulogne, 6 de mayo de 1850, *SMC*, p. 143. < <

[57] Otero, *Historia del Libertador*, vol. IV, p. 340. <<

[58] Alberdi, «El general San Martín en 1843», *Obras completas*, vol. II, pp. 335-336. < <

[59] Domingo Faustino Sarmiento, *Escritos sobre San Martín*, Buenos Aires, 1966, pp. 96, 99; *Obras de D. F. Sarmiento*, 53 vols., Santiago y Buenos Aires,
1887-1903,
vol. V, pp. 129, 138, vol. XLIX, pp. 17-23; Otero, *Historia del Libertador*, vol. IV, pp. 455. < <

[60] San Martín a Rosas, Boulogne, 2 de noviembre de 1848, *SMC*, p. 136. < <

[61] Sociedad Patriótica, Lima, 1848, *SMC*, p. 347. < <

[62] San Martín, Boulogne, 15 de marzo de 1849, *SMC*, p. 348. < <

[63] Pierre-André Wimet, «Estada y muerte de San Martín en Boulogne-sur-Mer (1848-1850)», *PCIS*, vol. V, pp. 61-76. < <

[64] Guerrino, *La salud de San Martín*, pp. 174-175, 182-183.
< <

[65] Félix Frías, *El General José de San Martín. Sus últimos años y la noticia de su muerte, 17 de agosto de 1850*, Buenos Aires, 1944. < <

[66] Véase su carta a Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826, Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 207-211. < <

[67] San Martín a Ramón Castilla, Boulogne, 11 de septiembre de 1848, *SMC*, pp. 296-298. < <

[68] San Martín a Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826. Pasquali, San Martín confidencial, p. 208. < <

[69] Véase, por ejemplo, Bolívar a Santander, Pativilca, 23 de enero de 1824,
O'Leary,
Memorias, vol. XXIX, pp. 400-401. < <

[70] San Martín a Guido, Bruselas, 18 de diciembre de 1826, *DASM*, vol. VI, p. 503: Pasquali, *San Martín confidencial*, pp. 207-211. < <

[71] Daniel Florencio O’Leary, *Memorias del General Daniel Florencio Narración O’Leary.*, 3 vols, Caracas, 1952, vol. II, p. 240. < <

[72] O'Leary, *Narración*, vol. II, p. 155. < <

[73] Miller, *Memoirs*, vol. I, p. 424. <<

[74] San Martín a Miller, Bruselas. 30 de junio de 1827, *SMC*, p. 77. < <

[75] San Martín a Rosas, 5 de agosto de 1838. Rosas a San Martín, 24 de enero de 1839, *SMC*, pp. 125-126. < <

[76] «El hombre Americano, el hombre necesario», Mitre, *Historia de San Martín*, vol. II, pp. 40, 258. < <

[77] San Martín a Guido, 14 de febrero de 1816, Pasquali, *San Martín confidencial*, p. 45. < <

[78] San Martín a Guido, 6 de enero de 1827, *DASM*, vol. VI, p. 513. < <

[79] Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* (1841), Lincoln (Nebraska), 1966, pp. 224-225. [Hay traducción castellana: *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*, Madrid, Aguilar, 1946.] < <